ANT
XIX
143

17 cms R-43.557



BIBLIOTECA DE LA ANDALUCIA.

EL BARON LA GAZETTE,

CONTINUACION

DEL

CABALLERO DE PAMPELONNE,

POR

A. DE GONDRECOURT.

TOMO I.

SEVILLA.

Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catalanes 4, esquina á la de Tetuan.

1864.

EL BARON LA GAZETTE.

I.

El caballero de Pampelonne, el bailío de Clermont, el capitan La Gazette y la signora Venecia están alegres como un entierro.

Uno de los primeros dias del mes de agosto de 1589, tres ginetes, bien equipados y montados perfectamente, escoltaban á una jóven en el camino de Dourdon á Meudon.

Dos lacayos, armados de buenas espadas, y con el mosquete al hombro, seguian á distancia respetuosa, estudiando el pais, segun costumbre de la gente de guerra, en una época en que los caminos reales estaban poblados de merodeadores y de bandidos.

Nuestros viajeros caminaban de dos en dos, distinguiéndose cada cual por el traje, que era

en aquel tiempo el verdadero distintivo de la calidad del que lo llevaba. Iba delante el caballero de Pampelonne, con la jaqueta calvinista y el jubon de búfalo al lado de Venecia, que desdeñaba la máscara obligada de las bellas viajeras, guiando un caballo con aire distraido. La hermosa gitana, sumida en pensamientos melancólicos, parecia no inquietarse de su camino, y abandonarse á los caprichos de su cabalgadura. En cuanto al fogoso gascon, exhalaba suspiros lastimeros y revelaba frecuentemente su mal humor por medio de espolazos que volvian loco de rabia á un caballo.

A diez pasos detrás de Pampelonne y Venecia, iban juntos el bailío de Clermont y el normando La Gazette, tristes ambos hasta hacer reventar de risa á los que hubieran conocido su carácter alegre, y su habitual costumbre de juzgar las cosas tristes de este mundo.

El bailío de Clermont llevaba una capilla de terciopelo verde, un jubon de seda listado, botas de montar y espuelas de oro; un sombrero de fieltro gris, con plumas negras, adornaba su frente con coqueteria, y anunciaba desde una legua su hidalguía, segun la espresion vulgar.

El capitan La Gazette iba envuelto trágicamente en una capa de terciopelo negro, con cruces de plata; su calzon era tambien de terciopelo negro: llevaba casco, coraza y botas hasta media pierna.

Si el caballero y el bailio iban pensativos, tristes y de mal talante, La Gazette llevaba un humor de perro, como vulgarmente se dice: no habia medio de dirigirle la palabra, aunque esta palabra fuese de la más esquisita cortesía.

Los dos lacayos iban aparte, y parecian conformarse con los tristes pensamientos de sus amos.

Era una singular cabalgata, no por su traza, sino por el traje que vestian. Allí se hallaba una muestra de los tres grandes partidos que se disputaban la Francia. El bailio de Clermont, tanto por su refinado modo de vestir como por las maneras que ya le conocemos, era en efecto el católico realista enemigo de la liga, representada por el normando La Gazette, vestido todo de negro, enemigo de los calvinistas, de los que el caballero de Pampelonne era uno de los tipos más verdaderos en esta época.

Nuestros viajeros se acercaban á Meudon, y próximos á entrar, estaban tan tristes como

en el momento de su salida del castillo de Dourdon. De pronto, el bailío de Clermont acercó su caballo al de La Gazette, y tocando con la mano en el hombro del capitan, le dijo:

—¿Sabeis, señor baron, que no estais muy alegre? Ganas tengo de dejar vuestra compañía.

—¡Eh! replicó el normando, como si hubiese despertado de repente, ¿creeis que me divierta estar triste? Daria mi caballo Pompoyo á quien me diese ocasion de regocijarme; pero no será el señor de Pampelonne, ni la señorita Venecia, ni vos los que puedan conseguirlo; ¡por todos los diablos! ¡La vida es á veces bien poco grata!

—¡Pues bien! Yo estoy ya cansado de vuestro humor desagradable, esclamó el bailío... Si os decidis á continuar con esa cara de entierro, os dejo.

—Podeis hablar, en verdad, vos que no teneis razon alguna para estar melancólico.

—¿Razon alguna? ¿No ha muerto mi noble amo el rey de Francia?

—¡Bah! el rey ha muerto; ¡viva el rey! ¡Vaya una pena!

—Eso era cierto cuando Enrique III suce-

dia á Cárlos IX; pero despues de Enrique III, señor normando, ¿á quién pondreis?

—¡Cáspita! Me planteais una cuestion bastante peliaguda.

—¿Tendremos á Enrique IV con sus hogonotes? ¿Tendremos á un rey lorenes? ¿Pasaremos bajo el cetro de Felipe de España? ¿Estamos amenazados de la república con Brissac? El pedante Brissac por cónsul...

—Mucho me temo que tengamos todo ese lodo de un golpe y al mismo tiempo, porque he visto que esos cuatro partidos trabajan, y todos cuatro tienen picos y uñas.

—Así pues, ¿por cuál os inclinais?

—Me inclino por mí, señor Bailío, es decir, que aun no he hecho mi fortuna, y que tengo grandes deseos de trabajar para ella... ¡Chut!... ya nos acercamos á un puesto del Bearnés... Admirad esos fieros soldados... ¡qué lástima que sean tan pobres!

Nuestros viajeros llegaban á Meudon, y se presentaban en un vivac calvinista.

—¿Con que es decir, murmuró el Bailío al oido del normando, qué, no teneis aun partido?

—He prometido al caballero de Pampelonne seguirle... sepamos primero á dónde va.

—Buenos dias, Crillon, esclamó el Bailío

adelantando su caballo hácia un hidalgo que se paseaba pensativo y con los brazos cruzados, cerca del puesto... ¿qué haceis ahí?

—Discuto.

—¡Hé!

—Discuto con mi conciencia, que induce á hacer alguna necedad.

—Se trata para vos, para mí, para todos los reales católicos, de saludar á Enrique de Navarra, rey de Francia; mi conciencia dice no, y mi afecto al Bearnés dice sí.

—Señor de Crillon, preguntó Pampelonne, ¿está el Rey en su aposento?

—Allí está... ¡Ah! sois vos, caballero... ¡pardiez! si traeis algunos doblones á vuestro amo sereis bien recibido, porque en este momento riñe con sus suizos que le quieren abandonar si no les paga.

Pampelonne miró á Venecia, con cariño y puso su caballo á galope. Venecia, el Bailío y La Gazette siguieron al mismo paso; pero La Gazette hizo una de sus muecas que tan feo le ponian.

El rey de Navarra habitaba en Meudon el castillo construido durante el reinado de Francisco I por el cardenal de Lorena (1); estaba

(1) Este castillo fué echado abajo en 1804, des-

allí mal instalado, no como rey, sino como soldado, más bien empobrecido que enriquecido por la guerra. En ninguna época de su vida aventurera, se habia hallado Enrique de Bearne tan necesitado como en los primeros dias que siguieron al asesinato de Jacobo Clemente. Todo era peligro á su alrededor; los Reyes Católicos consentian en reconocerle en servirle, si queria abjurar su religion: los calvinistas parecian temer que cediese á la solicitud de los partidarios de la antigua corte; y no podia, sin ingratitud, dejar por mucho tiempo en la incertidumbre á los fieles soldados que le habian sostenido con su firmeza, con su virtud. La nobleza católica, teniendo á su frente á d'Epernon, á Luis de l'Hopital-Vitry, á Francisco d'O, á d'Entragues, á Chateaurieux, á Dampierre, y al duque de Piney Louxembourg, habia decidido en consejo, que para ser rey de Francia era preciso ser ante todo rey muy cristiano, que con esta condicion sola Enrique de Navarra sucederia á Enrique III. Los calvinistas, por su parte, celebraban tambien asamblea; Lanonne, Biron, Guitry, La-

---

pues de haber servido en 1793 de local para esperimentos de artillería; el castillo actual fué construido á cincuenta toesas del antiguo, por el segundo Delfin, hijo de Luis XIV.

fin, Chatillon y otros se esforzaban en hallar un espediente que pudiese socorrer á su rey, y hacerle ganar tiempo.

A estas complicaciones, ya tan grandes, se unian dos obstáculos poderosos; la liga, ébria de alegría al saber la muerte de Enrique III, esparcia con profusion libelos contra el Bearnés, á quien trat ba de hereje relapso; esplotaba con tanta sagacidad como energía el crímen cometido en Saint-Cloud; llamaba á la Francia entera á las armas, proclamaba santo y mártir á Jacobo Clemente; hacia la apoteosis de este asesinato; y se reforzaba con todos aquellos á quienes las divisiones del partido realista tenian indecisos, con todos los entusiastas y supersticiosos que veian en la muerte del Valois la asistencia divina.

En fin, las cajas del ejército católico habian sido agotadas, tanto por las locas prodigalidades de Enrique III, como por la desastrosa administracion de Francisco d'O, superintendente de Hacienda, y la del ejército calvinista estaba, como casi siempre, en seco. Era preciso, sin embargo, pagar á la tropa; y los enganchados mercenarios, tales como los suizos y los veteranos, se mostraban sordo á todo acomodo.

El rey de Navarra se veia, pues, en una si-

tuacion difícil, peligrosa; y si el duque de Mayenna le hubiese atacado vigorosamente en este momento de indecision general; si la Liga no hubiera empleado en fiestas, en sermones y procesiones el tiempo precioso que debia emplear en la batalla, la causa de Enrique IV se habria visto comprometida gravemente.

El mismo dia que hemos elegido para reanudar el hilo de nuestra relacion, el Bearnés habia recibido una diputacion de los coroneles alemanes y suizos. Tisch Schomberg, coronel de los suizos, habia tomado la palabra, y espuesto, no sin pena, las reclamaciones y pretensiones desgraciadamente legítimas de sus soldados. El Rey, cansado de las luchas que sostenia hacia muchos dias contra los abogados de los distintos partidos que se agitaban en torno suyo, y hallándose frente á sus soldados, amotinados, segun él, acababa de olvidarlo, y se entregaba, contra su costumbre, á una cólera violenta.

—Sé, señores, habia dicho, que os apresurais á dejarme; el rey de España derrama el oro á manos llenas; corred á la Liga y á la España; pero ¡ira de Dios! no vengais á mi encuentro, porque hallaríais mala jornada. ¡Acordaos de Contras, coronel Schomberg! El honor que adquirísteis en esa brillante accion, aca-

bais de envilecerlo sirviendo de intérprete á la sedicion, á la codicia!... Partid, señores, no os temo; al contrario, deseo probaros muy pronto que si el rey de Francia y de Navarra no puede contar sus escudos; jamás sabrá contar sus enemigos... Partid, no os detengo.

En el lenguaje de esta época se empleaba con frecuencia esta especie de epígramas, que hoy serian de mal gusto; hasta las personas de más talento abusaban de él, y Enrique IV, príncipe tan fino, como burlon y valiente, no dejaba de usarlo con frecuencia. Los coroneles estranjeros se retiraron con la cabeza baja, bastante vergonzosos con esta filípica; Schomberg, sobre todo, devoraba su humillacion con rabia, porque amaba al Rey y le servia personalmente, más por afecto, que por interés.

Al salir del castillo encontró á Pampelonne.

—¡Eh! ¡Buenos dias! gritó el caballero abriendo los brazos al coronel de los suizos, ¿á dónde vais á ese paso?

—Voy á Bale.

—¿A Bale? ¿A qué?

—A sembrar mis coles.

—¡Bueno! Comprendo, no hay dinero; no hay suizos, ¿no es eso? Mal hecho, Schomberg; el Rey os ama.

—¡Sí, sí! Y lo prueba tratándome con in

gratitud. Decidle, caballero, que si no me hubiese ultrajado y deshonrado; me habria quedado, aunque el único de mis compatriotas, á su servicio, y por nada; pero un soldado sin honra no tiene derecho á conservar una espada; así, pues, ahí teneis la mia... ¡que se recojan sus pedazos!

Schomberg sacó su espada de la vaina, la rompió en sus rodillas, y continuó su camino.

—¡Peste! dijo para sí Pampelonne; creo que llego á tiempo: las cosas van bastante mal por aquí, y mi pobre príncipe no debe estar más alegre que yo, si he de juzgar por las tristes fisonomías que se encuentran en su campo.

Al acabar este monólogo, Pampelonne pasó la puerta del castillo, y fué derecho á la habitacion del rey de Navarra. Algunos guardias le impidieron el paso.

—El Rey no quiere recibir á nadie, se le dijo.

—Yo no soy nadie ni todo el mundo: anunciad á S. M. al caballero de Pampelonne.

Esta respuesta, dada con el aplomo que caracterizaba al caballero, dejó á los guardias sin saber qué hacer, y como se interrogasen con la vista sorprendidos, nuestro gascon se

metió en el vestíbulo, tomó la escalera á la derecha, y se puso á subir con la agilidad de una ardilla. Pero los guardias habian salido de su sorpresa, y lanzándose en persecucion de Pampelonne, le gritaban que se detuviese.

En este momento abrióse una puerta en lo alto de la escalera, y apareció el rey de Navarra.

—Señor, gritó Pampelonne todo sofocado, quieren impedir á vuestros galeones que entren en el puerto.

El Rey alargó la mano al caballero, que plegó una rodilla en tierra y besó respetuosamente esta valerosa mano.

—Ven, dijo el Bearnés á media voz, y no publique á voz en grito tus buenas noticias... Señores, añadió volviéndose hácia un grupo de señores que le habian seguido, idos á vuestras habitaciones; deseo estar solo con el caballero de Pampelonne.

Los cortesanos se retiraron; algunos estrecharon la mano al caballero, y todos le saludaron con la consideracion que merecia su buena fama.

—¡Y bien! dijo Enrique despues de haber llevado á Pampelonne á un gabinete, cuyos cerrojos echó con toda prudencia... ¿Y bien?...

—Señor, vuestros asuntos van á cual mejor; los mios peor cada vez.

—¡Pobre muchacho!... Por eso tienes el rostro descompuesto... no me pareces el mismo, ¿qué te ha sucedido?

—Señor, hablemos de vos primero...

—Acabo de arrojar de aquí á Schomberg y los coroneles alemanes.

—Habeis cometido una falta, señor... ¡Arrojar á Schomberg! Pero...

—Ira de Dios, caballero, ligero sois en juzgarme; los suizos y veteranos me han pedido su soldada, y no tengo cien testines en mis cofres...

—Perdonadme si os interrumpo, señor; pero aun es tiempo de detener á Schomberg y á los otros; hacedlo, os lo suplico, teneis gran necesidad de buenos capitanes y de buenos soldados.

—Más la tengo de dinero...

—Yo os traigo las minas del Perú, señor; y cuando digo una cosa, aunque gascon, la pruebo... de hoy más, podeis hacer competencia á los doblones de Felipe II... Mirad, ¿qué pensais de mis bolsillos? ¿Os parecen bien repletos?

Pampelonne, acercándose á una mesa, metió las manos en sus calzones, despues en su

jubon, y volvió sus bolsillos, de donde cayeron puñados de piedras preciosas.

El Rey contemplaba al caballero con inesplicable gozo; estaba mudo, embargado.

—¿Hay bastantes riquezas? esclamó Pampelonne: ¿necesitais más aun? En ese caso, señor, no teneis más que mandar; tengo aun cierto fondo de reserva... Mirad.

El gascon habia abierto su jubon y desabrochado un cinturon que arrojó sobre la mesa.

—Este es vuestro cuerpo de batalla, señor, añadió: con ese tesoro podeis conservar vuestro ejército durante un año; comprar las mejores cabezas de la liga y tentar á los mejores católicos.

—¿Y has arrancado todo eso á un normando?

—¡Sí señor, todo esto! Os juro que despues de este golpe ya no debeis dudar de nada. Me hubiera sido más fácil tomar yo solo á Paris, que hacer vomitar al capitan La Gazette.

—Mi pobre Pampelonne, dijo el Rey tristemente, despues de haber mirado de cerca algunas piedras y haberlas estudiado; me haces aquí un regalo de una carretada de guijarros.

—¿Cómo?...

—Estas piedras son falsas: el normando te ha robado... para un hijo del Lot, caballero, teneis una ingenuidad estraña.

Pampelonne se dió en el pecho una puñada, que pesaba doscientas libras; y olvidando la etiqueta que exigia la presencia del Rey, esclamó:

—¡Voto al diablo, señor! Apuesto á que teneis razon. ¡El normando me ha burlado!

II.

El capitan La Gazette se pone al pié del muro.

No pretendemos describir el estupor y la rabia del caballero de Pampelonne; el apóstrofe del Rey lo habia atolondrado y desconcertado completamente. Acordándose de las mil astucias de La Gazette, no podia dudar de la supercheria del sagaz normando, y se arrancaba los cabellos, acusándose de simple, de necio y de ciego.

—Sin duda, esclamó abriendo los ojos desmesuradamente, y dirigiéndose al Bearnés, sin duda teneis razon; La Gazette habrá cambiado nuestro tesoro por piedras falsas; un as-

no habria desconfiado; un ganso se lo hubiera maliciado; un imbécil hubiese tomado sus medidas, sus precauciones; pero yo, Armando de Pampelonne, caballero de noble casa, soldado de buen temple, y gascon, lleno de malicia, me he dejado coger en el lazo con una estupidez que no tiene ejemplo.

—Vamos, vamos, interrumpió alegremente el Rey; no te desconsueles así; despues de todo, solo es una dificultad más en nuestras empresas... y luego, no está probado...

—¡Oh! no me hago ilusiones, señor; esos guijarros... Conozco á mi La Gazette tanto como la madre que lo parió; el bribon no habrá fingido soltar una presa sino despues de haberla puesto en seguridad. Vuestros diamantes viajan Dios sabe por dónde, y por esas piedras de vidrio vuestros suizos no darian un carlino. ¡Ah! señor, la cólera me ahoga; pero no temais; tengo á mi La Gazette; ¡le tengo!

—¡Bella presa!

—¡Quiero hacer un tambor de su piel! esclamó Pampelonne rechazando con violencia y repugnancia un monton de esmeraldas que rodaron por el suelo.

—¿Dónde está tu normando?

—Le he dejado con el bailío de Clermont

y la signora Venecia en el pabellon de la avanzada en casa de La Varenne.

—¿De qué señora hablas?

—¡Ay! He echo mal en deslizar ese nombre en este asunto tan bien concebido como mal acabado.

—En fin, en dos palabras, señor; hé aquí el hecho. La signora Venecia es natural del Perú; las pedrerías ocultas en el castillo de Angeres les pertenecian; se las robó á su madre, sin que esta lo supiese; por una casualidad fabulosa encontré á esa bella jóven, mientras yo buscaba los diamantes; y como el amor se apoderó de nuestros dos corazones, Venecia y yo formamos el proyecto de poner nuestros millones á vuestro servicio, y hemos venido hoy de Dourdan, de una tirada, para hacer la proeza que habeis visto.

—¡Eh! Pero, buena pieza, ¿no decias que te iba muy mal en tus asuntos?...

—Señor, no os burleis, nada me sale bien; juzgad por vos mismo. Yo tenia la íntima conviccion de traeros, despues de muchos trabajos, puñados de diamantes; creia poseerlos, y me habia llenado los bolsillos... Los pongo á vuestros piés, y con una palabra me demostrais como la luz del dia... Yo tenia un amigo valiente, amable y alegre compañero; habia-

mos formado el proyecto de envejecer juntos bajo el Bearnes; amábamos á dos mujeres que se querian ellas mismas como dos hermanas, cuando al vizconde de Gourdon se le antoja morirse de pena sobre la tumba de su dama...

—¡Cómo! ¿Gourdon?...

—Señor, el bravo, el terrible Gourdon es un hombre perdido para vos; le he dejado en el castillo de Dourdan, donde no tardará entregar el alma de desesperacion. La marquesa Fabiani, á quien idolatraba, ha muerto, y mi pobre Gourdon no tardará en seguirla.

—¡En qué tiempos estamos, pues, ira de Dios! ¿Van á llevar ruecas nuestros soldados, en vez de espadas? ¡Se pondrán enaguas en mi ejército, en vez de corselete!... ¡Cómo! ¡El más bravo de los caballeros irá á morir afeminadamente por unos amoríos!... Cuando truena el cañon en todas las provincias, irá un guerrero á arrodillarse sobre una tumba para morir de angustia al recuerdo de una mujer amada. Señor de Pampelonne, noticias muy ridículas me traeis; y si yo las creyese—y debo creerlas al ver vuestro rostro melancólico—no pensaria en vuestros diamantes robados, sino en la cobardía de los que yo tenia por valentes.

—Señor, no estais en uno de vuestros bue-

nos momentos; así, pues, no acepto la severidad de vuestros cargos. Hace ya algun tiempo, gracias á Dios, que juego mi cabeza en vuestro servicio, y nadie, ni aun el Rey mi amo, tiene derecho á poner en duda mi valor ó mi abnegacion. Gourdon es desgraciado; le defenderé de vuestras sospechas. Ese bravo campeon ha pasado en los campos de batalla lo más florido de su juventud; ahora bien, en vuestro ejército, señor, permitidme este esceso de franqueza, pocos hay tan hábiles como vos para conducir de frente la batalla y el amor. Gourdon ha vivido como soldado, no amando más que su espada, y sin perder el tiempo en fútiles amores. De pronto, el amor ha entrado en su alma; se ha apasionado de una mujer cuyo retrato os hice en otro tiempo. Esa mujer acaba de serle arrebatada por la muerte, y si Dios no hace un milagro ántes de poco, Gourdon se irá de este mundo; esto es claro... Teneis derecho á mandarnos morir; pero aunque fuéseis un tirano, no podeis mandarnos vivir: eso seria usurpar la autoridad divina.

—Vamos, buen abogado, acaba tu letanía; yo me encargo de despertar á Gourdon. Reanuda el hilo de tu discurso, y revélame tus penas.

—¡Eso es hablar en razon! Señor, yo amo á la signora Venecia, y ella me corresponde; pero es católica, y yo soy calvinista; ella es católica endiablada, y yo calvinista furioso; por un imperio no abrazaria mi religion, y por casarme con ella no me someteria yo á oir misa. Añadid á este inconveniente de mis pobres amores, que la madrina de Venecia, la marquesa Fabiani, le ha hecho prometer en su lecho de muerte que me convertiria ántes de darme su mano, y juzgad del avispero sin salida en que me hallo metido.

—¡Diablo! Camarada, ahora estás como yo, entre la Iglesia y la corona... No temas, nosotros saldremos de ese mal paso; tú conquistarás tu bella, y yo entraré en Paris. ¡Ah! ¿no me has dicho que tu normando, tu señora y Clermont estaba en casa de La Varenne?

—Sí señor, esperan la honra de seros presentados.

—¿Se nos une Clermont? Es un verdadero hidalgo, tan valiente como tú, elegante, leal é inteligente; goza de crédito: yo quisiera ganarle.

—¿Y La Gazette?

—Señor ¿me dareis la satisfaccion de verle ahorcar hoy mismo si es posible? Es lo ménos que podeis hacer por mí.

—¿Para distraerte un poco?

—No descansaré hasta despues de haber asistido á ese gozoso espectáculo.

—Pero, compadre, interrumpió el Bearnés riendo con todo su corazon, ¿crees á tu La Gazette tan poco normando que espere la horca á pié firme? Es de creer y aun de apostar á que ese bribon haya aprovechado tu venida aquí y nuestra entrevista para echar á correr hácia Paris á todo galope.

—¡Pardiez! dijo Pampelonne dando un salto hácia la puerta, ¡me haceis temblar!

—¡Alto ahí... Escucha, chorlito: ve á casa de La Varenne, si encuentras en ella á tu normando, tráemele, trae tambien á tu bella Venecia y al bailío de Clermont... Escucha, di á La Varenne que un cuarto de hora despues que hayas salido de su casa venga á hablarme, necesitaré de su presencia... Vamos, despáchate, y no maltrates á tu bribon de La Gazette hasta que yo le haya interrogado; al contrario, ponle buena cara, y háblale amistosamente.

Pampelonne se lanzó fuera del gabinete; corrió al pabellon de La Varenne, donde se quedó admirado al hallar á La Gazette que le esperaba con los brazos cruzados y la sonrisa en los lábios.

—¡Por San Dionisio! esclamó el bailío de Clermont; ¿sabeis que haceis á las gentes visitas demasiado largas? Si tardais en cuarto de hora mas, me paso á la liga, que execro. ¡Y bien! ¿Nos recibe vuestro monarca, sí ó no?

—Venid, venid los tres... Signora, si gustais aceptar el brazo de un hugonote, os ofrezco el mio... Señor baron de La Gazette, os suplico que vayais delante. ¡Ah! señor La Varenne, el Rey necesita veros en su gabinete un cuarto de hora despues que nosotros hayamos entrado.

—¿Qué viento será el que sopla? se preguntó La Gazette sorprendido del ceremonial que el caballero habia empleado en toda su relacion: ¿habré cometido alguna torpeza sin saberlo... vamos Pampelonne y yo á volver á montar en nuestros caballos de guerra?

Fiel á la promesa que habia hecho al Rey, el caballero no intentó atormentar á La Gazette; no le dirigió la palabra, pero se esforzó en ponerle buena cara.

Cuando nuestros viajeros entraron en la habitacion del Rey le hallaron ocupado en recoger la pedrería que Pampelonne habia dispersado por el suelo.

—¡Ah, ah! dijo el Bearnes, saludando á Venecia; he sabido, bella dama, que me ha-

bíais declarado la guerra, y confieso que no esperaba esa declaracion, porque en todos tiempos he visto que las mujeres se ponian, por generosidad, del lado del más débil; ahora bien, si se cuentan los combatientes, el grueso de los batallones está contra mí...

—Señor, respondió Venecia con firmeza; estais mal informado; estoy pronta á serviros, y para eso no hay nada que no intente...

—¿Qué me deciais, pues, caballero? interrumpió el Rey volviéndose á Pampelonne; ahí teneis buenos sentimientos.

—Para vos, señor, convengo en ello; pero para mí...

—Escuchad, señora, continuó el Bearnes; permitidme que use con vos mi táctica habitual; yo hago las cosas claramente, y ese es el secreto de mis triunfos en la guerra: cuando Mayenna duerme, yo estoy de pié; cuando él anda, yo corro; cuando habla, obro. Vamos, pues, á apresurarnos á asegurar vuestra dicha. Dadme esa blanca mano; tú, Pampelonne, ven aquí... ajajá... yo os uno, os desposo... Vosotros os perteneceis, y...

—Señor, dijo Venecia bruscamente; estos desposorios han sido ya hechos: mi mano pertenece al señor de Pampelonne; solo consiste

en él darme su nombre, y para eso no tiene más que convertirse.

—Cada cosa en su tiempo, hija mia; el caballero se convertirá cuando yo me convierta; esa es una cuestion grave que las mujeres bonitas no pueden resolver. Amaos y vivid de esperanzas. Yo me alegro saber que estais desunidos por un honrado escrúpulo; así me servireis mejor una y otro. Los esposos jóvenes incomodan en campaña; pierden el mejor fuego de su valor, mientras los amantes hacen maravillas. Signora, tengo acerca de vos grandes proyectos; ¿me ayudareis contra mis enemigos?

—El partido del caballero de Pampelonne es el mio, señor; así como disponeis de la vida de mi prometido, disponed de la mia.

—Muy bien; hacedme el gusto de sentaros y prestarnos atencion. Ahora nosotros dos, señor de Clermont; y bien, bailío, ¿qué pensais de la política actual?

—Señor, yo amaba al Rey, á quien la Liga ha herido de una cuchillada, esto es deciros que odio á la Liga, á los Diez y seis, á los Cuarenta, á los de Lorena, la escuela de la clase media y la clase populachera, que tiene destrozada á la Francia y la esponen á las garras del español. El Rey difunto os legó la co-

rona al morir; así, pues, debo serviros; poco me importan las hablillas de la Iglesia, esas hablillas son hipócritas; aquí es un asunto entre Dios y vos; ésta es mi espada, os hago leal homenaje de fidelidad, con la sola condicion de que me facilitareis la ocasion de quemar el convento de los jacobinos, de donde salió el regicida Jacobo Clemente.

—¡Ira de Dios! Hé ahí un lenguaje de buen francés, bailio... quiero abrazaros por esos bellos sentimientos, y os doy, bajo el bravo d'Aubigné, el mando de mi caballería ligera... Vereis cómo se baten esas gentes. Capitan La Gazette, á vuestra vez.

—Señor, dijo el normando sin vacilar: soy la sombra del señor de Pampelonne; de hoy más estoy unido á él en vida ó muerte, siempre me tendrá á su lado... ¿qué más puedo ofreceros?

—«¡Bandido! dijo para sí Pampelonne, si no fueses normando, se diria que eras gascon, y más gascon que yo.»

—Ya estamos todos muy cerca de entendernos, continuó el Rey. Vamos á ver, capitan La Gazette, decidnos cómo es que los diamantes de la signora Venecia han pasado de propósito de vuestros bolsillos á los de Pampelonne.

—Señor, balbuceó el normando haciendo su mueca favorita, debo confesar que me he despojado de ese tesoro, no con alegría, sino con lamentable pena.

—¡Bellaco! dijo Pampelonne con los puños crispados.

—Yo, continuó Enrique, si en vez de ser bearnes, hubiese sido normando, ¿sabeis lo que habria hecho de esos bellos diamantes, capitan?

—Alguna proeza, segun vuestra costumbre, señor.

—No habria sido tan necio que los hubiera entregado; hubiese tomado mis precauciones, y cambiado esa brillante pedrería por piedras falsas; de suerte que Pampelonne hubiera sido muy necio metiendo las manos en el saco.

La Gazette palideció; su rostro se puso lívido, y poco á poco su fea mueca tomó proporciones estravagantes; permaneció atintado, mudo como un espectro.

—¡Ah! convienes en ello, villano miserable, esclamó Pampelonne que le seguia con la vista... ¡En fin, ya estás cogido!

—¡Yo! respondió La Gazette sacudido por este apóstrofe.

—Verdad es que habeis cambiado de color,

mi bravo, añadió Clermont... Vamos á ver cómo salís de ese mal paso.

—Señor, empezó el capitan, esta vez, en efecto, rindo las armas; la Gascuña triunfa de la Normandía; lo que vos hubiérais hecho en mi lugar, habria sido una obra maestra. Verdad es que sois un grande hombre, cuando yo no soy más que un pobre diablo. Si he cambiado de color al escucharos, ha sido por no habérseme ocurrido vuestra escelente idea. ¿Quereis una prueba de mi sinceridad? Pues bien, haced valuar los diamantes: si son verdaderos, dadme algunos; si son falsos, mandad que me ahorquen.

—Te ahorcarán primero, dijo Pampelonne, y se valuarán despues... ¡Ah! bribon...

—Olvidais que soy baron, caballero; á no ser por el respeto que debo al Rey, ya habriamos desenvainado las espadas.

Pampelonne iba á replicar, con cólera y desden, cuando La Varenne entró en el gabinete.

Este La Varenne, cuyo verdadero nombre era Fouquet, pertenecia á la clase más baja; habia empezado en calidad de pinche en las cocinas de madama Catalina, hermana del rey de Navarra, y se habia dado tan buena maña, que en poco tiempo habia adquirido una gran

reputacion en el arte de mechar las carnes: Hombre insinuante, astuto, complaciente, el Rey se servia de él en sus empresas amorosas, y le hizo consejero de Estado, si bien madama Catalina, recordando su antiguo oficio, se dirigió un dia este cumplido, del que él solo tuvo el gran talento de reirse:

«Parece, La Varenne, le dijo, que has ganado más llevando los *billetes* de mi hermano, que mechando los mios (1).»

Fouquet, vuelto marqués de La Varenne por la adquisicion de unas tierras magníficas, era muy esperto en joyería; el Rey le señaló el tesoro de Venecia, que estimó en su justo valor lanzando grandes esclamaciones.

—Todo esto vale muy bien seis millones, dijo, pero nadie puede hacer en Francia semejante compra; Inglaterra sola...

—Yo me encargo de venderlos, interrumpió La Gazette con aire triunfante; si valen seis millones, los venderé por siete.

—¡No, pardiez! esclamó Pampelonne con el acento de terror, los milagros son raros en

(1) Sabido es que *poulet* en francés significa *pollo* y *billete de enamorado*. Esta frase de doble sentido la usa el autor para formar el anterior equívoco. (N. del T.)

el tiempo en que vivimos; si no se debe abusar de Dios, tampoco hay que tentar al diablo.

—Déjanos, La Varenne, dijo el Rey.

Despues, cuando su favorito hubo salido, continuó el Bearnes en voz baja:

—Os tengo á los tres, á todos cuatro (aquí el Rey saludó graciosamente á la prometida de Pampelonne) por fieles aliados, súbditos adictos y corazones valientes; voy, pues, á confiaros graves proyectos y resoluciones que vuestra presencia determina.

Enrique hizo una pausa, y Pampelonne se aprovechó de ella para lanzar á La Gazette una mirada sospechosa. Estaba escrito que el gascon tendria al normando en perpétua desconfianza, hiciese éste lo que hiciese para rehabilitar su execrable reputacion.

El caballero sabia con espanto que el Rey se iba á confiar á un hombre para él más que sospechoso: Enrique de Navarra advirtió la inquietud de su bravo compañero, sonrióse, y continuó:

—Aquí, en mi corte guerrera, todos me acosan, ó huyen de mí: el capitan más fútil se erige en consejero: «los ansarones quieren llevar á pastar á los gansos; pero cada cual me muestra su lado débil, atrevo á fiarme de mis más asiduos consejeros, porque el espíritu de

partido se sobrepone á todo, y el enemigo comun se aprovecha del tiempo que me hacen perder sus discursos. Quiero obrar á mi antojo, oir á todos; pero marchar derecho á mi camino. Para que éste sea provechoso, necesito dos guias: dinero y algunas almas decididas, bastante decididas para sacrificarse, si es preciso, por el triunfo de mi causa. El dinero ya está ahí, gracias á la generosidad de esa bella señorita; gracias al celo del atrevido Pampelonne; gracias á la probidad del honrado La Gazette.

El normando hizo un saludo hácia adelante, que le alargó más de un codo, mientras Pampelonne exhalaba un vago suspiro, y el bailío de Clermont se reia en sus barbas.

Las almas decididas, prontas á toda empresa y á cualquier sacrificio, convendreis en que las he hallado.»

Un mismo movimiento de Venecia, de Pampelonne, del bailío y de La Gazette confirmó el dicho del Rey.

— Pues bien; vos, caballero de Pampelonne, partireis esta misma noche para Inglaterra, donde os doy la mision de reducir á dinero esa pedrería, y obtener de la reina, para el partido francés calvinista, un socorro de algunos buenos millares de lanzas protestantes.

Os nombro á la vez mi embajador y mi tesorero. Vos, señorita, ireis á esperar el fin de la guerra á una de las plazas que nos pertenecen, y vuestras oraciones atenuarán sin duda los grandes agravios que los católicos de Paris, de Roma y de España formulan todos los dias contra mí en el cielo. Vos y yo, bailío de Clermont, sostendremos la campaña, y haremos ver á los espadachines del Sr. de Mayenna cómo se lucha bajo mi blanco estandarte. En cuanto al capitan La Gazette, voy á ofrecerle un trozo de difícil digestion.

—Mandad, señor, esclamó el capitan, que se encabritaba hasta romperse el espinazo.

—¿Sois normando, no es cierto, compadre?

—Y bajo-normando, me vanaglorio de ello.

—Certifico el superlativo, murmuró Pampelonne.

—¿Sois pobre?

—Soy mendigo, señor.

—¿Sois baron tal vez?

—Seguramente, y no tal vez, señor; soy baron por diploma inscrito en el Parlamento de Paris el 19 de julio de este año de gracia de 1589.

—Entonces, sois baron *in partibus*; el Parlamento de Paris es un Parlamento de risa,

que tiene su asiento en pais de infieles... no hay más Parlamento que el de Tours.

—¡Pero!... balbuceó el pobre La Gazette aturdido; sin embargo... el...

—Calmáos, solo consiste en mí que seais verdaderamente baron, con la propiedad de buenas tierras que tengan torreones y puentes levadizos.

—Acepto, señor, dad vuestras órdenes; ¿qué necesito hacer?

—Servicio por servicio; me entregareis á Paris, y yo os entregaré vuestra baronía.

—¡Entregaros á Paris! ¡Bondad celeste!

—Pampelonne ha sabido á tomar el castillo de Angeres... No os asusteis, hé aquí el trabajo de que quiero que os encargueis. Habeis servido á la Liga, y en ella os habeis hecho estimar; entrais en mi capital sublevada para continuar, en apariencia, sirviendo allí á mis enemigos; vos mismo haceis contra mí algunas proezas, si de ese modo necesitais estar bien con la canalla; despues, por debajo de cuerda, hablais con mis partidarios, me creais inteligencias, combatís con todas vuestras fuerzas los proyectos de la embajada española, y en fin, escogeis la ocasion para hacerme abrir á una hora convenida una de las puertas por donde debo entrar triunfante en

Paris. ¿No te parece muy cuerdo este plan, Pampelonne?

—Nada más sencillo de llevar á cabo, señor.

—Y vos, bailío, ¿pensais que esto sea incómodo?

—El baron La Gazette hará todo eso sin incomodarse, señor; ¿qué es ello, en efecto, para un normando?

—Y vos, señorita, ¿cuál es vuestra opinion?

—Respondo del capitan.

—Y yo no respondo, gruñó La Gazette que habia guiñado un ojo, y cerrado, por decirlo así, sus largos oidos á la seguridad de sus compañeros. Señor, permitidme algunas objeciones.

—¿Ya, caballero?

—Sin duda; cuando me hayais lanzado en ese laberinto, ya no será tiempo de objetar nada. Conozco á los Diez y seis, conozco á los Cuarenta, conozco á los de Lorena, conozco á las princesas, conozco al legado, conozco al español Mendez, conozco las tropas de la liga y los boneteros guerreros, conozco la canalla de los mercados y de los arrabales, y digo que me enviais á que me ahorquen sin provecho para vuestra corona. Señor, soy bajo-norman-

do por mi madre, gascon por mi padre, picardo por parte de mis tios, primo de Chapenois y turco por mis abuelos, lléveme el diablo si podia hacer yo solo esa obra que me habeis mandado.

Pensad, pues, en ello: soy un pobre soldado, y mi espada vale más que mi cabeza; por tanto, ¿cómo quereis que yo pueda sostener la malicia política del señor Mendez? Ganas me han dado más de una vez de ir á batirme á España, pero no he ido; ese reino me es desconocido por sus costumbres, por su situacion, por su historia. ¿Cómo podré introducirme en la familiaridad del legado? Soy católico, pero solo debo esta gracia á mi bautismo, y estoy tan instruido en la teología apostólica y romana con mi caballo Pompeyo! Ahora bien; ¿qué medio quereis que emplee con un cardenal atestado del latin, de los cánones de la Iglesia, armado de sentenciás y bulas? A la primera entrevista me hará plantar á la puerta. En cuanto á los señores Diez y seis y á los señores Cuarenta, son gentes tan fuertes en la arenga, que yo, yo que nunca he sabido decir en público dos palabras razonables, no podré agradarlos. Me quedará la escopeta, la lanza y la tizona, pero no podré servirme de ellos sino contra vos.

Señor, dad un asalto, y me obligo á hacerme matar al frente de la escala más elevada; pero trasformarme en diplomático es enviarme al rio como si tuviese cuatro patas, y sarna por añadidura. Permitidme una palabra más, señor; tal vez no estais al corriente de todo lo que pasa en Paris; no veis más que la superficie de ese soberbio cenegal donde se agitan tantas pasiones; ¿creeis acaso no tener que habéroslas sino con los ligueros católicos, apostólicos y lorenenses? Desengañaos; hay por allí abajo ciertos maquinadores que hacen tambien su género de ruido; pero lo hacen á la sordina, y no es el partido que ménos os amenaza; se le llama el partido republicano, y su jefe timidamente reconocido es el conde de Cossé Brissac. Deciros lo que son esas gentes, yo no lo podria, atendida mi ignorancia de todo lo que no es coraza y pólvora de cañon. El señor de Cossé es hombre muy erudito, que ha hallado, segun parece, en viejos romances cosas maravillosas tocante á una forma de gobierno renovado de la época del Diluvio tal vez, no lo sé á punto fijo, cuyo gobierno tenia el nombre de república. Lo que quieren los republicanos del señor de Brissac, si lo saben, podrán decíroslo; yo, que soy un asno, lo ignoro enteramente. Todas esas fa-

milias de ligueros hormiguean en Paris como langostas en los trigos; todos comen en el mismo plato, y se dan la mano contra vos. Yo he podido olfatearlos, pero combatirlos de otro modo que con la espada, no es de mi competencia. Señor, dadme el talento del caballero de Pampelonne; el saber del señor de Clermont; la sagacidad de la signora Venecia, y dejadme mi valor; tal vez triunfaré entonces, porque habreis hecho de mí el ser más fabulosamente completo de la creacion.

El Bearnes no habia podido ménos de echarse á reir á carcajadas durante esta burlesca defensa en que el normando, á pesar suyo, dejaba entrever su buen juicio y la malicia de su fértil imaginacion.

—¡Pardiez! señor, esclamó el bailío de Clermont, lo que La Gazette os pide es cosa bien fácil, y vais á satisfacerle. En lugar de darme el mando de vuestra caballería ligera, permitidme que acompañe al señor baron á Paris; ántes de quince dias quiero haber hecho de él un orador de primera clase, un Demóstenes; descoyuntar de risa á toda la canalla de los arrabales; para eso tiene estravagantes disposiciones. No es eso todo; le iniciaré en los asuntos políticos de la Iglesia y de España; en fin, le enseñaré tan bien la histo-

ria romana, que M. de Brissac le tomará á él solo por el fantasma de los dos Gracos...

—¿Qué decís á eso, baron? interrumpió Enrique más alegre cada vez.

—Digo, señor, que el bailío de Clermont no ha sido ahorcado nunca; yo, que me he visto en lo más alto de una horca, sé que se hace allí muy triste figura, y desearia no volver á hallarme en ese caso. Pero si así lo queréis, decidamos esa dificultad; consultemos una parte desinteresada; tomemos la opinion de la signora Venecia, que es una señorita de gran juicio; si cree ejecutable vuestro proyecto, me resignaré sin chistar.

Diciendo esto La Gazette, fijó en Venecia miradas suplicantes y zalameras.

—No solo hallo el proyecto practicable, respondió la gitana, sino que me parece fácil y magnífico. Hasta hoy ha sido dado al capitan La Gazette distinguirse por rasgos de valor y de astucia; pero es preciso que el baron La Gazette gane de otro modo sus espuelas de oro; es preciso que se conquiste un nombre en la historia. La ocasion no puede ser más oportuna.

—¡Demonio! Todo eso es muy cómodo de decir; murmuró el normando aterrado, desconcertado y sin saber qué cara poner.

—Para probaros, señor, que soy franca en mis discursos, os ruego, y ruego á monseñor de Pampelonne me conceda el favor de seguir á los señores de Clermont y La Gazette hasta Paris. Lo que he visto de los trabajos de la Liga me ha enseñado el papel que una mujer inteligente puede desempeñar en medio de vuestros enemigos, y espero ayudar en más de una ocasion á vuestras armas victoriosas.

—Amiga mia, dijo el Rey, me llenais de entusiasmo, y ciertamente tengo fe en vuestras reliquias... Pero no seguireis á vuestras adorables inspiraciones; Pampelonne me hará el placer de oponerse á ellas.

—Señor, hace mucho tiempo soy vuestro enteramente... La signora Venecia no es mas que la mitad de mí mismo; así, pues, podeis disponer re ella.

—Y bien; ¡por Santiago y San Dionisio! esclamó La Gazette trasportado de ardor bélico: ¡sea lo que Dios quiera! Acepto y me lanzo... Acordaos, señora, acordaos, señor bailío, que una vez metido en esta empresa, os llevaré tan léjos, que será preciso reventar como un mosquete, ó triunfar. Señor, es cosa decidida; voy á partir, voy á hacerme discípulo del señor de Clermont, aprender mil pataratas para cautivar las buenas gracias de to-

dos los ganapanes que pueblan la Liga y despueblan la Francia; pero estad bien advertido de mis disposiciones, y esas disposiciones permitidme que os las esponga en dos palabras. Para estar bien á un mismo tiempo con los Diez y seis, los Cuarenta, los de Lorena, el español, los jacobinos, el Papa, los republicanos y la canalla, será preciso que se me tenga por un héroe, y esa reputacion, que sabré merecer, no la adquiriré sino á espensas vuestras. Así, pues, si llegais á saber que el baron La Gazette ha cortado en alguna parte las grupperas á vuestras tropas, os ha tomado una ciudad, y ha hecho asar á algunos hugonotes, no me querais mal por eso, porque tales hazañas deberán refluir en vuestra gloria y provecho.

—Os doy carta blanca.

—¡Ah! ¡villano impudente! pensó Pampelonne, ¡qué mina de oro ha descubierto!

El Rey conversó con sus compañeros durante algun tiempo, y despues los despidió, á escepcion de Pampelonne y Venecia, á quienes tenia que dar instrucciones particulares. El caballero acompañó á La Gazette hasta el vestíbulo, y dijo en voz baja al bailío, estrechándole la mano:

—Vigilad á ese pillastre; mucho temo que

de aquí á cuarenta y ocho horas os haga estrangular.

—A decir verdad, esa es mi opinion, replicó el bailío riendo y alejándose.

—Tu normando es soberbio, dijo el Rey al caballero cuando volvió al gabinete; lo haré consejero de Estado despues de mi consagracion.

—Señor; los grandes hombres lo hacen todo grandemente, las hazañas y...

—Y las necedades, ibas á decir, interrumpió el Bearnes con bondad.

—Eso queria haber dicho, señor, pero no me atreví.

—¡Ira de Dios! Camarada, puedes gastar ahora mismo hasta seis millones de impertinencias; pero si te arruinas hoy, no te fiaré mañana.

III.

La Gazette augura mal de su asociacion con el bailío.

El mismo dia del Consejo celebrado en Meudon entre el rey de Navarra y sus partidarios; es decir, algunas horas despues de la sesion de este Consejo, el caballero de Pampelonne y Venecia tomaron el camino del Havre, mientras el bailío de Clermont y el normando La Gazette caminaban via recta á Paris.

Pampelonne pasó en Evreux, que estaba por el Rey, y dejó á su prometida en esta ciudad, con la recomendacion de ganar á Fecamp, plaza fuerte y segura, tan pronto como los ca-

minos estuviesen más libres de lo que lo estaban.

La despedida de Pampelonne y de Venecia habia sido tierna: justo es que lo digamos: nuestros lectores han pasado todos por estas pruebas desgarradoras de separaciones bruscas y desconocen además el carácter fogoso del caballero, el alma tierna y viril de la gitana, lo cual nos dispensa de alargar nuestro relato con frases tomadas del vocabulario enfático y desordenado de los enamorados.

Ya hemos dicho que Pampelonne habia advertido más de una vez al bailío que estuviese en guardia contra la malicia de La Gazette, quien segun decia, no podia y no debia inspirar confianza alguna, á pesar de sus soberbias protestas.

Cuando nuestros dos compañeros Clermont y La Gazette hubieron llegado al puente de Saint Cloud, detuvieron instintivamente sus caballos para deliberar y convenir en sus hechos y gestos. El bailío fué el primero que emitió una opinion claramente juiciosa.

—Veamos, mi querido capitan, ó más bien mi querido baron, ¿creeis que sea prudente llegarnos huidos como estamos, ante la guar-

dia urbana? ¡Vos sois conocido como un liguero furioso, no lo dudo, y bajo ese título os hallais en buena armonía entre los partidarios de Guisa; ¡pero yo, pardiez! como dice nuestro camarada Pampelonne, yo solo soy bueno para ser quemado vivo entre esas buenas gentes; así, pues, no os aconsejo que me lleveis tranquilamente á vuestro lado; mi proceso no sería largo, y tengo interés en pleitear un poco en esta confusion.

—¿Me reconoceis, sí ó no, por jefe de nuestra empresa?... preguntó el normando: sí... Pues bien, que mis consejos sean órdenes, y que esas órdenes no sufran ninguna discusion; recordad que aquí desempeño un papel muy grave.

—¡Diablo! Compadre, esclamó el bailío, me parece que en esta aventura juego mi cabeza, y me atreveré á imaginar que mi cabeza vale tanto como la vuestra, lo mismo por detrás que por delante.

—¡Gran cosa por vida mia! replicó La Gazette; yo juego mi baronía, es decir, mi fortuna, mi sueño privilegiado. Una vez por todas, señor de Clermont, sabed que tengo mi vida en poco, y mi fortuna como muerta. Me daré por muy contento, señor bailío, con llevaros á que os acosteis esta noche en un buen

lecho de liguero, y para eso, ved lo que voy á hacer. Sois mi prisionero de guerra; me habeis rendido vuestra espada en el sitio de Poissy y os traigo cautivo y llorando de rabia, para hacer de vos lo que mejor me parezca.

—¡Demonio! eso está muy bien imaginado, esclamó Clermont; ¿pero no seré quemado vivo por los señores jueces en mi doble cualidad de contrario y de prisionero?

—Respondo de vuestra agradable persona, repuso La Gazette, á poco que me secundeis en mis tretas, dejeis vuestro aire de conquistador para tomar la resignada postura de un hombre que ha rendido las armas.

—Sea, ya estoy resignado, por dura que sea vuestra tiranía, mi querido baron; soy pues vuestro cautivo... decididamente teneis sobre mí, bien sea sério ó chistoso, la ventaja del primer papel.

—Vamos, bailio, dadme vuestra bella espada.

—¡Hum!... ¿luego es, pues, bien necesario?... objetó el bailio, que pensaba á pesar suyo en las sospechas de Pampelonne.

—¿Vuestra espada, si gustais?

— Tomadla, caballero... y no olvideis que es de buen temple.

Clermont se desabrochó el cinturon, y en-

tregó á La Gazette su espada. El normando colgó este trofeo en el arzon de su silla, y dijo sonriendo:

—Vamos á bajar á casa de un desconocido mio, un bandido, cuyos pulmones y elocuencia siempre envidiaré, un abogado célebre entre los republicanos más feroces del bando del conde de Brissac...

—Lléveme el diablo, baron, si os acompaño á ese maldito lugar, interrumpió Clermont.

—¡He! señor bailío, ¿empezais ya á indisciplinaros?

—Vamos, no nos enfademos, iré á casa de vuestro charlatan; ¿cómo se llama? ¿es jóven ó viejo? ¿tiene mujer, hermana ó hija?... perdonadme estas preguntas, yo tambien cuento por mi parte con llevar la política á mi manera...

—Señor de Clermont, interrumpió el furibundo La Gazette, haceis mal en emprender los asuntos del Rey pensando en aventuras amorosas; si teneis el designio de coquetear en Paris y embarazar mis planes con galantes aventuras, os intimo á que os volvais atrás ántes de seguir más adelante.

—¿Y el latin, maese normando, quién os lo enseñará si yo me marcho?

—Desempeñaré mis trabajos en francés caballero; esa es toda mi ambicion.

—¡Diablo! cultivais muy gratamente la malicia del buen lenguaje, capitan, y os doy mi enhorabuena. Hablad como querais, juro no interrumpiros. Ahora bien; vamos á vivaquear á casa de vuestro abogado. ¿Quereis hacerme el gusto de decir cómo se llama ese Brutus?

—Antonio-Publiccla-Thomassin...

—¡Ah! me agrada ese nombre de Publicola! esclamó Clermont; quiero comprar un perro para darle ese nombre.

—Señor bailío, sospecho una cosa, replicó La Gazette; ántes de ocho dias habreis hecho que nos estrangulen á los dos... por favor, privadme de vuestra asistencia y marchad delante.

—¡Per Baco! Amigo mio, no os desconsoleis; vais á verme dócil y cuerdo como un santo tan pronto cemo veamos la caperuza de un jacobino ó la sucia chaqueta de un ciudadano, ó la enmohecida pica de un soldado de la liga... ¿No veis que hago provision de buen humor?... Seguid... seguid adelante; no haré que os quedeis sin baronía; no temais.

El bailío tuvo compasion de La Gazette, y le hizo compañía sin chistar palabra y sin volver á soltarle más pullas. El normando revol-

via en su cabeza los más vastos proyectos, y su rostro espresaba de vez en cuando, por medio de estravagantes contorsiones, la agitacion de su espíritu.

Despues de una hora de marcha, los dos caballeros llegaron á un puesto avanzado, encargado de cubrir la puerta de Saint-Cloud; el oficial que mandaba este puesto se adelantó á La Gazette y le reconoció, porque el normando se habia dado mucha importancia y movido mucho en tiempos de su esplendor. Despues de cambiar algunos cumplidos con este subalterno. La Gazette le hizo dar el santo y seña y pasó sin trabajo la puerta donde se hallaban reunidos ciudadanos de casaca, frailes y un gran piquete de soldados alemanes.

—Ahi teneis una buena casa de fieras; murmuró el bailío al oido del capitan; ¿qué hacen ahí esas tres clase de animales?

—Se guardan, ó por mejor decir, se vigilan unos á otros. Este puesto, señor bailío, os ofrece una muestra de la Liga y de Paris. Aquí cada cual desconfia de su vecino; los alemanes sirven á Mayenna, los capuchinos sirven tan pronto al Papa, tan pronto á España; los plebeyos sirven á los Diez y seis y á los Cuarenta, que se sirven ellos mismos sirvien-

do al diablo y á la república de Mr. de Brissac. No procureis aun que os reconozcan en este lodo; tratad solo de ser cuerdo; todos esos ganapanes se entienden entre sí como ladrones en feria, para arrojar al Sena sin proceso á los que por gestos ó palabras les parecen sospechosos.

—¡Hum! baron; ¿haremos huesos viejos por aquí?

—Mucho lo deseo; si gustais, tomemos á la derecha; maese Publícola vive en el barrio de Santiago.

Nuestros viajeros se internaron por calles estrechas, donde se agolpaba la muchedumbre que corria á los sermones del cura de San Germin. La Gazette se cuadraba en su caballo, y el soberbio Pompeyo parecia orgulloso de él y le llevaba como una reliquia; La Gazette provocaba á los transeuntes, guiñaba el ojo y enseñaba á su prisionero con una jactancia de muy mal gusto; triunfaba y se enorgullecia con su captura, hasta el punto de que le aplaudian con grandes risotadas muy insultantes para el bailío.

—Empiezo á cansarme de vuestras baladronadas, dijo Clermont en voz baja, y os prevengo que esta comedia va á concluir mal...

—¡Callaos, imprudente! ¿No veis que estamos sobre ascuas? Disimulad vuestra vergüenza, y así lo sobrellevareis mejor; si no estuviéseis bajo mi salvaguardia, vuestra capa de hugonote habria ya sido causa de que os hiciesen pedazos.

—¿Al ménos llegaremos pronto á casa de vuestro Publicola?

—Cien pasos más, y estamos en ella... ¡Oh! ¡oh! ¿qué es esto?

Un grupo de capuchinos, precedidos de ciudadanos y de chicos con antorchas, desembocó por la calle que seguia La Gazette. Este grupo lanzaba gritos furiosos, y todo el mundo se hacia á un lado para dejarle paso.

«¡Viva Jacobo Clemente! ¡Viva la Union! ¡mueran los relapsos!»

—¡Magníficas vociferaciones! murmuró el bailío; de seguro puede estar orgulloso el Paraiso de haber abierto sus puertas á Jacobo Clemente.

—¡Eh! hijo mio, dijo al bailío un hombre armado de alabarda; ¿temes desgañitarte? ¿No hay nada en tus pulmones para la gloria del ángel esterminador?

—Señor baron La Gazette, dignaos, si gustais, prestarme mi espada por dos ó tres mi-

nutos solamente, respondió Clermont con admirable sangre fria; ahí teneis un escelente hidalgo, á quien yo tomé al principio por un almacenista de especias, y le debo esa reparacion.

—¡Ahoguemoe al político! ¡Ahoguemos al realista! gritó el hombre de la alabarda; y en un abrir y cerrar de ojo, los capuchinos y los plebeyos, de que estaba llena la calle, se amotinaron en torno de nuestros dos camaradas, aullando á más y mejor, enseñando los puños al bailío, apostrafando al mismo La Gazette, aunque este hizo por obtener un poco de silencio.

—¡Eh! mi querido capitan, dijo Clermont al normando á media voz; no os tomeis tanto trabajo; empuñemos las espadas y carguemos sobre esa canalla; yo me comprometo á despachar á treinta...

—Silencio; ganas me dan de abandonaros... Vamos á ver, vocingleros, ¿me dejareis decir dos palabras?... esclamó el capitan con estentórea voz; ¿os figurais acaso que sois aquí los únicos que teneis derecho á perorar?... ¿eh?... Hacedme un poco de sitio, y creed que no es fácil aventurarse á estrechar los costados al baron La Gazette sin esponerse á ver

romper los suyos... Vamos, Pompeyo, ensancha tus caderas, hijo mio; y pon tus cascos sobre todos esos villanos piés.

Y diciendo esto el normando, picó espuelas á Pompeyo, le hizo medio encabritarse, y con su manopla le azotó las orejas. Pompeyo se encabritó en efecto majestuosamente, como en un picadero; volvió á caer sobre sus patas delanteras, y lanzó un relincho con toda la gracia de un saltador en plena libertad; el noble é inteligente caballo no se tomó el trabajo de encolerizarse para ensanchar el círculo que le estrechaba; lo ejecutó sin esfuerzo, jugando, que valieron en verdad algunos golpazos á los tontos. Clermont se sujetó el bazo, pudiendo apenas contener la risa al ver las maniobras de Pompeyo, las muecas del normando y el terror de la muchedumbre.

—¡Que grite viva la Liga! dijeron los capuchinos señalando al bailío; ¡que grite viva Clemente!

—Puesto que grito por dos, ¿qué más quereis? respondió La Gazette; ¿y qué mala pendencia me vais á buscar? ¿No soy capitan de la union, eh? ¿No he defendido á Poissy á todo trance contra Enrique III, majestad difunta, y contra Enrique IV, majestad caida? ¿No os traigo un prisionero de casa grande? ¿Creeis

que este prisionero ha de estar alegre como un pájaro, y de humor de entonar vuestros cánticos?...

—¡Que grite viva Jacobo Clemente, ó le arrojamos al rio! vociferó uno de los matachines de la chusma.

El bailío soltó una carcajada, que hizo estremecer á La Gazette, y escitó la indignacion de los ligueros.

—Os prevengo, dijo el normando, que habiéndoseme concluido la retórica, voy á empezar á palos con todos vosotros; el señor de Mayenna me vengará si tocais á mi prisionero... Caballero, añadió dirigiéndose á Clermont; tomad vuestra espada, venid tras mí, ¡y por San Dionisio vamos á divertirnos!

El bailío saltó sobre su espada, que hizo doblar con la mano izquierda, y atisbando al hombre de la alabarda, que procuraba ocultarse entre la muchedumbre, le dijo:

—¡Eh! Señor *de la pica*, señor *de la partesana*, esperadme, pues.

—No matemos á nadie, dijo La Gazette á media voz á su aturdido compañero: contentémonos con hacer huir á esos cobardes. Imitadme.

Á esto, volvió á recorrer el baron á la inteligente bravura de Pompeyo, quien estimula-

do por su amo algo más enérgicamente, bajó las orejas y se precipitó hácia adelante. Oyóse un grito de dolor: Pompeyo habia cogido á un ciudadano por un hombro y lo sacudia entre sus dientes como un perro bien enseñado sacude la pieza de caza que trae á su amo. Los más prudentes entre los ligueros echaron á correr, los más bravos pensaron imitarlos; pero uno de ellos encendió la mecha de un mosquete, y apuntó al bailío que estaba vuelto de espaldas.

—¡Qué vas á hacer, bribon! esclamó un ginete de buena presencia que se incorporó bruscamente tras el hombre del mosquete y le asestó en la cabeza un golpe con el pomo de su espada; ¿quieres asesinar al baron La Gazette?...

—Os doy gracias á fé mia, monseñor, interrumpió el normando, nos vais á ayudar; figuraos que esos villanos...

—Todo lo he visto y oido, y habia deseado asistir á las completas evoluciones del bravo Pompeyo; pero ese miserable amenazaba mataros apuntando al través al bailío de Clermont, y á no ser por mí... Con que sois de los nuestros, bailío, os doy la enhorabuena.

Los frailes y los plebeyos habian echado á huir silenciosamente á la aparicion de este

nuevo personaje, aunque solo iba armado de una espada ligera, y vestido de terciopelo y de satin como para ir al baile. Pero su nombre habia circulado por la multitud, y este nombre inspiraba tal temor á los ligueros más fanáticos, que nadie osaba hacer frente. La calle quedó libre en un instante.

El caballero d'Aumale, porque este es el hombre á quien ponemos en escena, era coronel general de la infantería regular de la Liga. Príncipe de sangre de Lorena, jóven, de un valor atrevido, al que se echaban en cara formas sanguinarias cuando se calentaba en combates tenaces, de una franqueza á toda prueba; este capitan habia aquirido la reputacion de valiente, á la que debia un sobrenombre del que estaba celoso el duque de Mayenna. Se le llamaba *el brazo de la Liga*. Sus cualidades y sus faltas le hacian popular; era de costumbres execrables, jugador y calavera, pero de palabra leal de probidad ruda y de gran impulso, tanto en el consejo como en la guerra.

—Pardiez, caballero, dijo Clermont, que era de casa demasiado buena para llamar monseñor á un príncipe de la familia de Lorena, os quedo asaz obligado, porque más bien que gritar: ¡Viva Clemente! cuya memoria execro, habria quemado á Paris, lo cual me hu-

biese hecho acreedor á la gratitud del rey de Francia.

Al oir este apóstrofe imprudente dilató La Gazette sus anchas narices.

—Mi querido cautivo, dijo, ¿de qué rey de Francia hablais?... ¿Del cardenal de Borbon sin duda?

— De Enrique IV, si no lo llevais á mal...

—Entonces voy á llevaros á la Bastilla...

Dejad, dejad, interrumpió el caballero de Aumale, me gusta que se hable sin cumplidos conmigo... sobre todo cuando el que habla es prisionero... Señor bailío, si el capitan La Gazette quiere fiarse de mí, y aceptarme por caucion, por elevado que sea el precio de vuestro rescate, me pongo á vuestras órdenes, considerándome demasiado feliz en ayudar á uno de los hidalgos más amables y más bravos de este tiempo.

—¡Diablo! respondió Clermont, ¡si se irá civilizando la Liga! ¡Tanta cortesía en uno de sus más brillantes campeones!... En verdad, señor de Aumale, puesto que ha muerto mi pobre Rey, me ha dado el capricho de cruzarme de brazos y de vivir en Paris como un ciudadano pacífico... Señor de La Gazette, hacedme el gusto de decirme qué cantidad tendré

que entregar para gozar en paz de mi libertad.

—Quinientos ó seiscientos mil escudos; no la he fijado aun.

—¡Turco! esclamó d'Aumale.

—Despues de todo, no estoy necesitado de dinero, repuso La Gazette, y con tal que el señor bailio se comprometa, con su palabra, á no salir de Paris, y á habitar la misma casa que yo, le dejaré todo el tiempo que quiera para pasearse por nuestra capital.

—Acepto, baron.

—Y yo os espero á cenar á ambos una de estas noches, dijo el caballero... Seguid vuestro camino, y no provoqueis más querellas.

—¡Ah! caballero, murmuró La Gazette mirando de soslayo al bailio; ¡haceis tonterías sobre tonterías con un aplomo maravilloso! Apuesto á que concluiremos mal, al menos vos, porque si continuais echando a perder mis planes, á fé de normando, os pongo á la sombra.

—¡Oh, oh!

—¡Chut!... Ya llegamos á casa de mi amigo Publicola... ¿Sereis cuerdo aquí?... Pensad que este abogado hablador es un feroz republicano; estudiaos, y hagamos las ménos torpezas posibles; vos que sabeis lo que significa

la palabra república, podreis libraros de ella fácilmente; pero yo, que nosé palabra, necesitaré gran recogimiento... no me turbeis.

—No temais; ya estoy deseando ver á ese hombre.

—¡Bueno! Esta es la puerta... dignáos dar tres aldabonazos.

—Clermont obedeció tan puntualmente, que por poco echa abajo la puerta del ciudadano Publicola. Presentóse en el dintel una mujer, y no sintiéndose bastante dueño de sí el bailío ante su vista, que era bastante apetitosa, se inclinó sobre su caballo, y saludó lo más bajo posible.

—Mil perdones, balbuceó La Gazette, que se a ustaba al ver una linda cara: el señor abogado Thomassin, ¿está en casa?

—Sí está, señor baron, y tendrá mucho gusto en volver á veros.

—¡Cómo! señorita, ¡vos!... ¿vos aquí en esta casa? esclamó La Gazette reconociendo á la mujer á quien se dirigia.

—Soy la esposa del Sr. Thomassin.

—¡Su mujer! ¡Cómo! ¡Si hace quince dias!.

—¡Eh, pardiez! Baron, esclamó el bailío trasportado de alegría, ¡por ventura hay que prepararse al casamiento, como para celebrar la Pascua con cuarenta dias de Cuaresma!

—Señora, tened la bondad de decir á vuestro marido, continuó el normando, que su amigo el baron de La Gazette viene á pedirle hospiatlidad.

La jóven fué en seguida á desempeñar su mision.

—¡Pardiez! Compadre, murmuró Clermont al oido del baron; si hay que gritar ¡viva la república! contad conmigo; ¡me gusta mucho esa soberbia romana!

IV.

La Gazette toma un partido heróico, pero violento.

El ciudadano Antonio-Publicola Tomassin era un hombre alto, delgado y bilioso. Decir por qué su padre y madre, madrina y padrino le adornaron con el nombre de Publicola, nos seria difícil, á pesar de las concienzudas investigaciones á que nos hemos entregado respecto á su orígen; preciso es creer que la razon no fué otra que un capricho; pero este capricho debia llevar muy léjos á nuestro personaje como despues se verá. Nieto é hijo de alboro tadores, el señor Thomassin debia hallar en las agitaciones de la Liga una vasta carrera

para su genio; ántes de decidirse por una idea, anduvo errante largo tiempo por el fango de la sublevacion religiosa contra la autoridad real, y vegetó en las últimas filas de los partidarios de Lorena. Gran trabajador, de espíritu inquieto, remendador de proyectos, vivo de genio, medianamente erudito y pedante por escelencia; este vendedor ambulante de paradojas se habia ido introduciendo poco á poco tan bien en la confianza de los Diez y seis y de los Cuarenta, que se le temia por el gran maquinista de la Santa Union. En cuanto á sus principios religiosos eran nulos, pero se guardaba muy bien de demostrarlo abiertamente; al contrario, hacia gala de exageradas prácticas, adulaba á la gente de iglesia, se introducia en las procesiones solemnes, donde tenia fervorosos amigos, y en el seno de las numerosas cofradías, que tan gran papel hicieron en todas las revueltas políticas de aquel tiempo.

Cuando se hallaba con afiliados de su partido, quitábase la máscara nuestro abogado, y enseñaba tal cual era su faz republicana; no tomaba ya los intereses de la Union para hacer triunfar la influencia religiosa, ni se inclinaba al Papa, ni á la España, ni á Mayenna; pero con una facundia inagotable se pavoneaba en teorías nebulosas, y se cuadraba en favor

de sus principios democráticos. A su nombre de Publicola fué á lo que Thomassin debió esta original votacion; el conde de Cossé-Brissac, otro pedante de esta época, habia soñado en la trasformacion del reino de Francia en república, y se habia puesto á buscar acólitos. Un dia que oyó defender una causa á Thomassin, y que el énfasis de este abogado le sedujo, inquirió su nombre, y consiguió probarle sin trabajo que un Publicola tenia su puesto marcado en la historia de la regeneracion política y moral del Estado; y como el conde de Brissac era hombre de importancia, como parecia llamado á la fortuna, Thomassin se declaró campeon de sus ideas, sin comprénderlas demasiado, y sobre todo sin saber cómo podria aplicarlas un dia.

Publicola Thomassin era rico, porque al cuidar de los asuntos públicos no se habia distraido de cuidar sus propios intereses; amaba el fausto por vanidad, y se servia de su dinero bastante generosamente. Por austero que fuese en palabras, tenia sed de honores, y no adulaba sino á las personas que gozaban de fama. Tan pronto como un hombre se ponia en evidencia, le buscaba maese Thomassin, y se esforzaba por afiliarle en su bandera. El capitan La Gazette habia hecho mucho ruido en

Paris, y en el ejército; Thomassin lo habia estudiado, y luego se habia apoderado de él, juzgando que era preciso armar sus ideas y dar á sus sueños políticos y morales el apoyo de la la fuerza y el reflejo guerrero de la gloria. La Gazette, á pesar de sus aires de soldado aleman, era, pues, amigo de Publicola, tan trapacero y parlanchin como podia ser este tribuno ambicioso y cobarde: no olvidemos esta última circunstancia.

Cuando Thomassin supo la llegada del capitan, corrió á él, puso en pié á toda su gente, y dió muestras de una alegria muy viva, si no sincera. La Gazette, al mismo tiempo que aceptaba estos cuidados solícitos, quiso poner él mismo en la cuadra su caballo, y hasta despues de haber instalado al glorioso Pompeyo en una hermosa y profunda cama de paja, no se entregó completamente á los trasportes de la amistad.

—Vamos á ver, mi bravo capitan, dijo el abogado; no sé á qué santo debo alabar por volveros á ver en carne y hueso, porque es un milagro. Se nos habia anunciado vuestra muerte gloriosa en los muros de Poissy, y yo os habia llorado con profusion.

—¡Pardiez, maese! Prontos estais por aquí á llorar á la gente; en adelante, no me llora-

reis hasta ocho dias despues que haya muerto; tengo la escelente costumbre de resucitar mientras se celebran mis funerales... preguntad á nuestro amigo el bailio de Clermont, á quien tengo el honor de presentaros.

—¡El bailio de Clermont! esclamó Thomassin; pero si no me engaño, el señor era de los contrarios.

—No os engañais, ciudadano, interrumpió Clermont; yo era esa es la verdad; pero hoy soy...

—¿Liguero?

—Mas que eso, esclamó La Gazette.

—Soy de la escuela de los Gracos.

—¡De veras!

—Tiberio y Cayo Graco son mis maestros y ardo en deseos de morir, como ellos, por las libertades del pueblo.

—¡Jóven! dijo Thomassin, estais en lo cierto, en el buen camino... dadme esa mano... ¿Pero qué feliz casualidad os ha hecho de los nuestros?

—El señor Bailio es mi prisionero de guerra; yo le habia puesto á buen rescate, él habia aceptado, y viviamos en buen acuerdo, cuando recayendo la conversacion sobre la politica, me confesó que si la Liga representaba el partido del pueblo, se afiliaria en él inmedia-

tamente. Esta confesion fué para mí un rayo de luz; hablé de la república, referí algunas de vuestras sábias confidencias, y mi prisionero me juró...

—Fundar un Capitolio ó subir la roca Tarpeya, interrumpió el Bailío con una flema soberbia.

—Eso es, repuso La Gazette; perfectamente.

—¿Espero que este gran ciudadano será libre? preguntó Thomassin.

—Libre como el aire, mi bravo amigo; no puedo rescatar semejante ciudadano, tan bravo por su espada como sólido por su elocuencia.

—¿Qué es lo que he sabido? añadió La Gazette, deseoso de variar una conversacion que no podia sostener... ¿con que estais en poder de mujer, maese Publicola?... ¿Os habeis casado con vuestra bella vecina, la hija del rico pañero?

—Sí á fé mia... mirad, ahí la teneis, esa es mi bella y valiente compañera; ¿verdad que tiene el porte de una ilustre romana? ¿será una locura soñar para ella la púrpura consular?

—No seguramente, respondió Clermont, ¡la señora tiene toda las facciones del ángel de la democracia!

La señora Thomassin acababa de entrar en la sala, donde sin parecer escuchar lo que se decia, se ocupaba en poner la mesa para la cena.

—Decidme qué noticias hay por acá adentro, preguntó La Gazette.

—Y vos me dareis noticias de fuera, replicó Thomassin.

—Ciertamente.

—Aquí todo va bien, porque se prepara nuestro triunfo; la union que se llama católica, hace tontería sobre tontería; se divierte en hacer ostentaciones históricas que no tardarán en cansar al pueblo, mientras nosotros los republicanos doctrinamos poco á poco la parte viril de la poblacion parisiense; los frailes predican sermones en el púlpito, nosotros pronunciamos discursos en comités secretos; los frailes se dirigen á la imaginacion, que quieren fanatizar, nosotros nos dirigimos á los intereses, á los deseos, y no tardaremos en vencer á nuestros rivales. España continúa armada de doblones, que siembra en nuestras calles, pero por astuto que sea el embajador Mendez, venceremos; su oro nos aprovechará; Francia no será española, será republicana; en cuanto á los lorenenses su tiempo ha concluido, Mayenna no tiene ya influencia, es un

jefe militar, y nada más, vale tanto como cualquier otro; queda el partido político, pero la muerte de Enrique III lo ha dividido, y no debe hablarse de él sino como recuerdo.

—¡Bueno! dijo La Gazette, pero ¿cuál es el acontecimiento del dia?

—Esta mañana, un caballero, cubierto con una armadura negra, se presentó en las barreras y pidió el combate. Ese espadachin hizo mil estravagancias y balodranadas; pero como no queria decir ni su nombre, ni sus títulos, y no llevaba escudo, nuestros caballeros se negaron á cruzar su lanza; entonces ese insolente dijo que volveria mañana, y todos los dias, hasta hallar á un jiguero con el alma bien templada paro entrar en liza con él.

—¿Y no se ha ofrecido nadie para mañana?

—Nadie. A deciros verdad, ese guerrero no es capaz para estimular á nadie; su elevada estatura, su continente, la altaneria con que lleva su negro penacho, dan que pensar, y por bravos que sean los nuestros, los creo muy capaces de inventar un pretesto para no arrostrar la ventura. Sin embargo, será....

En este instante entró á anunciar una cria-

da que el comisario Louchard pedia ser introducido al momento.

—Que entre, dijo Thomassin, que entre. Ahora, señores, añadió en voz baja, olvidemos la república por un instante; el hombre á quien vais á ver es el alma del Consejo de los Diez y seis; trabaja por Felipe II; seamos, pues, españoles hasta la médula de los huesos... ¿Está convenido?...

—¡Convenido! ya lo creo, esclamó el Bailío; ¡Viva Mendez y gloria á sus doblones!

El personaje anunciado entró con paso grave, y al mismo tiempo que saludaba al dueño de la casa, envolvió á La Gazette y Clermont en una mirada penetrante pero lisonjera.

—Salud al águila del Consejo, dijo el abogado Thomassin, saliendo al encuentro al comisario... La fortuna reune hoy á mis amigos en mi hogar.

—No vengo á veros, hijo mio, vengo comisionado por el Consejo para inquirir del baron La Gazette, vuestro huésped, algunas esplicaciones urgentes.

—Es mucho honor para mí, dijo el normando con aplomo. ¡Cómo! estando, aun como estoy, con las botas y las espuelas puestas, cansado de una larga jornada, y el Con-

sejo... en verdad que esto es tratarme como á un gran personaje...

—Haceis tanto ruido por do quiera que pasais, capitan, que todos se conmueven con vuestra presencia. Pero dejemos á un lado la cortesía y la ceremonia: he venido á deciros dos palabras, y estas dos palabras son: *¡tened cuidado!*

Louchard se sentó en un sillon al pronunciar esta sentencia, y su mirada permaneció fija en el normando, cuya fisonomía estudió severamente. La Gazette no se movió, era demasiado astuto para revelar la inquietud de su corazon y de su espíritu; era demasiado bravo para asustarse al principiar una aventura que habia emprendido llevar á buen fin.

Louchard, comisario de barrio para los Diez y seis, era uno de los más atrevidos campeones de la Liga; la violencia é insolencia de su palabra, el fanatismo de todos sus actos, su odio á los Valois y á los Borbones, habian hecho de él una especie de furioso que el populacho ponia por las nubes. De alta estatura, cuadrado de hombros y abultado de vientre, este liguero tenia el aire de un valenton, y la maldad de un mono.

—*¡Tened cuidado!* repitió La Gazette, esas son en efecto dos palabras, pero supongo que

me esplicareis lo que quieren decir, y las esplicareis claramente, puesto que si no soy sordo, soy pobre de inteligencia para comprenderlas.

—¡Eh! ¡eh!... dijo Louchard; se han visto á gentes de talento desempeñar perfectamente el papel de tontos: así, Bruto en la antigüedad...

—Era un gran hombre, esclamó Thomassin; derribó la monarquía; desterró á los tarquinos...

—Bien, sí, interrumpió el comisario; pero no por eso dejó de ejercer el arte de engañar á todo el mundo, y yo le comparo al baron La Gazette, porque el baron nos muestra una modestia tal vez pérfida.

—¿A dónde quereis venir á parar con vuestra perfidia, vuestro Bruto y vuestra modestia? esclamó el normando. Pensad, caballero, que soy hombre de espada, y nada más. Vosotros, hábiles políticos, teneis un lenguaje tan disimulado, que un soldado no puede hacer de él cosa alguna para su gobierno. No andeis con ambajes, si gustais; venis de vuestro gabinete, que está bastante léjos de esta casa, donde recibo hospitalidad de un amigo para decirme: *¡Tened cuidado!* ¡Por San Dionisio, me dejais bien enterado! si habeis creido ha-

blar francés, os habeis engañado: esas dos palabras son griego para mí, y á Dios gracias, nunca he sabido griego.

—¡Hum! Puesto que es preciso esplicar mi texto, lo esplicaré. Capitan, habeis defendido á Poissy con gran valentía...

—¡Pardiez, ya lo creo! Y si me hubiéseis dado buenas tropas, Poissy no perteneceria al Bearnes.

—Quiero creerlo; pero en fin, Poissy ha capitulado, y vos, baron, vos, habeis sido cogido.

—Perfectamente cogido... ¿Qué hay en eso de estraño?

—El Consejo cree en efecto muy estraño que habiendo sido hecho prisionero, entreis hoy en Paris, conduciendo vos mismo un cautivo.

—La frase no está muy clara, replicó La Gazette, que queria ganar tiempo para arreglar una fábula buena y verosímil.

—Al contrario, es clara y límpida, dijo el Bailío, y creo que Mr. Louchard se espresa con facilidad encantadora.

—Entónces, Bailío, traducidme en mi jerga ese discurso que tan bien habeis comprendido.

El abogado Thomassin no dejaba de hacer

muecas á La Gazette, exhortándole á que tuviese más moderacion; pero el sagaz normando habia tomado su partido de ser impertinente, y no queria desistir: tal era la confianza que tenia en el plan de conducta que se habia trazado ántes de encerrarse en Paris.

—Se admiran con razon, continuó el Bailío, de veros regresar trayendo un prisionero á remolque cuando os creian cautivo en el campo del Bearnés. La aventura es, en efecto, bastante chistosa; y como os es muy fácil esplicarla, despacháos á satisfacer la impaciente pero legítima curiosidad de los señores Diez y seis... Vamos, ¿comprendeis, baron?

—Esa es toda la cuestion, dijo el comisario; ya escucho.

—Podria dispensarmè de referiros mis asuntos privados, repuso La Gazette alzando la voz; pero en fin, puesto que quereis saberlo, y yo os aprecio y os sirvo, creo que puedo sin peligro confiarme á vos.

Aquí el baron cometió la grave imprudencia de rascarse primero la oreja, despues la frente, lo cual es, segun costumbre, doble señal de embarazo; pero reparó vivamente su falta, ó más bien su olvido, esclamando con un brusco suspiro:

—Despues de todo, aunque yo lo estuvie-

pensando dos horas, no me conduciria á nada; y puesto que está echado el vino bebámoslo de un trago; volved al Consejo de los Diez y seis, caballero, y decid á esos ardientes partidarios de la Iglesia y de la gloria, que yo, baron de La Gazette, primero de mi nombre, he regresado á Paris para poner órden en ciertas mezquindades que han afligido mis oidos y mis ojos desde mi entrada en esta soberbia capital. Decidles que he sido hecho prisionero en Poissy, despues de haber defendido esa bicoca contra su ejército, contra dos ejércitos; pero decidles que ántes de rendir mi espada habia agujereado muchas casacas y capturado buen número de valientes, entre otros al señor Bailio de Clermont, aquí presente, escelente hombre, tal vez aun mas bravo que elegante. Ahora bien; el señor de Clermont, habiendo sabido la muerte de su Rey, me confió que no queria servir por ningun precio al hereje Bearnes, pero que serviria voluntariamente á la Liga. A esta grata proposicion, ofrecí al señor de Clermont que se arreglase de modo que pagara mi rescate, que era de seis mil doblones, y le ofrecí acompañarle á Paris, donde el Consdjo y M. de Mayenna le darian un mando. El asunto se arregló así y hénos aquí á los dos dispuestos á tomar el ar-

nés. Confieso que si tuviera que volver á hacer todas esas cosas, me miraria mucho en ello ántes de volverlo á emprender. He visto estupideces estrañas en las calles de e te barrio... ¡Cómo! es permitido aullarme, impedirme el paso, se ha ultrajado á mi prisionero, se ha querido tirarnos un escopetazo, y á no ser por el caballero d'Aumale, habriamos sido ahorcados probablemente, ó ahogados á la hora esta... Si es ese vuestro modo, señores parisienses, de probar vuestra gratitud, os felicito por ello; el género es nuevo, pero no me agrada: podeis ejercerlo entre vosotros.

—Hijo mio, interrumpió Louchard, á quien habia desconcertado algo la vigorosa facundia de La Gazette si se os ha hecho alguna afrenta, ha sido por esceso de celo; se tiene en vos gran confianza, pero el aspecto de un enemigo ha irritado al buen pueblo, y no habiendo querido ese enemigo saludar la memoria de Jacobo Clemente, nuestra gente ha debido creer que vuestro prisioneao estaba endurecido en el pecado, en el crímen; pero puesto que el señor de Clermont se afilia á nuestra bandera, le tendemos los brazos, y vendrá á aumentar el número de nuestros héroes.

—¡Vuestros héroes! esclamó con fuego La Gazette; verdaderamente, son lindos vuestros

héroes, y os aconsejo que alabeis sus proezas. ¡Cómo! Llego, y sé que un hugonote insolente ha venido á caracolear durante toda una mañana delante de la barrera de Santiago sin hallar un caballero, entre los nuestros, que aceptase su cartel... ¡Ah! ¡por Santa Genoveva! ¡esto es algo vehemente!

—¡No os indigneis, señor baron; si conociéseis las causas que han detenido el valor de nuestros caballeros!

—Demás las conozco, no tienen sentido comun; así pues, caballero, dignaos decir al Consejo, que yo, La Gazette, primer baron, montaré mañana á caballo armado de todas armas, y asistido del Sr. Bailío de Clermont, que será mi padrino, para responder al incongruo personaje que ha ahuyentado á vuestros bravos. La Liga se ha formado para la defensa de la religion, esa religion nos enseña la humildad, no la jactancia; nosotros, los liguercs, debemos combatir á los enemigos de la Iglesia do quiera que aparezcan, y no despreciar ninguno de los campeones de la heregía; volved, pues, á los que os han enviado, á fin de que les repitais, letra por letra, lo que os ha dicho mi boca. No creo haber sido indiscreto confiándoos las nuevas resoluciones del Bailío; comprendereis fácilmente que este bravo ca-

ballero nos será de gran apoyo, porque se le cree fiel al realismo, porque no se sospeche de él que ha vuelto la casaca al Bearnes. Para los realistas es un prisionero, para la Liga es un hermano... Id, caballero, id, y que se preparen á lanzar gritos de victoria, porque el pueblo verá desde lo alto de sus murallas dar un lanzazo digno de Rolando el Furioso, si el insolente que os ha desafiado hoy se presenta mañana.

—Dejad que os abrace, mi querido hermano, dijo Louchard; hablais como un inspirado; si ese combate se decide en favor vuestro, esa victoria causará un entusiasmo saludable. Os confieso que vuestra reputacion estaba comprometida; en vuestro asunto no se veia claro, y estaban prontos á acusaros de traicion; pero vuestro noble coraje y vuestra injusta indignacion darán mañana pruebas muy claras contra vuestros envidiosos y vuestros calumniadores. Os dejo; reposad tranquilamente; haced, como digno caballero, la santa velada de las armas; voy ahora mismo á proclamar la magnanimidad, la pureza de vuestro gran corazon.

El comisario saludó á maese Thomassin, así como al Bailío; dirigió á La Gazette una graciosa sonrisa, y se retiró.

—¿No habreis hecho una tontería mayúscula, dijo Clermont al oido del capitan, é inauguraremos mañana nuestra política con vuestro entierro?

—Si no hubiese tomado resueltamente mi partido, respondió La Gazette, habriamos inaugurado esta política con dos entierros, el vuestro y el mio, mi querido Bailío; prefiero morir en campo cerrado que en el rio ó con la cuerda al cuello.... ¡Ah! ¡Qué rudo oficio tenemos que ejercer aquí!

—Sois un gran hombre, esclamó maese Thomassin; teneis el valeroso corazon de Muscio Scébola, de Decio, y de Horacio Cocles.

—No conozco á esos señores; cenemos, si quereis, porque si se han hecho cosas buenas, no se han hecho en ayunas.

—Bien dicho... ¡Qué gloria! querido capitan, si mañana triunfais de ese espadachin; y cómo se regocijarán nuestros republicanos al veros traer ópimos despojos... Pongámonos á la mesa... Permitidme, sin embargo, una palabra sobre este asunto: vuestro adversario monta un magnífico y poderoso corcel; vuestro caballo es...

—Mi caballo Pompeyo es bravo como César; no os inquieteis.

La conversacion giró sobre la política en

general, y sobre las instituciones republicanas en particular; pero el abogado Thomassin y el Bailío de Clermont fueron los únicos que en ella tomaron parte. La Gazzette comió como un ogro y bebió como una esponja; después se llevó á Clermont al cuarto que su amigo habia hecho preparar para sus comensales.

Al tomar la bugía de manos de la señora Thomassin, aprovechó el Bailío la ocasion de dirigir una amable mirada y una coqueta sonrisa á su previsora patrona.

—¿Qué quiere decir esto? gruñó La Gazette, que habia sorprendido este manejo; apenas hemos llegado y ya os lanzais á una intriga; ¿teneis costumbres, caballero, ó no las teneis?

—Lo que tengo es mucho sueño, compadre, acostémonos y mañana Dios dirá.

—¡Hum! ¡Mucho temo que nos acostemos en muy malas sábanas! Finalmente, se me figura que nuestros proyectos no van por un camino de flores.

V.

El capitan La Gazette no empieza por una obra maestra.

Como La Gazette iba á acostarse, Clermont se puso á pasear por la habitacion sin decir una palabra, pero dando taconazos en el suelo.

—¿En qué diablos pensais? preguntó el capitan. ¿No quereis dejarme descansar un momento?

—¡Cómo! ¿Pensais en dormir?

—¡Pardiez! ¿No estoy bastante cansado hoy? ¿Qué cosa mejor puedo hacer?

—Pero, señor baron, supongo que no habreis venido á esta Babilonia para llevar en

ella la vida de una marmota. Un hombre honbre honrado no se ha acostado nunca á estas horas... Vamos, vamos, prestadme atencion: voy á daros vuestra primera leccion de elocuencia.

—¡Idos al diablo con vuestra elocuencia! ¿Olvidais que mañana entro en palenque cerrado?

—¡Buen negocio! Eso no os enseñará ni el latin ni la retórica.

—Gracias, dejadme echar un buen sueño.

—Pero es urgente que tengais al ménos algunas noticias elementales sobre España.

—¡No!

—¿Sobre el Papa?

—¡No!

—¿Sobre las repúblicas de la antigüedad?

—Señor Bailío, una de dos: ó me matan mañana al amanecer, ó mato á mi adversario. En el primer caso, todo vuestro bagaje de erudicion no vale un *Pater noster*, que os autorizo á que me reciteis: en el segundo caso os prometo escuchar vuestras patrañas con una cordura ejemplar, para aprovecharme de ella, si Dios quiere. De aquí allí, buenas noches; dejadme cerrar en paz mis pupilas.

—¡Eh, qué diantre! Antes de cerrar los ojos para dormir, creo que es preciso cerrar la bo-

ca; charlais como un papagayo y me acusais de que no os dejo dormir... ¡Hasta mañana, baron, y que San Jacobo Clemente os asista! Sed mudo, yo seré sordo... Hé aquí mi lecho.

Clermont apagó la luz y se arrojó en un sillon, donde se acomodó como mejor pudo para pasar la noche.

La Gazette no tardó en roncar como los poderosos héroes de Homero, triunfando sin trabajo su naturaleza vigorosa y la calma de un valiente corazon de las preocupaciones de su espíritu: soñó con batallas, con dignidades y tesoros. El ángel malo de los sueños, inclinado sobre su rostro, le vió sonreir durante un sueño feliz; su alegre beatitud hubiese dado envidia á los frívolos ambiciosos de las vanidades terrestres, porque durante seis horas gustó las delicias de la felicidad perfectamente.

El Bailío de Clermont se contentó con dormir como un bravo, sin cuidarse del dia siguiente; se habia arrojado en una aventura que le encantaba, porque era peligrosa y atrevida; se habia prometido gozar con ella, era su única ambicion, y esperaba á pié firme los acontecimientos que surgieran de la elevada y burlesca política de un estraño compañero, pronto á reirse de todo en aquel drama,

donde queria á toda costa hacer una comedia.

La Gazette se despertó al amanecer. Acostumbrado á las labores del campo, nuestro capitan no tenia nada de sibarista, y jamás le sorprendia el sol dormido, cualquiera que fuese la estacion. El Bailío, por el contrario, se acostaba tarde y se levantaba lo mismo, como buen desocupado, á quien costaba trabajo gastar convenientemente el tiempo que Dios le daba para vivir.

—¡Hola, señor de Clermont! gritó La Gazette, ¿no os parece que hace un tiempo magnífico?

—¿Hé?... dijo el Bailio frotándose los ojos.

—Poneos de pié, si gustais, y pensemos en nuestros negocios.

—Yo no tengo negocios, á Dios gracias. ¡Dejadme dormir!

—¿Y nuestro cartel?

—Bien, ¿pero ha aparecido ya el hugonote?

—No, pero no debe hacérsele esperar.., Sois mi padrino, y mi escudero á la vez, y necesito de vuestra asistencia; no será el feroz Publicola quien ajuste mi armadura...

—Mucho me alegro de serviros para algo, compadre, pero nos faltan á ambos muchas

cosas para presentarnos con decencia en el palenque... En cuanto á mi, estoy en traje de baile, ó poco ménos.

—Recorramos, pues, la ciudad; yo tengo crédito en casa de algunos armeros, que nos equiparán como príncipes á espensas de S. M. el Rey de España.

—Bien, estoy pronto.

El capitan y el Bailío se fueron paseando del brazo á casa de un célebre fabricante que tenia á disposicion de los grandes señores de la Liga magníficos equipos, y nuestros dos caballeros se armaron con tanto lujo como conocimiento del oficio. La Gazette iba resplandeciente de oro y de fino acero; parecia un héroe de teatro, y se pavoneaba con su coraza, como un pavo real con su plumaje. El Bailío, hombre de gusto y de elegancia, estaba mucho más sencillo; se volvia hallar en él al verdadero hidalgo, mientras La Gazette enseñaba la oreja entera del advenedizo.

—¿Qué vamos á hacer hasta la hora del combate? preguntó el normando á su compañero.

—Volvámonos á casa, os daré la primera leccion de historia romana.

—¿Para qué?

—Compadre, sois ignorante como una car-

pa, respecto á la antigüedad. Ayer, durante la larga y fastidiosa conversacion que sostuve con el ciudadano Publicola, no pudisteis desplegar vuestros lábios; en materia de república no sabeis ni jota...

—Perdonad, sé que es una especie de cábala, donde los abogados sacan buena cosecha á costa de la gente de guerra; por ahora no deseo saber más.

—Preciso es al ménos que podais tener una opinion sobre la ley agraria.

—¡La ley agraria! ¿tengo yo facha de labrador?

—Maese Thomassin no es labrador.

—No, pero le tengo por un bestia, y no quiero parecerme á él... Señor Bailío, pensad en esto: dentro de algunos instantes voy á tener que combatir con un rudo campeon, que me dará poco que hacer. Es, pues, muy posible que yo me haga matar en buena ley; tened piedad de mis últimos momentos, y no emprendais mi educacion sino despues de ese combate á muerte; si salgo vencedor, intentareis desconcertarme; si salgo vencido, os aplaudireis de tener que enterrar á un ignorante. Pensad en la pena que os daria sintiendo en mí un sabio como vos.

—Hagamos, pues, lo que se os antoje.

—¿Teneis alguna idea del personaje con quien voy á cruzar la lanza?

—No; pero esperaos un buen atleta; los hugonotes que se hacen los fanfarrones, son todos muy sólidos en el arzon de su silla... Esta era, si no recuerdo mal, una manía del vizconde de Gourdon...

—¡Diablo! interrumpió La Gazzette; afortunadamente el vizconde está ocupado en plantar cipreses en vuestros dominios de Dourdan.

—¿Por qué decís *afortunadamente*, baron?

—Porque el vizconde es el único caballero á quien temo en todo el ejército católico y hugonote. Ese hombre valeroso tiene un modo de manejar su espada, su caballo y su lanza, que aturde á los más valientes.

—¡A quién se lo decís! M. de Pampelonne, tan bravo, tan hábil, solo es un discípulo al lado de ese maestro. Despues del vizconde no veo más que á La Noué...

—Eso no es más que desecho...

—¡Diablo! ¡La flor calvinista!

—¡Eh! ¡Qué diantre! ¿Me teneis por un cardo?... Ya me juzgareis en el combate, y vereis á mi bravo Pompeyo...

La Gazette fué interrumpido por un ginete que se llegó á él respetuosamente, y le anun-

ció que el caballero calvinista con quien debia entrar en combate estaba ya sobre las armas en la barrera de Santiago.

—¡Mucha prisa tiene ese mozo en entregar su alma! esclamó el normando... Pero á propósito, caballero, ¿quién os ha enviado á mí, y de dónde me conoceis?

—El comisario Louchard me ha enviado á vuestro encuentro; y yo os conozco, señor baron, porque cualquier soldado de la Liga que os ha visto trabajar se acuerda de vos, quiera ó no quiera.

—Gracias, respondió La Gazette pavoneándose; corred á la barrera y rogad á nuestro hugonote que me espere un poco; yo iré tras vos... Decidme, ¿ese fantástico personaje insiste en no querer nombrarse?

—No desiste.

—Eso pica mi curiosidad... Partid, amigo, yo os sigo.

Menos de media hora despues de este encuentro, dos caballeros, uno suntuoso y fiero, otro elegante y marcial, dejaban la calle del abogado Thomassin, y se dirigian hácia la barrera de Santiago. El baron de La Gazette montaba el incomparable Pompeyo, y se daba el tono de un maestro de equitacion; un magnífico penacho sombreaba la cimera de un cas-

co todo cubierto de oropel; su coraza brillaba á los rayos oblícuos del sol de Oriente, y manejaba lanza como un juguete para hacer admirar á los papanatas su fuerza y su destreza.

El Bailío de Clermont guardaba cierta reserva, y parecia contrariado en compañia de este mata-siete, cuyo valor impasible é inculta bondad estimaba sin embargo.

—Señor baron, dijo; vais á cansaros haciendo muecas y contorsiones; básteos saber que estais soberbio.

—Señor Bailío, cada cual hace aquí abajo las cosas á su modo; á mí me gusta la pompa y los aires triunfantes; dejadme gozar de la vida como mejor me parezca... Vamos, Pompeyo, haced una corbeta hácia ese lado, y mostrad á esos villanos que vais al combate como ellos á la taberna.

—«Este diablo de hombre, dijo para sí Clermont, haria reir á un muerto; sentiria en el alma que lo matasen.»

Las avenidas de la barrera de Santiago estaban llenas de gente; soldados, frailes de todas las cofradías, plebeyos y populacho habian corrido para asistir á este combate, que el cura de San Benoit habia anunciado desde la víspera en el sermon de la noche. Un hurra acogió al baron y al Bailío á su llegada; la

muchedumbre hizo sitio, y los dos mantenedores pasaron la puerta en medio de los aplausos de los liguercs.

El puesto encargado de vigilar en la barrera habia sido triplicado; un piquete de veteranos dado por la ciudad guardaba la carrera donde debian chocar los combatientes, y un escuadron de calvinistas permanecia, con la pica en ristre, al alcance del campeon que iba á sostener la fama de su partido.

La Gazette se detuvo en uno de los estremos de la liza, y levantó la visera de su casco para reconocer el terreno y estudiar á su adversario. El hugonote permanecia impasible, con el hierro de su lanza descansando en el musgo, y la cabeza inclinada sobre su escudo. Era un hombre de hercúlea estatura, montado en un caballo de gran precio; impacientábase este de la calma de su amo, removia la tierra con sus patas delanteras, echaba espumas, y daba de vez en cuando caprichosos relinchos, de los que el ginete no hacia caso alguno.

—¡Oh! ¡oh! dijo La Gazette al Bailio; nuestro hombre está verdaderamente muy bien montado en la silla... la partida será reñida... ¿qué os parece?

—Es un gigante; no os junteis á él, cuerpo á cuerpo, porque os perderiais... mi bravo

capitan, ¿habremos emprendido una triste aventura?

—Bailío, replicó La Gazete con una fanfarroneria magnifica: ¿veis ese corcel que monta ese hombre? Pues bien; á fé de normando, os digo que Pompeyo va á caer sobre él como sobre un celemin de cebada; en cuanto á ese gigante, vestido todo de negro, á pesar de su pesada lanza y del yunque que le sirve de toca, voy á hacer de él carne mechada... Id á los gajes, os espero.

El Bailío no pudc ménos de admirar la confianza y la audacia de su compañero, y le obedeció: *ir á los gages* era llenar las formalidades de cortesia que precedian al combate. Los padrinos se reunian mientras los campeones se quedaban aparte y arreglaban las condiciones del duelo.

La Gazette, mientras Clermont iba derecho al calvinista, puso al glorioso Pompeyo al galope de caza, y se lanzó á la pista de la liza, saludando con el penacho y con la mano á los grupos que aclamaban su valor y un bello continente.

El Bailío de Clermont se habia unido al caballero hugonote, y le preguntó si no tenia segundos ni padrinos. A esta pregunta, y como si la presencia del Bailío le hubiese causado

una sensacion dolorosa, el caballero movió la cabeza, y con el hierro de su lanza señaló al sol.

—Vaya un modo singular de obrar, repuso Clermont con su política burlona; ¿cómo, caballero, callais vuestro nombre y nadie puede responder aquí de vuestra calidad de hidalgo?...

—¡Y qué os importa!—interrumpió el calvinista; al ménos, caballero, no soy como vos, traidor á mi rey!

—¡Ira de Dios! esclamó el Bailío, ¡qué acabo de oir! Sois vos, vizconde de Gourdon... ¡Ah! ¡bondad divina! mal negocio vamos á hacer aquí los tres.

—Sí, yo soy, caballero; yo, á quien dejásteis ayer en el castillo de Dourdan, y que cansado de vivir, he venido á buscar aquí una muerte útil al rey mi amo. ¿No os avergonzais, señor Bailío, de hallaros en un campo de asesinos y de envenenadores? ¿A qué caballero abandonado del cielo y del honor servís de padrino?... Yo execraba la memoria de Enrique III, pero esperaba poder absolveros del desprecio con que miro á sus antiguos cortesanos.

—Poco á poco, señor de Gourdon, no nos exaltemos si lo teneis á bien; quien habla mu-

cho sin reflexion, se espone á decir muchas tonterías. En otras circunstancias, ya hubiese llevado la mano á mi espada para corregir las importunas espresiones de vuestro discurso; pero pienso en vuestra pena, en el duelo de vuestra alma, en el triste combate que vais á empeñar, y me modero. Vuestro adversario, ese maligno caballero que dá allí abajo vuelta sobre vuelta y maneja su caballo como si se tratase de correr la sortija, para merecer el pañuelo de una linda dama; vuestro adversario, digo, no le habeis ya reconocido! Es ni más ni ménos que el baron La Gazette... No alceis los hombros, vizconde; al muy tuno no es fácil hacer perder los estribos, tiene el corazon de un valiente y el puño de un maestro de armas.

—¿Luego todo el mundo es traidor y perjuro en esta ciudad sublevada?

—¡Hum! no pecais de ejemplar cortesía, caballero... Me esfuerzo en daros esplicaciones, y sin oirlas hasta el fin, me interrumpís con malévolos apóstrofes... Dignaos matar al capitan La Gazette, y nos volveremos á ver, vizconde.

—Será hoy mismo; vuestro normando no me ocupará mucho tiempo.

—Y haréis en verdad una bella proeza.

Escuchad: el baron y yo estamos aquí por el rey de Francia y de Navarra; el bravo La Gazette se ha introducido en Paris para gestionar en él los asuntos de vuestro amo y yo para ayudarle. El Rey nos ha dado carta blanca, y para ganar mejor la confianza de la canalla á quien fingimos servir, estamos obligados á consagrarnos á su causa. No hay especie de empresas atrevidas que no tengamos que intentar si queremos desempeñar bien nuestro papel. Ayer ya han querido ahorcarnos, y habriamos sido colgados de alguna horca, si La Gazette no hubiese imaginado gloriosamente aceptar vuestro cartel de desafío.

—Señor de Clermont, interrumpió Gourdon, ¿me garantizais con vuestra palabra de hidalgo, que es cierto cuanto decís?

—¡Todavía! ¡Caballero!...

—Os suplico que no os ofendais, y no veais en mí mas que un amigo.

—Os juro por mi honor, vizconde, que he dicho y digo verdad. ¿Qué singular idea se os ha ocurrido de venir á buscarnos camorra?... ¿No podíais haber permanecido en paz en Dourdan hasta que se hubiese amortiguado vuestra pena? Sois un rudo campeon, todos lo saben, y nuestra mala suerte no por eso es menor. Si matais á La Gazette, privareis al

Rey de un servidor tan moderado como bravo, más útil á su causa, por la malicia de su talento, que dos regimientos de zacanetes con sus picas y sus espadas; si os mata, el ejército de Navarra no se consolará de vuestra muerte, y estoy seguro que á vuestro amo le entrarán ganas de hacer decapitar á nuestro normando. Por todos lados veo nuestra política embrollada...

—El mal está hecho; interrumpió Gourdon; me es imposible retroceder; si yo cediese el terreno, mis compañeros se creerian deshonrados con mi retirada; vamos, pues, á batirnos bravamente. Dios decidirá esta cuestion con su sabiduría acostumbrada.

—Sea... pero separémonos; el ardiente La Gazette se impacienta, y los curiosos se desaniman.

—Acompañadme, Bailío, hasta la tienda de los jueces; quiero escribir algunas líneas á mi amigo Pampelonne, y confiároslas para el caso en que yo muera.

—Lo haré así.

Llegado que hubo ante la tienda de los jueces, pidió permiso el vizconde para escribir un billete, y aunque la peticion pareció singular, fué concedida al momento. Gourdon echó pié á tierra, y rogó al Bailío que hiciese el favor

de aflojar la visera de su yelmo, que, segun dijo, le estorbaba para escribir. Clermont se apresuró á obedecer.

—Señor Bailío, dijo el vizconde despues de haber vuelto á subir á la silla; tendreis la bondad de entregar vos mismo este billete al caballero de Pampelonne, si me sucede alguna desgracia; es la despedida de un hermano de armas. Ahora volved á vuestro puesto; estoy á vuestras órdenes.

—¡Eh! Pero dejadme volver á colocaros vuestro yelmo; seria imprudente...

—Gracias; yo mismo lo arreglaré.

—Tened cuidado; el capitan tiene la mano segura, y no descuida ninguna ventaja.

—¡Adios, Bailío, y buena suerte!

Segun la costumbre adoptada para esta clase de combates, los campeones se colocaron cada uno del lado del partido que le era contrario; el vizconde fué á colocar la grupa de su caballo hácia los focos de la ciudad, y La Gazette hácia los hugonotes. Al encontrarse en medio de la liza, los dos caballeros se saludaron con el hierro de sus lanzas, y el capitan no vió sin un ligero estremecimiento el arma pesada que Gourdon manejaba casi jugando. Sin embargo, el normando creyó notar que el casco de su adversario estaba mal ajustado, y

contó con aprovechar esta observacion hecha á vuelo de pájaro.

Cuando los combatientes se pusieron frente á frente, se examinaron y alzaron sus estribos; resonó en ambos campos una salva de aplausos; despues un sombrío silencio envolvió á aquella muchedumbre, ávida é impaciente.

El marqués de La Chastre, que mandaba en el barrio de los ligueros dió la señal; en seguida se lanzaron los dos ginetes moderando al principio con hábil esperiencia la fogosidad de sus caballos; despues, precipitándolos á toda brida uno contra otro, chocaron en medio de la liza.

La Gazette habia apuntado al vizconde en pleno rostro, y en el momento de herirle, como contaba con la flexibilidad de Pompeyo, se habia desviado de la línea ligeramente. La lanza de Gourdon era mucho más larga que la del capitan; así es que le dió al normando en medio del pecho ántes de que le tocase á él. Este rudo golpe fué dado con mano tan firme, que detuvo el arranque de La Gazette. El valiente Pompeyo se encabritó y permaneció algunos instantes en equilibrio sobre sus jarretes de acero. La Gazette, como esperto ginete, se separó tan á punto, que el hierro de

Gourdon resbaló por la coraza encendiendo chispas que deslumbraron á los combatientes. El capitan volvió á tomar el galope, dió una vuelta muy sabia y recayó sobre el vizconde que habia ejecutado la misma maniobra.

Un estremecimiento de placer corrió por la multitud, que aplaudió frenética este pase maravilloso. La Gazette era cumplido ginete y montaba el caballo más manejable que exis tia en los dos ejércitos; comprendiendo que sin un prodigio de arte y de audacia no podria unirse el primero á su enemigo, reservó las fuerzas de Pompeyo; y luego, estando como á dos lanzadas del vizconde, que llegaba sobre él á todo escape, levantó su caballo como para saltar una barrera, y lo precipitó sobre Gourdon, dirigiendo el hierro de su lanza en plena visera. Pompeyo cayó sobre el caballo del vizconde como el gavilan sobre su presa; caballos y caballeros rodaron por el musgo; pero La Gazette habia apuntado tan justo, que habia clavado en tierra la cabeza de Gourdon.

Los jueces del campo presentáronse inmediatamente y no levantaron más que un cadáver; la lanza del normando habia levantado la visera del vizconde, y penetrando en su cráneo lo habia atravesado de parte á parte.

Si no estais contento de mí, dijo La Gazette al Bailío sacudiendo al mismo tiempo el polvo de que estaba ciego; sereis, caballero, muy difícil.

—¿Creeis haber hecho una heroicidad? le dijo Clermont en voz baja; mirad á quien habeis muerto... En buen berengenal nos hemos metido!

Al reconocer el rostro varonil de Gourdon exhaló La Gazette un suspiro formidable.

—¡El diablo sigue nuestros pasos!... dijo; ¿qué pensará Mr. de Pampelonne? ¿Cómo atreverse á volver á ver á la signora Venecia?... ¡Y el rey, gran Dios!

—¡Gloria al vencedor! ¡Viva el baron La Gazette! ¡Viva la Liga! gritaban en torno del capitan, mientras los soldados calvinistas, con la rabia en el corazon, levantaban el cuerpo del vencido.

—Esos vocingleros nos quitan nuestra leccion, dijo el Bailío; hagamos de la necesidad virtud, y saquemos al ménos algun provecho de vuestra proeza.

La Gazette, colocado otra vez en su caballo por los ligueros entusiasmados, fué llevado en triunfo.

Gourdon fué reconocido, su nombre voló de boca en boca, y hombres avinados corrian

delante de nuestro capitan, atolondrado con su gloria, y gritando:

—¡Salud al vencedor! Saludad al baron La Gazette que ha castigado á los herejes; ¡gloria al héroe que ha matado al vizconde de Gourdon!

La Gazette vió abrir en su camino ricas ventanas desde donde las damas le arrojaban flores, mientras los paseantes le saludaban hasta el suelo.

Esta ovacion afectaba poco al desventurado campeon de la Liga; hacia una triste figura, y sonreia de través á sus aduladores.

El pueblo de las calles es tan bestia, algunas veces, que tomó por modestia el abrumamiento del vencedor, y decididamente La Gazette pasó aquel dia por un gran hombre.

El Bailío de Clermont tomó el partido de divertirse mucho.

VI.

La Gazette se llena el corazon y se desocupa el cerebro.

Quince dias habian pasado desde que La Gazette triunfó, en palenque cerrado, del vizconde de Gourdon. Nuestro normando, para consolarse de su gloriosa, pero desgraciada lanzada, ha debido recurrir á toda su fuerza de alma, á su filosofía, á su orgullo. Si la muerte de Gourdon habia colmado de alegria á los parisienses, halagados con la victoria de su campeon, no cabia duda alguna de que al rey de Navarra le habia afligido profundamente.

¿Cómo disculparse con este príncipe, cómo

prevenir la tempestad, que un dia ú otro debia estallar? ¡Salir de Paris no era cosa fácil; escribir, era más que peligroso! El capitan tenia vértigos cuando pensaba en la cólera de Pampelonne, en la de Venecia y en la del Rey, á quien habia jurado servir, y al que para principiar acababa de dar un golpe terrible. En el naufragio de sus virtudes, La Gazette, ya lo hemos dicho, no habia salvado más que su lealtad de soldado y el irreprochable pudor de sus costumbres. Este honrado bagaje debia molestarle mucho, como vamos á verlo en el curso de sus atrevidas empresas, y hacia quince dias que se defendia palmo á palmo, con el valor de un héroe, de la moral que se habia hecho, y de su corazon.

El vencedor de Gourdon habia recibido al otro dia de su victoria numerosas y notables visitas, adulaciones sin fin y caricias que en cualquiera otra circunstancia le hubiesen hinchado de orgullo, como la vanidosa rana de la fábula. Los jefes y los personajes influyentes de los diversos partidos habian ido á hacer su corte al baron, mientras el populacho, reunido bajo sus balcones, le aclamaba con un ardor que rayaba en delirio.

Estas demostraciones habian dado á el baron de La Gazette ocasion para demostrar

una vez más cuán sagaz, político y previsor era.

—«Si yo me dejo ver, habia dicho para sí, »se tomará nota de esta tristeza que reina en »mi frente y en mi corazon, y será fácil dedu»cir de ella que me regocijo poco de mi triun»fo; de esta observacion al descubrimiento de »mis proyectos y de mi falso papel en la Liga, »hay poco que andar; y de allí á la horca, no »hay más que un paso. Este paso no debe »darse, por apenada que esté mi alma; el úni»co medio de volver á la gracia del Rey es en»tregarle Paris; no olvidemos esto.»

Despues de esta deliberacion, La Gazette resolvió encerrarse en el cuarto que le daba en su casa maese Thomassin; acostarse lo más blandamente posible, y hallar una buena razon para cerrar su puerta, tanto á los curiosos como á los aduladores.

—¡Pardiez! le habia dicho el Bailío de Clermont; puesto que la muerte del señor de Gourdon aflige tanto vuestro ánimo, que hasta habeis perdido el espíritu y el valor; fingid que se os han roto dos ó tres costillas en el choque que ha puesto al vizconde en camino del otro mundo; guardad cama por prudencia, y mientras fraguais algun plan para la campaña que vamos á abrir próximamente, yo me

divertiré con frecuencia por los dos, paseando la ciudad.

La Gazette habia aceptado esta proposicion, y durante ocho dias habia observado el consejo del Bailío, no abriendo su puerta sino á maese Publicola Thomassin y á su mujer, que se desvivian por dar al supuesto enfermo cordiales y cataplasmas, que este arrojaba por el balcon cuando se quedaba solo.

El Bailío de Clermont habia aprovechado este tiempo para desenmarañar el inculto cerebro de su compañero. Este cerebro donde hasta entonces solo habia echado profundas raices la malicia, era como un campo vírgen que espera el arado. La Gazette aprendió en algunas lecciones una infinidad de cosas escelentes sobre las repúblicas de la antigüedad, sobre España y la religion; su educacion adelantó tanto que Clermont le dirigió un dia este cumplido:

—Ya sabeis lo bastante para discutir con maese Publicola, para dejar parado al embajador Mendez y al legado del Papa para agradar á los Guisas y á los Diez y seis, y por último, para perorar como un predicador; así pues, permitid que deje este cuarto donde empiezo á fastidiarme; necesito libertad para coordinar las ideas que me pasan por la cabeza.

—¡Vamos! respondió La Gazette; de seguro vais á hacerme un sin fin de calaveradas; pensad que pronto tendremos que obrar, aprovechad el tiempo que os dejo, y buscad un medio de llevar adelante nuestros asuntos... ¿No estais bien aquí? ¿A dónde pretendeis vivir?

—Cerca del Louvre. No temais, sigo la pista á una invencion que hará nuestra fortuna.

—Dios os guarde... ¿Cuándo os volveré á ver?

Dentro de unos doce dias... En esa época sabremos cuál de los dos tiene la imaginacion más lista... Continuad bien, señor baron, y no permanezcais inactivo... No olvidemos al Rey.

Clermont se fastidiaba verdaderamente en casa del abogado Thomassin. La señora de Thomassin no le agradaba, y lo que es más, ésta parecia tener empeño en servirle y complacerle por razones que no tardaremos en dar.

El Bailio se habia dicho una mañana, que debia haber necesariamente muchos medios de conspirar en una gran ciudad como Paris, sin abandonar por eso los placeres. Jugar su cabeza, decia, no es comprometerse á morir

de fastidio. Por tristes que sean los ligueros, tal vez podré reir á sus espensas.

A este razonamiento, el Bailío dejó al prudente La Gazette.

Hemos dicho que la señora Thomassin se habia consagrado á cuidar á su huésped y que le habia mostrado una adhesion generosa. Ya es tiempo de que nos espliquemos claramente respecto á este asunto, y para eso necesitamos pintar á la mujer de maese Publicola.

Era una morena regordeta y bastante agraciada, bien formada, y no poco presumida, muy enamorada de sus manos blancas y gruesas, que enseñaba sin hacerse rogar, aunque eran algo cortas; muy preciada de su pelo negro, de su mirada viva y ardiente, de sus frescas mejillas y de su pié bastante lindo, aunque un poco ancho, y ménos que medianamente enamorada de su demócrata esposo.

La señora Thomassin era hija de un pañero que habia dejado en caja buenos escudos, y se habia casado, porque la fama de maese Publicola parecia predecirle gratos destinos. El espíritu de la Liga habia influido en esta plebeya imaginacion, y la habia inflamado. Las bellas teorías del republicano no habian aparecido aun bajo su verdadero punto de vista, y la hija del pañero, uniéndose al feo rostro

del abogado, esperaba que hallaria compensaciones en la fama de que tan ávida estaba.

Desde el dia siguiente al de su casamiento, maese Publicola no volvió á incomodarse en ocultar las doctrinas del conde de Brissac, y las locas utopias de algunos energúmenos dispersos en el Consejo de los Diez y seis, en el de los Cuarenta, y la canalla más vil del partido de la Union. Solo habia guardado reserva para halagar á la familia de su mujer; pero una vez pagado el dote, exhibió las necedades de que estaba plagado su cerebro. A datar de este momento, el abogado soñó con la gloria de las tribunas y la toga consular; creyó poder contar con la obediencia y la adhesion de su mujer, y la entretuvo con sus vastas esperanzas de regeneracion social. La señora de Thomassin dejó perorar al charlatan cuanto quiso; pero como mujer inteligente, comprendió que estas bellas doctrinas amenazaban hacerla morir en la húmeda paja de un calabozo, y la honrada indiferencia que tenia por su marido se cambió repentinamente en desprecio. Juzgando que no tenia que luchar de frente contra la tenacidad de maese Publicola, la señora Thomassin recurrió al disimulo; puso buena cara á los amigos y correligionarios del discípulo del señor de Brissac, escuchó con sangre

fria todas sus patrañas, y se puso disimuladamente á buscar un medio de deshacer sus peligrosas empresas.

Este medio debia presentarse desde luego al espíritu de una mujer de temple de la señora de Thomassin. Agradar al personaje más importante del partido republicano, hechizarle con proezas de coquetería, corromper su fé política y hacer de él un traidor á sus clientes: tal fué el plan que adoptó sin vacilar la compañera del ciudadano Publicola. Pero este plan imaginado por un ardiente cerebro, necesitaba ser llevado á cabo por un rostro encantador. Ahora bien; la señora de Thomassin solo era encantadora para los enamorados de tercer órden, para esa especie de gente que en amor tiene un apetito grosero, y coloca la distincion en pos de los encantos campestres. La mujer de Publicola se conocia perfectamente; sabia hasta dónde podia estender su cetro, y se apenaba mucho pensando en las estrechas fronteras de su imperio. La señora de Thomassin no era mujer que perdiese su tiempo en una intriga de mal género; era de ánimo algo caballeresco, y la idea de unirse á los deshechos del partido democrático, á algun jacobino vergonzante, á algun oficial subalterno ó á un hidalgo de gotera, no la seducia de modo alguno;

por otra parte, los grandes personajes de la trinca republicana eran todos nobles y apuestos señores; en quienes los ojos de nuestra heroina debia producir mediano efecto. La señora de Tomassin no sabia á qué caballero consagrarse, cuando el capitan La Gazette, á quien habia conocido en tiempos de sus hazañas, vino á llamar á su puerta. El normando no era guapo; pero su renombrado valor, ciertas agudeza de su espíritu y su título de baron hacia de él un hombre superior; así es, que la inconstante esposa de Publicola emprendió conquistarle en provecho de sus secretas esperanzas.

Estaba escrito que el pudibundo La Gazette no habia de escapar al lazo de la sirena; en vano las activas misiones de que habia estado encargado por la Liga le tuvieron alejado de Paris, debia volver á esta ciudad y vivir en casa de la señora Thomassin, obrando en esto como los bueyes que llevan ellos mismos su cabeza bajo el yugo del labrador.

A las primeras escaramuzas de la señora de Thomassin, La Gazette se tuvo firme con la cándida inocencia de un aprendiz. ¡Cómo suponer que una mujer jóven, viva como la alondra, y estremadamente linda,—tal era el juicio del capitan respecto á la mujer de Publicola—pudiese tener una debilidad por un hom-

bre á quien la menor enagua inspiraba un respeto que rayaba en torpeza!

Sin embargo, el diablo es tan poderoso cuando se viste de mujer para seducirnos, que un dia se le antojó á La Gazette lanzar una ojeada á la señora Thomassin, mientras ésta le miraba de soslayo, con esa malicia asesina que todos conocen. La chispa que brotó del choque de estas dos miradas, la una francamente tímida, la otra estudiada hábilmente, debia ocasionar un violento incendio. A datar desde este momento, se pegó fuego á la pólvora, y el corazon del capitan estalló como un obús cargado hasta la boca.

La señora Thomassin conoció su victoria; su alegría fué grande, y se aprestó resueltamente á rescatar al feliz vencido. La Gazette se habia vuelto, con la muerte del vizconde de Gourdon, hombre de gran importancia; no era dudoso que se le confiaria, sin tardar, la direccion de empresas considerables, y si abjuraba de sus opiniones republicanas, si abandonaba la compañía de los liguercs, si favorecia al Bearnes, reduciria á la nada los necios proyectos de Brissac y de Publicola Thomassin, que se habia vuelto realista en odio á la república, y coqueta por repugnancia á las estravagantes rarezas de su marido. Así es que

juró hacer gritar á nuestro normando: Viva Enrique IV, aunque debiese costarle caro á su marido.

El elegante Bailío de Clermont habia sembrado tambien alguna turbacion en el espíritu de la señora de Thomassin, quien ciertamente habria amado sin trabajo á este hidalgo por él mismo, y sin ninguna oculta idea política. Pero tenia el suficiente tacto para adivinar que el Bailío estaba fuera de su alcance; que un caballero tan distinguido, y de tan elevado nacimiento no era para ella, y por lo mismo habia prudentemente renunciado.

La Gazette habia sentido latir su corazon, y se habia confesado que amaba á su patrona; pero este descubrimiento y esta confesion no le inducian mucho á aventurarse en los peligros de una declaracion; al contrario, se habia vuelto más tímido, y respondia á las provocaciones más directas con una reserva aflictiva, puesto que era sincera.

En este punto se hallaban las cosas, cuando, veinte dias despues de la muerte de Gourdon, y el momento en que La Gazette acababa de soportar un asalto terrible, la señora de Thomassin salia de la habitacion del capitan, donde habia empleado más de media hora en pérfidos melindres, empujó el Bailío la puerta

de su compañero, y se fué derecho al sillon donde se hallaba éste negligentemente recostado.

—¿De dónde venís, bondad del cielo? esclamó La Gazette, ¿y qué es de vuestra vida hace diez ó doce dias, que se os busca sin encontraros?

El Bailío volvió á abrir la puerta, se aseguró de que nadie le oia, miró cuidadosamente á su alrededor, y volviendo á ponerse en frente del capitan, se cruzó de brazos y dijo con acento de queja:

—A mí es á quien toca interrogaros, compadre; habeis venido á Paris para enterraros en este zaquizamí como un castor?

—Caballero, interrumpió La Gazette, el Rey...

—El Rey está muy descontento de vos, capitan, ayer le he visto...

—¡Ayer! ¡Habeis visto ayer al Rey!

—¡Eh! Sí en verdad... preciso era que yo me arriesgase á hacer algo, puesto que vos dormís como un liron esperando que las puertas de Paris se abran por sí solas, para recibir á un príncipe á quien servís con bata y zapatillas. Sí señor, sí, cansado de veros con tan poca energía y completamente abatido por la muerte del vizconde de Gourdon, me he es-

capado de Paris y he corrido tras el ejército real que marcha sobre Dieppe en este momento; he visto á S. M., le he referido vuestro combate de la puerta de Santiago, y le he hecho una soberbia pintura de vuestro desconsuelo.

—¡Jesus, Dios mio! ¿Qué ha dicho ese gran príncipe?

—Ha dicho que érais el mayor traidor que hay en el mundo, un hipócrita, un malandrin...

—¿Al ménos no ha dicho más que eso?

—¿Y os parece poco?

—Los epítetos no son nada en ciertas ocasiones; si el Rey no ha jurado hacerme descuartizar, si no ha cambiado de idea respecto á mi baronía, le proclamo un gran monarca, y yo me proclamo su servidor.

—Apaciguado con mis esplicaciones, el Rey se ha decidido á haceros justicia; ha perdonado al vencedor del vizconde en favor de la victoria, y ha declarado en voz alta que siendo el vizconde de Gourdon el más rudo caballero de su ejército, vos debíais ser una especie de Rolando; á pesar de su pena, se ha complacido en alabar vue tro valor, vuestra sagacidad. En fin, ha dicho que si estábais de

buena fé, valíais para él tanto como un éjército.

—¡De veras! Pues bien, señor Bailío, esclamó La Gazette trasportado de orgullo y de alegría; fuera escrúpulos y vacilaciones, fuera medias tintas, delicadezas y cobardías. Vamos á ver, ya estoy de pié, ya estoy curado, y pronto á emprender trabajos gigantescos... ¡Ah! ¡El Rey me ha perdonado la muerte de Gourdon! ¡Pardiez! Yo me ha la perdono á mí mismo con igual magnanimidad; por otra parte, yo tenia atravesado á ese hidalgo; cuya gloria me ofuscaba; el señor de Pampelonne y él tenian acaparado todo el valor...

—Olvidaba deciros, interrumpió Clermont, que el Rey añadió: Ese asunto concierne á Pampelonne, él vengará á su amigo.

—Le aconsejo que se mire en ello... le debo todavía cierta estocada, que le pagaré tarde ó temprano; no temais, es gascon; pero yo soy normando, y en mi pais no concluyen los pleitos sino á falta de pleiteantes... ¡Ah! señor Bailío, os hago justicia; habeis trabajado perfectamsnte desde nuestra separacion; pero se trata de continuar vuestras proezas. ¿Habeis imaginado alguna buena empresa? ¿Por dónde y cómo vamos á atacar á la Liga? ¿Os ha iniciado el Rey en sus proyectos?... ¿Qué ha ido

á hacer por la parte de Dieppe? ¿No valia más que hubiese permanecido cerca de Paris? ¿Cómo podremos servirle desde tan léjos?

El Rey ha ido al encuentro de un socorro que debe enviarle la reina de Inglaterra; cree que Mayena le seguirá, y espera destruirlo tan pronto como sus débiles tropas hayan sido reforzadas. Si Mayenna presenta la batalla, si es vencido, el Rey vuelve sobre Paris á marchas forzadas...

—Muy bien... desde luego es preciso que vos y yo seamos dueños de algun punto importante á fin de entregarlo al Rey.

—Eso es; ¿pero qué punto?

—¡Eh, pardiez! El primero que se ocurra; ¿no tenemos las puertas de Santiago, San Antonio, San Dionisio, San...

—¡Mal negocio! Las puertas de Paris están sometidas á una vigilancia demasiado rigurosa... tendriamos para salir mal diez probabilidades contra una... querido mio; para normando, sois poco avisado...

—Esperad... sí... eso es... nada mejor... ¡Oh! ¡escelente idea!

—Hablad...

—¿Os acordais del ruido que hizo hace tres años la toma del castillo de Angeres?

—Sí, ese castillo fué tomado en medio del dia por Pampelonne y por Gourdon...

—Y bien...

—¿Y bien?

—El Bailío de Clermont y el baron La Gazette harán otro tanto.

—¿Y qué ganaremos con tomar un castillo? Nada. Lo que es preciso tomar es Paris; es preciso entrar en el Louvre con las flores de lis y la bandera blanca.

—Señor Bailío, puesto que me habeis reconocido por jefe en nuestras empresas, uso desde luego de mi autoridad; os nombro gobernador de la Bastilla.

—¡De la Bastilla! esclamó Clermont... ¡Ah! ¡Buen Dios! en efecto... ¡qué idea!...

—¿No es verdad?

—Sois un grande hombre, baron; ¡un hombre muy grande! ¡La Bastilla! Pero si tuviésemos esa ciudadela, mandariamos en toda la ciudad, la puerta de San Antonio y el arrabal.

—¿Hé?... ¿Es ese un rasgo de genio? Que vengan á hablarnos, despues de esa hazaña, del golpe de mano de Angeres...

—¿No en verdad... decís, pues, que tomamos la Bastilla?... ¡bueno! ¿cómo la tomamos?

—El Rey derrota á Mayenna no sé dónde,

vuelve á Paris, y nosotros le saludamos mientras nuestros cañones tiran sobre los parisienses descontentos.

—Comprendo, pero ¿cómo tomamos la Bastilla?

—En caso de necesidad, hacemos dos salidas una hácia el Rey para estrecharle la mano, otra hácia los ligueros para pasarlos á cuchillo.

—Perfectamente, ¿pero cómo...

—Los parisienses vencidos se someten, el Rey entra en el Louvre, os hace duque y par, me da una baronía...

—¿Respondereis al fin á mi pregunta? ¿Cómo vamos á tomar la Bastilla nosotros dos?... ¡Muerte de mi vida! me vais á hacer que eche los pulmones...

—¡Eh! ¡Jesus! eso no es más que un detalle; tenemos la idea principal... solo se trata de hallar el medio de realizarla... ¿Creeis que me detengo por tan poco? Tomaremos la Bastilla, á menos que halleis la cosa demasiado difícil, en cuyo caso yo solo tomaré esa ciudadela... permitidme al ménos cinco minutos de reflexion.

La Gazette se puso á dar paseos por el cuarto, con la barba apoyada en una de sus manos. Dió con el pié en el suelo, se rascó las

orejas y la frente, lanzó algunos suspiros se sublevó brutalmente contra su reacia imaginacion.

—¡Y bien! dijo el Bailio despues de un cuarto de hora largo que habia estado esperando, empleando en rizarse su perilla, ¿qué habeis ideado, baron?

—Las cosas más sencillas son á veces difíciles de hallar... Sin embargo, Pampelonne se apoderó del castillo de Angeres, ¡qué diablo!

—Así, pues, ¿renunciais?

—No.

—Pues no busqueis más, porque yo he hallado.

—¡De veras! esclamó La Gazette; bien os decia yo que era fácil...

—Gracias. Sentaos ahí, baron, y dignaos escucharme. Nada más fácil, en efecto, que ser dueño de la Bastilla.

—Esa es mi opinion.

—Solo se trata de entrar en ella...

—Entraremos.

—Y de permanecer.

—Permaneceremos.

—En cuanto á eso, respondo de ello; vencedores ó vencidos, nos quedaremos allí: ven-

cedores, para mandar; vencidos, para ser ahorcados.

—¡Demonio!

—Vais á ver.

—Ya escucho.

VII.

El plan de ataque del Bailío de Clermont.

—Escuchad bien, continuó Clermont; t ay treinta y seis medio de tomar la Bastilla.

—Sois una linterna, señor Bailío.

—¡Chist! ¿Cual es la fuerza y cuáles son los elementos de la guarnicion?

—Quinientos ganapanes escogidos por Bussy Leclerc en los tres partidos de la Liga; el partido de España, el de los Lorena y el de la república.

—¿Quién es ese Bussy-Leclerc? He oido hablar mucho de él; pero no le conozco personalmente.

—Bussy-Leclerc es un canalla, un perdido, un antiguo maestro de armas muy esperto, pero cobarde, más hábil en el florete que en la espada. Ese petardista dió los ciento diez y nueve golpes el dia de las barricadas, y el duque de Guisa, para recompensarle de todo el trabajo que se tomó en esta ocasion, le nombró gobernador de la Bastilla. Las malas lenguas suponen que el duque tenia un capricho por la señora de Bussy, y esplican el favor del marido por las complacencias de la dama, que á fé mia es muy linda aun. Si la guarnicion de la Bastilla ofrece la triple muestra de los partidos de la Liga, el gobernador es un digno gefe, porque es á la vez, y por precaucion, guisa, español y republicano. Tiene voz y voto en el Consejo de los Diez y seis, y su mujer le lleva por la punta de la nariz; ella es quien le inspira el poco talento de que se sirve...

—¡Bueno! ya tengo bastante por ese lado... ahora decidme si no hay en casa del español Mendez alguna bachillera influyente, cuyo corazon se pueda inflamar, y hacerse de ella una aliada?

—¿Qué diablo vais á imaginar ahí, á propósito de la Bastilla?

—Contestad, no pregunteis.

—He oido decir que un sobrino del señor

Mendez, personaje muy influyente estaba enamorado de una señorita que vive en casa del presidente Brisson, el cual, como sabeis es presidente del Parlamento.

—¡Oh! ¡oh! ¡El Parlamento! pero nuestro asunto va muy pronto á marchar por sí solo... Cáspita, capitan, ya veo desde aquí el campanario de vuestra baronía... ¡El Parlamento! no habiamos pensado en él... Vamos á ver, entendámonos bien: ¿decís que ese hidalgo de la embajada española está enamorado de una señorita que habita bajo el techo del presidente Brisson? ¿Quién es esa señorita? Ese Brisson ¿no es un hombre muy feo, que fué traidor al Rey difunto?

—Vuestra política me deja embobado, murmuró La Gazette; teneis un modo singular de subir la escala; en fin, veamos hasta el fin. No sé el nombre de la señorita, ni he visto jamás su rostro; en cuanto al erudito presidente, se le sospecha de haberse pasado al realismo.

—Prosigamos, continuó Clermont con una flema imperturbable. ¿Cuál es el matador del Consejo de los Diez y seis?

—Louchard, sin contradiccion el hombre más pervertido de Paris, más aun que el caballero d'Aumale, príncipe bravo, pero apren-

diz de calavera. Pues bien; ese bribon ama disimuladamente á la señorita del Parlamento, al menos así lo dice.

Ese Louchard es comisario de barric, tiene el diablo en el cuerpo, y haria quemar á todo Paris, si á la luz de ese soberbio incendio debiese arrebatar el honor de alguna mujer de quien estuviera enamorado. Louchard, intrigante y atrevido, á quien vísteis aquí cuando vino á reclamarme en nombre del Consejo, goza de enorme crédito entre los suyos...

—¿Está enamorado de la muchacha que habita la casa del presidente Brisson?

—Sí, enamorado, desesperado, segun dicen.

—¿Conoceis á esa muchacha?

—Absolutamente. Podeis creer que ocupado de mi oficio de soldado cuando yo servia á la Liga, descuidé el Parlamento y el presidente, en cuya casa jamás puse los piés. Reuniendo todo lo quo se decia á mi alrededor, pude saber que esa señorita era muy linda, que la rodeaba cierto misterio, que Louchard, el sátiro Louchard, estaba enamorado de ella; que el presidente, hombre íntegro y austero, se esforzaba en sustraer su protegida á los impuros deseos de ese impúdico, y no sé más.

—¡Perfectamente! Pasemos á los de Gui-

sa; en ese partido, compadre, ¿cuál es la mujer más preponderante, segun vuestra opinion?

—La señorita Montpensier.

—¡Bah! la conocemos; mi adhesion al Rey no va hasta cortejar á ese zacanete con enaguas: no me cuido de suceder á Santiago Clemente... ¿Y despues de la de Monrpensier?...

—No sé... me pedís noticias singulares; ¿me tomais por un almanaque callejero?...

—Despues del señor de Mayenna, ¿á quién veis de los de Lorena en primera fila?

—Al duque de Nemours.

—Es justo... ese príncipe está casado... ¿Tiene una mujer bellísima?

—Bella como un astro; política, fuerte y muy sensata.

—Perfectamente. En cuanto al partido republicano, continuó Clermont, estoy enterado. El conde y la condesa de Brissac, el ciudadano y la ciudadana Publicola de Thomassin; de ambos lados triste caza, pitanza mezquina; pero quien quiere el fin, quiere los medios... ¡Bah! tomaremos la Bastilla, os respondo de ello, y os doy gracias por vuestros pormenores... Teneis á Paris en la punta de los dedos, señor baron...

El Bailío se calló, y miró al techo, como

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

hombre que medita algun proyecto grave. La Gazette, todo aturdido, seguia con la vista á su estraño compañero, esperando que volviese á tomar la palabra para esplicar sus oscuros pensamientos; pero como el Bailío guardaba obstinadamente silencio, nuestro normando no pudo más, y esclamó:

—¿Y bien?

—¿Qué decís? respondió Clermont.

—Digo que, sin ser curioso, quisiera conocer vuestro, ó más bien, nuestro plan de ataque.

—¡Cómo! ¿no lo habeis comprendido aun, maese zorro? ¡Oh, oh! Decididamente Pampelonne es más astuto que vos. Mi querido capitan, por bravo que seais, y por sagaz que yo pueda ser, convendreis en que nosotros dos no podemos tomar la Bastilla á viva fuerza, ¿no es verdad?

—Seguramente; pero por engaño y por audacia...

—Eso es... Ahora bien, hé aquí mi estratajema; necesitamos ganar inteligencia en la plaza entre los de Lorena, en el Consejo de los Diez y seis, en el palacio del español Mendez, en el Parlamento y en la bufona república de Cossé-Brissac.

—Estoy de acuerdo.

—Como no hay nada que hacer con los hombres de esos diferentes partidos dirigiendonos á ellos directamente, nos dirigiremos á las mujeres.

—¿Cómo?

—Nos dirigiremos á las mujeres. La señora de Bussy-Leclerc, si os he comprendido, lleva los calzones en su casa; así pues, es preciso agradarla, y la agradaremos; es necesario hacernos amar de ella, y nos amará; si no á vos, al menos á mí.

—¡Gracias! dijo La Gazette haciendo una reverencia, que probaba la sublevacion de su pudor.

—El señor duque de Nemours es hábil y valiente; su proteccion nos es necesaria: hallaremos, pues, medio de agradar á su mujer, y haremos de él lo que mejor nos parezca. Sacaremos de casa del presidente Brisson á esa jóven que protege misteriosamente, y el diablo, estad seguro de ello, agradeciéndonos esta enormidad, nos hará aprovecharla, aunque no sea más que desencadenando la cólera del comisario Louchard contra el Parlamento. Sin contar con que el sobrino del embajador Mendez desempeñará en esta tragedia un papel favorable á nuestra empresa. En fin; la

señora de Brissac y la mujer de maese Publicola, nuestro patron, nos ayudará, porque...

—¿Pretenderiais, caballero, violar las santas leyes de la hospitalidad?

—¡Pretendo tomar la Bastilla, voto á Belcebú! ¿Qué vais á decirme con vuestra hospitalidad?... ¿Creeis que vivo aquí por mi gusto?

—La señora Tomassin es de una virtud perfecta; respondo de ella.

—Razon de más... Pero en fin, eso no os importe; yo me encargo de esa bachillera.

—Señor Bailío...

—Yo me encargo de ello, os digo. Recapitulemos: cinco mujeres que seducir... ¡Bah! es cosa mas fácil en los tiempos en que vivimos que tomar una plaza fuerte. La señora de Nemours, la de Brissac, la de Bussy, la señorita del Parlamento, y la ciudadana Publicola; me siento con ganas de abrir la campaña en seguida, yo solo, si me abandonais en el camino.

—En fin, una vez hechizadas esas damas, ¿qué ganareis?

—¡Ah! hé ahí donde está la idea, la idea sublime... un rasgo de fuerza digno de vuestro genio; escuchad bien: sois el feliz galan de las damas en cuestion, y solicitais el mando de la Bastilla. Gracias al favor de que gozan

vuestras conquistas, obteneis el puesto codiciado...

—¡Demonio! ¿Y la mujer de Bussy será bastante necia para dejarme tomar el puesto de su marido? Si creeis esto, conoceis muy poco al personaje.

—¡Qué simple sois, camarada! Vuestros amores con la señora de Bussy os pondrán al corriente de la vida privada de su marido; gracias á vuestra intriga, descubrireis, sin duda alguna, cierta negligencia en el modo de servir de Bussy, y este descubrimiento servirá de pretesto para su destitucion. Apénas instalado en la Bastilla, purificais la guarnicion, reemplazando con vuestra gente los soldados que hagais salir. Vuestras enamoradas se arreglarán de modo que hagan aprobar todos vuestros actos...

—Señor Bailío, permitidme deciros que vuestro proyecto no tiene ni piés ni cabeza; no soy un calavera, he tomado algunas veces ciudadelas por asalto; pero siempre he respetado al bello séxo.

—Bueno. Eso no era más que uno de los treinta y seis medios que yo os habia anunciado. Hé aquí otro: prestadme oidos. Yo galanteo á la señora de Nemours, á la de Brissac, á la de Thomassin, á la jóven del presidente

Brisson. Cuando me haya hecho amar, con provecho, de esas ligueras rabiosas, bien robe á la chica, bien busque una querella con Bussy Leclerc, me encierran en la Bastilla, en un oscu o y odioso calabozo, donde se ven amenazados mis dias con la horca. Gran conmocion entre mis bellas desconsoladas; todas darian su cabeza por arrancarme de mi calabozo para salvarme la vida. ¿Qué haceis entonces?

—¿Qué diablos sé yo?

—Maquinais para libertarme, y gracias á mis confidencias os dirigís á la de Nemours, que os promete su cooperacion; á la de Bussy, que se obliga á facilitar un golpe de mano; á la ciudadana Publicola y á la condesa de Brissac, que os prestan su apoyo; al presidente Brisson, quien ganado por su protegida, se compromete á haceros justicia. Apoyado por todo este celo femenino, reunís una compañía de realistas, que habremos tenido la prevision de formar, unos bajo la bandera de España, otros en la chusma republicana; estos entre los de Guisa, aquellos en cualquiera otra parte, y el dia convenido con el Rey penetrais en la Bastilla por una poterna cuyas llaves os habrá dado la señora de Bussy; pasais á cuchillo á los ligueros, degollais á Bussy, y para re-

compensar á su mujer de sus penas, la traeis á mi calabozo en mi lugar.

—¡Hum! dijo La Gazette arrancando un pelo de su barba; todo eso es muy bueno. Pero vamos á ver, y perdonad si os digo que sois muy testarudo, ¿cómo vais á componeros para ganar el favor de todas esas damas? ¡Los pelos se me erizan á la idea de ese trabajo superior á las fuerzas de Hércules!

—¡Vaya, vaya! ¡Creeis que las mujeres de la Liga tengan el gusto depravado hasta el estremo de ser fieles á los menguados compañeros que les ha deparado la casualidad! Mirad en torno vuestro, en esa dañosa Asamblea de frailes fanáticos, pero sin fé, de ciudadanos trasformados en zacanetes, y de príncipes lorenenses avarientos del favor popular; ¿no veis qué feos son unos y otros? Buscadme un verdadero hidalgo entre todos ellos, un caballero que honre su jubon y sus espuelas. ¿Hay entre esos hidalgüelos de provincia que han acudido al clamoreo de la Liga en Paris un hombre medianamente decente? ¡Oh, Paris mio, cómo te han echado á perder todas esas gentes con sus ideas abominables! Aquellos se empequeñecen para besar las rodillas de un monarca español; estos se vuelven soldados avinados para adular á los Guisa; otros se en-

canallan con Brissac para robarle mejor su patrimonio en nombre de la ley agraria; allí frailes haraganes, que vacilan entre el Papa y Felipe II para saber si Francia les será pagada más caro en Roma que en Madrid. Por todas partes, rostros momentáneamente escapados del infierno; por todas partes, los asesinos de Enrique III, los apóstoles de Jacobo Clemente! ¡Cuánta miseria! Las mujeres, creedlo, no se han afiliado en la Liga sino arrastradas por sus maridos ó sus hermanos, hambrientos de ambicion; deben detestar esas figuras asquerosas, esos hombres ridículos, esos espíritus groseros, y solo desean hallar un hombre que les recuerde el tiempo en que les era dulce amar... el tiempo en que la elegancia del seductor hacia casi perdonar á la pecadora... ¡Qué diantre! Señor baron La Gazette, he jurado que me vengaria de los ligueros en las ligueras, y las cinco damas de que se trata entrarán en ese número. Mirad: desde hoy voy á daros una prueba de mi habilidad. Tenemos en esta casa una republicana, que, á Dios gracias, no me gusta. Tiene las manos tan coloradas como patas de perdiz, piés en forma de rodaballo y una nariz siempre pronta á tocar la trompeta.

Aquí el normando hizo una mueca singu-

lar que no le conociamos, á pesar de todas las que nos habia regalado hasta entonces.

—Os apuesto, continuó Clermont, á que ántes de cuarenta y ocho horas la ciudadana Publicola arrojará en mi honra y provecho nuestro, su honor por la ventana.

—Quisiera ver eso, interrumpió La Gazette con una especie de estremecimiento involuntario.

—Pues bien, id á dar un paseo por el muelle, dejadme un momento solo, y lléveme el diablo si no adelanto en nuestros asuntos.

—¡No! esclamó el capitan.

—¡Eh! ¿Estaria ya hecho?

—¿Cómo?

—¿Habreis cortejado por casualidad á la señora de Thomassin en mi ausencia?

—No, os lo juro.

—Entonces, dejadme el puesto, quiero, necesito...

—Quereis... necesitais... ¿Qué podeis necesitar?

—Hace mucho tiempo, mi buen amigo, que no he practicado el arte de agradar; puede que ya no lo recuerde, y necesito renovarlo, y puesto que la mujer de Publicola se me viene á las manos, quiero hacer un ensayo...

—Permitid, señor Bailío... ¿Eh?... ¿qué es eso?

—Un pistoletazo tirado aquí cerca... Continuad, no os interrumpais; esos bandidos de plebeyos se divierten en descargar sus armas en las calles... ¿qué permiso me pedíais?

—Ya no lo sé... ¡ah! queria decir que vuestro proyecto me parece muy bien imaginado, pero de difícil ejecucion.

—La señora de Thomassin os convencerá.

—Perdonad, queria someteros mi opinion; la ejecucion de vuestro plan es difícil para un solo caballero, se necetitan lo ménos dos.

—Estoy conforme; si teneis valor para renunciar á vuestros votos de castidad, que son bastante estrambóticos para los tiempos que corren, se nos hará más fácil nuestro trabajo.

—¡Tendré ese valor, pardiez!

—¡De veras!

—¡Perfectamente, como os lo digo!

—¡Tocad esos cinco; ahora sí que sois un verdadero caballero... así, pues, tenemos cinco damas que cortejar, dos para vos, tres para mí!

—¡Hum!

—¡Diablo! ¡no hay como un avaro para los gastos en grande! me inclino, y os dejo la mejor parte; tres para vos, dos para mí, ocupaos

de las señoras de Nemours] y de Brissac, y de la jóven del Parlamento; yo me encargo de la Bussy Leclerc y de la ciudadana Publicola... ¡Eh! ¿pero qué pasa por allí abajo?... creo que se están matando en la vecindad.

Al principio habia sonado un pistoletazo, y se oian las pisadas cercanas de algunos hombres. Estaba completamente oscuro, y no era cosa rara oir ruido de armas en las calles, en una época en que todos iban armados, aun en medio del dia.

—Os abandono la protegida del presidente Brisson, dijo el normando con cómica gravedad; esa jóven no me peta.

—¡Pardiez! ¡apuesto á que tiene un lindo palmito! dijo Clermont guiñando un ojo.

— Cambio por cambio, continuó La Gazette; cededme...

—¿A la señora de Bussy-Leclerc? ¡sea! debe ser buena conquista esa mujer del maestro de armas.

—Dejadme concluir, si gustais.

—¡Bueno! ¿qué decíais?

—Cambio por cambio, os cedo la señorita del Parlamento, las señoras de Nemours, de Brissac y de Bussy-Leclerc...

—¡Por la Publicola, interrumpió Clermont soltando la carcajada, no, voto al diablo! me

gusta esa ciudadana, tiene ojos de gato que me encantan.

—¡Pero!

—No hay pero que valga... ¡Oh! ¡oh! pero ¿qué pasa debajo de nuestras ventanas? ¿qué ruido es ese?

—¡Eh! dejad á esa gente que se mate como se le antoje, ¿qué os importa á vos? repuso La Gazette impaciente con el giro enfadoso que tomaba la entrevista.

El Bailío corrió á la ventana que abrió; oyóse el choque de espadas, pero sin gritos, sin tumulto.

—¡Hola! ¡hola! voy á ver eso, dijo Clermont, debe ser divertido.

—No os fieis, caballero; los rateros fingen reñir para atraer y robar á los tontos.

—No soy de esos tontos; ¿venís?

—¡Dios me libre! además no estoy vestido.

—Entónces esperadme, vuelvo al instante.

—Señor Bailío, señor de Clermont... ¡Eh! ¡llévete el diablo! murmuró La Gazette volviendo á cerrar la puerta que el Bailío acababa de abrir corriendo: preferiria tener que habérmelas con diez Pampelonne á tratar nada con ese chorlito; al ménos el otro era gascon, y seguia una idea, mientras este no sé de dónde sale; pero no tiene un adarme de juicio...

qué diablos irá á hacer en la calle á estas horas, en medio de bribones que se rompen el bautismo por alguna disputa de taberna, ó para robarse un doblon; tanto peor si le sucede algo; así haré mejor yo los asuntos del Rey y los mios.

Al mismo tiempo que renegaba y echaba pestes, La Gazette fué á ponerse á la ventana que el Bailío habia dejado abierta; y como su bravo corazon condenaba la inaccion en que se habia quedado, prestó el oido al rumor que se habia alejado un poco, decidido á ayudar á su compañero en caso de necesidad.

Al cabo de algunos minutos el baron oyó gritar:

—¡A mí, capitan! ¡á mí! ¡ayudadme!

La Gazette cogió de un salto su espada y una pistola que habia encima de una mesa y se lanzó fuera de la habitacion, con la cabeza adornada con un gorro, en zapatillas, y envuelto en una bata de enorme ramaje.

Jamás se vió valor más bello en traje más feo.

VIII.

Bravo en la guerra, cobarde en el amor.

Cuando La Gazette se vió en la calle, miró á su alrededor para buscar á los que debia combatir. La calle parecia estar desierta; la oscuridad era profunda, y un inmenso silencio reinaba en todo el barrio.

—¡Diantre! ¿qué es esto? dijo entre sí el normando, ¿se estará divirtiendo el señor de Clermont en perseguir á los bribones derrotados? ¿Me lo habrán matado? ¿Le hallaré tendido en algun cenagal?... ¡Cómo! ¡hace poco tanto ruido, y ahora nada! Sin embargo, he bajado los escalones de cuatro en cuatro sin perder un minuto!

La Gazette colocó la espada debajo de su brazo izquierdo, y con su pistola pronta á hacer fuego en la mano derecha, se adelantó algunos pasos con la precaucion de un hombre esperto. De pronto se detuvo el capitan, porque acababa de tropezar con un cuerpo inerte que le impedia el paso.

—¡Un hombre muerto! dijo el normando; ya di con la pista... ¡Quién es este compañero?

La Gazette examinó el cadáver, sin poder reconocerle, y se manchó las manos con la sangre que brotaba de una ancha herida.

—Al ménos no ha sufrido, murmuró el normando en forma de oracion; esto se llama una estocada rara... ¡Ah! vienen hácia mí, sí... vamos, un poco de audacia; solo se trata de hacerle matar como ese pobre diablo.

La Gazette dejó el medio de la calle y se puso bajo el cobertizo de una tienda. Allí estirándose cuanto pudo, se mantuvo derecho, tieso é inmóvil como un poste.

En efecto; por una de las calles laterales llegaron dos hombres; marcharon en silencio hácia el sitio en que yacia el cadáver, y se detuvieron á algunos pasos de La Gazette.

—Aquí es, sin embargo, dijo uno de ellos, donde hemos dejado al camarada.

—Sí, respondió el otro, y no ha debido mo-

verse, porque estaba bien muerto... ¡qué estocada! ¡ví salir la punta por la espalda!

—¡Eh! no sale cara la espedicion, porque nos ha costado mucho... ¡dos combates en ménos de una hora!

—Lo cierto es que hemos sido pagados por un rapto á viva fuerza; no debíamos sostener más que una lucha, y nos ha sido preciso desenvainar dos veces... se me ocurre una idea, compadre... si robásemos la chica por nuestra propia cuenta; si no le dijésemos nada á su escelencia hasta que hubiese saldado la estocada de ese pobre...

—¡Chit! no nombres á nadie, las paredes tienen oidos... tienes razon, la muerte de nuestro camarada debe pagársenos en buenos doblones... si hubiese sido muerto en el ataque no tendriamos nada que reclamar; pero ese rabioso que ha venido á caer sobre nuestra tropa en el momento en que teniamos ganada la partida, ha complicado el trabajo... secuestremos la doncella... ¡Ah! ¡ah! aquí está el cuerpo que buscamos... la noche está oscura, los ciudadanos duermen, concluyamos. Soy más fuerte que tú, carga sobre mis hombros.

El camarada á quien se dirigia este discurso, tomó el cadáver por medio del cuerpo y lo

puso en hombros de su compañero, que le dijo:

—Ahora abre la puerta, despachemos... tenemos que ir muy léjos de aquí.

Uno de los hombres pasó por delante de La Gazette que contenia el aliento y seguia estraño este manejo con ojos que despedian llamas. Ganas le dieron al capitan de echarse sobre este bribon cuando estaba al alcance de su brazo; pero pensó que callando sacaria más provecho de la aventura y esperó.

—¿Está abierto? preguntó el hombre que llevaba el cadáver.

—Sí, puedes entrar.

Los dos hombres desaparecieron, y volvieron á cerrar tras sí la puerta por donde acababan de salir.

—¿A dónde diablo va á llevarme todo esdo esto? se preguntó La Gazette. ¡No he cometido una necedad permitiendo á esos bribones que se vayan? ¿qué casa es esa? ¿cómo me introduzco en ella? y si tiene dos salidas, no voy á estar esperando hasta el dia.

El normando no se movió, sin embargo, de su puesto; registró el cebo de su pistola, acarició el doble filo de su tizona, renegó entre dientes, pero esperó el regreso de los dos

bribones con toda la paciencia de un soldado envejecido en las guerras de emboscada.

De pronto pasó una luz rápidamente por las vidrieras de una de las ventanas de la casa que examinaba La Gazette, y á esta claridad repentina vió el normando la sombra de una mujer á quien dos hombres llevaban en sus brazos. A poco de esta aparicion, la puerta de la calle giró sobre sus goznes para dar un paso á los dos bandidos, de los cuales uno iba delante con la espada desnuda, mientras el otro seguia, llevando con facilidad entre sus brazos á una mujer, próxima á desmayarse tal vez por la primera lucha, puesto que apenas se defendia.

—Ten cuidado con la mordaza, dijo el que iba delante; un solo grito podria causarnos algun obstáculo.

—¡No temas, la pobrecilla se ahogará ántes que pueda gritar!... Vuelve á la derecha y toma el camino más corto.

La Gazette dejó que pasasen delante; despues se arrimó á la pared sin hacer ruido, gracias á las zapatillas que calzaba, se apresuró á incorporarse á los dos malhechores, y arrojándose sobre el que iba libre, le rompió la cabeza de un pistoletazo.

—Ahora á tí, hijo mio, dijo lanzándose

con la espada sobre su segundo adversario, procura parar ese golpe.

El normando habia apuntado al rostro del bandido, porque temia herir á la mujer, que parecia desmayada en brazos de su raptor. Con gran admiracion de La Gazette, el vigoroso golpe que habia dado fué burlado por una mano rápida, ejercitada en la esgrima y dirigida por un corazon sólido. El raptor, dando un salto hácia atrás, dejó escapar la carga que cayó en el suelo sin vida ni movimiento; despues, armándose de una espada corta, se lanzó sobre el capitan que paró en dos golpes este ataque tan vigoroso como inesperado. Pero era preciso ser más que hábil para hacer frente al capitan; así pues, el raptor no tardó en reconocer que la bata de su adversario cubria á un caballero de distincion, y no á un pacífico ciudadano, como pensó en un principio. Acosado por la punta que La Gazette hacia brillar á sus ojos y amenazar á su pecho, el bandido contó con su fuerza, que era prodigiosa, y estrechó al capitan cuerpo á cuerpo. Otra decepcion: el capitan tenia músculos de acero, y permanecia firme como una estátua en su pedestal. El raptor desistió de su empresa y se volvió á poner en guardia; pero en el movimiento que hizo para separarse de su adver-

sario recibió una estocada en medio del pecho, giró sobre sí mismo, y esclamó cayendo de rodillas junto á la mujer que continuaba tendida en el suelo:

—¡Ya la tengo! ¡Qué demonio!

—¿Crees que he concluido? replicó La Gazette dando otra estocada al bandido, que sin procurar ya defenderse hirió con su espada á á la mujer que le acarreaba su derrota, y rodó inanimado junto á ella.

—¡Pardiez! ¡Vaya un bribon refinado! ¡Un canalla como pocos! esclamó La Gazette corriendo hácia la mujer, que habia dado un suspiro desgarrador, pero que no se habia movido.

El normando se inclinó sobre el rostro de la víctima y creyó reconocer que era una jóven de gran belleza.

—¡Oh! ¡Maldito! murmuró aun el bravo capitan.. ¿Qué sabandija era esa que he tenido que matar? ¿Estás bien muerto al ménos, infame? ¿Podrás aun asesinar á alguno? ¿Y te ha hecho ya quemar el diablo?

Diciendo esto La Gazette, volvia, sacudia y empujaba con virtuoso furor el cadáver del bandido.

—¿Y qué hacer ahora con esta pobre niña? ¡No me he metido en mal enredo! ¡Si el señor

de Clermont estuviese en mi lugar, sin duda sabria cómo conducirse... él, galanteador de oficio... mientras yo!... ¡Bondad del cielo, pero está perdiendo toda su sangre! ¡El bandido la ha herido en la garganta!... Dios me perdone; la pobre va á morir!...

La Gazette buscó en sus bolsillos, y no halló pañuelo; se quitó rápidamente su bata, que era de tela muy fina, la arrolló en forma de venda y cubrió la herida lo mejor que pudo.

—Vamos, mi querido baron, dijo para sí gravemente el capitan, se trata de no tener que echarte nada en cara en todo esto... A fé mia, encélese cuanto quiera la bella Thomassin, pero voy á llevarle esta chica, que morirá mejor en una buena cama que en el santo suelo.

Cargando sobre sus hombros este cuerpo sangriento, La Gazette se ayudó con su espada desnuda como de un baston, y fué derecho á casa de maese Publicola. La puerta de esta casa habia quedado entreabierta, pero la escalera estaba muy oscura, y un paso en falso podia ser funesto á la mujer herida, cuyo silencio é inmovilidad eran horribles.

—¡Oh! ¡oh! ¡venid á ayudarme! gritó el normando... Se quemaria la casa y nadie ven-

dria... ¡Señora Thomassin!... ¡Señor Publicola!... ¡No hay nadie, qué diablo!

El ciudadano Publicola, maldito si pensaba en moverse. Habia oido el pistoletazo de La Gazette, oia sus gritos de angustia, pero le faltaba mucho para ser valiente, y todo este ruido le daba que pensar que se apelaba al valo que le faltaba. Contentóse, pues, con envolverse en sus sábanas, esperando que el acontecimiento que aun no conocia se presentase bajo una forma ménos alarmante.

—Sois vos, señor baron, preguntó la escelente señora de Thomassin, que apareció en el corredor armada de una lamparilla y en un *deshabillé* agradable...

—¡Ya lo creo que soy yo! ¡Bajad pronto, os lo suplico... la pobre se muere... pero venid, ¡Dios mio, venid!

La señora de Thomassin, curiosa y asustada á la vez, llegó corriendo; despues, encontrándose frente á frente de La Gazette que tenia por todo traje el gorro, la camisa, los calzones y las zapatillas, retrocedió dos pasos esclamando:

—¡Cómo! ¡señor baron, un robo, un rapto, y en ese traje!... ¡Qué audacia!

—Ahora no se trata de mi traje, ni de mi audacia! Señora, os suplico que tengais la bon-

dad de prodigar vuestros cuidados á esta jóven, que se muere, si es que no ha muerto... Creedme, no discurramos... Mirad... creo que se ha movido: ¡quiera el cielo que salvemos á la pobre criatura!

La señora de Thomassin tenia corazon por ella y por su marido; no bien advirtió la sangre de que estaban inundados los vestidos de la jóven, ahogó un grito de espanto, y se apresuró á ayudar á La Gazette, llevando hasta su propio cuarto y á su cama el cuerpo inerte de la jóven.

—¡Uf! esclamó el bravo normando, ¡qué noche! ¡Señor Dios! ¡Tengo escalofríos!

—Idos á vestir, señor baron; además de que el traje en que estais es inconveniente, convaleciente como estais, podríais tener una recaida... y además...

Aquí la señora de Thomassin bajó la cabeza haciendo que se sonrojaba.

—¿Y además?... preguntó el capitan, que no veia en verdad malicia en la situacion.

—Estais en mi cuarto, caballero, en mi cuartó, donde solo mi marido tiene derecho á entrar.

—Es verdad, balbuceó La Gazette... ¿Pero dónde está maese Publicola?... le necesito con precision.

—No sé, su habitacion está arriba... id á ver... Pero ántes, corred á buscar un cirujano, que es lo que urge más! Esta pobre niña, porque esta jóven es una niña, se va á morir si no la cuidamos. Id pronto, caballero, tenemos por vecino á maese Domínico, un sábio en cirugía... ya le conoceis.

En dos saltos se puso fuera La Gazette, y al cabo de media hora volvia acompañado del cirujano, que se puso inmediatamente á sondar la herida de la jóven, ayudado en esta operacion por la inteligente y caritativa destreza de la señora de Thomassin; en cuanto á La Gazette, se habia escapado.

El ciudadano Publicola, profundamente afectado por el ruido que se hacia debajo de él, decidióse á pesar de todo á levantarse y vestirse; habia ido furtivamente á llamar á la puerta del capitan, y no recibiendo respuesta, habiase aventurado á bajar para ponerse á escuchar lo que pasaba.

Cuando llegaba á la puerta de la calle, que habia quedado entreabierta, la empujaron violentamente por la parte de afuera, y tropezando el capitan con él le hizo dar un grito de terror.

—¿Qué es eso? preguntó La Gazette que se

presentó arrastrando por el suelo de un brazo el cadáver de uno de los dos bandidos.

—¡Ah! sois vos, mi buen amigo, articuló maese Thomassin... ¡Eh! ¡Buen Dios! ¿de dónde venís? ¿qué traeis ahí?

—Guardadme este bribon, respondió La Gazette, y vigiladle, porque puede que no esté muerto del todo... volveré, cogedle por medio del cuerpo, y subidle á la habitacion de vuestra mujer.

—¡De mi mujer!

—¡Eh! Sí, no os pongais á charlar ni á discurrir... Pronto, despacháos...

La Gazette volvió á salir, y el ciudadano Publicola se sintió muy embarazado en la singular alternativa de vigilar á un muerto ó un vivo. Si es cierto que los hombres de valor son supersticiosos algunas veces, es notorio que los cobardes tienen mucho miedo á los aparecidos. Así es; que maese Thomassin permaneció clavado en su puesto, sobre dos piernas que flapueaban, hasta que volvió La Gazette, arrastrando aun, y esta vez por los piés, el cadáver del hombre á quien tan rápidamente habia roto la cabeza de un pistoletazo.

—¡Eh, cielos! ¡Se han batido en Paris esta noche! preguntó el republicano temblando de piés á cabeza.

—¡Pardiez! ya lo veis... Y bien; ¿qué ha dicho el cirujano?

—¿Qué cirujano?

—Maese Domínico.

—¿Domínico?

—Pero vamos á ver, señor Thomassin; ¿no sabe Vd. una palabra de lo que pasa en su casa?

—Ni una palabra... Salgo ahora de mi cama, donde dormia tranquilamente, cuando me despertó el rumor...

—¿El rumor?... ¿Llamais rumor á ese ruido infernal?...

—Mi querido capitan, tengo el sueño ligero.

—Es decir, que dormís como un reptil, mi buen amigo... pero basta de conversacion. Pongamos junto á la pared estos dos cadáveres; cerremos vuestra puerta, y subamos á la habitacion de vuestra mujer.

—¿Qué quereis, pues, hacer de estos dos muertos?

—No lo sé... venid.

Maese Thomassin siguió á La Gazette, y se admiró mucho al ver á su mujer inclinada, así como al cirujano Domínico sobre el pálido rostro de una jóven que parecia haber entregado su alma.

—¿Y bien? preguntó el normando al doctor.

—La herida es profunda, muy peligrosa; pero en fin, tengo alguna esperanza.

—¡Loado sea Dios! Si la salvais, me veré recompensado de mis trabajos ámpliamente... ¡Qué cabeza tan angelical! ¡qué rostro tan noble! ¿La veis, señora?

La mujer de Publicola, á quien se dirigia la pregunta, lanzó al baron una mirada feroz, irónica y celosa á la vez, y el tímido La Gazette frunció voluptuosamente sus dos cejas á esta nueva provocacion de la señora de sus pensamientos. Despues se volvió al cirujano y balbuceó todo conmovido:

—¿Ha hablado? ¿Sabeis? ¿Sabremos quien será?

—No hablará en mucho tiempo; y si hiciese esfuerzos por satisfacer vuestra curiosidad, os mando que la impongais silencio. Ahora, caballero, ¿quereis esplicarme esta trágica aventura?

—Sí, añadió maese Thomassin; me alegraria saber qué significa todo esto.

—Yo tambien, respondió La Gazette, porque no sé más que lo que voy á deciros.

El capitan refirió la desaparicion del Bailío, su lucha con los dos raptores de la jóven, y habló de la casa misteriosa donde habia visto

á un hombre tendido en el suelo de una estocada, y de la que habian robado á aquella mujer, que sentia no haber podido socorrer más eficazmente.

La señora de Thomassin se creyó obligada á dirigir una cariñosa sonrisa al baron, á quien el demócrata Publicola dijo con énfasis:

—Sois un romano, sois un héroe, mi querido huésped; estoy orgulloso de vos.

—¡Veamos los cadáveres de esos hombres, tal vez sepamos algo examinándoles de cerca y registrándolos, dijo el cirujano... ¡Preciso es confesar que vivimos en tiempos bastante singulares!

—Apostaria mi cabeza, interrumpió Thomassin, á que ese asesinato ha sido cometido por algun opulento seductor... la raza de los Tarquinos no ha concluido. ¡Ah! si esa noble victima de nuestros patricios muere en mi casa, quiero, como Bruto, mostrar su sangre al pueblo...

—Necesitamos ante todo, amigo mio, dijo el doctor sonriendo, ir á avisar al reverendo comisario Louchard, á fin de que empiece una informacion.

—¿No será lo mismo ir mañana?

—No, ahora, porque el caso urge; partid...

Yo voy á preparar pociones y ungüentos... Pronto, despachemos... ¿Cómo, señor Thomassin, no os habeis ido aun?... Venid, capitan, venid.

Mucho repugnaba al abogado Thomassin ponerse en camino en una noche oscura, en un barrio donde hacia poco se habian repartido tan rudas estocadas; pero la jactancia de este gran charlatan triunfaba de la pusilanimidad, y tomó un aire valenton para decidirse á hacer lo que su corazon no emprendia sino temblando. En fin, partió, echando á correr como un ladron perseguido por esbirros.

La Gazette llevó al cirujano donde se hallaban los dos bandidos á quienes tan mal habia tratado, y arrimó una luz para ver sus facciones. Efectivamente estaban bien muertos; uno de ellos tenia atravesados los pulmones, y abierta la yugular con la terrible tizona del normando; estos miserables eran gente de baja estofa, aunque iban vestidos con aseo. Sus bolsillos contenian oro español; pero en esta época la moneda de España circulaba tanto en Francia, y sobre todo en Paris, que no se podia tomar este hallazgo por un indicio. La Gazette, fiel á sus antiguos principios, se apoderó muy diestramente de este numerario, sin dejar de vituperar por esto la memoria de los

bandidos que tan valientemente habia esterminado.

—Adios, señor baron, dijo el cirujano; aunque la política esté relajada abominablemente en nuestra desdichada ciudad, desde nuestras sangrientas discordias creo que este drama tendrá muy pronto su esplicacion. Maese Louchard es hombre hábil cuando quiere, y bien sabrá hacer un milagro, es decir, hacer hablar á esos bandidos. Mañana al amanecer vendré á saber cómo sigue nuestra enferma... necesita mucha calma; sus nervios se hallan en estremo delicados.

La Gazette volvió á subir á la habitacion de la señora de Thomassin; pero ántes tuvo la honrosa precaucion de ir á echar sobre sus hombros una hopalanda muy elegante que figuraba en su vestuario en la época en que era dueño del castillo de Dourdan y millonario. Nuestro bravo caballero, á quien ni el hierro ni el fuego hacian jamás pestañear, se deslizó por el corredor con paso tímido, á semejanza de enamorado novicio, hasta el lecho en que estaba acostada la bella desconocida. La señora de Thomassin, como mujer corrida, habia oido venir al normando, y habíase arrodillado junto á la cama, fingiendo rezar devotas oraciones por la salvacion del cuerpo y del alm

de la interesante señorita, y fingiendo, sobre todo, no haber advertido la presencia de su inofensivo adorador.

La Gazette detuvo el aliento y contempló el tierno cuadro de una mujer, bella como un astro (el baron no sabia hallar comparacion más espresiva respecto de la jóven,) bajo el velo de la muerte, y de otra mujer embebida en sus oraciones, objeto de su fogosa, pero tímida adoracion. La señora de Thomassin pareció complacerse en las borrascas que sabia hacer estallar en el corazon del capitan, porque guardó silencio mucho tiempo, y tambien su misma actitud. En fin, volvió negligentemente la cabeza, y con ese maravilloso aplomo que el bello sexo ha heredado de Satanás, enemigo de los hombres, murmuró como asustado:

—¿Estábais ahí, caballero?

—Sí señora; y si no lo hubiéseis notado, habria echado aquí raices; pero...

—Pero...

Desde el momento en que vuestros ojos se dirigen hácia mí, soy hombre perdido, y me falta el valor.

—¿Por qué? preguntó la astuta gazmoña con esa sencillez aparente de toda persona que parece que no quiebra un plato.

—¡Por qué! balbuceó La Gazette descargando su corazon con un formidable suspiro; ¿por qué? señora, quiero decíroslo... pero con vuestra autorizacion... permitís que... quereis?...

—¿Por qué no? dijo dulcemente la señora de Thomassin, dando á ese pérfido cebo todo el encanto del estímulo, por no decir de la exigencia.

Entonce, La Gazette, sin saber lo que se hacia, se dejó caer de rodillas, y murmuró tres palabras de que seguramente estaba aun vírgen su boca, si ha de juzgarse por el énfasis con que las pronunció.

—¡Yo os amo! dijo, y como en esta especie de declaraciones solo el primer paso es el que cuesta, repitió tres veces su declaracion con una amplitud y pantomima de que el Bailío, burlon por escelencia, se habria muerto de risa.

Toda mujer, cualquiera que sea su carácter, cualquiera que sea su rostro, y cualquiera que sea su virtud, siente siempre una especie de embriaguez al oir estas palabras que encantan, si no su corazon, su oido al ménos; si es coqueta, triunfa; si es de virtud severa, perdona con una elocuencia, que tiene más de gratitud que de magnanimidad. Si el caballe-

ro es amable, la virtud, aun feroz, hace un puente de oro á su retirada; si nada le agrada en él, se contenta con rechazarle; pero nunca, jamás, condena á muerte al pecador!—La señora de Thomassin, á pesar de sus premeditaciones, no pudo ménos de sentir cierto estremecimiento voluptuoso; pero La Gazette se habia aventurado mucho; la señora de Thomassin habia jurado su pérdida, es decir, se habia prometido conquistarle á la manera de los generales que conquistan con provecho, y no como las mujeres que regularmente pagan los gastos enormes de sus victorias; habia resuelto hechizar al valiente capitan, sin cederle una pulgada de terreno; contaba con encadenarle á su carro, hacerle volver loco, arrancarle de la Liga, hacer de él un traidor á los de Lorena, y un realista; en fin, gobernarle á su antojo á través de los escollos de la política y del sentimiento. Para llegar á sus altos fines, la sagaz esposa del ciudadano Publicola sabia perfectamente que debia ser avara de su ternura, y desempeñar el primer papel de coqueta.

Habia llegado la hora de empeñar la accion, y la señora de Thomassin la emprendió resueltamente.

—¡Caballero! dijo con esa voz de orgullo

altanero que hace retroceder á los más valientes; ¡caballero!

La Gazette bajó la cabeza y se recogió con una especie de espanto.

—¡Me admirais! continuó la señora de Thomassin; ¡cómo! así desconoceis los derechos de la amistad y las leyes de la hospitalidad! ¡vos, un noble baron, un caballero de nombre y de armas!

—¡Yo os amo! repitió La Gazette, sin saber lo que se hacia.

—¡Pero eso es indigno! ¿y qué sitio, qué momento escogeis para hacerme esas deshonestas confesiones? ¡una habitacion en la que no hubiérais debido poner los piés, una hora de agonía para esta desgraciada é interesante criatura! ¿No creeis, pues, en nada, caballero? ¿no hay nada sagrado para vos? ni la virtud de las mujeres, ni el último suspiro de los que van á morir! ¿sois, pues, uno de esos hombres que tienen á gala ultrajar el candor?...

—¡Jesus, señora, qué mal me juzgais! esclamó La Gazette con el acento de la verdad; jamás he amado á nadie sino á vos, y en verdad que no me esplico cómo he tenido la audacia de confesároslo!

—Si es así, señor baron, probad lo que decís...

—¡Oh! eso será cosa fácil...

—Retiraos, dejadme, y no volvais á hablarme nunca; ni aun por alusion, del imperdonable olvido de mí y de vos mismo, en que acabais de caer. Con esa sola condicion consentiré en volver á veros.

La Gazette se levantó en seguida; estaba aturdido, deslumbrado; miró con ojos espantados en torno suyo, saludó profundamente á la señora de Thomassin, y fué andando de espaldas hácia la puerta. Llegado que hubo á su cuarto, el pobre capitan murmuró con pena:

—Verdad es que soy un seductor terrible.

IX.

Los espedientes diplomáticos del Bailío de Clarmont.

Por afligido que hayamos dejado al capitan La Gazette, y por interesante que sea la jóven que se halla en el lecho del dolor, casi moribunda, nos vemos obligados á buscar al Bailío de Clermont para saber al ménos qué ha sido de él.

Para esto nos será preciso hacer lo que los sabuesos que pierden la pista, es decir, volver atrás, echar á correr, y seguir la huella del elegante hidalgo durante los doce dias que ha pasado fuera de la habitacion de la señora de Thomassin, abandonando la compañía del baron La Gazette.

El Bailío habia tomado una casa cerca del Louvre. Este gran señor tenia tanta distincion natural, se habia habituado de tal modo al lujo y al capricho desde la infancia, que medio arruinado por la guerra civil, vivia aun como hombre opulento, sin cuidarse del porvenir. El señor de Clermont era caballero encantador, pero muy singular. De espíritu vivo y fogoso, de valor aventurero, no tenia ardor ni entusiasmo sino en los momentos críticos. Afeminado como los caballeros de la corte de Enrique III, poseia el arte de llevar la indiferencia á su último límite.

Hábil en darse buena vida, la despreciaba á veces hasta el punto de que habria andado cien leguas, sin tomar un momento de reposo, para hallar ocasion de dar ó recibir una estocada; indolente por naturaleza y por placer, no hubiese andado diez pasos, ni aun en litera, para recoger los favores de la fortuna, aunque era á la vez razonablemente ambicioso y pródigo hasta la sin razon.

Entre su carácter y su persona existia una armonía perfecta: su rostro, de una palidez *sui generis*, espresaba la alegre serenidad de su alma, y sus ojos negros tenian una dulzura que no desmentian ni el delicado timbre de su voz ni la gracia de su palabra.

No habia nada de comun en su traje, nada de vulgar en su porte, nada de adoconado en su pensamiento. Delicado como una señorita cuando estaba al abrigo del frio, del calor y del peligro, era duro consigo mismo, invencible, por decirlo así, cuando marchaba á pelear. Entónces no se le oia quejarse nunca de la lluvia, de la nieve, del sol, y afrontaba jugando toda clase de dolores, fatigas y miserias con gran admiracion de sus compañeros, dotados de un vigor y de temperamento que él no tenia ciertamente.

Como los jóvenes de noble solar en esta época, el Bailío de Clermont, que era de antigua raza, tenia el carácter burlon, pero poseia sobre todo la precicsa ventaja del saber, una memoria bastante feliz, y un conocimiento laudable de las letras, la política y la historia. Apresurémonos á añadir que no se cuidaba de este bello lenguaje, y solo se servia de él en ocasiones, para enamorar á una mujer linda, burlarse de un pedante ó criticar á un diplomático.

El Bailío no tenia veintisiete años, y cualquiera le habria supuesto veinticuatro; tan jóven era su rostro, tan delicado su talle, y tan agraciada su sonrisa.

Conocido de ciertos traficantes, á los que

se habia dirigido con frecuencia bajo el reinado de Enrique III, el señor de Clermont habia llegado á tomar prestado, á intereses fabulosos, una cantidad bastante crecida, que gastaba con largueza.

«Señor, escribia un dia á Enrique IV, solo hay en este momento dos monarcas que se hagan representar en Paris; V. M. por mí, y el rey de España por D. Mendez. Sé demasiado lo que os debo para no llevar tren de embajador, y espero arruinarme pronto por vuestra gloria.»

El Bailío ocupaba un precioso departamento que se hubiese tomado por el gabinete de tocador de una dama, á no haber visto esparcidas por todas partes ricas armaduras que le daban un sello verdadero.

Desde el segundo dia de su instalacion en esta casa, Clermont se puso á pensar sériamente en la gravedad de su situacion, que hallaba algo violenta.

Para entregarse con fruto al curso de sus ideas, se tendió negligentemente en un sillon, puso sus piés descansando en cojines de seda, tocó con sus lábios desdeñosos una taza de plata sobredorada medio llena de vino de Alicante, y empezó á pensar única y esclusivamente en la fea política del tiempo.

Al cabo de una hora de profundas meditaciones, el bailío de Clermont retorció con su blanca mano la punta de su perilla, y esclamó alegremente:

—El medio no es del todo bueno, pero no veo otro, y además me agrada.

Al decir esto el señor de Clermont, tocó un timbre y presentóse un lacayo. Este lacayo era un antiguo sargento calvinista, llamado Laprairie, hombre inteligente y bravo, á quien Enrique IV habia dejado en Paris para que en caso de necesidad sus dos partidarios pudiesen contar con un corazon fiel y con dos brazos vigorosos. El Bailío habia hecho de Laprairie un criado tan sagaz como atrevido, y Laprairie estaba pronto á desempeñar todos los papeles que se le hubiesen confiado.

—Aquí estoy, dijo el sargento; ¿cuáles son vuestras órdenes?

—Hijo mio, acaba de ocurrírseme una idea, que temo nos cueste cara á ambos.

—Bien, todo cuesta algo en este mundo... Vamos á ver la idea.

—¿Habeis cultivado vuestras relaciones con los sargentos de la Liga?

—Ayer mismo he emborrachado en grande á tres de esos bribones que tienen en mi

gran confianza y singular estima. Ha sido buen golpe, porque los tres son llamados con frecuencia á mandar como subalternos importantes cuerpos de guardia.

—Pues bien, amigo mio; procurad saber por uno de ellos el santo y seña para salir de Paris, porque hoy mismo voy á enviaros al Rey.

—Justamente uno de ellos está en la puerta Maillot.

—Muy bien. Voy á escribir diez líneas, y partes ahora mismo.

«Señor, escribió en seguida el Bailío; es posible que la empresa que nos habeis confiado os lleve al trono de Francia; pero es más que probable que nos conduzca á la plaza de Greve para ser colgados allí muy lindamente.

Si vos sentís la consagracion, nosotros sentimos la rueda y la horca, al ménos yo; porque mi sagaz compañero sabe salir perfectamente de los malos pasos. No os doy más prueba de ello que la catástrofe de que os hablará mi emisario con largos pormenores.

Teneis en Paris dos clases de enemigos: los hombres y las mujeres.

Los hombres todos son feos; pero las mujeres son generalmente lindas; los hombres

son políticos, las mujeres coquetas; los hombres son fanáticos, las mujeres rabiosas.

Aquí, como en todas partes, he notado que las mujeres hacen de los hombres lo que se les antoja; esta ley natural es invariable para todos: lo mismo para Cossé-Brissac, que para el pequeño Guisard.

Ahora bien; acabo de tomar una determinacion soberbia: quiero merecer las buenas gracias de las damas más influyentes de la Liga, sean bonitas ó feas; aunque fuesen esto último, viejas y jorobadas, sabré llegar á mi objeto; y si tengo la dicha de no perderme escitando torpemente los celos de una ó muchas, podeis contar que nuestras proezas os abrirán un dia de par en par las puertas del Louvre.»

El Bailío cerró y selló este billete; despues, entregándoselo al sargento Laprairie le dijo:

—Tened entendido, amigo mio, que si os pillan una sola palabra de este escrito, será más que suficiente para hacernos arrojar al Sena á vos y á mí. Partid, ved al Rey, referirle la desastrosa muerte del vizconde de Gourdon, y la desesperacion horrible del baron La Gazette. Si el Rey está en fondos por casualidad, insinuad atrevidamente que no tenemos dinero.

—Me encargo de esa espedicion, y parto.

—Buen viaje, Laprairie; traedme noticias del campo; dad espresiones al señor de Crillon, y volved por la noche. Decid al Rey que le aconsejo que atraiga á Mayenna á cualquier campo de batalla, ántes que el duque de Parma pase la frontera; afirmadle sobre todo que las tropas de la Union son tan malas como ántes, á fin de que no cuente nunca sus enemigos, segun costumbre. Adios; de paso que salís, dad órden á mis portadores de que preparen la litera.

El sargento partió, y Clermont empezó resueltamente á vestirse poniendo en ello ese arte que poseia en grado supremo para hacerse adorable y encantador. Puesta la capa en el hombro y el fieltro en la cabeza, dijo para sí el Bailío echando á su espejo la última ojeada:

—¿Por quién empezaré? ¿por la de Montpensier? no, pardiez, esa no es una mujer, es un hombre... ¿La de Nemours?... ¡hum! podria desanimarme, porque dicen que es fria y áspera como un suizo... ¿La de Brissac?... sí, es linda, galante y amable... ¡bueno! despues el ama de llaves de Bussy-Leclerc... una moza que tiene en su bolsillo las llaves de la Bastilla... Por el camino pensaré en las otras.

En esto vinieron á decir al Bailío que su

litera estaba pronta; subió á ella, y dijo á sus portadores:

—Al Arsenal, á casa del conde de Brissac.

Desgraciadamente nos falta el tiempo para referir todo lo que Clermont supo hacer en esta visita diplomática. La señora de Cossé-Brissac era una mujer encantadora, de elegante compañía; se habia dedicado por ambicion á la Liga, y por ambicion habia acogido todas las necedades republicanas de su marido sin reírsele en las barbas.

Brissac estaba enamorado hasta la locura de su mujer, que le hacia rabiar no poco, vengándose en él de los enredos cuotidianos de la política, de la monotonía de la ostentacion es travagante de la Santa-Union, y de la rudeza de las costumbres de un tiempo perdido por la galantería.

El Bailío de Clermont habia conocido á la de Brissac en época en que su belleza estaba en flor, y recordaba haberla dirijido algunos homenajes que si no habian sido alentados, habian sido rechazados.

Fué un grande y feliz acontecimiento para esta mujer, cansada ya de los prosáicos modales de su reducida cohorte, la llegada del travieso Bailío.

Los caballeros de la Liga solo aparecian en

Paris de vez en cuando; estaban todos en el ejército, ó en las ciudades cuyo mando tenian; y solo quedaban en la capital francesa ancianos, abogados, frailes, procuradores y tropas mercenarias.

La de Brissac no era mujer para distraerse en esta menguada compañía, y Clermont no tenia ciertamente necesidad de todo su seductor y una cabeza donde se habian aposentado la repugnancia y el fastidio.

No puedo deciros si las personas audaces deben dar gracias á la Providencia cuando les salen bien sus proyectos; los cuerdos creen que la fatalidad ó Providencia, ignoro cuál de las dos triunfa; pero el Bailío de Clermont y el caballero de Pampelonne, consultados sobre este asunto, han afirmado ambos que siempre habia caminado con ellos el triunfo y la locura.

En el caso presente, el Sr. de Clermont probó el hecho, porque fué recibido por la de Brissac con una alegría llena de franqueza.

Justo es decir que el conde de Cossé acababa de dejar á su mujer despues de haberle hecho sufrir la lectura de muchos trozos á cual más fastidiosos, que habia trasformado en foro el elegante salon donde la bella condesa no recibia ya sino á ciudadanos que da-

taban del año de Roma 150 ántes de Jesucristo.

—¡Eh! ¡Dios mio! Señor de Clermont, ¿de dónde venís? preguntó la condesa con la cabeza atontada aun con el charlatanismo de su republicano esposo.

—Señora, soy vuestro prisionero.

—¡Mi prisionero!

—¡Dios mio, sí! la guerra me ha vencido, y he caido sano y salvo, como veis, en manos de uno de vuestros villanos... perdonadme esta espresion, condesa; los vencidos estan de mal humor generalmente.

—¡Oh! Comprendo eso, Bailío, y como los vencedores deben estar siempre contentos, os autorizo á que depongais conmigo toda etiqueta. ¿Quién es el bravo que os ha rescatado? Debe ser un bravo, porque vuestro valor es conocido.

—Un solemne truhan llamado La Gazette. ¿No es cierto, señora, que todo ha cambiado singularmente en este bajo mundo? Aquí me teneis cautivo bajo la palabra de un soldado viejo, á quien hace algunos años yo no hubiese querido por palafrenero, y os vuelvo á hallar á vos, una de las perlas de la real corona de los Valois, engastada hoy entre viles guijarros manchados de lodo.

—¡Eh! cómo tratais á los defensores de la Iglesia, mi pobre Bailío.

—¡Pardiez! condesa, ¿creeis que yo sea tan bien tratado por ellos?

—Pero me parece que teneis toda la libertad posible, y vuestro elegante traje prueba que al ménos os han dejado los medios para vivir bien; ¿de qué, pues, os quejais?

—Me quejo del fastidio que preveo... Vuestros ligueros no son muy alegres, señora; tienen aire de divertirse poco, y yo odio la tristeza. En otro tiempo tenia yo cien doblones para gastarlos al mes; pero en cambio tengo al dia veinticuatro horas de las que no sé qué hacer...

—¿Y por eso venís á verme, señor Bailío?

—¿No es este un rasgo de talento? He sabido que estábais en Paris y he corrido á saludaros, contando con que me sacariais del apuro.

—La frase me parece ligera.

—No la tomeis á mal, porque es muy inocente. He querido deciros, que sabiendo estábais cerca de mí, me he creido salvado. En efecto; es imposible que una mujer de vuestro rango, de vuestra reputacion, de vuestro talento, de vuestra belleza...

—Paso, paso, señor Bailío; dígase lo que

se quiera, Paris no es la capital de la mentira, y para tener en ella derecho de ciudadano no teneis necesidad de arruinar vuestra imaginacion.

—Decia, pues, continuó Clermont con esquisito aplomo, que la condesa de Brissac deberia haberse formado una existencia grata en este horrible pais donde mis ojos no han encontrado hasta ahora sino charlatanes, mujeres feas y hombres groseros. He contado con que tendriais la bondad de acogerme bien primero, lo cual habeis hecho, y despues introducirme en vuestra sociedad.

—¡Mi sociedad! dijo la condesa con desden; aquí no recibo á nadie.

—¡Oh! ¡oh! ¿Pero entonces qué haceis para distraeros desde la mañana hasta la noche?

—¿Quereis que os dé cuenta de lo que hago?

—Soy curioso de oido y discreto de boca, conde a; la confesion de una mujer linda está con frecuencia llena de escepciones para quien la escucha.

—Vos mismo juzgareis.

—Voy, pues, á intentarlo.

—Me levanto muy temprano; en verano á las cinco de la mañana.

—Bondad divina; he ahí un pecado que nunca he cometido.

—¿Un pecado?

—Sí en verdad; despertándonos á la aurora damos muy bien á las tentaciones del diablo seis horas que seria muy cuerdo robarle levantándonos un poco ántes de las doce. Pero continuad, condesa.

—Hago mis devociones y arreglo mi casa.

—¿Arreglais vuestra casa? esclamó el Bailío, ¿qué costumbre es esa?

—Una costumbre perfecta, caballero; las damas romanas la ejercian hábilmente.

—¿Lo creeis así?

—Preguntad al señor de Brissac.

—Me refiero á él, es un hidalgo hoy docto; pero permitidme os diga que esa costumbre que florecia en Roma, era un poco plebeya en el Paris de mis tiempos.

—No digais plebeya, Bailío, decid popular.

—Sea, ¿no es lo mismo?

—No, Brissac os esplicará...

—¡Bueno! continuad.

—Hago en compañía de mi marido una comida frugal...

—Perdonad... las mujeres de mi tiempo no hacian con sus maridos sino comidas sóli-

das; la frugal estaba reservada para esas bienaventuradas citas, en las que se vivia de amor y de agua fresca...

—Ese tiempo está léjos, Bailio... Escuchad hasta el fin. Terminada la comida, voy al sermon de algun predicador de fama, y los tenemos en abundancia. El sermon dura dos horas.

—¡Diablo! segun parece, alimentais el alma mejor que el cuerpo.

—Despues acostumbro generalmente seguir á una procesion...

—¿A pié descalzo, condesa? En ese caso, estad segura de que os sigo en la primera donde vayais.

—Tengo el dolor de no estar tan celada como la de Montpensier.

—Decid que vuestros piés son más delicados y más pequeños... ¿Qué más?...

—La procesion me ocupa otras dos horas... despues vuelvo para comer.

—¿Siempre frugalmente?

—Con mi marido.

—Eso es lo que os quita el apetito, condesa... Pero... ya caigo; ¿sabeis que con esa clase de vida debeis hacer economías enormes? Vuestros herederos son unos miserables si no os inciensan desde la mañana hasta la noche.

—Despues de comer recibo algunas visitas.

—¡Ah! ¡ah! ¡ya era tiempo! ¿A quién recibís?

—A doctores, abogados, al presidente Brisson, á los señores Diez y seis, á los Cuarenta, y algunos oficiales.

—¿Y á quién más?

—¿No es suficiente para alegrar mi salon?

—Eso consiste en el modo que tengais de mirar la alegría, condesa.

—En fin, por la noche...

—¡Ah! sí; veamos la noche.

—Por la noche, ántes de cenar, algunos hombres de notable elocuencia y de raro saber vienen al salon de mi marido á sostener conferencias políticas, donde se agitan las cuestiones del momento más graves y más ardientes.

—Eso me agradaria.

—Nuestros oradores son todos republicanos...

—¿Qué es eso?

—Son los renovadores del siglo, los hijos de la edad de oro, los discípulos de Bruto y de los Gracos.

—¿Y qué quieren esas buenas gentes?

—Brissac os lo dirá.

—Bien... muy bien... ¿Y qué más?

—Cenamos, y despues de la cena, uno de esos señores nos recita una lectura sustancial mientras yo me ocupo en hacer medias de lana para los pobres de mi parroquia.

—¡Haceis medias!... ¿Y despues, condesa, despues?...

—Me voy á acostar...

—Pero, interrumpió Clermont, ¿no habeis tenido en cuenta el tiempo que ocupais en vuestro tocador?...

—Apenas me ocupo en mi tocador; siempre estoy como me veis...

—Hé ahí en verdad una existencia que os llevará directamente al Paraiso... Pero sed franca, aunque solo sea para ilustrarme... ¿Os divierte todo eso?

—Francamente, me muero de fastidio.

—Entonces, ¿por qué sufris esas aflicciones cuotidianas?

—El conde de Brissac os lo dirá.

—¿Y no sentis nuestras zarabandas, nuestras cabalgatas, nuestras cenas donde el oro, los vinos delicados, las flores, los platos esquisitos, y el talento chispeante de los convidados se unian para encantaros?... Condesa, ¿no estais enferma? ¿No se apodera de vos el marasmo?... Mirad, puesto que el señor de Bris-

sac hace revivir, para martirizaros, los tiempos de la república romana, yo quiero hacer resucitar los tiempos caballerescos, y juro que os arrancaré de las garras de esos demonios.

—¡Ay! Bailío, no lo conseguireis; ¡Paris es una ciudad condenada; no se ven más que rostros siniestros y fanáticos intrigantes!

—Os sacaré de Paris.

—Os doy mi palabra de que consentiria en ello, si hubiese en algun punto de Francia un asilo donde pudiera refugiarse la elegancia de los tiempos pasados. Pero todo está en desórden, todo se vuelve miseria, todo tristeza en nuestro desgraciado pais.

—Perdonad... el Bearnes...

—No me hableis del Bearnes; tiene todos los gustos de un soldado viejo...

—¡Oh! ¡oh! condesa, no confundais el gusto con el temperamento. El Bearnes es un hombre honrado; pero está en guerra y es digno de perdon; cuando se halle en el Louvre...

—¡En el Louvre, espero que no venga nunca!

—Bien, supongamos que así sea; ¿pero á quién pondriamos en el Louvre en su lugar? ¿Acaso á Mayenna?

—¡Quereis callar! Ese monarca escitaria la risa.

—¿A Felipe II?

— ¡Soy francesa, Bailío! repuso la condesa con orgullo.

—¿A un jacobino?... ¿Un Diez y seis?... ¿Un Cuarenta?... ¿Un abogado?

—Sin duda os chanceais.

—¿Entónces á quién? no puedo pensar en conciencia en el señor de Brissac, aunque vos haríais una soberana encantadora... Pero, si mal no recuerdo, Brissac es republicano.

—Al ménos así lo creo, y sus adeptos militan bajo una misma bandera.

—¡Pardiez! puesto que hemos agotado la lista de los pretendientes, ¿sabeis lo que deberiamos hacer, condesa? Deberiamos darnos la mano y...

—Y... repitió la de Brissac con una curiosidad graciosa.

—Conspirar contra toda esa gente que cambian en dias de lluvia nuestros últimos dias de hermoso sol... Unámonos contra la liga, condesa.

—Si he de hablaros francamente, estoy harta de política.

—¡Cómo! ¿Me juzgais tan mezquinamente?... ¡política!... ¡Gran Dios! estoy de ella hasta la punta de los cabellos! No, condesa, no. Lo que os ofrezco es batallar con vos con-

tra el fastidio y el mal gusto; si no he oido mal, vuestros enemigos son las madrugadas, los cuidados de la casa, las frugalidades de la mesa, las procesiones interminables, los sermones de los predicadores, las visitas monótonas, las conferencias republicanas, y el caritativo oficio de hacer media. Todo eso me hace estremecer; quiero libraros de esa especie de abominaciones. Me haré liguero como vos para tomar tiempo y construir un vasto complot...

—Pues entónces, mi querido Bailio, somos amigos... hé aquí mi mano ..

—Ya sabeis, condesa, dijo Clermont besando voluptuosamente la mano que le alargaban, ya sabeis que entre buenos amigos, lo importante, lo esencial es... amarse.

Apenas se hubo pronunciado esta palabra dulce y pérfida á la vez, abrióse la puerta del salon. El señor de Brissac entró con paso grave, el aire pensativo, y distraida la mirada.

—Ya lo sé, dijo la condesa en voz alta, contestando á la pregunta del Bailio, que tomó inmediatamente el asiento y aplomo de los enamorados más disimulados.

—¿Qué es lo que sabeis, señora? preguntó el conde.

—Que el hombre hace lo que quiere.

—¡Pardiez! esa es una máxima republicana.

—Al ménos, repuso la condesa sonriendo, eso es lo que el señor de Clermont me decia cuando habeis entrado.

—¡Clermont! ¡Ah! ¡ah! ¡mi querido Bailío! ¡Vos aquí! ¡Por qué casualidad!...

—He venido á alistarme, conde, respondió Clermont lanzando una ojeada á la señora de Cossé.

—¿A alistaros?... ¿dónde?

—En vuestra bandera, amigo mio; mi Rey ha muerto; el Bearnes no me agrada, y prefiero la república á España ó á Mayenna.

—¡Loado sea Dios, Bailío!... De hoy más sois de casa, repuso Brissac con una candidez digna de la Edad de oro.

Clermont se inclinó, y al levantarse cambió otra sonrisa llena de perfidia con la encantadora condesa, quien ya se habia solazado mucho con esta galante escaramuza.

X.

Como el Bailío de Clermont continuó agarrándose á las enaguas de la Liga.

El conde de Cossé-Brissac, uno de los generales de la Liga, era hombre de mediano talento; pero de bastante saber. Se habia enamorado de las doctrinas republicanas, tanto por esceso de vanidad como por estímulo de ambicion. Por vanidad, porque hacia alarde de erudicion, y se creia superior á todos los jefes de un partido; por ambicion, porque le habria agradado mucho una república, de la que él hubiese sido primer cónsul, dux ó dictador.

El Bailío de Clermont tenia el espíritu demasiado cortesano, demasiado maligno para

no luchar con este pedante, vestido con los despojos de la antigüedad. Lo arrolló magistralmente, y le probó que habia nacido para ver nacer y admirar las chistosas utopias que solo se hallaban en estado de fermentacion en el laborioso cerebro de Brissac.

La visita del Bailio se prolongó, con gran placer de la condesa, á quien agradaba mucho tan noble caballero, y con satisfaccion de Brissac, que perorabi á su antojo. En cuanto á Clermont, tuvo el arte de hacerse informar sobre todo el personal de la Liga, y no perdió una palabra de las indiscreciones sin número que cometió el cándido republicano sin saber lo que se hacia.

De pronto nuestro diplomático se levantó de su sillon y se despidió. Inútil es decir que la condesa tuvo el talento de no solicitar una segunda y próxima visita; pero está comprendido perfectamente que Brissac insistió mucho en que el Bailío volviese al arsenal con la mayor frecuencia posible á distraer el fastidio de un cautiverio y de su ociosidad con las entrevistas sustanciales de una política digna á todas luces de su clara inteligencia.

Clermont se rindió á tanta benevolencia, y la condesa le dió gracias con una de esas furti-

vas miradas que los maridos ocupados tienen la dicha de no sorprender nunca.

El Bailío subió á su litera, y se hizo conducir á la Bastilla.

—Desaria hablar al gobernador, dijo al sargento que mandaba el primer puente levadizo de la Ciudadela.

—Llegais á tiempo, caballero; el gobernador acaba de entrar.

Clermont se hizo anunciar, y Bussy-Leclerc, que recordaba haber oido citar este gran nombre entre los primeros señores de la córte de Enrique III, se apresuró á tomar el aire de un hombre *comm'il faut*, é hizo prevenir á su mujer á fin de que arreglase su tocado.

Bussy-Leclerc era un advenedizo, y el normando La Gazette lo habia retratado en algunas palabras. Tenia facha de un soldado viejo: poco valor, todo el orgullo de un noble improvisado, mucha codicia, y tanta moralidad como talento; es decir, que era corrompido, y tan bestia en el fondo como en en la superficie.

En cuanto á la señora de Bussy-Leclerc, era mujer corrida, que afectaba aires de princesa y dominaba á su marido. Tenia audacia, firmeza, un alma viril, imaginacion exaltada y un corazon que hubiese sido tierno si hubiera

encontrado otro igual al suyo; pero en la política á que se habia lanzado, obligada á multiplicarse para disimular la incapacidad de su marido, no habia tenido tiempo de pensar el amor.

—Tenia á su señor y dueño una aversion profunda; pero pasaba por cuerda, porque su ambicion la inducia á no ocuparse más que de la elevacion de que ella recogia toda la gloria. Bussy-Leclerc era feo, grueso, alto y muy vulgar; su mujer, bastante linda, tenia la mirada ardiente, la tez pálida, las facciones caracterizadas, el pié pequeño, y muy viva de génio.

El gobernador de la Bastilla recibió al Bailío en un gabinete de trabajo, donde no trabajaba nunca, porque necesitaba para poner su nombre todo el tiempo que echaba en leer diez líneas en un abultado breviario, y Dios sabe que para este rudo trabajo no se apresuraba mucho.

Clermont se presentó con la frente alta, con su elegancia acostumbrada, una ligera sonrisa en los lábios, el bigote vigorosamente retorcido, y el aire caballeresco, pero muy elegante.

—Señor Bailío, dijo Leclerc deslumbrado

por estas maneras, ¿á qué feliz circunstancia debo el honor de vuestra visita?

—A vos mismo, excelencia, se debe este paso que os ruego tomeis por pura cortesía.

—Sois muy amable. . sed, pues, bien venido... ¿No he tenido ya el placer de encontraros? balbuceó el gobernador, quien al pomposo titulo que le habia dado el Bailío, habia hecho una genoflexion de placer.

—Porque he tenido la dicha de encontraros, excelencia, es por lo que me he atrevido hasta el punto de venir hoy á vos directamente. Nos hemos visto en casa de un pobre capitan, á quien han dado malamente la corona de baron.

—En casa del baron La Gazette... ya recuerdo... Sois un prisionero, ¿no es verdad? ¡Ah! señor Bailio, deploro que un hombre de vuestra condicion, de vuestra reputacion se haya visto sometido á la humillacion de rendir las armas á semejante soldadote... ese La Gazette...

—Es un militarote en efecto, pero es bravo.

—¡Bravo! ¡vaya un mérito! ¿Quién no es bravo en estos tiempos?

—Excelenca, interrumpió Clermont, ¿quereis permitidme que tome asiento, y que os senteis á mi lado?

—¡Pues no! ¡en qué estaba yo pensando!... ¡dejaros así de pié!...

—Monseñor, voy á daros una prueba solemne de mi estimacion, de mi confianza...

—Señor...

—Permitid... tengo la vista de lince, y no he necesitado mucho tiempo para reconoceros... Sois un hábil capitan, un consejero cuerdo, y bajo ese título, uno de los señores Diez y seis más ilustrados, más profundos... En una palabra, excelencia, manejais tan perfectamente la política como la espada. He ahí lo que piensa de vos el pueblo...

—Todos tenemos nuestros aduladores, señor Bailío...

—¡Eso es pura modestia!... continuó Clermont. ¡Ah! Yo os conozco, y no teneis que hacerme revelaciones... Los corazones grandes abrigan siempre grandes virtudes. En fin; si el público de la Liga os estima como he dicno, yo, excelencia, os he juzgado de otro modo...

—¡Caballero! dijo con énfasis el gobernador llevando la mano á su espada.

—He hallado la apreciacion mezquina... Ofendéos, si gustais; pero puesto que ya he empezado á hablar, iré hasta el fin. Aquí no estais en vuestro puesto; no es un papel se-

cundario el que os conviene, sino un primer papel; debeis ir de un salto del torreon de la Bastilla al Louvre, donde os espera el sillon de primer ministro.

—¡Ministro! ¿ministro de quién?

—¡Del rey, pardiez!

—¿Qué rey?

—¡Ah! Ahí está el quid; sed franco, monseñor, y decidme franca y lealmente si he dicho demasiado.

—¡Demasiado!... Pero si no me habeis dicho nada.

—Nada, esplicado minuciosamente; pero ¡nada dicho, cuando para coger las ideas al vuelo es tan hábil vuestra inteligencia!... Vamos, monseñor, no abuseis de vuestra superioridad.

—Bien, muy bien... he comprendido, es cierto; pero, en fin, sed claro y sabré si...

—Ya supondreis, excelencia, que si estoy en Paris no es para divertirme, porque en esta capital se está bastante triste.

—Sois prisionero de guerra, y por medio de un rescate podeis libertaros...

—Me guardaria bien de ello. Sabed que si el torpe de La Gazette me ha hecho prisionero, es porque he querido... Sí, mi deseo era

entrar en esta ciudad para tramar en ella una vasta conjuracion...

—Caballero, sois bastante audaz al hablar así al gobernador de la Bastilla.

—¡Bah! He jurado que os sacaria de la Bastilla, ó que yo entraria en ella para podrirme.

—¡De veras!

—Hacedme, pues, arrojar á uno de vuestros calabozos si teneis la candidez de rehusar el puesto que os destina el que me envia á vos.

—El Bearnes...

—¡Qué disparate! execro á ese tirano, del que no se puede ni se debe esperar nada. Ya sabreis, tal vez, excelencia, cuánta era mi adhesion al Rey difunto. La muerte de ese buen príncipe ha dejado el trono á merced de los partidos. Odio la faccion de los Guisa, y me burlo de la república de Guissac, tanto como del cetro futuro del cardenal de Borbon; no hay nada católico, no hay nada posible en Francia, en el Louvre, sino la casa de España, y he abrazado con ardor la causa de Felipe II... Sonreis... ¡Pardiez! lo celebro, porque esa sonrisa me prueba que he descorrido perfectamente el velo de vuestras afecciones personales.

Excelencia, vos amábais á Enrique de Guisa, al valiente acuchillado que fué vuestro protector; pero despreciais á Mayenna, hábil en dejarse vencer donde quiera que saca la espada; compadeceis al partido republicano, y acariciais la esperanza de que triunfe el partido de España...

—¡Señor Bailio!.... balbuceó Bussy-Leclerc.

—Lo sabia, y he venido á vos, francamente, á riesgo de hacerme fusilar si me he engañado... Vengo á deciros, que secundando los designios de Felipe II, os conquistareis una fortuna imperecedera.

—El embajador Mendez...

—¡Oh! no hablemos de él si os place, no me gusta ocuparme de mis subordinados.

—¡Mendez! ¡subordinado vuestro!... ¡No vuelvo de mi sorpresa!

—Tengo la mision de vigilar en París la conducta de Mendez, de quien no están muy satisfechos en Madrid. Por lo demás, ya sabeis que ese embajador no tiene todo lo de Salomon.

—Concedido; pero...

—En fin, tengo órden de seguirle la pista, de vigilarlo sin que lo sepa, y de unir á la política española los personajes más influyentes

de la Liga. Bajo ese título, excelencia, sois una adquisicion preciosa, un punto luminoso... Prestad oido á mis revelaciones, ayudadme en mis tentativas, y vereis al duque de Parma, á falta de una infanta de España, subir al trono de los Valois, y sereis nombrado condestable...

—Caballero, deseo hablar de todo esto con la señora de Bussy, ántes de tomar una determinacion...

El Bailío se sonrió al oir esto y dijo para sí:

—En fin, podré contar con este estúpido.

—Vuestra esposa es una mujer de gran mérito, añadió en voz alta.

—Es mujer de gran instinto, caballero.

—Confiaos á ella ahora mismo.

—¿Me permitis?

—¡Cómo no! Id, esperaré aquí el resultado de vuestra conferencia.

El gobernador pasó á las habitaciones de su mujer y le refirió lo que acababa de oir y de decir. La señora de Bussy obró en esta ocasion como acostumbraba en todo asunto grave é importante; aconsejó á su marido que fuese á dar un paseo por la ciudad, y pidió algunos minutos de entrevista al Bailío de Clermont.

—¡Eh! dijo entre sí el Bailío al ver á la se-

ñora de Bussy; aquí tenemos á una mujer á quien será muy grato hechizar; tiene unos ojos capaces de prender fuego á un polvorin... ¿Por dónde empezaré el ataque?

—Señor de Clermont, dijo la gobernadora designando un sillon por medio de un gesto bastante noble... Tened la bondad de sentaros.

—Obedezco, señora, respondió Clermont con esa voz conmovedora y traidora al mismo tiempo, que sabia tomar para la perdicion del sexo en general; despues acompañó estas sencillas palabras con una mirada melancólica y tímida, que la enérgica esposa de Bussy no pudo contemplar sin sentir un estraño estremecimiento del corazon.

—Sois muy atrevido, señor Bailío.

—Señora, no sois vos la que debe echármelo en cara,

—¿Por qué?

—Por dos razones.

—Quisiera conocerlas.

—No sé por cuál empezar.

—No tengais preferencia.

—Señora, ¿habeis vivido alguna vez en compañía de un cobarde?

—Pregunta singular, respondió la muger de Leclerc, la cual, á pesar suyo, y turbada

con la presencia de tan gentil caballero, pensaba en su marido, cuya pusilaminidad habia criticado con frecuencia.

—Es que, á pesar de la reputacion de bravura que me atribuyen los hombres, me encuentro en este momento ante una mujer de vuestro mérito.

—¿No habeis venido á la Bastilla, para hablar de política, señor Bailío? interrumpió la de Leclerc intentando recobrar su ordinario aplomo.

—Permitid que concluya el apólogo, me será muy útil. Si habeis tenido el disgusto de tratar á uno de esos hombres de que os hablo, habreis debido observar que en proyectos, no hay nadie más atrevido que uno de esos cobardes.

—Es verdad.

—Pues bien, señora, teneis ante vos la prueba de esta verdad. Antes de pasar la barrera de esta ciudadela, tenia un valor heróico; ante vuestro marido era intrépido como Ajax... bajo vuestra mirada fascinadora me siento desfallecer...

—¿De veras, caballero?... replicó la gobernadora sonriendo con la punta de los labios... vuestro desfallecimiento no os quita, sin embargo, ni el talento ni la galantería... ¡vamos!

¡Tened corazon! ¿qué puedo hacer para animaros?

—Dejadme que os contemple; pero bajad la vista... os lo suplico.

Esta frase y su pérfido corolario fueron espresados con tanto arte y con naturalidad tan tierna, que la señora de Bussy, subyugada á pesar suyo, inclinó la frente sin responder.

—¡Gracias! añadió Clermont con ese candor impertinente que seguramente tenia algo de la generosidad maldita del diablo.

—En fin, caballero, se aventuró á decir la gobernadora más y más confusa cada vez; abreviemos, si gustais, estos protocolos. Habeis hecho á mi marido confidencias que os han comprometido bastante; solo se trata de que nos entendamos... Soy discreta... Podeis hablar sin temor... ¿Sois español?

—¡Yo, señora! Dios me libre, soy francés, buen francés, no lo dudeis.

—Comprendo; pero el rey Felipe II...

—Juro por mi honor que es mi enemigo...

—¿Creeis que se pueda ofenderme impunemente? esclamó bruscamente la señora de Bussy.

—¡Ofenderos, ay!

—Lo que se confia al gobernador de la Bastilla, se me puede decir atrevidamente, caba-

llero; si me conocieseis mejor sabríais que nada se hace en esta ciudadela que yo no haya aprobado, y aun ordenado.

—Si no lo hubiera sabido ántes de veros, lo habria adivinado ahora que os he visto.

—¿Entónces?

—Señora, todo lo que se dice á vuestro marido se os puede decir... ¡Muy bien! Pero francamente, ¿se debe instruir al gobernador de aquello que se os confia?

—Esa ya es otra cuestion, respondió á media voz la señora de Leclerc.

—¿Entonces?...

—¿Entonces?...

—¡Ah! ¡A fé mia, tendré valor! Señora, hacedme desarmar y arrojar á un calabozo, porque he incurrido en toda vuestra cólera. He osado tomar una máscara para penetrar hasta vos y caer á vue tros piés...

—¡Qué demencia! murmuró la de Bussy con visible emocion... ¡Cómo!... esa mision secreta...

—¡Mentira!...

—¡Felipe II!... ¡El duque de Parma!...

—Dos hombres con quienes quisiera combatir, ostentando vuestros colores en el hierro de mi lanza... Sí señor; os he visto dos veces sin que vuestra mirada se haya fijado en la

mia!... Dos años hará de esto, estábais radiante y bella; hoy estais más bella y más radiante que nunca. Fiel al Rey, mi amo, no podia dejar su ejército... el asesino Jacobo Clemente me desligó de mis juramentos políticos, pero tuve valor para entregar mi espada á un hombre á quien hubiese podido rendir ciertamente por gustar la dicha de estar prisionero en París, cerca de vos, á quien adoro con vehemencia; acabais de decirlo. ¡Oh! no me rechaceis, ó más bien, ¡sed generosa! Aquí os obedecen todos; mandad que me quiten la vida, persuadid al gobernador de la Bastilla que la empresa á que yo queria arrastrarle es indigna de un liguero, y que debe denunciarme para que sirva de ejemplo, enviándome al verdugo. Vivir sin vuestro amor es un suplicio que no podré sufrir...

—En verdad, caballero, deberia seguir y seguiré vuestro consejo.

—¡Bendita seais! volvió á murmurar el rabioso Bailio con esa elocuencia estudiada que afecta el sentimiento más tiernamente exaltado... ¡Gracias! Sois en efecto la mujer que yo habia soñado, orgullosa, elevada, de gran corazon y de virtud inquebrantable... ¡Ah! al ménos llevaré á la tumba el consuelo de que si os habeis mostrado implacable conmigo,

me habeis condenado con estimacion... porque lo que estimais, tanto como la virtud tal vez, es el valor, es la temeridad ardiente, es la audacia de un alma fatalmente enamorada... Señora, dignaos permitidme que bese esa dulce y blanca mano, que va á firmar mi sentencia de muerte.

Clermont cayó á los piés de la Bussy, que se dejó coger una de sus manos temblorosas. Bello estaba en efecto con su fingida emocion y en tan galante desórden; fijaba en su víctima miradas estraviadas, que despedian abrasadoras chispas.

En la habitacion inmediata sonó ruido de pasos; la señora de Leclerc rechazó vivamente al Bailío, diciéndole:

—¡El gobernador!...

«Lleve el diablo á los maridos, dijo para si Clermont; con ellos no hay conclusion posible.»

—Y bien, mi querida amiga, dijo Bussy-Leclerc al entrar, saludando al mismo tiempo al Bailío, que se esforzaba en tomar la apostura severa de los diplomáticos, ¿qué os parece de las proposiciones del señor embajador?

—¿Qué os parece á vos, amigo mio? respondió la señora de Leclerc con cierto embarazo,

que justificaba por otra parte la gravedad de la cuestion política.

—Pero... balbuceó el gobernador acostumbrado desde mucho tiempo á no emitir su opinion hasta despues de haberla calcado sobre la de su mujer... pero... pero... francamente, veo en ella grandes ventajas...

—¡Para vos, amigo mio!

—¡Y para vos tambien!

—Y bien...

—Y bien...

—¿Me prometeis no acriminarme nunca por el sesgo que pueda tomar esta negociacion?

—Lo juro... Me conoceis, y sabeis muy bien que me gustan las cosas prontas.

—Entónces me inclino por la España, murmuró la señora de Bussy, cuyas mejillas se enrojecieron.

—¡Viva Felipe II! dijo en voz baja el gobernador... Señor Bailío, hacedme el honor de venir á comer mañana á la Bastilla; estaremos solos, y podremos entendernos. La señora de Bussy-Leclerc conoce á fondo la política española, y hablareis con ella; por mi parte, me hallo tan absorto con la política interior, que he descuidado hace mucho tiempo los asuntos estranjeros; así es, que no os incomo-

daré. Me instruireis sumariamente, ¿no es verdad?

—Y os tendré al corriente de todo, excelencia, os lo prometo, respondió Clermont, que saludó como él solo podia saludar, y salió de la Bastilla gritando á sus portadores:

—A casa de Nemours, muchachos... y pronto.

Despues, acurrucándose en el fondo de su litera:

—Y van dos, dijo: en verdad que más bien es á los hombres que á las mujeres á quienes hago la guerra en este pais de bendicion.

XI.

El Bailío de Clermont reconoce que su política no ha sabido preverlo todo.

La casa que habitaba entónces el duque de Nemours estaba situada cerca de la Plaza Real, calle de Nevers, en el Marais. El duque de Nemours era hermano natural de Mayenna, jóven, bravo, brillante y hábil en la guerra; gozaba este señor de gran crédito en la Liga, y sobre todo en Paris, de donde acababa de ser nombrado gobernador.

El duque tenia al caballero d'Aumale, su émulo, un tierno afecto, y no sabia resistir á él de ningun modo. El caballero d'Aumale, bravo como un leon, era hombre de placeres

y jamás metia la espada en la vaina sino para sumirse en la corrupcion, olvidarse de todo en las tabernas y recorrer los sitios más escandalosos. El duque habia intentado gobernar y atraer á este pecador endurecido; pero léjos de conseguirlo se habia dejado llevar del torrente de tal modo, que poseyendo una mujer notable por su gracia, su beldad y su gran corazon, se habia arrojado en el desórden de una galantería que rayaba en el libertinaje.

La duquesa no era de las últimas que estaban instruidas del escándalo de esta conducta. Una infidelidad de su marido la hubiese matado; la depravacion de sus inclinaciones le inspiró el valor de aparecer insensible á ella.

Era de buena casa, lo cual se adivinaba al verla aun sin que se la conociese. Bella y agraciada, aunque su aspecto fuese frio y algo severo, sus rubios cabellos daban á sus mejillas de una blancura mate, reflejos suaves y dorados; sus ojos tenian un azul límpido muy hipócrita, porque prometian amor y no podrian cumplir la palabra.

La duquesa habia amado á su marido tanto como podia amar, es decir, con un tierno afecto. Su corazon era frio; su cabeza solo era viva.

Educada en el seno de las luchas políticas,

en las que su familia desempeñaba mucho tiempo hacia el primer papel, se habia formado su carácter viril templado de hierro y de acero.

Con todo, si por orgullo de raza afectaba no mostrar la cólera sorda que le inspiraban los desdenes y la conducta de su marido; si, por orgullo tambien, le sostenia con su energía y sus consejos en las circunstancias críticas y en las fases de la guerra, por espíritu de celos habria deseado hallar un hombre digno de ella, de su rango y de su beldad, aunque hubiera debido comprometer su propia gloria, abandonándole el cuidado de vengarla.

¡Cuántas mujeres hay así, desgraciadas entre todas, á quienes arrastra la imaginacion herida donde no puede seguirlas el corazon!

El Bailio de Clermont no estaba instruido de estas particularidades, tan esenciales para él de conocer; pero era un galan muy hábil, que conocia bien á fondo las pequeñas y las grandes miserias de la vida conyugal. Lo que no le decian, lo adivinaba fácilmente; tenia para las intrigas femeninas más embrolladas, ese olfato de zorra, de que tan buen uso hacia el baron La Gazette en los azares espinosos de su vida aventurera. No ignoraba que el duque de Nemours llevaba una vida de desórden y

esto le bastaba para dar la batalla al enemigo sin desesperar de la victoria.

Durante el trayecto de la Bastilla á la calle de Nevers, se ocupó Clermont de su traje.

—No puedo, dijo para sí, tener las mismas maneras en casa de la duquesa de Nemours que en la de Bussy-Leclerc y en la de Brissac. Esta última es de genio abierto, alegre, risueña y coqueta, y mi vistoso traje estaba perfectamente en carácter en su salon. La de Bussy es una mujer fuerte, un marimacho encantador, pronta á apasionarse por las determinaciones varoniles; así, pues, he tenido razon en retorcerme el bigote al entrar en la Bastilla y tomar una postura airosa. En cuanto á la señora de Nemours, por muy partidaria que sea de los de Lorena, es una princesa soberbia, una real moza, segun dicen. Necesito aquí, por tanto, echar mano de mis grandes aires de corte y mi fria reserva, pronto á reanimarme si no hay necesidad de patines para llegar hasta ese altivo corazon. ¡Eh! mi capa está algo chillona que digamos... Mi jubon... Mi gorguera... Vamos, vaya por la gorguera y el jubon, pero entónces la capa... ¡Hola!... ¡Muchachos! continuó el Bailío dirigiéndose á sus portadores; volved atrás; me ha parecido ver el escaparate de un sastre en la esquina de la

calle de San Antonio y de los Cornets; llevadme á casa de ese sastre.

Clermont halló una elegante capa de terciopelo negro sin oropeles ni bordados, que colocó en sus hombros en lugar de su capa verde bordada de plata. Despues subió á su silla, y mientras se le llevaban al palacio de Nemours, hizo con sus diez dedos blancos y sonrosados los que los gatos hacen con sus patas aterciopeladas: concluyó su tocado tan bien, que salió de su litera forrado de saten, engalanado, brillante como la alhaja que acaba de salir de u estuche.

—¡Hum! pensó el Bailío sonriendo, porque reia de todo, he olvidado pensar en lo que debo decir... ¡bah! el impertinente Rabelais ha escrito, no sé dónde, que el hábito hace al monge; veremos si se ha engañado.

—¿Monseñor el duque de Nemours? preguntó á un lacayo de elevada estatura, que se pavoneaba bajo el pórtico del palacio con la alabarda en la mano.

—Su excelencia está pasando revista á las tropas, contestó el lacayo: monseñor no volverá hasta dentro de dos horas.

—¿Entónces la señora duquesa?

—Dirigios á la doncella, hidalgo.

El Bailío hizo un corto saludo á la donce-

lla cual, si habia sido jóven, no habia sido linda ciertamente, y tenia por costumbre, á disposicion de las visitas, un aire de gravedad tan tieso como la gorguera que enlazaba su cuello á guisa de collar. A la vista de este caballero afeminado de la cabeza á los piés, la doncella depuso su gravedad, y devolvió con una semi-irreverencia el saludo que acababa de recibir.

—La señora duquesa, respondió, me ha dicho que no esperaba á nadie...

—De lo que deducís que su puerta me está prohibida?

—Dignaos, si gustais, tener la bondad de anunciar al Bailío de Clermont á la duquesa; añadid que solicito el honor de ser admitido para tratar de asuntos sérios.

Clermont dijo este discurso tan sencillo con tanto abandono y elegante gravedad, que la doncella se apresuró á satisfacerle.

—Podeis seguirme, dijo volviendo del gabinete de tocador, donde la duquesa de Nemours se preparaba negligentemente á recibir al Bailío, cuyos modales conquistadores habia oido alabar con frecuencia.

—Señora, dijo Clermont despues de hacer un saludo profundamente respetuoso, gozais, con justo título, de una gran reputacion de

caritativa; mi presencia aquí es una prueba de ello.

—¿Por qué, señor Bailío?

—En primer lugar soy vuestro enemigo.... si en verdad, puesto que he combatido la Liga; en segundo, he osado presentarme sin recomendacion, sin introductor.

—No estamos ya en los tiempos de etiqueta, Bailío... los ligueros no tienen la afeminada costumbre de la corte de Enrique III. Habreis vuelto á hallar á vuestro pais bien cambiado... todo era en él falsedad y oropel, todo es en él ahora sencillo y verdadero.

—Bendigo por ello mi feliz estrella.

—Asi, pues, interrumpió la duquesa con una sonrisa bastante fria, en otro tiempo os hubiérais creido obligado, viniendo como venís hoy, á comunicarme algun asunto importante, á envolver vuestra confidencia en discursos que son como entremeses diplomáticos. Nosotros los ligueros vamos derechos al objeto; asi, pues, dignáos comenzar, os escucho.

Por firme que estuviese en sus estribos, el Bailío se sintió vacilar con este imprevisto ataque; pero no tardó en volver á recuperar su aplomo.

—Señora, dijo, tal vez sabeis que soy prisionero de guerra.

—Sí; no habeis contribuido poco á la gloria del baron La Gazette, un rudo soldado...

—Un turco verdadero...

—¿Cómo?...

—Exige por mi rescate una suma fabulosa.

—Más caro podríais costarnos si estuvieseis libre.

—Así es que he decidido que no me rescataria. ¿Qué haria de mi libertad? ¿á dónde habia de ir? ¿Con el Bearnés? Soy demasiado buen católico y temo mucho las llamas eternas para aventurarme á ir con un herege. ¿Puedo resolverme á ir á confinarme á un castillo para gozar como un campesino de la compañia de mis aldeanos? No en verdad, no me siento aun abandonado hasta ese punto. ¿Pasaré al estranjero? No es muy divertido. Así, pues, permaneceré prisionero en esta buena ciudad, donde me he propuesto estudiar desde hoy la fisonomía de los distintos partidos de la Liga, para saber á cuál de ellos consagraré mejor mi espada.

—No hay más que un partido en la Liga, caballero, el de los Guissa...

—Eso es lo que yo creo; sin embargo, duquesa, la república del señor de Brissac...

—¡Qué locura!

—¡Eh! la condesa de Brissac es encantadora.

—¿Lo creeis así?

—Señora, solo hablo de oidas, y si la república de Brissac se parece á la condesa, yo bien podria...

—¿De suerte que os decidireis por el partido que os ofrezca la mujer más seductora?

—Lo temo terriblemente, duquesa.

—Franca es la confesion; seguramente todas nuestras damas van á engalanarse para conquistaros.

—Esa seria una conspiracion deliciosa; pero os advierto que tomarme por asalto no es cosa fácil; cuando se me ataca me defiendo con pico y uñas; en cambio soy muy cobarde y torpe para atacar. En fin, busco una bandera en que alistarme...

—Hénos aquí muy léjos de la comunicacion que deseábais hacerme, Bailío, interrumpió la duquesa; ¿empezareis pronto á decírmelo?

—Crei que os habia dicho hasta la última palabra, señora.

—¿A mí?

—Perfectamente.

—Seré sorda, y ciega de espíritu...

—No; pero parece que hoy estoy muy pobre de elocuencia. Así, pues, dignáos ser generosa... permitid, duquesa, que venga algunas veces á rendiros mi homenaje... mirad, francamente, me inclino á los príncipes de vuestra casa, y estoy convencido de que despues de algunas visitas acogidas por vos con esa benevolencia que tanto me encanta y enorgullece hoy, el Bailío de Clermont será liguero en cuerpo y alma, tanto como Vuestra Alteza y el duque de Nemours!

—¡Mi palacio estará abierto para vos todos los dias! ¡Hacer vuestra conversion, Bailío, es obra de caridad!

Clermont se levantó despues de haber cambiado algunos cumplidos tan elegantes, como delicados y respetuosos; habia sondeado el corazon de la duquesa, y comprendido que una mujer de su rango y superioridad era preciso entablar un sitio en regla, sin dar la batalla al azar; habia sentido que para agradar necesitaba usar de reserva, y no se habia engañado al adivinar que no habia desagradado. Por otra parte, no corria peligro alguno en ir allí, y debia desear ir ganando por grados sus victorias; ahora bien, decia para sí: si el amor tiene alas, es seguramente en el Arsenal y en la Bastilla; la señora de Brissac y la de Bussy-Le-

clero tienen la cabeza y el corazon de fuego; bueno será atemperar en el palacio de Nemours, porque de otro modo podria concluir el combate por falta de combatientes.

En el momento de despedirse Clermont de la duquesa, vió entrar por una puerta falsa á una jóven, que sorprendida con la presencia de un desconocido, hizo una graciosa reverencia, y se acercó tímidamente á la señora de Nemours. La duquesa alargó su blanca mano á esta jóven, que la besó con respetuosa ternura.

El Bailío se quedó suspenso, inmóvil, turbado ante esta aparicion tan seductora; una nube pasó por su vista, y su corazon latió violentamente. Tambien la jóven, al ver á Clermont, habia esperimentado una sensacion estraña; habriale sido imposible articular una frase, una palabr... su vista se habia turbado, y el carmin que colora las megillas de los ángeles, habia teñido su frente. Estaba bella de candor y de gracia; su dulce rostro, lleno de melancolía, imponia respeto, inspirando amor; su talle era elegante, sin dejar de ser majestuoso por su gracia; su traje, riquísimo por su sencillez, estaba en perfecta armonía con su cuerpo encantador, para el que la naturaleza sola se habia mostrado coqueta; sus grandes

ojos azules tenian esa tímida elocuencia de las almas castas, y sus rubios cabellos los cambiantes reflejos que el divino Rafael supo dar á sus obras maestras; tenia todo lo más diez y ocho años.

Despues de haber besado la frente de tan bella niña, levantóse la duquesa de su sillon, y dirigiéndose al Bailío:

—¿Está, pues, convenido, señor de Clermont, que no nos olvidareis?

Clermont se inclinó y salió casi de espaldas, á riesgo de comprometer sus nobles modales de gran señor.

La jóven se estremeció de placer, al ménos así debemos creerlo, al oir nombrar al Bailío, porque una sonrisa furtiva coronó sus lábios de rosa, miéntras su mirada se bajaba como para ocultar una turbacion de que no habia podido ni querido ocultarse.

—Señora, respondió Clermont, que se habia vuelto de pronto muy torpe, soy más que nunca vuestro prisionero.

Estas palabras fueron dichas con tanta dulzura, con un timbre de voz tan melodioso, que la duquesa las oyó vibrar en su alma, y la jóven las cogió al vuelo para no olvidarlas.

—Misterio estraño, pensó Clermont subiendo en su litera... yo he visto ese rostro

encantador en alguna parte... ¿Es un sueño?... ¡Cómo!... He vivido sin amar hasta hoy, he permanecido, por decirlo así, insensible ante la coquetería seductora de la señora de Brissac, ante la fogosidad amorosa de la de Bussy, ante los encantos de la duquesa, y de repente una vision, porque es una vision nada más, me hace desfallecer, y me revela á mí mismo. ¡Eh, pero yo amo á esa jóven!... ¡la amo! ¿estoy hechizado?

—¿A dónde hay que conduciros, nuestro amo? preguntó uno de los portadores que juzgaba la pregunta necesaria, puesto que el Bailío, metido en su litera y perdido en sus pensamientos, no salia de su inmovilidad.

—A mi casa, gritó Clermont, ¿no habeis oido?... á mi casa.

Los portadores se pusieron en marcha.

—A mi casa, murmuró el Bailío, ¿y qué haré allí? Héme aquí en buen camino de trabajar para el rey de Francia y de Navarra, sobre todo, segun los planes que me he trazado. Así, ¿quién lo hubiera podido pensar? Yo, Clermont, yo, el primer calavera de este reino, héme aquí cogido por el corazon y cogido por la cabeza... ¡Pero yo no tengo sentido comun!... Esa jóven... ante todo, ¿es una jóven?... Sí en verdad... ¡Qué frente!... ¡Qué

nobleza!... ¡Cómo me ha mirado!... Se hubiese dicho que nos conocíamos hace mucho tiempo... Que nos habian separado las desgracias, y que la Providencia nos atraia el uno hácia el otro!... ¡Ah! ¡Vive Dios! Tengo jaqueca ó estoy deslumbrado... ¿Dónde voy á buscar todas las necedades que imagino?... ¡Pero sí, yo he visto á ese ángel!... Ciertamente que la he visto... ¿Dónde?... ¿Cuándo?... ¿Cómo?... Despues de todo, poco me importa, si es un milagro, tanto mejor, soy bastante buen católico para creer en él... Si no la he visto hasta hoy por primera vez, la veré mañana, pasado mañana, todos los dias... ¡Bueno! Esto no me hará tomar á Paris... Mi política, lo confieso, no habia previsto este incidente... ¡Oh! ¡oh! ¿Será un oficio difícil el de diplomático?... Allá veremos.

El Bailío se encerró en su casa, y en vano quiso ocuparse de los asuntos del rey, la imágen de la jóven desconocida se presentaba ante sus ojos, y reasumió todos sus sueños políticos sobre aquella frente de diez y ocho años coronada de amor.

El sargento Laprairie volvió de su mision durante la noche; traia una carta del rey de Navarra que aprobaba los proyectos del Bailío, y perdonaba, aunque de mal humor, á La

Gazette por el lanzazo que habia matado al pobre Gourdon.

Esta carta habia vertido aceite hirviendo en las venas de Clermont; su honor se hallaba comprometido con el rey, que contaba con sus galantes estratajemas; no podia renunciar á su singular sistema de ganar á los ligueros por medio de las ligueras, y para seducir á las ligueras, el elegante Bailío no tenia ya ni inspiracion, ni valor, ni talento; estaba absorto, reducido á la nada, como los enamorados, porque desde que el mundo salió del caos, los enamorados son unos pobres diablos demasiado provistos de sentimiento para no estar desprovistos de sentido comun.

Al dia siguiente, se hizo conducir Clermont al palacio de Nemours; fué bien acogido por la duquesa; pero la jóven no apareció. El Bailío tuvo bastante imperio sobre sí mismo, para no preguntar á la de Nemours ni una palabra acerca de la aparicion que le habia admirado la víspera, ni de esta ausencia que le contrariaba. La duquesa estuvo muy amable, y Clermont lo fué ménos que de costumbre; pero cuando una mujer nos distingue hasta el punto de entregarnos un rincon de su corazon, nos escusa buenamente si no nos esforzamos en agradarla; se atribuye nuestra re-

serva tomándola por timidez, y generalmente nos ama más. Ese es el deplorable secreto de los buenos favores de tantos necios... Preciso es que todos vivan...

Clermont salió del palacio de Nemours para ir á comer á la Bastilla: allí estuvo más atrevido, porque Bussy-Leclerc desempeñaba perfectamente un papel de tonto, y porque la política española se trató girando sobre ella como sobre cuestiones ardientes que debian forzosamente hacer estallar un violento incendio.

Clermont salió de la Bastilla furioso consigo mismo, dejando al gobernador encantado con lo que prometia esta negociacion secreta, y á su mujer muy enamorada del modo de proceder del supuesto embajador.

En cuanto á la señora de Brissac, en vano esperó al neófito que tan resueltamente se habia anunciado. Hay cosas que marchan tan bien al reves en este pícaro mundo, que no seremos desmentidos probablemente afirmando que el conde de Brissac sintió mucho más que su mujer la ausencia del Bailío.

Al otro dia volvió Clermont al palacio de Nemours. ¡La jóven no pareció! Entónces el Bailío no pudo resistir más, y aventuró al-

gunas preguntas, á las que la duquesa respondió:

—Esa niña encantadora es mi protegida; cuando la vísteis, venia á despedirse de mí.

—¡A despedirse! murmuró Clermont con toda la imprudencia de un novicio inconsolable.

—Sí, respondió la duquesa reprimiendo una amarga sonrisa; ha partido para Italia, á donde va á casarse con un caballero del que está completamente enamorada.

Clermont ahogó un suspiro con tanta rabia como amor; despues cerró los ojos, y se arrojó á la batalla como los soldados sublevados; recobró toda su gracia y aplomo, hasta el punto que la de Nemours, deslumbrada y sintiendo su derrota, echó á huir, único medio de conseguir en amor una victoria que escapa con frecuencia á los combatientes más confiados en su valor.

Cierto que en cualquiera otra situacion de espíritu, el bravo Clermont se hubiese contentado con este primer éxito, que aseguraba su próximo triunfo. Pero estaba tan exasperado, que tomó por una vergüenza este táctico plazo, y corrió al arsenal, donde le recibió Brissac con los brazos abiertos.

En ménos de ocho dias, Clermont era del

partido español para agradar al gobernador de la Bastilla; republicano, para agradar á Brissac; del partido Lorena, para agradar al duque de Nemours; y fenómeno estraño! al cabo de estos ocho dias, las señoras de Nemours, de Brissac y de Bussy-Leclerc se inclinaban un poco hácia el rey de Navarra, á fin de agradar al triple galan que sabia dar á la política giros tan nuevos, y reemplazar sus espinas con rosas.

XIII.

Primera derrota do la política del Bailío de Clermont.

Durante muchos dias, por dichoso que fuese en el Arsenal y en la Bastilla, el Bailío de Clermont, no habia podido dominar la pena que le causaba la partida de la encantadora jóven que vió en casa de la duquesa de Nemours. Verdad es que esta pena tenia dos paliativos bastante poderosos. En primer lugar los celos, y en segundo el despecho. Los celos, porque Clermont, como todos los enamorados ligeros de cascos, acusaba á la protegida de la duquesa de este casamiento, de que estaba en verdad muy inocente; el despecho

porque la señora de Nemours alentaba á su pérfido adorador sin desanimarla; pero tambien sin abandonarse. Entónces sucedió que Clermont, irritado con esta resistencia, se vió absorto por la lucha, y se consoló gradualmente de la pérdida de las esperanzas que habia fundado en esta dulce aparicion, tan bruscamente desvanecida.

Cuando el Bailío fué á visitar al baron La Gazette y á proponerle el vasto plan de campaña, cuyas conclusiones habia adoptado el normando, no sin espanto, quiso distraerse un poco á espensas de su platónico compañero, puesto que la estratajema indicada estaba en vias de ejecucion; las de Brissac y de Bussy-Leclerc estaban conquistadas, y la de Nemours muy cerca á capitular.

Nos queda que decir cómo se vengó La Gazette del chasco que le habia dado el aturdido Bailío, y de paso veremos cómo ayuda algunas veces la casualidad las ocultas y profundas combinaciones del sexo femenino.

La condesa de Brissac se habia divertido mucho durante algun tiempo con las estravagancias y divagaciones del republicano cerebro de su esposo; pero cuando el elegante Clermont se hubo deslizado en el corazon de esta linda mujer, tomó odio á todo este mon-

ton de utopias, que se embrollaban de la mañana hasta la noche ante sus ojos, y no halló ninguna diferencia entre los discípulos del conde y las patrañas que tanto la repugnaban.

La vista del birrete cuadrado de un doctor de la escuela de los Cassius y de los Caton le crispaba los nervios, y pensó resueltamente en sustraerse á tan molesta compañía, donde todo era fastidio para el momento y ruinas para el porvenir. Además el Bailío era tan activo como elocuente; pleiteaba por Enrique de Navarra con una vivacidad y un ardor irresistibles; hácia del Paris de la Liga y del Paris monárquico un cuadro deslumbrador de colores opuestos, de luz y de tinieblas; profetizaba con tanto encanto el regreso de las costumbres adorables del tiempo pasado, condenaba con tanta verdad las saturnales del tiempo presente, que á no ser una Lucrecia ó una Virginia, la señora de Brissac, poco simpática por otra parte á estas heroinas antiguas, debia comprender la colosal tarea de hacer gritar á su marido: ¡Viva Enrique IV!

Pero las mujeres, por simples que parezcan á primera vista, hacen prodigios cuando se les antoja. Es el privilegio que han recibido del ángel caido, comiendo la manzana bíblica que deberia hacernos arrancar de todos los

jardines cristianos el árbol inmundo del pecado original. La condesa de Brissac no era simple, ni mucho ménos, y para llevar á buen fin sus proyectos, quiso conducirse con la sagacidad peculiar á las imaginaciones fecundas. Muy enamorada de Clermont, tuvo el delicado capricho de favorecer sus miras, sin que éste se lo imaginase siquiera, para tener la gloria el dia ménos pensado de echarse en sus brazos diciéndole que los republicanos de Brissac, con Brissac á la cabeza, se habian pasado á la bandera blanca del Bearnés.

¡Oh, generosidad! ¡cuántas decepciones nos prepara! ¡Quejémonos despues de esto de la cólera, y de las traiciones de las mujeres, cuando les damos tan bien la receta de las perfidias!

La condesa pensó largamente en el sistema que debia adoptar, y un dia que un rayo de luz habia iluminado su inflamable cerebro, pidió su coche, y se hizo conducir á la Bastilla.

La señora de Bussy-Leclerc, por su parte, tenia grandes deseos de dar al Bailio una prueba de su adhesion de la señora de Bussy! De imaginacion ardiente, de corazon exaltado; esta mujer viril se habia consagrado apasionadamente á un vencedor; y de tal modo la

habia doblegado el amor bajo su tiránico yugo, que olvidaba con embriaguez en su esclavitud absoluta; todos los sueños de su ambicion por agradar al bello caballero que habia venido á ser su único pensamiento.

La de Bussy-Leclerc, lo mismo que la de Brissac, pensaba en ver ondear la bandera blanca en los muros de la Bastilla; se cuidaba poco de que Enrique de Navarra oyese ó no oyese misa antes de tomar la corona de los Valois, y en cuanto á su marido, se consolaba pensando que el Rey, por gratitud, no le quitaria su empleo ni sus beneficios. Asi, pues, la señora de Bussy se ingenió como mejor pudo para proteger los planes del Bailío. Su primer movimiento fué abordar francamente la cuestion con el gobernador de la Bastilla, á quien sabia podia dirigir á su antojo. Pero abandonó en seguida este proyecto, pensando en la poca influencia de su marido sobre los ligueros en general, y se determinó á intentar por sí misma con cierto temor esta gran maniobra, bien decidida á no instruir al Bailío de sus pasos, á fin de no comprometerle activo y emprendedor como era.

La señora de Bussy habia recibido en cierto tiempo los homenajes del conde de Brissac, ménos feliz con ella que en invenciones

sociales, puesto que le trató desde un principio con gran aspereza; pero Brissac era uno de los oficiales generales de la Liga; su rango, su fortuna, su capacidad militar le ponian en relieve, y su partido, aunque ya le habia juzgado, le guardaba aun ciertas consideraciones: pareció, pues, cuerdo á la intrépida gobernadora empezar por ir á su casa.

Ante todo era preciso sondear á la condesa; y como las mujeres tienen tanta habilidad para descifrarse mútuamente, la de Bussy quedó convencida de que la condesa no deseaba otra cosa que pasar de un necio á un régimen mejor. Firme en esta opinion, la señora de Bussy resolvió ver á la condesa de Brissac para sondearla á fondo, y colocar los primeros cimientos de un edificio que debia servir á levantar un trono desde el pié de las murallas de la Bastilla hasta los grandes departamentos del Louvre.

Ahora bien; el dia en que la condesa de Brissac tomó su carruaje para ir á la Bastilla, la de Bussy-Leclerc tomó su litera para ir al Arsenal. Carruaje y litera anduvieron á un mismo tiempo por caminos diferentes; de modo, que al volver al Arsenal supo la condesa que la de Bussy habia ido á verla, y al regresar á la Bastilla la de Bussy supo que la

condesa habia sentido mucho no hallarla en casa. Gran sorpresa de una y otra parte, y cambio cortés de billetes, citándose para el siguiente dia.

Al otro dia, la de Bussy-Leclerc fué la que entró en el gabinete de la condesa de Brissac. Al principio la conversacion fué difícil, como se concibe fácilmente. El asunto era espinoso de suyo, porque por muy lindas que fuesen estas dos atrevidas mujeres, los señores Diez y seis, y los señores Cuarenta, los Carmelitas Descalzos, el partido de Lorena, los del español y los del Papa, las hubieran hecho meter en un saco y arrojar al rio á poco que hubiesen sospechado que favorecian al rey de Navarra en la elegante y encantadora persona del Bailío de Clermont. Además de esta consideracion, muy grave á nuestro parecer, las dos damas tenian que ocultarse mútuamente su galante inclinacion, lo cual era poco ménos que querer un milagro. No hay mujer en el mundo capaz de contradecirnos respecto á esto.

Ante todo, fué preciso emplear cierto tiempo en condolerse de la ausencia que habia privado á cada una de estas damas del placer de recibir á la otra. La gobernadora estaba ménos embarazada que la condesa, porque no

era de elevada cuna; pero tambien sentia cierta timidez porque no habia roto como la de Brissac, con las conveniencias del gran mundo.

—Señora, dijo, ayer he tenido desgracia, porque salgo muy poco... y...

—Tambien he tenido con vos esa mala fortuna, interrumpió la condesa, encantada de la vulgaridad del asunto; he tenido la pena de faltaros dos veces, en vuestra casa y en la mia.

—Así es, señora condesa, que me he apresurado á venir para ponerme á vuestra disposicion; ¿hay acaso en la Bastilla algun prisionero digno de vuestro interés?

—¡Dios mio!... no... al ménos no lo creo, porque apénas se saben los nombres de vuestros prisioneros; la Bastilla es un dédalo...

—¡Ah! no me hableis de eso; allí me muero de fastidio, de monotonía... El señor gobernador está cansado, como yo, de ese oficio de carcelero político... Señora, las mujeres son dignas de compasion en estos tiempos de guerra civil.

—Sí, pero los hombres lo aprovechan bien, segun parece, porque ponen un celo incalificable en matarse y en hacer que los lleven á una prision.

—¡Pobre Francia! dijo suspirando la señora de Bussy-Leclerc.

—¡Pobre Francia! repitió la condesa exhalando un suspiro.

—Despues de todo, somos demasiado buenas en dejarnos gobernar y conducir por los señores de la Liga. Si yo hallase á quien hablar, haria un desatino.

—¡Un desatino! ¡justo cielo! ¡pero eso seria magnífico! Recuerdo que en otro tiempo las mujeres hacian desatinos con bastante frecuencia.

—¿De veras?

—Y siempre salian bien.

—¿Estais segura de eso?

—Indudablemente. En el reinado de Cárlos IX, mi madre, que era de noble temple, se atrevió á organizar una conspiracion capital.

—¡Ah! ¡contadme eso!

—Y eso que en aquella época no se conspiraba por bagatelas como ahora.

—Verdad es que hoy se traman las conspiraciones con mucha facilidad en medio de la calle, y á la luz del dia.. ¿Con que deciais que vuestra madre?...

—Amaba á mi padre, á quien el Rey queria casar con una alemana muy rica; los padres de esta alemana estaban todos bien quistos en

la córte y eran de la opinion del Rey. Mi madre supo ganarlos y que se pasasen al partido calvinista, lo cual irritó al Rey hasta tal punto que favoreció por despecho el casamiento de mi padre con la que amaba.

—Hé ahí un rasgo de genio femenino, que sin duda seria imposible renovar.

—¿Quién sabe?

—¡Oh! señora, los hombres son hoy tan tenaces en sus opiniones... Mirad, apuesto á que el señor conde de Brissac no abandonaria, por todo el oro del mundo, el partido de la Liga.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡No lo juraria yo! No hay corazon que no tenga un punto de ataque; mi marido es tal vez mas fácil de dirigir de lo que se cree; tengo sobre él algun imperio. Pero el señor gobernador de la Bastilla, por ejemplo, de quien no hablais... ¡Ese sí que es un hombre recto!... ¡Un hombre absoluto!... ¡Un liguero celoso!...

—¿Lo creeis asi?

—Tengo pruebas de ello... ¿No es del Consejo de los Diez y seis?

—Sí, pero tambien lo es del mio, señora.

—¡Ah! ¡magnífico! ¡delicioso! Hé ahí una frase que honra mucho vuestro talento.

—Gracias. Figuraos, señora, que ayer... Ayer ó anteayer, poco importa, tuvo con Bus-

y Leclerc una conversacion muy larga y bastante séria...

—¿Y despues?

—¿Vuestra benevolencia querrá esplicar suficientemente mi abandono?... No sé si debo...

—¡Oh! Sois en estremo amable; lo que llamais benevolencia, lo llamo yo simpatía... Hablad sin temor; bachillerías de mujeres no tienen importancia.

—¿No es verdad? La maldita política que esos señores nos han dado, me causa vértigos, temores insensatos... Así, pues, yo queria sondear á mi marido, y le decia que esta vida de sermones, de escaramuzas y de arengas, me fastidiaba á más no poder, y que veria sin disgusto la restauracion de la monarquía, aunque debiese llamarse Enrique IV.

—¿Habeis dicho eso? ¿Lo pensábais así?

—Un poco, lo confieso. Dícese que el rey de Navarra es un caballero muy cumplido, y...

—¡Qué coincidencia! interrumpió la condesa con aire pensativo. Figuraos que ayer, ó anteayer, la fecha no importa nada, hablando con uno de los hombres más amables de estos tiempos, he usado, poco más ó ménos del mismo lenguaje.

—¿Es posible? Y ese hombre... Un hombre grave seguramente.

—¡No! Un elegante, un hombre de talento muy amable, muy espiritual...

—No conozco á nadie de esas señas entre nuestros caballeros...

—Así, pues, ¿no es un liguero, ó al ménos no lo es de fecha reciente?...

—Perdonad... Pero como no le habeis nombrado...

—El Bailío...

—De Clermont, añadió la de Bussy con un estremecimiento de celos.

—¿Le conoceis?

—Solo le he visto una vez.

—¿No es en estremo distinguido? preguntó la condesa, cuyas negras pestañas acababan de fruncirse.

—Es todo un buen mozo... pero le creo liguero...

—Liguero... tal vez... no lo sé... ¿Qué os ha hecho pensar?...

—Al ménos tiene las costumbres de la antigua corte.

—Puede que tengais razon... Es galante.

—Muy galante.

—¡Ah!

—Pronto á devolver un cumplido.

—¡Oh! un cumplido no es nada; es moneda corriente para un gentil caballero, y el Bailio es rico de esa moneda, hasta el punto de malgastarla.

—Lo creo, porque el otro dia hizo de ella en la Bastilla un gasto enorme.

—De cumplidos...

—De cumplidos; la galantería no va hasta la licencia.

—Entónces estaba en vena, porque... ¿Fué ayer ó anteayer?

—Anteayer.

—Lo digo, porque anteayer estuvo diciéndome mil galanterías

—¿Anteayer?...

—Sí.

—¿Aquí?

—Aquí.

—Las dos damas se miraron en silencio, bajaron los ojos, y empezaron á manosear, una un pañuelo, otra sus mangas.

La condesa continuó:

—Hasta creo que si una no estuviese en guardia, ese caballero seria muy emprendedor.

—Pienso como vos, señora; ¡los hombres son tan crueles!...

—¿Se habria permitido alguna impertinen-

cia en la Bastilla el Sr. Bailío?... ¿En la Bastilla?... ¿una plaza fuerte?...

—No tanto como aquí, señora... ¡un arsenal!...

—Las dos mujeres se miraron esta vez con ojos brillantes de cólera, y sus satinadas mejillas se encedieron de ira.

Hubo un momento de silencio, que se prolongó lo bastante para que las víctimas políticas del seductor diplomático tuviesen tiempo de tranquilizarse.

—Señora, continuó la condesa con un arte esquisito y una cortesía del mejor tono; me habeis hecho el honor de una visita; ¿puedo saber con qué objeto? Mucho gusto tendré en complaceros.

—Dios mio, señora; no ignorais que mi marido tiene gran confianza en la firmeza de mi carácter, y en mi amor á los principios de la Santa Union.

—Lo sé; teneis la reputacion de un Nestor y de un Aquiles...

—Creo que hace algun tiempo, desde queen las últimas escaramuzas venció el Bearnés á nuestras tropas; los ligueros vacilan un poco... son ménos fervientes, ménos celosos.

—Tambien he notado eso.

—He querido, pues, hablar con vos sobre

este asunto, porque poseeis toda la confianza del señor conde de Brissac, una de nuestras ilustraciones; y creia que podríais afirmar mi parte moral, no abatida, sino vacilante.

—Tranquilizaos, señora, la Liga es más fuerte que nunca, cualquiera que sea la opinion de ciertos espíritus débiles. La salvacion del pais exige una lucha encarnizada, la sostendremos y triunfaremos. El hereje Bearnés no reinará nunca.

—Me haceis feliz... Ahora, señora condesa, dignáos confiarme el objeto de vuestra buena visita á la Bastilla.

La condesa se mordió los lábios, y la de Bussy Leclerc comprimió sin dificultad un enormesuspiro.

— Fui ayer á la Bastilla precisamente para hablaros de los temores que os preocupaban, y que me han dado á mí misma algo que pensar.

—¡De veras! ¡Qué conformidad! ó más bien, como vos decís: ¡qué simpatía!

—Eso es. Desearia saber si en caso de alarma ó traicion, podria responder de su guarnicion el señor gobernador de la Bastilla.

— ¡Oh! ¡perfectamente! ¡es una guarnicion segura! ¡Jefes y soldados fanáticos por su deber!

—Entonces no tengo motivo para alarmarme.

—¿Y no teniais otra pregunta que hacerme?

—¿No... ¿Creeis que no era esa bastante importante?... ¿bastante grave?...

—¡Grave, señora, muy grave! ¡Ya la creo!

—¡La salvacion de la union católica!

—¡La salvacion de Francia!

La puerta del gabinete se abrió de par en par, y un lacayo anunció á la duquesa de Nemours.

—¡Oh, mujeres! ¡Qué talento teneis tan caprichoso, tan encantador, tan impalpable y tan flexible! ¡Cómo se trasforma! ¡Cómo se trasforma! ¡Cómo se pliega! ¡Con qué arte lo engalanais, y cómo lo vestis diestramente de saten color de rosa, ó de terciopelo negro, de lentejuelas de oro ó de cintas, de piedras preciosas ó de piedras falsas! ¡Metamórfosis estraña! La condesa de Brissac y la señora de Bussy Leclerc habian entablado su entrevista por medio de recriminaciones sobre el disgusto de la época y el fastidio de la política; se habian mofado de la Liga, burlado de los ligueros, y en cierto modo saludado como á rey de Francia al de Navarra. De pronto apoderóse el despecho de estos corazones amantes, exál-

tanse estas dos lindas cabezas; acaba la entrevista al reves de su verdadero objeto, y el Bearnes no es más que un hereje; ¡muera el Bearnes y viva la Liga! Todo esto sin esfuerzo, sin trabajo, sin mucha malicia, con un acuerdo perfecto, una admirable armonía, una penetracion aguda. No hay como el talento de las mujeres para ser así siempre inconstante, y siempre sin dejar nunca de ser seductor.

La duquesa de Nemours habia entrado bruscamente en el gabinete y oido las últimas palabras pronunciadas por las dos damas.

—¡La salvacion de la Union! ¡La salvacion de Francia! ¡Hé ahí un celo nada comun, y mucho patriotismo, querida condesa!

La señora de Bussy-Leclerc se levantó para devolver á la duquesa el ligero saludo que ésta le habia hecho.

—No os incomodeis, os lo suplico, dijo la señora de Nemours; sentiria en el alma haber interrumpido esta conferencia política... ¿Sois vos, mi querida amiga, la que defendeis á la Liga?

—Sí, en verdad, respondió la condesa á quien se dirigia la pregunta; éramos dos á exaltarnos, y vuestra presencia no podrá ménos de animarnos doblemente.

—¡Perdonad!

—¡Cómo, perdonad! esclamó la señora de Bussy-Leclerc.

—Francamente, he observado una cosa esta mañana... No sé si debo hablar con franqueza delante de vosotras, señoras...

—¡Por qué no?

—¡El Arsenal y la Bastilla! dos columnas de la santa union!

La condesa y la de Bussy se miraron instintivamente. La duquesa de Nemours era conocida como partidaria de los principios de la Liga tanto, ó más si cabe, que la duquesa de Montpensier. Tenia generalmente la palabra grave, por no decir severa; y una fria exaltacion.

—He pensado esta mañana, continuó, que los asuntos de nuestros maridos y los negocios públicos nos tiranizaban mas de lo que es costumbre dejarse tiranizar. En esos groseros conflictos, perdemos el más dulce, el más grato de nuestros privilegios, el de ser inconstantes y caprichosas. ¿No es cierto?

—¡Muy cierto! respondieron las dos damas, escuchando con una misma voz y por idéntico movimiento del corazon.

—Que estemos tristes, que estemos alegres, que nos hallemos lindas ó feas, preciso es mostrar todos los dias el mismo rostro, y aferrar-

nos á una misma idea, la del triunfo de nuestra opinion. Esto me parece vejatorio, y contemplo, no sin pena, que mi juventud va desapareciendo llena de amenazas para lo porvenir, y sin provecho para lo presente.

—¿Y qué hacemos, mi bella duquesa? se aventuró á decir tímidamente la de Brissac.

—No lo sé; pero en esta ciudad llena de sublevados, se me ocurren hoy ideas de sublevacion.

—¡Oh! murmuró la señora de Bussy, una princesa de Lorena, ¿lo habeis pensado bien?

—Soy la princesa que me rio de esas veleidades novelescas; pero digo para mí que las mujeres independientes por su nombre, su rango y sus intereses de famila, son muy virtuosas ó muy locas en no abandonar un partido donde están oprimidas, para pasar á otro partido que les promete las delicias del paraiso.

—¿Es del Bearnes de quien hablais así? preguntó la condesa.

—¡El Bearnés! no le conozco, pero hablan de él bien en el fondo.

—Sí... los hombres que nada tienen que perder.

—¡Estais equivocada! Ayer he visto á uno

de nuestros más amables caballeros, enemigo del rey de Navarra, y liguero hace poco...

—¿Y bien? dijo la condesa.

—Ese puede ser creido por su palabra.

—¿Y bien? repitió la señora de Bussy.

—Pues bien; me ha hecho un retrato de nuestro enemigo, que no me ha desagradado precisamente... A propósito, condesa, ¿conoceis al Bailio de Clermont?

—Mucho.

—¡Ah!... me alegro... ¿Y vos, señora?

—Mucho.

—¡Qué feliz casualidad! Cumplido caballero, talento, hidalguía, corazon... ¿No os parece, condesa?

—A mi sí.

—¿Y á vos, señora?

—El señor de Clermont es en estremo hidalgo.

La duquesa tenia el tacto tan fino como era posible tenerlo; habia advertido cierta vacilacion, cierto temor en las dos damas, y continuaba preguntando con una charla insignificante en apariencia, pero tan astuta como la defensa de un abogado normando. Esta charla escitaba enormemente la curiosidad de la condesa y de la señora de Bussy, porque, co-

mo ya hemos dicho, era completamente estraña á los hábitos de la bella princesa.

—Pues bien; el señor Bailío de Clermont, continuó la duquesa, me ha inspirado ganas de ver de cerca á ese Bearnes á quien maldicen en nuestras iglesias; y si este capricho tomase proporciones colosales, que mucho me lo temo... ¿Y bien?...

—¿Iriais al campo de los filisteos?... preguntó sonriendo la condesa.

—No; pero seduciria al señor duque para que... ya me comprendeis.

—¡Cómo! esclamó la señora de Bussy, ¿pactaria con el hereje la casa de Lorena?

—Despues de todo, lo que hoy digo no lo haria mañana probablemente... Pero soy mujer, y bajo ese título me gusta volver á los tiempos en que hacíamos nuestra voluntad, en que el capricho estaba en moda... En conciencia, condesa, ¿continúa ferviente siempre el señor de Brissac?

—Siempre.

—¿Y no se inclina... algo... al Borbon?

—Nada.

—¿Y el gobernador de la Bastilla, señora? ¿Es tan fervoroso como siempre?

—Mas que nunca.

—¡Qué lástima ser sola de su opinion!

—Fácil os será ganar al Bailío, continuó la condesa.

—Un hombre tan cumplido se alegrará mucho de agradaros volviéndose monárquico, añadió la señora de Bussy.

—¿Por qué pensais?...

—El señor de Clermont es muy galante, y para encantar á una mujer hermosa no hay bandera que no sirva.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿Os ha hecho la corte?

—¿A mí?... no por cierto... ese caballero es de casa demasiado noble.

—Apuesto á que os ha dirigido algun cumplido, condesa.

—¿A mí? Desengañaos, el Bailío me ha confesado que detestaba los ojos y los cabellos negros; pero que en cambio admiraba mucho los cabellos rubios y los ojos azules.

—No creí que fuese esclusivo hasta ese punto... Condesa ¿qué vestido pensais poneros el martes próximo para asistir al gran Consejo?

—Un vestido gris claro con cintas encarnadas.

—¿Y vos, señora?

—Un vestido negro con adornos blancos.

—¡Será delicioso!... Mi hermano me ha traido ayer las modas de Alemania; son horribles!

Y esta conversacion, ya tan degenerada, concluyó por vulgarizarse.

La duquesa habia ido al arsenal á sondear á la condesa, como la condesa habia ido el dia anterior á la Bastilla para sondear á la señora de Bussy, y como ésta habia ido al arsenal para sondear á la de Brissac, siempre con las miras de servir á Clermont. Pero la duquesa tenia aun motivo serio; más feliz que sus rivales tenia en jaque al Bailío, y en su lucha habia recogido algunos trozos de discursos, por los que Clermont habia dejado entrever sin advertirlo, algo de sus conquistas. La duquesa habia, pues, querido hacer hablar á su vez á la condesa y á la señora de Bussy. Ahora bien; sucedió que, sin arrancarles su secreto, lo penetró. Segura de la perfidia de su adorador, dejó la política, y se puso á hablar de modas y de trajes. Pero tenia que habérselas con otras tan astutas como ella, y cuando preguntó por sus lacayos y su carruaje, la señora de Brissac y la señora de Bussy sabian tanto acerca de ella, como ésta de sus rivales.

Apenas se hubo sentado en su carruaje, la duquesa de Nemours sintió un estremecimiento de cólera; agitó el índice de su mano derecha, é hizo ese gesto familiar que amenaza

rayos de celos al hombre bastante desgraciado para haberse espuesto á ellos.

La señora de Bussy Leclerc se despidió de la condesa, y al subir á su litera, dijo para sí:

—Señor de Clermont, esto os costará caro.

Y lo mismo que la duquesa, hizo ese gesto terrible para los traidores desenmascarados.

La señora de Brissac, luego que se quedó sola, suspiró, lloró, desgarró sus encajes; despues, alzando con orgullo su frente encantadora, pareció reanimarse de repente; y colocando uno de sus dedos en sus labios de rosa, murmuró:

—¡Me vengaré! ¡Pérfido! ¡Me vengaré!

XIII.

Peligros que corre un hombre á quien tres mujeres lindas amenazan con el dedo.

En tanto que la cólera terrible de la duquesa de Nemours, de la condesa de Brissac y de la señora de Bussy Leclerc se iba condensando contra el Bailío de Clermont, el intrépido y galante diplomático llevaba una vida dulce y pacífica. Léjos de sospechar ninguna catástrofe, Clermont lo veia todo de color de rosa, y se maravillaba del buen éxito de sus intrigas. El noble y agraciado rostro de la jóven, que vió en casa de la duquesa, se aparecia con frecuencia á nuestro galanteador incansable; pero el despecho y el orgullo heri-

do, y tambien la ligereza de aquella cabeza destornillada hacian que la amargura del recuerdo triunfase del sueño de amor. Se necesitaba más de una flecha del carcax de Cupido para que se viese peligrosamente herido el corazon del Bailío.

Al dia siguiente á aquel en que las tres damas tuvieron la original conferencia, cuyo análisis hemos hecho en el capítulo anterior, el Bailío de Clermoat escribió en estos términos al rey de Navarra:

«Señor: Hemos sabido aquí, por conductos indirectos, los valientes y gloriosos combates que habeis presentado á Mayenna, en vuestro campo de Arques, en los primeros dias del presente mes. Hubiera sentido en el alma no haber tomado parte en tan rudos asuntos, si no batallase en Paris, de un modo tal vez aun más rudo, por el triunfo de vuestra corona. Decididamente, señor, sois un gran capitan, y un hombre dichoso; acabais de conquistar la Normandía, y yo, vuestro teniente, acabo de conquistar la Bastilla, de triunfar del Arsenal, y de poner sitio á vida ó muerte al palacio de Nemours, cuya guarnicion capitulará dentro de poco.

»Los ligueros afectan aparecer risueños, y yo soy el primero que me rio de este su falso

júbilo. Anteayer estaba en casa de la duquesa de Nemours, cuando fueron á anunciarle la llegada á Paris de muchas banderas cogidas por Mayenna á vuestras tropas. Como yo me afectase al oir tan malas noticias, la duquesa me dijo en voz baja: «Tranquilizaos, esas banderas han sido hechas en el palacio Montpensier.» Para que esta palabra consoladora se me haya dicho al oido, preciso es que la duquesa sea de los vuestros, miéntras no es de las mias, lo cual, con la ayuda del diablo no tardará en verificarse. Del palacio de Nemours fuí al Arsenal, donde Brissac me dijo con cierto énfasis que Mayenna os llevaba á Paris en triunfo, «atado de piés y manos;» á lo que contestó la condesa dando órden de que fuesen á alquilarle una casa en la calle de San Honorato, á fin de que pudiese veros pasar. Despues añadió estrechándome la mano: «Esa casa nos servirá, porque es justo hacer pagar al señor de Brissac las necias invenciones que lleva y trae; el rey de Navarra es tan prisionero de Mayenna como vos y yo somos republicanos.» En fin, salí del Arsenal para ir á la Bastilla, donde Bussy-Leclerc, el mayor pedante que existe en el mundo, hace preparar una jaula de hierro para vuestra majestad. La señora de Bussy, para apartar esta imágen tan cruel como gro-

tesca, me refirió vuestras últimas hazañas, y me dijo que «si su marido no fuese un dia ménos bestia de lo que es desde que nació, os rogaria le hiciéseis encerrar por un mes á pan y agua en la jaula de que habia hablado.

»Hé aquí tres mujeres, y mujeres encantadoras, que nos dan la mano. Dice el proverbio que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere; lo que estas tres mujeres quieren ¿no lo habia de querer Dios?

»Señor, recomiendo mucho á V. M. que se acerque á Paris, porque mis baterías van á empezar á hacer fuego. Dignaos calcular que el duque de Nemours ama poco á Mayenna y que yo amo mucho á la duquesa; que el señor de Brissac, en su cualidad de republicano, está consagrado, ante todo, á sus intereses, y que la condesa es de nuestras amigas; que Bussy-Lecler solo ve por los ojos de su mujer, la cual me quiere; calculad que el señor de Nemours es gobernador de Paris; el señor de Brissac, gobernador de la Bastilla; calculad que donde reina un marido, su mujer gobierna, cuando sobre todo está enamorada, y deducid de todo esto que de aquí á ocho dias os será tan fácil entrar en vuestra capital por la puerta de San Antonio ó por los fosos del Arsenal, como á mí cómodo y grato entrar en el gabinete de

tocador de una de nuestras tres bellas aliadas.

»¿Ha regresado de Lóndres el caballero de Pampelonne? le doy mi enhorabuena. El normando La Gazette continúa buscando alguna estratajema ingeniosa; pero apuesto á que habremos tomado á Paris ántes que haya penetrado la luz en ese honrado cerebro, mucho más bravo que profundo. Debo deciros, sin embargo, que el futuro baron está bastante bien quisto en el barrio de San German; podrá ayudaros por ese lado, etc. etc.»

Clermont confesó esta carta al fiel Laprairie y se hizo conducir en litera á casa de la duquesa de Nemours.

La señora de Nemours habia pasado una noche horrible; el demonio de los celos se habia apoderado de aquel corazon desilusionado para clavarle alfilerazos.

La duquesa, para cumplirse su palabra, se habia ocupado mucho tiempo, aunque en vano, del mejor medio de vengarse de las traiciones de su adorador. Era una mujer fria, que por primera vez se habia dejado llevar del encanto de la tentacion; amaba al Bailio, pero el sentimiento que tenia era más bien tierno que apasionado; su amor propio de gran señora habia sufrido más que su alma con la ingra-

ta perfidia de un hombre afortunadamente prosternado aun á sus piés; algunos dias más, y la duquesa hubiese sabido, por cruel esperiencia, qué infernales torturas saben inventar los celos verdaderos para el suplicio de sus víctimas.

La cólera de la señora de Nemours era ciertamente violenta, pero no podia aconsejar una venganza bárbara. ¡El apuesto caballero hallaba aun una especie de misericordia ante su juez irritado; los ojos del Bailío espresaban tanta languidez y despedian con frecuencia tan nobles rayos de luz! Verdad es que su boca habia mentido; pero al pasar la mentira por sus labios se detenia en ellos con gracia tan elocuente; toda su persona ostentaba un aire tan noble, modestia tan brava y tan espiritual, que no podia castigarse demasiado cruelmente á este gran culpable estraviado en un pecado, del que habria sido muy dulce purificarle. La señora de Nemours se inclinaba á la clemencia, despues se echaba en cara su debilidad, sus ojos azules se animaban, su frente se oscurecia y buscaba sin tregua ni descanso algun castigo ejemplar que no acertaba á hallar.

Cuando el lacayo, encargado de introducir las visitas, anunció al Bailío de Clermont la

duquesa estaba perdida en un dédalo de confusiones, del que no acertaba á salir. La vista del pérfido exasperó al principio á esta mujer encantadora, pero no tardó en sucumbir á las emociones de su corazon, y aunque resuelta á intentar prodigios de coquetería, no pudo disimular una sonrisa, que Clermont interpretó al revés de los enamorados en general.

El Bailío no fué ni ménos tierno ni ménos exigente, ni ménos hábil que de costumbre, y la duquesa, aunque embriagada con este perfume de galantería, supo defenderse con un arte, con una táctica cuyo tratado fatal, pero sabio, estará siempre escrito en el cerebro femenino. La entrevista duró cerca de una hora, y Clermont se confesó francamente que si no habia perdido terreno en esta lucha de destreza, tampoco habia hecho retroceder á su adversario; así es que esclamó al subir en su litera:

—¿Tendrá esa mujer algo más que virtud; es decir, talento? ¡Algo más que corazon; es decir, cabeza?... En ese caso, ¡pobre de mí! O mejor dicho, tanto peor para el rey, porque el sitio de Paris podria durar mucho tiempo. ¡Hum! ¡Si me habré picado al juego!... ¡Bah! Las plazas que se defienden son las que mejor se toman. Vamos al Arsenal.

La duquesa por su parte habia ahogado un suspiro despues que se fué el Bailío, porque se le ocurrió una idea penosa. La venganza que buscaba la habia hallado, y al hallarla, murmuró en voz baja:

—¡Qué lástima!

Esta palabra decia mucho, como lo vamos á ver. La señora de Nemours no podia denunciar á la Liga al partidario del Bearnes; jamas habria podido resolverse á hacer caer esta cabeza encantadora de nobleza y de gracia bajo el hacha del verdugo; imaginó, pues, hacer de este inconstante realista un liguero verdadero, pagar su rescate al capitan La Gazette y aprovechar el ardiente celo que aquel habia mostrado en presencia del duque de Nemours para que le diesen un regimiento en el ejército de Mayenna, y obligarle, de grado ó por fuerza á servir fuera de Paris á la Santa Union.

Este castigo, ó más bien esta malicia vengaban completa y noblemente á la duquesa, porque recaia sobre dos rivales detestadas y arruinaba las esperanzas del infiel sin comprometer su vida.

Una vez tomada esta resolucion por la duquesa de Nemours, se dispuso á llevarla á cabo con esa febril impaciencia que da alas á la voluntad de las mujeres lindas; pero al mismo

tiempo que meditaba en su proyecto, murmuraba sin cesar:

—¡Qué l stima! .. no verle más!

La condesa de Brissac estaba mucho más ofendida que la señora de Nemours. Si los celos tomaban colores bien opuestos en estos dos corazones y en estas dos cabezas, no se estrañará al pensar que la de Brissac tenia infinitamente más esperiencia que la duquesa en esta clase de derrotas amorosas; tenia diez años más, y por consiguiente era más ávara de su tesoro; y por último, digámoslo de una vez, tenia más derecho que su rival á maldecir la ingratitud del Bailio, puesto que la habia sacrificado mucho más que la republicana del gobernador del Arsenal.

Pero la condesa era una mujer escelente, de carácter ligero, de buen corazon; cualquiera que fuese su inconstancia, podia sufrir á la vez en su orgullo y su amor, sin ser por eso capaz de una cobardía. El galan que hacia traicion á los juramentos hechos á sus pie , era desdeñado al instante, pero su cólera no lo condenaba á muerte. Sin embargo, el Bailio de Clermont no podia sufrir la muerte comun á los caballeros vulgares; era demasiado seductor, demasiado amable, demasiado amado para que le fuese infligido el desden solo. En

cuanto á olvidar, era cosa imposible; era preciso que se acordase de su crímen por medio de una expiacion digna de él.

La señora de Brissac acababa de combinar un plan de venganza de un género especial, cuando el Bailío entró en el saloncito donde la víspera ó la antevíspera habia tomado del conde lecciones de libertad y recibido de la condesa juramentos de esclavitud. La señora de Brissac afectaba un aire doliente que la sentaba á las mil maravillas: estaba arropadas entre telas de saten color de rosa, envuelta, como una gata en una bata con dibujos de flores, calzada con zapatillas de terciopelo, lánguida la mirada, los lábios algo pálidos, y las mejillas un poco caidas aunque animadas ligeramente.

—¡Ah! sois vos, Bailío, dijo con voz apénas perceptible, os esperaba... Vuestras visitas empiezan á ser raras...

—Querida condesa, el señor de Brissac me amenazó con una arenga, y... ayer... no me atrevi...

—Asi, pues, ese gran valor, esa adhesion heroica que tanto preconizábais, os abandonan tan pronto como se trata de que lo demostreis...

—Condesa, estoy pronto á sostener una

batalla, un duelo, una conspiracion:.. Entregaria en la plaza de Greve mi cabeza por vuestros bellos ojos; pero una arenga renovada del griego de Esparta ó del latin de Roma, confesad...

—Confieso... Bailío, estoy mala, bien mala, muy mala...

—¡Cómo! ¡de vera!

Clermont se acercó al sillon donde se apoltronaba la hábil y encantadora condesa, y quiso besar una mano que le retiraron bruscamente.

—¡Oh! ¡no me toqueis!... Tengo los nervios en un estado horrible... el menor movimiento me los crisp ...

—¡Dios mio! ¡habeis hecho llamará un médico! ¡Me poneis en cuidado!

—Padezco estas crisis con frecuencia; pero duran poco... mañana tal vez no tendré nada... ¡Oh! pero es estraño, cualquier ruido me irrita... el sonido de vuestra voz tan... dulce, me produce vértigos... Bailío, sentáos donde estábais... allí... en aquel sillon... un poco más léjos... Hablaremos bajo... ¿Qué ha sido del baron La Gazette?

A esta brusca é intempestiva pregunta, Clermont creyó soñar. Sin embargo, como solo estaba políticamente enamorado, se ajustó

lo mejor que pudo á esta indisposicion que le dispensaba de muchas mentiras, y sentándose gravamente contestó:

—¿El baron La Gazette? No le he visto hace unos diez dias.

—¿Sabeis que sois un prisionero feliz?

—Convengo en ello.

—Es preciso sin embargo salir de esa situacion poco honrosa... un hombre de vuestro rango no puede tener semejante acreedor... ¿No pensais rescatar la espada que el baron os deja llevar por complacencia?

—¡Yo! ¡pagar rescate á ese villano! No á fe mia... Dios me libre...

—Pero podia suceder que ese La Gazette estorbase nuestros proyectos... Esta en su derecho si os hace encerrar cuando se le antoje... y entónces, ¿qué seria de nuestros planes de conjuracion?

El Bailío era demasiado delicado, demasiado bravo y generoso para comprometer á un compañero en sus intrigas políticas y amorosas. Habia tenido cuidado de arriesgarse solo en el juego, y mientras se revelaba á las tres damas como partidario secreto del rey de Navarra, no descubria á La Gazette, quien por su parte desempeñaba admirablemente el papel de liguero, y de liguero encarnizado.

—Condesa, dijo: si tuviésemos que esperar quince dias el efecto de nuestro bien tramado complot, consentiria en desmembrar mi patrimonio para pagar á ese soldado de quien soy cautivo; pero como creo que antes de ocho dias me habreis ayudado á hacer pasar á Enrique IV por encima de los muros del Arsenal, no veo la razon de arruinarme tan sin motivo.

—¡Arruinaros!... ¿Tan exigente es el baron?

—Tiene pretensiones formidables.

—¿Qué cantidad necesita?

—No lo sé... no he hecho más que sondear... es un tártaro.

—Muy bien... ¡ah! ¡Bailío! ¡ah! ¡cuánto sufro!... Mirad, amigo mio, reñidme... pero permitidme que os despida... ¡mi jaqueca!... ¡Jesus! ¡tengo la frente que parece que me la parten con un hierro ardiendo!... ¡venid mañana á saber cómo sigo... ¡seré más amable!

—Me asustais... no puedo dejaros sin socorro...

—Llamad á una de mis criadas al salir... adios...

—Querida Matilde, os amo...

—Bien, bien... ni una palabra, Bailío; ni

una palabra .. Vuestra voz me hace daño... adios... adios...

—¡Lléveselo el diablo á esta loca! dijo entre sí Clermont saliendo de puntillas del gabinete: creo que á mí vez iba á crisparme los nervios... ¡Pobre mujer! cuando pienso que yo soy la causa de esas jaquecas, de esas nebralgias diabólicas... ¡ah! señora, V. M. calvinista hace cometer pecados muy gordos á mi conciencia católica!

El Bailío previno á la primera criada de la señora de Brissac que se fuese al lado de su ama; y volviendo á subir á su litera, gritó á sus conductores:

—¡A la Bastilla!

Despues murmuró acariciando su perilla con cierta satisfaccion complaciente de su elegante persona:

—En verdad que la condesa estaba hechicera! ese negligé la sienta divinamente... ¡eh! tampoco me habia parecido nunca más bella la duquesa... tendria desgracia si Bussy-Leclerc no fuese gobernador de la Bastilla, porque mis dos primeras visitas me han calentado la cabeza singularmente... ¿estaré enamorado de algunas de esas tres graciosas ligueras?... ¡bah! ¡bah! las amo á todas tres, es decir, que no amo á ninguna... pero la duquesa estaba

encantadora,.. palabra de honor... ¡y la condesa! ¡qué indolencia tan voluptuosa!... Estas dos marchan como tortugas, y la Bastilla se rendirá decididamente.

Sin embargo, por léjos que estuviese la ciudadela donde mandaba Bussy-Leclerc, la litera de Clermont llegó al fin, y el elegante realista se lanzó con pié ligero hácia las gradas de las habitaciones de honor.

La criada de la señora de Brissac halló á su ama riendo á más no poder de la comedia que acababa de representar con tan raro disimulo.

—Claudina, dijo la condesa, dadme mi cajita de plata sobredorada... bien, abridla... muy bien, contad los doblones que hay en el cajon grande...

—Señora, hay cien doblones.

—Haced un rollo con ellos y acercáos á mi mesa de escribir.

La señora de Brissac garabateó diez líneas en una hoja de papel color de rosa, plegó, cerró su carta con sus armas, y puso en ella estas señas:

«Al baron La Gazette, capitan de las gentes de armas de la Santa Liga.»

Despues alzando la voz, dijo en tono firme:

—Mañana por la mañana llevareis esta carta y este rollo de oro al señor baron La Gazette, á casa del abogado Thomassin Publicola. Lo entregareis todo en propia mano, sin dar esplicacion alguna, contentándoos con tomar el recibo que os den. Tan pronto como venga el señor conde, rogadle que venga á verme.

Generalmente las mujeres lindas se ven servidas como desean por la casualidad; el conde de Brissac, inquieto por la salud de su mujer, se presentó inopinadamente.

—Caballero, dijo la condesa, tengo un secreto que confiaros: segura de vuestra discrecion tanto como de vuestra ternura, no dudo que me ayudareis á llevar á cabo una accion provechosa sobre todo al porvenir de nuestra república.

—¡Cómo no! ¡con el mayor placer!

—El señor Bailío de Clermont está libre; he pagado su rescate.

—¡Torpe! la república lo hubiese librado...

—¡Oh! el Bailío es íntegro como Cincinato y Régulo... Figuraos que quiere volverse al campo del Bearnes.

—¡No es posible! ¡Haria traicion á la causa!

—Léjos de eso, se sacrifica por ella... quiere usar de su influencia sobre [illegible] oso

amigos, persuadirlos, separarlos del hereje, atraerlos á nuestro partido; trabajar, en fin, por el triunfo de nuestras ideas.

—¡Hacer propaganda! ¡ah! señora ¡eso es soberbio! Bien os dije yo que ese bravo jóven, discípulo mio, me haria honor un dia.

—Se trata de favorecer sus miras.

—Con todo mi corazon.

—¿Creo que estais de servicio esta semana?

—Sí.

—Vais, pues, desde esta noche á hacer llevar de viva fuerza de su habitacion al señor de Clermont, y mandar que se le conduzca á las barreras de Mendon, que es del rey de Navarra; puede que él resista, pero será por fingimiento, y no se le escuchará.

—Sin duda.

—El señor de Clermont debe, en interés nuestro, tener un pié en la Liga y otro en el campo navarro.

—¡Perfectamente! ¡qué imaginacion!

—Id, pues, á dar vuestras órdenes, señor conde, y sed discreto; mi jaqueca se ha disipado.

Brissac salió para obedecer á su mujer, y la condesa, echándose sobre el espaldar de su sillon, murmuró con voz penosa, ¡tan cierto

es que todas las mujeres son las mismas, cuando son buenas!

—¡Qué lástima que ese ingrato se haga arrojar así!... ¡es tan lindo!... ¡pobre Bailío!

Clermont subió al primer piso del departamento donde habitaba la señora de Bussy Leclerc, y encontró en el vestíbulo á una de las criadas de la gobernadora.

—Buenos dias, muchacha, dijo á la criada; tu ama no habrá salido; anúnciame.

—¡Salido! ¡ay! ¡señor Bailío, no sabeis!

—¡Yo! no sé nunca nada, hija mia.

—¡La señora está muy enferma!

—¡Enferma! ¿y desde cuándo?

—Anteayer la dió un desmayo despues de vuestra partida:... ¡Ah! señor, la vais á hacer morir, ¡tanto es lo que os ama! ¡tan pronto como os vais, la entra calentura!

—¡Bueno! pero cuando vuelvo, la fiebre se va... anúnciame.

—¡Imposible! tiene tres médicos á su cabecera; está en consulta, y el señor gobernador espera su decision.

—Sin emdargo, es preciso que yo la vea.

—No conteis con ello, seriais causa de alguna estravagancia; sed razonable, y volved mañana.

—¡Mañana! pero tú me aplazas para las calendas griegas, amiga mia.

—¿Quereis desobedecer las órdenes que ha dictado la ternura?... partid, señor Bailío; si la señora supiese que estábais aquí, la desesperacion la causaria una crisis... venid mañana á las cuatro de la tarde.

—Bien... adios, Rosina... dirás á tu ama que llevo la muerte en el alma... adios... á fé mia, eres una real moza, y ese adorno azul te sienta divinamente... hasta mañana, Rosina.

—Hasta mañana, señor Bailío; tened paciencia, y no nos olvideis.

Clermont hizo una pirueta de mala gana, y Rosina murmuró como si la duquesa de Nemours y la condesa de Brissac se lo hubiesen dicho al oido:

—¡Qué lástima! ¡Despedir á un señor tan galan, cuando la Liga está tan pobre de caballeros y de hidalgos tan apuestos como él!

—Vaya, vaya, dijo entre sí Clermont metiéndose en su litera, con la cabeza baja y la mirada sombría; ¡se estarán burlando de mí! ¿Qué significa esa epidemia maligna? Esperemos á mañana para juzgar. ¿Estaremos el rey de Navarra y yo peor en nuestros proyectos, de lo que esas dos damas lo están en su salud?... ¿Qué hago de mi tiempo?... ¿En qué pa-

saré la noche?... ¿Iré á ver al normando La Gazette? Sí, voy á quemarle la sangre un poco á ese valiente veterano, á reirme á su costa, y á saber á qué altura se halla en su política.

Aquella misma noche fué el Bailio á hacer una visita al capitan, y ya hemos visto que para distraerse le puso en tortura, burlándose de él respecto de la señora Publicola, y hablándole de sus conquistas, como de intrigas por emprender y no como emprendidas.

La señora de Bussy-Leclerc, léjos de estar enferma, gozaba de una salud á toda prueba, cuando Clermont se presentó en su casa.

En guerra, como en amor, las astucias más usadas son las mejores, y el triunfo las corona casi siempre.

La señora de Bussy era mujer de carácter enérgico; lo hacia todo con pasion, y su corazon ultrajado por la perfidia de un amante ingrato, habia meditado sériamente una venganza terrible.

Lo que salvó á Clermont de una cólera, á la que con mucho gusto hubiese sacrificado sus dias, es que era demasiado seductor, demasiado adorable para que su muerte no hubiera sido sentida con desesperacion.

La señora de Bussy-Leclerc era tan hábil, como enamorada estaba, y dijo para sí que un

largo cautiverio seria un castigo, no solamente severo, sino inteligente, con tal que el cautivo fuese encerrado en la Bastilla.

Una vez bien meditado este proyecto, la de Bussy prohibió la entrada al Bailío, bajo pretesto de que estaba enferma, porque temia ver debilitado su valor ante la tierna mirada de su bien amado; despues se hizo presentar un hombre conocido en Paris por un ganapan atrevido, capaz de todo, segun el precio que se queria poner á sus crímenes.

Estaba en conferencia con este hombre, cuando Clermont fué despedido por la pizpireta Rosina.

—¿Cómo se os llama? preguntó la gobernadora.

—El Invencible, respondió el bandido, especie de coloso de cara feroz y brazo de Hércules.

—¿Teneis una banda á vuestras órdenes?

—Una banda á quien nada intimida.

—¿Os encargareis de robar un caballero, un hidalgo?...

—¿Es valiente?

—Como un leon.

—Eso se paga caro.

—Se pagará.

—¿Es vigoroso?

—No; pero listo, sagaz, gallardo, rudo con la espada en la mano.

—Eso se paga muy caro.

—Asi, pues, ¿consentís?... ¿Qué precio queréis?

—Doscientos doblones.

—Aquí teneis ciento. Conducireis á vuestro prisionero á la puertecilla de la torre grande; uno de los mios estará apostado allí para recibirle, y os entregará el resto de la suma. Es indispensable que el golpe se dé esta noche.

—Muy bien... ¿El nombre, las señas?...

—El Bailío de Clermont; calle...

—Basta; ya sé... Esta noche, de doce á dos, tendreis á ese hombre, muerto ó vivo.

Asi, pues, el Bailío de Clermont, por haber incurrido en la triple amenaza que sabemos, se hallaba espuesto, ó á servir á la Liga contra el Rey y fuera de Paris, ó á servir al Rey fuera de la Liga, lo cual era servirle medianamente y para su propia confusion, ó en fin, á no servir á nadie en un calabozo.

¡Oh mujeres! ¡Cuánto talento teneis en vuestras venganzas!

XIV.

Un bribon honrado.

En verdad que hemos dado un largo rodeo para llegar al episodio de la desaparicion del Bailio de Clermont; ¿pero dónde seria permitido olvidar si no fuese en compañía de una mujer amable, jóven y encantadora? Ahora bien; el galante emisario del rey de Navarra nos ha conducido á casa de tres damas, donde debiamos, aunque no fuese más que por cortesía, perder un poco de ese tiempo que se tiene gusto en malgastar en todas las edades.

Como recordarán nuestros lectores, al ruido que oyó el Bailio en la calle, dejó brusca-

mente á su compañero La Gazette, para correr donde le llamaban los pasos de los hombres y el choque de las espadas. Acababa de cesar el ruido, cuando Clermont se lanzó á la calle, pero oyó á las voces que se alejaban proferir enérgicos juramentos; apresurando el paso, alcanzó muy pronto á un grupo de hombres detenidos cerca de una casa, cuya puerta estaba entreabierta. Estos hombres, en número de cuatro, parecian esperar que viniese alguno de la misma casa, y dos de ellos sostenian por el cuerpo y por los brazos, á una mujer vestida con túnica blanca, la cabeza sin adorno alguno, y destrenzado el cabello.

—¡Oh! ¡oh! ¿qué es esto? pensó Clermont, demasiado bravo para ponerse á contar sus adversarios, y dispuesto mejor que nunca á provocar una querella, para distraerse de las tres derrotas que habia sufrido de la calle de Neverz á la Bastilla, pasando por el Arsenal.

—¿Tendremos en fin luz? dijo uno de los hombres; tenemos que hacer cerca del Louvre, y hemos perdido mucho tiempo.

Clermont echó mano á la espada discretamente, y avanzó derecho al grupo, andando de puntillas tan ligeramente que no se le oia. Iba vestido magníficamente con una casaca de seda gris y calzado con chinelas de terciopelo;

de suerte que, gracias á este traje de baile, apenas tocaba el suelo.

En el momento en que el Bailío iba á unirse á los hombres que le volvian la espalda, abrióse la puerta de la casa de par en par, y apareció en el dintel un quinto personaje, llevando una luz en una mano y una espada en la otra. Ocupado el recien venido en el trabajo que fijaba su atencion, no volvió la vista hácia el lado donde estaba el Bailío; pero llevó la luz al rostro de la mujer, que luchaba inútilmente entre los brazos de sus raptores.

Clermont exhaló un grito mezclado de alegría y de rabia: acababa de reconocer á la hermosa jóven que habia visto en casa de la duquesa de Nemours, y que creia camino de Italia. Al oir este grito volviéronse los cinco compañeros, y viendo la jóven al caballero, que ya le habia hecho bajar turbada los ojos en la primera entrevista, cuyo recuerdo se habia grabado en su memoria, se esforzó en desasirse, y murmuró estas palabras:

—¡Señor de Clermont, salvadme!

—¡Clermont! repitió uno de los raptores. ¡Calla, pues es verdad! ¡Pardiez, muchachos, que tenemos buena suerte! ¡La espedicion terminará mejor que ha comenzado!

El Bailío tenia cinco espadas contra la su-

ya; pero esta formidable desigualdad no le inquietaba; acostumbrado á los ejercicios de la esgrima, intrépido como pocos, exaltado con la dicha de defender á una mujer con quien habia soñado durante ocho dias, solo podia despreciar á bandidos indignos del hierro que con tanta habilidad manejaban sus manos.

Sin decir una palabra, sin turbarse, apartando con sagacidad maravillosa las armas que le envolvian, arrojóse Clermont sobre uno de sus adversarios y le hirió en medio del pecho con tanto vigor y tan sorda cólera, que se rompió su espada en la profunda herida, donde habia desaparecido casi por completo.

El bandido vaciló y fué á caer en medio de la calle cuan largo era.

Los cuatro bribones que quedaban se arrojaron sobre el Bailio, desarmado, y como su vigor no respondia á su coraje, se apoderaron de sus brazos, le echaron al suelo, le cerraron la boca y le dejaron inmóvil, haciendo inútiles los esfuerzos que intentaba para desasirse de sus ligaduras.

—Vosotros, dijo el jefe de la banda, llevad á la muchacha allá arriba, atadla, tapadle la boca, y volved... A fé de Rifodé, yo me encargo de contener á este lindo, á quien hemos

visto en casa de la señora de Bussy-Leclerc... Despachémonos, y traedme una cuerda blanca.

Esta órden fué ejecutada al momento; la jóven desapareció arrastrada, llevada por los dos bandidos que el Rifodé habia designado, y los cuales volvieron en seguida pertrechados de una cuerda bastante sólida.

En el momento en que querian atarle las dos manos, fué cuando el Bailío, quitándose la mordaza de la boca, dió el grito que oyó La Gazette:

– ¡A mí, capitan!... ¡á mí! ¡ayudadme!

—¡Ah! ¡os haceis el recalcitrante! respondió el Invencible; pardiez, mi buen caballero, os llevaremos un poco más léjos para no esponeros á despertar á los amigos que podais tener en este barrio.

Los cuatro bribones llevaron al Bailío á una calle inmediata, le ataron fuertemente las manos, sujetaron su cuerda á cada una de las piernas, de manera que se viese obligado á andar al paso, y le pusieron de pié. Entonces el Rifodé, quitándose su sombrero al jóven prisionero con una política burlona, le dijo despues de devolverle la libertad de la palabra:

—Señor Bailío de Clermont, soy un buen diablo aunque no tenga exactamente cara de ello; ¿quereis escuchar y seguir mi consejo?...

generoso hasta la hipérbole, y valiente á toda prueba. Un dia, hará de esto diez años, os paseábais á caballo por la selva de Chatellerant; el Rey tenia su corte en Ambosse, y vos habiais ido á pasar, segun me dijeron, una semana en casa de vuestro tio el baron de Tardien.

—Es verdad.

—¡Pardiez si es verdad! tengo una memoria de ángel, y...

—Continuad, interrumpió Clermont, que de pronto tomó gran interés en este relato.

—Seguiais al paso una de las largas avenidas del bosque, cuando se acercó á vos un ginete que iba corriendo á todo escape. Este ginete llevaba un trage de campesino y tenia en la mano una ancha espada. No sabiendo qué podria resultar de este encuentro en semejante sitio, os pusisteis á la defensiva. El ginete se llegó á vos y os preguntó, casi sin aliento, si no habíais visto pasar una banda de gitanos vagamundos, que llevaban consigo una niña con trage de color de rosa.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡qué recuerdo me evocais!

—Un recuerdo estraño, dejadme concluir. A esta pregunta respondísteis con una señal de cabeza negativa. Viendo que continuábais

—Con vos, mi buen hidalgo, se tiene talento sin querer... Os conozco de larga fecha.

—¡Bah!... ¡De veras? Eso me honra y me alegra. ¿Podeis decirme de dónde nos conocemos?

—Vamos andando, y por el camino tendré el gusto de contestaros... Siempre he pasado por buen compañero de camino.

—Pues bien, sea; marchemos.

—Así, pues, ¿no gritareis, no llamareis á los que pasen para que os socorran?... Pensadlo bien...

—Ya lo he pensado... Partamos.

—Señor Bailío, hubo un tiempo en que tuve un oficio mas honroso, pero ménos lucrativo que este, continuó el Rifodé poniéndose en marcha despues de haber mandado á dos de los suyos que volviesen atrás para recoger al compañero que habian dejado muerto en medio de la calle, y conducir al sitio convenido á la jóven encerrada en la casa misteriosa.

—Permitid, interrumpió Clermont, ántes de hablarme de vuestras virtudes antiguas; tened la bondad de decirme qué pensais hacer de esa señorita que...

—Siento no poder daros gusto, mi querido señor; soy ladron de profesion, asesino algunas veces, pero no hago traicion á quien me

paga. La señorita que os interesa debe ser llevada por mis cuidados, y secretamente, á un sitio cuyas señas no os daré, por más que desee serviros.

—Muy bien... Contadme, pues, vuestra historia.

—En la época en que yo tenia alguna vergüenza en el corazon; en aquel tiempo, no llevaba una pistola en el bolsillo; era soldado, y soldado en los piqueros de caballería del rey Enrique III.

—¿Tú?

—Yo. Vos, señor Ballio, erais capitan de cazadores de S. M., sin grado, que os sentaba perfectamente; porque vuestra arrogante figura...

—Amigo mio, nuestros cumplidos á esta hora pecan de demasiado lojo... abreviad si gustais.

—Mi buen caballero, estoy algo versado en las bellas letras, bribon y todo como veis; he tomado magníficas lecciones de maese Ambrosio Bonifacio, que no hacia nunca un discurso sin adornarlo de flores; y puesto que tengo más tiempo del que necesito para satisfacer vuestra curiosidad, me permitireis que eche algunas flores en mi relacion. Vos érais, pues, lo que sois aun, un señor muy gallardo,

—Veamos el consejo, respondió Clermont, que empezaba á comprender que sus asuntos, léjos de ir bien, iban cada vez peor.

—No intenteis rebelaros; con la espada en mano valeis por diez combatientes; pero con las manos desarmadas teneis justamente la fuerza de un pollo: si os apretase el cuello con mis diez dedos, os estrangularia lo más lindamente del mundo; y doy mi palabra de honor que os estrangulo á poco que intenteis defenderos, á poco que deis un grito, ó que os negueis á seguirme...

—¡Seguiros! ¿y á dónde? preguntó Clermont; tengo por costumbre ir donde quiero, y no donde me lleven.

—Corriente; pero tampoco teneis por costumbre hacer que os aprieten la garganta del modo que se trata.

—En fin, ¿qué se va á hacer de mi?

—No lo sé; por mi parte no os haré mal alguno si sois razonable; nos pasearemos durante una hora: la noche está hermosa, hasta magnífica... vereis qué bien os hace el ejercicio.

—¿Tendriais acaso talento? preguntó el Bailio bastante alegremente; porque un valeroso corazon no sabia tomar nunca por lo serio los peligros más manifiestos.

en guardia, os dijo el ginete:—«Mi capitan no sospecheis de mi malas intenciones; soy David, piquero del Rey, y corro tras esos bandidos, que esta mañana han robado una jóven del castillo de Tarare, donde mi padre es guarda-monte.» Al acabar yo esta frase, oimos un grito aterrador lanzado por una voz infantil, y á este grito sucedieron algunas risotadas.

—Ahí están, os dijo el ginete; ahí, en esa espesura; venid en mi ayuda.

—¿Con que aquel ginete erais vos? preguntó el Bailío.

—Yo era... Echásteis al momento pié á tierra, yo hice lo mismo, atamos á unos árboles nuestros caballos, y nos internamos en la espesura. Pronto vimos la banda de gitanos que estaban sentados en rueda, y acababan de reemplazar los lindos vestidos de la pobre niña con sucios harapos. Habia allí seis bandidos jóvenes y vigorosos y dos viejas de rostros horribles. Tan pronto como aquellos hombres nos vieron, se armaron de largos cuchillos catalanes y nos mandaron, amenazándonos, que nos alejásemos de allí. La respuesta que disteis á aquella canalla ha quedado grabada en mi memoria: caísteis como el rayo en el círculo de truhanes, y no habia yo tenido aun tiempo para herir á uno, cuando ya ha-

biais tendido á dos en el suelo. El resto de la banda echó á huir, dejándoos por trofeo de victoria la encantadora niña, que al verme vino á arrojarse á mis brazos.

—Dad gracias al señor Bailío de Clermont, dije á la niña; acaba de prestar á vuestro noble padre, así como á vos, un señalado servicio; á no ser por él, no habria podido arrancaros á vuestros raptores; así, pues, señorita Elena, nunca olvideis el nombre de vuestro salvador, que es, como os he dicho, el Bailío de Clermont...

Entonces, como la pobre niña os miraba con ojos espantados aun y llenos de lágrimas, radiantes sin embargo de alegría; como os presentaba su frente y sus manos temblorosas, os inclinásteis á su oido, y aunque la hablásteis en voz baja, oí estas palabras:

«Amiga mia, os aconsejo, por el contrario, que olvideis ese nombre que mañana sin duda, os será odioso... No procureis nunca acordaros del Bailío de Clermont sino en vuestras oraciones. La dicha que acabo de sentir al devolveros á vuestra familia, solo me sirve para templar una pena bien cruel, de que pronto sereis instruida. ¡Adios, mi querida niña; si no nos volvemos á ver más, no os encolericeis

contra mi; estad segura que seré en todas partes y siempre vuestro mejor amigo.»

La pequeña Elena no comprendia nada de este estraño discurso, y yo mismo, aunque acostumbrado á la docta retórica de maese Ambrosio Bonifacio, no podia imaginarme por qué especie de capricho usábais con una niña de ocho años un lenguaje, comprensible solo para una señorita casadera. Recuerdo que acercásteis vuestros lábios á la frente de la niña, pero que de pronto volvísteis la cabeza bruscamente para llamarme aparte y decirme:

—David, llevad esa hermosa niña al castillo de Tarare; decid á su padre el marqués, que no soy bastante cobarde para contar con su gratitud; decid á la señora marquesa... No... no digais nada... Adios... Sois un hombre de bien, tomad este bolsillo, y vos tambien... olvidadme.

En esto, señor Bailio, volvísteis atrás, y no tardé en oir el galope de vuestro caballo; puse á la grupa á la señorita de Tarare y volví al castillo. A fe mia que allí me esperaba un acontecimiento algo más lúgubre. Toda la servidumbre del castillo estaba azorada exhalando gemidos; las aldeanas se enjugaban los ojos con sus delantales para volver á empezar, y los dos perros de guarda, atados cerca de la

verja, aullaban á más y mejor dando gritos lastimeros.

—¿Qué tienen aquí todos? me preguntó Elena con tristeza.

—¡Pardiez! Señorita, el rumor de vuestro rapto ha corrido ya sin duda, ¡y os lloran todos! Pero vamos á consolar á todo el mundo... Vamos, sujetáos bien á mi mano, y corramos.

A los primeros que encontramos, se apresuró á decirles la jóven con estremada alegría:

—Ya estoy aquí de vuelta. David y un señor muy guapo han echado á los pícaros. ¿Dónde está mamá? Quiero abrazarla, consolarla...

Aquellos á quienes hablaba la señorita Elena nos miraron con admiracion y lástima .. Empezaron á dar besos á la bella niña, pero no hallaron una palabra que contestarle.

Un poco más léjos encontré á mi anciano padre, que me abrazó diciendo:

—Está bien, hijo mio; has hecho una buena accion, porque si no hubiese sido hallada la señorita, creo que el castillo se habria hundido... ¡hubiese sido maldito!

—He hecho lo que he podido; pero si no me hubieran ayudado...

—Hijo mio, interrumpió el viejo guarda-

monte hablándome al oido; deten tu lengua si amas á tu padre. Se me habia confiado la señorita Elena, que juega con frecuencia conmigo; he descuidado vigilarla como de costumbre, y aprovechando mi negligencia es como los gitanos han llevado á cabo su rapto. Gracias al funesto acontecimiento que acaba de ocurrir á mis pobres amos, nadie ha notado aquí la desaparicion de la señorita; así no digas una palabra, porque pe deria la plaza que sostiene mis últimos dias.

—¿Y cómo haremos callar á la niña?

—¿No es verdad, amiga mia, dijo mi padre á la niña; no es verdad que no hablareis de lo que os ha sucedido? Porque me echarian; echarian al pobre viejo David.

—¡Oh! no, no diré nada, tranquilizáos, buen David, tranquilizáos.

—Estoy seguro de su silencio, la conozco, tiene buenos sentimientos y gran corazon, repuso mi padre; despues continuó: ¡Ya veis, amiga mia, vuestro padre y vuestra madre se hallan muy afligidos, y si supiesen que han estado á punto de perderos, eso les haria morir!

—¿Qué pena tienen?

—Id pronto á abrazarlos; yo no tengo valor para deciroslo.

Elena partió como unagolondrina, y el guarda-bosque dijo:

—Acaban de traer al castillo el cuerpo del señor conde de Tarare, muerto en duelo esta mañana.

—¿El hijo del marqués? ¿el hermano de la señorita Elena?

—Si, el único heredero de esa gran familia.

—¿Muerto en duelo? ¿y por quién?

—Por el jóven Bailio de Clermont, capitan....

—Basta... esclamó Clermont, ese recuerdo me desgarra el corazon... basta...

—¡Bueno! yo soy, mi buen hidalgo, continuó el Rifodé, menos bribon de lo que parece, y si os he contado esa historia ha sido para probaros que nos conociamos hace tiempo; tambien tenia otra razon que me permitireis desenvolver durante el cuarto de hora que debemos pasar juntos.

Clermont, sumido en amargas reflexiones, no respondió: el Rifodé continuó de este modo:

—No os haré la pintura de la desgarradora escena que tuvo lugar entre la señora marquesa de Tarare, el márqués y su hija; pero os preguntaré bajo qué títulos os interesais

por esa bella señorita á quien hace poco habeis intentado arrancarme á mí y á mis compañeros.

El Bailío se detuvo, la tempestad que rugia en su corazon desde el principio de la narracion que habia escuchado silenciosamente, estalló con toda su fuerza.

—Esa señorita, decis... esa señorita... ¡Oh! no, no puede ser, decid... pero hablad! ¿la señorita de Tarare?... pero eso seria un sueño.

—Si, eso es... la hermana del conde de Tarare; ¡pobre niña!

—¡No ha podido librarla! murmuró Clermont con rabia y dolor.

—¡En cuanto á eso confieso que habeis tenido mala suerte! Pero Dios es justo; os debia esa revancha.

—¡Miserable!

—Poco á poco, caballero, no insulteis... cada cual tiene su oficio; vos habeis salido mal en el vuestro, yo he salido bien en el mio; por mi parte no os lo echo en cara; ¿por qué me lo echais vos?

—¿Cómo es que el hijo de un antiguo servidor de la familia de Tarare, y consagrado en otro tiempo á esa familia, os habeis encargado de un crimen?...

—Esa es otra historia, respondió el Rifodé,

pero ya no tengo tiempo para contárosla; sabed solamente que si de piquero de los guardias, y de hombre honrado, me he vuelto jefe de los bandidos que bullen en el fango de París, lo debo á la ciencia y á las bellas letras de maese Ambrosio Bonifacio. Tal vez un dia podré esplicaros este misterio. En fin, se me ha pagado con largueza para que robe á la señorita de Tarare, y la he robado; se me ha pagado muy honradamente para que os prenda, y os he prendido.

—¡Perfectamente! ¿con que es decir que por dinero lo haces todo?

—¡Dios mio! ¡sí!

—¿Lo mismo el bien que el mal?

—Nunca se me ha pagado para hacer bien; no puedo deciros si lo conseguiria; en cuanto al mal, respondo de mí y de mi gente.

—David, yo no soy ya muy rico, pero acabaré de arruinarme para pagarte un buen servicio... dos servicios que te serán contados en el cielo.

—Nunca me niego á semejantes ofrecimientos, monseñor.

—Devuélveme mi libertad y ayúdame despues á librar á la señorita de Tarare...

—Imposible... los bandidos tienen su modo de entender el punto de honor; me he com

prometido á conduciros allí... ¿Veis ese torreon?

—¿La Bastilla?

—Precisamente, y os conduciré; me he comprometido á llevar á la señorita de Tarare á cierta casa, donde debe estar á la hora esta. Se me ha pagado: he dado palabra y recibo, y no me vuelvo atrás.

—Pero...

—Señor Baillío, vamos á bajar á los fosos de la Bastilla, si gustais, para ir á llamar á esa poterna, que se abrirá...

—Una palabra... ¿á quién obedeces?

—Soy la discrecion misma, y nunca he hecho traicion á mis clientes.

—¿Es un arresto político? En ese caso me conduces al suplicio.

—No puedo decíroslo; sin embargo, sabed que yo no tengo política. Hoy sirvo á la Liga, y mañana serviré al rey de Navarra, para pasar pasado mañana al español. Ignoro completamente bajo qué título sois mi cautivo.

—¡Tu cautivo, bribon! Mal me conoces si por haberme agarrotado te crees dueño de mi persona. Mátame, no daré un paso mas.

—¡Oh! En cuánto á valor, ya sé que os sobra; pero en cuanto á fuerza, mirad.

Sin hacer caso David de los arañazos que

el Bailío le hacia en el rostro, levantó á su prisionero en sus nervudos brazos, lé llevó como un gavilan lleva á una tórtola, bajó con él al foso, y se detuvo al pié de la poterna que le habian designado.

—Vamos, dijo en voz baja; no os hagais el malo, ¡qué diablo! Ya veis que de nada os serviria... Mirad, mi buen caballero, con vos no pienso regatear, porque sé que sois generoso... Pues bien; del mismo modo que he prometido haceros entrar en la Bastilla, lo mismo os prometo emprender para haceros salir de ella. Lo mismo que me he comprometido á robar la señorita de Tarare, lo mismo me comprometo á arrancarla de las manos de aquellos á quienes la he entregado. ¿Comprendeis que de este modo mi conciencia de bandido le da un chasco á Satanás?

—¡Sea! respondió Clermont, que un rayo de esperanza venga á brillar... Cuento contigo; y por pobre que yo sea, tal vez podré enriquecerte... Hazme, pues, encarcelar.

El Rifodé llamó á la poterna, que se abrió en seguida. Allí se hallaba un sargento de la guarnicion, que recibió al primero y entregó al bandido un saquito repleto de doblones.

—Un poco de paciencia, mi amo, dijo el

bandido alejándose y saludando; os doy gracias humildemente por vuestra cortesía.

La poterna volvió á cerrarse.

—Seguidme, dijo el sargento al Bailío.

—¿A dónde me llevais?

—Ya lo vereis.

El sargento iba armado de una llave y una linterna sorda; condujo á Clermont al fin de un largo corredor situado en el piso que habitaba el gobernador, bajó una escalera de unos veinte escalones, abrió una pesada puerta, y designando al prisionero una mala habitacion amueblada con un mezquino lecho, un banco y una lamparilla, le dijo:

—Tened la bondad de entrar.

Clermont hizo con todo su corazon una mueca espresiva al ver este triste y frio reducto; pero reanimándose en seguida dijo á su carcelero:

—Pardiez, señor sargento, puesto que sois tan bien criado que usais de tanta cortesía con un pobre diablo, ¿seriais bastante bueno para ir mañana á saludar de mi parte á su escelencia el gobernador de la Bastilla?

—Lo haré asi.

—Y si no os molesta, á Su Gracia la señora de Bussy Leclerc, que, segun creo, gobierna por aquí un poco, ¿no es verdad?

—Sereis servido.

—¿Y en fin, á la encantadora Rosina, doncella de la señora?...

—Perded cuidado.

—Hé aquí un pillastre á quien no le falta buena voluntad, dijo entre sí Clermont.

—¿Es eso todo? preguntó el sargento.

—Sí... por ahora. Mañana veremos... ¡Ah! se me olvidaba... direis á su excelencia y á la señora y á Rosina, que quien os envia es el Bailio de Clermont... les direis mi nombre, ¿no es así?

—No tengo inconveniente... permitidme que tome vuestra espada y os desate las manos.

—Iba á decíroslo.

—Buenas noches, caballero.

—Muy buenas, señor sargento.

Cuando el elegante Bailio se vió bajo llave, se cruzó de brazos y murmuró casi sonriendo:

—¿Por quién y por qué diablo estaré encerrado? No hay duda, ese bestia de gobernador habrá sorprendido el secreto de su mujer! Así, para salir de aquí me ba tará hacer saber á la señora de Bussy-Lecler que estoy bajo cerrojos. Vamos, hé aquí al normando La Gazette encargado él solo de la restauracion

de la monarquía. Magnínca política he sabido llevar con esas tres enaguas! ¡Ah! ¡bondad divina! ¡qaé diplomático tan astuto estoy haciendo!

El Bailío se puso de pronto pensativo; echóse en su cama, y el angélico rostro de Elena de Tarare se le apareció en el sueño que tuvo, casi despierto, hasta la aurora. Entónces solamente se durmió con un sueño agitado.

XV.

La Gazette se vuelve supersticioso como los grandes hombres.

Reprendido ágriamente el capitan La Gazette por la señora de Thomassin, á la que, como no se habrá olvidado, habia declarado su llama, retiróse á su cuarto, donde amontonó suspiro sobre suspiro y meditacion sobre meditacion. Decir que nuestro normando pasó una mala noche despues de la vergonzosa derrota que habia sufrido; describir sus angustias, seria trabajo perdido, aun cuando consiguiésemos trazar con la pluma las caprichosas muecas que hizo una tras otra, y que el pincel de un hábil pintor podria solo tratar de espre-

sar. Sin embargo, poseído de un vigorozo furor esclamó La Gazette hablando consigo mismo.

—¡Esto es dar demasiado á la debilidad de los sentidos!... pierdo mi reputacion caracoleando alrededor de esa ninfa, de esa sirena encantadora. El rey de Navarra no me ha enviado á su futura capital para hacer en ella el oficio de trovador y de tórtolo, sino para llevar á ella á tambor batiente á sus enemigos. ¿Qué gano yo con esas necias ojeadas que me ponen en tortura el corazon y la cabeza? La señora de Thomassin Publicola no es más que una bachillera, así como su marido no es más que un imbécil. Tomemos á Paris que es lo que nos interesa, tanto al Rey como á mí. ¡Tomar á Paris! ¡ahí es nada!... ¡bonito proyecto!... ¡con qué facilidad hablo de él!... no parece sino que mis asuntos marchan aquí ellos solos... ¡Ah! pero ahora que me acuerdo, continuó La Gazette acariciándose la barba, ¿qué habrá sido del Bailio de Clermont? ¿lo han matado?... ¿ó me le han robado?

A este punto de su monólogo llegaba el capitan, cuando fué interrumpido por dos discretos golpes que dieron á su puerta.

—¡Entrad! gritó el normando.

Presentóse en el dintel una jóven muy lin-

da, y preguntó si no tenia el honor de hablar al baron La Gazette.

—El señor baron es el que teneis delante, respondió el normando con el tímido embarazo que le caracterizaba cuando se hallaba solo y frente á frente con el sexo en general.

—Señor baron, continuó la señorita; he venido á veros para un asunto que os interesa.

—Dignáos hablar, mi bella niña, y ante todo tened la bondad de sentaros.

—Vengo de parte de la señora duquesa de Nemours...

—¡Oh, oh! pensó el astuto normando; esto no anuncia nada bueno; la duquesa es más liguera que su marido... Mucho me alegro de vuestra visita; ¡qué digo!... estoy confuso de tanto honor.

—Caballero, solo soy la primera doncella de su alteza.

—¡Cómo, pues! Pero ¡vos ocupais una plaza soberbia!

—Y vengo á pediros noticias de vuestro prisionero el señor Bailío de Clermont.

—¡Ay! dijo para sí La Gazette; ya pareció aquello... El Bailío habrá hecho alguna tontería, me habrá comprometido; ocultemos su última aventura... El señor de Clermont conti-

núa perfectamente, y en este momento ha ido á dar un paseo por la ciudad.

—¿Qué precio poneis á un rescate?

—¡Cáspita! no lo he calculado... Un hombre de su importancia... despues de todo es rico, y pagará... esperaré...

—Aquí teneis, señor baron, un saco con ciento treinta doblones de España... Tened la bondad de contar... si la cantidad os conviene, dadme un recibo, que servirá de resguardo al señor de Clermont...

—La suma es bastante razonable... Quereis un recibo... esperad... tomo la pluma... ¡Cómo! ¡la señora de Nemours se encarga de pagar por ese aturdido!... ¡qué va á hacer de él, buen Dios!

—El señor Bailio recibirá órdenes que no conozco.

La Gazette echó un gran rato en escribir el recibo pedido, que cambió por un saquito lleno de oro; despues acompañó á la doncella de la duquesa todo lo más léjos que pudo. Al volver á su habitacion, dijo el baron con admirable candidez:

—En verdad, hé aquí buenos doblones que no me cuestan caro... ¡y que llegan muy á punto! ¡Pardiez!... como repite con frecuencia el caballero de Pampelonne; de pobre que era,

me parece que me he vuelto rico... ¡Eh! ¡qué buenos son estos doblonciillos!... ¿Si volveré á empezar á hacer fortuna?... ¿Por qué no? No era pobre y desarropado en Venecia, cuando cayó á mis piés, como llovida del cielo, la cajita del dia ántes de la signora Venecia?... Perdí esa cajita maravillosa... pero puesto que llueven doblones por aquí... Despues de todo, he sido un tonto en dejar partir á la mensajera de la señora de Nemours, sin subir á más alta cantidad el rescate del Bailío... ¡Ciento treinta doblones! ¡Canario! El señor de Clermont vale tanto oro como pesa... Despues de este rasgo de generosidad, que se critique la avaricia de los normandos... Fácilmente habria obtenido cincuenta doblones más.

Oyéronse en el corredor ligeros pasos y La Gazette se dijo en voz baja:

—Apostemos á que vuelve á la carga la criada... como sea así, no desperdicio la ocasion esta vez.

El normando se admiró mucho al ver entrar en su cuarto, no á la camarista de la duquesa, sino á una mujer á quien no habia visto en ninguna parte.

—¿Qué hay para serviros, mi bella niña?

—¿Es al señor baron La Gazette, capitan

de las gentes de armas de la Liga, á quien tengo el honor de hablar?

—Al mismo.

—Tened, pues, la bondad de leer esta carta.

—¡Hum! dijo el baron, que no gustaba de papelotes por razones que él sabia; ¿es larga vuestra carta?

—No lo sé; soy criada de la persona que os escribe.

—Muy bien... muy bien... y... decidme, hija mia, ¿sabeis leer?

—Sí señor.

—Entonces, hermosa niña, leédmela vos misma; tengo hoy la vista muy cansada.

—Con mucho gusto. «Señor baron, leyó la jóven, os envio cien doblones para pagar el rescate de vuestro prisionero el Bailío de Clermont. Este jóven hidalgo está aliado con mi familia, y es un honor para mí contribuir á su libertad, porque consagrado hace poco á la Liga el señor de Clermont, no tardará en ser uno de nuestro más firme sosten. Cierto que la cantidad que os envio no es proporcionada á la importancia del cautivo á que da libertad, pero vendrán tiempos más felices, y espero poder reconocer un dia la generosidad de que

vais á dar prueba, y de la que no dudo de ningun modo.

CONDESA DE COSSE-BRISSAC.»

—Aquí teneis los doblones, añadió la criada volviendo á doblar la carta; tened la bondad de darme un recibo.

La Gazette estaba absorto; se restregó los ojos y los oidos como si hubiese dudado de lo que oia y veia, y esta vez aun, bajo-normando y todo como era, olvidó regatear el precio del rescate, y respondió con un saludo mecánico á la fria reverencia que le hicieron.

—¡Pardiez! esclamó el capitan luego que hubo vuelto en sí de su admiracion; hé aquí una mañana que promete; si el rey de Navarra sospechase lo que me sucede me nombraba su tesorero. ¡Y bien! creo que los republicanos de Roma tenian razon en fiarse de los augurios, me siento enteramente rejuvenecido con esta doble aventura que llena mi vacia escarcela, y puesto que las cosas marchan tan bien por sí mismas al principio de mis operaciones, tomaré á Paris yo solo... ¡Por San Nicolás! mi patron, viva la imaginacion, es un don soberbio de la naturaleza, y admiro á la naturaleza en mi persona! ¿No fui yo quien tuvo la idea de hacer pasar al señor de Clermont por mi prisionero? Si no me hubiese ocurrido esa idea

maravillosa, ¿estaria en posesion de este oro? seguramente no. ¡Ah! señor de Pampelonne, ¿creeis tener el privilegio de las invenciones? Espero demostraros hoy... tra... la... la... qué aventura!

El bravo La Gazette se puso á tararear un antiguo aire de cuerpo de guardia, una cancion antigua de sala de armas. Estaba ebrio de alegria, la vista de sus doblones le causaba vértigos. Durante un gran rato, el tierno suspirante de la señora de Thomassin olvidó sus amores; su pasion más viva, la del oro, acababa de reanimarse con tanto más poder, cuanto que su corazon habia sido maltratado el dia anterior por la esposa del ciudadano Publicola. Los instintos menos nobles del aventurero, atemperados momentáneamente por un sentimiento que habia estallado en su alma, volvieron á triunfar, y el pobre capitan se volvió á hallar tal como lo hemos conocido al principio de esta historia, es decir, el hombre de la casualidad, no teniendo más que dos ideas en la cabeza, la ambicion y la codicia.

—¡Pardiez! pensó entre sí, muy necio era yo en ir á poner mi corazon y mi espíritu en tortura, para arrancar una sonrisa á esa melosa impertinente, que tan mal me trató ayer. Que guarde á su marido, que guarde su virtud;

no tengo ninguna intriga amorosa á la hora esta, y á no ser por el endiablado Bailío, jamás se me hubiese ocurrido la idea de pasar por un lindo .. Ahora bien; fuera tonterías y viva lo demás, es decir, la gloria, el juego, la mesa, el lujo, los perros y los caballos... ¡Bueno! Ahora que estoy libre y desembarazado de absurdos amoríos, ajustemos nuestras cuentas políticas. ¿Qué ha sido del Bailío de Clermont? Si ha salido bien del alboroto de ayer, necesito verle para advertirle lo que ha pasado esta mañana... Sí, pero... ¿querrá tomar una parte de la suma?... No, ese gran señor tiene rasgos como suyos, se me reirá en las barbas, de seguro... y me dejará los doblones. Así, pues, pasaré á verle y le diré que esté en guardia; la señora de Nemours y la señora de Brissac son dos elementos muy poderosos de la Liga... ¡Eh! pero á propósito; ¿no estaban estas dos damas en la lista de mi galante compañero? ¡Canario! Figuraban en ella, pero de memoria, y el Bailío no habia empezado aun el sitio de esas dos plazas de guerra... Vamos... ¡Bueno!... ¿A dónde está mi sombrero... mi espada... Salgamos pronto de esta casa, que habita un ángel malo... Puesto que tengo dinero gestionaré mejor en otra parte los asuntos del Rey.

¡Qué sencillo, qué cándido, qué virginal era el bueno de La Gazette! ¡Se figuraba que podia desenredarse fácilmente de la tela de araña que teje una coqueta para enlazar el corazon de un pobre diablo! Porque acababa de hacerse razonamientos soberbios dictados por el despecho de haber sido rechazado el dia anterior, y creia que para poder desprenderse y salir de aquel atolladero fatal no tenia más que coger su espada, tomar su sombrero, y salirse á la calle. El desgraciado fingia no oir el sordo zumbido de su corazon, que hablaba sin cesar de lo que él procuraba lucir, y cuanto más se exasperaba contra las mujeres en general, más debil se sentia ante la imágen de aquella sirena que su boca desdeñaba, y que acariciaba su pensamiento. En el instante de pasar el dintel de su puerta, detúvose temblando La Gazette. Acababa de oir al fin del corredor el roce de un vestido y el rumor de unos pasos á que ya se habia por demas acostumbrado en quince dias de esclavitud. La señora de Thomassin llegaba en efecto, no con paso listo como esas asustadizas que se precipitan á escondidas ante su bien amado, no dejando otra cosa en pos de sí que el aire embalsamado de amor, sino majestuosamente, como una soberana de teatro que prepara su real aparicion en la escena.

—Señor baron, ¿cómo estais? preguntó la señora Thomassin, que tomó, para entablar la conversacion, una voz adulladora y simpática.

—Estoy perfectamente, señora, respondió La Gazette con bastante firmeza; ¿y vos?...

—¡Yo he pasado una noche horrible!

—¡De veras! interrumpió el capitan ya medio vencido.

—Deberiais saberlo, caballero, despues de lo que me han dicho de vos... ¿Creeis que mi corazon es de mármol?

— Señora... el mio...

—¡Oh! el vuestro es de temple vigoroso.. Los hombres tienen sobre nosotras, pobres mujeres, el privilegio de la energía... eso consiste en que no aman con esa pureza, ese desinterés, esa fe, ese ardor...

—No sé cómo es el corazon de los hombres, señora; pero lo que sé es que el mio sufre...

—¡Oh! no intenteis engañarme, conozco vuestra habilidad, señor baron... No ignoro que un caballero de vuestro mérito encuentre consuelos fácilmente...

—¡Consuelos! verdad es, señora, que vencido por vuestros rigores me he decidido á pedir á la gloria, á los combates, á la muerte, un bálsamo á mis sufrimientos...

—¡Traidor!... ¡podeis hablar así!...

—¡Traidor! esclamó el normando deslumbrado de pronto por rayos de luz, ¡yo traidor! ¿lo creeis así?

—¿No han venido esta mañana aquí dos mujeres?...

—Dos criadas...

—¡Bien! ¿no venian encargadas de mensajes galantes?

La Gazette, transportado de alegría, esplicó las dos aventuras de la mañana; entonces, la señora de Thomassin, juzgando que habia dicho bastante para reanimar el celo de su adorador, afectó una gran reserva y cambió de conversacion.

—¿No me pedis noticias de nuestra interesante señorita?

—Cuando os veo, no veo más que á vos.

—Hoy por la mañana está mejor; el cirujano está satisfecho; la pobre no puede hablar, pero sigue con gran interés lo que se dice junto á el a.

—¿Ha venido el comisario Louchard?

—Mi marido no lo ha encontrado... Si he de hablaros francamente, creo que el señor Thomassin no ha ido hasta donde vive maese Louchard... Mi marido no es muy valiente... no sé si ya lo habreis notado...

—Es el mayor cobarde del mundo... ¡Oh! ¡Perdonad!

—No hay por qué... Odio á los cobardes tanto como admiro á los valientes.

La señora de Thomassin recalcó bien esta frase, y lanzó al capitan una mirada asesina; despues continuó:

—Mi marido habrá temido andar á las altas horas de la noche por las calles que suponia llenas de malhechores. En fin, maese Louchard no ha venido.

—Lo siento...

—Pues podiais alegraros, porque tal vez vereis claro en todo esto: cuando preguntándome el cirujano pronunció el nombre de Louchard, nuestra pobre herida nos miró con terror y se agitó convulsivamente, como si ese nombre hubiese envenenado su herida.

—¡Diablo! ¡diablo! Creo que debemos prescindir de la visita del comisario hasta que yo me informe más ámpliamente.

—¿No es verdad?

—¡Si os dignais permitidme!... Pero no me atrevo á esperar el favor de ir á ver á vuestra enferma.

—¡Cómo! ¡Permitiros! ¿No sois su salvador?

—Sí... pero ayer me habeis echado de vuestro cuarto.

— Estamos en pleno dia, señor baron, murmuró la señora de Thomassin bajando la vista con un candor admirable.

—¡Gracias, mil gracias, ángel mio! esclamó el capitan, atreviéndose con maravillosa audacia á besar una de las manos de la astuta coqueta... ¡Ah! ¡si supiéseis!

—¡Si supiéseis vos tambien!... repitió la de Thomassin suspirando.

—¿Qué puedo saber?

—No, no ha llegado aun el momento de abriros mi corazon... ¡Me detestaríais!... ¡Me despreciaríais!...

—¡Yo! ¡Gran Dios!

—¿No sois uno de los más sólidos pilares de la Liga?

—¿Y bien?

—¿No sois republicano en cuerpo y alma?

—Corriente.... ¿Y qué más?

—Ya veis que no podemos entendernos... hoy al menos.

La Gazette permaneció pensativo, ó mas bien atontado como el buey que recibe en el matadero el primer golpe de manos del carnicero. No comprendía una palabra.

—Sin duda he dicho demasiado, continuó la señora de Thomassin.

—¡Demasiado! balbuceó el normando.... por mi alma, quisiera que hubiéseis dicho más.

—Señor baron, la entrevista que tenemos es solemne, pensadlo bien; voy á tener con vos una franqueza ejemplar. Yo no os amo... todavía; pero es posible que vuestras cualidades, vuestras virtudes hagan un dia en mí una impresion duradera... para eso, entededlo bien, es preciso que mudeis de opinion y de partido... odio la Liga, odio las necias ideas republicanas que el señor de Brissac ha inculcado en mi marido, y el hombre ba tante audaz, bastante decidido para gritar ¡Viva Enrique IV! cuando todo Paris grite: ¡Muera el Borbon!... á ese hombre le amaré con todas las fuerzas de mi alma.

La Gazette oyó recorrer estas palabras en su corazon y en su cabeza como si hubiesen tenido toda la fuerza de esplosion de una descarga de artilleria... Fuera de sí iba á arojarse á los pies de la señora de Thomassin, cuando su perspicacia de normando le inspiró un consejo del que se aprovechó en seguida.

—¡Bueno! pensó. ¡Magnífico! hé aquí á una mujer astuta que quiere que me ahorquen

sin formacion de causa... y yo iba tontamente á caer en el lazo... á dejarme engatusar... á descubrirme á ella... ¡oh! ¡oh!... á pícaro, pícaro y medio... ¡buena pieza!

—Señora, teneis un modo de hablar de política, que me parece peligroso; es preciso estar revestido de coraza para resistiros. Tendré el honor de reflexionar en vuestras proposiciones; volveremos á hablar sobre este grave asunto... Vamos, si gustais, á ver á la señorita...

«Me he apresurado demasiado, dijo para sí la mujer de maese Publicola; este republicano rabioso no es tan corruptible como yo creia... pero le tendré... gritará viva Enrique IV, aunque deba pagar maese Publicola los gastos de resistencia.»

«¡Pardiez! ¡De buena me he escapado! pensó el normando por su parte; una palabra más, ¿qué digo? un gesto, y me entregaba atado de pies y manos á los señores Diez y seis... Vamos, vamos, decididamente estoy de suerte hoy por la mañana; todo esto me anuncia una floreciente prosperidad; los augures están por mí.»

—Señora, dijo La Gazette con una gracia que no le conociamos, ¿me autorizais á ofreceros la mano?

—Con mucho gusto, señor baron, porque cuento con vuestra lealtad para guardar los secretos, y este es un secreto capital que más bien he confiado á vuestro corazon que á vuestro oido.

—Antes de ser baron, era caballero, señora, respondió La Gazette, que dió por corolario á esta palabra heroica el pensamiento siguiente:—«Yo te haré gritar de veras viva Enrique IV, amiga mia, y tu marido hará coro, á fe de normando.»

XVI.

La Gazette reconoce que hay alguna temeridad en fiarse de los augurios.

Ahora podemos nombrar á la interesante jóven á quien el capitan La Gazette arrancó moribunda de manos de sus raptores, y á quien la señora de Thomasrin daba una socorrida hospitalidad. Por qué sucesion fatal de acontecimientos se hallaba Elena de Tarare abandonada así, léjos de toda familia, á cuidados estraños, es lo que diremos próximamente. A fin de seguir á nuestro normando en el espinoso sendero por donde le habian metido la política y el amor, nos vemos obligados á precipitar nuestra narracion y detener-

nos en los hechos ántes de desenvolver sus causas.

Cuando La Gazette y la señora de Thomassin se acercaron á la enferma, quedaron admirados de la alteracion de sus facciones; la señorita de Tarare miró á su libertador con alegría, y haciendo un esfuerzo para unir sus manos en actitud de súplica, las alargó al baron en señal de gratitud.

—¡Y bien! ¡qué niñería es esa! esclamó la señora de Thomassin, mujer por otro lado escelente; os agitais, os desconsolais, y apenas se os deja un minuto, os apresurais á cometer una imprudencia... Guardad esas manitas debajo de la sábana... Vamos, obedeced... ¿Pero qué habeis hecho, Dios del cielo?... Vuestra cama está casi deshecha... Vuestra almohada llena de sangre... Vuestros vendajes casi sueltos!...

La jóven respondió á estas precipitadas preguntas con una tierna mirada que parecia implorar perdon, y esta mirada se dirigió alternativamente á la señora de Thomassin y al capitan con tanta dulzura y melancolía, que los conmovió y les impuso silencio. Aprovechándose entónces de la calma que reinaba en su alrededor, sacó otra vez Elena una de sus pálidas y enflaquecidas manos fuera de la

cama, y señaló con el dedo una de las blancas colgaduras de su alcoba, en la que habia trazada, en letras encarnadas casi ilegibles,—tan trabajosamente habian sido hechas,—una palabra que La Gazette habria echado un cuarto de hora largo en leer; pero que la señora de Thomassin pronunció al momento, con ese arte maravilloso que tienen las mujeres en general para descifrar geroglíficos.

—¡Louchard! dijo la ciudadana Publicola en el colmo de la admiracion.

—¡Louchard! repitió el normando; ¿qué significa eso?

—¿Sois vos la que lo ha escrito? preguntó la de Thomassin.

La jóven, dominando el dolor que le hacia sentir cualquier movimiento de cabeza, hizo una señal afirmativa.

—¿Y con qué habeis escrito esa palabra? ¡con vuestra sangre, justo cielo!

La pobre niña repitió la misma señal.

—¡Vírgen santa! señor baron, ¡aquí hay algun misterio horrible! ya veis que no pudiendo espresarse más que por gestos esta querida paloma, por poco se da la muerte para hacernos esa advertencia. Ha desatado el vendaje que comprimia su herida, ha mojado dos

dedos en su propia sangre, y ha escrito esa palabra cabalística... ¿no estais aterrado?

—Me aterro lo ménos que puedo, señora, respondió el flemático La Gazette; pero tambien hago todo lo posible por ilustrarme; lo que pasa es estraño en efecto; sin embargo, bien podriamos estar en camino de descubrirlo. Esta señorita nos ha manifestado su secreto horror al solo nombre de Louchard pronunciado por el cirujano...

—¡Mirad, interrumpió la de Thomassin, mirad cómo se pinta el espanto en su rostro!

—Preguntémosla, ayudémosla; sus ojos nos dirán lo que necesitamos conocer. Señorita, continuó el capitan con estraviada dulzura, ¿teneis motivos de queja del señor Louchard, comisario de barrio de los Diez y seis?

La jóven enseñó su cuello ensangrentado; despues coronó sus lábios una sonrisa de ángel.

—Ya veis, esclamó la impetuosa esposa de maese Publicola, ese miserable es quien ha intentado asesinarla... ¡Oh! ¡infames ligueros!...

—Perdonad, perdonad, señora, no nos precipitemoe tan pronto. Esta señorita no ha sido herida por Louchard, puesto que yo estaba allí cuando recibió el golpe... Pero sin duda

quiere decirnos quo los esbirros, los raptores obraban por cuenta de Louchard.

Elena bajó ligeramente la cabeza en señal afirmativa, despues enseñó dos dedos de su mano derecha.

—No comprendo, murmuró La Gazette qué quieren decir esos dos dedos.

Elena hizo señas de que podia escribir.

—¡Va á matarse! hizo observar la de Thomassin.

—Más la matariamos si cometiésemos algun error... Dadle con que escribir, mi querida señora, y pronto.

La jóven tomó la pluma que le presentaban, y escribió, entre atroces dolores que soportaba con gran valor, *Olivero*. Agotada por los esfuerzos que acababa de hacer, volvió á caer en su almohada, con los ojos velados, blancos los lábios, y la muerte en la frente.

—Cuando yo os decia que la mataríais, señor, esclamó la de Thomassin... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ya quiero á esta pobre niña como si fuera mi hermana... ¿Y qué habeis conseguido?... ¿qué sacais de esa palabra?

—¿Qué he conseguido? vais á saberlo; escuchad bien, y juzgad si no soy digno de la plaza de presbote criminal. Olivero, continuó La Gazette dirigiéndose á la jóven despues de

haberle dado un momento de descanso. ¡Olivero!... ¡hum!... ¿vamos á ver, querida señorita, á ese Olivero le amábamos un poco, eh?

—El dulce rostro de Elena se contrajo para espresar el espanto.

—¡Qué malo sois! gruñó la de Thomassin, ¿á qué le haceis esa pregunta?

—Paciencia... entonces, hija mia, ese Olivero y maese Louchard, ¿no son más que uno?

La jóven volvió á enseñar sus dos dedos.

—Uno y uno son dos, señor baron, eso no tiene duda, dijo la de Thomassin.

—Ya lo sé... ahora bien, maese Louchard, ¿es vuestro perseguidor?

—Pero eso ya lo sabemos, interrumpió la impaciente ciudadana, mientras la enferma inclinaba ligeramente la cabeza para decir: si.

—Y el señor Olivero, ¿os persigue tambien? continuó el normando sin turbarse... bueno... ya lo sabiamos... ese Olivero es sobrino del embajador Mendez.

Los ojos de Elena brillaron, una alegre sonrisa se dibujó en sus lábios; adivinábase que era feliz por haber sido comprendida.

—Entónces, esclamó La Gazette maravillado de su triunfo, Louchard y el señor Olivero os aman, los rechazais, y haceis muy bien, porque Louchard es un mal hombre, tan

feo como de mala fama, porque el español es un ganapan sin corazon y sin vergüenza. Rivales uno del otro, y rivales desgraciados, han querido robaros cada cual por su cuenta, y habrán ajustado con algunos bribones esa alevosía... ¡Bueno! he adivinado; vuestra frente se dilata, os habeis salvado de las garras de esos bellacos. Pues bien, señora, ¿dudareis ahora de mi perspicacia? ¡Ira de Dios! como dice el Bearnés, hoy me hallo en vena, y creo, Dios me perdone este rasgo de orgullo, que no tardaré en encontrar á mi pobre Bailío de Clermont!

Aquí intentó incorporarse la jóven sobre un codo, y miró fijamente al baron, quien demasiado enorgullecido con su mérito, no reparó en el interés que acababa de despertar, y continuó:

—Sí, hija mia; si me sois deudora á alguna gratitud por el servicio que os ha prestado anoche, no podeis hacer mejor cosa que dividirla entre el Bailío y yo. El es quien os socorrió primero, y me permitireis que vaya á indagar qué ha sido de ese bravo caballero, que ha desaparecido demasiado bruscamente. Señora de Thomassin, segun lo que acabamos de oir, debeis cerrar vuestra puerta al comisario Louchard, así como á todo el que parezca

sospechoso. Despues procuraremos los medios de sustraer esta interesante señorita á las persecuciones de sus enemigos. Vamos, os dejo; tened ambas valor: una para esperar, y otra para cuidar... el baron La Gazette vela por vosotras, y como habeis visto y vereis, no es del todo torpe. Maese Publicola deberá permanecer con la boca cerrada; pero como cerrar el pico á un abogado no es cosa fácil, trataremos de hacer trasladar á esta jóven á un sitio más seguro y discreto que este. Tengo el honor de saludaros.

La Gazette salió á todo escape; pasó los muelles y los alrededores del Louvre, y despues entró muy satisfecho de su larga y brava persona, en la calle que habitaba el Bailío. Al acercarse el normando á la casa donde vivia su compañero vió reunidos algunos grupos, y oyó que hablaban en voz baja y con cierta animacion. Sin detenerse en estas particularidades, pasó adelante el capitan, y entró en casa de Clermont. La puerta del departamento del Bailío estaba abierta; La Gazette atravesó muchas piezas, y llegó á la estancia que servia de gabinete á nuestro elegante.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor baron? dijo el sargento Laprairie, que estaba ocupado en que-

mar papeles á la luz de dos bugías color de rosa. ¡Pardiez! venís á punto. Acabad mi trabajo, si teneis esa bondad, quemad todo ese fárrago de cartas comprometedoras, y permitidme que me vaya lo más pronto posible. Se me figura que haria mal en estar aquí cuando los esbirros de los señores Diez y Seis pongan los piés en esta habitacion. Adios, buena suerte, me voy.

—¿Te vas?... ¿y á dónde?

—Lo ignoro.... Pues qué, ¿no habeis sabido?...

—¿Sabido?... ¿qué?

—El Rey ha escrito anoche al señor Bailío, segun parece, y su correo ha cometido la insigne torpeza de hacerse detener en las barreras. Le han cogido las cartas de que era portador, y apostaria á que la menor palabra de cualquiera de esas cartas bastaria para hacer rodar la cabeza...

—¿Qué me cuentas?... interrumpió el capitan. Pero entonces es preciso que yo tambien me escape...

—Eso será prudente, pero yo paso primero, respondió Lapraririe desapareciendo por la chimenea sin esperar la réplica del baron.

—¡Oh! ¡oh! pensaba La Gazette, mal an-

da esto... Pronto, al fuego los papeles, y vámonos.

El último papel ardia aun cuando se oyó resonar en el pavimento de la habitacion inmediata las culatas de los arcabuces. Viéndose cogido el normando, se echó en un sillon, cruzó sus largas piernas, atusó los pelos más rebeldes de su perilla, y esperó indolentemente la catástrofe pronto á caer sobre su cabeza.

El comisario Louchard se presentó seguido de algunos frailes armados y de algunos soldados.

—¡Eh! ¡buenos dias! gritó La Gazette, ¿sabríais darme razon de mi prisionero?

—Si en verdad, respondió Louchard con una bondad perfecta; justamente tengo mision para eso.

Al decir estas palabras el comisario, hizo seña á sus esbirros para que rodeasen al capitan, el cuál, afectando la serenidad más completa, acabó de cuadrarse en su sillon, y repuso:

—Figuraos, mi bravo amigo, que el señor de Clermont, con sus aires de gran señor, creo que me ha tomado por un imbécil, y en consecuencia, temo que como á tal me haya tratado.

—Registrad los rincones y escondrijos, dijo Louchard á su gente.

—Ayer, continuó La Gazette, nos habíamos puesto de acuerdo sobre el precio del rescate de ese afeminado barbilindo con quien me habia mostrado generoso á causa del gran fervor que ostentaba por la Santa Liga. El dinero debia serme entregado por la noche, y todavía lo estoy esperando...

—¡Cómo! ¿no encontrais nada?... esclamó Louchard con ira.

Y pasó á la pieza inmediata, no dejando más que un hombre para guardar al capitan, que hizo su mueca de costumbre, porque su aplomo maravilloso le parecia medianamente socorrido.

—Permaneced firme, señor baron, deslizó al oido del normando el hombre á quien habia quedado confiado. Si estais de complot con el Bailio, negadlo todo; el señor de Clermont está en sitio seguro. Descargad sobre él sin remordimientos de conciencia, está en sitio seguro, nada tiene que temer, y vuestra generosidad os serviria para que os arrojasen al agua.

—¿Quién te autoriza á hablarme así, bellaco; repuso La Gazette, que desconfiaba de este consejo.

—Oh! No creais que quiero haceros hablar

para perderos. El señor de Clermont ha desenvainado anoche su espada contra una banda de asesinos; ha sido cogido, maniatado y aprisionado por órden de una mujer hermosa que desea su bien. Por mucho que se le busque nadie descubrirá su retiro... Pero vamos á ver... ¡No os enfadeis! Ved que teneis todo el aire de un conjurado cogido en el lazo.

—Maese Louchard, esclamó La Gazette levantándose y yendo derecho al comisario; cuando un hidalgo de mi temple os hace el honor de hablaros, tiene derecho á exigir alguna deferencia. Os hablo, y me volveis la espalda; esa cortesía de plazuelas no me conviene, y sabré obligaros á que me oigais dos palabras con la alabarda en ristre, puesto que es vuestra arma favorita. De aquí á entónces, os deseo buenos dias y buena salud.

—Las dos palabras que teneis que decirme, noble baron, tendreis la bondad de venir á que las oigan en público y ahora mismo los señores del Consejo que os esperan para juzgaros, estando vos presente, y al Bailío de Clermont por contumaz. Vamos, adelante vosotros, y haced los honores al señor baron, que os llevará á su lado.

—Horrible escorpion, dijo La Gazette al oido de Louchard: el dia en que yo te pisotee

con el tacon de mi bota, podrás vanagloriarte de haber manchado mis suelas... Ven, y ruega á Dios que en el camino se me antoje estrangularte.

El normando supo contener su cólera y se puso en marcha. Una vez en la calle, reunióse á la escolta una muchedumbre de ociosos lanzando roncos y fanáticos gritos. Ya habia corrido el rumor por la ciudad de que el Bailío de Clermont y el capitan La Gazette eran agentes secretos del Bearnes; que los habian cogido en fragante delito de conspiracion; que, gracias á sus oficiosos avisos, los calvinistas llegaban sobre Paris á grandes jornadas, esperando que se les entregase por traicion una de las puertas de la ciudad; y bastaba con la mitad de esto en aquella época para escitar la crédula indignacion de un pueblo cuyo sentido moral, político y religioso, estaba profundamente pervertido por la intriga de las banderías.

—¡Eh! ¡pero qué es esto! dijo entre sí el pobre La Gazette al verse acosado, seguido, y precedido por estas olas de vocingleros; me parece que mis asuntos van de mal en peor; no daria un sueldo por mi piel. ¿Por medio de qué heroica estratagema voy á salir de esta? ¿Cómo defender mi causa ante esta horda y avi-

sada canalla? ¡Ah! señor Bailío, ¡en verdad que me estais haciendo cada desaguisado que que no hay más qué pedir!

Louchard condujo á su gente hasta la plaza de la Abadía, donde se hallaba el Consejo encargado de pronunciar sobre las causas que no pertenecian á la justicia regular del Parlamento. Este Consejo, compuesto en su mayor parte de miembros pertenecientes á la faccion de los Diez y seis estaba presidido por el doctor Boucher, uno de los hombres más violentos de la Union, y en el número de los jueces se contaba á Bussy Leclerc, que opinaba siempre por la muerte del traidor.

Cuando nuestro normando vió este tribunal, cuyo rápido modo de gobernar y ancha conciencia conocia, se confesó sinceramente que los antiguos eran unos locos en fiarse de los augurios.

XVII.

La Gazette se ensaya en la elocuencia.

La sala donde estaba el consejo era muy grande; se habia permitido que penetrase en ella la canalla mas vil, y algunos personajes distinguidos se habian colocado en una galería que dominaba á los jueces y á la muchedumbre.

El comisario Louchard tomó la palabra, á invitacion del presidente, y se dió el placer de hacer un exordio pomposamente enfático en honor de la Santa Liga en general y de los señores Diez y seis en particular. Al oir esta maravillosa fecundia, La Gazette cegó de ira pri-

mero, pero despues tomó el partido de permanecer tranquilo para iniciarse, si era cosa factible, en el artificio del buen lenguaje.

—Llego al cuerpo del delito, esclamó Louchard con vehemencia; no tendria grandes esfuerzos que hacer para probaros el crímen del Bailío de Clermont y de su atrevido compañero, si no me dejase llevar por la cólera que me inspiran los traidores; para confundirlos, no tendria más que volver á leer este billete hallado á un espía del herege Bearnés...

—Hacedme el gusto de leerme esa prosa, interrumpió La Gazette; me alegraria saber que leeis sin anteojos tan bien como hablais sin escupir.

El astuto normando habia juzgado á su auditorio de una ojeada; habia comprendido que para escitar algun sentimiento en aquella multitud ignorante era preciso escitar su hilaridad, y echarla á la vez de audaz y de malicioso.

Este trivial apóstrofe tuvo el mejor éxito; una carcajada estalló en la sala, y los mismos jueces se miraron complacidos. Louchard, algo desconcertado, tomó un papel que tenia delante, y leyó con voz de estentor:

«Mi bravo compañero, llego á marchas forzadas; estaré cerca de Paris pasado mañana,

»y me presentaré en los puntos que indicais. »Haced de modo que todo vaya bien. Si los li»gueros están interesados en no ver arder sus »barrios, me dejarán entrar tranquilamente. »Adios; estoy muy satisfecho de vuestra inte»ligencia, de vuestra fidelidad, de vuestro va»lor.»

—¿A quién iba dirigido este billete?... repuso Louchard.

—¿Es eso todo? volvió á preguntar La Gazette; si eso es todo, ruego á maese Louchard que vuelva á empezar, porque es leer demasiado poco cuando se lee bien.

El presidente impuso silencio al acusado, que se embriagó con un murmullo halagador provocado por su impertinente salida.

—Este billete, continuó el comisario, iba dirigido al Bailio de Clermont, como así lo ha confesado el emisario que lo traia. El pueblo ha hecho justicia al espia, nosotros vamos á hacerla á los dos traidores...

—¡Pardiez! señores jueces, interrumpió otra vez el normando; dejadme detener á ese parlanchin. Todo perdemos aquí en escucharle un tiempo precioso que pertenece á la iglesia, á la Francia, á la historia.

—¡Silencio! gritó el presidente.

—No, no me callaré; porque quiero abreviar vuestro trabajo.

—Dejadle que hable, dijo Louchard, demasiado seguro de su elocuencia para temer el pugilato; dejadle que se defienda; sabré fulminarle con una palabra.

—Defendéos, pues.

—¡Ah! en fin... repuso La Gazette. Pero perdonad, vosotros me incomodais un poco, porque para tener la lengua libre como el elocuente Louchard, necesito tener libres los brazos.

Y diciendo esto el capitan envió á dos de sus centinelas que le estrechaban demasiado cerca, á cuatro pasos de él, aplicándole dos codazos que hubiesen sido dignos de los cuernos de un toro.

—Cómo, señores, sabeis que el hereje se hallará esta noche á las puertas de Paris, y en vez de prepararos á combatir, os recreais en la verbosa armonía de ese abogado. ¿Será acaso con frases con lo que vais á rechazar á los hugonotes? Vamos á ver, vosotros, brava gente, que mañana cantareis victoria si el Bearnes sucumbe en su tentativa, y enterrados pasado mañana, si Paris es tomado por asalto, á vosotros me dirijo: ¿no es lastimoso traer aquí como acusado al vencedor del vizconde de Gour-

don? ¡Cómo! porque he hecho un prisionero; porque ese prisionero ha abusado de mi generosa credulidad, haciéndome creer que era de los nuestros, vais á arrojarme al agua como un perro, á mí, al defensor de Poissy? ¿no teneis un medio muy sencillo de ponerme á prueba? ¿No podeis quitarme todo mando, darme un puesto de combate entre vuestros soldados más conocidos, y ver como me porto? Si el enemigo estuviese léjos, yo os diria: Fiaos en ese mercachifle de palabras hinchadas y rebuscadas: entregadme al verdugo, consiento en ser víctima del arte de mal hablar; pero Enrique de Navarra llega; dentro de algunas horas oireis los cañonazos, y mi espada os será útil, mientras las habladurias de maese Louchard no pueden servir para cargar una escopeta. No conozco al Bailío de Clermont, sino por haberle vencido en plena batalla; si se le ha ocurrido conspirar, peor para él; buscadle, encontradle, ahorcadle, me importa tanto como los discursos de maese Louchard.... Vamos, señores Diez y Seis, vamos, bravos hijos de Paris, ¡viva por siempre la Santa Liga! ¡á caballo y al combate! yo os haré ver cómo se defiende una puerta, y no cómo se abre.... ¡Sus! partamos y despachemos.... Tendré la caridad de su-

plicaros que no apedreeis á ese pobre diablo.

Aquí La Gazette señaló al comisario.

—Mirad qué confuso y cariacontecido está... Vamos me dá lástima; y para no verle en su afliccion, me voy... Vámonos. Si tanto os nteresa retorcerme el pescuezo, ó hacerme ahogar, ó decapitar, os ofrezco que volvais á empezar el proceso despues de la derrota del Bearnes, y entonces os divertireis en grande, porque no estareis alarmados. Por ahora se trata de sacar al aire la tizona... ¡Viva la Liga y mueran los charlatanes! Os lo repito, vámonos.

Todos reian á más no poder. Este modo de tratar una acusacion capital, de considerar la cuerda y el verdugo no podia ménos de agradar á aquella gente, cuya sola virtud consistia en saber admirar el valor. Sin embargo, como el pobre capitan debia ser absuelto, no por los espectadores del proceso, sino por el Consejo, no tuvo tiempo de irse tan cómodamente como lo deseaba. Los señores Diez y Seis no podian abandonar á Louchard, que era de su faccion; así es que el presidente ordenó al baron que no le interrumpiese y se dejase juzgar.

La Gazette comprendió que estaba perdido, puesto que los prodigios de elocuencia que acababa de hacer no le habian librado del pa-

so; así, pues, llevó maquinalmente la mano á su cuello, como para acariciar el sitio destinado al hacha ó á la cuerda, segun la honra que quisieran dispensarle.

A Louchard no le costó gran trabajo destruir la argumentacion del orador novicio; probó que seria una locura dejar combatir á un hombre más que sospechoso; que el baron tenia sin duda cómplices audaces; que en cinco minutos podia entregarse una puerta, y que al otro dia se reirian á su antojo los traidores de los ligueros. Probó que el capitan debia estar en connivencia con el Bailio de Clermont; que estaban unidos por lazos de amistad, puesto que uno habia servido al otro de padrino en el combate de la puerta de Santiago; que la muerte del vizconde de Gourdon no debia atribuirse á un desafio político, sino más bien á algun odio particular de los dos campeones; en fin, concluyó pidiendo un suplicio infamante, pronto y ejemplar.

Si el baron no hubiese sido un hombre de guerra estimado, el proceso se hubiese dilucidado en seguida; pero habia mucho que considerar en la causa, porque todos sabian lo que valia el bravo y emprendedor capitan. Los jueces consultaron entre sí largamente, y la mayoría iba á ordenar la muerte, cuando un ca-

ballero, armado de todas armas, entró en la habitacion. Todos hicieron sitio, porque reconocieron al caballero d'Aumale en la corona de su casco, en su argentada armadura y en su brusco modo de andar.

—¡Pardiez! Os conozco bien á cuantos aquí estais, esclamó d'Aumale; me lo habian dicho, y yo sin embargo no queria creerlo. Estais aquí reunidos en cenáculo y perorando, cuando las vanguardias del rey de Navarra aparecen ya en las alturas de Montmartre...

—¡Ah! Monseñor, interrumpió La Gazette: ¡qué feliz casualidad! Estais diciendo precisamente lo que hace poco decia yo; solo que yo echaba los pulmones gritando, miéntras vos les hablais con más autoridad, y por consiguiente con mayor seguridad.

—¡Por quién trabajais vos? continuó el caballero. ¿Es por España ó por el hereje? De seguro no es por mi hermano de Lorena. ¡Sus! salid de aquí pronto, si no os hago encarcelar á todos, incluso el Consejo. Cuando los cañones están abocados y las mechas encendidas, el primer deber del soldado es tomar la delantera para matar ó morir.

—Monseñor, dijo La Gazette, os juro que el griego Ciceron y el latino Demóstenes no tenian vuestro modo de decir las cosas.

—Señor baron, si en esta ocasion os sirvo, es inocentemente, no me lo agradezcais. Teneis, segun parece, entre manos un asunto bastante grave; se os acusa de haber seguido con el Bailío de Clermont una intriga subterránea en favor del Bearnés; si el hecho es cierto, debeis perecer en la plaza de Greve, y no seré yo, en verdad, quien se oponga á que os decapiten.

—Hablais como Salomon, monseñor; que se pruebe el hecho, y consiento que me lleven á la Greve.

—Bien, bien, continuó el caballero, el momento no es el más á propósito para burlas; vamos á batirnos, y despues veremos.

—Pero, esclamó Louchard, no se puede permitir á este hombre que combata en nuestras filas, como pide; nos va á volver la casaca infaliblemente.

—Os soy indispensable, interrumpió La Gazette con una imprudente jactancia, que el caballero advirtió al momento.

—Desegañáos, dijo; la Liga no cuenta sus capitanes ni sus soldados, y voy á daros la prueba de que pueden pasarse muy bien sin vos. Mando en nombre del señor duque de Nemours, gobernador de Paris, que el baron La Gazette sea encerrado provisionalmente en

la Bastilla; señor Bussy-Leclerc, respondeis con vuestra cabeza del prisionero. Vamos, fuera de aquí, señores Diez y Seis, á vuestros puntos de alarma; doctor Boucher, haced que den el toque de alarma en todas las parroquias, y que cada cual corra al Bearnés, como correria al fuego si ardiese su propia casa.

Levantóse la sesion con satisfaccion general. Maese Louchard no hubiera deseado más que hacer caer inmediatamente la cabeza del normando, pero aguardó voluntariamente con paciencia, pensando en la honra que le daria otro proceso, cuyo desenlace podia preveer seguramente.

Los jueces, á escepcion de Bussy-Leclerc, se alegraron mucho de esta dilacion, porque, por fanáticos que fuesen, les costaba mucho hacer perecer á un hombre cuya espada tenia tanta fama, y podia ser tan ruda para los realistas.

El gobernador de la Bastilla fué el único á quien no agradó el giro que el asunto habia tomado, porque la acusacion lanzada contra La Gazette y Clermont, evitaba remordimientos en su conciencia; se creia cómplice del Bailío, y de hecho habia entrado en el complot, porque su mujer le habia insinuado ideas á que habia accedido.

Esta grave contienda amenazaba hacer resaltar verdades terribles, y Bussy-Leclerc hubiese condenado á La Gazette á ser descuartizado, en la inteligencia que de este modo anonadaba uno de los elementos del proceso, enviando á un acusado al otro mundo.

El baron, que se habia visto muy próximo á dar el salto peligroso, se felicitó del aplazamiento. Ganar tiempo habia sido siempre su máxima en el curso de su vida frecuentemente aventurada; así es, que habria deseado dar un abrazo al caballero d'Aumale para darle gracias, porque ya dos veces, en pocos dias, le habia asistido inopinada y providencialmente; pero el caballero salió de la sala en medio de los brazos de la multitud, cuyo héroe privilegiado habia sido. La Gazette se contentó, pues, con interpelar á Bussy-Leclerc.

—Vamos, señor gobernador, dijo, haced avanzar vuestra litera, y puesto que respondeis de mí con vuestra cabeza, dignáos conducirme vos mismo al más oscuro de vuestros calabozos... despachémonos; deseo saber cómo se baten sin mí los parisienses; ingratos, á pesar de todo deseo que sean recompensados medianamente en este mundo, y castigados en el otro severamente.

—Que le lleven, ordenó Bussy-Leclerc garabateando algunas palabras en una hoja de papel: el contacto de un traidor me subleva el corazon.

Un piquete de soldados se apoderó de La Gazette, que tomó con ellos el camino de la Bastilla.

—Vamos, baron, no desanimeis, dijo en voz baja uno de los soldados al prisionero; de buena habeis escapado, y espero que os libreis del todo.

—¡Eh! camarada, replicó el normandos ya va por dos veces que te interesas por mí; en casa del Bailío de Clermont, y aquí... ¿Quién eres?

—Soy el Rifodé; no me conoceis.

—¿Y tú me conoces?

—No, pero me agradais... Hablad ménos alto, si gustais; soy un bribon de buen género, y me apasiono algunas veces por las gentes cuya facha me gusta. Soy ménos tonto que todos esos fanáticos ligueros que se apresuran a trabajar gratis en los asuntos de los jefes de cábala; yo trabajo para mí; tan pronto estoy al servicio de Pablo como de Pedro. Ayer era el hombre de la España, hoy soy el hombre de los Diez y Seis. Ayer encontré al

Bailío de Clermont, amigo vuestro y tambien mio.

—¡Tú amigo del Bailio!

—Notad que he dicho amigo vuestro y mio; el señor de Clermont no puede impedirme que le quiera, por poco caso que haga de mi persona; pero no peleemos por las palabras. He encontrado, pues, al Bailío de Clermont; sé dónde está, y le creo al abrigo de todo.

—No tiene poca suerte; y no puedo decir otro tanto. ¿Adónde está?

—Debo callarme, porque podriais venderle sin quererlo; al menos tal es mi idea; y espero estar en lo cierto, por locas que sean mis suposiciones. He prometido al Bailío emplearme en libertarle, y me comprometo á ayudaros á vos mismo, si puedo. No tomeis por jactancia la importancia que me doy; aquí abundan los bribones y tienen el brazo largo. ¿Se os ocurre confiarme algun secreto ántes de que os encarcelen?

—Ninguno.

—¿Quereis encargarme alguna comision?

—No.

—¿Sois normando, no es verdad?

—Me alabo de ello.

—Lo habria adivinado en vuestra astuta desconfianza. Temeis confiaros á mí, como si yo

no leyese en el fondo de vuestro corazon y á través de vuestro cerebro. Sois realista; solo un necio podria engañarse. Si desdeñais mis servicios, peor para vuestra cabeza; es asunto que os concierne.

—Pues bien, hijo mio, creo que eres un buen compañero; voy á hacerte mi confesion completa; soy liguero en toda la estension de la palabra, es decir, que soy á la vez partidario de Lorena, español, papista y republicano; ya ves que es preciso ser tonto como esos cuatro partidos juntos... Perdonad, se me traba la lengua, tanto como todo un ejército de hugonotes, para aprisionarme en la Bastilla, precisamente cuando vamos a tener funcion. En esta inteligencia, dignáos ir, tan pronto como yo esté confinado en los dominios de Bussy-Leclerc, á casa del abogado Thomassin Publicola, un orador de buenos pulmones, y amigo mio; le contareis lo que me sucede, y tratareis de hablar á su mujer, una de las beldades más completas del ex reino de Francia. Direis á esa encantadora señora...

—A quién amais, dijo riendo el Rifodé.

—¿Quién os da derecho á burlaros de mí, mi truhan amigo? ¿Son esas las consideraciones debidas á la desgracia?

—¡Cáspita! señor baron, no es indispensa-

ble ser normando para tener buena nariz. Diré, pues, á la señora de Thomassin Publicola, que la amais, á ménos que no prefirais hacerla saber que no la amais.

—El bribon tiene talento, dijo en voz alta La Gazette... Pues bien, decid que si han hallado medio de aprisionar mi cuerpo, no podrán encarcelar mi alma.

—La espresion es delicada, digna de maese Ambrosio Bonifacio.

—¿Quién es ese Bonifacio?

—Un poeta muy literato que escribia tan bien como vos hablais. Iré á casa de vuestro hombre, ó más bien á casa de vuestra mujer...

—Nada de quid pro quos, hijo mio; la señora de Publicola no es mujer de nadie.

—¿Ni aun de su marido?

—Bien podria ser. Direis, pues, á la señora de Thomassin que le recomiendo mi caballo Pompeyo... ¡mi bravo y hermoso caballo de batalla!... que no le escasee la cebada...

—¿Es eso todo?

—Todo... despues de eso, si podeis serme útil, el baron La Gazette lo reconocerá.

—Gracias... ahora callémonos.

El Rfiodé pudo hablar con su prisionero sin mucha dificultad; porque mandaba la escolta y caminaba junto á La Gazette. El ca-

mino concluyó en silencio, y á la presentacion de la órden de registro firmada por Bussy-Leclerc, condujeron al baron á un sucio calabozo, donde fué encerrado bajo tres cerrojos.

Nada diremos de las tristes y sombrías reflexiones que hizo nuestro bravo normando en su celda subterránea, donde su más grave ocupacion fué, en primer lugar, esterminar algunos sapos que le saltaban por las piernas. Despues de haber probado con la punta de los labios una mezquina merienda que le sirvieron como por lástima, procuró dormirse en una mala cama.

La imágen de la señora de Thomassin se le apareció en sueños; tan cierto es que el amor, compañero de nuestras más dulces alegrías, es siempre amigo de nuestros más amargos infortunios.

Al declinar la noche, despertó á los prisioneros un espantoso ruido. El cañon hizo retemblar los cristales de la Bastilla; los gritos, las campanas, el fuego de fusilería vinieron en ayuda de los cañonazos para dar una serenata infernal al baron, que se arrancó al principio un puñado de cabellos, pensando en que estaban batiéndose sin él. Poco á poco, sin embargo, esclamó filosóficamente:

—¡Bueno! hé ahí al Bearnés que se rompe las narices á las puertas de Paris. Preciso es confesar que somos tres políticos profundos. ¡Su Magestad calvinista, Su Gracia el Bailío de Clermont, y yo, La Gazette, baron de no sé qué, pero de seguro primero y último del nombre!

XVIII.

Estaba escrito que el dia en que La Gazette contaba con hacer obras maestras, no hacia más que tonterías.

La señora de Thomassin se habia quedado junto á la señorita de Tarare profundamente turbada con las últimas palabras de La Gazette. La pobre niña habria deseado detener al capitan para obtener de él esplicaciones más minuciosas y más precisas; pero estaba tan debilitada con la pérdida de sangre que acababa de sufrir con los violentos esfuerzos que habia intentado, y con la emocion que el solo nombre del Bailío de Clermont le causaba, que le fué imposible hacer un gesto, una señal, ni aun un ruego con la mirada.

La señora de Thomassin, por más coqueta y política que fuese, no podia ménos de irse enamorando poco á poco del valiente baron, tan rudo con la espada en la mano, tán tímido á su piés, y tan sagaz cuando se trataba de instruir los asuntos criminales.

Cierto que el normando no era buen mozo, pero el republicano Publicola era hiperbólicamente feo; el primero era un hombre y un valiente, sus músculos tenian el temple del acero, su estatura era imponente, y su corazon el de un niño; maese Thomassin solo era un personaje mezquino, sin energía más que en la lengua, cobarde por lo demas como una liebre, y á pesar de sus pretensiones á la malicia, participaba más de la fuina que de la zorra.

Todas estas consideraciones, minuciosamente adicionadas en el ánimo de la sagaz esposa del abogado Thomassin, hicieron la fortuna de La Gazette, puesto que la señora de sus pensamientos le tomó un afecto real.

Por otra parte, para cualquiera que se haya entregado un poco al estudio de la fisiología del sentimiento, es notorio que las mujeres en general desean prodigiosamente gobernar la pasion que inspiran, y no pueden resolverse á ser gobernadas por ella.

Haced por la mujer que amais toda clase de

estravagancias, la colmareis de alegría, pero se esforzará en ocultaros vuestro triunfo, como para escitaros á nuevas hazañas. Sereis vencido, por muy vencedor que podais ser, por la única y escelente razon de que, en amor, el vencedor no es más que un esclavo.

La naturaleza es quien ha hecho este código riguroso, pero encantador; la naturaleza, previsora y vengadora, que ha querido compensar á las mujeres de la debilidad de su sexo, del Código civil, de la ley sálica, y de todas esas sentencias formuladas por los hombres contra lo que esto llaman, por galante ironía, la más bella mitad del género humano. Pero que, por casualidad, un hombre, dueño de sí, se halla cogido en la red de una mujer hábil, y entónces, en vez de adelantar, retrocede, adoptando la táctica de los Portas, el combate cambia de faz, y la victoria es del fugitivo.

La señora de Thomassin creia haber sujetado bien al capitan, y le trataba como cautivo, cuando de pronto el tímido enamorado trató de sublevarse. Era preciso que la Gazette fuese muy obstinado en su opinion, muy fanático por la Liga y por la República para que hubiese resistido las insinuaciones de la mujer que adoraba. De esta idea á la sospecha de

que el baron podia muy bien no amarla perdidamente, la señora de Thomassin no vió más que un paso, y entónces se confesó que si fuese así, se veria desesperada, desgraciada, y no sabria qué hacer. Entonces ya no hubo en aquel turbado corazon gran sitio para la política; quedaba un hecho solo, un hecho manifiesto: el baron La Gazette, buscado por estratagema, era amado por su propio mérito y por él mismo.

La señora de Thomassin tuvo un momento de sensibilidad nerviosa luego que el baron hubo desaparecido tomó un rostro apenado, asomaron dos lágrimas á sus ojos, fijó en la señorita de Tarare miradas de ternura, y le dijo con emocion:

—Mi querida señorita, ¿cómo os encontrais? ¿No os agrada un poco la dicha de haber sido comprendida ó adivinada?

Ella sonrió con amargura.

—Espero que ya no temereis á esos bandidos que os han hecho tanto mal; es preciso ser buena cristiana, y dar gracias á Dios, hija mia, porque os ha preservado de un peligro grande y terrible. Si no hubiéseis sido arrancada de manos de vuestros raptores, ¿á donde estariais á la hora esta? ¡Qué hubiera sido de vos, gran Dios! ¡Ah! el señor baron La

Gazette y el señor Bailío de Clermont os han prestado un eminente servicio.

Elena se volvió á estremecer al oir el nombre del Bailío: hizo un esfuerzo violento para hablar; pero su voz espiró en sus lábios y sus ojos se velaron. La señora de Thomassin estaba en vena de melancolía, y en este estado las mujeres de corazon sensible tienen una perspicacia maravillosa para sondear las turbaciones del alma.

—Si no teneis mas que odio y repugnancia para vuestros dos perseguidores, continuó, sería posible que uno de vuestros salvadores os hubiese... ¡Oh! ¡Cómo brilla vuestra mirada! ¡Pobre niña!... El señor Bailío de Clermont, ¿no es verdad?

Elena bajó los ojos con casto candor, y la señora de Thomassin vió aparecer en sus pálidas mejillas un color sonrosado que se desvaneció en seguida.

—¡Ay! mi querida amiga, ¿sabeis bien quién es ese jóven señor? ¡Creo que siempre ha sido el caballero más cumplido de la antigua corte, y se conoce en seguida al verle tan galla do, tan gentil, tan buen mozo!... ¡Vaya! ¡es un hombre como pocos! Tiene unas maneras que no se usan entre nuestros plebeyos de la Liga... Dicen que es bravo, y hasta un mala ca-

beza, pero ese era el encantador defecto de los señores de otros tiempos... ¡Ah! ¡hija mia, amais al Bailío, tened cuidado!... ¡hum!...

Elena escuchaba esta charla con una especie de embriaguez; la señora de Thomassin no tenia en verdad necesidad de cuidar su elocuencia; y aunque hubiera cometido dos faltas de lenguaje en cuatro palabras, y falta de buen gusto en todo lo que habia dicho, su discurso hábria encantado siempre los oidos de la enferma, cautivados con los elogios que prodigaba al Bailío con tanta largueza.

—Tened cuidado, continuó la escelente mujer, el señor de Clermont es de antigua y noble cuna, y para casarse con él es preciso tener en el bolsillo un buen paquete de pergaminos.

Aquí volvió á sonreir la jóven, pero sin orgullo, como quien dice: yo soy de su rango. La señora de Thomassin comprendió esta idea, y dedujo de ella que tenia en su casa acostada en su propio lecho, á la heredera de alguna princesa. Como tenia instintos aristocráticos, se felicitó por este feliz descubrimiento, y continuó:

—¡Bueno! Pero no hay que apasionarse demasiado pronto, mi bella señorita: el señor de Clermont ha sacado la espada para socorreros,

es cierto; no está muy bien. Sin embargo, lo que ha hecho el señor de Clermont lo habria hecho en su lugar cualquier hombre honrado; testigo el señor baron de La Gazette, uno de los capitanes más valientes de estos tiempos. La gratitud puede obligarnos, á nosotras las mujeres, á la admiracion; pero no al amor. Si el señor Bailio fuese por casualidad de carácter ligero... Es una brillante mariposa, pensadlo bien; si se abandonase á las conquistas que hacen, estoy segura de ello, su talento, su gallardía y su fama de noble y bello soldado, podriais tener que arrepentiros por haberos apresurado demasiado... ¡Oh! no me mireis con esos ojos tan tristes; no hago más que imposiciones; no sé absolutamente nada escandaloso acerca de ese galan hidalgo... Solo dijo que para curaros bien y pronto, es preciso tener el corazon en paz y el espíritu tranquilo; no os inquieteis de ese modo, y reservad, al ménos para vuestra convalecencia, esos suspiros que flotan y aparecen en vuestros lábios.

Mientras la señora de Thomassin hablaba así, el rostro de Elena, un momento sombrío, se fué animando por grados; el pecho oprimido de la enferma respiraba más libremente, y su frente se coronaba con un pálido rayo de voluptuosa alegría.

—Vamos, vamos, pronto tendremos noticias de ese jóven; estad cierta de que el baron La Gazette sabrá encontrarlo... El señor de Clermont no es un caballero de quien se pueden librar fácilmente, y los bribones á quienes ha atacado para libraros, os prometo que habrán sentido la punta de su fina espada... ¡Ah! ya... pero á propósito, ¿tambien vos perteneceis á la Liga? ¿es, pues, una verdadera maldicion de Dios? ¡Cómo! ¡Con que tambien las grandes señoras y los más nobles caballeros, las mujeres bonitas y los hidalgos más buenos mozos se unen en compañía de las mujeres feas y de los soldadotes de la Union! En otro tiempo no se veia aquí más que á los príncipes y princesas de Lorena que consintiesen en encallarse con los tunos de los Diez y Seis y los necios plebeyos de nuestras calles. ¿Estais verdaderamente por la Liga?

La señorita de Sarare hizo señas que no?

—¿Pero él es de la Liga?

Elena repitió la misma seña.

—¡No! se me figura que estais equivocada... ¿Le conocíais ántes?

—El mismo gesto.

—¡Pues bien! yo os aseguro que es liguero-republicano... ¡Ah! si le hubiéseis oido disertar con el señor Thomassin, alabar á romanos,

cuyo nombre no recuerdo, y ostentar una erudicion detestable... modificariais vuestra buena opinion... Sonreis... mejor para vos; en cuanto á mí, no me parece nada alegre esa historia... Un Clermont, un favorito del difunto Rey, dar en esas tonterías... ¡Es cosa que me subleva!

La señora de Thomassin se vió interrumpida con la llegada de maese Publicola, con su marido, que entró como un huracan.

—¡Eh! ¡Dios mio! Despojaos de esos modales de pueblo, dijo la buena y escelente mujer; entrais aquí como en vuestro Forum, adonde pretendeis que todos tienen derecho á armar ruido; cerrais violentamente las puertas, sin importaros un ardite el mal que podais hacer.

—¡Perdonad! declamó el ciudadano abogado tomando una postura trágica; la preocupacion en que estoy esplica mi brusca aparicion. ¿Sabeis lo que pasa, señora? ¿Sabeis las noticias que corren? ¿Podeis imaginaros de qué catástrofes estamos amenazados, vos, yo, la pátria?...

—¡Ay! en cuanto á catástrofes, todo me lo espero... hablad ménos alto... ese será el modo, no solo de haceros oir, sino dejaros comprender.

—Señora, nunca ha corrido por vuestras venas, segun veo, una gota, una verdadera gota de sangre republicana.

—¡Bonito descubrimiento! y sobre todo, vaya una desgracia!

—Si no sois republicana, espero que sereis al menos esposa tierna y fiel.

—Eso tampoco es nuevo.

—¿Qué no vereis sin estremeceros entregagada á las llamas la ciudad de Paris?

—Seguramente no, si he de arder yo tambien.

—Pues bien, sabedlo, el hereje relapso, el Bearnés, el rey de Navarra, estará á las puertas de Paris dentro de algunas goras.

—¡Ah! buena ocasion vais á tener para batiros, señor Thomassin.

—¡Señora!

—¡Hace tiempo que fulminais á los hugonotes en vuestra elocuencia!

—No es eso todo; sabed que hemos mantenido, alojado, acariciado á dos traidores, dos infames esbirros de Enrique de Navarra, dos espías, buenos para la horca y el fuego; dos políticos, señora, dos realistas!

—¿Quiénes? ¡bondad divina!

—El Bailio de Clermont y el Baron La Ga-

zette... ¡Esto os admira!... ¡palideceis!...¡os sonrojais.... de vergüenza, supongo. Estoy indignado, estoy exasperado: hacer así traicion á las leyes de la fraternal hospitalidad, venir á la casa misma de un discípulo de los Gracos con la mentira en la boca y la tiranía en el corazon... ¡Ah! ¡reconozco bien en eso á los insolentes y perversos patricios!

—Poco á poco, caballero, replicó la de Thomassin, que se habia aprovechado de la facundia del abogado para tranquilizar su espíritu, ligeramente conmovido con una noticia que la colmaba de alegría, pero á la que no se atrevia á dar fé; poco á poco, ¿teneis semejantes sospechas?

—¿Sospechas? ¿qué entendeis por eso, señora? continuó el abogado que no deseaba otra cosa que creerse en plena audiencia. Sabed que hoy por la mañana han ahorcado á un mensajero del rey de Navarra, que este mensajero era portador de un billete del hereje para el Bailio de Clermont, y que el Bearnés anuncia en este billete su intencion de prender fuego á Paris antes de cuarenta y ocho horas, y revela las espantosas maquinaciones de vuestro amigo La Gazette, y de...

—Ante todo, caballero, el baron La Gazette es más amigo vuestro que mio; no he sido

yo quien lo ha introducido en esta casa, y si hace traicion á la república, y no la mia, á la que trata con tan grato desden.

El abogado estaba lívido de cólera y de espanto; demasiado ocupado de sí mismo, no reparó en la señorita de Tarare, á quien sus revelaciones ponian en una terrible ansiedad; hasta la señora de Thomassin estaba tan inquieta por su parte respecto del baron, que habia olvidado en cierto modo á la enferma, próxima á desmayarse.

—Como quiera que sea, continuó maese Publicola, tan pronto como caiga el Bailio de Clermont en manos de la justicia, rodará su cabeza en la Greve...

—¿No se han apoderado todavía de ese gran culpable? preguntó la de Thomassin, dirigiendo á Elena una mirada de terror.

—No, el miserable se ha ocultado; hasta tememos que haya salido de Paris.

—Me alegro á fé mia: ¿por qué no guardais mejor vuestras puertas?

La enferma dirigió una angélica sonrisa á la señora de Thomassin, y despues alzó al cielo sus ojos para implorarle.

—Pero si nos falta uno de esos bribones, tenemos al otro; el baron La Gazette no se nos escapará.

—Y yo os digo que cometeis en este momento las más grande, la más infame de las cobardías, la de hacer traicion á un amigo, la de abandonarle en el infortunio. El baron es mejor y más sincero ligüero que vos. Si se le juzga, yo iré á deponer en su favor, y esto será en vergüenza de vuestro nombre; porque vos deberías defenderle, con la única arma que os es familiar, con esa palabra de que siempre estais abusando; ¿no es para hacer bien? Iré á decir que el capitan La Gazette es un leal caballero, que he querido inducirle á romper con la Liga, y que ha opuesto la negativa más formal á mis tentativas de seduccion...

—Señora, vais á perderme.

—¡Eh! caballero, si os pierdo, vuestra república ganará en ello...

—Maese Thomassin Publicola, gritó por la puerta entreabierta una voz desconocida.

—¿Quién me llama?

—Id á verlo.

Thomassin salió, y encontró en el dintel al Rifodé, que desempeñó en términos concisos la comision de La Gazette.

—Está bien, iré á verle, porque siento un infortunio, respondió el abogado; pero que no cuente conmigo para defenderle; la pureza de

mis principios no me lo permite, y ante su traicion desaparece mi amistad. Sacrificando su afecto paternal, fué como Bruto tuvo el heroico valor de condenar á muerte á sus hijos...: Seré Bruto, caballero, porque yo queria á ese hombre como si hubiera sido mi hijo.

—Eso está muy noblemente pensado, y más noblemente dicho, replicó el Rifodé; pero sin perder un tiempo precioso corred á la Bastilla, donde vuestro antiguo amigo os reclama; yo le creo inocente, y vuestro gran corazon le salvará, aunque no sea más que para añadir una palma más á vuestros triunfos...

—Parto, caballero; podreis referir que me he hecho violencia para obedecer á la humanidad.

—Partamos.

El Rifodé bajó á la calle con maese Thomassin, le acompañó durante algunos momentos y luego, fingiendo pensar en un asunto urgente, lo dejó para volver atrás.

No hacia un cuarto de hora que el Rifodé habia dejado á su berboso compañero, cuando daba dos golpecitos á la puerta de la habitacion de la senora de Thomassin. Como ésta habia contestado que entrasen, entró y se adelantó respetuosamente hasta la mitad del cuarto. Las cortinas de la señorita de Tarare esta-

ban dispuestas de tal modo, que no podia ver el Rifodé.

—¿Qué habeis venido á decirme? preguntó la señora de Thomassin, que desde la partida de su marido no sabia ya lo que se hacia.

—Señora, soy portador de una mala noticia: el señor baron La Gazette está prisionero de Estado en la Bastilla.

—¡En la Bastilla! ¡Dios mio!

—Me ha encargado os diga que si su cuerpo estaba aprisionado, su pensamiento...

La señora de Thomassin puso un dedo en su boca para imponer silencio; pero el Rifodé comprendió en el brillo de sus ojos, que despedian chispas como carbunclos, que la fiel ternura del prisionero tenia un eco simpático en aquel corazon, todo suyo.

—Y del Bailío de Clermont, caballero, ¿se tienen noticias?

El Rifodé habia dado algunos pasos, acercándose á la cama de la enferma, quien, por su parte, ávida de saber la respuesta á esta pregunta, para ella tan preciosa, se habia medio incorporado, á pesar de sus sufrimientos, y se esforzaba en separar las colgaduras.

—El señor Bailío de Clermont está, como el baron La Gazette, en un calabozo de la Bastilla.

Un grito agudo, gutural y desgarrador, vibró en la alcoba; la señorita de Tarare acababa de incorporarse sobre un codo, entreabrir las colgaduras, mirar al cuarto y reconocer en el Invencible al jefe de los bandidos que la habian robado durante la noche; y como si esta aparicion terrible no hubiese sido suficiente para matar al momento á la desgraciada jóven, acababa de saber que el Bailio, su bien amado, estaba encerrado en una ciudadela, de donde los prisioneros, tales como él, no salian nunca vivos.

Al oir este grito la señora de Thomassin, se inclinó vivamente hácia la enferma, que cogió entre sus brazos para sostenerla; el Invencible, que no habia hecho más que entrever aquel rostro pálido, se creyó acometido de un vértigo, y se precipitó hácia el lecho del que acababa de surgir un fantasma.

Al reconocer á la señorita de Tarare, este hombre, más degradado que pervertido, se dió en la frente y en el pecho, y cayó de rodillas, murmurando:

—¡Qué encuentro! ¡Qué castigo! ¡Estoy maldito!

—¡Qué necesidad teníais de hablar del señor de Clermont! dijo la señora de Thomassin en el colmo del estupor, y olvidando que ha

bia contestado á su pregunta. ¿No veis que ella le ama?... ó más bien, que le amaba, ¡porque ha muerto!

—¡Muerto! dijo una voz... ¿Qué ha pasado, pues?

Era el cirujano que iba á visitar á su enferma.

Decididamente aquel día el pobre La Gazette habia tenido mala suerte, y si no le hubiesen encerrado, es de apostar á que habria cometido otras tonterías.

XIX.

El Rifodé se dedica como mejor puede á reparar las tonterías. de La Gazette.

Ya es tiempo de que nos espliquemos algo acerca de este equívoco personaje, encargado por la casualidad de ayudar al Bailío de Clermont, al mismo tiempo que le conducia á la Bastilla, y de reparar como mejor podia las torpezas de La Gazette, á quien habia hecho encerrar de órden superior. No referiremos completamente esta vez la historia del estraño discípulo de maese Ambrosio Bonifacio; pero ántes de pasar más adelante, daremos de él algunas noticias.

Era hombre de unos cuarenta años, de fi-

sonomía franca y abierta, dotado de una fuerza hercúlea, que revelaba miembros nerviosos, pecho ancho y pelo tan rubio que tocaba en rojo, y que se hubiese fácilmente tomado por la leonada crin de algun monarca de las selvas. Este truhan tenia talento natural en buena dósis, la réplica pronta, y el sentido y la mirada malignos. Tenia el arte de acicalarse tan bien, que podia imprudente é impunemente representar todos los papeles y remedar todas las figuras. Por lo demás, esta era la más esencial obligacion de su oficio, como vamos á demostrarlo.

En la época de la Liga, y sobre todo desde 1589 á 1594, es decir, desde la muerte de Enrique III hasta la entrada de Enrique IV en el Louvre, las calles de Paris se vieron infestadas de bribones de toda clase, que esplotaban con audaz impunidad su infatigable industria. Las revueltas políticas absorbian de tal modo á los jefes de la municipalidad, que desdeñaban descender á detalles de policía para proteger á sus administrados, y los ladrones pululaban por bandas que se ponian descaradamente al servicio de los distintos partidos.

La poblacion parisiense, propiamente dicha, estaba por otra parte invadida por emigraciones de la provincia y del estranjero, hasta

el punto de que el tipo indígena aparecia confundido en una multitud flotante procedente de Alemania, de los Paises-Bajos, y de los paises ligados. Los ciudadanos, llevados por el espíritu de revuelta, fanatizados por los predicadores, habian recibido guarnicion en sus hogares domésticos, para alojar á los mercenarios alistados en las banderas de la Santa Union; y aunque tuviesen que arrepentirse de esta hospitalidad, que conducia casi siempre á catástrofes galantes, no por eso eran ménos fervientes y *rabiosos hasta hacerse esquilar*, como dice en alguna parte la cronología novenaria.

Los bandidos que invadian las calles de Paris se aprovechaban con arte de la tolerancia de los jefes de policía, de la estupidez de los ciudadanos, de la brutalidad de la soldadesca, del fanatismo del clero, de la licencia de los frailes, de la ambicion de los grandes, de la galantería de las mujeres, y de las intrigas de todos para introducirse en todas partes. No pertenecian indistintamente al pueblo; se contaba entre ellos gente de nacimiento al menos equívoco, y de porte bastante decente. Eran, en general, hombres nacidos para la espada, pero arrastrados hácia la horca. Eran bravos, tanto como puede serlo un bribon, hábiles en

mentir, en marcar cartas, en disfrazarse, capaces de llevar con el mismo desembarazo la capa de terciopelo, que los harapos del mendigo.

Esta clase de gente eran jefes de truhanes; habia que interesarlos en las empresas políticas para tener probabilidades de buen éxito, porque se entendian perfectamente en las revueltas populares. Eran los *alabarderos* de esa fuerza sangrienta, de ese melodrama sacrílego que tenia lugar en el Louvre, en los Cartujos, en los Jacobinos, en la legacion romana, en la embajada española, en las iglesias, en las plazas públicas, en el campo de Mayena y en el de Brissac, y en el ejército del duque de Parma.

La canalla, subyugada por la superioridad de estos bribones escogidos, les habia dado una dignidad. Mientras los partidos se disputaban la corona de Francia que querian arrancar al Bearnés, la asociacion fraternal de ladrones confiscaba el reino en provecho suyo, habia imaginado una escala gerárquica para sus oficiales, constituido un Estado en el Estado, restaurado los degradados estatutos de la antigua Corte de los Milagros, y puesto en vigor ese lenguaje, que en tiempos ya remotos habia legado ya un hombre á los que solo emprendian su gerigonza. Los bribones tenian,

pues, un rey, leyes, capitanes. En otro tiempo, solo se componian estos de gente que se ingeniaba en escitar la piedad de los paseantes con la exhibicion de una repugnante miseria, de heridas y de deformidades simuladas. En los tiempos de que hablamos, esta canalla se afilió á los ladrones, á los asesinos, y el rey de los bribones se volvió un potentado, teniendo bajo su cetro todas las sabandijas humanas que bullian en Paris.

Ahora bien; el rey de esta canalla, en la época en que el Bailío de Clermont inventó la política sentimental y en que La Gazette hacia tonterías, el rey, repetimos, habia tomado por nombre de guerra el sobrenombre de Rifodé, que traducido de su gerigonza, significaba incendiado, quemado, asado. No tardaremos en saber por qué le habia convenido este sobrenombre.

El cirujano se habia apresurado á socorrer á la señorita de Tarare; habia tratado con aspereza, sin la menor consideracion, á la señora de Thomassin y al Rifodé por haberse apoderado de la cabeza de la enferma, y sacando un frasco de uno de sus vastos bolsillos, intentaba reanimar á la pobre jóven haciéndola respirar sales que parecian impotentes para que volviese en sí.

—¡Qué ha pasado, pues, Dios mio! ¿qué ha pasado? repetia á cada instante el cirujano, hombre escelente, y hábil práctico, que se habia consagrado á su enferma tanto por simpatía como por amor á su arte.

—¿Ha muerto verdaderamente? respondia la señora de Thomassin, interrumpiendo las oraciones que rezaba en voz baja.

—Muerta, no; no se muere así como así cuando se está en todo el vigor de la juventud; pero ya no respondo de su vida como habria respondido esta mañana. Hay en el cerebro un desórden horrible. La llaga se ha vuelto espantosa.

—Caballero, dijo el Rifodé, que hasta entónces habia guardado silencio; aplicaos á verter alguna calma en el espíritu de la señorita de Tarare; yo me encargo de aliviarla mucho más, con algunas buenas palabras, de lo que podria hacerlo vuestra ciencia, por poderosa que sea.

El doctor se volvió para mirar con admiracion al hombre que le interpelaba de este modo. La señora de Thomassin abrió los ojos desmesuradamente, y no pudo ménos de decir:

—¡La señorita de Tarare! ¡cómo! ¿La conoceis?

—Mejor que vos... Seguid mi consejo... caballero.

—¡Mejor que yo! repitió la de Thomassin; no es por cierto un milagro... ¡Ah!... ya, pero contadnos...

—No se trata ahora de cuentos, interrumpió el cirujano; olvidad por un momento, vecina, que sois mujer, y guardaos vuestra curiosidad... Ayudadme si quereis... así, tened este brazo.

—¡Qué brazo tan lindo! continuó la de Thomassin sin tener mucho en cuenta la advertencia del cirujano, y admirando la blancura y la gracia modelada de la mano y del brazo que le habia confiado... ¡ya no me admiro que el Bailio!... Solo una princesa puede tener...

—Haced que mueva los dedos, dijo el cirujano practicando una ancha sangría cuyos efectos siguió con cierta ansiedad.

La señorita de Tarare volvió á abrir los ojos y pareció buscar á su alrededor con una inquietud mezclada de espanto.

El Rifodé, como si hubiese previsto esta muda investigacion, se habia colocado detrás de la colgadura, y así no podia ser visto.

—Y bien, maese Dominico, preguntó la de

Thomassin, ha abierto los ojos, hasta creo que se ha sonreido... ¿Qué pensais de esto?

—Espero, señora, espero: ¿no es nuestro deber, el deber de nosotros los médicos, á quienes se acusa sin razon de dudar de la Providencia?... Bien, basta con esto: temo debilitarle sacándole demasiada sangre, ¡ha perdido ya tanta la pobre niña!... Ayudadme á comprimir.

—¡Dios mio! ¡Qué hermosa es! volvió á murmurar la de Thomassin. ¡Qué rostro tan celestial! ¡Cuánta nobleza en esa pálida frente, y qué cosas tan lindas debe decir esa linda boca!

El cirujano se apartó un momento de la cama; el Rifodé le cogió de un brazo, y llevándole en silencio al fondo de la habitacion:

—Caballero, le dijo en voz baja, si le hablaseis, ¿podria comprenderos?

—Sí, pero necesita un reposo absoluto.

—Necesita ante todo olvidar un recuerdo que envenena el reposo que juzgais necesario; estad seguro de ello.

—¿De qué recuerdo quereis hablar?

—Volved á su lado, y decidla, caballero, que nada tiene que temer del bandido, porque David, el hijo del viejo guarda-bosque, está á su lado.

—¿Por qué no se lo decís vos mismo? ¿Por qué no os presentais? Vuestra presencia y vuestra voz podrian hacerle mucho bien... Si sois ese David...

—Si me presento bruscamente, como lo quiso hace poco la fatalidad, tendria otro síncope...

—¡Señor! guardaos bien de ello, porque esta vez seria mortal.

—¿Podrá responderos?

—Imposible.

—Entonces decidla que el bandido ha venido á implorar su perdon, á expiar su crímen, á servirla con abnegacion como en el castillo de Tarare, y recalcad bien esto, caballero, á traerle noticias tranquilizadoras del Bailío de Clermont... Id, y podreis alabaros de no haber hecho una cura, sino un milagro.

El médico bajó la cabeza, y sin procurar profundizar más este misterio, volvió al lado de la enferma.

—Mi querida niña, dijo, no trateis de responderme de otro modo que con la vista... ¿Cómo os sentís?

Elena alzó los ojos al cielo con dulce resignacion.

—¿Estais dispuesta á recibir una buena noticia?... ¿Sí? Pues bien, escuchadme, porque

yo no os doy miedo, ¿no es verdad? Ya veis que os cuido como si fuéseis mi hija... Es que yo os amo como si fuera vuestro padre. Hace poco os aterrásteis con la presencia de un mal hombre. ¡Ah! ¡ah!... no frunzais las cejas; no os atormenteis, el bandido está léjos, no le volvereis á ver... nunca; ha huido.

Elena dirigió al médico una mirada llena de ternura y de gratitud, como para bendecirle.

—El miserable que os ha hecho tanto mal, se ve acosado de remordimientos; vino á suplicaros que le perdonáseis, que olvidáseis su crímen... Así, hija mia, para probar vuestra gratitud á la Providencia, es preciso perdonar, y olvidar cuanto sea posible. De hoy más, nada tendreis que temer; además de esta señora y yo, vuestros buenos amigos que os estamos cuidando, tendreis tambien para serviros fielmente, como en el castillo de Tarare, al buen David, el hijo del viejo guarda-bosque.

La enferma se estremeció y espresó su sorpresa por medio de un débil suspiro, acompañado de una amarga sonrisa.

—Asi, pues, mi querida amiga, vais á permitir al pobre David que se arrodille al pié de vuestro lecho... ¡Cómo! ¡os negais!... Pensad que trae noticias tranquilizadoras del Bailío

de Clermont?.. ¡Ah! ¡ah! brillan vuestros ojos, se animan vuestras mejillas... Vamos, venid, caballero, venid y hablad nos pronto de ese jóven encantador á quien amamos medianamente... segun creo.

El Rifodé llegó de rodillas hasta el lecho de la enferma. Elena se estremeció al verse tan de cerca de este hombre, más odioso para ella que un mónstruo. Pareció refugiarse bajo la proteccion de la señora de Thomassin y del doctor, levantando y tendiendo hácia ellos sus temblorosas manos. El Rifodé comprendió que debia apresurarse á hablar para calmar esta turbacion peligrosa, y dando á su voz la espresion del arrepentimiento, dijo:

—Señorita Elena, atrevéos á mirarme, puesto que yo me atrevo á veros. Cuando podais oirme sin peligro de vuestros dias, os referiré mi historia y tendreis lástima de mí, porque soy el mas afligido, el más desgraciado de los hombres. No veais en mí más que á David, ese soldado que acariciábais cuando niña; ese soldado que os arrancó de manos de vuestros raptores; lo que yo era entónces para vos, vuestro servidor y vuestro amigo, lo soy hoy con desprecio y vergüenza de mí mismo. Yo os devolveré en bien todo el mal que os he hecho... La fatalidad me ha conducido: soy más

que vos aun víctima suya; porque vuestra herida se cerrará, volvereis á vivir bella, triunfante y virtuosa; las llagas de mi corazon no se cerrarán nunca, porque mi honor es el que está mortalmente herido... ¡Piedad, señorita; por favor os lo suplico, tened de mí piedad!

El terror pintado en las facciones fué borrándose poco á poco: el Rifodé habia suplicado con tanta pena, que todas las palabras que salian de sus lábios parecian llenas de lágrimas. Elena le miró con esa dulzura misericordiosa que deben tener los ángeles para oir la confesion de nuestros crímenes y de nuestras faltas, y pareció querer preguntarle sobre otro asunto.

—¡Gracias! murmuró David; os habeis dignado oirme, y sereis recompensada. El señor Bailio de Clermont vive; está al abrigo de las implacables persecuciones de sus enemigos; está encerrado en la Bastilla.

—¡En la Bastilla! repitió la señora de Thomassin... Os engañais, caballero; el que está injustamente aprisionado es el baron, el bravo é infortunado baron La Gazette!

—¡A quién se lo decís! esclamó el Rifodé, ¡á quién se lo decís! ¡Esta mañana he conducido al capitan La Gazette á la Bastilla, como tuve el honor de anunciároslo!

—¿Y bien?

—Eso no impide que anoche condujese al señor de Clermont á la Bastilla; esos caballeros están ambos bajo cerrojos; pero debo apresurarme á deciros que el baron está allí mucho peor que el Bailío.

—¿Qué quereis decir con eso? interrumpió la de Thomassin, cuyo sensible corazon estaba sufriendo un horrible martirio.

—Tengo alguna esperanza de salvar al capitan La Gazette; es un escelente hombre por quien me intereso, pero juega á cartas vistas, mientras el señor Bailío...

—Sin embargo, esa carta que han cogido, volvió á decir la señora de Thomassin, á quien el amor hacia perder la prudencia; esa carta cogida á un espía solo concernia al Bailío, y á ese jóven señor es á quien los señores Diez y Seis quieren juzgar particular y principalmente. Y como le buscan para sentenciarle á muerte, debemos temblar, pues está prisionero.

—Ahí es donde está el error, replicó muy pronto el Rifodé dirigiendo una mirada á la señorita de Tarare; el señor de Clermont está en la Bastilla, y no está; le tienen, y no le tienen. En fin, lo mejor que podia sucederle le ha

sucedido. Si no se hubiese hallado en mi camino la última noche, si no hubiese intentado librar á esta señorita atacando con su arojado valor, no dormiria en la húmeda paja de un calabozo, sino que su cuerpo decapitado estaria en Montfancon... Asi, pues, no os atormenteis, señorita Elena; esperad y confiad; habeis sufrido ya demasiado para que Dios os abondone... ¿Os admira oirme hablar de Dios?... Pues bien; sí, hablo de él cerca de vos con alegría porque sois mi providencia; me habeis hecho comprender todo lo que tiene de odioso mi vida criminal: me haceis sentir lo que tenia de dicha y de virtudes mi vida de hombre honrado; sois para mí el rayo de sol que disipa y rechaza horribles tinieblas para verter olas de luz y de alegría; me habeis salvado de la eterna condenacion por medio del arrepentimiento y de los remordimientos que me habeis inspirado; es justo que yo os hable de Dios, pues to que os vuelto á colocar su imágen ante mis deslumbrados ojos. Vivireis y os traeré todos los dias noticias del Bailío, de ese señor generoso que tan bien haceis en amar, porque es superiorá todos los hombres de su clase en nobleza de corazon como en valor, como en elegancia, como en generosidad; porque, señorita, fijaos bien en esta palabra que va á reanimar

todo vuestro ser, porque él os ama... me lo ha dicho... me ha encargado que murmure su nombre á vuestro oido.

—Basta ya, interrumpió el cirujano que habia escuchado todas estas confidencias con los brazos cruzados y con recogimiento. Despues de haberle espuesto á morir por medio de un crímen, no debe esponérsele otra vez con propósitos que no podria oir sin morir de alegría... Basta, jóven, alejáos... señora, retiráos tambien... dejemos dormir á esta querida niña... ¿no es verdad que vais á dormir un poco, ahora que sois feliz?... Vamos, vamos, seamos cuerdos, y antes de ocho dias podreis preguntar cuanto querais á vuestro amigo David, y en ménos de un mes os hallareis en estado de dar un paseo de una hora; si os sublevais contra mis prescripciones, tendreis que guardar cama durante un año... escoged, mi querida niña... adios.

La señora de Thomassin cerró las colgaduras del lecho sin hacer caso de los ruegos que los ojos de la pobre enferma dirigian á los que la rodeaban, á fin de que continuase esta grata conversacion.

El médico impuso la más severa vigilancia, y salió; entónces, volviéndose de pronto

el Rifodé hácia la señora de Thomassin, le dijo á media voz:

—Ahora, señora, nos toca á los dos hablar de política.

La de Thomasein se dejó conducir con mucho gusto á una pieza inmediata, y su primer palabra fué esta:

—Ante todo, habladme del baron.

XX.

El Rifodé se apodera de la situacion.

—Si lo permitis, señora, respondió el Rifodé no os hablaré del baron La Gazette hasta despues de habernos ocupado de otras muchas cosas, de que es importante que hablemos.

—Lo importante, señor mio, es socorrer á un hombre ilustre amenazado de una muerte miserable; el baron está mas en peligro que nadie...

—¡Eh! ya sé que amais al capitan...

—¡Yo! desengañaos; la humanidad, la admiracion, la equidad...

—Perfectamente; el amor se acomoda á to

das esas virtudes; pero no temais descubrir vuestras baterías; vos, la señorita Elena, el Bailío de Clermont, el baron La Gazette y yo, nos hallamos amalgamados en una intriga de las mas dramáticas, en la que arriesgamos nuestra cabeza. El mas comprometido de todos soy yo; pero en mi cualidad de truhan comienzo en no ocuparme de mi persona hasta que me quede algun tiempo que perder; despues viene la señorita de Tarare, que está en peligro estremo; despues el baron, luego el Bailío, y vos estais al lado de ese señor.

Ahora bien; necesitamos obrar vivamente, y hablar poco. El baron os ama, vos amais al baron, el baron es realista, vos estais por la monarquía; de suerte, que os entendereis á las mil maravillas.

—Verdad es que yo no soy liguera sino de hecho, interrumpió la señora de Thomassin; pero el baron es republicano, lo cual siento en el alma, porque...

—Creeis que se me engaña fácilmente, señora; sabeis mejor que yo las intenciones que el capitan La Gazette alimenta á escondidas.

—Sé que tiene gran aversion á los calvinistas, y el Bearnés...

—¿No os ha confesado nada?

—Nada.

—Entónces me callaré, porque no me han pagado para que revele los secretos de las gentes, y no pretendo dirigir mejor que ellos sus asuntos. Dejemos esto, y volvamos á la señorita de Tarare.

—Jóven, no sabeis qué especie de mujer soy... Cuando tengo una idea fija, se lo sacrifico todo. Sí, amo al baron; pero le amo sin que él lo sepa; esto es deciros que puedo en cierto modo glorificarme de esta pasion, puesto que he tenido hasta hoy la gloria de dominarla. Amo violentamente, y frente á los peligros que amenazan el objeto de mi adoracion, permanezco fria, y por decirlo así, insensible á cualquier otro infortunio. Si pues quereis que os escuche, decidme ante todo lo que interesa al baron; socorredle el primero, y vereis que no me falta ni energía ni sagacidad para mostrarme agradecida á un beneficio.

—Vamos, puesto que tan decidida estais, hablemos del capitan. Señora, por poco que os intereseis en la vida de vuestro amigo, es preciso dejarle donde está, aunque esté allí muy mal.

—¡Dejarle en prision! ¡En la Bastilla! ¡Acusado de un proceso criminal!

—Sí, y con razon. Hay dos hombres en

Paris que han jurado que uno haria ahorcar al otro; estos dos hombres son el comisario Louchard y el baron La Gazette...

—¡Me admirais!...

—Haremos de que sea el bravo La Gazette el que haga ahorcar á Louchard, si no Louchard hará ahorcar á La Gazette...

—Pero ¿cuál es la razon de esa enemistad?

—Vuestro marido ha visto sin duda á Louchard esta mañana y le habrá referido necesariamente los acontecimientos de la noche última. Maese Publicola no podia cometer más inocentemente una torpeza más insigne, porque la señorita de Tarare ha sido robada de órden de Louchard, y el bribon á quien Louchard encargó ese golpe, os ha dicho lo bastante para que sepais su nombre...

—¿Sois vos?

—Yo mismo.

—¡Misericordia! ¡Qué encuentro!

—Asi, pues, Louchard sabe probablemente mejor que vos y yo, que el valiente baron ha arrancado á la señorita de Tarare y ha sido dejada por muerta en medio de la calle, y despues trasladada á vuestra casa en un estado desesperado...

—Pero entónces ¿va á venir?...

—Habria ya venido si no temiese compro-

meterse inútilmente. La señorita Elena odia á ese miserable tanto como le teme, si no más. Si se presentase aquí Louchard para hacer constar é instruir el crimen de que he sido instrumento, pero cuya causa es él se espondria á pasar del papel de acusador al de acusado. Sabe además, que su víctima está moribunda, y no es hombre de continuar una intriga para él sin fruto. Conozco á Louchard; esperará á que la señorita de Tarare se restablezca ó muera para presentarse. Si la pobre niña vuelve á la vida, su perseguidor intentará hacerla robar otra vez, porque la ama al modo de los tigres, con un amor egoista y feroz; si muere, se consolará de ello con su propia rabia. Pero estad cierta de que el baron La Gazette está espuesto á la venganza furiosa del comisario Louchard, cuyos infames proyectos ha destruido; así es, que el proceso del capitan se seguirá con celo, y Louchard no estará contento hasta que haya hecho atar á su enemigo á una de las horcas de Montfancon.

—Decís esas cosas con una calma que me hiela... ¿Luego el baron está perdido sin remedio?

—No, si sois hábil.

—¡Hábil, Dios mio! ¡He perdido la cabeza! ¡no se me ocurre una idea!

—Yo me encargo de dároslas.

—¡Ah! ¡hablad, por favor!

—El Bailío de Clermont está en la Bastilla...

—Ocupémonos esclusivamente del capitan, interrumpió la señora de Thomassin con una turbacion que probaba los estragos de la desesperacion.

—¡Eh! ¡Dios mio! Vuestra ternura al baron raya en ferocidad, como el amor de Louchard; tened un poco de paciencia. El Bailío está en la Bastilla, y yo le he conducido por órden de la señora de Bussy-Leclerc.

—Del señor, querreis decir?

—De la señora... no me interrumpais, os lo suplico. He adivinado, con esa costumbre que tengo de obedecer á las pasiones de los que me pagan, que la señora de Bussy estaba enamorada del jóven Bailío, y apostaria mi cabeza contra un ducado, á que el Bailío es víctima afortunada; porque si no estuviese en la Bastilla, le habrian decapitado sin formacion de causa. Si mis previsiones son justas, el señor de Clermont está al abrigo de toda persecucion, porque no irán á buscarle á los calabozos de la ciudadela.

—¿A dónde quereis ir á parar?

—A deciros que para salvar al Bailío ten-

dreis que serviros de las revelaciones que os hago, sin comprometer por supuesto...

—¡Comprendo! esclamó la señora de Thomassin, comprendo; el Bailío salvará al baron... ¡ah! ¡gracias! un millon de gracias, jamás podré espresaros toda mi gratitud... ¡qué imaginacion teneis!

—¡Eh! me parece que vuestra penetracion supera á mi imaginacion...

—¡Es que le amo! Cuando el corazon está ocupado, el espíritu se vuelve ingenioso. Ya vereis lo que sé hacer.

—¡Diablo! no lo dudo... ahora, ¿me prometeis pensar en nuestra querida enferma?

—Si en verdad, me consagro á ella en cuerpo y alma.

—Bien; teneis por marido al charlatan más insoportable del mundo: guardaos bien de confiarle nada.

—En cuanto á eso, no temais.

—Es preciso engañar su curiosidad, hacerle creer que la señorita de Tarare ha muerto, lo que no podrá estrañarle; sacar á la señorita de Tarare de esta casa donde la brutal pasion de Louchard la vigilaria demasiado asiduamente, hacerla conducir á sitio seguro, y celebrar aquí sus funerales, como si hubiese muerto en nuestros brazos.

—Consiento, pero no será difícil...

—Vuestro consentimiento, el apoyo del cirujano, alejar á vuestra criada durante la noche, y una parte de la mañana; no necesito más. Secundado de este modo, me encargo de obrar. Esta noche debe atacar á París el rey de Navarra; el ataque le saldrá mal, porque está previsto; pero el combate será rudo, y maese Thomassin estará muy ocupado...

—Desengañaos, mi marido es más cobarde que charlatan; cuando hay que batirse, se esconde.

—¡Perfectamente! no se esconderá en su casa por pudor, y esta noche podremos hacer lo que nos parezca. Ved, pues, al médico. Cuando se empiecen á oir los primeros cañonazos, vendré yo. Ahora os dejo, pues tengo mucho que hacer.

El Rifodé atravesó de puntillas el cuarto donde se hallaba la enferma; despues ganó la puerta y bajó á la calle.

La señora de Thomassin se acercó al lecho de Elena, entreabrió las colgaduras, y vió á la jóven que, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos llenos de lágrimas, parecia rezar.

—¿Es así como atendemos las órdenes del médico, mi hermosa señorita?... Vamos, no os

apeneis... salvaremos á los dos... Vamos á ver ahora que estamos solas, vamos á convenir en una mentira muy importante. Cuando venga mi marido le diré que estais muy débil, mucho peor que esta mañana... Fingiré que desespero de vuestra cura: será preciso que no me desmintai con esos ojos hermosos, que dicen todo lo que vuestra linda boca no puede espresar.

La señora de Thomassin hizo bien en tomar esta precaucion sin m s tardar, porque maese Publicola entró en el cuarto en este momento.

—Y bien, caballero, ¿qué noticias hay?

—He visto al baron La Gazette; me ha oprimido el corazon.

—Su calabozo será horrible, ¿no es cierto?

—¡Bah! eso no le importaria nada si le dejasen en él; pero al pobre diablo le retorcerán el pescuezo muy pronto.

—¿Qué decis?

—Es triste de anunciar, pero por desgracia es cierto. La Gazette es un traidor, á quien un traidor solo podria defender. Tengo gran práctica en los procesos; nadie ve mas claro que yo en los asuntos embrollados; ¡pues bien! afirmo que el baron es realista; el culpable se revela á cada palabra que pronuncia para dis-

culparse. Jura, perjura, y quiere esterminarlo todo; pero lo que no puede esterminar, mi querida señora Publicola, es su conciencia, que se retrata en su rostro y le acusa. Verdaderamente siento esta catástrofe, pero como buen republicano no debo tener entrañas, sino un corazon de hierro, un valor inquebrantable y estóico. El baron será primero degradado y ahorcado despues, muerte infamante reservada á los perjuros y á los espías. De seguro no será yo quien defienda á ese falso hermano.

—¿Y se juzgará pronto el proceso?

—Mañana, ó pasado lo más tarde. A propósito, mi querida esposa, esta noche hay que batirse, y en grande. ¿Están mis armas en buen estado? Mi mosquete, mi sable, mi puñal...

—¡Justo cielo! ¿Qué tengo yo que ver con vuestro arsenal, señor mio? Si vuestras armas no se hallan en buen estado, ¿por qué las dejais que tomen moho? Habladme del Bailío de Clermont; ¿le han hallado?

—No, el miserable habrá franqueado nuestras barreras... Si se ha quedado en Paris, le compadezco, porque maese Louchard sigue su rastro con rabia: en verdad que ese bravo Louchard es un hombre poderoso... Figuraos que ha recomendado á La Gazette á Bussy-Leclerc

y que esta sola recomendacion ha bastado para poner en el suelo á nuestro antiguo amigo... A propósito, ¿cómo sigue nuestra interesante enferma?

—Mal, muy mal, respondió la de Thomassin, que añadió bajando la voz: El médico me ha afirmado que no saldria de la noche.

—¿De veras? El comisario Louchard se va á desesperar.

—¿Por qué?... ¿Qué interés?...

—He contado al comisario esta trágica aventura, y se ha echado á llorar. Louchard es un hombre escelente en el fondo y digno de pertenecer á los nuestros un dia. Esa pobre niña le interesa...

—Entónces hará bien en convertirse y rogar por su alma...

—¿Convertirse! Pero Louchard es muy piadoso.

—Sí, tan piadoso como vos republicano; la devocion de vosotros dos solo es moneda falsa.

—¡Señor!

—Hablad bajo si gustais; pensad que una mujer se muere en ese lecho.

El doctor llegó á tiempo para cortar una conversacion conyugal que amenazaba concluir mal.

—Y bien, dijo, ¿la enferma continúa bien, no es eso?

—Continúa mal; no os chanceeis con vuestros moribundos, replicó la de Lhomassin haciendo señas al cirujano, que en vano procuraba adivinar lo que querian decirle.

—No teneis necesidad de ocultaros de mí, repuso Thomassin; mi mujer me lo ha contado todo... Lo siento... cómo ha de ser... Vuestros pronósticos son implacables, señores.

—¿Pero qué es lo que hay de triste?... ¿de enfadoso?... ¿qué pronóstico?... balbuceó el cirujano.

—La pobre niña está durmiendo, dijo la de Thomassin llevándose á los dos á otro lado; no necesitais disimular, doctor, para repetir á mi marido la sentencia que habeis pronunciado esta mañana: nuestra enferma no pasará de la noche... ¡Ah! lo que es á mí, me cuesta una enfermedad... pero en fin...

—Puesto que habeis revelado... puesto que habeis hablado, respondió el doctor, que comprendió al fin las señas y ojeadas de su vecina, lo confieso... está mal, muy mal, malísima... y...

—Vamos, os dejo, interrumpió el abogado; tengo el corazon demasiado sensible para soportar semejantes espectáculos. Además, mi

puesto de combate me reclama... Doctor, esta noche vais á oir horribles descargas; que ese sangriento ruido no os impida dormir... protegeremos vuestros dioses lares... Si me matan, os recomiendo á esta tierna esposa; y vos, mi buena amiga, si mañana llegais á saber que vuestro marido ha sucumbido, no esteis por eso ménos gloriosa que afligida... mostrad el gran corazon de una romana...

—Vamos, ¡que Dios os guarde! dijo la tierna esposa para poner á raya el sentimiento de esta tierna despedida.

—¡Qué frialdad! dijo el cirujano en voz baja á su vecina, despues que hubo partido el abogado. ¡Cómo! ¡No estais conmovida! Vuestro marido va á batirse, y...

—¡Batirse! Va á acostarse en algun rincon hasta la aurora; maese Publicola solo se bate en el Parlamento; allí es donde muestra una temeridad increible.

—Eso es diferente. Ahora, ¿quereis esplicarme vuestra pantomima?

La señora de Thomassin llevó al médico junto á la cama de la señorita de Tarare, y le refirió lo que el Rifodé le habia dicho relativamente á los temores que le inspiraba Louchard; pero se guardó muy bien de hablar de los presuntos motivos de la encarcelacion de

Bailío. Elena no puso ninguna repugnancia á la estratajema que debia simular sus funerales; al contrario, parecia alegre, porque pasando por muerta, se libraba de las persecuciones de sus perseguidores; y cuando el doctor le interrogó, su cariñosa mirada reveló, no solo su resignacion, sino tambien su alegría.

—Perfectamente, dijo el cirujano; voy á instalarme en un sillon para esperar la noche y los acontecimientos, porque no quiero dejar á mi querida enferma en el trayecto que le vamos á obligar que haga.

El Rifodé habia ido, al salir de casa de Thomassin, á ver á Louchard, á quien halló presa de una viva ansiedad.

—Y bien, le dijo el comisario, ¿es así, señor bribon, como ganais vuestra cebada? ¿Qué habeis hecho de esa jóven, de esa chiquilla? ¿Por qué no habeis venido á darme cuenta de la mision que os confié?

—¡Cáspita, señor! Cada cual tiene el amor propio de su oficio; yo soy Rifodé, y me gusta servir á mis clientes. La casualidad ha querido que la espedicion no saliese bien, aunque no fué por culpa mia; despues de esa derrota, me daba vergüenza presentarme ante vos.

—¿Y qué me importa á mí vuestra ver-

güenza? no intenteis interesarme por medio del sentimiento.

—Basta con una derrota en veinticuatro horas, señor.

—¿Qué quereis decir?

—Que en cuanto á sentimientos, somos dos bribones que no valemos poco, señor.

—Te voy á hacer ahorcar.

—Tened cuidado, esa palabra suele traer consigo desgracia. En estos tiempos, las cuerdas se ajustan á todas las gargantas.

—¡Insolente me robas mi dinero y me ultrajas!

—No señor, os traigo vuestros doblones, repuso el Rifodé, arrojando en una mesa un saco de escudos... Tened la bondad de ver si es esa la cuenta. Os prometí robar la pupila del presidente Brisson, y he tenido la torpeza de dejar que me la roben; mi probidad se opone á que cobre salario alguno.

—¡Tu probidad! me gusta la palabra, macse Rifodé.

—¿Qué quereis? hay gentes que se rien siempre de esa palabra.

—En fin, ¿por qué me has dicho esta mañana que habias salido bien del rapto?

—Porque así lo creí. Confié la jóven á

dos de los mios, que han desaparecido no sé como.

—Sí, han sido atacados y matados por ese bandido de La Gazette, que Dios confunda, y la señoritade Tacare, herida en la lucha, ha sido trasladada á casa de Thomassin, donde está en peligro de muerte. Thomassin me lo ha contado todo; pero tengo á La Gazette, y saciaré en él mi venganza.

—Hareis muy bien seguramente. Ahora que os he devuelto el dinero, estamos en paz. Espero que mi delicadeza os obligará á emplearme en otra ocasion... que seré menos desgraciado.

«Primer paso dado en el buen camino, dijo para sí el Riíodé al salir de casa del comisario... jamás me han proporcionado el placer que me causa esta buena accion ninguno de los crímenes que he cometido: ahora al otro.»

Y el honrado bandido se dirigió hácia el barrio de la abadía de Saint-Germain-des-Pres, donde se hallaba la embajada española.

En la plazoleta de la Abadía se elevaba en la época de que hablamos, un pesado pastel de edificio, aislado como una isla, flanqueado de puertas bajas y de torreones, y agujereado con largas ventanas enrejadas, encerrando en su

recinto un jardin de mediana estension. El escudo de Castilla estaba esculpido en el frontis de la puerta principal de esta especie de ciudadela, que protegia el flotante pabellon de Felipe II, rey de las Españas.

Si la forma esterior del palacio ocupado por el señor Mendez, conde de Cluny, embajador de S. M. Católica, era maciza y pesada, si su aspecto era triste y frio, apenas se penetraba en sus anchos vestíbulos, se reconocia en la suntuosidad de la morada el fausto insolente de la corte española.

Felipe II, celoso de sus riquezas tanto como de su poder, gustaba de abrumar á las naciones rivales con su esplendor; y sus representantes derramaban el oro para probar en el estranjero su fabulosa munificencia.

El palacio del embajador estaba guardado militarmente; dos alabarderos permanecian en el primer patio, cerca de la puerta principal, y se oia resonar en las losas del pavimento y de las escaleras las espuelas de los hidalgos que iban y venian para un servicio cuyo mando solo tenia el ministro de Felipe II.

Esta morada fastuosa, enriquecida con magníficas pinturas, estátuas, trofeos, tapicerías y muelles elegantes, tenia un aspecto estraño.

Era á la vez el cuartel general de un jefe de ejército, una corte de placer, y el palacio de un opulento prelado. Gentes de espada, pajes galoneados, mujeres encantadoras, gente de iglesia y de galante librea se cruzaban allí en todos sentidos.

El embajador veia á todo el mundo, porque desempeñaba abiertamente el papel de conciliador para embrollar mejor los hombres y las cosas á gusto de su poderoso amo.

Trabajador infatigable, recibia con aparato á los grandes hombres de la Liga, á los príncipes de Lorena y á las princesas, á los hombres de elevado nacimiento, á las eminencias del clero, hermandades y clase media; pero, en secreto, hacia introducir con frecuencia en su gabinete á gentes de la última condicion.

Los poderosos tenian en palacio sus grandes recepciones; la canalla se introducia por puertas falsas, y como en esta época de desórdenes insensatos la canalla de Paris exigia que se contase con ella, el señor Mendez, como hábil diplomático, tenia un pié en el gran mundo y otro pié en el fango.

El Rifodé fué introducido por una puertecilla secreta en el gabinete del embajador. Este gabinete era un departamento suntuoso, ador-

nado con armas y cuadros del mayor precio. Tan pronto como la puerta se volvió á cerrar, levantóse Mendez, y dirigiéndose al Rifodé le dijo:

—Mucho has tardado, truhan, y mi sobrino debe estar fastidiado esperándote en el punto convenido.

—¿El señor Olivero está en Vicennes?

—Ciertamente, á no ser que tú no hayas querido acompañar á nuestra cautiva... ¿La has confiado á otros?

—Enviad un correo á vuestro sobrino, escelencia; la señorita de Tarare se nos ha escapado.

—Escapado!... ¿qué dices?... ¡mi secretario ha sido testigo del rapto!

—Sí, pero no nos ha seguido... En el camino hemos sido atacados; han muerto tres de mis hombres, y la señorita de Tarare ha recibido en la lucha un pistoletazo, del que por desgracia ha muerto!

—¡Misericordia! ¡Qué va á pensar el duque de Parm ! ¡Voy á perder su estimacion, su afecto... pierdo su apoyo y lo pierdo todo!

—Sé perfectamente, escelencia, que este asunto era para vos de la mayor importancia; os habiais comprometido á hacer conducir, por medio de vuestro sobrino, á la señorita de Ta-

rare al ejército del duque de Parma. El señor Olivero ha intentado en vano agradar á esa noble y bella niña, y no pudiendo él mismo robarla por cuenta del duque, se entendió con vos para encargarme ese golpe de mano. Por poco lo llevo á efecto, pero al fin no he podido; vengo á traeros el dinero que me habíais dado... Volved á tomarlo, monseñor; tengo por costumbre no tocar al salario que no he ganado.

—Pero al ménos refiéreme cómo han pasado las cosas... Dime los nombres de tus agresores.

El Rifodé refirió á su antojo los acontecimientos que ya conocemos; no nombró ni á La Gazette ni á Clermont, y fingió ignorar qué habia sido de los despojos de la señorita de Tarare, abandonada en la calle por sus raptores

—Espero, escelencia, dijo terminando, que os dignareis acordaros de mi desinterés, y que en otra ocasion tendreis á bien disponer de mis servicios.

Mendez hizo un esfuerzo para obligar al Rifodé á conservar el dinero que le habia devuelto, pero el honrado bribon se negó á ello y salió de la embajada diciendo para sí:

—¡Y van dos! ¡Buen dia, Dios mio! ¡Vamos, David, corazon!... ¡El bien trae tanto y cuesta tan poco!...

XXI.

Donde el lector volverá á hallar á su conocido antiguo.

El caballero d'Aumale no habia exagerado los peligros de la situacion. El rey de Navarra, al frente de siete mil hombres aguerridos, habia deshecho en los brillantes combates de Arques, veinte y cinco mil ligueros mandados por Mayena. El generalísimo de la Union, conociendo que sus bisoños soldados no podian sostener la campaña abiertamente contra el ejército real, se habia replegado hácia Paris, y el Bearnés, reforzado con cinco mil ingleses que le envió la reina Isabel, se habia decidido bruscamente á llevar al enemigo á mar-

chas forzadas hasta las puertas de su capital.

Como los generales de la Union habian esparcido con profusion noticias falsas anunciando sus victorias, la derrota del ejército calvinista y el cautiverio del hereje, las bobaliconas de Paris pasaron del delirio de la alegría al estupor y al espanto, al saber que iban á ser atacados sin pérdida de tiempo por las tropas del rey de Navarra y por el rey de Navarra en persona.

La ciudad entera se puso en una agitacion tumultuosa; no se encontraba por las calles más que ciudadanos cargados de caprichosas armaduras, llenas de orin la mayor parte, frailes deteniéndose para subir en los cantos y predicar, con el crucifijo en la mano y la ira en los labios, como si se hubiese tratado de rechazar á un ejército de mahometanos.

El peligro comun no habia hecho sino un solo grupo de los distintos partidos que hormigueaban en la Liga; los españoles, los lorenenses, los republicanos tenian con igual terror la conquista del nido donde fraguaban sus intrigas; jamas los galos, amenazando á Roma, sembraron más desórdenes que el que causó en Paris la aproximacion de los esploradores del ejército calvinista.

El Rey de Navarra fué á establecer su cuartel general á la aldea de Montrouge la víspera de Todos los Santos por la noche; despues de haber reconocido en persona el estado de las fortificaciones, dió algunas horas de descanso á sus soldados, fatigados por una marcha muy pesada, y se echó vestido en el lecho para prepararse él mismo á las fatigas del dia siguiente.

El Rey empezó á dormirse, cuando el ruido de una voz le despertó sobresaltado.

—Está escrito que no he de dormir sino en el Louvre, dijo para sí el Bearnés frotándose los ojos... ¿qué me quieren aun esas gentes?

Y sin moverse del sitio, prestó el oido á este ruidoso coloquio:

—Señor, es muy posible que tengais prisa; me guardaré muy bien de dudar de vuestra palabra; pero el rey tiene más necesidad de dormir de lo que vos teneis de seguro en hablarle. Vamos mañana á batirnos, tal vez esta noche; hemos andado quince leguas de una tirada, ¿lo sabeis?

—¡Vais á batiros! ¡vaya una cosa! os compadezco verdaderamente. Hace un siglo, caballero, que yo no he tenido esa dicha ni ese honor! ¡Habeis andado quince leguas; vaya un

trabajo! ¡Yo llego de Inglaterra, y de Calais á Montrouge apenas si mis caballos han tenido tiempo para probar un pienso! ¡Pardiez! caballero, os repito que es preciso que yo vea á Su Majestad... Tengo órden de entrar donde esté á cualquier hora.

—Yo tengo órden de cerrar su puerta, y aunque fuéseis el gran Mogol, no entrariais...

—¿Quién ha dicho pardiez por ahí? preguntó el Rey saltando de su cama y corriendo al ruido que hacian estos dos hombres, uno para defender su consigna, y el otro para forzarla.

—Señor, solo yo puedo atreverme...

—¡Pampelonne! esclamó el Bearnés; entra, pues, hijo mio, y sé bien venido... Señor de Clermont, os doy gracias por vuestro celo... Haced colocar vuestros centinelas fuera de este vestíbulo, y que no venga nadie á incomodarme. Ven, Pampelonne; ven, y abrázame...

El caballero de Pampelonne entró en la modesta habitacion que ocupaba el Rey, y doblando en tierra una rodilla besó respetuosamente la mano de su señor.

—Mi bello caballero, dijo el Rey; siéntate en esa cama, á mi lado, descansa, porque te

veo que no puedes respirar, y cuéntame tu viaje... Sabe ante todo, que estoy sumamente satisfecho de tu embajada...

—Señor, me alegro en el alma de vuestra satisfaccion, pero usaré primero de la indulgencia que me otorgais, para deciros que si no estuviéseis contento de vuestro embajador no lo estaria de vos. Creo, en verdad, que he hecho maravillas, y pierda yo mi nombre de Pampelonne, que tengo en tanta estima como vuestra corona, si cualquiera otro en mi lugar os hubiese servido mejor.

—Siempre eres el mismo, aturdido, serás hasta tu muerte la muestra más auténtica de nuestra querida Gascuña; temerario, fanfarron y sagaz.

—Tres virtudes políticas, guerreras y poco teleogales, señor... ¡Uf! gracias á Dios que respiro... ¿Sabeis qne no hay poco que andar de Calais á Montrouge?

—¡Bah! ¡no hay más que un paso!... ¡yo vengo de allí!

—¡Un paso, justo cielo! ni el mismo colosa de Rodas hubiese dado ese paseo, por muy andarin que fuese. En fin, estoy molido y sucio, hasta amedrentar al Bailío de Clermont, que no ha podido ver nunca una mancha sin estremecerse.

En efecto, el caballero estaba salpicado todo de barro hasta los codos; Enrique de Navarra no era tan elegante como él; este gran Rey no tenia más que dos jubones: uno de piel de búfalo, raido hasta las costuras, y otro de terciopelo, poco ménos que mediano, que llevaba en los dias de ceremonia.

—Señor, dijo Pampelonne; dignáos preguntarme cuanto gusteis; ya he descansado perfectamente.

Enrique tomó una calabaza colgada de la pared, y ofreciéndola al caballero:

— Bebe algunas gotas de este licor del pais; con eso acabarás de reponerte.

—¡Cognac! ¡Pardiez!... ¡Señor, este si que es un licor precioso! Os doy gracias, y despues de haber bebido, permitid que vuelva á beber.

—¡Y bien! caballero, he recibido un refuerzo de cinco mil ingleses, gracias á la elocuencia que habrás sabido desplegar á los piés del trono de nuestra prima Isabel. Esos cinco mil soldados se baten bien, pero son ogros que empobrecen el pais que conquisto; si no me traes el precio de los diamantes que has vendido, tendré que privarme de esos aliados, porque no puedo mantenerlos.

—Señor, he vendido los diamantes, y he sacado de ellos la cantidad de seis millones

quinientas mil libras. No me he atrevido viajar con este tesoro por un pais que cubrian las tropas ligeras de Mayenna, dispersadas por vuestras victorias de Arques; he creido prudente detenerme en Fecamp, donde teneis una fuerte y fiel guarnicion...

—Vamos, vamos, elocuente orador, te has detenido en Fecamp para ver á tu prometida Venecia, y no por mi servicio.

—No me está prohibido pensar un poco en mí, al mismo tiempo que pienso mucho en V. M. He imaginado, pues, ir á Fecamp, detenerme allí durante una hora, besar la mano de la signora Venecia, y dejar depositados en manos de esa mujer seis millones en oro amarillo, verde y encarnado.

—¿Y me traes el resto?

—Quinientas mil libras, que teneis aquí, señor; tomadlas, porque su peso me abruma.

Esto diciendo Pampelonne, arrojó sobre el lecho un enorme cinturon lleno de oro, del que el rey se apoderó lleno de alegría.

—¡Ah! ¡cómo van á batirse mis pobres soldados! esclamó el Bearnes; tú me traes la victoria, amigo mio... Pero puesto que me das la cantidad entera, dime, ¿qué es lo que has gastado, y de qué has vivido?

—Señor, la reina de Inglaterra es muy ge-

nerosa; me ha pagado mis gastos, y como del otro lado de la Mancha la cocina es detestable, no he vivido sino de amor... ¿Ahora que reis darme algunas noticias? ¿ha renunciado á su melancolía mi amigo Gourdon?

—¡Gourdon! murmuró el Rey; ¿luego no sabes?...

—Yo no sé nada; llego de Lóndres, como se llega de la China.

—¡Ay! mi pobre Pampelonne...

—¡Cielos! os adivino. Gourdon ha muerto... muerto de pena, de desesperacion.

—Sí y nó.

—¡Se ha matado!

—Se ha hecho matar.

El bravo corazon de Pampelonne exhaló un enérgico suspiro, y dos lágrimas brotaron de sus ojos para rodar por sus mejillas varoniles.

—¡Oh! los ligueros me pagarán bien cara esa muerte, dijo despues de un corto silencio; haré á mi hermano de armas sangrientos y magníficos funerales! Con que ha sido en Arques donde ha sucumbido ese valiente; y donde ese príncipe de los caballeros ha sido vencido... Señor, consoladme dándome pormenores sobre ese funesto acontecimiento, y no me censureis por esta pena á que me abandono en vuestra presencia. El vizconde de Gourdon era

para mí un padre, un hermano y un amigo á la vez... le amaba tanto como os amo... Ha debido hacer una horrible carnicería ántes de entregar su alma al Criador. Contad, señor, contad; mi valor para serviros no podrá menos de inflamarse con ese heróico ejemplo... Mi noble y bravo Gourdon! ¡oh! ¡yo os lloro, como vos habeis llorado á vuestra bella querida!

—Cálmate, hijo mio; voy á contarte en dos palabras esa historia lamentable.

Pampelonne tomó la actitud de un nombre que escucha con avidez, fijóse en el Rey su febril mirada, y todos sus músculos se contrajeron por el dolor.

Gourdon ha muerto, no en los combates de Arques, sino en palenque cerrado, detrás de la puerta de Santiago, poco tiempo despues de tu partida para Lóndres.

—¡En palenque cerrado! ¡Señor Dios mio! ¿Quién ha podido luchar con armas iguales contra ese héroe, contra ese Titan?...

—No lo adivinarias; así, pues, no te confundas en buscar. Conociendo Gourdon que la pena le llevaba á la tumba, quiso morir como soldado, y durante muchos dias seguidos fué á ofrecer el combate á los caballeros de la

Liga, que por prudencia no se atrevieron á medir sus armas con nuestro Aquiles.

—Y hacian bien, interrumpió Pampelonne.

—Ya sabes que en esa época La Gazette y Clermont se habian encerrado en Paris para trabajar en provecho mio por debajo de cuerda...

—¿Y ha sido el Bailío de Clermont, volvió á interrumpir el fogoso caballero, quien se ha atrevido...

—No... déjame concluir. La Gazette y Clermont se hallaban comprometidos; desde el principio de sus operaciones políticas se hacian sospechosos de realismo; entonces La Gazette, para ponerse en bien con los ligueros,—bueno es decirte que Gourdon llevaba una armadura sin escudos y que se negaba á dar su nombre desafiando á los parisienses.—La Gazette, pues, no sabiendo á qué personaje iba á dirigirse, se creyó obligado á hacer una proeza; aceptó el combate, tomó á Clermont por padrino, entró en la liza, y despues de haber dado el primer lanzazo volvió á la carga; ese diablo de hombre montaba un caballo, llamado Pompeyo, á lo que creo, se lanzó sobre el de Gourdon, dando un salto de tigre, y lo arrojó al suelo; mientras La Gazette, hiriendo á su enemigo en plena visera, lo derribaba,

dándole muerte y rodando con él por el fango.

Detúvose el Rey, y tomando las manos de Pampelonne, le atrajo hácia él y le besó en la frente; el caballero guardaba un sombrío silencio, y lloraba sin tratar de ocultar sus lágrimas.

—Vamos, continuó el Bearnés; ten corazon, hijo mio, ten corazon... Gourdon ha sabido hallar medio de servir á su Rey muriendo, porque nuestros partidarios fueron llevados en triunfo, y esta brillante victoria les ha dado una influencia en la Liga que va á secundar nuestros proyectos.

—Señor, no es la dolorosa pérdida que he tenido la que lloro, sino la ignominia de esa muerte. Ahí teneis un gran nombre estinguido, un gran capitan de menos en vuestro ejército, mi mejor amigo en la tumba; pero ¡no es amargo pensar que el ilustre Gourdon haya sido vencido y muerto por un aventurero miserable, protegido hasta ese punto por la ciega fortuna!... ¡Oh mi noble y buen señor!... Juro por esta espada, tan fiel á vuestra causa, á vuestra corona, que ese miserable normando, que ese ladron de gloria me dará razon del asesinato que ha cometido...

—¡Un asesinato! ¡eso dices! el duelo fué regular; leal...

—¿Desde cuando, señor, se levantan los caballos á tomar parte y causa por sus ginetes? Conozco al caballo Pompeyo: yo lo he visto en el combate de Saveuse... solo un charlatan puede tener semejante montura... mataré á La Gazette y mataré á Pompeyo; el hombre y el caballo irán á podrirse á la misma fosa... ¡prometo esa hecatombe á los manes de Gourdon! Dejemos este triste asunto, que os aflije, mi buen señor, y hablemos de vuestros valerosos proyectos... me han dicho que pensábais atacar á Paris mañana por la mañana... reclamo un puesto en vuestro vanguardia.

—Amigo mio, no sé si debo emplearte en la guerra; eres demasiado buen diplomático para que me esponga á perderte. En fin, como no tengo nada que negarte, te daré, por esta vez, el puesto que deseas.

—¿Estais satisfecho al ménos del celo del señor de Clermont y de ese ganapan, que bien á pesar mio veo que empleais? Respondo del Bailío; pero me estremezco al pensar que el normando posee una parte de vuestros secretos.

—Clermont y La Gazette me son igualmente fieles; solo que el Bailío me sirve mejor,

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

porque es de temple más fino que su compañero. Me he decidido á dar este golpe por un aviso de Clermont; tengo grandes probabilidades de que se abra la puerta de San Antonio, ó la que da al Arsenal, ó en fin, la puerta de Santiago, donde está á La Gazette haciendo fanfarronadas para deslumbrar á los ligueros; pero pronto á darme la mano... ¡Vamos, perdona á tu pobre normando... está tan arrepentido de su fatal encuentro!

—Señor, mi plan es irrevocable... no pondré obstáculo á vuestra política con mi rencor; pero vuestro baron de chiripa no perderá nada por esperar; ya tuve la dicha de agujerearle el pecho en Venecia; tendré la satisfaccion de romperle la cabeza en Paris, por dura que pueda ser. Voy á dejaros descansar. ¿A qué barrio me enviais?

—Ya he dado mis órdenes; Lanoné y Chatillon se presentarán en las puertas de San German, Bussy y Nesle; Bison, con los suizos y los ingleses, atacará los arrabales de San Victor y San Marcelo; Rosny llegará por Montmatre; d'Ambiqué y el gran prior por Vangirard, y yo por el arrabal de Santiago. Mientras estos batallones llaman la atencion de los parisienses, tú harás una tentativa por la puerta de San Antonio con algunas compañías ele-

gidas, y Crillon intentará escalar los muros del Arsenal. Las tropas se pondrán en marcha á las dos de la mañana, y á la señal que nos haga Rosny con una descarga de artillería en el cerrillo de Montmartre, daremos juntos el golpe... ¡Vete á dormir y buena suerte! Apuesto á que Clermont y La Gazette te alargan la mano para plantar las escalas... Entonces vendrás á tomar de rechazo la puerta de Santiago, donde yo estaré.

Pampelonne se retiró y fué á pedir hospitalidad al coronel Crillon.

—¡Pardiez! esclamó el gascon echándose sobre haces de paja al lado del coronel; le mataré y me comeré el corazon de su caballo.

—¿De quién hablais? preguntó Crillon sorprendido de este estraño monólogo.

—¡Del diablo! respondió Pampelonne; dormid, amigo mio, y no os ocupeis de mí; acabo de cenar copiosamente, y tengo la digestion melancólica.

Crillon conocia al caballero; le volvió la espalda sin hacer caso de su mal humor, y Pampelonne concluyó por dormirse y por soñar que cortaba el pescuezo al pobre La Gazette.

A eso de las dos de la mañana, despertóse Crillon sobresaltado. Los soldados acostum-

brados á las fatigas de la guerra, tienen el privilegio de no quedarse nunca dormidos; como el gallo matinal, pueden pasar sin reloj para saludar la aurora, y justamente á la hora fija, abren los ojos sin recurrir á la asistencia de un amigo ó de un lacayo. Pampelonne dejó su lecho de paja, y siguió al coronel hasta el departamento del rey. Los calvinistas salieron en silencio de sus viviendas para formarse en cuerpo de batalla, y muy pronto se movió el ejército para ponerse en marcha sobre Paris.

Antes de montar á caballo, Pampelonne habia dicho al bearnés:

—Señor, os he traido de Inglaterra el precio íntegro de la venta de los diamantes; si no he tocado á vuestro tesoro, es porque he podido pasarme sin dinero; ahora os confieso que no tengo un óbolo; así, pues, prestadme algunas guineas; cuando uno va á batirse, no se sabe lo que puede suceder.

—¡Pardiez! vaya un discurso largo para cosa tan corta, hijo mio, respondió el rey poniendo un puñado de guineas en manos del caballero: Pampelonne, amigo mio, tu meditas alguna empresa...

—¿Cómo suponeis eso, señor?

—La precaucion oratoria de que te has servido... te conozco... nosotros los gascones nos

conocemos. En fin, obra á tu antojo, no te hagas matar esto es lo importante... pongámonos en camino, y unámonos á la vanguardia.

A los primeros albores del crepúsculo, y con una bruma espesa, las tropas de ataque estaban cada una en su puesto; una detonacion formidable rompió el sombrío y lúgubre silencio que reinaba sobre la ciudad y sobre el ejército calvinista.

A esta señal, que partió de los cerros de Montmartre, los hugonotes rompieron su fuego, y los arrabales, surcados de rojos relámpagos, se llenaron de humo y de ruido.

Los parisienses habian tenido todo el dia para prepararse al asalto; habian apoyado sus puestos en sólidas obras de tierra, triplicado sus cuerpos de guardia y amontonado en los puntos más débiles á sus mejores soldados, mandados por sus más bravos capitanes.

Sin embargo, los sitiadores atacaron por todos lados con tanta furia, que los arrabales fueron mandados desalojar, sus defensores pasados á cuchillo ó perseguidos sin tregua ni descanso hasta los cuerpos de guardia, donde en vano intentaron reunirse para prolongar su resistencia.

Pampelonne y Crillon se habian dirigido apresuradamente, uno hácia la puerta de San

Antonio y otro hácia el Arsenal. Durante algun tiempo el caballero creyó en la sinceridad de La Gazette, porque el arrabal de San Antonio fué disputado tibiamente, y el cañon de la Bastilla permaneció mudo.

La ilusion que el gascon se hacia duró poco; el gobernador de la Bastilla reservaba su fuego para engañar mejor el ataque y no perder sus balas entre la niebla; pero cuando la tropa de Pampelonne se hubo aproximado, las baterías de la ciudadela se pusieron á tronar con un ruido espantoso; cohetes lanzados desde la plaza iluminaron las calles del arrabal y las avenidas de la Puerta de San Antonio, y mostraron á los sitiados la debilidad numérica de sus enemigos.

Pampelonne, lanzado á diez pasos de la calle por una bala que se llevó la cabeza de su caballo, se levantó lanzando con furor su grito familiar:

—¡Pardiez! dijo, hé aquí cómo me alarga la mano ese triple normando; si Crillon es tan bien decidido por la parte del Arsenal, S. M. podrá vanagloriarse de haber trabajado poco para hacer mucho ruido.

Sabido es que nuestro gascon tenia el capricho de hablarse en voz alta cuando se hallaba en posicion crítica; continuó, pues, us

reflexiones, sin dejar por eso de permanecer en guardia.

—Vamos, Pampelonne, hijo mio; hé aquí el momento de distinguirse con hazaña, dijo... ¡muerte de mi vida! ajustaré las cuentas con ese villano, y tal vez yo solo tome á Paris.— ¡Hola! vosotros, dijo gritando á algunos de sus hombres, á quienes el fuego del cañon habia, no desbandado, sino atemorizado, venid á mí, y rehagámonos en esa casa puntiaguda que veis allá abajo.... echad á correr como si fuéseis huyendo; despues, cuando llegueis al punto de reunion, volved cara atrás, y traedme ensartados por los riñones, á esa canalla que os haya perseguido... esperad, no partais aun, ordenáos contra ese muro... ¡Pardiez! amigos mios, nos han matado la cuarta parte de nuestra gente.

Al mismo tiempo que hablaba así, Pampelonne habia despojado á un hombre que yacia sin vida en el suelo; le habia quitado su fieltro redondo, su chupa de paño gris, adornada por la espalda y por delante con dos cruces de Lorena, y se habia desembarazado de su ropilla de búfalo para disfrazarse de liguero de baja e fera. Apenas concluyó este tocado singular, del que sus soldados nada comprendian, cuando vió venir desde lo alto de la calle una

compañía de parisienses, andando con precaucion.

—Ya llegó el momento, gritó el caballero; escapáos sin correr mucho, y derecho á la casa; vamos, hijo, ¡sálvese quien pueda!

Estas últimas palabras fueron dichas con fuerza, y los calvinistas las obedecieron con inteligencia, teniendo cuidado de mostrar su fingida derrota.

—¡Sus! ¡á los herejes! gritó el jefe de los ligueros, que puso á su tropa en presencia de los fugitivos. Llegados apenas al punto que les habia marcado el caballero, volviéronse estos y acometieron con la espada al enemigo. Pampelonne imprimió tal impulso á esta vuelta inofensiva, que los parisienses no pudieron sostener el choque y echaron á huir á su vez.

—Aquí es donde se necesita correr, dijo Pampelonne; enseñemos nuestras piernas lijeras á esas liebres... ¡Matad, hijos mios, matad! ¡y no nos detengamos!

El caballero estaba más alerta que ninguno de los suyos: se confundió con los ligueros, demasiado aterrados para volver la cara atrás; se guardó muy bien de herir á su alrededor á los que iban á su lado, y llegó á la puerta de San Antonio en el momento en que se abria para recibir á los parisienses que regresaban.

—Cerrad pronto la puerta, gritó á los ligueros colocados de reserva en el cuerpo de guardia; de otro modo, esos herejes llegarian hasta aquí... ¡Jesus! ¡Dios mio! ¡qué miedo me han dado! ¡hay más de dos mil ocultos allí abajo!

El consejo fué seguido hábilmente, como debe suponerse, y la pesada puerta volvió á cerrarse. Pampelonne tuvo muchas ganas de reir al oir los gritos lamentables que daban los parisienses envueltos en el arrabal por los realistas, y destrozados hasta el último sin misericordia; pero pensó que tenia algo más que hacer reir, y dejando todo este ruido echó á correr, dirigiéndose hácia la puerta de Santiago, donde esperaba poder ser útil al Bearnés.

El trayecto era largo, y por buen andarin que fuera Pampelonne, cuando llegó á la barrera de Santiago todo habia concluido. El Rey habia invadido el arrabal; habia hecho en él gran carniceria de ligueros, pero no habia podido forzar la puerta, donde se hallaba una tropa aguerrida y bien mandada.

Enrique habia, pues, replegado sus tropas despues de haberles permitido, como en todos los demás puntos, saquear el arrabal á su antojo, lo cual le evitó tocar á su bolsillo para pagar á sus soldados los atrasos de sus suel-

dos, puesto que ellos mismos se cobraron muy ámpliamente de los ligueros, á quienes dejaron sin un óbolo.

—No importa, dijo entre sí Pampelonne, despues de todo, ya estoy en Paris, donde para divertirme voy á agujerear un poco la piel del bandido La Gazette.

XXI.

Donde se verá que la señora de Thomassin, como todas las mujeres en general, tenia el talento medianamente desarrollado.

Mientras el rey de Navarra ponia á saco los arrabales de su futura capital, ó por mejor decir, mientras los combatientes se preparaban, por ambas partes, á dar pruebas de su valor, el Rifodé se ocupaba en llevar á cabo su empresa. Ayudado del cirujano Domínico y de la esposa de maese Thomassin, trasladó en unas angarillas á la señorita de Tarare á la habitacion que habia preparado con este objeto.

Dicha habitacion estaba á algunos pasos de la casa del abogado, y en la misma calle;

era la misma casa misteriosa á donde los raptores de Elena la habian llevado y depositado, para llevarle al Bailío de Clermont y agarrotarlo, como hemos visto.

Cuando la señorita de Tarare reconoció el cuarto que le habia servido de prision, se puso á temblar con todo su cuerpo, fijando en el médico Dominico miradas suplicantes, que querian decirle:

—¡No me abandoneis!

El Rifodé fué el único que comprendió este lenguaje mudo, y arrodillándose en seguida al pié del lecho en que estaba colocada la enferma, le dijo:

—Señorita, he hecho cuanto he podido por cambiar el aspecto de esta habitacion; he mudado algunos muebles, y dado á todo un aire de limpieza... Me ha faltado el tiempo para hacer que desaparezcan los objetos cuya vista os es penosa; pero tranquilizaos... tened valor.... Habeis entrado aquí como víctima la primera vez y habeis sido tratada indignamente; ahora sois aquí el ama absoluta, y estais al abrigo de todo peligro. La traicion no puede pasar el dintel de vuestra puerta; David, el hijo del anciano guarda-bosque, os jura, no por su honor, el miserable se ha envilecido demasiado para que el honor le sirva de garantía, sino

por su padre, á quien tanto amó, ¡ay! ¡bien lo sabeis! jura serviros, protegeros, y proteger á aquel que vuestro pensamiento va á buscar en los oscuros calabozos de la Bastilla.

Al hablar así el Rifodé, besaba las sábanas del lecho de Elena; tenia tantas lágrimas en la voz como en los ojos. Conmovida la jóven con estos sinceros acentos, dirigió á su estraño protector una sonrisa de perdon y de confianza.

—Os dejo aquí á ambos, continuó el Rifodé con alegría, porque esta sonrisa parecia haber iluminado su corazon. Velad por el precioso depósito que os confio: dentro de un instante vendrá una mujer, llena de celo y de discrecion, á instalarse á la cabecera de la enferma; yo corro al puesto que mi compañía debe ocupar esta noche... ¡Ah! mucho tengo que hacer para salir bien de mi empresa... es preciso que sirva á la Liga para no perder en ella mi singular reputacion... rogad á Dios que no venga una bala de arcabuz á detenerme en el buen camino donde acaba de lanzarme la Providencia, y con ayuda de Dios sabré reparar una parte de las desgracias que he causado. Tened cuidado, doctor, así como vos, señora, de no revelar á nadie la prision del señor Bailio de Clermont. Para toda la ciudad, lo ois,

para todo el mundo debe haberse escapado de Paris. Si cometiéseis una indiscrecion, lo enviariais al verdugo. En cuanto á la señorita de Tarare, está convenido en que ha muerto esta noche... mañana nos ocuparemos de sus funerales.

—¿Y el baron?... preguntó la señora de Thomassin con inquietud; debemos tambien callar...

—No, el baron La Gazette es prisionero de Estado... todo el mundo lo sabe... Si me habeis comprendido bien, señora, confio en que podreis libertarlo.

—¡Oh! ciertamente, he comprendido... el corazon de nosotras, pobres mujeres, no está seco de inteligencia.

El Rifodé volvió á dirigir una humilde y dulce mirada á la señorita de Tarare, y despues salió sin hacer ruido.

—¿Quién es ese hombre, ese David? preguntó la señora de Thomassin á maese Domínico; me ha conmovido el alma con su modo de hablar y de obrar.

—Lo que pasa es estraño, respondió el cirujano; estoy como vos todo conmovido, pero confio en ese hombre, veo en él un mensajero de la Providencia; ¿no es cierto, hija mia, que podemos y debemos fiarnos de él?

Elena alzó lentamente los ojos al cielo, y sus lábios murmuraron una súplica, que sus amigos no supieron comprender ni adivinar.

La enfermera anunciada por el Rifodé llegó á poco; era una mujer de aspecto decente y de fisonomía respetable. Tomó las órdenes del médico, y se sentó en silencio al lado de la enferma, de la que pareció ocuparse esclusivamente.

—Señora, dijo maese Domínico á la de Thomassin, podeis retiraros; yo voy á pasar aquí la noche, y es de creer que tengamos mucho ruido; y como el ruido de las armas podria causar algun desórden en esa cabeza, bastante debilitada, debo estar pronto á cualquier acontecimiento; idos, pues, á descansar.

La señora de Thomassin, que necesitaba madurar en la soledad los proyectos que bullian en su cabeza, se inclinó hácia Elena, le besó tiernamente las manos, saludó al cirujano, y se retiró en seguida.

Cuando llegó delante de su puerta, que habia cerrado cuidadosamente al salir, la señora de Thomassin se admiró mucho al ver que esta puerta no estaba más que entornada.

Examinó la cerradura, que le pareció intacta, y se puso á temblar pensando que su marido podria haber venido á refugiarse en su

domicilio para huir de la batalla más seguramente, puesto que si los hugonotes penetraban en Paris, los parisienses se verian espuestos á batirse en todas las calles; pero aunque esta idea no tenia nada de probable por la escelente razon de que el prudente abogado no dejaba nunca su puerta abierta cuando entraba, la señora de Thomassin corrió al despacho del demócrata Publicola. En el momento en que pasaba por delante de su propia habitacion, oyó hablar en voz alta, y vió, por el ojo de la cerradura, que en su cuarto habia luz.

La señora de Thomassin, no solo era una mujer inteligente, sino muy valerosa y de un carácter decidido. Sin calcular que podia hallarse sola, en frente de muchos malhechores ocupados en robarla, puso la mano en el pestillo de la puerta, y esta puerta, que habia sin embargo, cerrado como la de la calle, se abrió.

Un espectáculo estraño se ofreció á la vista de la intrépida amiga del baron La Gazette: dos hombres de fisonomía equivoca, vestidos como obreros, estaban en medio del cuarto, uno de pié con un paño negro sembrado de cruces y lágrimas de plata; otro de rodillas, é inclinado sobre una caja mortuoria, cuya tapa estaba ajustando.

—¿Qué haceis ahí? preguntó la de Thomassin, más sorprendida que conmovida con ese estraño encuentro.

—¿No estamos en casa del abogado Thomassin Publicola? respondió el hombre arrodillado.

—Ciertamente.

—Entonces no nos interrumpais, tenemos mucha prisa.

Y sin más ceremonias, púsose el hombre á clavetear la tapa del féretro á grandes martillazos.

—Yo soy la señora de Thomassin.

—Ya lo sabemos, dijo el hombre que tenia el paño mortuorio.

—¿Y cómo habeis podido entrar en esta casa?

—Por la puerta.

—Pero estaba cerrada.

—La hemos abierto.

—¿Quién os ha enviado aquí?

—El amo.

—Esplicáos más claramente. Aunque empiezo á comprenderos, me gusta que se me hable con claridad.

—Señora, tenemos por costumbre obedecer las órdenes que recibimos del amo, sin pe-

dir esplicaciones; no podemos decir más que esto: el gran Rifodé nos ha mandado que traigamos hoy á esta casa y áeste cuartoel féretro que estais viendo; hemos tomado nuestras precauciones; es decir, nuestros instrumentos para abrir vuestras puertas: cumplimos muy honradamente nuestro trabajo, acabamos de cerrar esta caja sin preguntarnos por qué encierra, no cadáver, sino plomo, y cuando hayamos remachado el último clavo, nos iremos deseándoos buena noche... No hay cosa más sencilla; me parece que nos conducimos en vuestra casa muy decentemente.

La señora de Thomassin guardó silencio y esperó que la operacion estuviese terminada.

Una vez cerrada la caja, la cubrieron con el paño los dos hombres; despues pusieron encima una ramita de boj y una cruz de madera blanca; en fin, la colocaron entre dos sillas y encendieron dos cirios que habian llevado, poniéndolos á la cabecera de la caja, despues de lo cual hicieron un saludo los fúnebres y silenciosos personajes al ama de la casa, y se retiraron.

—¡Qué hombre ese Rifodé! dijo la señora de Thomassin; todo lo prevee, tiene el talento de hacerse obedecer como por encanto. Aquí

hay seguramente algun misterio singular que he de declarar antes de poco.

Despues de haberse asegurado de que la puerta de la calle estaba cerrada, la señora de Thomassin volvió á su cuarto, se encerró en él, y dijo para sí.

—Para estar bien dispuesta mañana á lo que quiero hacer, necesito descansar.

Se echó en la cama que habia ocupado la señorita de Tarare, y no tardó en dormirse. Ciertamente maese Publicola, por muy profundo político y muy despreocupado que se creyese, no habria cerrado los ojos en aquel cuarto tan lúgubre, sin que su viva y pusilánime imaginacion la hubiese poblado de fantasmas á cual más horribles.

La señora de Thomassin tuvo sueños de oro; vió abrirse ante ella las puertas de la Bastilla, y el pintoresco rostro del nor nando La Gazette se le apareció radiante de gratitud y de amor. ¡Oh mudable corazon de las mujeres! ¡Oh caprichos del bello sexo! ¡qué aturdido sois! La señora de Thomassin emprendió por astucia la conquista del baron y cuando este oculto pensamiento se apoderó de su espíritu, no tenia en verdad sino una inclinacion muy mediana hácia el hombre de quien de repente se enamoraba con ardor. El afor-

tunado La Gazette debia seguramente esta metamórfosis, no al dios del amor, sino al diablo que fraguó, si hemos de creer la sátira ortodoxia de la Edad media, la cabeza de la mujer, esa cabeza encantadora, llena de estravagantes condiciones.

Mientras el baron habia permanecido en éxtasis ante su ídolo, el ídolo habia tenido para él la frialdad del mármol; habíase encabritado un momento bajo el freno, se habia negado á ser un tránsfuga político, habia parecido poner el sentimiento á remolque de sus opiniones de liguero, y la señora de Thomassin, picada en lo vivo por esta derrota de su diplomacia, se habia entregado repentinamente; de suerte, que la soberana se habia hecho esclava.

Ahora bien, si el diablo ha trabajado en hacer la cabeza de la mujer, es cierto que todos los ángeles del paraiso le han formado el corazon: esto es al menos lo que ellas prueban en general por el calor de sus efectos y la energía de su adhesion.

La Gazette, libre, glorioso, rico, triunfante, no dudamos que hubiese estimulado la adhesion que le profesaba la señora de Thomassin; pero arruinado, aprisionado, acusado y amenazado de muerte, se volvió tan intere-

sante, que la señora de Thomassin le idolatró á su vez.

Las mujeres, cuya alma es ardiente, no dan jamás á medias; su generosidad no tiene límites; llevan la abnegacion hasta alabar los defectos de sus amigos, hasta adoptar sus ideas, aun cuando anteriormente las hubiesen combatido.

La señora de Thomassin tomaba á La Gazette por un liguero rabioso, y se habia sublevado por la injusticia de este proceso que hacia del capitan un realista y un agente secreto del rey de Navarra.

El Riodé habia intentado insinuar que el baron era del partido realista; pero la de Thomassin no quiso creerle, y sin atreverse á confesárselo, llegó insensiblemente hasta el punto de abandonar la causa realista para volver á la Liga, y todo por agradar al desgraciado cautivo y defenderle con una fé más sincera. Así cuando sonaron los cañonazos en los arrabales y en las murallas, esclamó la de Thomassin despertando sobresaltada:

—¡Dios mio! haced que sucumba el herege, porque el vencedor de Gourdon no hallaria perdon ante él.

La señora de Thomassin recibió por la mañana la visita del cirujano, y supo que la seño-

rita de Tarare habia pasado muy buena noche. Maese Domínico no vió sin sorpre a los preparativos de entierro que el Rifodé habia tenido la precaucion de hacer, y pedia esplicaciones, cuando este se presentó.

—¡Bien! dijo, mi gente ha sido exacta... Ea, doctor, y vos, señora, sostened bien vuestro papel... La señorita de Tarare ha muerto para todo el mundo, y sus exeqcias se harán esta tarde á las cuatro. Importa que maese Thomassin asista á estos modestos funerales; su testimonio nos será muy útil. Tendreis la bondad de avisarle, señora.

—¿A dónde quereis que yo vaya á buscarle? Mi marido es demasiado prudente para presentarse en seguida que haya concluido la batalla; teme siempre alguna bala perdida... Dudo que salga de su escondite en todo el dia...

La llegada del abogado dió un mentís á esta confesion. Maese Publicola estaba bello en su desórden; se hubiese dicho que salia de una espantosa batalla; sus vestidos estaban desgarrados, y sus manos negras de pólvora; sus desordenados cabellos y su brillante mirada le daban una fisonomia marcial, si se quiere, pero de seguro muy fea.

—¡Roma se ha salvado! esclamó el fogoso

tribuno, dando en el suelo con la culata de su escopeta; los bárbaros están derrotados... ¡Hola! ¿qué es esto?

—No hagais tanto ruido, caballero, respondió su digna esposa; paz y respeto á los muertos.

—¡Cómo! ¡la jóven... ha muerto... ¡Ah! lo siento mucho.

—Murió ayer noche, dijo el cirujano...

—El comisario Louchard lo sentirá tambien... debe venir á las cuatro.

—¡Y bien! llegará justamente al entierro... ¡Pobre jóven!

—Señora, quiero respetar vuestro dolor; pero que este accidente no ahogue en vos la alegría que debe haceros estremecer. El Bearnés ha sido vencido por nuestras armas, y retira sus tropas; la patria acaba de librarse otra vez de la tiranía... Id, como todas las mujeres de esta noble ciudad, á prosternaros ante los altares. Cuando la república triunfaba, las damas romanas daban gracias á los dioses inmortales... Yo vuelvo á los asuntos públicos; despues del combate, el Consejo...

—Os dignareis, sin embargo, asistir á los funerales de esta pobre víctima... Hoy á las cuatro...

—Me obligo á ello, respondió maese Publicola.

Y salió con paso grave y majestuoso.

Poco despues de la última campanada de las doce, la señora de Thomassin, que se habia arreglado un poco, tomó una litera y se hizo conducir á la Bastilla.

Nunca habia visto á la señora de Bussy-Leclerc; pero con la intrepidez que le era natural, y con el aplomo que sabia tomar, pidió hablar al momento á la señora *yobernadora*, y se hizo anunciar con cierta ostentacion.

—No tengo el honor de ser conocida de vos, señora, dijo; pero algunas palabras bastarán para probaros que habreis hecho bien en recibirme.

—Vuestro nombre, al menos, me es perfectamente conocido, repuso la señora de Bussy-Leclerc, cuya curiosidad escitaba esta visita.

—Señora, ayer han encerrado en la Bastilla á un prisionero de la mayor importancia...

—Es muy posible; pero como no me mezclo en nada del gobierno de mi marido, ignoro..

—El baron La Gazette, señora, capitan de

las gentes de armas de la Liga, ha sido inscrito en el registro ayer mañana.

—En efecto, creo haber oido hablar de eso... El baron La Gazette... un espía...

—¡Oh! ¡señora! ¡qué palabra! El capitan La Gazette es amigo de los principales personajes de estos tiempos... Amigo, entre otros del Bailio de Clermont.

La señora de Bussy-Leclerc se puso como la amapola al oir este nombre, sintió que el rostro se le encendia, y repuso al momento:

—Creia que ese Bailio no era sino el prisionero del capitan, y que le trataba con algun desden.

—¡Ah! el señor de Clermont os ha dicho eso, interrumpió la de Thomassin, que seguia con ansiedad y astucia los diversos colores de la movible fisonomía de la gobernadora; pues bien, puesto que el señor de Clermont habla así de su amigo, aseguro que le ha de costar caro.

—¡Oh! ¡Dios mio! no le guardeis rencor... ese pobre caballero tiene demasiado sabuesos que le persiguen... He oido decir que le buscan por todas partes para hacerle cortar la cabeza...

—Lo sé, y podré dar algunas noticias á propósito para que le encuentren.

—¡De veras! ese seria un buen rasgo, digno de una liguera celosa... Por mi parte, os lo aconsejo... Pero si me es permitido preguntaros...

—Veo adonde se encamina vuestra pregunta; deseais saber, cómo es que yo, estraño por mi clase á ese gran personaje, ¿puedo estar tan bien instruida del sitio en que se encuentra?

—¡Dios mio! me haceis el honor de hablar conmigo, y cambio con vos preguntas insignificantes. Si teneis la bondad de decirme...

—Con mucho gusto, señora, cuando nosotras las mujeres amamos, somos hábiles en socorrer á nuestros amigos, bien para hacerlos evadir, bien para ocultarlos cuando se ven en peligro.

—¡Es verdad! respondió la de Bussy estremeciéndose.

—Así es que yo, continuó la de Thomassin, despues de haber mirado en torno suyo, y bajando la voz, tendré el valor de confesaros muy francamente que amo al baron La Gazette.

—¡Ah! ¡pobre mujer! mañana deben juzgarle, y su muerte es segura.

—Yo quisiera ser bastante ingeniosa para...

—Hacerle evadir, os comprendo... Quisie-

ra serviros con toda mi alma, pero me he impuesto la ley de no mezclarme en nada en los asuntos del señor gobernador.

—¡Evadir! no, no he dicho eso.

—¿Cómo?

—Yo quisiera poder ocultarle tan bien, que no pudiesen dar con él... Para eso he contado un poco con vos...

— ¡Conmigo! balbuceó la señora de Bussy; ¡qué idea! Ocultar al baron... ¿pero dónde, gran Dios? ¿cómo le hacemos salir de la Bastilla?

—La Bastilla es todo un mundo, señora; bien se puede hallar en ella un escondite.

—¿Aquí?.... pero... la desesperacion os ciega.

— ¡Ah! no hay, pues, más que un puesto en las cuevas de la ciudadela...

—¡Un puesto! ¿qué quereis decir?

—Que ese puesto está tomado, señora.

—No os comprendo.

—¿Con que hay que hablar claro? Sea; el señor Bailio de Clermont es amado tanto tal vez como el baron La Gazette; acusado de traicion como su amigo, ha tenido la dicha de ser preso y conducido aquí ántes que él; ahora bien, como no habia en la Bastilla más que un sitio, uno solo de donde el verdugo no pu-

diese venir á sacarle, le han instalado en él....

—Señora... os engañais...

—¿No es verdad? Y mientras los señores Diez y Seis creen al Bailío fuera de París, ese feliz cautivo se burla de ellos desde el fondo de su calabozo. La cólera de Louchard recaerá en el baron La Gazette; yo moriré de pena, y vos, señora, vos, que salvais la vida al señor de Clermont...

—¡Más bajo! ¡Desgraciada! ¡Callaos!

—Pero yo estoy aquí, y si el baron no está hoy mismo al abrigo de todo peligro, sabré denunciar...

—¡Oh! ¡No acabeis!

—¿Habrá, pues, sitio para los dos en la Bastilla?

—Haré un esfuerzo...

—Promesa evasiva; quiero un juramento, ó hablo.

—Favoreceré su fuga.

—Nó, señora; deseo que el baron espere aquí mis órdenes, como el Bailío espera las vuestras... Si el señor de Clermont estuviese en libertad, si quisiese salir por las puertas de París, podria ser conocido, detenido y conducido al suplicio. El baron La Gazette es para mí tan precioso, tan caro, como el noble Bailío

puede parecerlo á vuestros ojos... quiero que se sustraiga al juicio ridículo y á la inícua condena que le esperan... Juradme que lo ocultareis á sus asesinos, y nadie mejor que yo guardará vuestro secreto.

—Señora, quedareis satisfecha, murmuró la gobernadora, turbada hasta el fondo del alma... Salvaré al baron con peligro de mi propia vida.

—Bien dicho, señora, esa accion os será recompensada; y cualquiera que sea vuestro destino, si necesitais un dia de un afecto sincero, pensad en mí... Me atrevo á pediros vuestra mano.

—Tomadla... respondió la señora de Bussy; contad conmigo.

La de Thomassin llevó esta mano á sus lábios, y dijo saludando con emocion á aquella mujer que iba á ser su protectora:

—Ya sabia yo que nos entenderiamos; no se ama sin ser generoso y bueno; yo os bendigo.

Apenas regresó á su casa la señora de Thomassin, vió llegar á su marido, que iba á asistir al entierro de la señorita de Tarare. El cirujano esperaba ya la hora fijada para la ceremonia, cuando el comisario Louchard, movido por un sentimiento de rabia y desesperacion,

se presentó inopinadamente en el cuarto, donde creia dar el último adios á la que habia amado con crimen y furia.

En el momento en que iban á llevarse el féretro, un hombre, vestido como la gente del pueblo, pidió ver á maese Publicola; pero como el elocuente hablador se hallaba discurriendo con Louchard, la señora de Thomassin, siempre pronta á asustarse del menor incidente, fué la que recibió á este hombre en el dintel de su cuarto.

—Señora, dijo el recien venido, he sabido que el capitan La Gazette vivia aquí, y celebraria hablar con él durante algunos instantes.

—El baron La Gazette está prisionero de Estado en la Bastilla...

—¡En la Bastilla, el baron!... ¡Un liguero tan ferviente!

—Ya lo oís, maese Louchard, esclamó la señora de Thomassin; aquí teneis un hombre, á quien no conozco, que desea ver al baron La Gazette, y se admira de que un liguero de su temple sea tratado como un realista.

—Señora, el baron no está juzgado aun, respondió Louchard dirigiendo una mirada oblícua al nuevo personaje; ¡si es inocente, se le absolverá!

—¡Pardiez! esclamó Pampelonne saliendo á la calle cuanto ántes; de buena me he librado; si Louchard me hubiera conocido, habria ido á hacer compañía á la Bastilla y á la horca... Vámonos de aquí... ¡Calle! ¿á quién diablos llevan allí á enterrar?... ¡A una jóven, si he de juzgar por el paño negro sembrado de blanco!... ¡Oh, Venecia! ¡Dios os guarde y os dé larga vida!

XXII.

La celda número 1.

El gobernador de la Bastilla ocupaba un departamento aislado, en el que se habian reservado habitaciones y celdas secretas destinadas á los prisioneros que la severidad de los reyes confiaba á la discreta vigilancia del mando de la ciudadela. Estas celdas fueron habitadas raramente durante las revueltas de la Liga, porque desde que Paris arrojó y asesinó á su Rey para obedecer á los distintos jefes improvisados por la guerra civil, los prisioneros de Estado estaban amontonados sin distincion en los calabozos subterráneos destina-

dos á los malhechores. Así, las celdas secretas parecian olvidadas no solo por los carceleros sino tambien por el capitan que mandaba por la Liga en la Bastilla.

A este rincon, abandonado en apariencia, será, sin embargo, donde conduciremos al lector.

Llegábase á los calabozos reservados por dos salidas: una daba á un camino de ronda por una trampa oculta en el suelo, y la otra á una estrecha galería que conducía por una escalera de caracol á las habitaciones del gobernador.

Los calabozos estaban graduados, separados unos de otros por muros de seis piés de espesor y cerrados con puertas de hierro, que para ser derribadas hubiesen exigido un cañon.

La celda número 1 es ménos una prision que un gabinete, porque está adornada de muebles que se diria habian sido escogidos por el capricho encantador de una mujer bonita. Una lámpara de cúpula de alabastro arde encima de una mesa donde se ven libros, cartas de juego y un bandolin; ricas tapicerías cubren las paredes, y un lecho adornado con ligeras trasparentes colgaduras ocupa el fondo de esta pieza, donde reina un silencio profun-

do, y donde el sol no envia jamás un rayo de luz.

Una voz que se hubiese tomado por la de una mujer, tan dulce y delicado era su timbre, oyóse detrás de las colgaduras del lecho, que pronto se entreabrieron para dejar ver á un hombre vestido con un traje cuya moda habia pasado, ajado, sucio y roto por más de un sitio.

—¿Es de dia ó es de noche? dijo la voz; llé veme el diablo si sé lo que se hace aquí abajo y allá arriba... siempre esa lámpara... jamás la luz del sol... siempre esta húmeda frescura de mis cuatro paredes... ¡jamás un soplo de brisa! ¡siempre el fastidio, la deseperacion!...

¡Ah! ya, poco á poco, Bailío de Clermont; me parece que os habeis despertado de mal humor... esto es muy mal hecho, y muy necio en verdad... fuera pereza, fuera murmuraciones... pronto, á trabajar, y dejad los lamentos para los pícaros, cuyo valor y desesperacion desdeña Dios probar.

—El Bailío habia hecho muy bien en nombrarse, porque en verdad que no le hubiésemos conocido desde luego. ¡Cómo! ¡era aquel el gallardo caballero tan esmerado en su traje, tan impaciente en sus empresas!... ¡habia podido acostumbrarse á esta existencia sub-

terránea, y no habia muerto ni de despecho, ni de cólera, ni de fastidio, ni de vértigo! Su pálida frente habia sufrido tanto bajo el choque de sus ardientes pensamientos, que, por decirlo así, se habia ablandado; sus mejillas estaban hundidas, y entre sus largos cabellos negros aparecian hilos de plata.

—¡A trabajar, á trabajar! La hora de la libertad no está lejana, bien para salir de aquí, bien para morir... ¡Vamos, valor!...

El prisionero dejó el lecho, en el que se habia echado vestido, y quiso dar algunos pasos.

—¡Eh! dijo; mis fuerzas se han aminorado desde ayer terriblemente; ayer andaba bastante bien, hoy vacilo, y necesitaré un brazo que me sostenga... ¡Un brazo! murmuró el Bailío con amargura, recostándose en la mesa donde ardia la lámpara: loco el que cuente con un amigo en este mundo lleno de intrigantes y de egoistas. ¿No he tenido yo amigos? ¿qué ha sido de ellos? El rey de Navarra, por quien estoy aquí, ha intentado acaso sustraerme al suplicio que sufro? Pampelonne, ese fanfarron ambicioso que debia entrar en Paris á saco, ántes que abandonarme en manos de los ligueros, ¿habrá intentado buscarme siquiera? ¡y el normando La Gazette!... ¡Oh! ese hace su oficio de aventurero, y le acuso sin razon...

el pobre no habrá podido salir de las garras de los señores Diez y seis... la señora de Brissac, la de Nemours, todas esas mariposas que desplegaban sus alas en torno mio, ¡cómo huyen de mí!... ¡estúpida humanidad!... ¡Pues bien! no, yo soy el injusto y el cruel... no, no he sido olvidado... siento aquí, en los débiles latidos de mi corazon, que hay alguien que piense en mí, que me sigue, me busca, me llama... ¡Elena! ¡bella y tierna niña! ¿qué ha sido de vos?... ¿cómo habrá terminado ese drama misterioso en que no he sabido hacer sino un papel inútil?... Vamos, dejemos todos esos sueños, que hace tanto tiempo acaricio... ¿De qué sirve lastimarse el corazon, y volverse loco á fuerza de pensar?... Preciso es salir vivo de esta tumba, preciso es respirar el aire libre, é irse á hacer matar por algun centinela vigilante... pierdo un tiempo precioso charlando en voz alta como mi amigo Pampelonne, y olvido mi tarea cuotidiana... ¡á trabajar, Bailío, á trabajar!

Levantóse Clermont, tomó la lámpara, y acercándose á una de las paredes de su calabozo, levantó un paño de la tapicería, y miró con atencion un agujero ya profundo y bastante ancho para dar paso á un hombre esbelto y flexible.

Esta abertura estaba oculta con arte por la tapicería.

—¡Hum! dijo entre sí el prisionero despues de introducir un brazo en la abertura; dudo que mi trabajo esté concluido ántes de ocho dias... la piedra es dura y mis fuerzas parecen agotadas... un niño me echaria al suelo... sin embargo, trabajemos... ¡Dios mio, me entrego á vuestra misericordia como á vuestro poder; sea de mí lo que quiera vuestra voluntad!

Calló el Bailío, púsose de rodillas frente á la pared, armó su mano derecha con un pedazo de hierro acerado por una punta y cortante por la otra, y púsose á ahogar el ruido de este instrumento grosero, con el que se esforzaba en descarnar y escavar las piedras que componian el fondo del agujero. Este trabajo era digno de la paciencia tenaz y valerosa de esos insectos que, escarvando el suelo ó trabajando en la madera, consiguen hacerse una guarida inaccesible á sus enemigos.

De pronto retiróse Clermont de la escavacion, en que habia metido su cabeza... frotó sus ojos, cegados por una especie de polvo blanco, y llevó una mano á su corazon para comprimir sus precipatados latidos.

—¡La luz! murmuró el prisionero estreme

ciéndose, ¡la luz! ¡es de dia! ¡he vuelto á ver esa claridad que hace tiempo me fué arrebatada!... ¡oh! ¡Dios mio!... ¡gracias, venis á socorrerme con un milagro! ¡voy, pues, á poder salir de esta tumba!

Al esforzarse Clermont en mover una piedra grande que trabajaba por escavar hacia mucho tiempo, arrancó una piedra de apoyo que llevó consigo otras muchas, de suerte que la brecha se abrió de un golpe, y penetró por ella la luz del dia.

No se trataba ya sino de ensanchar la brecha, de modo que pudiese franquearla.

La operacion exigia mas paciencia y prudencia que fatiga, porque el menor ruido podia dar la alarma por la parte de afuera. ¿A qué parte de la torre daba esta salida? el prisionero lo ignoraba; al evadirse de su prision, ¿dónde debia poner el pié? se hallaria en una galería, ó en un patio? El Bailio estaba desorientado.

El primero que pasase, podia, si el agujero daba á un parage frecuentado, destruir las laboriosas esperanzas del cautivo. ¿Habria que esperar la noche, habria que aprovechar el dia para una evasion que, de todos modos, era peligrosa? ¿Cómo guiarse durante la noche en este laberito, y cómo no temblar pensando en

los encuentros que probablemente esperaban á los primeros pasos del pobre Clermont?...

—La suerte está echada, esclamó el Bailío. no esperaré mucho tiempo, y soy muy simple en verdad en apurarme tanto! Cualquiera diria, al ver mis vacilaciones que soy un miserable criminal que va huyendo de la horca; y que solo procura evadirse para librarse del suplicio... ¡Mi suplicio es este! este calabozo del que una bárbara mano y un gangrenado corazon han hecho un gabinete como para burlarse de mí y añadir el sarcasmo á la tortura... Quiero salir de aquí vivo, aunque supiera que iba á morir despues de haber andado diez pasos á la luz del dia... Así, despachémonos.

El prisionero reanimó sus fuerzas, se armó de valor, y se introdujo por la abertura de la pared; pronto las piedras rodando bajo sus crispados dedos, le ofrecieron una salida.

Entónces pudo pasar la cabeza por la abertura esterior, é inspeccionar el sitio donde iba á hallarse.

—¡Una escalera! dijo para sí Clermont. ¡Diantre!... ¿Qué escalera será esta? ¿A dónde conduce? ¿Si dará á un cuerpo de guardia?... ¡Gracias á Dios, ya salí!

Sin inquietarse el Bailío por los desgarrones que hacia á su jubon, echó abajo de un

golpe con los hombros cuanto se oponia á su paso, y cayó á una galería que estaba al mismo nivel del calabozo de que acababa de salir.

Esta galería estaba cerrada en uno de sus estremos por una pesada puerta forrada de hierro y encajada en la pared con enormes cerrojos y candados; una escalera de caracol, estrecha, casi recta, de rotos escalones, habia en el otro estremo; el Bailío no vaciló en tomar esta via, diciendo:

—¡Qué cosa tan escelente es la libertad! ¡Qué bueno es vivir cuando se puede uno mover y correr en pos de aventuras! No sé, en verdad, cuanto tiempo he vivido en esa celda; pero hace cinco minutos respiro con todos mis pulmones, me siento renacer, y léjos de huir de los mortales hazares que me están reservados, deseo afrontarlos... ¡Cáspita! ¿Qué es esto? una puerta baja... al menos no es puerta de prision... ganas me dan de pasar por ella... y ¿por qué no? Pampelonne y La Gazette me han dicho muchas veces que es preciso seguirsiempre la primera inspiracion... además, la escalera concluye aquí, estoy en lo último de ella, abramos esta puerta con ganzúas, y Dios hará lo demas si viene en mi ayuda...

El Bailío habia tenido tiempo de ejercer su mano en la destreza y la paciencia, habria podido rivalizar con los truhanes de Paris en forzar una cerradura, ó desmontar una puerta sin ruido. Ahora bien, la de que se trataba no ofrecia para abrirse dificultad alguna, y en ménos de un minuto giró sobre sus goznes.

—¡Muy bien! dijo el prisionero volviendo á guardar en el bolsillo el instrumento que le habia servido para esta operacion. Continuemos ahora nuestra escursion interesante.

El Bailío entró en una pieza que halló amueblada de objetos de tocador, de espejos y de veladores llenos de perfumería.

—¡Oh, oh! pensó Clermont; estoy en casa de una mujer, y de una mujer coqueta... reconozco el Arsenal donde se amontonan las armas de esa hermosa mitad del género humano... ¡Diablo!... ¡este es verdaderamente todo un taller de pintura! ¡Ah! ¡un espejo! ¡qué suerte!... Voy á aprovecharme de la ocasion, y á desquitarme... ¡bondad divina! ¡qué feo y qué viejo me he vuelto! cabellos grises... Dios me perdone! ¡la barba de un bandido! ¡ojos hundidos de un republicano... la tez amarilla de un jacobino! ¡Ah! ¡misericordia! ¿Es este el Bailío de Clermont, el afamado caballero, el capitan de Enrique III?... Y bien, hacedme lle-

var á la Greve, y que me decapiten; mi cabeza es ahora demasiado abominable para que yo os la dispute... tomadla, y sobre todo guardadla.

El Bailío se dejó caer en una silla y continuó examinándose de los piés á la cabeza con alegre repugnancia. A cada devastacion que descubria en su susceptible persona, suspiraba y se sonreia desdeñosamente.

— ¿Qué haré de esta fea figura? dijo; ¿cómo la restauro? ¿por dónde empiezo este fabuloso tocado? ¿cómo podré contar con una metamórfosis? ¡Bah! me parece que el ama de esta habitacion es inteligente en materia de artificios; aquí hay, si no me engaño, carmin de Venecia y blanquete de Olimpo, dos invenciones del difunto Rey que ponen como nuevas las mejillas más marchitas... ¡Diablo! pero esto no es broma, y la matrona, que se rejuvenece en este paraje, debe haber tenido en alguna parte, hace mucho tiempo, un cetro de belleza... aqui hay aceite divino y polvos de iris, guantes perfumados y una careta... ¡Oh! ¡oh! ¡es una verdadera bendicion! Voy á restaurarme de los piés á la cabeza... Tomemos la cosa por lo sério, iustalémonos aquí, y peinémonos como si se tratase de ir á un baile de palacio.

El Bailío era de carácter tan ligero, que olvidó por un instante, y con mucho gusto, todos los peligros de su crítica situacion; sentóse en una especie de sillon de espaldar perpendicular, colocó un espejo ante sus ojos, se apoderó de un peine de concha y de coral, y empezó con su arte, cuyo secreto habian perdido los hombres de este tiempo; á acicalarse minuciosamente.

Clermont tenia el rostro lleno de colores, que debian bien pronto mezclarse bajo un hábil pincel, cuando se abrió suavemente una de las puertas del gabinete, empujada por una mano discreta. Clermont estaba de espaldas á esta puerta, no vió nada, y continuó su artística obra.

—¡Es estraño! dijo una voz con acento de alegre admiracion.

—¡Estraño! repitió el Bailío volviéndose. ¡Eh! ¡Dios mio! ¡ya lo creo que es estraño!... Cómo, condesa, ¿vos aquí?

—¿Quién sois vos? preguntó la condesa de Brissac entrando en el gabinete y cerrando la puerta tras sí.

—¿Quién soy, señora? Me permitireis que calle mi nombre, puesto que lo habeis olvidado; ese nombre suena mal en la Bastilla.

—Voy á llamar, caballero, interrumpió la condesa haciendo ademan de retirarse.

—¡Hariais eso, pardiez! Un verdadero rasgo de talento... ¡Ah! No me conoceis... Es cierto que en este instante estoy acicalado considerablemente... Condesa, dignáos sentaros... tengo demasiado amor propio para arrojaros mi nombre á la cabeza... empezariais á gritar... Sentáos, si gustais... voy á concluir de adornarme, y tal vez volvereis á hallar un antiguo amigo, un amigo antiguo... Por favor, sentáos ahí, y no temais; no soy un ladron, ó al ménos, si lo soy, no me guardo nada en los bolsillos.

La condesa, escitada su curiosidad, obedeció á esta singular invitacion; pero se sentó junto á la puerta á fin de hallar pronta salida, si lo necesitaba. Clermont tomó un pincel, que mojó en esencia de jazmin y continuó su tocado con maravillosa indiferencia, ó por mejor decir, con maravillosa gravedad.

—Condesa, ¿teneis el gusto de decirme, si gustais, como estais aquí de dia y á estas horas?

—Estoy en mi casa, caballero, respondió la señora de Brissac, que se esforzaba por evocar sus recuerdos y reconocer al singular personaje con quien estaba hablando.

—¿Estais en vuestra casa? continuó Cler-

mont con vivacidad... Soy, pues, más dichoso que discreto... Pero, permitid, ¿no estoy en la Bastilla?

—Indudablemente.

—¡Cómo! condesa ¿tambien se aplisiona á las damas de calidad? vos, ¡una liguera tan ferviente!

—Caballero, no estoy en modo alguno bajo cerrojos... estoy en mi casa.

—Será por casualidad el conde de Brissac gobernador de la Bastilla?

—¡Qué disparate!

—¡Ya decia yo! en mis tiempos se dejaba ese triste y feroz empleo á un cualquiera, á un Bussy-Leclerc. Dadme, pues, os lo uplico, noticias de ese bribon de Bussy-Leclerc... y dispensadme la espresion.

—Bussy-Leclerc no manda aquí, caballero.

—Sé algo de eso; ¿pero y la señora de Bussy?

—La señora de Bussy está en Alemania.

—¿De veras? ¿y quién le ha sucedido?

—El vizconde de Bourg.

—¡No es posible!... pero ese querido vizconde era de mis amigos... Señora, permitidme que de paso os dé un consejo; vuestro bermellon es demasiado subido, deja mucho brillo, y vuestro albayalde no es bastante mate;

resulta de estas dos imperfecciones, que por mucho que se mezclen los colores, el rostro aparece pintado como la cara de una muñeca. Miradlo... Quisiera ser mejor que yo mismo, y me he puesto parecido á un turco.

Y al decir esto, el Bailío volvió vivamente hácia la condesa su pálido rostro, donde aparecian, á pesar de todo, el arte del sibarita, los estragos de largos dias de sufrimiento.

—¡El Bailío de Clermont! esclamó la señora de Brissac levantándose aterrada como ante un fantasma.

—El Bailío de Clermont... sí, bella dama, yo soy; pero si os da lo mismo, no pronunciéis ese nombre en voz alta... tengo razon para creer que no está aquí en olor de santidad.

—¡A quien se lo decís!... ¡desgraciado! pero si os viesen y conociesen os llevarian al instante á la plaza de Gréve... ¿de dónde habeis salido, bondad del cielo?

—Salgo de las cuevas de la Bastilla; ¡pardiez!

—¿Y cuánto tiempo habeis estado allí?

—En cuanto á eso, no lo sé; hace mucho que estoy reñido con todos los calendarios.

—En fin, ¿desde cuando estais prisionero?

—La señora de Bussy-Leclerc mandaba en la Bastilla, cuando...

—¡Vírgen santa! ¡pero si hace de eso un siglo!

—Yo creia que hacia dos, condesa...

—¿Y quién os hizo encerrar?

—La de Brissac, mi bella señora... ¡Oh! es una historia trágica y chistosa; os la contaré en tiempo oportuno.

—La adivino... que os sirva esa leccion terrible, Bailio... habeis preferido la de Bussy, esa advenediza, esa intrigante de baja estofa á una amiga que os queria desinteresadamente en el alma y el corazon; para un hidalgo de vuestro temple os habeis mostrado poco sagaz, y no muy fuerte en política.

—Por favor, condesa, no hablemos de política... esa palabra solo me crispa los nervios... No vayais á hacerme salir de esta fúnebre ciudadela, tengo deseos de evadirme.

—Creeis que eso sea cosa fácil; yo no tengo, como la de Bussy, el mando de la Bastilla.

—¿Bajo qué título os habeis, pues, instalado en estos departamentos?

—Soy, respondió la condesa sonrojándose y bajando la vista, amiga de la vizcondesa de Bourg.

—Os creo, se apresuró á decir el Bailio; el

vizconde no está ya en edad de tener amigas; pero aquí, entre nosotros, nada de rodeos; si soy débil en política, no habreis olvidado tal vez que tengo un poco de genio para penetrar ciertos secretos de la cabeza y del corazon.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Vos habitábais en otro tiempo en el Arsenal.

—Y habito aun.

—Pues bien; yo creo que para haberos mudado momentáneamente del Arsenal á la Bastilla, es preciso que hayais tenido algun interés dulce ó grave que satisfacer. Si mis preguntas fuesen diestras y vuestras respuestas francas, acaso llegaria yo á descubrir en la guarnicion de esta plaza fuerte, alguno á quien protegeis.

—¡Jesus! ¡Bailio! ¿Habrá hecho un milagro vuestra prision?

—¿Qué milagro?

—¿Os habreis vuelto celoso?

—Los celos son buenos para la gente que tiene tiempo que perder; yo, bella dama, solo tengo tiempo perdido que reparar.

—Puesto que es así, venid; vamos á hablar con entera franqueza; venid, y os haré los

honores de mi salon. Pero á propósito, ¿por dónde habeis llegado hasta aquí?

—Por esa puerta que he forzado, respondió Clermont señalando la puerta que ya conocemos.

—¿Y la habeis vuelto á cerrar?

—Perfectamente.

La condesa condujo al prisionero á un salon elegante; despues, señalándole un sillon.

—Sentáos, le dijo. Pero ¿qué teneis que estáis tan conmovido? ¿qué pasa en vuestro espíritu?

—Nada... conozco este salon... trae á mi memoria recuerdos bastante tristes.

—¡Ah! ¡de veras! recuerdos de amor, no es cierto? Para que veais si soy celosa, os traigo al santuario de la bella Bussy, y me rio de todas veras de vuestra cruel emocion... Vamos, vamos, hagamos las paces, y tratémonos como antiguos amigos. La noche se viene encima; voy á encender luz.

—Guardáos bien de ello, la oscuridad me encanta; al contrario, dignáos permitidme que cubra de ceniza el fuego de vuestra chimenea. ¡Luces! ¡diablo! aun no estoy libre de los señores Diez y seis. No olvidemos, si gustais, que estamos en la Bastilla, y bajemos esas colgaduras.

—Bien, pero me esponeis, porque al fin si el señor de Brissac nos hallase en esta oscuridad á los dos solos...

—¿Brissac? interrumpió Clermont sonriendo; ¿no le habeis acostumbrado á vivir en las tinieblas? Despues de todo, tal vez teneis á algun celoso más perspicaz.

—Eso es lo que vais á saber. Mi querido Bailío, si no recuerdo mal, era en los últimos dias de octubre de 1859...

El ruido de un choque violento cortó la palabra á la condesa; la puerta que Clermont habia abierto con la ganzúa y vuelto á cerrar, saltó hecha pedazos.

—¡Soy perdida! esclamó la de Brissac, ¡me va á matar! ¡Oh! ¡Dios mio! ¡ahogarse á la orilla! añadió en voz baja.

—¿Vuestro marido? preguntó Clermont.

—No.

—Muy bien, comprendo, quedaos ahí, no os movais, no pidais socorro, y dejadme á mí; ocultaos tras esas colgaduras.

Diciendo esto el Bailío, marchó con paso resuelto hácia el gabinete, mientras la señora de Brissac se cobijaba, pálida de espanto, detras de las largas colgaduras de tapicería.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

BIBLIOTECA DE LA ANDALUCIA.

EL BARON LA GAZETTE,

CONTINUACION

DEL

CABALLERO DE PAMPELONNE,

POR

A. DE GONDRECOURT.

TOMO II.

SEVILLA.
Est. tip. de LA ANDALUCIA, Monsalves 29 y Catalanes 4, esquina á la de Tetuan.
1865.

calabozo del Bailío de Clermont habia sido trasformado en gabinete, gracias á los caritativos cuidados de la señora de Bussy-Leclerc; el normando, como por sistema de compensacion, sufria todos los rigores de un cautiverio implacable.

Privado de luz, durmiendo en una tarima, mal alimentado, mal vestido, y creyéndose condenado á detencion perpétua, nuestro capitan, dotado de un temperamento de hierro y de una filosofía estóica, habia sabido arrostrar la adversidad y contar con tiempos mejores.

En los primeros dias de su cautiverio no tuvo mucho de qué quejarse; le llevaban un alimento sano y abundante, le animaban en su angustiosa situacion, y la señora de Thomas sin le dirigia dulces consuelos.

La Gazette por otra parte, sabia que el Consejo de los Diez y seis queria, no juzgarle, si no condenarle á muerte, y no hubiese sido difícil hacerle comprender que el único medio de librarse de la cruel iniquidad de Louchard y de sus adherentes era hacerse olvidar de ellos; habia, pues, consentido de buen grado en dejarse enterrar vivo para no ser enterrado muerto.

Pero al cabo de cierto tiempo, la prudente

prevision de sus amigos le pareció que se le tenia bajo llave mucho más de lo necesario, que Louchard y sus secuaces no débian ya pensar en él, y que sin comprometer sus dias, bien se podia facilitar su evasion fuera de la Bastilla primero, y fuera de Paris si era preciso.

De pronto se vió el prisionero asaltado de meditaciones mucho más tristes; los cuidados de que era objeto, cesaron bruscamente; no recibió noticia alguna de la señora de Thomassin; su pitanza cuotidiana se volvió abominable; le faltó todo, y se halló sumido en la angustia más profunda que pueda sufrir un criminal condenado.

Decir los mil artificios que empleó el normando para sacar una palabra al carcelero que iba una vez al dia á llevarle un alimento, seria intentar lo imposible; este carcelero no era un hombre, era un autómata que podia moverse, pero no podia articular nada.

Asi es que La Gazette, estraviado en el dédalo de sus dias de infortunio, no sabia ya ni en qué mes, ni en qué año vivia; y era preciso que este carácter fuera de un temple muy enérgico para que hubiese conservado algun vigor en esta lenta agonía.

— ¡Oh! ¡oh! dijo para sí un dia nuestro nor-

mando, creo que mi paciencia debe estar agotada, y decido por tanto que necesito á toda costa salir de esta perrera. En verdad, debo pensar que Louchard y consortes me han olvidado; pero tambien creo que la señora de Thomassin y todos los amigos que yo podia tener, me suponen en el otro mundo; voy, pues, á ocuparme sériamente de mi evasion. Pero ¿cómo evadirme?

Aquí el capitan hizo su acostumbrada mueca, y pasó sus dedos por la barba, cuya barba habia tenido tiempo de crecer desmesuradamente.

El primer medio que se presentó al espíritu del normando fué el de coger por el pescuezo al sargento carcelero en el instante que entrase en la celda, tomar sus vestidos, y echar á correr. Pero el sargento era un coloso bien alimentado, y La Gazette, debilitado por una larga detencion y un régimen de cuaresma, no se sentia con fuerzas para intentar esta hazaña.

—Si ese villano me apalea, pensó en su cordura, lo único que conseguiré será ser más maltratado y más vigilado; el medio no me parece practicable; busquemos otra cosa mejor.

Por mucho que caviló, no halló nada que hacer para socorrer su impaciencia, y tuvo que

resignarse á intentar, como el Bailío de Clermont, horadar una de las paredes de su calabozo. Adoptado este plan, La Gazette lo puso en ejecucion resueltamente.

Habia oido decir que algunos prisioneros, armados de un simple pedazo de hierro ó de acero, habian conseguido, á fuerza de celo y de paciencia, hacer agujeros que les permitieran evadirse, y se puso á buscar un instrumento cualquiera.

Pero las paredes, de piedra muy brillante, estaban desnudas, y nuestro normando no tenia como en la cueva de Angeres, una buena espada á su servicio.

Despues de haber perdido muchos dias en reflexiones que le desalentaban, el capitan se dió una puñada en la frente con desesperacion, y al mismo tiempo empezó á dar taconazos en el suelo.

El sonido metálico de una de sus espuelas le hizo estremecer, y apostrafándose con un epiteto poco cariñoso respecto de su imaginacion, cogió una de sus espuelas, que eran en estremo largas, y se puso á trabajar en seguida.

Puede calcularse los esfuerzos que haria nuestro normando para perforar la pared; pero cuando se tiene de sobra tiempo y valor, pue-

de contarse con la asistencia divina, y la mano del hombre hace milagros.

—La gota de agua horada el mármol, decia para sí el prisionero; mis espuelas sabrán perforar esta maldita pared, ó yo perderé la vida.

La casualidad quiso que La Gazette encontrase en medio de su trabajo una barra de hierro, que servia para unir dos piedras enormes, y apénas se vió en posesion de este nuevo instrumento, su trabajo marchó mucho más pronto.

Pero sucedió al pobre diablo lo que acontece con frecuencia á los viajeros, cuando se paran ante dos senderos, de los cuales uno puede estraviarlos, y otro guiarlos bien, y toman el mal camino.

La Gazette tenia que escoger entre las cuatro paredes de un calabozo, y se dirigió, por desgracia, á la que hubiera debido desechar, es decir, que perforó una pared apoyada en revestimientos de tierra que recorrian todo el largo de los fosos de la Bastilla, y que para escaparse por esta salida le hubiese sido preciso hacer un agujero de más de veinte toesas, admitiendo que hubiese marchado recto, pues á poco que se hubiera desviado, habia abierto un pozo, y no una zanja.

La Gazette no se habria desanimado en esta ingrata tarea, á no haberse visto detenido por una dificultad insuperable. La pared estaba horada, las piedras estraidas del hoquete habian sido ocultadas sagazmente detrás de la cama del prisionero; pero dónde meter el escombro de aquel foso interminable que se trataba de agotar hasta el fin?

—Ciertamente, decia para sí el capitan; yo he de llegar á alguna parte si continúo trabajando de esta suerte, pero se me figura que mi celda va á ser pequeña para contener toda la tierra y las piedras que arranco de las entrañas de esta brecha maldita, y en conciencia no puedo decidirme á abrir un foso para meter en él todos estos escombros...

Al hacer estas reflexiones, La Gazette exhaló un suspiro formidable, despues se cruzó de brazos con desaliento, y se abandonó, contra su costumbre, á una violenta melancolía. En el silencio de su pena y de su desesperacion, el prisionero creyó oir, encima de su cabeza, un ruido estraño; prestó el oido á este rumor, que era sordo, y se parecia á un sacudimiento lejano.

—¡Diantre! esclamó La Gazette. ¿Si tendré un vecino por ahí arriba!

Y contempló el techo con curiosidad. Pero el calabozo del normando no estaba alumbrado; solo en el momento de la comida llevaba el carcelero una linterna que colocaba, durante una media hora, encima de un baul, y pasada esta media hora volvia á recoger la escudilla del prisionero y se llevaba la luz. La Gazette no podia, pues, darse cuenta por sus propios ojos de lo que pasaba encima de él; pero tenia el oido tan ejercitado, que no tardó en adivinar que estaban haciendo en el techo lo que él hacia tan infructuosamente, y durante tanto tiempo, en la pared de su calabozo; esto es, un agujero.

—Hé ahí un pobre diablo, pensó el normando, que tiene la mano tan desgraciada como yo... ¡Cáspita! Bonita cara va á poner cuando caiga del primer piso al piso bajo.. ¡Pardiez!... como decia el caballero de Pampelonne; quien quiera que seas, hijo mio, yo te daré un abrazo con mucho gusto.

Oyóse en el corredor ruido de llaves; despues oyéronse descorrer los cerrojos de la celda, abrióse la puerta y se presentó el carcelero. Como de costumbre, dió tres paseos en el calabozo, puso su linterna y su escudilla; respondió con un simple movimiento de cabeza al benigno saludo de La Gazette; no miró ni á

derecha ni á izquierda, ni hácia arriba; salió reculando y cerró la puerta tras él.

He visto algunos osos en mi vida, murmuró el prisionero; pero nunca habia visto uno que satisfaciese mi curiosidad como este... No es muy divertido este animal... ¡Oh!... ¿Eh?.. ¿Qué es esto? ¿Se va á venir el techo abajo?

Un polvo muy fino, seguido de algunos pedazos de yeso, acababa de caer en las losas de la celda, y La Gazette, al volver á oir, pero mucho más distantemente esta vez, golpear en el techo, olvidó la mala pitanza que el guardian le habia arrojado como á un perro, y solo se ocupó de lo que pasaba encima de él.

El trabajo del individuo que ocupaba el piso superior continuó sin descanso durante un cuarto de hora largo, y el capitan adivinó fácilmente, en el ruido que se hacia, que el techo no tardaria en ser horadado.

El desgraciado va á hacerse ahorcar, pensó el normando; si el carcelero llega, y llegará dentro de un instante, oirá ese ruido, y me veré privado de la visita de mi vecino... ¿Cómo se lo advierto?

Por fortuna el ruido cesó en el momento en que los pasos del carcelero resonaban en el corredor.

Hé ahí un pícaro que tiene suerte, se di-

jo La Gazette; un minuto ántes, y estaba ménos adelantado que yo.

El sargento se acercó al baul, tomó la linterna, miró la escudilla del prisionero, y viendo que estaba intacta, la dejó sin decir una palabra, y volvió á partir.

—¡Bueno! Ya estoy otra vez entre tinieblas, pensó La Gazette... ahora, hijo mio, puedes continuar tu trabajo; no seré yo quien te incomede.

Como si hubiese obedecido á esta advertencia, el vecino de arriba se puso á trabajar.

—¡Pardiez! esto me divierte, dijo sonriendo La Gazette; estoy deseando saber con quien tengo que habérmelas... el techo empieza á crugir... ¡patatrás!... llueven piedras aquí dentro... callémonos y veamos lo que sucede.

En el mismo instante, un choque violento hizo desprender del techo muchas piedras, y casi en seguida un cuerpo pesado fué á caer al pavimento.

—¡Uf! dijo una voz, no me he roto nada?... ¡oh!... ¡ay!... ¡que caida!... ¿á dónde diantres he ido á parar? ¡buena la has hecho, hijo mio!

—¡Eh! ¡amigo! se aventuró á decir La Gazette, buenos dias; ¿quereis decirme de dónde venis, y qué viaje singular habeis hecho?

—¡Ah! ¡ah! respondió el hombre que se ha-

bia dejado caer, parece que el chiribitil está habitado.

—Sí por Dios, aunque no es muy habitable.

—Dispensadme si os he incomodado, caballero, deseo volverme á mi cueva cuanto ántes.

—Pardiez, mi querido vecino, tratadme sin cumplidos, y miraos aquí como si estuviéseis en vuestra casa. El edificio está de venta ó se cede.

—¿Sois tambien prisionero?

—Linda pregunta, ¿tomais esta cloaca por una habitacion de recreo?

—¿Y se puede saber vuestro nombre, sin que sea curiosidad?

—Caballero, soy el número 2; ¿y vos?

—¡El número 2!... ¿qué significa eso?

—Que no relevo mi nombre al primero que lo pregunta... número 2, es el rótulo de mi celda.

—Muy bien... yo soy el número 4.

—Perfectamente... ¿profesais ó profesábais algun oficio ántes de entrar en el chiribitil de arriba?

—Soy soldado.

—Me alegro... tocad esos cinco... ¿dónde estais? aquí no se vé gota... ¡ah! tambien yo soy soldado... ahora, mi bravo, felicitémonos por habernos reunido... ¿Sois católico ó hugo

note?.. hablad sin temor... juro no poder ni querer perjudicaros.

—Soy católico, apostólico y romano.

—Entónces, ¿cómo es que estais en chirona?... ¿Conspira la Liga contra los suyos?

—Estoy por el rey de Navarra...

—¡Ah!... Muy bien... ¿Entonces sois un aliado?

—Nada de eso; soy un convertido, lo mismo que S. M. Enrique IV.

—¿Os burlais de mí?

—¡Ira de Dios! Tengo otra cosa que hacer que entretenerme en eso.

—Perdonad, acabais de pronunciar una palabra que me da brios.

—¿Qué palabra?

—¿No habeis dicho ira de Dios?

—Ciertamente... Es mi esclamacion favorita; si os desagrada...

—Al contrario, me agrada; me agrada infinito; ¿habeis conocido en el ejército de Navarra á un hombre que tengo por mi mejor amigo, el caballero de Pampelonne?...

—¡Eh, pardiez! Yo soy el caballero de Pampelonne...

—¡Vos!... ¡Vírgen santa! ¡Vos el caballero!... ¡Venid! ¡Oh, venid que yo os abrace lo mas cordialmente que pueda!

—Un momento... ¿Quién sois?

—Soy el baron La Gazette, primero del nombre, mi bravo caballero; ¿pero dónde estais?... Venid á que os estreche los dos manos.

—¡Ah! Tú eres La Gazette... ¡Ah, bribon! .. ¡Ah, bandido!... ¡Con que el cielo es justo!... ¡Al fin te veo en mi presencia! Pues bien, baron de contrab ndo, vas á pagarme juntas todas las necedades que me has hecho poco á poco.

—¡Yo! ¡Justo cielo!

—¡Eh! ¡Tú, sí, asesino!

—¡Asesino! La frase es demasiado descortés para que yo me enfade por ella... Sabed, señor caballero, que he sido asesinado dos ó tres veces en mi vida, pero que no he asesinado á nadie... parece que habeis caido de cabeza ..

—¿De cabeza?... ¿Por qué?

—Porque temo que se os haya trastornado...

—Está bien; vamos á arreglar todas nuestras cuentas, no temais... Capitan La G zette, será la segunda vez que os haya hecho el honor de batirme con vos.

—Soy muy feliz, caballero, por haber conservado vuestra alegría en la Bastilla; en verdad que os encuentro bastante bromista.

—Al freir, será el reir; vaya, ¿cómo hacemos para cortarnos el pescuezo?

—Para eso necesitariamos al ménos un cuchillo, y yo no lo tengo.

—Yo tenia un puñal, pero no me queda más que el mango...

—No es mal instrumento, pero no sirve para el caso.

—Entonces cojámonos de los cabellos.

—¿Para qué?

—Para estrangularnos, ¡pardiez!

—¡Qué disparate! ¡vaya una ocurrencia!

—¡Disparate! pues si he hecho que me traigan á la Bastilla, no ha sido más que para eso, para eso os busco hace cuatro años.

—Os lo agradezco en el alma... ¡Ah! decidme, señor de Pampelonne, puesto que habeis echado cuatro años en buscarme, y me habeis hallado al fin, me parece que bien podriais echar cinco minutos en esplicarme vuestros agravios.

—¿No has asesinado al vizconde de Gourdon?...

—¿Quién os ha contado ese disparate?... yo maté al vizconde de Gourdon, en palenque cerrado, de un lanzazo que hubiérais admirado...

—Sí, ¿eh?... ¿un torpe de vuestro temple

habia de haber vencido la hoja más fina de Francia si no hubiese usado de sortilegios, de maleficios?...

—¿A qué llamais sortilegio y maleficio?

—Vuestro caballo...

—¡Ah! el noble Pompeyo, bien podiais darme noticias... decidme que vive aun, y os perdono todas las afrentas...

—¡Tu caballo! esclamó Pampelenne, me lo he comido, lo oyes, me lo he comido de la cabeza á la cola... estaba detestable y duro como un diablo.

—El pobre hombre se ha vuelto loco, pensó el normando; no habrá podido soportar el régimen de la prision; procuremos calmarle. —Señor de Pampelonne, me causais mucha pena.

—Me alegro, pardiez, me alegro; y puesto que quereis esplicaciones, voy á dároslas; abrid bien vuestros oidos. A riesgo de hacerme acuchillar, he entrado tres veces en Paris con la esperanza de unirme á vos; he sufrido en esta capital una gran parte de los horrores del hambre:..

—¿Qué hambre?...

—Durante el sitio...

—¿Qué sitio?

—Vaya, vaya ¿de dónde salís, que no sabeis nada de lo que sabe el mundo entero?

—Estoy en este calabozo hace una eternidad, y bien quisiera salir de aquí, aunque no fuese más que para daros un abrazo.

—Gracias... Sin embargo, ¿habreis estado en la batalla de Yory?

—¿La batalla de Yory? ¿se han batido en Yory?

—¿Estábais ya prisionero en esa época?

—¿Qué época?

—¡Eh! ¡pardiez! en 1590.

—Mi querido caballero, el Consejo de los Diez y seis me hizo encerrar en la Bastilla el 31 de octubre de 1589; dignáos, si gustais, decirme en qué mes de qué año estamos, y os quedaré agradecido.

—Estamos á principios de marzo de 1594.

—¡Cómo! ¡tan viejo como eso soy! cerca de cuatro años! ¡Ah! ¡qué largo me ha parecido este tiempo, gran Dios! Vamos, caballero, continuad instruyéndome; referidme lo que ha pasado; pero ante todo, mi caballo...

—Os repito que me lo he comido...

—«El pobre está tocado,» pensó La Gazette. Bueno, os creo, pero ese festin, en qué ocasion...

—El Rey sitiaba á Paris, y yo estaba en

Paris para servir en él al Rey y para buscaros; el hambre fué horrible, la carestía espantosa; cuando el pan se volvió caro, se resignaron valerosamente á comer papilla de yerbas...

—Esperad, interrumpió La Gazette, creo que en lo que decís hay algo de verdad.

—¡Cómo si hay algo de verdad! ¡sois un impertinente!

—Recuerdo ese alimento nauseabundo que me han estado sirviendo durante mucho tiempo... un dia me trajo el carcelero la cabeza de un gato; tomé este principio singular por una burla cruel, y me quejé tan rudamente, que durante muchos dias seguidos me tuvieron á dieta absoluta... ¡Ah! ¡bandidos! ¡me hicieron adelgazar considerablemente, pero juro que me han de pagar mi grasa!

—Cuando faltaron las harinas averiadas, continuó Pampelonne, se apoderaron de los animales mas inmundos; todos los caballos que habia en la ciudad, asnos, perros, gatos, ratones y sapos fueron devorados como platos esquisitos; se hicieron horribles guisados con cueros viejos, aderezados con una harina que se obtenia raspando huesos humanos.

Las casas estaban abandonadas en su mayor parte, y entregadas á las culebras y serpientes que criaban los escombros; estos rep-

tiles roian los cadáverss que quedaban insepultos; en fin, se vió, como durante los horrores del sitio de Jerusalen, á una infeliz madre saciar su hambre con los miembros de su hijo muerto, y espirar de dolor sobre este odioso alimento.

—Me haceis estremecer, esclamó el normando; no tengo gota de sangre en las venas.

—Pero puesto que en esa época estábais en la Bastilla, me parece que debísteis haber sufrido tanto más que nosotros.

—Me han tenido á dieta con frecuencia, he comido cosas que daban espanto, pero, en fin, he vivido...

—En eso debe haber algun misterio... ¿Sabeis que en tres meses han muerto en Paris mas de trece mil personas, y que si el gran rey, mi señor, no hubiese hecho la vista larga sobre algunos socorros que nos hacian pasar los sitiadores, Paris no seria hoy más que un cementerio? Por una vaca se han pagado ochenta escudos, una ternera cuarenta, un carnero treinta y cinco, una gallina un escudo, un huevo veinte sueldos, y un mes ántes de levantarse el sitio no se podia, ni aun á peso de oro, procurarse el menor alimento posible... ¿Sabeis esto?

—En efecto, lo que me decís me da que

pensar; á no dudarlo, han tenido gran cuidado de mí, y ya adivino el orígen de ese tierno proceder... Continuad, caballero.

—Yo me habia apoderado de vuestro caballo; se lo compré á un quidam llamado Thomassin Publicola, en cuya casa habiais estado esperando. Cuando vuestro soberbio Pompeyo no tuvo ya ni forraje ni avena que llevar á la boca, se volvió ético y abominable; entonces lo sangré como se sangra á un puerco, lo despedacé, hice de él asados, pasteles, jamones, lo puse á salar, lo enconfité en vinagre con muchos dientes de ajo, y gracias á esta abundante provision conservada con avaricia, pude sustentarme, mientras á mi alrededor los ligueros morian como moscas.

Aquí el caballero se vió interrumpido por un sollozo. La Gazette lloraba á moco tendido.

—Noble Pompeyo, dijo balbuciendo: fiel compañero de mi gloria, ¡qué destino tan lúgubre!... No prosigais, caballero, ya sé la bastante... heos aquí, como yo, prisionero en la Bastilla; habeis debido convenceros de que es más fácil entrar aquí que salir; habeis hecho con una paciencia infinita, no lo dudo, un agujero en el techo de mi prision, creyendo abriros paso; yo he hecho una abertura en esa pared, y nuestros dos boquetes se parecen en

que no sirven para nada. Trabajemos de concierto para evadirnos lo más pronto posible, y cuando respiremos el aire libre, sacaremos las espadas, os doy mi palabra; no penseis que os perdono el ultraje hecho á mi caballo.

—No creais, repuso Pampelonne, que os perdone jamás la muerte del vizconde.

—Yo le maté en mitad del dia, con armas iguales.

—Si es así, compadre, nos batiremos de todos modos, vos para vengar la memoria de Pompeyo, yo para vengarme de vos, que me habeis puesto en la necesidad de comer carne de caballo durante dos meses.

—Está bien, de ese modo nos entenderemos... ¿Quereis que para salir de aquí nos demos francamente las manos, sin cólera ni rencor?

—Preciso es que así sea.

—Tocad esos cinco.

El capitan y el caballero se estrecharon las manos lealmente, pero sin la menor cordialidad.

II.

Pampelonne tiene talento por la Gazette que ya no le tiene.

—¿Deciais, pues, caballero, continuó La Gazette despues de una pausa, que estamos en el mes de marzo de 1594?

—Hoy es el 2 de marzo de 1594; ¿qué más?

—¿Cómo diantres habeis hecho para conservar así la memoria del calendario? Un siglo hace que me he embrollado en mis cálculos.

—Lo creo; tres años y cuatro meses de reclusion, es una broma algo pesada; yo no he estado encerrado allí arriba sino unos treinta dias.

—¿Tendreis, pues, cosas muy buenas que contarme?

—Mi querido capitan, ¿no será mejor que nos ocupemos de nuestra evasion?... ¿Creeis que sea más urgente hacerme recitar la historia de Francia?

—Os pido esa historia en conjunto, y solo me ocupo de los hechos importantes; así, pues, decidme si S. M. el rey de Francia y de Navarra se ha acordado de la promesa que me hizo, y si ha ordenado al Parlamento de Tours que consigne en el registro mi baronía.

—El Rey cree que habeis muerto, y tiene, á fé mia, otras cosas mucho más importantes de qué ocuparse, que vuestra baronía.

—¡Diablo! Eso me ofende... Vereis como no soy baron.

—Mucho me lo temo.

—Preciso es deciros, que el Parlamento de Paris, en juicio público de 1589, me degradó de mi nobleza.

—Eso no fué una gran desgracia.

—Comprendo; pero si el Rey no me restituye mi título, me veo perdido como un villano.

—Salgamos de la Bastilla; entreguemos Paris al Rey, y os garantizo que sereis hecho

baron, despues de lo cual os mataré, mi pobre capitan, pero sin haceros sufrir.

—¡Muy bien! una palabra aun; puesto que habeis tratado al abogado Thomassin Publicola, dignáos darme noticia de su dulce y virtuosa compañera.

—No la conozco. Pero dejemos á un lado, si os parece, esas tonterías. ¿No teneis nunca luz en vuestro calabozo?

—Me traen una linterna á la hora de mi comida, y luego se la vuelven á llevar.

—¿A qué hora haceis esa comida, suponiendo que no será más que una?

—Una sola; el carcelero acaba de servirmela.

—Parece que vos y yo estamos bajo el mismo régimen, ¿qué clase de hombre es el carcelero?

—Un sargento aleman; un mudo digno del serrallo de un sultan.

—¡Bueno! le conozco; tiene una estatura y una fuerza capaz de concluir con los dos si le atacamos.

—Esa es mi opinion.

—¿Y habeis intentado horadar vuestras paredes?

—Sin éxito.

- ¿Y alimentais sin duda algun otro plan de evasion?

—No, á fé mia; me encuentro por ahora embrutecido por el infortunio.

- ¡Cómo! ¿ni una idea?

—Ni la sombra.

—Sin embargo, yo os he conocido talento.

—De seguro, que si lo he tenido, no lo tengo ya.

—Pues bien, capitan. .

—Llamadme baron, si á mal no lo llevais.

—Baron, voy á demostraros que los gascones tienen más sagacidad que los normandos.

—No deseo más que ser convencido, sobre todo si vuestro talento nos da el medio de salir de aquí.

—¿Cómo se abren las puertas de esta prision?

—Con dos llaves de cerradura y otras dos de candado.

—No es eso lo que pregunto; se abren hácia fuera ó hácia adentro.

—Hácia afuera.

—Entra aquí el sargento con paso brusco como en la mia?

—Con paso pesado y brusco, sí.

—Y habeis vivido tres años en esta ratonera sin escaparos de ella cuando era cosa tan fácil... decididamente los normandos no valen gran cosa.

—Veamos lo que valen los gascones, repuso La Gazette decidido á no enfadarse con ninguna especie de burla.

—¿Teneis una cuerda?

—Si la hubiera tenido, hace mucho tiempo que me habria ahorcado.

—Cuando se necesita una cuerda y no la hay, ¿sabeis lo que se imagina?

—No.

—Se imagina hacerla, y se hace.

—¡Eh! ¡hablais como un libro!

—¿Teneis camisa?

—Me privo de ese lujo.

—Os doy mi camisa.

—¿Y qué hago de ella?

—Una cuerda.

—Pero nosotros no tenemos ventana que cecalar.

—Las cuerdas no están destinadas, que yo sepa, para ese solo uso. Hé aquí mi plan; escuchad bien: cuando hayamos hecho de esa camisa una cuerda fina y sólida, nos colocaremos cada uno de un lado de la puerta, de modo que la cuerda tirante casi toque con el sue-

lo; es de apostar que el carcelero tropezará y caerá cuan largo es, al entrar bruscamente, segun su costumbre, y caerá en nuestro lazo; por otra parte nosotros le ayudaremos en su caida; una vez en el suelo nuestro hombre, nos echamos sobre él y le estrangulamos ó le inutilizamos con su manojo de llaves; despues le encerramos en esta celda, y nos largamos... ¿habeis comprendido?

—¡Es decir, que sois un genio, caballero; ¿dónde diablos habeis sabido recoger tanto talento?

—En Gascuña, compadre; no lo olvideis.

—Rogaré al Rey que me dé mi baronía en ese fértil pais... Ea, empezaremos á hacer la cuerda.

Pampelonne y La Gazette pusiéronse á trabajar con ardor, y si el normando no habia tenido el mérito de la invencion, rescató la indigencia de su imaginacion con la actitud y sagacidad del obroro.

La camisa del caballero fué hábilmente desgarrada y hecha tiras delgadas, pero sólidas, tanto, que se trasformó en una cuerda razonablemente larga, y bastante fuerte.

Este trabajo ocupó mucho tiempo á los prisioneros, que hicieron varios ensayos de su

estratajema, y se convencieron de su infabilidad.

La dicha que sentia La Gazette pensando en su libertad probable y próxima, le hacia charlar como un papagayo; abrumó á preguntas á Pampelonne, á las que éste contestó como mejor pudo; es decir, que le refirió una parte de los asuntos de la Liga y las victorias del ejército real, y la abjuracion del rey.

Al oir la relacion de estas grandes aventuras, nuestro normando saltaba de alegría; decia que la Providencia le habia protegido abiertamente apartándole de la escena del mundo, y llevaba á él juntamente en el momento en que podrian reclamar el premio de su martirio político.

—No me habeis hablado del Bailío de Clermont, vuestro amigo, dijo al caballero; ¿sabeis qué ha sido de él?

—Ha muerto... ¡Pobre Baillo! Era un caballero galante, una espada valiente, un corazon de oro.

—¿Estais seguro de que ha muerto?

—A ménos que no lo hayan encerrado aquí, como á vos, el Bailío habria parecido en cerca de cuatro años que hace lo estamos buscando sin hallarle.

—Es justo; y si le hubiesen encerrado en

la Bastilla, no por eso estaba ménos perdido, porque para resistir á semejantes pruebas se necesita tener el alma enclavada en el cuerpo... el Bailio era demasiado delicado, demasiado afeminado para soportar tan largo suplicio... no era hombre para vivir como yo, durante dos años al ménos, sin camisa, con agujeros en los codos, un estómago siempre con hambre, no regalándose sino con cabezas de gatos, muertos ellos mismos de inanicion y de pena.

—Si durmiésemos un poco, dijo Pampelone; para nuestro golpe de mano seria bueno estar fresco y dispuesto.

—¡Yo dormir! No soy tan simple; pensad que he dormido durante tres años; ahora que ya estoy despierto quiero permanecer tres años sin cerrar los ojos.

—Entónces, buenas noches; voy á echar un sueño.

La Gazette respetó el reposo del caballero, apoyó su frente en sus dos manos, y se entregó á la corriente majestuosa de sus alegres ideas.

Todos los humos de gloria se le subieron al cerebro; el recuerdo de la señora de Thomassin vino á rejuvenecer su corazon; se vió castellano de una baronía con torrecillas y for-

tificaciones, rico en honores y apenages, corriendo ciervos y javalíes, haciendo á sus vasallos pronta y recta justicia, y llevando en su provincia el tren de un sátrapa.

Despues, como los sueños son pródigos en larguezas, le costó muy poco enviar al otro mundo al abogado charlatan, único obstáculo á su perfecta dicha, y se casó con la señora de Thomassin Publicola en la misa mayor de su parroquia con gran lujo de canónigos, sacristanes, bedeles y maravillados monacillos.

En cuanto á Pampelonne, durmió con ese sueño pacífico y reparador, al que se habia acostumbrado hacia mucho tiempo; y cuando se despertó, sintióse con fuerzas para luchar contra el Goliat á quien se trataba de derribar.

Los dos prisioneros esperaron en ansiedad cruel la llegada del sargento carcelero; el tiempo les parecia mucho más largo que de costumbre, y para ensayarse en la operacion de la que dependia la salvacion de ambos, dedicáronse, lo menos cien veces seguidas, á dejarse caer uno á otro por medio de la zancadilla que debia ponerlos en libertad.

—A propósito, preguntó La Gazette; ¿os habia servido el almuerzo el carcelero cuando os aparecisteis aquí?

—Sí.

—Pues si ese villano pasa por vuestra celda ántes de entrar en la mia, dará la voz de alarma.

—¿Y qué?

—Que verán el agujero, vendrán aquí y entónces no tendremos que habérnoslas con uno solo... ¡bondad divina!... ¡estamos perdidos!

—¡Bah! conozco á los alemanes, ante todo son metódicos; apuesto á que el sargento, si pasa por arriba ántes de salir de aquí, se reservará dar el grito de alarma despues de haberos servido. Esas cabezas cuadradas no cambian en nada sus hábitos...

—Dios os oiga, mi querido caballero.

—¡Chist! dijo Pampelonne, ¡chist!... ahí viene.

La Gazette se sintió desfallecer de alegría y de emocion; su sangre se detuvo en las venas; levantóse, y las articulaciones de sus huesos crugieron como si su cuerpo no hubiese sido más que un esqueleto.

Pampelonne se puso de rodillas junto á la puerta, ocultándose contra la pared como mejor pudo; el normando hizo lo mismo; ambos pusieron la cuerda tirante á medio pié del suelo, de modo que se apoyara por encima del

tobillo del carcelero, y esperaron inmóviles, conteniendo la respiracion y llenos de impaciencia.

Las llaves de la cerradura empezaron á girar: el corazon de la Gazette latia en el pecho del pobre hombre, como la péndola de un reloj, y sus manos se estremecian agitadas por un temblor nervioso.

En fin; la puerta se abrió, y presentóse el sargento más bruscamente que de costumbre para pasar el umbral. Apenas dió el primer paso, el silencioso guardian se sintió cogido por las dos piernas, y como vacilase llevando las manos adelante, Pampelonne y La Gazette le dieron tal sacudida, que fué á rodar en medio de la celda, profiriendo un juramento tudesco, digno de mejor suerte.

Pampelonne se abalanzó de un salto á la garganta del coloso, mientras La Gazette le amarraba los piés, y el pobre carcelero se vió en un abrir y cerrar de ojos, no solamente condenado á la inmovilidad, sino tambien al silencio, porque el caballero le amenazó con romperle el cráneo á llavazos si daba el menor grito.

—Señor de Pampelonne, habia dicho La Gazette; opino porque no hagamos ningun mal á este sargento, y si quereis darme gusto

una vez en vuestra vida, sed de mi opinion. Desde el tiempo que estoy vegetando en este calabozo hubiera muerto de inanicion y de miseria, si ese pobre hombre no hubiese tenido algunas consideraciones conmigo; apostaria que, léjos de ser riguroso hácia mí, se ha mostrado caritativo algunas veces; así, pues, quisiera mostrarme agradecido. Que nos dé sus llaves, que se deje encerrar en esta hermosa habitacion, que nos oriente acerca del camino que debemos tomar, y le perdonaremos la vida.

El sargento miró á La Gazette con benevolencia al oir estas buenas palabras, y despues, ofreciendo su manojo de llaves á Pampelonne, ni respondió ni se movió.

—¿Por dónde debemos intentar la evasion?, preguntó el caballero, deseando concluir de una manera ó de otra.

El sargento guardó un obstinado silencio.

—Vámonos, continuó La Gazette, estamos perdiendo tiempo... Ya veis que ese truhan tiene cortada la lengua.

Los prisioneros, despues de haberse apoderado de las llaves, dejaron encerrado al pobre carcelero, y se miraron uno á otro, no sin cierto lastimoso atusdimiento al hallarse en un corredor estrecho y muy sombrío, lleno de

puertas cerradas con candados, parecidas á las del calabozo que acababan de dejar.

—Y ahora, preguntó La Gazette, ¿por dónde pasamos?

—Pardiez, capitan, respondió Pampelonne llevando la linterna al rostro del normando, necesito tener muy buena vista para reconoceros... ¡justo Dios!... cómo habeis envejecido, y qué feo os habeis vuelto!

—Dejémonos de bromas, si gustais, caballero... salgamos de aquí cuanto ántes... el aire es muy mal sano en este corredor... tratemos de orientarnos... ¡ah! creo que la puerta por donde venia el sargento es esa de la derecha que cierra la galería.

—¡Bien! probemos nuestras llaves.

La puerta en cuestion no tenia cerrojo, ni más que una sola cerradura. Pampelonne probó muchas llaves ántes de encontrar la que ajustaba; introdujo, en fin, una que dió la primer vuelta, é hizo jugar el pestillo que cedió.

—¡Bueno! murmuró La Gazette frotándose las manos; dad pronto la segunda vuelta, y vámonos prudentemente lo más pronto posible para no esponernos á encuentros enfadosos.

—Supongo que permaneceremos aquí has-

ta que anochezca, dijo Pampelonne; porque sería una locura...

—Sin duda, interrumpió La Gazette; pero abrid por favor, ardo en deseos de ver la luz del cielo.

—¡Eh! dijo Pampelonne.

—¿Qué?

—La llave no da la segunda vuelta.

—Tirad para vos.

—Tiro y no se mueve.

—Dejadme á mí.

El normando se desesperaba en vanos esfuerzos.

—¡Pardiez! Estamos perdidos; esta cerradura tiene algun secreto que no podemos descubrir. Veamos al sargento.

—Se burlará de nosotros, y no nos dirá palabra; le conozco.

—Entonces, lo matamos.

—¿Y qué adelantamos? busquemos el secreto; es el partido mejor y más corto.

Los prisioneros agotaron sus fuerzas en pesquisas minuciosas; el pestillo no se movió. Quisieron hacer saltar la cerradura, pero estaba clavada tan profundamente, que tuvieron que abandonar tan inútil trabajo.

—¡Esto es muy triste! murmuró Pampelonne.

—¡Triste y desastroso! balbuceó La Gazette; despues, cediendo á un acceso de rabia, esclamó sordamente con voz ronca de terror: busquemos cualquier salida, y hagámonos matar ántes que permitir nos encadenen otra vez.

—Soy de la misma opinion, respondió Pampelonne, visitemos este corredor de un estremo á otro.

Los prisioneros despues de haber descrito un ángulo, llegaron á los primeros escalones de una escalera de caracol.

—¡Ah! ¡ah! dijo el normando al caballero, ¿habremos hallado por casualidad el hilo de Ariana?

—¿Qué es esto? preguntó Pampelonne designando una abertura muy ancha practicada en una pared, y llevó los rayos de su luz al círculo de este agujero. ¡Eh! capitan, aquí teneis asunto para meditaciones muy graves... ved este paso que ha sido abierto muy recientemente... si no me engaño, algun prisionero como nosotros ha debido evadirse por ahí, subir esa escalera, llegar á alguna parte á donde nosotros llegaremos siguiendo el mismo camino.

—Pienso como vos.

—Entremos en esa celda, y tal vez hallaremos en ella indicaciones provechosas.

—Nó, ni aun por un imperio, interrumpió La Gazette; temeria que por arte de encantamiento se volviese á cerrar la abertura.

—Entremos por la puerta, puesto que tenemos las llaves.

—No mil veces; la puerta seria capaz de barricarse ella misma.

—Entónces subamos esa escalera, y que nos ayude Dios.

—¡En camino!

Los dos compañeros subieron con paso prudente la escalera, y llegaron á la puerta que el Bailío de Clermont habia abierto y vuelto á cerrar con la ganzúa con tanta sagacidad.

—No hay medio de pasar mas adelante, dijo Pampelonne en voz baja.

—Sí, estamos al fin de la escalera; pero esa puerta no nos detendrá; yo me encargo de echarla abajo con mis hombros.

—¡Chist!... por la otra parte hay gente... están hablando... oigamos... y...

Los prisioneros arrimaron el oido á la cerradura, pero no pudieron oir una palabra de la conversacion de la señora de Brissac y del Bailío.

—¡Bah! dijo en voz baja Pampelonne, te-

nemos que habérnosla con dos mujeres, si he de juzgar por el timbre argentino de las voces; así, pues, el cielo nos favorece.

—¿De qué modo? preguntó el normando.

—Vamos á echar abajo esta puerta, á arrojarnos sobre esas dos damas, y á obtener de ellas por medio de amenazas, que nos auxilien.

—¡Eso es! ¡estais inspirado, señor caballero!

—Así, pues, derribadla... Vamos, de un solo golpe, capitan, ó más bien, derribémosla entre los dos; se trata de no empujar más que una vez... de otro modo seriamos perdidos, ¿estais?

- Si... un instante... ¿y si hallamos un hombre?...

—Lo estrangulamos, será un liguero de ménos.

—¿Y dos hombres?

—Dos ligueros de ménos.

¿Y tres hombres?

—¿Por qué no treinta? En ese caso, mi bravo, el Rey contará dos soldados de ménos en su ejército, porque nos partirán la cabeza.. ¡Vamos, una, dos tres!

La puerta, hendida por en medio, estalló de una vez; Pampelonne y La Gazette, lleva-

dos por la fuerza de su arranque, por poco besan el suelo á penetrar en el gabinete de la señora de Brissacc.

—¡Silencio, ó sois muerta, señora! dijo el normando al Bailio de Clermont, á quien había cogido de los cabellos, y medio derribado... ¡Silencio! Soy un tigre desencadenado; no os hagais devorar inútilmente.

—Sujetadla bien, mientras yo busco á la otra, añadió Pampelonne en voz baja.

—Segura está, respondió La Gazette, ¡y lléveme el diablo si se me escapa!

III.

Judit y Holofernes.

El Bailío de Clermont tenia un carácter galante y generoso; pertenecia á esa escuela atrevida y elegante que fundó Francisco I, el rey caballero por excelencia.

Toda mujer, cualquiera que fuese, jóven, vieja, fea ó bonita, podia contar con su apoyo cuando apelaba á su proteccion.

En este caso, nunca consultaban su interés personal; su fortuna, su libertad, su vida, todo lo arrostraba con generoso abandono para responder á un grito, á un ruego, á una señal de socorro.

No era ciertamente vulgaridad por su parte, porque una vez prestado al servicio, consumado el sacrificio, olvidaba generalmente á su protegida; esto en él era natural, y pasó con justa razon por el señor más pródigo de su época.

La señora de Brissac habia esclamado: ¡soy perdida! y Clermont pensó al principio que se trataba del señor de Brissac, de una sorpresa, y de una escena de celos conyugal; pero la condesa habia revelado otro secreto, y Clermont halló delicioso tener que luchar contra un galan feroz, un sucesor, pero no un rival; porque la condesa habia envejecido desde el mes de octubre de 1589 al mes de marzo de 1594.

A nuestro elegante no se le ocurrió un momento la idea de que desempeñaba en esta aventura un papel terrible; que apenas salido de un calabozo se esponia á volver á tomar otra vez el camino de aquel, que sin una espada para defenderse iba á hacer frente á un hombre armado hasta los dientes, como lo están en estos casos los que acechan un delito flagrante.

Todos estos cálculos, buenos para una cabeza reflexiva, los desdeñó Clermont; no vió más que una débil mujer en peligro, y solo

pensó en ayudarla, al mismo tiempo que se divertia á su modo.

Cogido por la nervuda mano de La Gazette, diéronle al Bailio ganas de reir cuando oyó la exagerada amenaza del normando.

—¡Bueno! dijo para sí; hé aquí un belitre que me toma por la condesa... divirtámonos.

Y cuando Pampelonne hubo anunciado que se ocupaba en buscar á *la otra*, le dijo el Bailio:

—Vamos poco á poco; estos truhanes son tal vez media docena.

E hizo un corto movimiento como para desasirse; entónces La Gazette apretó los pulgares, como verdadero villano que era.

—Preciso es que seais bien cobarde, caballero, dijo Clermont con voz estudiada, para abusar así de vuestra fuerza.

—Señora, ya os lo he prevenido, y á vos os toca permanecer tranquila y resignada.

—En fin, ¿qué tiranía es esta? ¿qué quereis de mí?

—Ya lo sabreis, señora, ya lo sabreis, respondió el normando con toda la seriedad de un celoso rabiando de cólera.

—Creed en mi inocencia.

—Creo en ella perfectamente... ¡Bonita inocencia! Tambien yo soy inocente.

Clermont tomó esta respuesta por un epígrama lleno de hiel y de sal; pero como La Gazette habia vuelto á apretar los pulgares, el Bailío se impacientó y dijo:

—Caballero, si continuais haciéndome mal, os prometo la más furiosa estocada que hayais recibido ó visto dar en vuestra vida.

—¡Eh! á fé mia ya ardo en deseos de hallarme en campo raso con vuestro marido, vuestro hermano ó vuestro galan, repuso La Gazette; una estocada me seria mucho más agradable á doscientas leguas de la Bastilla.

Mientras el Bailío procuraba adivinar la malicia que podria ocultar este estraño propósito, Pampelonne, que habia entrado en el salon, escudriñaba á tientas todos los rincones. Ahora bien, sucedió que al mismo tiempo que iba tropezando con todos los muebles echando pestes á su antojo, tropezó con los piés de una silla, vaciló, y se agarró para no caer á las colgaduras que ocultaban á la señora de Brissac.

—En fin, ya di con ella, dijo en voz baja; señora, añadió con misterio, sed franca, confesadlo todo, ó preparaos á morir.

—Todo lo confesaria si tuviese algo que confesar.... el furor os ciega, y cuando sepais...

—Lo sé todo, interrumpió Pampelonne,

que adivinó que la dama queria disculparse de alguna travesura, lo sé todo... ¡temblad! necesito la llave ahora mismo...

—Pero vos teneis esa llave... Olivero, amigo mio, tranquilizáos... vais á dar un escándalo inútil, vais á esponerme... Cuando sepais el nombre de la persona que está aquí, cuando sepais por qué estoy en este salon, sin luz, con esa persona...

—Con ese hombre, ¿no es verdad?

—Pues bien, sí, con ese hombre... os sonrojareis entónces de vuestra violencia y de vuestras sospechas.

—Baron, gritó Pampelonne, sujetad más firme si podeis; no es una mujer, sino un hombre el que teneis en vuestras manos.

—¡Ah! diantre, respondió el normando, y yo me contenia por pura delicadeza, por galantería solamente... yo que temia hacer daño á esta señorita... espera... espera...

—Puesto que sois baron, caballero, esciamo el Bailío, esforzándose en ocultar el dolor que le hacian sufrir en la nuca y en el hombro los implacables puños de La Gazette, estad persuadido de que recibireis ¡ay! dos estocadas en vez de una.

—Está bien, está bien; ya lo veremos.

—¡Pero sois un hombre inconsiderado!

—Tan inconsiderado que no os soltará.

La condesa por su parte, al oir á Pampelonne hablar en voz alta, habia conocido su equivocacion.

—¡Cómo! dijo, no sois...

—¿El gentil Olivero?... no señora... pero... le represento... Soy su amigo... Vengo á vengar sus justos celos... Os he acechado por él, os he sorprendido con...

—¡Oh! ¡Caballero! Eso es infame... de seguro no sois hidalgo.

—¡Bueno! pensó el caballero; ha caido en el lazo... Nuestros asuntos no pueden ir mejor.

—Señora, respondió, soy hidalgo, y de los mejores; podeis convenceros de ello ahora mismo.

—¡Y bien!

—Dadme la llave.

—Pero ¿qué llave?

—Sed sincera, confesad vuestra traicion sin rodeos, sin ambajes, y me callaré. ¿Por qué puerta secreta ha entrado en la Bastilla vuestro galan, por qué poterna pasa para venir á esta fortaleza?

—Caballero, dijo la condesa, que empezaba á no comprender nada de este discurso; os juro que el hombre, el jóven que está aquí no tiene que ventilar intriga alguna.

—La llave de que hablais no está nunca á mi disposicion... debeis saberlo... el señor Olivero no se desprende de ella jamás.

—Bien, pero nuestro jóven tiene otra, y esa es la que necesito; vamos á ver, no seais enemiga de vos misma; aprovecháos de mi pasajera clemencia; voy á dejar á vuestro galan en la esplanada, lo pondré cortesmente á la puerta, aconsejándole que no vuelva á poner los piés en la Bastilla, y lo olvidaremos todo por esta vez solamente.

—Por San Dionisio, condesa, interrumpió Clermont en alta voz; la proposicion no me disgusta, aceptadla, y deshaceos de esos villanos que os hablan, segun creo, con el sombrero puesto.

—Hé ahí un sonido de voz que no me es estraño, esclamó Pampelonne... baron, apretad más fuerte.

—Ya aprieto, no temais.

—Ya lo creo que apretais, bandido... ¡Oh! es la segunda vez en mi vida que me atenacean de este modo.

—Vamos, señora condesa, ¿os decidis? preguntó Pampelonne; vuestro galan no está muy cómodo, debeis tener lástima.

—¡Pero yo no tengo la llave, bondad divina!

En este momento, un tizon que estaba envuelto entre cenizas en la chimenea, fué rodando por el suelo.

—¡Ira de Dios! dijo el caballero; al fin vamos á vernos las caras.

—¿Quién ha dicho ira de Dios? preguntó admirado el Bailío.

—Nadie, respondió el normando, que pensó con pena que Pampelonne acababa de cometer una imprudencia y de venderse.

—Yo he sido, repuso el caballero soplando el tizon y encendiendo una bujía color de rosa.

—¡Somos perdidos! murmuró la señora de Brissac cayendo aterrada en un sillon.

—¡Eh! dijo Pampelonne despues de haber mirado á la condesa de hito en hito, en verdad que estais esta noche encantadora, y si el galan... ¡qué veo!... ¡Ah!... ¡Dios mio!... ¡el Bailío!...

—¡Pampelonne!...

—¡El señor de Clermont! balbuceó el normando admirado con este encuentro.

—¡El capitan La Gazette! dijo á su vez el Bailío... pero soltadme, ¡hombre maldito! hubiera debido reconoceros en vuestro modo de sujetar á las gentes; me habeis tenido aquí

como me teniais en el camino de Dourdan, cuando ibá á la grupa montado en Pompeyo.

—¿Le suelto? preguntó el capitan al caballero.

—¿Cómo si soltais? ¿vais ahora á romperme los brazos?

Pampelonne soltó una carcajada homérica, mientras La Gazette devolvia la libertad al Bailío.

—¡Uf! dijo Clermont, estoy estropeado; despues, mirando al capitan cara á cara, y echándose á reir á su vez, añadió: ¡Dios mio! qué feo os habeis vuelto, mi pobre baron, ¡y qué barba teneis! ¿De dónde habeis salido?

—De una cueva de la Bastilla; ¿y vos?

—De una celda de la Bastilla; ¿y vos, Pampelonne?

—¡De un calabozo de la Bastilla, amigo mio! ¡Ira de Dios! !Esto me agrada!

Despues, volviéndose á la condesa, que escuchaba no sin sorpresa y confusion este estraño coloquio:

—Señora, dijo el caballero, perdonadme mis impertinentes preguntas, y dignáos contar con la discrecion de vuestros tres prisioneros, porque para nosotros, vos sois la que mandais esta noche en la Bastilla. Ignoro si el señor de Clermont desea salir de aquí; pero

juro por mi parte que el capitan La Gazette y yo no deseamos otra cosa que salir de aquí... para lo cual contamos con vuestro apoyo.

—Creed, señora, se apresuró á añadir Clermont, que en cualquiera otro lugar, no cederia mi puesto á nadie; pero si tengo gran placer en veros, es en el Arsenal, y no aquí. Señores, respondo del escelente corazon de la señora condesa de Brissác, que sabrá hacernos pasar por tres ratoneras.

—¡Diantre! pensó La Gazette; ¡la condesa de Brissac! ¡Hénos aquí en plena república!

Despues de haberse mordido los lábios la condesa convenientemente, dirigió una atrevida mirada á los prisioneros; y como era mujer de mucho talento, de imaginacion audaz y de alma caritativa, tomó en este asunto el partido más razonable, el de sonreir á estos tres pobres diablos que se dirigian á su benevolencia.

—¡Gracias á Dios! esclamó Pampelonne; ¡hénos aquí de acuerdo!... Y bien, capitan ¿no reis como nosotros y con nosotros?

—No reiré hasta que me halle fuera de la Bastilla, y hasta fuera de Paris, señor caballero; lo cual creo que será dar pruebas de buen carácter... Vamos á ver... ¿partimos?

—Señores, dijo la condesa con su gracia es-

quisita: tened la bondad de sentaros... tomad asiento, Bailío; vos, señor de Pampelonne; vos, capitan.

—¡Muchas gracias! dijo el normando; el sitio no es bueno para permanecer de pié.

—¿Haceis, pues, juramento de no sentaros sino fuera de la capital? preguntó Clermont, que se habia instalado en un sillon lo mejor que pudo... ¡Qué diablo! querido mio, es preciso saber aguardar, y sobre todo obedecer á las damas... Cuando hayais permanecido tanto tiempo como yo en la Bastilla, tendreis derecho á ser calavera, pero no ántes.

— Caballero, he hecho en ella una estancia bastante honrosa; ¡tres años, cuatro meses y tres dias!

—Eso es una bagatela, repuso Clermont; ¡yo he permanecido en ella veinte años!

— Permitidme que lo dude, continuó el normando; yo os ví libre el dia ántes de mi encarcelamiento, que data desde el 31 de octubre de 1589 por la mañana.

—Y el mio desde el 30 de octubre de 1589 por la noche; y como debemos estar en el año de gracia de 1609...

—¡Ay! muy vieja me haceis, interrumpió la condesa riendo. Tranquilizáos, Bailío; solo estamos en el mes de marzo de 1594.

—¡No es posible!

—¡Y no es poco! dijo el normando; pero en fin, ¿vamos á continuar hablando mucho tiempo de este modo?

—Sois muy curioso, y teneis á la vez mucha prisa, respondió Pampelonne sentándose.

—¡Qué diablos! escuchad, pues, hablo por esperiencia. Despues del sitio de Poissy, yo era prisionero de guerra del señor Bailío de Clermont, que me puso en libertad; en vez de echar á correr, me detuve en discurrir, de lo cual resultó que habiendo despachado un correo el mariscal Biron, mandando que me hiciesen ahorcar, el correo me halló perorando... fuí ahorcado y desahorcado por milagro. ¿Comprendeis ahora por qué deseo escaparme cuanto ántes?

—Vamos, señores, no impacientemos á vuestro camarada el baron La Gazette, si mal no recuerdo.

—¡Ay! sí señora, en otro tiempo yo era dos veces baron, con la Liga y con el Rey... hoy...

—No sereis baron sino por el Rey, caballero; atended bien á lo que voy á decir: la Liga está espirando: los partidos que se disputan en ella el poder se hallan tan debilitados y tan poco considerados, que su ruina es inminente.

Mayenna no tiene ya sino una sombra de influencia; sus soldados no pueden hacer frente al rey de Navarra; los fanáticos de Roma se han visto obligados á capitular con la abjuracion del Bearnés; los españoles han perdido su brazo derecho con la muerte del duque de Parma; los republicanos han desaparecido...

—¡Cómo! esclamó Clermont, ¿y el señor de Brissac?

—El señor conde de Brissac no ha sido nunca republicano, Bailío, ¿dónde habeis recogido esa calumnia?

—¡Pues me gusta! murmuró La Gazette; ¿á que me van á decir que maese Publicola no ha adorado nunca á los grecos y cantado la ley agraria?

—Eso es puramente imaginado, capitan; el abogado Thomassin ha sido siempre un realista escelente, decidido y á toda prueba.

—¡Oh! ¡en cuanto á eso!...

—Pero ¡qué charlatan sois! interrumpió Pampelonne, ¿qué vais á discutir?... cuando el viento sopla, es preciso dejar que giren las veletas. Señora, estoy pronto á serviros de fiador; el conde de Brissac y maese Thomassin no han sabido decir qué cosa era república.

—Ciertamente, dijo Clermont, eso es lo que tienen de comun con los republicanos que he conocido; continuad, encantadora condesa.

—La Liga está, pues, próxima á exhalar su último suspiro; pero los cuerpos que han sido robustos tienen generalmente una agonía larga, sobre todo cuando el médico es hábil. Ahora bien: el médico de la Liga en este momento es España, representada por el señor Olivero, sobrino de D. Mendez, antiguo embajador de Felipe II.

Aquí se sonrió ligeramente la condesa, pero se repuso en seguida.

—¡Olivero! murmuró La Gazette al oido de Clermont; conozco de reputacion á ese perillan.

—¿Y á mí qué me importa? respondió el Bailío; dejadme escuchar.

—Olivero, continuó el capitan, es el que ordenó el rapto de la bella señorita de Tarare.

Al oir este nombre el Bailío cogió á La Gazette por un brazo, y á pesar de su debilidad, lo sacudió tan violentamente, que el normando le dijo en voz baja:

—¡Eh, eh! ¡Creo que me estais devolviendo las sacudidas de Dourdan!

—¿Cuándo concluís, señores!... preguntó Pampelonne... la señora os espera.

—Olivero es, pues, el médico de la Liga; la sostiene con una vida artificial, y si nos descuidamos podria darle aun muchos dias. Advertid, señores, con qué confianza os hablo de estos graves asuntos; y si lo hago así, es porque os creo y sé que sois realista tan fervientes como el señor de Brissac y como yo misma.

—Seguramente, señora, dijo Pampelonne sin sonreir, nosotros no lo somos más, pero si tanto; hablad, pues, con seguridad completa.

«Que alaben á los normandos despues de haber oido á los gascones,» pensó La Gazette admirado de este maravilloso aplomo.

—El señor Olivero ha hecho poner en la Bastilla una guarnicion muy respetable de alemanes y españoles, y ha sabido acariciar á Mayenna, autorizándole á colocar al vizconde de Bourg, loreno reformado, al frente de dicha guarnicion. Esta concesion ha encantado á Mayenna, que no habla de Olivero sino como de un amigo y de un aliado escelente. El señor de Brissac y el vizconde de Bourg son antiguos compañeros de armas, que se estiman mucho y se quieren particularmente; yo soy amiga intima de la vizcondesa y he hallado

con frecuencia en su casa al Sr. Olivero, que viene asiduamente á inspeccionar nuestra guarnicion española. El señor de Brissac espera conseguir del vizconde que persuada á Mayenna, así como á Olivero, de que el gobierno de Paris está en malas manos, y que este gobierno debia dársele para la salvacion de la Union. El señor de Brissac me ha confiado sus proyectos; gobernador de Paris, abre sus puertas á Enrique IV y restaura la monarquía legítima. Esta combinacion atrevida me ha agradado; pero estoy persuadida desgraciadamente de que el camino que ha tomado el conde no puede conducir á buen sendero, y me he consagrado al triunfo del honor y del derecho...

—Veamos el desenlace; balbuceó el normando La Gazette, que fatigado de cansancio se habia sentado en una silla, en la que parecia que le pinchaban con agujas y alfileres.

—El señor Olivero, continuó la condesa bajando un poco la voz, ha reparado en mí....

—Muy bien, dijo el caballero Pampelonne, adelante.

—He creido, pues, que una sábia coquetería tendria más imperio sobre él que todas las

tentativas del vizconde de Bourg, y del conde de Brissac para inducirlo á que solicite el gobierno que mi marido codicia por grandeza de alma... y... tengo fundamento para creer que saldré bien de la empresa. Hé aquí, señores, la primera parte de las confidencias que tenia que haceros. Pasemos ahora, si gustais, á lo que os es personal.

—¡Si gustamos! pero, por San Nicolás, señora, debiérais haber empezado vuestro discurso por su segunda parte; tanto más, cuanto que confieso no haber comprendido ni una palabra de la primera.

—¡Oh! ¡qué hombre tan insoportable! ¿A que tenemos que volver á meterlo en la celda?

—¿Conoceis la historia de Judit y Holofernes? preguntó el Bailío al Normando que lo miró con espantados ojos.

—Nó, á fé mia, tanto me importa una como otra.

—¡Eh! puesto que no sabeis nada, escuchad é instruiros.

—Sé que no siempre sois político, señor de Clermont; pero que salgamos de la Bastilla, y que el rey de Navarra entre en el Louvre, y veremos ló que sabeis hacer á pié y á caballo, porque...

—Así, pues, señores, interrumpió la condesa, que al oir los nombres de Judit y de Holofernes, se habia puesto encarnada como una cereza, deseais tener la llave de la poterna por donde...

—¡Eso es! esclamó Pampelonne.

—¡Eso es! repitió Clermont.

—¡Gracias á Dios! dijo La Gazette, ¡hablemos de la llave, hablemos de la poterna, y vámonos cuanto ántes!

IV.

La credencial del conde de Brissac.

—Señores realistas, continuó la condesa de Brissac sonriendo con alguna malicias, heos aquí á tres caballeros muy hábiles, en palenque cerrado seguramente; pero de cuyos talentos diplomáticos me atreveré á desconfiar.

—Y haceis bien, interrumpió Clermont; el caballero de Pampelonne tiene una gran reputacion de habilidad, pero el capitan La Gazette y yo somos unos torpes rematados.

—¡Hum! murmuró el normando; hablad por vos, señor Bailío.

—Yá veis que una pobre mujer, continuó la condesa, os gobierna á su antojo como si fuéseis niños con andadores. Perdonad, capitan La Gazette, no os ofendais, y no intenteis interrumpirme. Todos tres me habeis puesto el cuchillo en la garganta, y amenazado con malos tratamientos si no os hacia evadir por medio de una llave, que no tengo, por una puerta que no conozco...

—¡Pardiez! articuló crudamente Pampelonne, ¿os habeis burlado de nosotros?

—Y hace mas de una hora, continuó la señora de Brissac con el aplomo de ua diablillo, os estoy distrayendo con propósitos que escuchais cándidamente.

—¡Señora! esclamó La Gazette poniéndose pálido de pronto.

—¡Vive Dios! dijo Clermont, esto me encanta.

—¿Por qué, Bailio!

—Porque despues de cuatro años de haber estado enterrado, vuelvo al mundo para continuar hallando en él á las mujeres tales como yo las habia dejado, llenas de emboscadas y de deliciosas perfidias...

—Sí, interrumpió Pampelonne; pero yo que nunca he sido galante, voy á enfadarme de veras, y esas perfidias...

—Poco á poco, caballero... ¿y si yo os hubiese divertido durante una hora para hacer que esperáseis?... ¿si de ese modo hubiera yo ganado el tiempo necesario para vuestra pérdida? ¿Si el gobernador de la Bastilla, si el señor de Brissac, si algunos soldados armados se presentasen de improviso para prenderos y volver á encerraros en vuestros calabozos?.... ¡Ah! ¡ah! ¡Dios mio! sostened al señor baron La Gazette, ¿no veis que se va á desmayar?

Pampelonne y el Bailío no pudieron ménos de reirse al ver la estraña mueca que hacia el capitan; pero como la situacion no era muy cómica de suyo, no tardaron en fruncir los ojos.

—Señora, dijo el caballero; si ese programa debe cumplirse, asistireis á una terrible pendencia. Pensadlo bien; aunque fuesen ciento los esbirros de los señores de Brissac y consorte, no nos cogerán vivos.

—¡Oh! ya sé que todos tres sois valientes, pero estais desarmados...

—Tenemos nuestros dientes y nuestros puños, esclamó La Gazette con voz ahogada por el furor, y no sé en verdad lo que me impide probaros lo que sabremos hacer...

— ¡Cómo es eso! interrumpió la condesa retirando un sillon que habia amenazado uno de los grandes brazos del normando; pensad, ca-

ballero, que sois baron, y dejad á un lado esos modales groseros... Vamos, mis hidalgos, to mad las espadas, si gustais.

Los tres prisioneros se miraron con sorpresa; la condesa se levantó, y yendo á abrir la puerta de su gabinete, hizo una seña al Bailío.

—Armaos, dijo indicando muchas espadas suspendidas por sus tahalíes... Y bien, señor de Pampelonne, y vos, baron, ¿permanecereis con las manos desocupadas ante ese tesoro?

La Gazette y el caballero se precipitaron hácia el gabinete:

—¡Virgen santa! murmuró el normando, que no pudo resistir al capricho de desenvainar en seguida; ¿sabré servirme aun de este juguete? ¿se me habrán enmohecido las manos?... ¡Eh! ¡eh! no lo manejo mal, ¡qué diablos!... el puño funciona bastante bien... Probemos la mano izquierda... ¡bravo! ¡bien!... las caderas están pesadas... Sin embargo, en el ejercicio... una... y dos... ¡bueno y tres.

—Señora, dijo nuestro antiguo maestro de esgrima despues de haber descrito un semi-círculo, dado un golpe de segunda, haber cortado y tirádose á fondo como si hubiese estado en plena academia: sois una verdadera condesa; teneis un gran corazon; os beso las manos, y os declaro que esto es salvarme casi la vida.

—Confesad, interrumpió la condesa, que os he dado no poco miedo.

—Testigos somos de ello, respondieron Pampelonne y Clermont, á quienes los ejercicios de La Gacette hacian reir hasta derramar lágrimas.

—Ea, ahora, continuó la señora de Brissac, ya es tiempo de pensar en vuestra evasion; os he detenido hasta ahora por prudencia, y ya seria imprudente deteneros más.

—Partamos, dijo la Gazette ajustándose su espada.

—Debe haber seguramente muchos medios de salir de esta ciudadela, continuó la condesa; pero si he de hablaros con franqueza no conozco ninguno.

—¡Cómo! preguntó el caballero, mientras Clermont se reia á hurtadillas de una nueva mueca del normando.

—He hecho cuanto he podido, continuó la señora de Brissac, proveyéndoos de espadas; pero aqui estoy en casa de la vizcondesa de Bourg, no tengo influencia alguna en la guarnicion, no conozco el santo y seña, ni tengo las llaves de ninguna poterna. Consultad pues, señores, de qué modo vais á salir de aquí, comunicadme vuestra resolucion, y si mi aviso ó mis noticias, ó mis consejos pueden serviros

de algo, contad con mi celo, con el celo de una ardiente realista.

—Y bien, baron, dijo el Bailío al oido del capitan; me parece que nuestros asuntos vuelven á embrollarse.

—¡Oh! nó, repuso el normando; el señor de Pampelonne está con nosotros, tengo fé en sus reliquias: una imaginacion como la suya, nunca está falta de recursos...

—¡Tal vez! interrumpió Pampelonne, pero necesito algun recogimiento... Señores, celebremos consejo.... Bailío, ¿cuál es vuestra opinion?

—Esta señora nos ha dejado comprender que el señor Olivero, sobrino del embajador Mendez, le dirigia galantes homenajes... ¿No es cierto, condesa?

—No os lo he dejado comprender, os lo he dicho con todas sus letras, respondió con orgullo la señora de Brissac.... me parece que eso no tiene nada de imposible.

—Ciertamente, y hasta he sabido adivinar que por vuestra realista adhesion habeis fingido hasta hoy no desesperar demasiado á nuestro hidalgo.

—No sois brujo, amigo mio, interrumpió á su vez Pampelonne; la señora nos ha esplicado perfectamente todo eso.

—Pues bien, continuó el Bailío, hé aquí lo que se me ocurre: la señora nos esconde aquí á todos tres, escribe al señor Olivero, y le dá una cita aquí mismo para esta noche; el español acude provisto, sin duda alguna, de la llave de la poterna de que se trata, y me encuentra en esta habitacion con la espada en la mano. Ahora bien; ya sabeis, caballero, que por razones que os dará despues el capitan La Gazette, tengo una cuenta pendiente con el señor Olivero; cruzamos las espadas, mato á mi hombre decentemente, tomamos la llave, la señora nos indica la poterna, y nos vamos todos...

—¡Perfectamente! ¡soberbio! esclamó La Gazette.

—¿Y si él os mata? preguntó Pampelonne.

—Tomad mi puesto, caballero; si sucumbis el capitan nos vengará, y en fin, si el capitan muere á su vez, habremos hecho cuanto ha estado de nuestra parte; cuando se ha estado enterrado vivo en la Bastilla, es poca cosa ser enterrado en ella muerto.

—No me parece mal todo eso, dijo Pampelonne; ¿y á vos, condesa?

—Nada es menos practicable, por dos razones; ante todo, olvidais quién soy, creyen-

do que he de prestarme á un asesinato premeditado...

—¡Bah...! ¡un español...! murmuró La Gazette.

—¡Un liguero! añadió Clermont; notad, señora, que no se le asesina, se le mata en tercera ó en cuarta, nada más; y á fé mia no se le hace poco honor.

—Sí, pero seriais tres contra uno...

—¡Oh! en cuanto á eso, esclamó Pampelonne, el Bailío os dirá que en el cementerio de Beaugency saqué la espada contra todos los cortesanos de S. M. Enrique III, cosa que me fué muy fácil.

—Y luego, señores, continuó la condesa, no penseis que el rey perderia tontamente su capital en ese juego. Si matais al señor Olivero, que en cuanto á su persona es para mí mas que indiferente, el señor de Brissac no tendrá el gobierno de Paris, y la guerra continuará; si os poneis fuera de combate uno tras otro, no dejará de acusarme de traicion, y ya no tendré influencia sobre su corazon ó su espíritu...

—Es justo, interrumpió Pampelonne; vuestro plan no vale nada, Bailío... Vamos á vos, La Gazette.

—Yo opino porque caigamos de improviso

sobre el cuerpo de guardia de la puerta avanzada; nosotros tres podemos sin trabajo pasar por encima de esos ganapanes que guardan el puesto, bajar el puente levadizo, y echar á correr...

—¡Hum! ¡eso es difícil! dijo el caballero mirando á la señora de Brissac.

—Tanto más difícil, añadió la condesa, cuanto que los ganapanes encargados de vigilar la avanzada, es gente aguerrida, poco dispuesta á dejarse maltratar... y luego hay dos cuerpos de guardia y dos puentes levadizos en esta ciudadela.

—Teneis la palabra, señor de Pampelonne, dijo La Gazette lleno de confianza en la sagacidad del gascon; apresuraos á sacarnos de este mal paso.

—Si nosotros no debiésemos sacrificarnos á los intereses del rey, comenzó Pampelonne, os diria que el partido mas corto seria el de entrar con la espada desnuda en casa del vizconde Bourg, é intimarle que nos entregase las llaves de la fortaleza.

—No os las entregaria.

—Pero la señora de Brissac no podria llevar adelante sus planes; el asunto seria demasiado escandaloso, y no es la violencia la que nos puede socorrer, sino la astucia...

—Ya está en su terreno, dijo La Gazette al oido del Bailio; vamos á oir alguna maravilla, escuchad bien.

—Señora, continuó Pampelonne, sois injusta en tener mala opinion de mi talento diplomático; voy á daros una prueba concluyente de mi sagacidad, y sobre todo de mi penetracion.

—Ya espero, caballero.

—¿Sereis franca á mis preguntas, si estas preguntas importan á vuestra seguridad?

—Os lo prometo.

—¡Muy bien! empezaré, pues, por deciros, que el señor Olivero no es para vos un conquistador, sino un esclavo. Vos no le amais, y él está perdidamente enamorado de vuestra belleza; vuestro proyecto bien confesado es hacer nombrar al conde de Brissac para el gobierno de Paris, y mientras el señor de Brissac no se halle revestido de ese mando, el señor Olivero no será mas que un pobre suspirante; ¿no es cierto?

—Muy cierto... ¿Qué mas?

—En el arsenal, segun vuestra confesion, es donde nuestro hidalgo os hizo sus primeras visitas; en el arsenal, donde se os ocurrió ese bello proyecto de abnegacion á la causa real, que hará de vos una heroina, rival de la Ju-

dit, cuya historia no conoce La Gazette.... ¿es cierto?

—Cierto, respondió la condesa bajando la voz.

—Supongo que habeis desplegado en el arsenal un gran lujo de coqueteria para encadenar á vuestros pies al sobrino del embajador Mendez, y supongo que si habeis dejado el arsenal por la Bastilla, es porque en vuestra opinion se acerca la hora en que vuestro esclavo capitule... ¿no sé si me esplico con lucidez?...

—Nó, á fé mia, se aventuró á decir La Gazette; no comprendo nada de ese discurso, si bien me parece un poco largo.

—Os esplicais con perfecta claridad, caballero, respondió la condesa sonrojándose.

—Creo, mi querido capitan, que el señor Olivero anunciará por capitulacion muy pronto á la condesa, que el señor de Brissac ha sido nombrado gobernador de Paris...

—¡Ah! Ya, ya estoy, dijo la Gazette.

—¿Está el baron La Gazette, señora? preguntó Pampelonne.

La condesa hizo una señal afirmativa.

—Ahora, continuó el caballero, puesto que os habeis vendido vos misma diciéndome cuando me tomábais por un partidario del señor de Brissac ó del señor Olivero, que nuestro espa-

ñol no se separaba nunca de la llave con que entra en la Bastilla misteriosamente, no sé por qué puerta, no me s difícil suponer que el galan está autorizado á venir á haceros la corte de tapadilla... ¡Oh! no os sonrojeis, señora, sé muy bien que hasta aquí no se ha alimentado mas que de suspiros, y que no ha adelantado nada hasta hoy...

—Es cierto, caballero...

—¡Oh! ya sé que sois muy hábil, pero tengo buen oido, las cazo al vuelo, como se dice vulgarmente, y vuestros labios han pronunciado dos palabras que me han dicho muchas cosas.

La condesa alzó la cabeza admirada.

—Cuando echamos abajo la puerta del gabinete, esclamásteis: «¡Estoy perdida!» Eso queria decir: el conde de Brissac no será gobernador, porque si es él quien me sorprende á solas con el Bailío, sus celos arrojarán fuego y llamas, porque si es Olivero quien llega, celoso por celoso, adios mi estratagema y mis sueños de fortuna; ¿es esto verdad?

—Sí, verdad es.

—Permitid, dijo Clermont, quiero añadir un detalle que será un rayo de luz para vuestra sagacidad, mi querido Pampelonne; la condesa esclamó: estoy perdida, pero murmuró á

mi oido estas palabras: «¡Oh! ¡Dios mio! ¡ahogarse á la orilla!»

—¡De veras! dijo Pampelonne con alegria, ¡eh! bondad divina, ¡estamos salvados!... sed franca, condesa, porque os intimo que cumplais aqui vuestra oferta. sintiendo ahogaros á la orilla, deciais claramente que el señor Olivero era esperado para...

—Basta, caballero, os hago la justicia de confesar que teneis toda la malicia neceraria á la politica de este tiempo.... Si os detengo, es porque la hora se acerca. Sí, vuestra brusca entrada en esta habitacion me ha causado angustias mortales... he temido un momento que se perdiese la causa de la monarquía... Olivero, ese español á quien detesto como buena francesa que soy, y como gran señora, debe venir aqui antes de media hora. Va á traerme la credencial del señor du Brissac, y confieso casi para gloria mia, que espera ser recompensando por su celo, por su obediencia á la tiránica voluntad que le he impuesto. Tened, caballero, bastante buena opinion de la condesa de Brissac, que va á devolveros vuestra libertad, para creer que sabré salir del paso con sagacidad y con honra. Yo os juro que no se podrá decir que el español haya conquistado en Francia ni una buena ciudad

del rey ni una dama de mi calidad. Desde mañana, pues, el señor de Brissac se instalará en el Louvre en su calidad de general en jefe, pronto á devolver al rey la ciudad de Paris, y desde mañana mismo habré yo dejado la Bastilla, tan cierto como vos la habreis dejado ántes de una hora.

—¡Por S. Dionisio! condesa, esclamó Clermont; hé ahí un lenguaje digno de vuestra raza, y me haceis sentir amargamente el tiempo que he pasado en el calabozo. Yo lo hubiese empleado muy bien cerca de las damas de mi noble pais. Sin embargo, creo que os costará trabajo deshaceros de ese español: permitidme que me oculte en algun rincon, y os prestaré ayuda...

—Bailío, respondió la señora de Brissac con una sonrisa encantadora; nosotras las mujeres tememos mucho más á nuestros enemigos; me obligariais á conseguir dos victorias... Señores, seguidme.

La condesa condujo á los prisioneros á un vestibulo que daba á una ancha escalera, y le dijo en voz baja:

—Esta escalera conduce é los departamentos de la señora de Bourg; á esta hora no correis riesgo alguno de encontrar á nadie; Olivero no vendrá aquí por ese lado; perma-

necereis inmóviles y silenciosos tras esa tapicería, hasta que yo entre en el vestíbulo y diga: *¡Antonio!* Al oir este nombre, el señor baron La Gazette saldrá de su escondite y le daré mis ordenes; es decir, le entregaré las llaves de la poterna y un paquete; señores, lo hareis entregar en seguida al señor conde de Brissac, y en propia mano. A partir de este momento velareis por vuestra seguridad durante quince dias, porque al cabo de este tiempo volverá á entrar el Rey en su capital, que abandonarán vergonzosamente las tropas de Felipe II, y donde la Liga en masa gritará: ¡viva Enrique IV!

La Gazette, trasportado de alegria, abria la boca para repetir este grito, cuando Pampelonne le llamó al órden recomendándole la prudencia por medio de un pisoton.

—Sois un ángel, condesa, dijo el caballero; pero ¿quién nos enseñará el camino de la poterna?

—No podeis engañaros; cuando llegueis al pié de la escalera, ireis derecho hasta la muralla; luego que esteis al pié de una torre cuadrada en la que ondea una bandera, tomareis á mano izquierda y no tardareis en encontrar una escalera qne da á los fosos; frente á esta escalera está la poterna...

—Comprendo, dijo Clermont: por ahí fuí introducido en esta ciudadela del diablo.

—Señor baron, continuó la condesa; os recomendaré en alta voz que me traigais la llave de la poterna, pero tendreis buen cuidado de no hacerlo.

—Que me ahorquen si vuelvo atrás, señora.

—Dejareis la poterna entreabierta.

—La dejaremoe abierta de par en par, si es preciso.

—Ahora á vuestros puestos... Ni una palabra, ni un movimiento... la lucha está empeñada... ¡guerra á España, y viva San Dionisio, como decian nuestros abuelos!

La condesa volvió á su habitacion, tomó un espejo, echó sobre sus hombros una rica pañoleta de gasa, arregló su tocado con todo el arte de una temible coqueta, reanimó el fuego de su chimenea, y se estendió en su sillon donde permaneció como en emboscada para recibir al enemigo, á quien se trataba de derrotar.

Clermont, Pampelonne y La Gazette, esperando todos tres el momento deseado, permanecian de pié, mudos como estátuas, haciendo esfuerzos supremos para mirarse sin reirse.

Al cabo de media hora de espera, los prisioneros oyeron andar y hablar en el salon de la condesa; prestaron el oido para coger al vuelo algunas palabras, pero no pudieron conseguirlo, y de más está decir que el tiempo les pareció largo en la crítica posicion en que se hallaban.

De pronto, abrióse la puerta que daba al vestíbulo, y desde el umbral de esta puerta, la señora do Brissac dijo en voz alta:

—Antonio... Antonio... ¿dónde estais?

—Allá voy, señores; allá voy, respondió La Gazette, quien colocado entre el Bailío y el caballero, habia sido detenido á la vez y por los codos de sus compañeros... perdonadme, casi me habia dormido en la banqueta.

—Me gusta el casi, interrumpió la condesa... En fin, ¿estais bien despierto?

—¡Ah! señora, perfectamente.

—Tomad este paquete, y corred al Arsenal; pedireis hablar al momento de mi parte al señor conde, y le entregareis estos despachos... esperad, los puentes están levantados, y necesitaríais perder demasiado tiempo para obtener pasar á esta hora por la puerta principal... tomad esta llave, que es la de la poterna de la torre cuadrada... ¿conoceis esa poterna?

—La veo desde aquí, señora.

—Luego que hayais abierto la puertecilla, volvereis atrás para entregarme la llave, ¿lo oís bien?

—Lo oigo.

—Habreis dejado la poterna entreabierta, y al volver al pasar, empujareis la puerta tras vos con mucho cuidado, á fin de que la dejeis cerrada. Dormireis en el arsenal, y regresareis mañana muy temprano á darme cuenta de vuestra comision... partid.

La condesa volvió á su salon haciendo tanto ruido como pudo, á fin de ahogar el rumor de los pasos de los prisioneros, quienes en su vida habian marchado seguramente con más ligereza.

Las instrucciones de la señora de Brissac fueron seguidas al pié de la letra; y nuestros compañeros, despues de haber subido, no sin trabajo, la parte esterior de los fosos de la Bastilla, echaron á correr por la esplanada tomando hácia la parte del Arsenal, hasta que se vieron bastante léjos de la fortaleza para creerse al abrigo de toda persecucion.

—Basta, dijo Clermont; ya no tengo piernas.

—Es justo, añadió Pampelonne, tres camaradas de nuestro temple no deben hacer

por más tiempo el oficio de liebre... ¡Ah! Bastilla, amiga mia, juro darte noticias mias, con la coraza en la espalda y el casco en la cabeza.

—Yo juro no volver á poner los piés en ella, esclamó La Gazette, aunque el rey quisisiera regalármela.

—Es, señores, continuó Pampelonne; ¿qué vá á ser de nosotros ahora que estamos libres!... Soy de opinion que ante todo llevemos su credencial á ese pobre Brissac.

—Sin duda; respondió Clermont; el mensaje es demasiado chistoso para que dejemos de hacerlo con celo!... ¡pobre Brissac! ¡qué imaginacion tienen las mujeres!

—Compadeceis al conde de Brissac, interrumpió el virtuoso La Gazette, y no sé en verdad por qué; ya lo veo, gracias al génio de su mujer, gobernador de Paris, y muy pronto favorito del rey... ¡quisiera que mi baronía me costase el mismo trabajo!

—Casaos ante todo, querido mio, dijo el Bailío, y si escojeis bien, respondo de vuestro porvenir; no teneis más que dejaros llevar.

—¡Ah! ¡San Nicolás! esclamó bruscamente el normando.

—¿Qué hay? preguntó Pampelonne.

—Hemos olvidado recomendar nuestro car-

celero á la condesa; el buen hombre va á echar raices en mi calabozo.

—¡Lástima de pérdida, en verdad!

—Cuando es digo que el pobre hombre me colmó de consideraciones, continuó el capitan; cuando os digo que sus cuidados debian ocultar algun misterio... quiero á toda costa librarle de trabajos.

—Pues bien, volved á la Bastilla; la poterna está abierta.

—Basta, mañana repararé mi olvido.

Nuestros tres caballeros se pusieron en maraha hácia el Arsenal, y hablando de unas cosas y de otras, Pampelonne interrumpió á La Gazette, y le dijo:

—Capitan, mañana nos cortaremos el pescuezo, si gustais:

—¡Ah! ¡ah! estais aun en ello?

—¡Cómo si estoy! ¡más que nunca!... ¿olvidais nuestro convenio?

—Pues bien, señor caballero; será como querais, y á la hora que gusteis.

—¡Como! preguntó el Bailio, ¿vais á batiros?

—Sereis nuestro testigo, señorde Clermont, respondió el normando.

—¿Es grave el asunto?

—Un duelo á muerte, amigo mio: el capi-

tan La Gazette no me perdonará jamas que me haya comido á su caballo Pompeyo.

—¿Qué significa eso?

—Durante el sitio de Paris, donde fui á encerrarme con la única intencion de vengar la muerte del vizconde de Gourdon en el baron La Gazette, su asesino...

—¡Oh! poco á poco, interrumpió el capitan; os he permitido ese insulto cuando estábamos encerrados, pero aquí, al aire libre, y en el momento de que la luna aparece por cortesía, no lo permitiré, caballero... desenvainemos las espadas, sin ir mas lejos, y sin mas consideraciones.

—Gran placer me dais, amigo mio, replicó Pampelonne, que retrocedió dos pasos, sacó la espada y se puso en guardia... Si, me he comido vuestro caballo durante el hambre; sí, ha parecido duro, apergaminado, detestable, abominable...

—¡Y vais á morir de indigestion! esclamó el capitan, que se puso furioso de pronto al recuerdo del dócil y fiel Pompeyo.

—¡Poco á poco! dijo Clermont sacando la espada á su vez y arrojándose entre los combatientes, prontos á atacarse; ambos me insultais no tomándome por árbitro; escuchadme,

si, os lo prevengo, os abandono á ambos, lo cual no seria muy divertido.

—Vamos, despacháos, respondió Pampelonne, ¿qué teneis que decirme?

—Yo serví de testigo al baron La Gazette en su duelo con el señor de Gourdon; nunca combate alguno fué más leal. El vizconde á quien yo habia reconocido antes de entrar en la liza, me llevó ante los jueces del campo y escribió un billete, que me rogó os entregase á voz, Pampelonne, si la suerte de las armas le era funesta. Ese billete le he guardado conmigo hasta el dia de mi prision, y como temia que me registrasen en mi calabozo y que ese escrito me comprometiese, comprometiendo al mismo tiempo la causa del rey, lo abrí para leerlo, quemarlo y traeros de viva voz su contenido. Ahora bien, he aquí palabra por palabra lo que decia aquel papel: «Mi querido caballero: La vida me pesa y quiero librarme de ella; he venido á ofrecer el combate á los ligueros con intencion de renovar todos los dias esta fanfarronada, hasta que un lanzazo pusiese fin á mis torturas. El cielo ha querido que por primer adversario encontrase á nuestro pobre camarada La Gazette, quien, segun me afirma el Bailío de Clermont, se ha pasado á los ligueros para servir al rey nuestro va

liente señor. Cambio, pues, mi resolucion: quiero que mi muerte sea útil á nuestra causa, y voy á hacerme matar por La Gazette, quien de este modo y con esta hazaña verá aumentar su crédito entre los enemigos de S. M. Adios, mi bravo Pampelonne; sé feliz con tu bella Venecia, y si amas mi recuerdo, conservarás al capitan La Gazette el afecto á que le hacen acreedor su escelente corazon y su brillante valor.»

—¡Ya decia yo! murmuró Pampelonne... Vamos, caballero, dadme la mano; la voluntad del vizconde es para mi sagrada, y puesto que no ha habido falta de vuestra parte...

—Esa palabra me disgusta tanto como la otra, caballero, replicó La Gazette, que no podia acostumbrarse á la idea de desmerecer en la alta opinion que tenia de sí mismo... Además, si ya no se trata del vizconde de Gourdon, se tratará siempre entre nosotros de mi caballo Pompeyo... tened, pues, la bondad de defenderos.

—Entonces haced conmigo lo que habeis hecho con el vizconde, puesto que, como él, tampoco me defenderé, respondió Pampelonne sonriendo.

—En cuanto al noble Pompeyo, dijo Cler-

mont, es otro asunto; venid aquí, mi bravo capitan; tengo que deciros un secreto.

La Gazette se dejó llevar por el Bailío, que le dijo en voz baja:

—¿No comprendeis que he referido la historia de esa carta para calmar á Pampelonne? ¡Cómo! Un hombre de vuestro mérito; ¿puede tomar esas bromas por lo sério?... Habeis vencido á Gourdon en bueno y leal combate, en medio del dia y en plena gloria; dejad en paz la conciencia de Pampelonne y la memoria de Pompeyo; que vuestro caballo haya sido comido por un gascon ó comido por liguero, ¿puede por eso sufrir su ilustracion? Vamos, pensemos en el rey, en la Bastilla, en vuestra baronía, y envainad vuestra espada.

—Señor caballero, dijo La Gazette; os ofrezco la mano de todo corazon... De hoy más solo nos batiremos el uno por el otro.

—Señor baron, cúmplase vuestra voluntad; siempre tendreis en mí un compañero sincero... abracémonos... así... Os doy mi palabra de honor de que solo por haceros rabiar me quejaba del pobre Pompeyo; aunque el noble animal estaba muy flaco, su carne me pareció muy tierna, y me salvó la vida.

Los tres realistas se volvieron á poner en marcha.

—¿Qué le habeis dicho para consolarle y calmarle? preguntó en voz baja Pampelonne á Clermont.

—Que la carta de Gourdon era invencion mia; cuando ni he quitado ni añadido una palabra de ella; dejadle su ilusion y vivid en paz, ó me enfado.

Pampelonne fué quien se encargó de entregar al conde de Brissac el paquete que le enviaba su mujer, no queriendo La Gazette presentarse al antiguo jefe de los republicanos de la Liga, por poco republicano que fuera, segun decia la condesa, y considerándose Clermont demasiado hidalgo para hacer el oficio de mensajero.

Pampelonne, que no era conocido de Brissac, dejó á sus compañeros á algunos pasos del Arsenal, del que consiguió, no sin trabajo, hacerse abrir las puertas, y despues de un gran rato de espera se volvió á reunir á ellos.

—La condesa no nos ha engañado, ¡pardiez! dijo; Brissac ha sido nombrado realmente gobernador de Paris. Mayenna ha firmado su despacho... ¡el pobre hombre saltaba de alegria! Ea, amigos mios, ¿á qué parte nos vamos á acostar?

—Yo, dijo La Gazette, quiero concluir la noche á la luz de la luna apenas si he empe-

zado á respirar... Señores, paseemonos, y para que no os impacienteis, referiré en voz alta al señor Bailío—si es que me lo permitis, caballero—todo cuanto sé del señor Olivero, de la señorita Elena de Tarare, y del gran truhan que se llamaba, segun creo, el Rifodé.

—Contádmelo, esclamó Clermont agarrándose del brazo de La Gazette; estoy interesado en esa historia, más que vos en vuestra baronía.

La Gazette se recogió y empezó una narracion que Pampelonne escuchaba apenas, porque nuestro gascon aventurero urdia ya en su mente mil proyectos, que el que menos debia abrir las puertas de Paris al Bearnés; pero en cambio el Bailío de Clermont probó con esclamaciones, suspiros y gritos de rabia, que la historia de la señorita de Tarare era para él mucho más interesante que la restauracion de la monarquia en la persona de Enrique IV.

Al acabar el capitan su relacion, un grito de angustia que salia de una calle inmediata, detuvo de pronto á nuestros tres caballeros.

—Parece que se asesina por ahí, dijo Pampelonne.

—Lo mismo me da, replicó el normando; no os movais, señor Bailío; demasiado sabe-

mos vos y yo lo que cuesta meterse en lo que á uno no le importa.

—¡A mí! ¡socorro!.... volvió á gritar la voz.

—¡Pardiez! voy á ver si se me han enmohecido las manos, dijo Pampelonne lanzándose hácia el sitio de donde llamaban.

—Vamos, baron, añadió el Bailío, á ver si podemos repartir sendos linternazos.

—Vamos allá, no lo dejemos por tan poco, respondió el normando, y echó á correr en pos de sus compañeros.

V.

El carro.

Ocho dias ántes de la evasion de los tres prisioneros realistas, presentóse un hombre en la barrera de San Dionisio, arrastrando á manos un carrito de dos ruedas, en el que iban dos mujeres, una de ellas medio recostada en las rodillas de la otra, y pidiendo entrar en Paris. A consecuencia de las negociaciones entabladas con el rey de Navarra, negociaciones que Mayenna habia autorizado con el objeto de ganar tiempo y levantar su último ejército, habia una tregua entre la liga y los realistas, de suerte que las puertas de la ciudad

estaban abiertas, no á la gente de guerra, sino á los habitantes de la ciudad y de los mercaderes.

La familia de que hablamos inspiraba mucha lástima; así es, que la dejaron pasar despues de algunas preguntas insignificantes, dirigidas por pura fórmula al hombre que declaró venir de Alemania á Paris para reunirse á su familia, tan celosa por el culto católico como por los intereses de la Union. Este hombre parecia estenuado de fatiga, á pesar de su estatura poderosa y de su fuerza atlética; el dia era frio y nebuloso; la tierra se hallaba cubierta de escarcha, y sin embargo, la frente del desgraciado viajero estaba empapada en su sudor; sus largos cabellos rojos, rizados en relociente bucles; su mirada inquieta pero enérgica, sus cejas espesas que parecian pesar sobre sus párpados; su paso fatigoso y su miserable traje daban á toda su persona un carácter sombrío, por no decir siniestro. Llevaba uno de esos sombreros grandes de fieltro negro que completan el traje de los bandidos de la Calabria; pero este sombrero, amenazando ruina en todos los bordes, revelaba ménos al bandido que al pobre diablo cuyo atavío completo solo asustaba por la miseria.

Las dos mujeres colocadas en el carrito

iban envueltas cada una en un grosero manto, donde la aguja habia cubierto más de una vez y con no poca paciencia numerosas brechas; no se les podia ver el rostro, que ocultaban, como de intento, una en sus manos apoyadas en una especie de balaustrada de clarabolla que reinaba alrededor del carro, y otra en las rodillas de su compañera. El carro iba cubierto de una mala tela formando bóbeda, y esta tela, cargada de nieve congelada, se hallaba agujereada tambien por más de un sitio.

Cuando hubo contestado con voz firme á las preguntas de la gente que guardaba la puerta de San Dionisio, el hombre del pelo rojo pareció reanimarse; se ajustó el cinturon de cuero que le enganchaba á las varas de la carreta, y entró en la ciucad con paso resuelto. Despues de haber andado durante unos diéz minutos en direccion á la isla de San Luis, volvió á detenerse el viajero, echó una mirada de pena al interior del carro, enjugó con el reverso de sus manos las gotae de sudor que se reunian en gruesas perlas sobre su frente, y luego murmuró cambiando de camino:

—Nó... no iré allí... nó, no dudaré ni de la clemencia, ni de la clemencia, ni de la caridad de Dios... más bien morir trabajando, muriendo como hombre honrado.

—David, dijo una voz que salia del carrit , descansad, amigo mio; os vais á matar si no os cuidais.

Este ruego y esta advertencia hicieron en el hombre un efecto contrario al que esperaba aquella de las dos mujeres que habia hablado; David,—ahora tenemos las señas completas del Rifodé,—pareció reanimarse de pronto, alargó las piernas, dilató de aire su pecho; sacudió su cuello poderoso, y volvió á partir con vigor.

El carro rodó sin descanso durante una media hora en direccion á la puerta de San Antonio, y se paró delante de una posada de miserable aspecto, en cuya muestra se leia *La Providencia*.

Entónces, como hoy, como en todos tiempos, los carteles, los anuncios y las muestras no eran más que mentiras para atraer al caminante, y se nos creerá sin trabajo cuando afirmemos que en la posada escogida por David el Rifodé, se ocupaban mucho más de la bolsa de los viajeros que de la Providencia.

Al ver el carro conducido por un hombre á quien de buena gana se hubiera dado limosna, los criados de la posada se guardaron bien de moverse; pero en cambio se permitieron

algunos chistes groseros, de los que rieron no poco las maritornes del figon.

—Hemos llegado, dijo el Rifodé descubriéndose para hablar á una de las mujeres que conducia; dignáos esperar aquí durante algunos minutos, mientras hago que os preparen un cuarto.

—Id, amigo mio, respondió la voz que ya hemos oido, voz dulce y armoniosa; id, y que vuestro trabajo os sea recompensado.

David entró en la posada, no como un mendigo, sino con la frente erguida, el bigote retorcido, y un mal sombrero inclinado á un lado fieramente. Si nuestro hombre hubiese tenido ménos aplomo en sus caderas y una apostura ménos atrevida, los criados no habrian dejado de reírsele en sus barbas; pero creyeron que si era pobre en dinero, no seria escaso en repartir puñetazos, y no le dirigieron ninguna impertinencia.

—¿Dónde está el posadero? preguntó el Rifodé en tono seco é imperioso.

—¡Allá voy! respondió presentándose un hombre gordo y rechoncho, que llevaba un cuchillo grande de cocina sujeto en el cinturon de un delantal de indecisa blancura.

—Necesito un cuarto y un desvan; el cuar-

to con dos camas y chimenea, el desvan con paja.

—Señor, balbuceó el huésped, mis cuartos están... ocupados, y...

—Mentís, bellaco; en la época en que estamos, Paris está despoblado, vuestra posada, pues, no está llena...

—¿Deseais que os enseñe uno tras otro todos mis departamentos?

—Sí, quiero verlos.

El posadero, sorprendido con este aplomo, tomó el camino de una c[illegible]lona escalera, por la que le siguió su obstinado parroquiano, y ante el cual abrió diferentes puertas, que daban á un corredor.

—Ya veis, señor mio, que todas estas piezas están llenas de vestidos que pertenecen á los viajeros.

—Muy bien, ¿no teneis otro departamento?

—Desgraciadamente, no.

—Afortunadamente, sí, truhan; en el piso de abajo... la habitacion encarnada, por ejemplo...

—¡Cómo!... conoceis... habeis venido ya...

—¿Me tratais así, sin cumplido, tal vez porque vengo mal vestido?... Pues temed que me enfade, porque podria costaros muy ca-

ro.., Veamos: ¿en cuanto me alquilais por dia esa habitacion encarnada que tiene dos camas, incluso el desvan y la paja que necesito.

—En una libra, seis dineros.

—Cobráos ocho dias, dijo el Rifodé echando tres escudos en el gorro del posadero, y otra vez sed más cauto para juzgar á las gentes á primera vista.

El posadero no cesó de saludar hasta que llegó á la cocina, donde reunió á su gente, y le dijo con alegre turbacion:

—Es un príncipe disfrazado, tal vez un embajador; de seguro, algun gran político disfrazado, que viene bajo ese traje estravagante; fingid que no habeis adivinado el incógnito; no respondais jamás, haga lo que haga, y diga lo que quiera ese personaje fantástico.... tenemos una buena presa.

Segun la costumbre tradicional, los criados se pusieron á imitar á su amo, colmando todos de atenciones á cual más necias al hombre de cuya aparente indigencia se habian ántes burlado.

El Rifodé habia vuelto á su carro, y allí descubriéndose como ya lo habia hecho, dijo:

—Podeis bajar. señorita, se os alojará mejor de lo qne yo esperaba... tomad el manto para...

—Os comprendo, amigo mio... Necesitamos ocultar cuanto sea posible nuestra miseria... Vamos, señora, valor... dadme el manto y tomad vuestra capa... bien, ahora vuestro brazo, amigo mio.

El Rifodé alargó uno de sus puños vigorosos, en el que se apoyó una mano blanca y delicada como la de un niño, y en seguida apareció en la parte delantera de la carreta una mujer, cuyo pálido rostro nos recordará las encantadoras facciones de la señorita de Tarare. En efecto, era la misma jóven á quien la valiente espada de La Gazette habia arrancado moribunda de manos de sus raptores, á quien recogió la de Thomassin, y que debia la vida á los inteligentes cuidados del sabio dominico.

Dejamos á la señorita de Tarare en un lecho de dolor donde la muerte se aprestaba á apoderarse de ella; no podiamos entonces más que adivinar su belleza, sintiendo solo su tierno infortunio. Sus grandes y hermosos ojos, velados por sombras fúnebres, no podian revelarnos su mágico brillo, y en ese rostro desfallecido no podiamos contemplar sino encantos próximos á desvanecerse.

—Asi, se nos permitirá que nos detengamos un momento ante esta adorable cabeza, donde se unen la nobleza y la gracia, la finu-

ra y el carácter para ofrecer una obra maestra á los maravillados ojos.

Elena tenia poco más de veinte años; su última época habia pasado en el destierro la pena y la desgracia, así que su frente llevaba la huella del sufrimiento; una amarga sonrisa vagaba por sus lábios cuando el hombre á quien llamaba su amigo se esforzaba, con celo infatigable, en despertar en su alma un pensamiento de esperanza; parecia una de esas dulces tortolillas que, cautivas, mudas y aprisionadas en la jaula del cazador, entristecen los ojos á quienes encantan con su elegancia y su simpática melancolía.

Todo era tan distinguido en esta bella jóven, que cualquiera hubiese creido que habia nacido en las gradas de un trono; su talle era tan flexible como gracioso; el timbre de su voz tenia notas elocuentes que se dirigian al corazon y á la imaginacion; su mirada irradiaba con la autoridad que da el candor, y se sentia uno sobrecogido de admiracion al verla por la vez primera.

La señorita de Tarare, apoyada en el brazo de David, saltó al suelo ligeramente, y sin embargo, se aplicó en este momento á ocultar bajo los pliegues de su manto ciertas partes de su vestido, que hubiesen revelado demasiado

claramente su pobreza. Apenas se halló fuera de la carreta, el Rifodé alargó la mano á su compañera, que menos delicada y más aguerrida, apareció resueltamente sin procurar disimular la desnudez de su trage.

No podemos ménos de reconocer en esta mujer mal ataviada bajo una capucha de lana negra y un vestido abundantemente provisto de piezas económicas, ó llámense remiendos, á la señora de Tomassin Publicola; el sueño del normando La Gazette; la viva esposa del abogado charlatan que, de concierto con el conde de Brissac y algunos ganapanes de la Liga, queria erigir el reino de Francia y de Navarra en república estravagante.

La señora de Thomassin era de constitucion robusta; la desgracia no habia podido alterar su vigorosa salud, y si algunas rosas se habian marchitado en sus mejillas, le quedaban aun bastantes para conquistar adoradores en caso de necesidad, ó al menos para remachar las cadenas de los que ya la habian adorado.

La señorita de Tarare tomó el brazo de la señora de Thomassin, y ambas siguieron al Rifodé, que entró en la posada y se dirigió hácia la pieza encarnada mirando de reojo á los criados, como si hubiese desconfiado de su

acogida; pero ya lo hemos dicho, las maritornes prevenidos por su amo, rivalizaron en atenciones, y David ya estuvo á punto de enfadarse con la exgeracion de su cortesía.

Al entrar Elena en el cuarto volvióse hácia el Rifodé, y le miró con sorpeesa; al mismo tiempo sus mejillas se tiñeron de color de púrpura, dilatóse su seno, y dos lágrimas brillaron en sus ojos.

—El posadero no ha podido darme otra habitacion mejor, se apresuró á decir David, si no os hallais bien en ella, procuraremos cambiarla cuando alguno de los viajeros instalados ántes que nosotros en esta posada, nos haya dejado otra.

Elena no pudo responder delante de una criada ocupada en encender la chimenea; bajó los ojos y se dejó caer mas bien que se sentó en un sillon que tenia á su lado.

En cuanto á la criada, apenas pudo dominar su admiracion al ver que una mujer cubierta de harapos, acompañada de un hombre lleno de andrajos y de una acompañante del mismo jaez, no se hallase bien en una habitacion reservada de ordinario á los clientes más encopetados de su amo.

Así es que se apresuró á dejar encendida la

chimenea, hacer una reverencia é ir á contar el milagro á sus compañeros.

—¿Cómo pagaremos este gasto, amigo mio? preguntó la señorita de Tarare.

—En efecto, me parece que vamos demasiado de prisa, añadió la señora de Thomassin sentándose en un taburete á los piés de la jóven.

—La posada está pagada por ocho dias, respondió el Rifodé, y aun debemos tener algunos ahorros, ¿no es cierto, señora de Thomassin?

—Yo no tengo más que estos cuatro doblones... Os he dado en Nancy cincuenta libras, y nuestros cuatro doblones constituyen nuestra reserva...

—¿Qué importa, interrumpió David; no hemos llegado?... Vamos, alegraos, señorita; olvidemos todas nuestras penas, y demos gracias á la bondad divina, que hasta hoy nos ha socorrido. Señorita, acercáos al fuego y descansad del vaiven de vuestro rudo equipaje; entretanto, voy á recoger los efectos que habeis dejado en la carreta.

—¡Qué bueno es! ¡qué valiente! dijo Elena á la señora de Thomassin luego que el Rifodé hubo desaparecido; ¡qué adhesion y qué abnegacion tan misteriosa!

¡Misteriosa! ¡por qué! David era un desalmado, un criminal que ha causado vuestra desgracia y ahora está arrepentido: el bandido se ha hecho hombre honrado porque le ha tocado la gracia, hé aquí esplicado el misterio.

—Ciertamente, reconozco el dedo de Dios en esa vuelta al camino de la virtud que tiene algo de milagroso; pero os equivocais, amiga mia, acusando á ese digno hombre de haber causad mis desgracias; la casualidad ha querido que fuese uno de los instrumentos de que se ha servido la Providencia en las crueles pruebas que me ha hecho sufrir, pero no ha desencadenado contra mí los mónstruos que me han perseguido.

—No, pero á vos y á mí nos ha privado de nuestros únicos defensores... ¡oh! yo te he perdonado sinceramente, ya lo sabeis...

Aquí la señora de Thomassin llevó á sus ojos la punta de su pañuelo. Elena, que oyó hablar en el corredor, puso precipitadamente una mano en la boca de su compañera, y le dijo:

— Silencio... tened delante de él tanto valor como yo... mis lágrimas serian sin embargo, más legítimas que las vuestras... yo no lloro... ¡silencio, calmaos!..

La jóven pronunció estas palabras en voz

baja y balbuciendo; su mirada brillaba al solo recuerdo que acababa de evocar su compañera, y cuando el Rifodé entró en el cuarto, la pobre niña se esforzaba en calmar la turbacion que la agitaba.

—Ya está aquí, dijo David poniendo un envoltorio de vestidos y un cofrecito encima de una mesa; ya no tememos que los ladrones roben nuestro carro; está vacío, y voy á ocuparme en venderlo.

—N ; me opongo á ello, interrumpió Elena; seriamos ingratos, amigo mio... ese carro, si un dia me sonrie la fortuna, será para mí más precioso que una carroza...

- Gracias, señorita, gracias; teneis palabras que parecen abrirme las puertas del Paraiso; tan dulces son á mi corazon... pero dejemos eso y pensemos en tomar algun alimento. Vamos á ver, señora de Thomassin, tened la bondad de ayudarme á poner la mesa; á fe mia, hoy se dejan á un lado las economías y la reserva, y tenemos gran festin, puesto que estamos parando en la posada de *La Providencia*.

—¿De veras? ¿La muestra de esta posada?....

—Es una figura de Maritornes pintarrajada en una plancha de hierro y llena de estre-

llas que parecen macarrones; el letrero colocado debajo de esta fea figura dice á los viajeros que es el retrato de la Providencia. Me he decidido por la posada en favor de la cristiana intencion de su imágen, y Dios me agradecerá este honrado pensamiento. Veamos, señora de Thomassin, ¿no teneis una servilleta más blanca que estender sobre la mesa?

—No ha servido más que una vez...

—Os digo que es dia de fiesta, y es preciso echar la casa por la ventana... muy bien; ¿no teneis hambre, señorita? Es tarde, y el aire bastante vivo.

—Teneis el secreto de hacerme comer sin apetito, mi buen David.

—¡Oh! aquí es preciso cuidarse más que en cualquier otra parte; vamos á necesitar de nuestras fuerzas para lo mucho que tenemos que andar...

—¡Eh! ¡pero estais loco! interrumpió la señora de Thomassin viendo que el Rifodé ponia sobre la mesa un pastel bastante apetitoso y una botella de vino lacrada... ¿Vais á hacernos comer hoy nuestros cuatro doblones?

—¡Chist! no digais tan alto esas cosas; podrian estar escuchando, y en las hostelerías de Francia no hay más que bribones que faltan al respeto á la gente que no tiene dinero. Va-

mos, señorita, á la mesa si gustais, y que yo os vea restaurar vuestras fuerzas.

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada tan suplicante, que Elena se acercó en seguida á la mesa, como si le hubiese abierto el apetito el aspecto de las provisiones que David acababa de presentar.

—En verdad, dijo sonriendo, que me siento con ganas de comer... Ayudadme, señora, á festejar el amable y tierno capricho de nuestro amigo.... ponéos aquí, á mi derecha, David.

—¡Oh! ¡no, no!

—¿Siempre el mismo?

—Siempre: ¿qué puede haber cambiado entre nosotros? ¿no soy el hijo del viejo guarda-bosque? ¿no soy el antiguo servidor del marqués de Tarare?

—En otro tiempo, David, en los tiempos de la buena caballería, los servidores fieles se sentaban á la mesa del amo.

—Me lo han dicho, pero los tiempos no son ya los mismos. Por otra parte, señorita, yo no soy un servidor como otro.

—No en verdad, por eso quiero trataros como amigo.

—Mirad esta frente, querida señorita, los surcos de mi pasado la manchan aun: esta

frente no se atreve á levantarse hácia vos sino para serviros; dentro de algunos dias tal vez habré reparado, no mis faltas, sino mis crímenes; entonces solamente podré recibir como un beneficio vuestra afectuosa estimacion. No insistais, porque me hariais desgraciado.

—No sois mas que un testarudo, dijo la señora de Thomassin, mientras Elena volvia en sí poco á poco de la emocion causada por la súplica del Rifodé.

—Sea, continuó David, y colocando una servilleta en su brazo izquierdo, se puso tras el sillon de la señorita de Tarare y le sirvió, así como á la señora de Thomassin, no solo como un criado inteligente, sino con una minuciosa y paternal vigilancia en sus menores deseos.

Cuando hubo concluido la modesta comida, David volvió á avivar el fuego, acercó á él el sillon de su ama, y recogió el resto de las provisiones que volvió á guardar con cuidado.

—Espero que pensareis en vos, dijo Elena.

—¡Eh! esclamó la señora de Thomassin, vereis que celebro este gran dia como se celebra el Viernes Santo.

—No por cierto, tengo tanta necesidad como vos de fuerza y de salud... Ahora, señora, os

aconsejo que descanseis un rato, que intenteis dormir, y despues continuaremos nuestros grandes proyectos...

—David, interrumpió Elena, desde hoy quiero ir á dar gracias á Dios é implorarle en una de sus iglesias.

—Es un pensamiento piadoso, señorita; luego que empiece á anochecer saldremos los tres para ir á la capilla de San Antonio, que está cerca de aquí...

—Gracias, amigo mio... hasta luego... id á descansar tambien á vuestro cuarto.

El Rifodé saludó humildemente á la señorita de Tarare, encargándole que se encerrase con llave, y en seguida fué á ver al posadero.

—Esas damas están contentas con su habitacion, dijo á este, que le escuchaba con el gorro en la mano; conducidme á mi desvan.

—Al momento, señor hidalgo, al momento; os he hecho servir lo mejor que he podido; tened la bondad de seguirme si gustais... Mirad, desde vuestras ventanas teneis las mejores vistas del barrio.

El posadero abrió la puerta de un cuartito muy elegante y se puso á sonreir con ese jú-

bi'o comun á las gentes de su estado, cuando esperan recibir cumplidos.

—Os he pedido un desvan, señor mio, y no esto.

—¡Un desvan! dijo el posadero riendo bondadosamente, pero yo no tengo desvanes, mi amo.

—¡Vaya! ¡vaya! ¿Tendré que enseñaros las piezas de vuestra casa. Seguidme á vuestra vez.

El posadero siguió admirando á este viajero singular, que subió una escalera en forma de escala, y entró en un granero donde el viento soplaba con violencia por las hendiduras de la buhardilla, y donde dos gatos se ocupaban en cazar ratones.

—Que me echen aquí tres haces de paja fresca, y nada más tengo que pediros, dijo David sin cuidarse del estupor del posadero de *La Providencia*... Id pronto, os espero y tengo mucho sueño.

Por caprichosa que fuese esta órden no admitia réplica; y al cabo de algunos instantes, el Rifodé, viéndose solo, arrojó á un lado su sombrero, cayó en la paja de rodillas, é hizo la señal de la cruz.

VI.

Cuarto y granero.

«Dios mio, murmuró el Rifodé, las oraciones que os dirijo son cortas, porque creo que soy indigno de hablaros, aun en la humildad de mi contriccion; pero hoy me siento con valor para daros gracias por haberme guiado de la mano hasta el término de este largo viaje. No contraigo á mí los beneficios de vuestra clemencia; sé que protegeis á esa piadosa niña confiada á mi guarda por vuestra Providencia divina; sé que se lo debo todo: mi regreso al buen camino de la probidad, mi energía y el buen éxito de mis empresas. ¡Gracias Dios

mio, tengo tanto que hacer para ser perdonado por vos y por mí! ¡Ya estamos en esta gran ciudad que sirvió de teatro á mis desórdenes; en ella hemos entrado acompañados de una miseria horrible, profunda! ¿Han desaparecido nuestros enemigos, como he oido decir? ¿Nos será dado encontrar algunos enemigos? ¿Tendremos que renunciar enteramente á la esperanza de volver á hallar á ese noble jóven, cuya sola vista nos haria dichosos? No, no puedo creer en una catástrofe, por probable que pueda ser, por afirmada que haya sido; vuestros decretos son misteriosos, Señor, y puesto que me habeis dado la fe, quiero creer, y creo ante todo en vuestra milagrosa beneficencia.

El Rifodé se persignó de nuevo; despues, acostándose en la paja, y echándose en sus hombros una mala manta, dijo alegremente:

—Dejemos que duerma un poco el cuerpo y el espíritu, si es que el espíritu quiere dejar dormir al cuerpo.

David tenia razon en dudar: su cuerpo estaba abrumado de fatiga; pero su espíritu inquieto é impaciente fué por demás tiránico; no le dejó dormir.

—¡Y bien! ¡pardiez! ¡pongámonos de pié! esclamó el Rifodé despues de un gran rato de

silencio y de espera; vamos en busca de noticias, vamos á ver la ciudad, donde espero que nadie me conocerá, gracias á esta barba inculta y á este traje de vagamundo.

David llegó á la sala baja de la hostería, donde el posadero no mostró sorpresa alguna al verle de pié; su proceder desde que llegó á *La Providencia* era demasiado singular para que cualquiera no esperase escentricidades increibles; al pasar por delante de los criados tuvo cuidado de hacer sonar los cuatro doblones que llevaba en el bolsillo, pensando, con razon, que este sonido metálico seria para él la mejor recomendacion.

El Rifodé conocia á Paris, como un batidor de estrada conoce el campo donde funciona; se guardó muy bien de aparecer en los sitios que habitaban los bandidos de quienes habia sido el rey; y aquí nos esplicaremos la reflexion que habia espresado, el rodeo que habia dado, cuando al entrar en Paris y dirigiéndose primero hácia el barrio de San Luis, esclamó: «¡No, no iré allí!» David, espantado de su miseria, habia tenido un instante el mal pensamiento de ir á parar cerca de sus antiguos compañeros de rapiña; dijo para sí que la asociacion de los truhanes le procuraria medios de existencia en tanto que volvia á colocar á

la señorita de Tarare en el rango que siempre habia ocupado. Pero rechazando en seguida este medio vergonzoso que su ama no le habria perdonado nunca, se fió en la gracia divina, y todo lo esperó de la virtud.

El Rifodé fué á la Bastilla, y despues de haber dado unas cuantas vueltas alrededor de un sargento encargado del mando de la primera barrera, trabó conversacion en aleman con este subalterno cuyo acento tudesco y graves formas anunciaban desde luego la nacionalidad.

—¿Hace mucho tiempo que habeis dejado el pais, camarada?

El sargento miró de alto abajo á este quidam mal vestido, ántes de responderle; pero los alemanes tienen unos para otros, en pais estranjero, tanta simpatía y benevolencia fraternal, que desarrugó el ceño y se dignó abrir la boca.

—Sí, dijo; mucho tiempo.

—Apostaria á que sois de Francfort, nada da más que en esa dos palabras que acabais de pronunciar.

—De Francfort, sí.

—De allí vengo yo; es una ciudad magnífica, donde me he divertido mucho... ¡Ah! ¡Qué sabroso es el vinillo blanco!

—¡El vino del Palatinado! dijo el aleman dando nn suspiro.

—Del Alto Palatinado-Meingut.

—¡Claro, verde y azufrado!

—¡Ya! ¡azufrado!

—Los franceses no tienen cosa igual; sin embargo, camarada, puesto que sois de Francfort, y puesto que llego de allí, os ofrezco que vengais á trincar conmigo á esa taberna... Dos buenos alemanes, que ambos llevan la pica y se encuentran por casualidad, no pueden hablar á sus anchas sino emboscados tras un cántaro de vino clarete ó una azumbre de cerveza.

El sargento echó una prudente ojeada á su cuerpo de guardia, vaciló, y despues decidiéndose, dejó algunas recomendaciones á uno de sus hombres, y siguió al Rifodé, due le llevó á la taberna más cercana.

Despues de haber hablado largo rato de Francfort y de sus alrededores, abordó David el asunto que tanto le interesaba.

—¿Hace mucho tiempo que estais al servicio de Francia?

—Tres años.

—¿Y habeis guerreado mucho?

—No; me han puesto de guarnicion en la Bastilla, que no he abandonado un solo dia.

—¿Entonces debeis conocer al sargento Hubner?

—Le conocia mucho, pero le trataba poco; tenia mala reputacion.

—¡De veras!

—Se le creia afiliado á los truhanes de la ciudad.

—¡Ah! buen Dios, ¡cómo engañan las apariencias! Siempre he creido que Hubner era un hombre honrado.

—Tal vez se le calumniaba, quiero creerlo por honor del pais; y lo que me confirma en esta creencia, es que Mitenhof, que le ha sucedido en su cargo de carcelero privado, y que es el aleman más bravo del mundo, tenia hácia él un afecto y estimacion particulares.

—¡Más vale así! dijo alegremente el Rifodé, pero decidme, ¿qué ha sido de ese pobre Hubner? ¿por qué le han reemplazado?

—Murió en los primeros dias del sitio.

—Lo siento; su familia, á quien he visto últimamente en Heidelberg, me encargó para él algunas comisiones... Pero puesto que el sargento Mitenhof era tan su amigo, os agradeceria mucho que me presentáseis á él...

—Es cosa fácil, puedo enviarle á llamar.

—Hacedlo, camarada, os doy gracias por ello.

—Hé aquí unas noticias que me costarán algo caras, dijo para sí el Rifodé, cuando el aleman salió corriendo; por poco que Meinher Meintehof beba, como lo haga tan amenudo como el ciudadano de Francfort, no será corta la brecha que haga á la reserva de la señora de Thomassin... En fin, es preciso.

El sargento volvió, anunció que Mitenhof no tardaria en llegar, y como volvia sofocado de haber ido corriendo, vació de un solo trago medio cuartillo que se habia servido él mismo.

—Habeis oido hablar por casualidad de dos prisioneros encerrados en la Bastilla desde el año 1589? preguntó el Rifodé con estudiada negligencia.

—No estoy en la Bastilla sino desde 1590; ¿pero cómo se llaman esos prisioneros?

—El uno era el Bailio de Clermont; el otro el capitan La Gazette.

—¡Eh! á ver... á ver... esperad... el primer nombre me es desconocido; pero he oido referir que cierto baron La Gazette se habia evadido milagrosamente de su calabozo la víspera del dia en que debian ahorcarle... todo esto está confuso en mi memoria; han pasado tantos prisioneros por nuestras manos... ¡Oh!

no temais, el sargento Mitenhof os dará más noticias... Ahí está.

Despues de una brusca, pero cordial presentacion de su cólega á su anfitrion, y despues que David hubo referido cualquier fábula respecto á la familia de Hubner, el sargento de guardia tomó la palabra:

—El camarada, dijo, desea tener noticias de dos antiguos prisioneros: el Bailío de Clermont y el baron La Gazette.

Al oir Mitenhof estos dos nombres, frunció las cejas; pero el Rifodé no lo advirtió, atribuyendo esta contraccion á los esfuerzos de memoria que el sargento interpelado debia hacer para acordarse.

—¿Cómo eran esos hombres? preguntó Mitenhof.

—El Bailío era delgado, ágil, bien parecido, de mediana estatura; el baron, muy alto, descarado, valenton, con la nariz como el pico de un ave de rapiña.

El sargento volvió á fruncir las cejas, y vació su vaso con flema.

—He dicho al camarada, continuó el primer sargento, que ese baron La Gazette se habia escapado la vispsra del dia en que...

—No, interrumpió Mitenhof, no se salvó;

fué un rumor falso que se hizo correr de intento.

—¡Ah! me alegro, esclamó David con una alegría mal contenida; me alegro y...

—Murió, continuó Mitenhof bebiéndose otro vaso.

—¡Murió!

—Sí, durante el hambre, no solo él, sino otros muchos.

—¿Y el Bailío de Clermont? se aventuró á preguntar el Rifodé todo conmovido.

—¡Muerto tambien, pardiez! todos nuestros prisioneros han muerto de hambre durante el sitio.

—¡Ah! ¡ya lo creo! repuso el aleman de Francfort; cuando los soldados caian de inanicion, los prisioneros debian morir como moscas.

—¡Es justo! dijo el Rifodé .. dejemos eso, hablemos de otra cosa, y acabemos con este liquido.

Cuando hubieron concluido de beber, levantóse David, pagó, dió gracias á los dos sargentos, les prometió cultivar su amistad, y se alejó.

—El camarada parece buen hombre, dijo el sargento de Francfort á su cólega, y la cerveza era escelente.

—Ese no es aleman, respondió Mitenhof: tú serás siempre el mismo; con una esponja embebida en vino te harian hablar como un papagayo. ¿No has conocido un espía en las preguntas que nos ha hecho?

—He conocido que la cerveza era de Strasburgo, y nada más.

—¡Pues bien! procura ser otra vez más prudente, y no hables así con todo el mundo.

—Entónces, ¿por qué has contestado á sus preguntas?

—He contestado precisamente al revés, para engañar al curioso.

—¿No han muerto esos dos prisioneros?

—Nunca he oido hablar de ellos, y si existen en alguna parte, me importa tanto como la cerveza que nos hemos bebido.

El aleman de Francfort soltó una carcajada, y esclamó dando una palmada en el vientre de Mitenhof:

—Buen chasco le has dado, compañero; buen chasco, palabra de honor!

El Rifodé habia vuelto á dirigirse, con la cabeza baja, al barrio de su hostería, diciendo para sí en el camino que habia tenido mal principio: el gasto de la taberna le habia costado cerca de tres libras, para ofrecerle en cambio la confirmacion de una catástrofe que

hubiese querido oir desmentir al precio de toda su sangre.

—En fin, murmuró David, no hay que sublevarse contra los hechos; pensemos solamente en mis proyectos, y trabajemos por otra parte. La señora duquesa de Nemours nos recibirá bien, eso no tiene duda; el señor presidente Brisson debe haber dejado familia que se apresurará á reconocernos; pero para presentarse en esas dos casas, es preciso que tengamos vestidos decentes... ¡Ah! mis pobres doblones, por mucho que nosotros queramos estiraros, no nos proporcionareis gran lujo.

Como se vé, el honrado David decia *nosotros* cuando hablaba de la señorita de Tarare; habia cuatro años que se habia constituido en guia, defensor y servidor de esta interesante jóven, y se habia identificado de tal modo con sus desgracias, con sus esperanzas, que todo en ella y por ella era para él personal.

Con el alma, pues, llena de dolor, pero con el corazon valiente y sereno contra la adversidad, entró David en una tienda donde vendian vestidos de mujer á un precio más que modesto.

Allí hizo que le enseñasen muchos vestidos que examinó con gran cuidado, regateó su valor con una tenacidad que sorprendió no poco

al mercader, y eligió dos, que mandó ir á probar en seguida.

Estos dos objetos, por humildes que fuesen, hicieron pasar tres doblones del bolsillo del Rifodé al cajon del mercader, y no fué sin exhalar un gran suspiro como David se dirigió hácia su posada, donde nos adelantaremos á él para reunirnos á las dos damas que dejamos en la pieza encarnada.

Luego que el Rifodé las dejó, la señorita de Tarare y la señora de Thomassin se miraron mútuamente, y ambas echaron á llorar.

—¡Qué bueno es, qué atento, qué vigilante! dijo Elena; ¿haria más un padre por un hijo?

—En cuanto á eso no, respondió la señora de Thomassin corriendo á cerrar la puerta de la habitacion, segun le habian recomendado; verdaderamente hay un milagro en esa abnegacion, y dan ganas de ser bribon con la esperanza de arrepentirse un dia.

—¿No es verdad? eso es lo que me hace esperar en la misericordia de Dios, porque, en fin, ¿ha de querer abandonarme ese Dios tan bueno, cuando ha permitido que dos de sus mejores criaturas, vos, amiga mia, y él, ese bravo David, me diesen tantas pruebas de un interés que nada puede debilitar?

—¡Oh! á mí no me conteis, señorita; cierto que os amo como á las niñas de mis ojos, y prefiero vuestra compañía, por infortunada que seais, á la de una princesa que me colmase de cuidados; pero no olvideis que si vengo con vos, la abnegacion no entra en ello para nada; la desgracia me ha unido á vuestra sombra, y solo podeis atribuir á ella que mi destino se parezca al vuestro.

—Ya sé, amiga mia; sé me que habeis recogido, protegido contra un mónstruo que queria arrancarme más que la vida, puesto que atentaba á mi honor; sé que por defenderme habeis soportado noblemente el indigno trato que os daba vuestro marido; que os habeis espuesto á la cólera del infame Louchard; que habeis perdido vuestra fortuna en esa lucha empeñada por mí sola; que si pude salir de Paris y pasar al estranjero, lo he debido solo á vuestra asistencia...

—¡Bueno! interrumpió la señora de Thomassin con alegría; ¿vais á buscar ahora muchos *que* para contarme esas tonterías?

En fin, he vivido en el estranjero con vuestros recursos.

—En cuanto á eso, perdonad; pero no es cierto.

—David me lo ha confesado, y ese hombre tan digno nunca miente.

—Pues bien; sí, ya que quereis saberlo todo, voy á decíroslo tal como ha pasado. Mi mala estrella quiso que me casase con un mal hombre; un charlatan cobarde y ambicioso, que con la esperanza de llegar á hacer un gran papel político, se arrojó á todas las estravagancias de la Liga; imaginó la república, me tomó aversion porque combatia sus ruinosos caprichos; me maltrató, me pegó, y hasta le dió por tener celos de un hidalgo, que aunque es cierto hizo en mi corazon una impresion muy viva, mi gloria de mujer me prohibia amarle de otro modo que con la imaginacion.

Muchas veces os he hablado de ese noble caballero, el baron La Gazette... ¡Ah! ya sabeis que por una fatalidad estraña el baron se ha visto enlazado por afecto y por intereses políticos al señor Bailío de Clermont... ¡Oh! no temais, mi querida señorita, sabré respetar el luto de vuestra alma, y dejaré á un lado ese triste asunto.

El baron y el Bailío fueron encerrados en un mismo dia en la Bastilla; hice lo que pude por salvarlos; furioso mi marido por el interés que me tomaba por uno de los dos prisioneros, cuya evasion se anunció de intento, me

acusó de complicidad criminal, y como deseaba quedarse con mi dote, me denunció al Consejo de los Diez y seis, me hizo pasar por realista, y me vendió la cólera de Louchard, vuestro indigno perseguidor.

Louchard supo que le habiamos engañado simulando vuestros funerales, sabia que me habia dedicado enérgicamente á serviros en aquella cruel circunstancia; que unida al bravo David, habia favorecido vuestra fuga, y se puso de acuerdo con Thomassin para suponerme afiliada en una conspiracion imaginaria y hacerme perecer.

Advertida á tiempo por un antiguo camarada del Rifodé, salí de Paris, llevándome un poco de oro que reuní precipitadamente, y os volví á hallar en Mons... hemos andado errantes durante mucho tiempo, viviendo de la industria de David, recibiendo de vez en cuando noticias que nos desconsolaban, por cuanto no desmentian el dicho de esa mujer...

—¡Oh! ¡esa mujer! murmuró Elena, me ha desgarrado el corazon.

—La he conocido en tiempos de su poderío; entónces mandaba en la Bastilla, porque su marido, el miserable Bussy-Leclerc, no hacia nada sin su órden; hoy se encuentra desterrada, pobre como nosotros lo estamos; re-

ducida á mantenerse de lo poco que gana en las salas de armas el arrogante gobernador que ha venido á ser presbote de esgrima... esa mujer, pues, nos anunció diariamente y con una especie de satisfaccion...

—Satisfaccion inesplicable, interrumpió Elena.

—Es verdad. En fin, supimos por ella que el Bailío y el baron habian muerto durante el sitio del hambre, en el que murieron todos los prisioneros de la Bastilla; el sargento Hubner; á quien David habia ganado, no pudo continuar sirviéndoos á vos y á mí... pero Dios mio, yo no hago más que charlar sin fruto alguno, puesto que ya es la centésima vez que hablamos de ello.

—¡Ay! es la única conversacion que puede interesarme.

—¡Pobre niña! os comprendo... ¡el amor en un corazon jóven como el vuestro es tan dulce, tan bueno, tan fresco!

—Tan amargo, tan ardiente, tan fatal, querreis decir.

—No... el amor no es fatal ni ardiente sino para mí, cuyas ilusiones se han marchitado, y que no puedo amar sin crímen, aunque mi marido se haya convertido en mi verdugo. Por último, ya veis que no tengo ningun me-

rito en haceros compañía, en amaros, en serviros; nuestros dos destinos se asemejan; si he venido á buscaros es porque no sabia á dónde ir; si os he dado mis ahorros, es porque vos solo teniais que dividir conmigo los sufrimientos del corazon.

—Esa última palabra, amiga mia, demuestra en toda su desnudez la belleza de vuestra alma... Escuchad, tratadme de loca, si quereis, pero vuelvo á decir que Dios, ese gran dueño del destino, no puede habernos reunido á todos tres, á vos, á David y á mí; es decir, la desgracia y la abnegacion, sin reservarme una alegría... ¡Oh! pero una alegría celestial, cuya sola idea me da vértigos... los volveremos á ver.

La señora de Thomassin movió la cabeza con pena y no respondió.

—Vereis como desde mañana nos trae David alguna nueva noticia. Ante todo, vamos á rezar con fervor esta noche, ¿no es cierto?

—Sin duda. Despues de todo, ¡justo es decir que Dios os debe alguna cosa á vos y á ese David!... en vano procuro esplicarlo; ¿no tiene alguna historia que no hayais querido referirme?

—No en verdad, todo lo sabeis. Es hijo de un antiguo servidor de mi padre, que murió

en el castillo de Tarare. Yo era niña cuando nos dejó, y no le he vuelto á ver sino para caer en el doble lazo que me tendió por cuenta de Bouchard y del cínico Olivero.

—¡Es estraño! en fin, allá veremos. Es, señorita, obedezcamos á nuestro guia; descansemos como nos ha mandado.

—Sí, obedezcamos, porque David no manda nunca sin razon.

La señora de Thomassin ayudó á su jóven compañera á quitarse sus groseros vestidos; despues la acostó con toda la ternura de una madre, y por su parte se fué á descansar al lecho que le estaba destinado.

Estas dos pobres mujeres, que mucho tiempo hacia no se habian hallado tan cómodamente instaladas, no tardaron en dormirse, y fué preciso que el Rifodé llamara tres veces á la puerta para que se despertasen.

VII.

Pesquisas y encuentros.

David habia llegado hasta la puerta de la habitacion encarnada, con la cabeza baja y la mirada sombría; pero tan pronto como oyó la fresca y argentina voz de Elena, desarrugóse su frente como por encanto, y compuso su rostro de manera que apareciera alegre.

Luego que la señorita de Tarare y la señora de Thomassin se hubieron vestido, entró el Rifodé.

—Gracias á Dios, dijo; veo que mis órdenes se han seguido puntualmente... ¡Eh! mi querida señora, ¿estais aun medio dormida?

—¿Por qué no habeis hecho preparar tan buenas camas?... ya no estábamos acostumbradas á ellas.

—Y vos, amigo mio, preguntó Elena, ¿habeis descansado?

—¡Yo! perfectamente; he dormido como un liron, lo cual no me ha impedido dar una vuelta por la ciudad...

—¿Y bien?...

—¡Oh! no he ido en busca de noticias; el dia de mañana será largo... ¿Qué vestido es ese que teneis, mi querida señorita?

—Toma, respondió Elena sonriendo y sonrojándose por un resto de coquetería... mi vestido de gala y mi vestido de todos los dias...

—¡Hum!... ¿Teneis mucho interés en conservar ese vestido destrozado?

—El que se tiene á un viejo y último amigo.

—Pues podeis jubilarlo, dijo David haciendo señas al mercader que esperaba en el corredor... Señoras, me he permitido serviros de doncella: examinad mis compras, y reñidme sin cumplidos, si he tenido mal gusto.

La señora de Thomassin exhaló un grito de sorpresa al ver los dos vestidos que David habia comprado, y la señorita de Tarare, más

conmovida que reducida con esta previsora atencion, dió gracias al Rifodé con una mirada en que hizo todo lo posible por mezclar la alegría á la gratitud.

—Probáos eso, dijo David; el señor y yo volveremos á tomar vuestras órdenes.

Los trajes habian sido elegidos con fortuna, porque amb s vinieron perfectamente á Elena y á la señora de Thomassin.

Elena sobre todo ganaba en esta metamorfosis; su talle parecia más flexible, su cútis más blanco, su belleza más en relieve. En cuanto á la señora de Thomassin, se examinaba con júbilo de la cabeza á los piés; su vanidad de mujer dominaba momentáneamente sus penas, y su animada imaginacion le representó al enamorado La Gazette estasiado ante sus restaurados encantos.

Al rebuscar en el envoltorio de sus vestidos las dos pobres mujeres, hallaron algunos adornos, que dispuestos con arte, completaron su traje bien ó mal, y llamaron al Rifodé para enseñarle el milagro que habia sabido hacer.

David admiró su obra, desechó la inquietud que este gasto hacia nacer en el espíritu de Elena, y se ofreció para acompañar á las dos damas á la capilla de San Antonio.

una curiosidad que no caracterizaba suficientemente el deseo de ver bien á una mujer bonita. Habia en la tenacidad de esta mirada, dirigida á la piadosa jóven, alguna cosa de particular; se hubiese dicho que el caballero encontraba profundamente sorprendido, á una mujer ya conocida, en la que se fijaban recuerdos vagos.

Cuando Elena hubo concluido su oracion, se levantó, y la señora de Thomassin y David la imitaron.

—Vamonos, dijo el Rifodé; no debemos permanecer mucho tiempo en un mismo sitio.

—Vámonos, pues, respondió Elena; pero volveremos aquí mañana, pasado mañana... he rezado con tanta dicha, se ha reanimado mi corazon con tanto valor y tanta esperanza... ¡Oh! gracias, buena y Santa Vírgen; sois, en verdad, la madre de los afligidos, la estrella de los náufragos, la puerta de marfil de que habla la Escritura. Gracias, amparadnos.

El hombre de la capa oyó el consejo de David, oyó la respuesta de Elena, puso gran cuidado en ocultarse detrás de su pilar, al que fué dando vuelta á medida que los viajeros se acercaban á él, dirigiéndose hácia la puerta; cuando hubierón salido, los siguió prudente-

La noche habia llegado, y cuando nuestros tres viajeros se acercaron á la capilla, vieron con placer que los fieles que habian acudido á la oracion de la tarde regresaban á sus casas. David aconsejó esperar, que la capilla estuviera vacia enteramente, y cuando juzgó el momento favorable entró en el templo, tomó agua bendita, se lo ofreció á Elena y á su compañera, y las siguió hasta el pié del altar de la Santa Vírgen, donde se arrodilló tras ellas.

La capilla de San Antonio era un santuario pequeño, alumbrado por una sola lámpara suspendida de la bóveda, que sostenian dos hileras de tres pilares gruesos cada una. Tras uno de estos pilares habia un hombre envuelto en una capa larga de color oscuro; este hombre llevaba un fieltro de grandes bordes hácia abajo, que ocultaba su rostro casi por completo; hallábase delante de la lámpara cuando la señorita de Tarare pasó por el círculo luminoso que la lámpara describia en medio de la capilla, y pudo ver sin ser notado (porque se habia retirado al rumor que hacian los pasos en las losas) el blanco y melancólico rostro de Elena, que no iba al abrigo de ningun velo.

Durante más de media hora que duró la oracion de los viajeros, el hombre del fieltro y de la capa no dejó de examinar á Elena con

mente á bastante distancia, hasta la posada de *La Providencia*, donde los vió entrar.

Despues de un cuarto de hora de espera en los alrededores de la hostería, nuestro hombre entró en ella resueltamente, y preguntó al posadero:

—¿Teneis una sala donde yo pueda cenar solo?

—Sí, mi amor; allí, en aquel gabinete.

—Muy bien, poned dos cubiertos.

—¿Qué desea comer su señoría?

—Lo que querais, con tal que sea...

—¿Con tal que sea bueno? respondió el posadero con la risita que le era peculiar.

—No, con tal que sea caro, muy caro, y servido al momento.

—«¡Calle, calle! dijo para sí el hostelero: el dia es de aventuras, segun parece.»

—Escelencia, añadió pavoneándose, sereis servido como deseais... ¿Qué vino?

—El mejor... poco ruido, si gustais... os doy diez minutos.

El posadero corrió á la cocina, al comedor, á la despensa, reunió las provisiones que tenia preparadas; pero por mucho que quiso hacer, no pudo hallar en su reserva sino un salmis de perdiz y un pollo frio que ostentaba lastimosamente el espinazo.

—Aquí teneis para empezar, señor hidalgo, dijo: á primera vista no parece muy gordo el pollo, pero es la fisonomía de la especie... Esta clase de aves las recibimos de Ultramar, y solo comiéndola es como revela sus propiedades suculentas.

—¡Muy bien, poneos ahí!

—¿Dónde, mi amo?

—Ahí, donde está ese cubierto, vamos á cenar juntos... ¿Qué vino es ese?

—De Tenerife, monseñor; es una verdadera maravilla!

—¡Diablo! ¿pero creo que el Tenerife se vende á un doblon, eh?

Diciendo esto el desconocido, hizo saltar con la punta del cuchillo el cuello de la botella, y sirvió un vaso al posadero, quien admirado como estaba, no por esto olvidó su oficio de ladron honrado.

—Un doblon y tres libras, mi amo.

—¡Escelente! dijo el caballero disimulando una mueca... haced que traigan otro frasco... ¡Ah! ¡que pollo tan esquisito!... os compro todos los que podais tener en casa, si son de la misma procedencia... No temais, os lo pago adelantados al precio á que se hubiera pagado durante el sitio.

Poco faltó al posadero para caer desmaya-

do de emocion, y hasta hubiese desconfiado del pago de este parroquiano estúpido, maniático ó loco, si el desconocido no hubiera sacado distraidamente de su bolsillo cuatro ó cinco doblones que colocó encima de la mesa junto á un plato.

—Vamos á ver, decidme, camarada, dijo miéntras el posadero, que no se habia atrevido á sentarse derecho en su silla, abria desmesuradamente sus espantados ojos á la vista del oro, ¿no teneis alojado aquí á un hombre vestido como un bandido, y dos mujeres bastante corteses?

—Sí, monseñor; tengo esa buena fortuna... esta mañana han llegado.

—Lo sé... pero no bebeis, compadre; vamos, á vuestra salud, y despues de este segundo frasco de Tenerife, atacaremos el tercero... Esos viajeros que han llegado esta mañana, ¿de dónde os han venido?

—A fé mia, no lo sé.

—¡Ah! ¿y sus nombres?

—Lo ignoro... El valenton que gasta un gorro calabrés, creo que no es á propósito para que le hagan muchas preguntas; pero os reireis cuando sepais de qué modo cayó toda esa familia en mi posada.

El hostelero contó la llegada de David ar-

rastrando la carreta, en la que se hallaban las dos mujeres empaquetadas en miserables vestidos.

—Y ¿cómo esos viajeros llenos de miseria han podido elegir vuestra posada tan bien acreditada? preguntó el caballero.

—¡Oh! Acerca de eso tengo mi opinion.

—¿Y cuál es esa opinion, compadre?

—La miseria de mis viajeros oculta su opulencia; sus vestidos pobres ocultan su distincion. Apostaria á que el hombre es un embajador de España, ó de Italia, ó de Inglaterra; tal vez un príncipe... ¿quién sabe?... La política es árdua en los tiempos que vivimos; la Liga saca un poco la lengua; el Bearnes no se descuida, y sin duda se traman cosas en altos lugares, que exigen disimulo. En fin, ya veis: una de esas damas, la mas jóven, tiene un modo de andar que parece una princesa; su pié es tan largo como mi dedo meñique; sus manos, aun sin guantes y todo, tienen uñas blancas y color de rosa, que hasta allí; sus ojos... ¡vaya un s ojos! ¡Por San Dionisio!...

—Estais en lo cierto y admiro vuestra perspicacia... Ese que teneis en vuestra casa es un gran personaje, y la prueba es que yo, sobrino del embajador Mendez, le conozco muy íntimamente...

—¡Es posible! Esclamó el posadero levantándose cuan largo era y temblando con todo su cuerpo.

—Tranquilizáos y escuchad. Si teneis la desgracia de decir á su escelencia que le he conocido bajo su disfraz; si le hablais de la cena deliciosa que acabamos de hacer; si, en una palabra, supiese algo de lo que hemos dicho y hecho esta noche; si oyese pronunciar mi nombre en vuestra casa, bien sea por vos ó por vuestros criados, os doy mi palabra de caballero de que os vereis encerrado por el resto de vuestros dias. Si, por el contrario, guardais secreto, y conseguis darme noticia acerca de cuanto yo necesite respecto á esos viajeros, os compraré para el servicio de la embajada un tonel de ese Tenerife al temerario precio que lo vendeis en botellas, y os prometo un gran porvenir. Pensadlo bien, en vuestra casa se trata en este momento una delicada cuestion de Estado. ¿Está entendido, comprendido y convenido?

—Contad conmigo, monseñor... á fé mia, seria preciso que yo estuviese loco para no cumplir mi palabra.

—Adios, pues, dijo el caballero; todos los dias ireis á las diez de la mañana á la embajada, es la hora de mi audiencia, y me llevareis

vuestras noticias; preguntareis por D. Jaime Olivero... buenas noches; vuestro pollo no era sino una gallina muerta de deseperacion de no haber podido engordar, vuestro Tenerife no vale un sueldo: aquí teneis cuatro doblones por vuestra habilidad futura.

Dejaremos al hostelero de *La Providencia* con la prodigiosa admiracion que le causó esta aventura singular; el pobre hombre se creyó un Fénix, y mucho le costó no poder referir á su gente, á fin de darle una idea completa de su penetracion, la confidencia del señor Olivero respecto á los viajeros llegados por la mañana á su posada.

David, mientras la escena que acabamos de referir pasaba debajo de su habitacion, habia celebrado consejo con Elena y con la señora de Thomassin. Nuestros viajeros, para no descuidar ninguna precaucion, habian convenido en llamarse con nombres supuestos.

La señorita de Tarare se llamó Luisa, y pasó por hija del Rifodé, quien suponiéndose aleman, tomó el nombre de Furster, y se presentó como hermano de la señora de Thomassin, que á consecuencia de este convenio llegó á ser la señorita Furster.

Se decidió que desde el dia siguiente saldria Furster en busca de noticias, y se sepa-

raron llenos de esperanzas en los descubrimientos que se trataba de hacer.

El Rifodé pasó la noche en su desvan, donde, gracias á su robusta constitucion y al cansancio que le abrumaba, durmió de un solo sueño hasta el amanecer. No queriendo despertar tan temprano á las pobres mujeres que descansaban bajo su guarda, salió muy de mañana sin detenerse en las genuflexiones del posadero que le asediaba á cumplidos, y se dirigió por la parte de la calle de Nevers, donde vivia la duquesa de Nemours.

El palacio de la princesa estaba cerrado, lo cual fué para David de triste presentimiento. Sin embargo, preguntó sagazmente á algunos criados, y supo por ellos que habiendo partido hacia poco para Tolosa la señora de Nemours, contaba permanecer más de un mes en esta ciudad, para no regresar á Paris hasta los primeros dias de la primavera. La duquesa no habia dejado á nadie de su familia; el señor de Mayenna estaba en el campo, y la señorita de Montpensier cabalgaba á su lado para pasar revistas y reanimar el celo algo tibio de los ligueros lorenos.

El Rifodé ya no tenia más esperanza que en la familia del presidente Brisson; esta familia, á quien la muerte violenta de su jefe

habia despojado de toda influencia, debia ser aun considerable por el nombre y la fortuna: la señorita de Tarare, pupila del presidente, no podia ménos de ser bien acogida en esta casa y esperar allí en paz el desenlace de los asuntos políticos, la restauracion de la monarquía, que debia devolverle una parte de sus bienes y su rango en la nobleza del reino.

David se puso pues á gestionar; corrió al antiguo palacio del presidente Brisson, se halló con que este palacio habia sido vendido, que pertenecia á ligueros rabiosos, y que allí se ocupaban muy poco de los descendientes del presidente.

En el palacio donde David tomó estos informes, se le dijo que la familia Brisson, penetrada del horror del crímen cometido con su ilustre jefe, se habia espatriado en Italia, sin dejar huella de su existencia.

Esta noticia fué un rayo para el desgraciado que se veia defraudado en sus esperanzas, con funestos hazares.

Volvió á su hostería con la muerte en el alma, y por mucho que hizo para demostrar á Elena un rostro risueño, no pudo borrar de su frente la palidez de que estaba cubierta.

—¡Y bien! preguntó la señora de Thomassin con vivacidad, mientras Elena, más pene-

trante, interrogaba con la mirada y con terror la turbacion de su guia.

—¡Ah! murmuró el Rifodé respondiendo primero á la mirada de la jóven con un lijero estremecimiento de los lábios: nos será preciso valor, señorita, mucho valor... la duquesa no está en Paris, y el asesinato del presidente ha arrojado de Francia á cuantos llevan aun ese nombre venerable.

—¿Y la Bastilla? preguntó Elena con precipitacion, como si la respuesta que esperaba fuese solo capaz de conmoverle.

—¡En cuanto á la Bastilla! esclamó el Rifodé haciendo un violento esfuerzo para mentir con audacia, no he tenido tiempo de buscar por esa parte...

—¡Ah! dijo Elena con el cándido acento de la pena y del reproche.

—Os comprendo, mi bella señorita, continuó David; hubiéseis deseado que yo empezase nuestras gestiones por la Bastilla, pero no me riñais, porque ante todo he creido que era preciso asegurar nuestra existencia. Bien sabeis que estamos en completa desnudez... No, no es eso lo que quiero decir; gracias á Dios, no estamos tan pobres que nos mantengamos del aire; pero, en fin, nos falta... y lo importante era...

—Amigo mio, interrumpió Elena alargando la mano al Rifodé con nobleza y con gracia, no intenteis mentir; os falta para eso habilidad. Sé, y no conseguireis convencerme de lo contrario, que carecemos de todo... los últimos recursos de la señora de Thomassin los habeis empleado en comprar esos vestidos, de que habriamos podido privarnos, sino hubiéseis tenido por nosotras más vanidad de la que debemos tener. Somos, pues, pobres; pero Dios nos ayuda con el valor que nos inspira y la salud que nos conserva; podemos trabajar, y el trabajo de nuestras manos laboriosas nos dará el pan necesario hasta que la duquesa de Nemours vuelva á Paris. No es la miseria lo que me aterra; nuestros pensamientos son todos para el desgraciado cautivo que me ha sacrificado, no su vida, sino su libertad... ¡Que mi esperanza no se frustre, y las torturas de la indigencia serán dulces pruebas para mí!

El Rifodé llevó respetuosamente á sus lábios la mano que Elena le habia abandonado: dos lágrimas rodaron por esta mano, y esclamó:

—Gracias por tanta resignacion, mi querida señorita; gracias por esa fe que teneis en la Providencia: os dejo; voy á intentar hacer hablar á los muros de esa sombría ciudadela... pe-

ro ¡no temais! Suceda lo que quiera, vuestros sonrosados dedos no me quitarán el dulce privilegio de trabajar yo solo y sin rivales para haceros vivir.

David se escapó corriendo; dió órdenes para que sirviesen á las dos señoritas de Furster una comida conveniente, lo que le fué prometido con mil zalamerías, y se puso á recorrer las calles de Paris sin direccion alguna y sin objeto fijo.

—¡A dónde voy, gran Dios! esclamó despues de haber andado mucho tiempo: á pesar mio, huyo de la Bastilla, cuyos torreonos me espantan... decir á esa noble niña que es preciso renunciar á toda esperanza, que el Bailío ha muerto, que ya no respondera á su voz encantadora... ¡decir esto!... no, ¡jamás! la engañaré, alimentaré ese error, que hace del casto amor una virtud angélica... ¡Trabajar ella! ¡trabajar, como ya lo ha hecho en Mons, en Berlin, en Munich, donde hemos soportado nuestro valor y nuestra miseria!... nó, mil veces nó... ¡yo solo sostendré esa carga!... ¡quién pues me dará un honrado salario por un oficio honroso, en esta ciudad donde no me atrevo á mostrar mis brazos desnudos, y donde mi rostro está maldito!

VIII.

Pruebas.

En vez de ponerse el Rifodé á inquirir noticias acerca del Bailío de Clermont y del normando La Gazette, á quienes creia muertos hacia mucho tiempo, se dirigió hácia el puerto de Bercy, donde la Liga empleaba gran número de obreros en la construccion de almacenes de provisiones.

Allí examinó David cuidadosamente á los hombres que pasaban por delante de él; los jornaleros cargados de fardos, y los diferentes jefes de talleres.

No necesito más que algunos minutos de

atencion para reconocer entre estos trabajadores á compañeros antiguos de la cofradía de los truhanes, y echó á huir para no esponerse á encuentros que temia más que la miseria.

En efecto; los estatutos de la asociacion de los truhanes prevenian que todo afiliado, cualquiera que fuese su grado, si habia intentado sustraerse á la comunidad, caia bajo la jurisdiccion de un consejo secreto que le condenaba á muerte.

Estas hordas de malhechores no tenian sobre todo piedad para los arrepentidos, porque temian las revelaciones, perjudiciales ante todo á su industria porque ponian en guardia á los ciudadanos contra sus mil atentados, y enviaban á algunos á la horca para ejemplo de los demás.

David no temia morir sino porque sabia que era indispensable á la señorita de Tarare. ¡Qué habria sido de ella sin él! Reconocido por sus antiguos cómplices y sus antiguos *súbditos*, habria podido defenderse de haber abdicado su cetro y desertado de su reino; pero entónces hubiese tenido que mentir y afiliarse de nuevo á estos miserables, cuya holgazanería le daba horror. David habia jurado vivir como hombre honrado, y echó á huir.

Desde fines del año 1593, Paris se habia

despoblado de gentes ricas, porque los asuntos de la Liga iban de mal en peor, y los más previsores, entre los ligueros opulentos, pensaban ya en procurarse una amnistía al pié del trono de Enrique IV.

No por eso estas gentes habian sido partidarios de Guisa, ménos rabiosos, ó ardientes republicanos; pero en el siglo XVI, como en todos los siglos, la prudencia imponia el interés á todos los batalladores políticos cuya verdadera religion será siempre para el sol naciente.

Solo quedaban en la ciudad los oficiales generales provistos de mando, las embajadas de España y de Roma, soldados y entre ellos muchos españoles, el Parlamento muy dislocado, una masa de ciudadanos arrepintiéndose demasiado tarde de las locuras que se les habia hecho hacer, y no gozándose ya en los grotescos ejercicios de la pica y el mosquete.

Además de estas gentes de calidad, y del sin número de mercaderes arruinados por su misma culpa, no contaba Paris en su recinto sino bandas de truhanes y de bribones que vivian de la rapiña; terror permanente de las casas honradas, en las que se parapetaban para sustraerse á sus atrevidas empresas.

El partido de España alentaba á esta canalla, y lo que quedaba de la bandería de los Diez y seis, trabajando abiertamente por Felipe II, prestaba ayuda á estos salteadores.

Las mujeres elegantes habian desaparecido como pobres pájaros asustados, los palacios principales estaban cerrados, las grandes fábricas habian suspendido sus obras afectadas por la ruina del comercio y como los truhanes habian acaparado la mano de obra en los trabajos del Estado, con la condicion de que trabajasen poco por salarios crecidos, era difícil que un obrero honrado hallase en ninguna parte empleo lucrativo.

David se presentó en diferentes tiendas pidiendo obra, pero su traje y la dureza de su rostro, la turbacion esparcida en toda su persona, y su inquieta mirada hicieron que le juzgasen mal donde quiera que se presentó.

Se le pedian informes sobre sus antecedentes, se le despedia, se le tenia miedo.

El desgraciado no podia, por otra parte, presentarse sino como jornalero; no sabia oficio alguno, y no podia responder francamente á las preguntas que se le hacian.

En fin, la Providencia vino en su ayuda; encontró á un hombre caritativo que consintió en tomarle á jornal, confiándole rudos traba-

jos hechos por hombres robustos. David aceptó sin regatear el salario, y se puso á trabajar en seguida.

Mantenido el Rifodé en casa de su principal llevaba todas las noches un poco de dinero á la señora de Thomassin, y se negaba á contestar cuando Elena le preguntaba acerca del orígen de sus recursos.

En cambio, le mentia con arte á pesar de sus resoluciones, para referirle que era en efecto dudoso que el Bailío hubiese muerto, como habian dicho.

El digno obrero inventaba un cuento cada dia sobre este asunto, y su valerosa imaginacion le sugeria hasta lo infinito incidentes sútiles que, ora arrojaban en el alma de Elena los vivos resplandores de la esperanza, ora la inducian á la desesperacion.

Seis dias pasaron así; David queria ganar tiempo, queria llegar al mes de abril, época fijada para el regreso de la duquesa de Nemours; entónces se hubiese salvado Elena, porque la princesa la habria tomado bajo su proteccion; y habiendo muerto Louchard, habiendo sido reemplazado en su puesto el embajador Mendez, habiendo salido Olivero de Paris, la señorita de Tarare no tenia ya perseguidores á

á quienes temer; pero ante todo era preciso salvarla de la miseria.

Por lo que acabamos de decir, se adivinará que David estaba tan mal informado por parte de la Bastilla. Mendez, en efecto, habia cedido su embajada al duque de Feria; pero su sobrino, despues de haberle seguido á España, habia regresado á Paris para ser agregado á su sucecor, con quien gozaba de gran crédito.

David se habia aventurado á hacer algunas preguntas en el barrio de la embajada española; pero como era muy conocido de los oficiales y de los criados de la embajada, se contentó con indicaciones superficiales y con la seguridad de que Mendez habia sido reemplazado por el duque de Feria.

Por otra parte, la política de los ministros de Felipe II era tan oscura desde que Enrique de Navarra se deshizo del duque de Parma, y la faccion española perdia su influencia, que todo era misterio en el palacio de la embajada, donde no podia inquirirse noticia alguna positiva.

La señora de Thomassin habíase ofrecido ir á Tolosa para prevenir á la duquesa de Nemours; pero faltaba dinero para este viaje de consideracion, y la señorita de Tarare no queria por otro lado esponer á su compañera á los

peligros de semejante separacion. Quedaba el recurso de escribir á la princesa, pero ¿á quién se confiaba la carta? Si esta se detenia en el camino ó se estraviaba, podia comprometer á Elena; Olivero debia haber conservado sus relaciones, Louchard mismo podia tener amigos temibles, dichosos de aprovechar la ocasion de continuar su obra detestable.

La prudencia exigia esperar, y la señorita de Tarare y la señora de Thomassin, felices por conservar aun alguna esperanza de libertar á los prisioneros que les eran tan caros, no se quejaban de su propio cautiverio, porque estaban, por decirlo así, cautivas en la hostería de *La Providencia*.

Solo David se desesperaba, pero ocultaba con cuidado el desfallecimiento de su espíritu y de su corazon.

Trabajaba sin descanso con celo infatigable, no gastaba nada para él, vivia de pan negro en casa de un principal, y llevaba cuanto ganaba á la señora de Thomassin.

Rudo consigo mismo, vigilaba con solícita ternura para que nada faltase á Elena y su compañera, esperaba pagar sus deudas luego que la duquesa regresase á Paris, y el pobre hombre no pensaba ni aun en aterrarse de que las cuentas diarias de su ceremonioso posade-

ro, subian el cuádruplo de lo que le reportaba su trabajo.

La señora de Thomassin hizo que el Rifodé indagase algunas noticias sobre su marido, y supo que el charlatan Publicola se habia dejado devorar financieramente por sus hermanos republicanos.

Habian exaltado tambien este cerebro enfermo de ambicion y de vanidad, que le habian trasegado trozo á trozo toda su fortuna por el triunfo infalible de las utopías del conde de Brissac, puestas al alcance de la banderia más hambrienta de la Liga.

Maese Publicola, desalojado de su domicilio, vivia sin que se supiera dónde ni cómo: ya no se le encontraba en el palacio, tampoco aparecia en las procesiones, y las malas lenguas decian que ocultaba su vergüenza, su feo rostro y su orgullo derrotado en las buhardillas del Arsenal, donde el conde de Brissac, su antiguo jefe de escuela, le arrojaba por lástima, las sobras de su mesa.

A todo esto, la señora de Thomassin reia, y tenia derecho á ello, porque la mayor parte de lo que el glóton republicano se habia comido era su propia fortuna, porque su marido no le habia mostrado nunca ni amor, ni respeto, ni estimacion, ni confianza, y le compadecia

justamente por lo que valia, es decir, que no le compadecia de modo alguno.

Elena no habia dejado un solo dia de ir á rezar á la capilla de San Antonio. Poco ántes de la noche era cuando cumplia este piadoso deber, en el momento en que David, fingiendo volver de sus diligencias, regresaba del trabajo.

Segun las noticias buenas ó inciertas que llevaba, las dos piadosas mujeres daban gracias á Dios ó imploraban su misericordia; ámbas salian del templo más resignadas, más valerosas, más confiadas en el siguiente dia.

David se arrodillaba tambien todas las noches; inclinaba su frente bañada de sudor, en sus callosas manos, é imploraba á Dios pidiéndole un rayo de luz para alumbrar su razon, un socorro de su omnipotencia para fortalecer su energía.

El posadero de *La Providencia*, por su parte, no faltaba á la cita fijada por Olivero, y diariamente iba á recibir las órdenes del jóven señor que le pagaba sus visitas más caras de lo que vendia su vino fabuloso de Tenerife.

Olivero llegó á saber que David se llamaba Furster; que una de las dos damas era su hermana, y la otra su hija; que Furster se iba por la mañana, y no volvia hasta por la noche; que

as damas permanecian en su cuarto hasta las oraciones, que volvia su padre y hermano; que —cosa estraña—Furster no comia nunca con su familia, y se contentaba siempre con su granero.

El posadero añadió que habia intentado escuchar á las puertas para oir algunos trozos de conversacion; pero que como hablaban en aleman, no entendia pizca de este idioma.

Entonces Olivero dió por compañero de espionaje al posadero un hombre recomendado por él; un alsaciano que se encargó de sorprender los secretos de Estado de Furster.

Desde el sesto dia, Olivero, que habia ido constantemente á la capilla de San Antonio sin ser visto, no tenia ya duda alguna sobre la identidad de Elena.

Escitado por la conducta singular de David, le habia hecho seguir, y poseia el secreto de su ausencia.

Mandó, pues, al posadero que le reclamase el precio del gasto que habian hecho los viajeros en su casa, á lo que este respondió riendo que esto no seria embarazar á un gran personaje, que ocultaba sin duda alguna las riquezas de un galeon bajo sus andrajos maliciosos.

Sin embargo, la órden fué ejecutada, y con

gran admiracion del posadero, David cambió de color á la primera palabra de peticion que se le hizo temblando y con el sombrero en la mano.

—¿Temeis que no os paguen? dijo David con ménos aplomo que de costumbre.

—No, señor hidalgo, no temo eso; pero necesito reembolsarme de algunos gastos que he hecho; eso para vos es una bagatela, para mí es esencial, ¡los tiempos están malos, y la tasa tan subida!

—No habeis recibido para ocho dias el precio del alquiler de...

—Bien, escelencia, no hablo del alquiler, sino de los gastos de mesa...

—¿Y cuánto os debo?

El posadero formuló un precio desastroso; trató al Rifodé como príncipe, y lo desolló de mano maestra.

David suspiró, porque engañándose acerca de la idea que convertia al posadero en ladron de camino, atribuyó sus ridículas pretensiones á la desconfianza que inspiraba su aparente miseria, y al deseo que aquel tenia de ponerle en la calle.

—¿Teneis atrevimiento, dijo, para tratar así á vuestros parroquianos?... Os daré lo que

os debo, nadá más, y de aquí á dos dias dejaré vuestra posada.

Esta respuesta no satisfizo mucho al hostelero, que fué á ver al otro dia al sobrino de D. Mendez.

—Exigid, dijo este, exigid y amenazad que vais á poner á la puerta á su escelencia; sé de buena tinta que nuestro hombre ha gastado en liberalidades políticas todos sus recursos, se le ha agotado la bolsa, y no podrá satisfaceros. Así le haremos una afrenta, cuyas consecuencias yo solo puedo calcular... Por otra parte, no tengais temor alguno acerca de vuestro dinero, yo os pagaré en buenos doblones.

David hizo que la señora de Thomassin le diese todos los fondos que tenia, é intentó calmar al posadero dándoselo á cuenta, pero el bribon sabia su leccion; habló duramente, con amenazas, y aunque el Rifodé tuvo buenas ganas de castigar tanta impertinencia, el interés de la señorita de Tarare triunfó de su legítima cólera, y devoró el ultraje en silencio.

—¡Y qué! dijo á media voz arrodillándose en la paja donde su cuerpo dolorido no hallaba ya reposo, tendré que dudar de vuestra existencia. ¡Dios mio! ya sabeis que yo podia hallar oro en la compañía de que me he avergonzado por amor y respeto á vuestras santas

leyes; ¡sabeis que he huido de mis antiguos cómplices, sabeis que me he refugiado en vuestra sola misericordia, y me abandonais! Todo se me vuelve en contra en la empresa de mi rehabilitacion moral... Me he hecho violencia y heimplorado á ese hombre ruin que amenaza arrojar al ángel cuya guarda me habeis confiado como por irrision. Me he prosternado al pié de vuestro altar, y os he hablado como á un padre; vos no me habeis escuchado; como á un amo, y me rechazais... ¡Oh! Dios mio! sucumbo al dolor, y sintiendo vacilar mi fé, tengo miedo de mí, sí, miedo de mí mismo. ¡Oh! ¡socorred á este servidor indigno, socorredle, Señor!

David no pudo dormir; se echó en cara la amargura de las quejas que su alma habia exhalado; se echó en cara haber dudado de está proteccion celeste, de la que dependia su salvacion, y el delirio se apoderó de él hasta que llegó el dia.

—¡Pues bien! esclamó David animado de indignacion, y dejando estallar una cólera que aterró al posadero; ¡mañana sereis pagado... maldito seais!

El desgraciado echó á correr apresuradamente por no decir más; anduvo errante por Paris, como al otro dia de su llegada, cuando

buscaba trabajo para sus brazos; solo que su espíritu no tenia ya la calma necesaria para guiarle; su frente ardia, sus inflamadas mejillas, su mirada estraviada le daban el arpecto de un loco furioso.

Pasó cerca de la capilla de San Antonio y lanzó una mirada impía á este templo, donde habia orado con tanto fé, no pensó en trabajar, sino que al contrario, se alejó de su taller; en fin, corrió sin saber lo que se hacia, sin inquietarse de su direccion, alimentando en su cerebro enfermo las ideas más incoherentes, y blasfemando como en los peores dias de su vida criminal.

A eso del medio dia volvió David á la posada; se habia calmado un poco, y preguntó al posadero si insistia en querer cobrar al dia siguiente el total de su gasto.

El posadero que habia tomado las órdenes de Olivero, estuvo intratable. Entónces, sin incomodarse, y con esa calma que es el paraxismo del furor, anunció David á Elena que no podria acompañarla por la noche á la capilla; que se veria obligado á ir tarde, porque le tenian que dar noticias positivas acerca de los prisioneros, noticias que tenia que ir á tomar en secreto á hora avanzada de la noche.

Encargó mucho á las dos damas que no sa-

liesen de su cuarto, que estuviesen bien encerradas, que no pidiesen nada á la gente de la posada, y le esperasen rezando.

Entónces puso encima de la mesa algunas provisiones que habia comprado fuera, se arrodilló ante Elena, que, conmovida, le dió á besar su mano, y despues se retiró haciendo esfuerzos dolorosos para ocultar las lágrimas que se amontonaban en sus párpados.

Elena y la señorita de Thomassin no sabian qué pensar de todo lo que acababa de ver y oir; encerráronse con llave en su cuarto, y se echaron en brazos una de otra, no atreviéndose á comunicarse el presentimiento recíproco de una catástrofe pronta á estallar sobre sus cabezas.

IX.

Estocada á la ligera.

Al salir el Rifodé de la posada de *La Providencia*, fué á casa de un vendedor de armaduras viejas, y compró una mala espada llena de orin, que le cedieron á vil precio.

Provisto de esta arma, que se colocó en uno de los costados, echó á andar á la ventura, y se detuvo á orillas del Sena en un sitio desierto.

Allí se sentó mirando correr las aguas del rio, y pidiendo al aire puro que refrescara su frente y calmase la borrasca de su corazon.

Despues de haber permanecido mucho

tiempo en esta actitud meditabunda, David pareció salir de un profundo letargo; descubrióse, pasó su ruda y crispada mano por su su espesa cabellera, alzó los ojos al cielo, y los llevó bruscamente á sus pies, como si la luz del dia le hubiese demostrado la magestad de ese Dios á quien habia ofendido con impio desaliento.

El hombre, cuando está á punto de hacer una locura, se separa de los que pudieran darle consejos de cordura, el malhechor oprime casi siempre su conciencia, y el ateo no se detiene jamás ante una santa imágen; su orgullo, sobrecogido de secreto espanto, le arrastra y le salva, al menos de un sacrilegio.

¿Satanás, condenado á no atreverse á contemplar jamás la faz de Dios, no nos da la eterna enseñanza de nuestra vergüenza, que nunca contemplará nuestras faltas ó nuestros crímenes sin inspirarnos un desprecio?

David se estremeció abandonándose al arrepentimiento; levantóse, echó á andar á pasos precipitados; se volvió á parar, miró su espada, la cogió con las dos manos, y obedeciendo á un acceso de rabia, levantó sus nervudos brazos cogiendo su arma por los dos estremos, plegó en tierra una rodilla, y quiso partir de un golpe el hierro que le deshonraba.

Pero, c sa estraña, imprevista, el acero volvió á saltar sobre las rodillas del Rifodé sin romperse, y este hombre fuerte como Hércules, permaneció estático de admiracion al ver su impotencia.

Entónces le sucedió lo que á todo aquel á quien envenena la desgracia, aceptó con supersticion este incidente, sin tomarse tiempo ni trabajo para estudiar su causa; creyó que era una advertencia cabalística y no una leccion providencial, volvió á meter su espada en la vaina, y dijo para sí:

—Debo guardarte, puesto que no he podido romperte; en cualquiera otra ocasion te hubiera hecho pedazos... debes serme necesaria.... Vamos, la suerte está echada... el demonio triunfa.

David entró en Paris despues de haber andado mucho tiempo por la línea circular de las murallas, y ya era de noche cuando se dirigió hácia las callejuelas del barrio de Santiago.

En esta época, la ciudad no tenia alumbrado; sin embargo, como la guarnicion estaba sobre las armas, se conservaban en ciertas calles algunas candeladas que proyectaban sus vivos fulgores hasta los puestos más importantes.

David se alejó de estas hogueras, y se internó en las tinieblas de la vieja *Cité*.

Allí era donde se hallaban las temibles fronteras del reino de los ladrones. Preparábase el Rifodé á entrar en este odioso cenegal donde bullian todas las sabandijas de Paris, cuando se detuvo para escuchar con atencion un rumor que le era demasiado familiar.

Este ruido sordo, interrumpido de minuto en minuto, le hizo estremecer; reconoció en él una de las maniobras de sus antiguos compañeros, maniobra que consistia en separar el umbral de una puerta con ayuda de hierros guarnecidos con tapones de cuero, de modo que pudiesen introducirse por debajo de la puerta en la casa atacada.

Como David escuchaba con una mano en la guarda de su espada y otra en su corazon, que latia con violencia, vió aparecer ante él de repente á un hombre que pareció destacarse de una pared inmediata.

Comprendiendo con quién tenia que habérselas, cortó David la palabra ó el gesto de este personaje, diciéndole con un sonido de voz gutural, estas dos palabras de la gerga de los truhanes:

—*Norral Eliga*.

—*At novitan*? respondió el hombre.

—Francs-Mitoux, antiguo aprendiz de Rifodé, repuso David:

El hombre alargó su mano izquierda, que David estrechó en su mano derecha.

Las palabras caprichosas cambiadas en este coloquio eran anagramas convencidos que los bribones empleaban para conocerse. *Norral Eliga*, ladron ágil, habia dicho David; *At novitan?* tu nacion? habia preguntado el hombre, á cuya pregunta contestó el protector de Elena con la calidad de Francs-Mitoux y de aprendiz de Rifodé.

Al oir esto el ladron que habia interpelado á David, no llevó más allá sus investigaciones, y le dijo en el lenguaje que hemos traducido:

—Tenemos que desocupar el cofre de un comerciante; si no tienes nada que hacer, ayúdanos.

A estas palabras se estremeció David de los piés á la cabeza; una nube pasó por sus ojos, y sus piernas, aunque estaban, por decirlo así, templadas de acero; vacilaron como si hubiesen sido impotentes para sostenerle.

—¿Cuántos sois? preguntó esforzándose en afirmar su voz alterada.

—Cinco.

—No quiero privaros del botín, eso no sería compañerismo; sois cinco para trabajar, no debeis ser más que cinco para el reparto.

—¡Bah! los mitoux son hermanos, y además, la empresa no ofrece peligro; el comerciante está de viaje, su casa está guardada por mujeres, y en un decir Jesús nos apoderamos del tesoro. Ven á ver.

El ladron condujo á David á la puerta de la casa, donde trabajaban tres hombres con una sagacidad y paciencia maravillosas; la losa del umbral de la puerta estaba ya casi levantada; solo se trataba de ensanchar el boquete por donde habia que entrar. Los dos estremos de la calle se hallaban guardados por dos centinelas, y nuestros ladrones trabajaban sin temor de ser sorprendidos. Cuando el paso estuvo ensanchado lo bastante, los tres trabajadores se introdujeron por él uno tras otro.

—Vamos, dijo á David el hombre que se habia acercado á él; ven, llenarás tus bolsillos; ahí dentro hay mucho dinero, y ocho manos valen más que seis... ¿No quieres? Pues bien, ponte de centinela en mi lugar, te daré una buena propina.

—Con mucho gusto... además, el boquete no es bastante ancho para mí.

El ladron desapareció, y David, una vez solo, dijo entre sí:

—¡Hé aquí el degradante oficio que me he atrevido hacer! He podido por orgullo, por demencia, por celos, ó más bien por envidia, perder los mejores años de mi juventud en este laberinto de infamias; he consentido en ser el jefe de esos cobardes, porque no pueden menos de ser cobardes esos hombres que se rodean de centinelas para deslizarse en casa de mujeres dormidas, y despojarlas, que toman prudentes precauciones para cometer sus crímenes, como la gente de guerra para guardarse de un enemigo vigilante. ¡Ah! ¡Estaré condenado! ¡Nunca borrará la enormidad del pecado el arrepentimiento, nunca!

El Rifodé se golpeó el pecho con desesperacion y furor; el recuerdo de Elena se presentó á su memoria; la vió echada del asilo donde se habia refugiado con ella, arrastrada á una prision tal vez, y espuesta á todos los peligros de que huia hacia tanto tiempo.

—Un poco de ese oro que van á robar mis cómplices antiguos podria salvarla, pensó el desgraciado, mi parte de ese botin, por ínfima que sea, tal vez bastaria! No, cobarde, no, no cometerás esa nueva profanacion, ataca más bien al primer transeunte que veas, escógele

jóven, listo, bien armado, pídele la bolsa ó la vida, con la espada en la mano, dándole tiempo para que se ponpa en guardia, combate y vence, ó hazte matar; entonces tu crimen será ménos odioso porque será más arriesgado!.. Al mismo tiempo que David hablaba así, echó á andar, cuando el centinela apostado por los ladrones en el otro estremo de la calle le detuvo con una de las señas en uso entre la banda de los francs-mitoux; el antiguo Rifodé se libró fácilmente de este nuevo encuentro, se internó en una calle lateral, y apresuró el paso tan vivamente, que muy pronto se halló fuera de toda persecucion, hemos dicho fuera de persecucion porque era de temer para él que los ladrones, no hallándole donde le habian dejado, sospechasen en él traicion ó espionage, y procurasen buscarle.

David encontró á su paso muchas veces algunos hidalgos y ciudadanos que volvian bastante tarde á su casa; á cada encuentro deslizaba sumano bajo la casaca para coger su espada, pero era tan violenta la lucha entre los remordimientos de este desgraciado y el vértigo que le inducia al crímen, que siempre dejaba pasar á sus víctimas, prometiéndose más resolucion en sus futuros encuentros.

Era ya tarde, la ciudad estaba sumida en

un silencio sombrío, los prudentes transeuntes apenas aparecian, y, como por un beneficio de la Providencia, cuando David se decidió á no perdonar al primero que pasara, fué cuando las calles estaban ya desiertas.

—¡Me alegro! dijo para sí el Rifodé, Satanás ha tenido piedad de mí; suceda lo que quiera, entremos: estas torturas me vuelven loco, una hora más de sufrir así, y caigo para no volver á levantarme.

David se orientó en las tinieblas, y se puso en marcha para volver á la posada de *La Providencia*.

La calle estaba silenciosa como todas las que acababa de recorrer; se detuvo bajo los balcones de Elena, y vió que habia luz en la habitacion; al ver esto se apoderó de él un nuevo vértigo, su espíritu sondeó el porvenir de Elena, y se perdió en él espantado como en un abismo sin fondo; deslumbróse, su corazon se dilató, y apoderóse de él el demonio.

—No, dijo volviendo atrás, todavía no... Ese hombre necesita oro, lo necesita para mañana... para mañana, ¡y va á aparecer el dia sin que yo haya robado! A esta palabra pronunciada con rabia, con ironía, el desgraciado se echó á reir, pero con esa risa que el poeta presta á las furias, que sale de las en-

trañas y se esparce por la faz del hombre para arrebatarle en semejanza con el Divino Creador que le hizo á su imágen.

—¡Y qué! volvió á decir David, ¡nadie! ¡ni un solo hombre en esta gran ciudad dormida! ¡no puedo robar á un ciudadano, yo, el Rifodé, yo, el rey de los ladrones! ¡Irrision y desgracia!

Este hombre, que el dia anterior aun, se horrorizaba de sus antiguos crímenes, este hombre, que hacia cuatro años era un modelo de viriud, de fidelidad, de abnegacion, acababa de volver á sus inclinaciones viles y feroces, por el solo hecho de los obstáculos que se oponian á su voluntad. Habia huido de una banda de malhechores, tanta era su vergüenza en asociarse á esta cobardía, habia perdonado á los transeuntes que regresaban tarde á sus casas, y ahora que veia que le faltaba la ocasion, se quejaba con cólera, con ódio, sin pensar en dar gracias á la divina sabiduría, que le protegia á pesar suyo, y le cubria con su misericordia.

Pero no en vano insultamos la clemencia de Dios, esta clemencia se agota, y cuando desdeñamos la luz del relámpago que nos advierte nuestra ruina, el rayo sigue al relámpago y nos pulveriza sin compasion.

David habia andado cerca de doscientos pasos más allá de su posada; de pronto se detuvo, porque oyó resonar en el pavimento las espuelas de un hidalgo que iba andando con rapidez.

—¡En fin! murmuró el Rifodé, ¡en fin! ¡quién quiera que seas desgraciado de tí, como de mí!

Sacó su espada y se la puso bajo el brazo con la guarda por delante.

David tenia tan ejercitado el oido, tan fatal esperiencia del merodeo y de los ataques nocturnos, que desde luego supo distinguir con qué clase de hombre tenia que habérselas. En el ruido de las espuelas del caballero que iba hácia él conoció que eran espuelas de oro, y en la rapidez de los pasos, adivinó que el caballero era jóven.

—¡Me alegro! dijo para sí, las espuelas de oro no las llevan más que los hidalgos, los hidalgos son todos bravos; saben servirse de sus armas, y llevan los bolsillos bien repletos... Por mi alma, aun cuando fuese el duque de Guisa, me pagará su rescate.

El caballero marchaba apresuradamente; y como hombre acostumbrado á los malos encuentros iba por medio de la calle para evitar ser sorqrendido por algun bandido emboscado

tras una puerta, ó escondido entre algunas ruinas.

El Rifodé se fué derecho á este personaje, y quitándose el sombrero, con la mano izquierda y le dijo á media voz, no sin gran turbacion, pero con voz muy inteligible:

—Señor hidalgo, dignáos prestarme el oro y plata que llevais encima; decidme vuestro nombre, y os doy mi palabra de devolvéroslo todo cuanto antes, sin que falte un dinero.

El caballero iba envuelto en una capa que le llegaba hasta el suelo; la separó con un movimiento brusco, la arrolló en su brazo izquierdo, y sacando vivamente su espada contestó riendo:

—Si me hubieses jurado por tu deshonra, habria podido creerte, truhan, pero ¡la palabra de un ladron! es una broma pesada... Vamos, sigue tu camino...

—No soy ladron, capitan, sino un pobre diablo que os quedaré agradecido...

—¡Pero no me entiendes?... esclamó el caballero cruzando el rostro del Rifodé; sigue tu camino... ¿Me tomas por un estudiante?...

Este noble y desdeñoso castigo, inferido por un hombre honrado á un bandido, produjo en el Rifodé un efecto terrible; el frio del hierro le exasperó y le puso fuera de sí; arro-

jóse como una bestia feroz sobre el caballero, á quien desarmó del primer golpe; y ya iba á matarlo, cuando cediendo á un impulso generoso, se contentó con apretarle fuertemente por el talle con sus brazos poderosos.

—Me habeis abofeteado, caballero, dijo temblando de furor.

—¡A mí! ¡ayudadme! gritó el hidalgo con voz firme.

—¿Quién podrá oiros? respondió David; estamos solos en todo el barrio... os digo que necesito vuestra bolsa... ¡la necesito!

—¡A mí! repitió el caballero derribado y palpitando bajo la rodilla de acero del Rifodé.

—Tenéos firme, respondió una voz á algunos pasos de los combatientes... ¡tenéos firme, ira de Dios!

—¡Ah! ¡ah! esclamó David; veníais acompañado... uno, dos, tres, cuatro... sois cuatro... me alegro, al ménos habré ganado mi trabajo... ante todo, camarada, buscad otra espada, porque esta no vale gran cosa.

Diciendo esto, el Rifodé partió la espada del caballero en una de sus rodillas, como si hubiese sido de cristal; despues, poniéndose de espaldas contra la pared y cubriéndose con su acero con la habilidad de un maestro de armas, esperó el ataque de sus acometedores.

—¡Pardiez! hé aquí un bribon que describe bien el semicículo, dijo el Bailío de Clermont parando con un quite muy rápido una estocada de las más cerradas; veamos si la estocada á la ligera... ¡Oh! no, á fé mia, el señor de Crillon tiene razon, la estocada á la ligera es escelente.

El Rifodé, herido con la espada del Bailío por encima de la tetilla derecha, acababa de caer con la cara contra el suelo, sin exhalar un grito, sin dar un suspiro.

—No seais egoista, dijo Pampelonne á su amigo os apresurais á despachar á ese pobre diablo sin darme tiempo para desenvainar.

—¡Cómo! añadió La Gazette llegando casi sin aliento por la carrera que habia dado, ¿está ya concluido?

—¿Es culpa mia? respondió Clermont, si ese truhan no conoce la estocada á la ligera, con un quite la tercera que hubiese hecho....

—Caballero, dijo al Bailío el caballero á quien la llegada de nuestros tres realistas habia tan afortunadamente sacado del apuro, me habeis prestado un señalado servicio, y pienso probaros mañana mismo mi gratitud.... pero, pardiez, no llevareis á mal que en mi cualidad de hidalgo os pida esplicaciones acer-

ca de esa famosa estocada que con tanta limpieza habeis regalado á este bribon, que tan apurado me tenia.

—Caballero, respondió Clermont riendo, es un golpe polaco que reservo á mis enemigos y que no esplico á mis amigos.

—Muy bien, perdonad mi indiscrecion.... Señores, soy D. Francisco Olivero, sobrino de D. Mendez, y estoy agregado á la embajada española... ¿puedo saber vuestro nombre?

—Somos estranjeros, balbuceó Clermont, á quien La Gazette habia cogido el brazo por detrás, como para recomendarle la prudencia, y solo estamos en Paris desde esta mañana.

—Entónces, señores, sed bien venidos; hacedme el honor de ir á verme á la embajada... allí estaré todos los dias para vosotros, poco antes de las diez... os deseo buenas noches... ¡ah! puesto que mi espada está hecha pedazos, voy á tomar la de ese bribon... ¿está muerto ó moribundo... ¡Vive Dios! ¡muerto está á fé mia! Compañero, no olvidaré en mucho tiempo esa famosa estocada que habeis sabido dar con tanta maestría... Dios os guarde, amigos mios.

El señor Olivero se alejó silvando un aire español.

—¿Por qué no le habeis enseñado esa estocada metiéndole vuestra espada en el vientre? dijo Pampelonne; la ocasion era magnífica, y tal vez no se os volverá á presentar.

—Es cierto, respondió Clermont... Ante todo, me ha sorprendido en estremo el milagro de ese encuentro, y despues La Gazette me ha dado un consejo estúpido...

—¡Estúpido! me gusta la palabra, interrumpió el normando; ¿qué hubiérais adelantado con matar á ese belitre? Necesitamos sacar de él todo lo que podamos.

—Es justo, observó Pampelonne; desde mañana iremos á la embajada.

—Sí, añadió Clermont... ¡Pardiez! abracémonos, amigos mios, porque hé aquí lo que yo llamo un dia aprovechado agradablemente. Y bien, La Gazette, qué diablos estais haciendo?

—Señores, respondió el capitan ocupado en registrar los bolsillos del Rifodé, podemos sin vanidad apoderarnos de los despojos del difunto, porque no tenemos ni un céntimo á nuestro servicio, y estos rateros suelen tener la bolsa bien provista.

—¡Bah!

—¡Bah! los que nos asaltan vivos, deben esperar en ser asaltados muertos... ¡Hola! ¿qué es esto? ¡Diantre! señores, venid á ver...

X.

Donde se verá que el Rifodé hizo muy mal en asustar á La Providencia.

Pampelonne y el Bailio de Clermont llegaron corriendo adonde los llamaba La Gazette, y vieron á nuestro normando sosteniendo con una mano la cabeza de David, mientras que con la otra le registraba los bolsillos con esa destreza que le era familiar.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Pampelonne?

—Ante todo, señores, este bribon; es realmente un bribon; acabo de registrar y desocupar todos sus bolsillos, ¡qué solo contenian monedas de cobre! además no ha muerto...

—Por lo que valga, interrumpió Clermont, podeis sin remordimiento concluirlo; no me gusta ver sufrir á la gente por mala que sea.

—Sin duda, añadió Pampelonne: apretadle la garganta, y que le sean contados sus pecados.

—¡Gracias! Quereis que ejerza sin más ni más el oficio de verdugo. Pero permitid que añada una palabra. Ahora mismo, al aparecer la luna, alumbró el pálido rostro de este desgraciado, y apostaria mi cabeza á que conozco á este pobre diablo.

—¡Esa es grilla! dijo el Bailío; no vayais á persuadirnos de que para vos todo es milagroso esta noche.

—Yo no afirmo nada; pero despues de lo que acaba de sucedernos, lo espero todo!... ¡Oh, oh! Es cierto que nuestro hombre respira; ayudadme, señores, ayudadme... Os declaro que estamos en vena de aventuras... Sí, debo haber visto en alguna parte esta cara cuadrada.

—¡Pardiez! ¡Vaya un hallazgo! dijo Pampelonne; no os alabeis de ese conocimiento...

—Lléveme el diablo si nos sirve para otra cosa que para comprometernos.

—¡Bueno! Sostened los hombros de este

truhan, señor caballero; y vos, señor Bailío, apoyad su cabeza en la pared; yo voy á buscar un tizon al fuego que chispea en la calle inmediata.

La Gazette corrió, en efecto, á una de las hogueras de vigía y volvió armado de una astilla resinosa que proyectaba una claridad rogiza.

—Aquí tenemos lo que necesitamos, dijo llevando la llama bajo la nariz de David, con tan poca precaucion, que por poco le quema la barba y los cabellos. El herido abrió los ojos y los volvió á cerrar en seguida con dolor; sus músculos se contrajeron enérgicamente, y exhaló un hondo suspiro.

—El truhan no tiene nada de guapo, murmuró Pampelonne; pero tiene una estatura de gigante. ¡Diablo! mi querido Bailío; ¡magnífica estocada le habeis propinado!

—Vuelvo á deciros, señores, continuó La Gazette, que este rostro no me es desconocido... Cuanto más lo miro ménos dudo.

—¿Vamos á permanecer aquí hasta el dia? interrumpió Clermont; creo que no es nada alegre ver á un ladron exhalar el alma.

—Pensad de ello lo que querais, señor Bailío, repuso La Gazette; pere quiero continuar hasta el fin de esta aventura; id ambos, si os

parece, á buscar un abrigo donde concluir la noche, mientras yo me quedo aquí; estad ciertos de que no es para burlarse de mí para lo que la Providencia me ha puesto frente de este bribon.

—Puede que tenga razon el capitan, dijo Pampelonne; sigamos el asunto; pero aun admitiendo que este pobre diablo hubiese podido sernos útil, ¿qué servicio podrá prestarnos adornado con una estocada que le ha atravesado de parte á parte?...

—¡Pardiez! esclamó La Gazette; tambien hicísteis lo mismo conmigo en Venecia, si es que os acordais, y desde entónces he hecho algunas proezas segun creo... Ea, señores, no discurramos tanto como en la Bastilla; llamemos á la puerta de algun buen ciudadano, y socorramos á este ganapan.

—Bien, dijo Clermont... ¿hay por aquí alguna casa á propósito?

—¡Oh! No os tomeis el trabajo de elegir casa muy encopetáda; acordáos que estamos aun espuestos á que nos ahorquen y descuarticen; dirijámonos, por el contrario, á alguna habitacion de miserable apariencia, para alejar las probabilidades de que nos enaminen.

—Creo, Dios me perdone, mi bravo La Ga-

zette, que os volveis cobarde, dijo Pampelonne riendo; sin embargo, el aviso es cuerdo; preciso es seguirlo... ¡Oh! ¡oh! ¡socorredme!... gritó el gascon dando redoblados golpes en la puerta de una casa vecina.

Despues de haber hecho un ruido tan infernal, que en otros tiempos hubiese puesto en conmocion á todo el barrio, Pampelonne se descubrió á un ciudadano que acababa de abrir prudentemente una ventana.

—Caballero, dijo el gascon con urbanidad aduladora, tened la bondad de ayudarnos á levantar á un hombre que han dejado unos malhechores moribudo en medio de la calle.

—Yo no soy cirujano, respondió el vecino... ¿Quiénes sois vosotros, señores?

—Somos de la guarnicion, compadre; hacemos la ronda, y si nos teneis con la puerta cerrada, nos dirigiremos al capitan del barrio, que os tratará como á hugonote.

—Está bien, allá voy, no hagais tanto ruido.

El vecino tardó bastante en vestirse, pero al fin abrió la puerta, y aunque obrando con justificada desconfianza, se llegó á nuestros caballeros. El herido fué llevado con grandes precauciones á una cama, donde en seguida se desmayó.

El vecino recurrió á su mujer, que tenia alguna práctica en cuidar enfermos, y esta se ocupó muy activamente en reanimar al Rifodé, al que desembarazó ante todo de sus vestidos.

—¡Eh! ¡Vírgen Santa! esclamó el amo de la casa dirigiendo en torno suyo una mirada de terror; bien podiais haberme dejado dormir en paz; este hombre no es mas que un bribon del peor género.

—¿Lo creeis asi? dijo La Gazette burlándose.

—¡Si lo creo! Hago más, caballero, lo veo... y si lo dudais, mirad esas señales de infamia.

Al hablar así temblaba el vecino con todo su cuerpo, porque las largas barbas de los tres caballeros realistas, y sus ajados vestidos les daban el aire de verdaderos bandidos. El pobre hombre creia que habia invadido su casa una banda de malhechores, con ayuda de una de las numerosas estratagemas de que aquellos usaban para cometer sus fechorías.

—¿A dónde veis esas marcas de infamia?

—Mirad ese brazo pintado con una R mayúscula... ¡ah! ¡justo cielo!... ved ese hombre marcado con una corona real.

—¡Misericordia! ¡Dios mio! ¡misericordia! murmuró la mujer lívida de espanto.

—¿Y bien, y qué? preguntó el Bailío que se sentó en una silla, en la que se pavoneaba cruzado de brazos: ¿qué significa esa corona?

—Significa que ese pícaro es el rey de los bribones que infesta á Paris.

—¡Eh! dijo La Gazette con una especie de alegria mal disimulada.

—¿Y la R mayúscula? preguntó Pampelonne.

—Es la inicial de una palabra abominable... ese bandido es un rifodé, es el rey de los rifodés, es el terror de las gentes honradas.

—¡Ya estoy! esclamó el normando, ya estoy... sí, ahora le conozco... ¡ah! por el pronto, mi buen hombre, añadió dirigiéndose al vecino; os beso las manos, acabais de prestarme un servicio personal que no sé como pagaros... señor Bailío, ¿no brincais de alegría? oid una palabra al oido y aparte, con permiso de estos señores: el Rifodé que nos condujo á vos y á mí á la Bastilla, ese personaje singular que obraba como verdadero villano, y pensaba como hombre honrado, prometiéndonos que nos haria evadir cuando llegase el mo-

mento; finalmente, el bribon que robó la señorita de Tarare por órden de Louchard y del conde de Olivero... ahí está... ¡es él! durante los primeros dias que pasé en la Bastilla, la escelente señora de Thomassin me habló largamente, en secreto de ese calavera convertido, de ese David...

—¡David! interrumpió el Bailio de Clermont de pronto... ¡oh! pues entonces sabremos qué ha sido de la señorita de Tarare? porque si es cierto que ha desaparecido la señora de Thomassin habrá dejado al Rifodé algunas noticias...

—Ciertamente: os digo que este hombre nos orientará acerca de esas dos damas... mirad, ya abre los ojos... si pudiese contestar á nuestras preguntas... pero, ¡un momento! añadió La Gazette con alegre sonrisa: ciudadano, amigo mio, tenemos que hablar de cosas graves con ese miserable moribundo; vuestra presencia podria estorbarle, y os suplico, así como á vuestra mujer, que nos permitais permanecer aquí durante algunos momentos, y os vayais á descansar á la cama.

El amo de la casa hizo un gesto nada agradable: no sabia qué pensar de esta proposicion formulada en un tono que le dispensaba de toda réplica; veia su casa abandonada en poder

de estraños cuando ménos sospechosos, y temia alguna catástrofe.

—Vamos, añadió Pampelonne, ¿no habeis oido, buen hombre? Deseamos hablar secretamente con el rey de los bribones; hacednos el gusto de cedernos esta habitacion; supongo que creereis que somos buena gente; así, dadnos las buenas noches.

Este discurso, algo brusco, no satisfizo mucho al amo de la casa; pero tomó su partido y se retiró, seguido de su mujer, tan turbada cemo él.

—Vamos á ver, dijó La Gazette al Bailio, ¿no me habeis referido que el Rifodé se llamaba David cuando estaba al servicio del marqués de Tarare, y cuando estaba enganchado en los piqueros del rey?

—David, sí.

—Habiéndole perdido de vista hace tanto tiempo, ¿no podriais reconocerle? Pero segun me habeis dicho, él os conocia perfectamente.

—Así me lo afirmó al conducirme á la Bastilla.

—Muy bien; quitaos vuestro sombrero, acercáos y que os vea.

El Bailío hizo lo que deseaba La Gazette,

que inclinándose al oido del herido, le dijo lentamente y en voz clara:

—Amigo mio, ¿no conoceis al señor Bailio de Clermont?

Al oir este nombre David, exhaló un hondo suspiro: brilló su mirada, un súbito carmin invadió sus pálidas mejillas, y sus lábios temblaron, como para manifestar el estremecimiento de su alma.

—¡Bueno! ¡victoria! esclamó el normando; os reconoce, su alegria brilla en su frente... Vamos á ver, ahora miradme bien á mí... ¿no me conoceis?... yo soy el baron La Gazette, á quien llevásteis á la Bastilla al salir de una audiencia en... ¡Se acuerda! ¡Mirad, señor de Pampelonne, mirad cómo me examina! ¡Su rostro se dilata! ¡Ah! Señores, ¿me acusareis de testarudo de hoy en adelante?...

—¡Eh! ¿Qué diablo nos estais contando ahí hace más de una hora, dijo Pampelonne con vivacidad? ¿Qué ese truhan os conozca ó no, hemos adelantado algo por eso? ¿á qué conduce? Vamos á ver, ¿qué provecho saca el rey de todo esto?

—Ante todo, señor caballero, no hableis del rey tan alto; no estamos en sitio cómodo para discurrir sobre ese asunto, y si se supiera que somos partidarios de Enrique de Na-

varra, no se haria esperar mucho nuestro proceso; os suplico que seais prudente...

Abrióse bruscamente la puerta del cuarto, y dió paso al amo de la casa, que se presentó con la faz radiante de alegria.

—Señores, dijo, dadme vuestras manos, que yo las estreche entre las mias; podeis alabaros de haberme dado un gran susto; pero tambien acabais de causarme una viva satisfaccion... ¡Cómo! ¡sois realistas! ¡estais por el Bearnés!

—¿Quién os ha contado esas patrañas? preguntó desconcertado La Gazette.

—¡Oh! no os enfadeis... tengo la manía de escuchar á la puerta cuando mi interés lo exige; ahora bien: sabed, señores hidalgos,—porque debeis ser hidalgos,—que al principio os tomé por bandidos de la compañía de ese Rifodé.

Estaba, pues, muy inquieto, al dejaros dueños de mi domicilio, y me puse á escuchar para oir vuestro complot y tomar en seguida mis precauciones. ¡Ah! ¿estais por el Rey, mi queridos señores? pues y yo, ¿no soy del partido de ese gran príncipe? Sí soy un enemigo ferviente de la Liga, de los Lorenes de España y de la república! ¡Sí, daria con mucho gusto una buena parte de mi patrimonio

por saludar rey de Francia al rey de Navarra; así, no os violenteis para hablar de vuestros asuntos que son ¡pardiez! ¡los mios! ¡Viva Enrique IV, os digo!... Parece que dudais de mi sinceridad, pues bien, voy á quitaros hasta el pretesto de la duda; bien dejándoos que obreis aquí con entera libertad, bien ayudándoos con mis luces para cuidar á ese bribon por quien os interesais...

He practicado poco la cirujía, lo cual me habria guardado bien de confesaros hace poco; mi mujer es una enfermera muy hábil, ambos nos pondremos á vuestras órdenes, á vuestra discrecion... ¡Ah! sois realistas... ¡Ira de Dios! ese es para mi una buena fortuna.

—¿Qué decís á esto? preguntó La Gazette triunfante. ¿Sostendreis, señor caballero, sostendreis aun que en Gascuña son más finos que en Normandía? ¿Veis á dónde nos ha traido este encuentro? ¡qué de triunfos en algunos minutos!

Mientras Pampelonne y el Bailío sonreian á La Gazette para probarle su benévola admiracion, el Rifodé, que parecia oir y comprender lo que á su lado se decia, miraba alternativamente, á Clermont y al normando con una admiracion mezclada de alegría; parecia ali-

viado de los sufrimientos que su herida le causaba, y sus ojos se llenaban de lágrimas que no intentaba contener. Veíase que queria hablar; su pensamiento brillaba en sus miradas, una palabra, una sola palabra hubiese bastado para traducirlo, pero los contraidos lábios del herido no podian articular ningun sonido inteligible.

—¡Coincidencia singular! David se hallaba allí en situacion igual á la que hemos descrito cuando hablamos por la primera vez de la señorita de Tararé. Hallábase como esta jóven, moribundo en su lecho de dolor, recogido por casualidad en una casa estraña. Aquí, como en casa de la señora de Thomassin, el normando La Gazette desempeñaba el principal papel, y, por decirlo así, sin saberlo.

En efecto, el Rifodé habia reconocido al Bailío de Clermont y al capitan La Gazette; este inesperado encuentro le habia turbado al principio hasta el fondo del alma, pero esta alma era de tan vigoroso temple, que pronto se repuso de su turbacion para regocijarse y bendecir á Dios.

Pampelonne y el Bailío empezaron á tomar por lo serio esta aventura que hasta entonces no les habia interesado mucho, Clermont vió en el herido un guia providencial

para llegar hasta la señorita de Tarare, y Pampelonne vió en el honrado ciudadano un partidario más que útil á la causa de su valeroso señor; así, mientras el capitan y el Bailío se esforzaban en arrancar algunas palabras á los desfallecidos lábios de David, él se ocupó en interrogar al amo de la casa para asegurarse bien de su sinceridad.

– Vamos á ver, camarada, dijo el ciudadano llevándole aparte, ¿no tomais por nécios á quienes se maneja fácilmente? ¿con qué objeto venís á hablarnos de vuestras adoraciones políticas?... ¿tenemos cara de hugonotes ó de convertidos?

—Bien fingido, repuso el hombre riendo; si he de juzgar por vuestro acento, sois gascon, señor hidalgo; yo soy de Picardía, y los naturales de allí son tan avisados como los gascones. Os obstinais en negar que sois realistas, y eso es muy prudente en los tiempoc que corren; pero yo no me muerdo el anzuelo... os he oido hablar, os he adivinado, trabajais por nuestro gran grincipe, y yo soy de los vuestros. Sin embargo, confieso que necesitais una prenda para que creais en mi palabra, y no me trateis como á infiel; voy á daros esa prenda; dignáos seguirme.

Pampelonne siguió al ciudadano, que en-

tró en su propio despacho, abrió un baul y despues un cajon secreto en este baul, y puso ante los ojos del caballero muchas cartas que probaban una correspondencia secreta con el baron de Rosny, futuro ministro de Enrique IV.

—¿Estais convencido? preguntó nuestro hombre.

—Perfectamente.

—Miraos, pues, aquí como en vuestra casa, os la cedo con todo mi corazon desde la cueva hasta el granero.

—¡Pardiez! compadre. No sabeis el servicio que nos prestais obrando de ese modo.

—Poco me importa, soy desinteresado, creedlo... sin embargo...

—¿Qué hay?

—Tengo una gran falta...

—Yo tengo mil; hablemos de la vuestra.

—Soy curioso, y no me quejo de ello, puesto que á esa curiosidad debo el haberos conocido.

—¿Y qué más?

—¡Eh! pues bien me muero de ganas de saber qué interés singular teneis en salvar á ese bribon que en este momento está deshonrando mi cama.

—Mis compañeros os lo dirán; han reco-

do á ese pobre diablo en la calle, debajo de vuestras ventanas; la casualidad ha hecho que hayan hallado en él á un hombre á quien necesitan á todo trance; ayudadles á hacerles hablar, y sereis para ellos una especie de providencia.

—A deciros verdad, no os ocultaré que soy algo cirujano, y que la herida de ese miserable me parece mortal; pero empleando ciertos bálsamos heróicos, tal vez llegaré á satisfacer á vuestros amigos; volvamos á su lado; y puesto que habeis leido estas cartas, ¡dignaos decirles que pueden confiar en mí!

Pampelonne se apresuró á referir á Clermont y á La Gazette lo que acababa de saber, y los dos partidarios se escuchaban con alegria, cuando el amo de la casa se acercó á ellos y les dijo:

—Si habeis de creerme, señores, dejad en paz al herido en vez de atormentarle para hablar. Me ha sido fácil convencerme de que vuestra presencia, por causas que no puedo conocer, turba y agita peligrosamente á ese pobre diablo; sus dientes chocan, arde su frente, está devorado por la calentura, y agota sus fuerzas por articular sonidos incoherentes; dejadme que yo vele solo á su cabecera, y me encargo de hacerle vivir, al ménos artificial-

mente, hasta que haya podido oir vuestras preguntas, y satisfacerlas por medio de respuestas aunque sean breves.

—¿Y cuándo hablará?

—Dentro de dos dias lo más pronto... Vamos, señora, añadió el ciudadano, dirigiéndose á su mujer, conducid á nuestros huéspedes á la mejor habitacion que tengamos, echad tres colchones en el suelo, y que descansen cómodamente lo que queda de noche; despues vendreis aquí, porque vuestros conocimientos me son indispensables.

—Vamos á acostarnos, dijo Pampelonne.

—¡Sin cenar! murmuró La Gazette dando un suspiro.

—Teneis una indiscrecion bastante rara, esclamó el Bailío riendo de la mueca del normando.

—Decid más bien un raro apetito, para no ofender la cortesía ni la verdad.

XI.

Como inspiró á Pampelonne la estocada á la ligera, para imaginar una singular estratagema.

Pampelonne y el Bailío hicieron todo lo posible para impedir que La Gazette cometiese una indiscrecion, pidiendo de cenar á la mujer del ciudadano, pero fueron en vano todos sus esfuerzos. El normando se moria de hambre, y como todo era milagroso para él en aquella noche de bendiciones celestes, se empeñó en comer cualquier cosa antes de dormirs . Su deseo se vió realizado, y la digna mujer de la casa, al mismo tiempo que se ofendia porque no tenian franqueza con ella sirvió á los tres partidarios un enorme jamon, pan en abundancia, y vino clarete.

—¡Pardiez! tartamudeó La Gazette con la boca medio llena, me parece que os habeis atrasado algo, señores, en el noble ejercicio de las armas.

—Desenvolved vuestra opinion, dijo el bailío que se dedicaba penosamente á cortar lonjas de jamon sin mancharse los dedos.

—Sí, decidnos vuestro parecer, añadió Pampelonne acabando de desocupar un vaso del gustoso vinillo.

—Si no habeis perdido la memoria, amigos mios, en la guerra se vive de lo que se encuentra, y descuidar la ocasion de acostarse con el estómago repleto cuando se está espuesto á acostarse con el estómago vacío, es ultrajar simplemente á Marte ó á Belona. Ahora bien, yo olfateaba este festin, y vosotros le haciais asco; mañana hubiésemos amanecido muertos de inanicion, el señor de Clermont no hubiese tenido fuerzas para vestirse, el señor de Pampelonne se hubiese hallado sin una idea, y el baron La Gazette no habria podido desevainar como lo hará ciertamente por su rey y por su dama...

—Mi querido capitan, interrumpió Pampelonne, ¿no es una ficcion que estais enamorado?

—¿No me habeis dicho que tarde ó tempra-

no los hombres más cuerdos cometian la simpleza de enamorarse de unas enaguas?

—Si en verdad; ¿y esa dama es digna de vuestra adoracion? ¿es una belleza?

—¡La señora de Thomassin! respondió vivamente el bailío con una sangre fria que encantó á La Gazette... Es una perla fina; pero os suplico, caballero, que no hablemos sobre ese asunto; nuestro camarada es entusiasta y prolijo, y seria cosa de no concluir.

—Es justo, dijo Pampelonne echándose en un colchon; buenas noches, señores, y hasta mañana; nuestra primera visita será para la casa de la señora de Thomassin, y digo para la casa, porque estoy demasiado seguro de que la habitacion ha cambiado de inquilinos.

—Hasta mañana, repitió La Gazette dando un suspiro; ¡ay! ¡si la casa está vacia haremos hablar á las paredes!

Clermont se acostó como sus compañeros, y estos dormian ya hacia mucho tiempo, cuando él continuaba aun despierto soñando con sus amores, la imágen de Elena de Tarare, dulce imágen á la que habia debido los únicos consuelos de tan largo cautiverio.

El Bailío fué el primero que se puso en pié;

habia tanta energía moral bajo esta frágil envuelta, que triunfaba de las fatigas mas rudas, pareciendo burlarse de ellas.

La Gazette se despertó poco tiempo despues de Clermont, y ambos se preparaban á salir para ir en busca de noticias, en el barrio que habitaba la señora de Thomassin, cuando Pampelonne, levantándose bruscamente, los detuvo y los llevó al cuarto de David, despues de haberles probado que con el traje que llevaban, se harian detener infaliblemense apenas dieran los primeros pasos. «Calmad vuestra impaciencia, les dijo, yo tengo la cabeza fria, porque no estoy enamorado, fiaos en mí, os repito que nuestro primer paseo será en honor de vuestras damas... nada de imprudencias.»

El herido habia pasado muy mala noche, pero parecia mas tranquilo, y el amo de la casa contó á nuestros tres realistas que habia obtenido esta mejora en el estado del enfermo, prometiéndole que al cabo de dos dias, si sabia resignarse, podria recobrar el uso de la palabra. Esta promesa, añadió el bravo hombre, no es ilusoria, tranquilizaos, dentro de dos dias podreis hablar de vuestros asuntos.

Mientras el patron hablaba, Clermont no dejaba de mirar al Rifodé, y este le miraba

con una dulce melancolía, muy parecida al éxtasis.

—Bien, dijo Pampelonne; ya está ese asunto arreglado; pensemos ahora en aprovechar bien estos dos dias de espera. Mi querido patron, venid si gustais, tengo que deciros dos palabras al oido: —«Tales como aquí nos veis, somos tres prisioneros de la Bastilla, escapados de las garras de la Liga; pero si hemos tenido la dicha de salir sanos y salvos de nuestros calabazos, os confieso que hemos salido de ellos si un óbolo.»—Ahora bien, para los grandes proyectos que meditamos necesitamos algunos escudos; si quereis ayudarnos será un empréstito que nos hagais en nombre del rey; y si es útil que en garantía os diga mi nombre y calidad...

—¡Quereis callar, señor caballero! Yo sé vivir, guardad vuestro incógnito, tal vez me veria embarazado si supiese que érais grandes señores... La guerra civil me ha arruinado en grande, pero tengo aun algunos doblones de reserva, y os ofrezco una buena parte de ellos con todo mi corazon.

—Haced más, idos á casa de un ropavejero y compradle por nuestra cuenta tres vestidos casi completos, tres vestidos caprichosos, algo originales y de antigua moda.

—No comprendo.

—¿Teneis idea de Polonia y de los polacos en general?

—Recuerdo haber visto ha mucho tiempo, á fé mia, una diputacion de hidalgos polacos que vino á Paris á saludar á S. M. Cárlos IX.

—Muy bien... entonces, amigo mio, evocad vuestros recuerdos, y componednos, bien ó mal, tres vestidos casi iguales á los que en otro tiempo debieron escitar vuestra curiosidad. Id, y decios en el camino, que con esta singular comision os hago trabajar para la restauracion de nuestro escelente y valeroso rey.

—Corro...

—Una palabra; de los tres vestidos, uno deberá ser, si no más brillante, más elegante al ménos, más rico que los otros dos; será para nuestro camarada, ese gentil señor que habeis visto tan coqueton, á pesar de sus vestidos casi súcios y llenos de desgarrones. Tomad nuestras tres medidas de una ojeada, y marchad.

Al cabo de una hora volvió nuestro buen hombre acompañado de un trabajor con una carga de vestidos, de los que el más moderno tenia un corte horrible.

—Lo siento en el alma, dijo el ciudadano á Pampelonne, que se puso á examinarlos con

una flema cómica; pero me ha sido imposible hallar cosa mejor.

—Es cuanto deseaba, mi querido patron; dignáos hacer que lleven todo ese equipo á nuestro cuarto, y que digan á nuestros dos camaradas que aquí los espero.

Cuando Clermont y La Gazette fueron á ver al caballero, les dijo este:

—Vamos á ver, amigos mios; si bien recordais, tenemos que hacer una visita de cumplido al señor Olivero, sobrino de su escelencia D. Mendez, y hoy por la mañana á las diez es cuando debemos presentarnos á ese bravo hidalgo.

—Sí, respondió Clermont; deseo, como vos ir á casa de Olivero; pero habria deseado hablar con David ántes de dar ese paso.

—Ciertamente, añadió La Gazette, el señor Bailio habla como un sabio; Olivero ha perseguido en un tiempo á la señorita de Tarare, se entendió con el infame Louchard para hacerla robar, y aun no he olvidado la mirada llena de espanto que nos dirigió la infortunada jóven, cuando moribunda en casa de la señora de Thomassin, y privada de la palabra, como lo está en este momento el Rifodé, pronunciamos el nombre de sus dos raptores, así...

—Perdonad, perdonad, interrumpió Pampelonne, pongamos un poco de órden en nuestros discursos: ¿decís que la señorita de Tarare estaba en casa de la señora de Thomassin, y que se hallaba moribunda?... ¿en qué época?...

—La víspera ó antevíspera de mi arresto. ¿No habeis oido la historia que he referido al Bailío?

—No... estaba pensando en otra cosa.

—¿Y qué deducís de eso? preguntó con viveza Clermont.

Pampelonne miró á su amigo con dulce compasion; despues, volviendo á su habitual alegría.

—De ahí no deduzco nada, absolutamente nada, mi querido Bailío, y no sé en verdad por qué he hecho esta absurda pregunta; volvamos á nuestro asunto.

El caballero creia, por el contrario, haber deducido mucho, porque habiendo prestado mediana atencion al primer relato que La Gazette habia hecho al Bailío de la historia de la señorita de Tarare, recordó la fúneb e ceremonia cuyos preparativos habia visto, cuando se presentó en casa de la señora de Thomassin preguntando por el capitan.

No le quedaba duda alguna de que la seño-

rita de Tarare habia muerto, y que aquel dia se preparaban á llevar al cementerio sus despojos mortales.

Por un momento se le ocurrió la idea de revelárselo todo al Bailío; pero desistió de esta idea por dos motivos. Primero, porque no se sintió con valor para quitar á un amante apasionado su última y frágil ilusion; y segundo, porque pensó que para llevar adelante los asuntos del rey, se necesitaba que el Bailío conservase toda su esperanza, energía y buen humor.

—No podemos perder dos dias enteros, por semejante bagarela, confirmó el caballero. El Rifodé os hará revelaciones ó no las hará; eso no impide que presentemos nuestros respetos al español. Por el contrario, debemos estar bien en su opinion, en su afecto si es posible, si hemos de llegar á estar bien con él. De este modo estareis seguros, compañeros, de no perder de vista á vuestro hombre, y de echarle mano cuando bien os parezca.

—¡Dice bien! esclamó La Gazette... por otra parte, no sé por qué no hemos de discutir con Pampelonne, que es la estratagema personificada. Sin embargo, debo declarar que antes de visitar á la embajada española, quisiera...

—Ir á casa del señor Thomassin, interrumpió Pampelonne, es cosa convenida, mi bello enamorado, tengo buena memoria.

—Pero si vamos á casa de ese miserable, observó el Bailío, á ponerle buena cara, me veré obligado á sonreirle, á ponerle buena cara, cuando lo que quiero es matarle; de ese modo me obligais á faltar á mi dignidad.

—¡Pardiez! ¡bonita virtud es la dignidad en política! os compadezco porque seais t n jóven á vuestra edad.

—Vamos, señor Bailío, dijo La Gazette, no contrarieis, por Dios, al caballero y suscribid á sus caprichos; ya veis que discutiendo perdemos un tiempo precioso... por todos los doblones que no tengo, quisiera estar ya en la calle del abogado Thomassin, en el barrio de Santiago.

—Sea, decidid, me resigno.

—¡Bueno! pues entonces, vistámonos.

—¡Vistámonos! dijo el normando con estrañeza; ¿quereis decirme con qué?

—Ahí teneis lo necesario respondió Pampelonne, dando al capitan un envoltorio de ropa.

La Gazette estendió en el suelo todos aquellos vestidos, que exhalaban un olor á humedad insoportable. Clermont echó á reir á car

cajadas al ver la estraña mueca del normando, que generalmente colocaba entre las felicidades humanas la alegría de adornarse con fastuosos vestidos. Ahora bien, nada más lastimoso que aquel trage de circunstancias, compuesto de una hopalanda forrada de pelos de zorra, de un pantalon ancho cortado en otro tiempo por un kalmuk, de un gorro de pieles, y de botas largas de campana.

—Despachémonos, continuó Pampelonne, y apuesto á que nunca, ningun Sármata ha tenido mejor talle que vos, mi querido baron.

—Entonces me dais un papel de mudo.

—Precisamente.

—¡Bien! no me disgusta, porque lléveme el diablo si veo claro en este galimatías... pero creo que hablé cuando el señor Clermont dió esa estocada famosa... Sí, sí, dije dos ó tres palabras, de las que se acordará el español.

—No, nuestro hombre estaba demasiado preocupado para cuidarse de lo que decíais... además, creerá todo lo que queramos, esto es evidente... Vos, Bailío, sois el conde Kataklopski, caballero polaco, de familia de príncipe...¿No habeis estado en Polonia?

—Sí, allí fuí page del rey difunto, y conservo algunas palabras del idioma salvage de los bárbaros...

—Perfectamente... habeis venido á Francia para ocupar vuestros ócios peleando en favor de la Liga; os inclinais por España. Como hombre del gran mundo, hablais puramente el francés y el latin, y os será muy grato combatir á las órdenes del señor Olivero.

—Convenido.

—Yo soy uno de vuestros gentiles hombres, vuestro escudero, por ejemplo, y vuestro confidente; hablo el francés así así, y el latin bastante mal, pero soy un valiente que posee como vos el arte de esa famosa estocada; soy por naturaleza feroz, ávido de dinero, discreto, bueno para todo, y precioso en las empresas que exigen audacia, silencio y una conciencia muy elástica... Me llaman... ¿Cómo me llamareis?

—Ivarof.

—Muy bien.

—¿Y á mí, preguntó La Gazette, con qué nombre me bautizais?

—Poco importa, respondió Pampelonne.

—¡Cómo poco importa!

—No respondereis á ningun nombre.

—¡Ah! ¿Y por qué razon?

—Puesto que sois mudo...

—¡Calle! ¡Es verdad! Sobre todo muy cómodo. Ahora, caballero, ¿qué vamos á hacer en esta comedia?

—No lo sé.

—¡Bien! dijo Clermont, eso es muy satisfactorio, y sobre todo categórico.

—Cuando digo que no lo sé, es porque me reservo; los acontecimientos vendrán por sí mismos. Fio en vuestra sagacidad, mi querido Bailío, para salir bien de este lance, y sacar de él el mejor partido posible. No olvideis que el señor Olivero nos debe la vida, que viendo en nosotros estranjeros dispuestos á servirle, podrá, como todo hace suponer, emplearnos cerca de su persona; y como nuestro escelente rey hace en este momento un gran papel en la embajada española, como la espirante Liga, no tiene otro médico que el ministro de Felipe II, segun la pintoresca espresion de la señora de Brissac, como el conde de Brissac parece que quiere entregar á Paris al rey, y que necesitará engañar á España, debeis comprender cuán útiles podemos ser, sin que él lo sepa, en toda esta barahunda. Os confiaré de paso que hablo español tan bien como el señor Olivero, y que no se dirá una palabra en ese idioma, de que yo no sepa aprovecharme.

—Pues bien, partamos, dijo el Bailío, tal vez sea para nuestro bien.

—Así lo creo, esclamó La Gazette, y pongo al cielo por testigo de que con mucho tiempo é inteligencia se puede ser normando, porque nadie será gascon si la Gascuña no lo ha visto nacer.

—No ofendais mi modestia, señor baron, replicó Pampelonne; teneis toda la lógica del mariscal de la Palice.

Los tres partidarios se ciñeron sus espadas, y despues de haberse despedido de su patron, muy sorprendido de su estraño disfraz, bajaron á la calle y tomaron la direccion del barrio de Santiago, seguidos á alguna distancia de los curiosos que se divertian con esta novedad.

La Gazette y el Bailío reconocieron fácilmente la casa de maese Publicola Thomassin, y aunque estaban perfectamente seguros bajo su singular disfraz, usaron de mucha prudencia para informarse.

Pero ¡ay! estos informes no hicieron más que agravar su pena y sumirlos en una mortal incertidumbre. Pampelonne no los habia engañado. La casa, vendida y vuelta á vender hacia cuatro años, pertenecia á ligueros entusiastas. La mayor parte de los ligueros se

se habian mudado tambien, ó habian muerto durante el sitio. Publicola habia desaparecido, y acerca de él corrian rumores contradictorios; creíase que su mujer habia muerto, desterrada ó envenenada. Las chismosas del barrio no estaban de acuerdo respecto á este asunto. En cuanto á la señorita, nada se sabia absolutamente; verdad es que recordaban haber presenciado una ceremonia fúnebre en la casa de Thomassin, y oido algunos misteriosos comentarios relativos á esta ceremonia, pero todo esto era ya muy viejo, y habia caido en el olvido.

Nuestros partidarios dejaron, pues, aquella casa para ir á la embajada española, donde Pampelonne les persuadió de que hallarian la corona del reino de Francia para Enrique IV, y las huellas de las dos damas por quienes tanto se interesaban.

XII.

El señor Olivero.

Debemos preceder á nuestros caballeros realistas en el palacio de la embajada para preparar mejor al lector á la recepcion que allí les esperaba, y retrogradaremos algunos pasos en nuestro relato, á fin de dar sobre el señor Olivero, detalles necesarios para la inteligencia de los acontecimientos que van á seguir.

D. Jaime Olivero, marqués de Tortosa, era, como ya hemos dicho, sobrino del embajador Mendez, conde de C uny, y pertenecia, por la rama paterna, á una de las poderosas familias que la política de Felipe II habia sacado brus-

camente de la oscuridad. Este jóven (podia tener veintiocho años) era bravo, rico, pródigo y muy hábil en la tortuosa diplomacia que gobernaba, en provecho del emperador, los asuntos de la Liga.

Si D. Jaime Olivero hubiese sido menos impetuoso en sus pasiones, habria eclipsado, no solo en el Consejo español, sino tambien en el gabinete del duque de Mayenna, á todos los que pretendian disputar al Bearnés la conquista de su reino; pero el sobrino de D. Mendez estaba ocupado en sus placeres é intrigas de callejuela, mucho mas que en la guerra civil, y no consagraba á los graves intereses de su señor sino lo que él llamaba sus ocios.

Sin embargo, como su opinion era siempre muy sagaz, y como gozaba en la córte de un favor ilimitado, el embajador duque de Feria le guardaba consideraciones, hablaba de él con elogio en sus despachos, contentándose con exhortarle á solas cuando el curso de sus aventuras escabrosas embarazaba la marcha de la política de Madrid.

Cansado Olivero de conquistas fáciles habia perdido insensiblemente el prestigio más seguro de todo buen caballero, la modestia.

Habiase vuelto fátuo hasta la impertinencia, cuando las mujeres, por pervertidas que

sean, prefieren á la gente que no duda de nada, aquellos que parecen dudar de ellos mismos. La inconstancia constituia el fondo del carácter de D. Jaime; deseaba con ardor, y se cansaba con fastidio.

Cualquier mujer, con tal que fuera de buena clase, escitaba su codicia, y era víctima suya si sucumbia, porque la olvidaba en seguida para correr á otras aventuras. Pero si hallaba resistencia, se obstinaba con tenacidad implacable, y desechaba las a mas corteses de la galantería para servirse, sin cuidarse de su propio honor, de los más viles instrumentos de la corrupcion brutal.

El señor Olivero no conocia á la señorita de Tarare, cuando D. Mendez, que estaba interesado en agradar al duque de Parma, imaginó hacer seducir y robar á esta señorita, de la que el duque estaba apasionadamente enamorado.

El duque de Parma habia conocido á Elena en el castillo de Tarare, y la admirable belleza de la jóven habia dejado en él recuerdos indelebles, hasta el punto de que en su correspondencia con Mendez hablaba tanto de Elena, que habia quedado huérfana, como de España y de la Liga.

El duque, gobernador de los Paises Bajos, entró en Francia contra su voluntad al frente de su poderoso ejército para medir sus fuerzas con el rey de Navarra; temia dejar tras él agitaciones comprometidas para su gobierno; pero la hábil correspondencia de Mendez le

Así, en este gran conflicto político, desempeñaba una jóven, sin saberlo, un papel decisivo, gobernaba el ánimo de un capitan ilustre, y en su nombre se movian millares de hombres llamados á cortar con la espada el nudo de la diplomacia.

Mendez habia pedido consejo á su sobrino, y D. Jaime Olivero se encargó de seducir á Elena por cuenta del duque de Parma.

Pero el jóven español, no debia tardar en arrepentirse de este partido temerario; en efecto, apenas conoció á la señorita de Tarare se apasionó de su belleza y resolvió agradarle, no por el duque, sino por él mismo.

Empleó en esta empresa toda su audacia, todo su talento, todos sus medios; se volvió una de las visitas mas asiduas de los salones de la duquesa de Nemours, y de la casa del presidente Brisson; gastó sumas locas en galanterías sin fin, y vió, con rabia y dolor que

Elena, indiferente al principio á sus homenages, le tomó aversion despues.

Desesperado D. Jaime, avergonzado en su vanidad lastimada, concibió desde luego el proyecto de robar á Elena de viva fuerza ó por sorpresa; combinó el plan de este rapto con su tio, buscó un bandido afamado, le confió la ejecucion del crímen, y salió fuera de Paris á esperar á su víctima.

Ya hemos visto cómo La Gazette y Clermont desbarataron esta odiosa trama; fáltanos ahora que decir lo que sucedió á Olivero despues de este acontecimiento.

D. Jaime supo por su tio, de regreso á Paris, la muerte de la señorita de Tarare; y como habia más vicio que amor en el corazon de este libertino, se consoló de esta pérdida con la idea de que nadie poseeria el tesoro que acababa de escapársele, y continuó como ántes las intrigas políticas, la guerra y todos los escándalos de una vida licenciosa.

En cuanto á Mendez, continuó esplotando la pasion del duque de Parma á Elena, sirviéndose de esta ficcion (decimos ficcion porque Mendez creia en la muerte de la señorita de Tarare) para obtener del generalísimo del ejército de los Paises Bajos la aprobacion y ejecucion de los planes que tanto honor ha-

cian á su penetracion, y satisfacian á Felipe II.

Pero el duque de Parma se habia introducido de incógnito en Paris en la época en que al frente de sus tropas trabajaba en hacer levantar el sitio de Rouen, y se enteró con no p ca ira de su parte, de la falaz estratagema de Mendez; supo por boca de la señora de Nemours que la señorita de Tarare habia muerto, y persiguió con su resentimiento al embajador español, hasta el punto que Mendez fué llamado á Madrid para caer en desgracia.

Poco tiempo despues, herido el duque de Parma de un tiro de arcabuz ante Candebec, dejó la Francia, volvió á Bruselas y murió en Arras, en el momento en que por tercera vez se preparaba á invadir el reino que codiciaba la insaciable ambicion de Felipe II (1).

D. Jaime se habia quedado en Paris, y la partida de su tio le habia dejado en posesion

---

(1) La imprescindible necesidad de no alterar el testo francés, nos obliga á reproducir tal como está en el original la opinion de M. de Gondrecourt, acerca de uno de nuestros más sabios monarcas que ilustraron el siglo XVI. Demás está decir que opinamos de distinta manera en esta y otras apreciaciones de M. de Gondrecourt. *(N. del T.)*

de los secretos más importantes de la diplomacia española. El duque de Feria, sucesor de Mendez, confiaba ciegamente en la sagacidad de este jóven, habituado tanto tiempo hacia á los asuntos de la Liga, y, como ya hemos dicho, hacia la vista larga sobre su conducta, en favor de su elevada inteligencia, y de sus poderosos apoyos.

Por muy hábil que fuese en política don Jaime Olivero, y por muy desmoralizado que pudiese ser en materias de galantería, debia sin embargo, hallar un maestro en la condesa de Brissac, esa mujer encantadora de gracia, de talento y de coquetería, de la que hemos hablado mas de una vez en el curso de esta historia.

La señora de Brissac veia con alegría que la liga amenazaba ruina, y habia sermoneado tanto y tan bien á su marido, á propósito de sus nécias convicciones republicanas, que habia desarraigado de su cerebro todas las utopías de que tan imprudentemente se habia hecho campeon.

El señor de Brissac, curado de sus errores, no podia ménos de ser realista, por la sola razon de que pasar del partido republicano al partido loreno ó al partido español, hubiese sido caer de un género de locura en otro.

Ahora bien, la cura hecha por la condesa era una cura radical; gracias á su mujer, el gobernador del Arsenal habia recobrado todo su buen juicio y queria hacer de él un uso provechoso abriendo las puertas de Paris al rey.

Entónces fué cuando la señora de Brissac se dedicó valerosamente á atraer al señor Olivero, cuya gran influencia é inclinaciones poco honrosas conocia. Llevar al jóven marqués de Tortosa á un salon, estudiarle á fondo, despreciarle y agradarle, todo esto fué fácil á la amable coqueta, que tenia el arte de disimular tan bien el secreto de su pensamiento, como la fecha poco grata de su nacimiento.

La señora de Brissac no era ya jóven; pero era todavía una mujer agradable; tanta era la viveza de su espíritu, la energía de su corazon, y la habilidad en su tocado; tan inquebrantable y fija era en ella la idea de no envejecer nunca.

Apresurémonos á decir que la condesa, bastante linda para brillar sin el auxilio de ningun artificio, en la época de que hablamos, eclipsaba fácilmente á sus rivales en un círculo de beldades jóvenes que no tenia su sábia y peligrosa esperiencia.

Así es que el señor Olivero se vió seducido é inflamado en seguida. Ya sabemos hasta qué

punto supo llevar las cosas la señora de Brissac, porque en su confidencia con los prisioneros de la Bastilla, tuvo la franqueza de esplicarse sin rodeos.

El gobernador del Arsenal ignoraba el género de política adoptado por su mujer; celoso como era, no hubiese podido consentir en obrar de este modo, y la condesa se prometia obtener la credencial del gobierno de Paris, dejando creer al mismo tiempo á su marido que este favor solo se concedia á su mérito y á su propio talento.

Olivero no habia obtenido nada contra lo que esperaba; pero estrechado de cerca, comprometido, alentado por su déspota encantadora, se habia olvidado hasta el punto que la señora de Brissac le habia arrancado la credencial que Mayenna le firmara por deferencia á un aliado poderoso.

Se adivina cuál debia ser el premio de este pergamino tan deseado; pero á decir verdad, no sabemos por medio de qué estratagema se hubiese librado ó vuelto atras la condesa si la casualidad no la hubiera socorrido.

Aquí abandonamos la narracion para volver á poner en escena á nuestros actores, reanudando el hilo de los graves acontecimientos que van á seguir y volviendo á D. Jaime Olivero.

No hacia una hora que el Olivero habia escapado al ataque del Rifodé cuando escalaba sin ruido los muros del jardin de la embajada, y llegaba por secretos caminos, para evitar el encuentro de los vigilantes de noche que guardaban constantemente las galerías del palacio, ante una puerta principal en la que dió dos golpes d siguales.

—¿Quién va? preguntó una voz que salia de lo interior del departamento.

—Abre, tengo los piés como la nieve.

—¡Vos! ¡por esta puerta! dijo con estrañeza un hombre de barba gris, que acababa de abrir la puerta y la volvió á cerrar con cuidado apénas entró Olivero.

—Sí, yo, y por este camino, respondió don Jaime quitándose su capa y corriendo á presentar alternativamente sus dos botas al chispeante fuego de la chimenea.

—¡Ah! Tadeo, mi bravo y cuerdo Tadeo, la diosa Venus me ha hecho ver las estrellas esta noche...

—¡Jesus! vuestra capa está agojereada, vuestra chupa desgarrada por el brazo, y creo que teneis sangre en el cuello, interrumpió Tadeo, dirigiendo al jóven una mirada inquieta y llena de celo.

—Deja mi capa, mi chupa y mis arañazos,

siéntate, ó mas bien, dame un buen vaso de Jerez, ó de Toro; parece que hasta las venas las traigo heladas.

Tadeo se apresuró á obedecer, despues se sentó en un taburete, cruzó los brazos sobre el pecho, y prestó atento oido.

Este Tadeo era un sargento de la intrépida y gloriosa infantería española, arma de reputacion legítima desde Cárlos V, su héroe, hasta el gran Condé su vencedor. Habia estado mucho tiempo en la guerra á las órdenes del marqués de Tortosa, padre de Olivero, y tenia para el jóven diplomático una adhesion y debilidad ciegas, aunque se prometia con frecuencia sermonearle á su modo por sus contínuas calaveradas.

—¡Gracias! dijo Olivero dejando el vaso vacío encima del mármol de la chimenea... Ahora, si estás de buen humor, te contaré mis aventuras, pero si piensas continuar con ese ceño, me callaré...

—¿Cómo quereis que me ria, interrumpió Tadeo, cuando os veo llegar en ese estado?

—¡Bueno! ¡no vengo con mis dos piernas sanas? ¡me han roto la cabeza ó agujereado el pecho! Vamos, ¿acabarás de reirte?

—Ya veo que será preciso.

—Gracias á Dios. Sabe ante todo, mi que-

rido Ulises, que si he venido á llamar á la puerta grande, ha sido porque en una pendencia de que te hablaré he perdido la llave de mi entrada secreta, lo cual me ha obligado á escalar lo mejor que he podido el muro del jardin, aun á riesgo de hacer que me tire un arcabuzazo alguno de nuestros muchos centinelas...

—¡Bonito oficio para un grande de primera clase! murmuró Tadeo acariciándose la barba.

—Desempeñaré mi oficio de grande de España cuando no pueda hacer otra cosa; hay tiempo para todo, valiente Tadeo, y jamás me ha dado el capricho de anticiparme á lo porvenir; ese seria un robo manifiesto cometido en perjuicio mio. ¿Por qué he perdido esa llave? Voy á decírtelo, escucha bien: yo amába á la condesa de Brissac...

—¡Vos amábais! interrumpió Tadeo con sorpresa; ¿es decir, que la condesa está ya conquistada y olvidada como tantas otras?

—¡Tú haces á quema-ropa preguntas delicadas, amigo mio; en amor como en guerra hay ciertas victorias indecisas y dudosas muy difíciles de redactar en los boletines; escucha y no me interrumpas. Yo amaba á la bella condesa con una especie de embriaguez, y en

verdad que jamás otra palabra pintó mejor el sentimiento á que yo obedecia.

Esa mujer me habia hechizado con su gracia, su talento, su elegancia y su reputacion entre la noble juventud de Francia. Desde el dia en que la ví me encantó, y juré robarla á sus numerosos adoradores.

Me atreveré á decir que esa conquista me hubiese sido fácil, á pesar de la resistencia, si un acontecimiento estraño, milagroso, increible, no hubiese venido á hacerme desistir de esa empresa, y probarme que mi pasion por la señora de Brissac se aposentaba más bien en mi cerebro que en mi corazon.

La condesa tiene un marido celoso, á quien trata bantante caballerosamente; el conde goza de reputacion como militar, pasa por un pedante muy instruido, y ha dado, hace mucho tiempo, en las estravagancias del partido republicano.

Pero como la señora de Brissac tiene más talento que su marido, y se cuida muy poco de las bucólicas romanas de nuestros modernos Brutos, ha tenido la sagacidad de ganar para España al gobernador del Arsenal, solicitando mi crédito para obtener de Mayena que Brissac fuese nombrado generalísimo en Paris. Me he hecho rogar mucho para un pro-

yecto que tan perfectamente sirve á la política española, y he concluido por ceder dando á entender á la condesa, que una vez firmado el nombramiento, tendria que hacer de él cierto diezmo... ¿Me comprendes?

—Perfectamente.

—Yo aventuré con habilidad esta pretension, y la condesa, con mucha habilidad tambien, me dejó comprender que le agradaba el convenio. Ocho dias hace apenas de este compromiso tácito y recíproco; yo estaba orgulloso con mi triunfo, cuando no sé qué capricho me indujo, contra mi costumbre, á entrar en la capilla de San Antonio, que se halla en las inmediaciones de la calle de Guisa.

—Sé donde es, dijo Tadeo, impaciente por llegar al desenlace.

—Ya habian concluido en esta capilla las oraciones de la tarde, y me disponia á seguir al último de los fieles dejando este santo lugar, cuando ví entrar á un hombre vestido con un traje estraño, acompañando á dos mujeres, de las que una, por su aspecto elegante, escitó mi curiosidad. Cuando la mujer pasó por debajo de la lámpara que alumbraba la capilla, la ví perfectamente, y todo mi cuerpo se puso á temblar como si hubiese visto una aparicion del otro mundo.

—¿Quién era?

—La sombra de la señorita Elena de Tarare...

—¡Es posible! esclamó Tadeo; ¿la gran pasion del ilustre duque de Parma?

—Precisamente... pero el duque de Parma no podia amar á esa jóven como yo la amaba; tampoco la ha llorado como yo, y además, añadió Olivero con un estremecimiento de placer, el duque ha muerto, y yo vivo; nadie me disputará ya ese tesoro. Espié á esa mujer, la seguí, y la ví entrar en una posada que llaman de *La Providencia*.

Hace ocho dias, Tadeo, ves venir aquí diariamente á un hombre con quien me encierro en mi gabinete. Ese hombre es el posadero de *La Providencia*, á quien he comprado á peso de oro; ha disipado mis últimas dudas; la señorita de Tarare no ha muerto; el cielo ó el infierno me la entregan, y yo la poseeré, aunque tuviera que hacerme mahometano para dar gusto al diablo y triunfar de todos los obstáculos.

—¡Jesús, Dios mio! no hableis así, monseñor; temo que el techo se nos venga encima.

Olivero refirió todo lo que habia hecho de comun acuerdo con el posadero, y despues continuó:

—Sabiendo que el villano, comisionado por no sé qué poder infernal para guardar á la señorita de Tarare, estaria fuera de la casa esta noche, resolví hacer robar á Elena, y me entendí con algunos hombres de confianza para que este golpe de mano se di se hábilmente á la una de la madrugada.

El posadero me secundaba, y debia, en caso de necesidad, disculparse con la justicia, diciendo que sus huéspedes no le pagaban, y que los habia echado de su casa.

Mi plan estaba bien combinado, y yo habia citado á mis tres hombres en el barrio de la calle de Guisa.

Olvidaba decirte que para desembarazarme de las impertinentes coqueterías de la condesa de Brissac, que se me habia vuelto insoportable desde el encuentro de Elena, le llevé aquella misma noche el nombramiento de su marido, y pretestando un asunto importante me esquivé pensando que la alegría de haber obtenido el gobierno de Paris haria olvidar la pena causada por mi retirada.

En fin, apresurábame á ir á mi cita, cuando un bribon se arrojó sobre mí con la espada en la mano pidiéndome la bolsa.

Estaba tan oscuro, que no vi con quien me las habia, y desdeñando al bandido le ataqué

el primero; me desarmó y ya iba á estrangularme, cuando tres hidalgos vinieron en mi ayuda y me libraron, mientras uno de ellos tendia en el suelo al ladron de la mejor estocada que puede recordar cristiano.

—De buena gana abrazaria á esos hidalgos, dijo Tadeo; ¿les preguntásteis sus nombres? ¿Los conoceríais?

—Te repito que estaba tan oscuro como boca de lobo; esos señores no me dijeron sus nombres; pero como tengo interés en probarles mi gratitud, les dije mi calidad, rogándoles que viniesen á mis horas de audiencia, lo que espero que harán. Por supuesto que esa necia aventura me hizo perder un tiempo precioso; así es que cuando llegué á mi cita, mis acólitos habian desaparecido, creyendo probablemente que yo habria aplazado el golpe. He vuelto, pues, á casa, y aquí me tienes... Ahora que te he dado cuenta de mi conducta, por deferencia á tu afecto, déjame que descanse un poco y piensa en todo lo que te he contado. No tardará en amanecer, y el sol, pronto á salir, no se pondrá sin que la señorita de Tarare esté en mi poder.

—¿Tan furioso es ese amor?

—Es rabia... No te pongas á sermonearme, porque perderias en ello tu elocuencia. El mo-

mento es decisivo; preciso es que me prestes un apoyo absoluto y desinteresado; supongo que no me serás fiel tan solo para dirigirme homilías.

—Os serviré, monseñor, del modo que os agrade; la salvacion de vuestra alma es cosa de vuestra única competencia; mandad, obedeceré; no necesito reflexionar veinticuatro horas para llevar á cabo una hazaña ó una tontería.

—Muy bien... Partirás, pues, muy temprano, hoy por la mañana mismo, á mi posesion de Saint Mandé; allí lo prepararás todo para la recepcion de las dos damas de que se trata, despedirás los criados inútiles, quedándote solo con la vieja dueña Paquita; harás levantar el rastrillo, y yo te enviaré mis instrucciones escritas, con el correo encargado de conducirte á la señorita de Tarare y su compañera.

—¿Será preciso esperar de nuevo órdenes para ponerme en camino?

—No... adios... A propósito, ¿ha preguntado por mí el duque de Feria?

—Ayer mismo vino á veros; al saber que habiais salido sin decir adonde, se retiró, dando, segun su costumbre, un largo suspiro de pedagogo.

—¡Bueno! Le haré tres relaciones y comentarios acerca de la consagracion del Bearnés en la ciudad de Chartres, y me abrazará. Ea, vete á acostar, mi bravo, y permiteme que haga otro tanto.

El señor Olivero levantó una colgadura de terciopelo, pasó muchas habitaciones suntuosas, ántes de llegar á su alcoba, alumbrada por una lámpara de cúpula, de alabastro; despues, acercándose á un paje que dormia vestido en una otomana, le empezó á sacudir diciendo:

– De pié, Tito, dame mi ropa de noche.

El niño se despertó sobresaltado, y se puso á acostar á su amo, que durmió con un sueño profundo hasta cerca de las diez, enamorado y todo como decia que estaba.

Estaba vistiéndose D. Jaime, cuando Tito, á quien llamó con un campanillazo, fué á anunciar que *el hombre* queria presentarse.

—Tráele; espero que será la última visita de ese panzudo charlatan.

Entró el hombre, que no era otro que el posadero de *La Providencia*.

—¿Y bien? preguntó D. Jaime.

—Y bien, monseñor, os hemos esperado...

—He cambiado de idea; he pensado que la familia del astuto, pero ilustre personaje que

para en nuestra posada, merecia consideraciones. Si yo la hacia robar, segun mis primeras intenciones, habria exasperado al hombre á quien la política me impide respetar, pero á quien su rango protege á mis ojos. Habria tomado por un atentado mi modo de obrar, que es de simple prudencia, y el escándalo que hubiera dado hubiese podido perjudicar á mis cuerdos cálculos. No cometeré, pues, un rapto con los supuestos Furster, pero haré que hoy mismo se apodere de ellos la justicia, y haré que los lleven á una prision, ó á otra parte, donde los cuidarán bien. ¿Qué ha sido de vuestro diplomático?

—Salió ayer por la mañana y volvió por la tarde; salió otra vez á las oraciones, y cuando yo dejé mi casa no habia vuelto todavía.

—Luego ¿ha pasado la noche fuera?

—Sí.... ¡no es estraño! Un hombre de esa condicion, y que goza de elevada confianza, ¿puede dejar de tener dinero hasta el punto de que le sea imposible pagar una cuenta mediana?...

—Mediana.... ¿eh?.... dijo Olivero; los dias son bastante caros cuando se pasan en vuestra casa.

—No mucho, monseñor, no mucho; vos juzgareis.

—En fin, el acto confirma lo que digo; ese hidalgo se ha quedado sin un óbolo por ejercer un acto de secreta munificencia, y necesitamos obrar contra él cuanto ántes, porque podria hallar dinero y pagar, lo cual arruinaria mis planes. Volved á vuestra casa, anunciad á vuestras damas que os veis obligado á ponerlas en manos de los esbirros, puesto que su padre y hermano se niegan á pagaros... Id, señor de *La Providencia*, dentro de una hora, poco más ó ménos, parará delante de vuestra puerta una litera escoltada de soldados, que conducirán á esas señoras al Chatelet. Si por casualidad el supuesto Furster hubiera entrado cuando se presenten los esbirros, se lo anunciareis, y se irán para volver á tiempo más oportuno.

—Muy bien, Excelencia... Entónces puedo dejaros...

—¿Vuestra cuenta? dijo Olivero riendo y tomando de manos del posadero un rollo de papel atado con una cinta verde... Me dejareis, pero pagado, mi buen hombre, porque voy á pagaros al momento. ¡Oh! ¡oh! ¡qué de garabatos! ¡Cómo! ¡son algunos ogros esas damas!

—Monseñor, tienen bastante buen apetito.

—Y beben bastante bien, á fé mia.

—Como toneles, Excelencia; pero á decir verdad, saben el vino que eligen.

—Lo creo... no les habeis vendido más que Tenerife. ¿Teneis muchas cubas, compadre?

—Tenia un cuarto de barrica, y ya no tengo más que media docena de frascos.

—Os doy la enhorabuena. Así, en menos de ocho dias, esas dos buenas señoras y ese hombre, han hecho de gasto en vuestra casa cien doblones de sólido y doscientos doblones de líquido?

—Precio de embajador, Excelencia.

—Y de tabernero, ¿no es verdad? Pues bien; amigo mio, la Providencia es propicia á vuestra muestra... Aquí teneis treinta escudos de tres libras para saldar la cuenta, y trescientos doblones para pagar vuestros servicios...

—Os estoy muy obligado... Vuestra Gracia hace las cosas con tanto lujo como talento.

—Monseñor, dijo el paje Tito entrando en la habitacion, el ugier os hace saber que entre las gentes que piden audiencia hay tres

hombres á los que quiere negar la entrada á causa de sus trages estravagantes y sospechosos.

—¡Ah! ¡ah! ¿qué dicen esos hombres para querer verme?

—Uno de ellos, que es el único que ha hablado, ha dicho con bastante altanería que tenia que hablar con vos acerca de cierta estocada. Nadie ha entendido una palabra de cuanto ha dicho.

—Lleva en seguida á esos caballeros al salon encarnado, á donde no tardaré en ir... Hasta luego, señor tabernero, pensad en lo que os he dicho.

—No soy tan loco que lo olvide monseñor.

D. Jaime Olivero se apresuró á acabar de vestirse, y se dirigió en su opulento traje de mañana, precedido de un paje favorito, al salon donde Clermont, Pampelonne y La Gazette, acababan de entrar, y donde La Gazette se entretenia en darse un aire bárbaro, capaz de desconcertar y desesperar á un mono.

XIII.

Donde se verá que el papel de mudo confiado á La Gazette debia ser un papel principal.

Mientras los tres partidarios realistas iban de casa de su patron á la embajada, Pampelonne habia discurrido largamente para desenvolver su estratagema, y las felices probabilidades de éxito que de ella podian surgir.

Clermont era demasiado penetrante para no haber sondeado en seguida la original invencion del caballero, y no disimuló que esta grotesca comedia le agradaba, en primer lugar, porque no estaba exenta de peligros, y además porque ardia en deseos de ver á un caballero del que queria vengarse.

Para seducir Pampelonne á La Gazette no habia cesado de hablarle acerca de la futura baronía del normando, demostrándole con perfecta lucidez que el rey tendria en cuenta á su fiel capitan las torturas que habia sufrido, resignándose, él, incansable hablador, á permanecer tieso como un uso, y mudo como un pez.

La Gazette no habia comprendido muy bien esta demostracion, pero fingió comprenderla, para no dejar suponer que carecia de inteligencia. Ya era bastante para un normando confesar la superioridad de su imaginacion sobre la de un gascon.

Cuando Clermont se presentó á los vegieres de la embajada, les mostró una frente soberbia; se le hubiese tomado, al verle respetuosamente seguido por el caballero de Pampelonne, á quien seguia más respetuosamente La Gazette, por el jefe de una diputacion de algun principado salvaje, escitando, no el respeto, sino muchas ganas de reir.

Detenidos por los oficiales de ceremonia, é introducidos despues por el paje Tito, nuestros tres máscaras se arreglaron como en su tablero de ajedrez en el salon encarnado, el Bailío al frente, despues Pampelonne en cuer-

po de batalla, y por último, La Gazette á retaguardia.

Todos tres ostentaban la más cómica seriedad, como si se hubiesen preparado á aquella calaverada por medio de largos y concienzudos ejercicios. Unicamente evitaban mirarse, esceso de prudencia recomendado por Pampelonne, que desconfiaba con razon de la pantomima del normando.

D. Jaime Olivero entró por una puerta que se abrió de par en par, y frunció las cejas al ver á estos tres hombres vestidos como perros sabios.

—Excelencia, dijo Clermont con su voz aflautada, pero firme, y en el idioma francés que hablaba como jefe; me habeis convidado á que os haga una visita, y aquí me teneis.. Celebraré que vuestra salud no haya sufrido alteracion con la enfadosa aventura de la pasada noche...

—¡Enfadosa aventura! Señores, no calumnieis á la fortuna, que me ha deparado la ocasion de conoceros y agradeceros tan buen servicio... Sentaos, si gustais... Vamos, señores, añadió D. Jaime haciendo señas á Pampelonne y La Gazette, que permanecian clavados en el sitio, tomad asiento, si no lo llevais á mal.

El paje Tito habia colocado sillones delante de los estranjeros, pero solo Clermont se sentó sin cumplidos, y sus compañeros permanecian inmóviles como estátuas.

—Excelencia, dijo Clermont, es uso y costumbre en Polonia que los vasallos no se sienten delante de sus amos; así mismo les está prohibido hablar en su presencia, á no ser que les pregunten... Tengo el honor de presentaros al caballero Ivarof, mi escudero, un bravo campeon; y tengo el honor de presentaros á un soldado de mis compañías francas, cuyo nombre importa poco. No me hubiera permitido traer á este soldado viejo, si ayer no hubiese tenido la insigne dicha de ayudarme á haberos agradado.

—Habeis hecho muy bien, caballero,... ¿Pero puedo saber hoy el nombre de vuestra gracia?... No quisiera ser indiscreto, aunque...

—Soy el conde Kataklopski...

—¿Polaco? preguntó Olivero.

—Polaco, llegado ayer á Paris, despues de haber esperimentado en un largo viaje disgustos de consideracion.

—¿De veras? y cuáles, si me es permitido...

—¡Oh! Dios mio, el relato será corto, y los oidos de un hombre de guerra están acostum-

brados á esta especje de historias. Venia caminando seguido de mis carros llenos de equipaje, y atravesaba el territorio del Markgrave de Bade, cuando fuí víctima de una emboscada de bribones, que se apoderaron de todo mi equipaje.

—¡Cáspita! pero esa es una verdadera desgracia.

—Afortunadamente venia provisto de oro; mi escudero Ivarof y mi baskir, cuyo nombre callo porque es demasiado duro á vuestros oidos, traian sumas considerables y parte de mis pedrerías. Consguimos salir de las garras de nuestros ladrones, pero me ví obligado á dejarles mis carros de equipaje.

—Supongo que eso os daria ocasion para administrarles esa famosa estocada que tan admirado me dejó la otra noche?

—Esa estocada y otras muchas, Excelencia. En fin, pudimos pasar el Rhin, en los alrededores de Strasburgo, y caminamos bastante tranquilamente durante uno ó dos dias. Yo dejé mis tierras de Polonia con la risueña idea de visitar á Paris, y permanecer en esta soberbia capital tan renombrada por sus placeres. A medida que me acercaba, iba sabiendo estrañas noticias sobre los asuntos del reino de Francia. Paris, me decian, no estaba ya

poblado sino de gente de guerra. Las provincias francesas batallaban unas contra otras, y era preciso absolutamente elegir una bandera del Bearnés, bien de la liga, sostenida ya por las armas de España. Estraño á estos desórdenes, me preguntaba todos los dias de qué lado se hallaba la justicia en esta lucha lastimosa, decidido como estaba á tomar parte en ella con mi lanza y con mi espada, como conviene á un hidalgo de raza. Un acsidente enfadoso me sacó de esta duda, y vino, si no á ilustrarme, al menos á dejar que obrase á su antojo mi conciencia. Al dejar los muros de Chalons, en la orilla del Marne, fuí acometido por una banda de salteadores que me hicieron prisionero, así como á estos dos siervos mios...

—¡Oh! ¡oh! ¿y la estocada famosa? preguntó sonriendo D. Jaime.

—Eramos tres, y los que nos acometian eran trescientos; fuimos hechos prisioneros, y saqueados completamente; solo nos dejaron algunos malos vestidos y nuestras espadas, comprometiéndonos, por irrision, á que nos defendiésemos en adelante, con nuestra bolsa vacia.

—¡Pobre gente! murmuró Olivero.

—Los villanos que nos habian tratado tan mal eran navarros ó hugonotes... Ya compren-

deis, excelencia, que tomé una decision al momento, y en mí veis á un enemigo encarnizado de Enrique de Bearnes; ardo en deseos de vengarme; quiero labar con su sangre el ultraje que me han hecho esos salteadores de camino; quiero servir á la Liga, y puesto que la Providencia me ha procurado el honor de conoceros, espero que me conteis á mí y á mi gente entre los valientes soldados del rey de España...

—Por Santiago, señor conde, me procurais una viva satisfaccion, porque me habeis obligado dos veces en ménos de veinticuatro horas. El rey mi señor no puede reclutar otros más bravos que vosotros, y vuestro encuentro me prueba que la fortuna le sonrie como á mí. Vamos á ver qué puesto honroso puedo daros... ¡ah! ¡ah! ¿quereis que os ponga á todos tres en la Bastilla?

Al oir esta proposicion Clermont y Pampelonne tuvieron que hacer un esfuerzo supremo para no mirar á La Gazette, tal fué su curiosidad por contemplar su fisonomía; y obraron cuerdamente, porque el normando sintió su corazon tan oprimido, que se reveló en su rostro haciendo una mueca verdaderamente estraña, cubrióse su frente de un sudor helado, al mismo tiempo que su lengua se secó en

su boca. Olivero, que mirando al techo calculaba cómo ejercer su generosidad, no advirtió tampoco la emocion de La Gazette, y cambiando bruscamente de idea, repuso en seguida:

—Sin embargo, la Bastilla...

—¿Qué es eso de la Bastilla? interrumpió Clermont con seguridad y candidez admirables.

—Es una ciudadela, es la plaza de armas de Paris; pero creo que será emplear mal nuestro valor, encerrarlo entre bastiones; sois gente de caballo, y os sienta mal meteros tras las almenas. Señor conde, si gustais alojaros en este palacio, os suplico, á vos y á vuestra gente, que os instaleis entre mis íntimos oficiales, y vuestro escudero y ese bravo soldado hallarán compañeros en mi escolta favorita. De ese modo haremos la guerra como hermanos de armas.

Pampelonne lanzó una mirada furtiva al Bailio, para inducirle á aceptar esta oferta magnífica, y Clermont la aceptó, no sin cierta vacilacion, que Olivero tomó por cortesía.

—¿Habla y entiende el francés vuestra gente? preguntó D. Jaime.

—Solo mi escudero podrá hablar con Vuestra Gracia, bien en francés, bien en latin.

—¿Y ese gran diablo? volvió á preguntar Olivero, señalando á La Gazette y sonriéndole.

—Este gran diablo es un villano en estado salvaje; habla muy mal las lenguas bárbaras de nuestras comarcas, es decir, el eslavon, moscovita y el tártaro; pero en cambio no comprende ni sabe decir una palabra de francés, ni una palabra de español, ni una palabra de italiano...

—¿Y el inglés y el alemán? interrumpió Olivero que parecia tener mucho interés en estos informes.

—Sordo y mudo, respondió Clermont; miéntras La Gazette, cargado con este singular charlatanismo referente á él, poníase ya sobre una pierna, ya sobre otra, para no perder su aplomo.

—Y respecto á lo moral, ¿qué clase de hombre es? continuó el español.

—Un bandido, respondió el Bailío resueltamente, ó más bien, añadió conteniéndose, hay en él tres naturalezas: la naturaleza del bandido, la naturaleza del tigre y la naturaleza del perro.

—¡Diablo! ¡Cómo le desnudais!

—¡Oh! nosotros los boyardos no tenemos consideracion con nuestros siervos, y ha-

cen virtudes de las pasiones criminales á nuestros ojos. Así es, que lo que acabo de deciros en francés, mi siervo no lo ha comprendido; voy á decírselo en polaco, y le vereis reir en señal de aprobacion.

Clermont recordó lo que sabia de polaco, y farfulló tres ó cuatro juramentos á la faz de La Gazette. El normando, que estaba hacia rato reventando de risa, tan incómodo era para él conservar la seriedad, lanzó una sonora carcajada, que divirtió mucho á Olivero. Pampelonne permaneció inmóvil como un maniquí.

—Esplicadme, si gustais esas tres naturalezas, continuó Olivero.

—Es bandido porque no cree ni en Dios ni en el diablo, y cometeria sin vacilar, por quien le pagase, los actos mas abominables; tiéne algo del tigre, por su feroz crueldad, y del perro por su fidelidad á su amo, fidelidad que nada puede alterar. Añadiré que el bribon posee una rara intrepidez, una vigilancia infatigable y una habilidad en las armas que hacen de él un espadachin terrible... Tal como le veis, él es quien me ha enseñado esa estocada famosa.

—¡Eh! ¡per Bacco! señor conde, estábais realmente destinado á obligarme de todos mo

dos; lo que me decís de ese ladron me encanta, y si lo permitís, si él consiente, os ruego me le cedais por algunos dias; tengo una mision política que confiarle, mision de la mayor importancia.

—¡Una mision política á mi esclavo! esclamó el Bailio, mientras Pampelonne, adivinando un buen negocio se estremecia de placer, y La Gazette, viendo una baronía en lontananza se sentia rejuvenecido.

—¡Cómo puede ser eso, excelencia! continuó Clermont; este salvaje no tiene idea alguna de nada.

—Es justamente el hombre que necesito: no es mudo para todo el mundo en Paris?

—Mudo, sordo y ciego, por poco que sea necesario.

—¿Me lo cedeis?

—Con alma y vida.

—¿Consentirá en servirme, en obedecerme? Preguntádselo.

—Tan pronto como reciba mis órdenes se considerará como siervo vuestro, y podreis mandarle que asesine á quien bien os parezca.

—Gracias; en el asunto en cuestion, no hay, á Dios gracias, necesidad de ningun asesinato. Ese hombre ama el dinero, ¿no es cierto?

—Tanto como un pájaro el aire, como un pez el agua.

Olivero tocó un timbre y apareció el paje Tito.

—Tráeme mi bolsa, dijo el español.

El niño volvió en seguida y entregó á su amo un bolsillo de terciopelo bordado de oro, enteramente repleto.

—Tomad, dijo Olivero alargando el brazo á La Gazette, mientras el normando abria instintivamente su ancha mano y se acariciaba los lábios con la punta de la lengua.

D. Jaime se dirigió á su paje y le dijo:

—Ve á buscar á Rodriguez; le espero; que venga en seguida. Despues, dirigiéndose á Clermont, señor conde, repuso, dignaos tener la bondad de decir á vuestro siervo...

—Al vuestro, excelencia, interrumpió cortesmente el Bailío.

—Bien, á mi siervo, respondió D. Jaime inclinándose: ¿quereis decirle lo que exijo de él ahora mismo?

—Con mucho gusto.

—Decidle que uno de mis hombres, Rodriguez, á quien acabo de enviar á llamar, va á salir de este palacio y á ir á una casa de la ciudad, donde se hallan... no... mejor pensado... estos pormenores son inútiles... haced

saber simplemente á vuestro tártaro que siga á Rodriguez, y obedezca las órdenes que aquel le trasmitirá por medio de gestos... ¿Supongo que ese truhan será inteligente?

—Respondo de él.

—Bien, eso basta. Encargádselo bien, mientras doy mis instrucciones á Rodriguez.

El paje Tito acababa de introducir al hombre de confianza de Olivero; D. Jaime llevó á este hombre á un estremo del salon, y Clermont empujó á La Gazette al otro estremo contrario.

—Mostráos tan sagaz como prudente, mi querido capitan, dijo el Bailío al normando; mucho me engaño si en toda esta broma no desempeñais el papel principal. Obedeced con paciencia al villano que os mande, portáos bien, y si teneis alguna noticia que decirnos, ya sabeis adonde estamos.

—¿En casa del ciudadano donde está el Rifodé, en la calle de Guisa?

—Justamente. ¿No sois feliz con vuestra importancia?

—Tengo unas ganas horribles de hablar y temo cometer alguna torpeza.

—Pensad en vuestra baronía.... el rey os premiará, porque le habreis entregado á Paris.

—Señor Bailío, por favor, si volveis á hallar á la señora de Thomassin, y á la señorita de Tarare, pensad en mí.

—No temais... pero dejemos este diálogo; no despertemos sospechas.

El Bailio volvió bruscamente la espalda al capitan, y poco despues Olivero dejó tambien á Rodriguez, á quien habia dicho en voz baja señalando á La Gazette:

—Mira ese hombre; es mudo, porque ni entiende ni habla idioma alguno; es bravo, fiel, obediente, feroz. Vas á ir con él á la posada de *La Providencia*; tomarás mi litera grande de cuatro asientos y mis ocho portadores. Te dirigirás al posadero y le dirás que te conduzca á la habitacion que ocupan en la posada las señoras de Furster.

Esas damas han contraido deudas que no pueden pagar; te presentarás, pues, como comisionado por la justicia con encargo de conducir á prision á esas dos mujeres; las colocarás en la litera, os sentareis á su lado, y los portadores os llevarán hasta la barrera de San Antonio, cuyo puesto, ya prevenido, os dejará pasar.

Ireis lo más pronto posible, no deteniéndoos junto á ninguna casa, hasta mi posesion de Saint Mandé.

Allí serás recibido por el bravo Tadeo, á quien entregarás las dos damas. Mando que se las trate con consideraciones; que su mesa sea suntuosa, pero que bajo ningun pretesto comuniquen con nadie.

Solo Tadeo se encargará de servirlas; el tártaro que voy á darte vigilará dia y noche á su puerta, que nadie deberá franquear sino yo ó Tadeo.

Todo esto se lo esplicareis p r medio de señas á ese gaznápiro, y no tardaré en asegurarme por mí mismo de la ejecucion de esta consigna.

Volverás con mis portadores hoy mismo; los puentes se levantarán para que todo se haga como he dicho. ¿Me has comprendido?

—Perfectamente, monseñor.

—Entónces, partid.

Rodriguez hizo una seña á La Gazette, que se puso en marcha al momento con la rigidez de un autómata, cruzó sus manos sobre su pecho pasando por delante de Olivero, y salió de la sala sin volver la cabeza á ningun lado.

—Ya veis, Excelencia, dijo el Bailío, que mi siervo os rinde el mismo homenaje que á mí; de hoy más teneis en él un esclavo.

—Su mirada y su garbo me abradan, se-

ñor conde, si lo quereis vender un dia, os lo compraré. Dignáos reservarme la preferencia.

Aquí Pampelonne lanzó una ojeada á su amigo.

—Exc lencia, respondió Clermont estimulado por esta ojeada; yo habia pensado sacar partido de mi siervo para procurarme algun dinero, porque esos malditos hugonotes han vaciado completamente mis bolsillos; pero en Francia no se hace clase de negocios como en Polonia; hé aquí por qué...

—Eso no importa, mi querido conde; yo soy español, y todas las familias acomodadas de mis pais tienen á su servicio esclavos moros ó judios. Así, os compro, pues, vuestro tártaro, sea cualquiera el precio que le fijeis

Permitid, pues, no que os la venda, sino que os la ofrezca en cambio de vuestra genero sa hospitalidad.

Acepto, conde, pero recordar que desde este momento sois mi huésped, y bajo ese título sometido á mi tiranía.

Al decir esto D. Jaime, volvió á llamar con el timbre, y apareció el paje.

—Conduce á su señoría el conde Katakiopski á sus departamentos, y que se le reciba en ellos como á mi mismo se me recibiria si volviese de un largo viaje. Dignáos seguir á

ese muchacho, señor conde, creo que me agradecereis os deje la compañía de vuestro escudero. Yo me separo de vos para ocuparme de algunos asuntos de Estado; desc nsad, y haced uso de todo en este palacio con la misma franqueza que si fuese vuestro.

D. Jaime hizo un saludo afable al Bailío, quien por su parte, se inclinó ante él con su habitual elegancia, y nuestros dos partidarios disfrazados se despidieron de Olivero.

—He comprendido vuestra amarga sonrisa amigo mio, temeis que la cortesía de don Jaime me haya dispuesto en su favor, y me impida trabajar contra él por el rey, desengañaos; todas esas zalamerías me importan poco; veo en Olivero al enemigo de la señorita de Tarare y al enemigo de la Francia, lo cual significa que el dia menos pensado le planto mi espada en la garganta...

—Gracias, interrumpió Pampelonne, basta de ese asunto, nos comprendemos á las mil maravillas; callémonos, porque una palabra podria arruinar nuestros proyectos y perdernos, si fuésemos oidos y espiados... dejemos correr los acontecimientos, y portémonos aquí como verdaderos polacos... ¿No teneis un hambre devoradora?

Esta pregunta era hecha al Bailío en el mo-

mento en qué, llevándose á Pampelonne, pasaba de un gabinete á un salon. Ahora bien, en este salon habia una mesa servida con viandas fiambre, frutas y vinos generosos.

—Decididamente el señor Olivero hace bien las cosas, dijo Clermont; poneos ahí, caballero, y procedamos al inventario de estos víveres apetitosos.

—No... ya veis que no han puesto más que un cubierto en esta mesa, donde se supone que no debo sentarme al mismo tiempo que vos. Sentaos, pues, comed y dadme algo por encima de vuestros hombros, me contentaré con eso.

Nuestros dos caballeros almorzaron sólidamente de este modo, despues continuaron su paseo por las habitaciones del Sr. Olivero. En las alcobas hallaron vestidos elegantes, y encima de un baul, junto á la cama destinada á Clermont, un bolsillo de perlas con broches de oro, que contenia la suma redonda de cincuenta do lones.

—Esto es demasiado magnífico, esclamó Clermont, no mancharé mis manos tocando á ese oro.

—Y yo que soy menos escrupuloso que vos, repuso Pampelonne, mancharé las mias sin perjuicio de lavármelas mas adelante. Mi

querido Bailío, ¿no estamos en guerra con España, y estas monedillas no son buena presa? No olvideis que no tenemos un óbolo, y que habeis vendido al baron La Gazette. El señor Olivero paga al contado, y nada mas.

—Como gusteis, yo insisto.

—Muy bien. Ahora, ¿qué vamos á hacer de nuestro dia?

—Necesitamos volver al lado del Rifodé; tengo deseos de preguntarle.

—Seguid mi consejo; no nos apresuremos á salir de esta morada donde somos tan bien acogidos; disfrutemos algunas horas de reposo, tomemos un baño, que tanto necesitamos, vos sobre todo, para desengrasaros del polvo de la Bastilla, vistámonos esos magníficos trajes, y despues ir mos en busca de noticias. Pensad que si encontráseis á la señorita de Tarare con los vestidos que teneis puestos, no consentiria nunca en conoceros.

—Es justo, respondió Clermont, deshagámonos de este traje ridículo, y preparémonos por medio del reposo á grandes acontecimientos.

XIV.

Cómo sucedió que el capitan La Gazette por poco se desmaya.

Mientras la espada del Bailio de Clermont dejaba tendido al Rifodé en el pavimento de la calle de Guisa, mientras los tres caballeros realistas, desempeñaban en el palacio de la embajada española, la burlesca y peligrosa escena imaginada por Pampelonne, la señorita de Tarare y la señora de Thomassin, encerradas en su habitacion en la posada de la Providencia, se entregaban á una violenta desesperacion. Habian visto partir á David con una especie de espanto, porque al despedirse habia dejado traslucir su pena á través de su

falso valor, y agitadas de funestos presentimientos habian permanecido una en frente de otra, sin atreverse á comunicarse su turbacion recíproca.

La señora de Thomassin fué la primera á animarse, no porque tuviera mas energía que Elena; al contrario, la señorita de Tarare, herida por la desgracia desde su infancia; dotada de imaginacion viva, y de un corazon del mejor temple, habia tenido más de una ocasion de reanimar la parte moral de su abatida compañera, pero un solo pensamiento, una sola esperanza hacian vivir á esta noble jóven; el pensamiento que la atraia al recuerdo del Bailío de Clermont, la esperanza que tenia de volver á hablarle, para amarle, vivo, como le amaba en sus sueños.

Ahora bien, al sorprender Elena la emocion de David, se habia sentido herida en el corazon; habia dicho para sí: puesto que ese hombre valeroso ha perdido la esperanza, puesto que á pesar de sus esfuerzos no puede fingir, es que ha agotado todas las estratagemas capaces de prolongar mi ilusion... ¡el Bailío ha muerto!... David se vé obligado á darme al fin esa terrible noticia, y no se atreve á resolverse... huye de mí... ¡Dios mio! ¡vos tambien me abandonais!...

Al alimentar Elena esta idea, debia caer en una postracion completa y no intentar luchar contra el desaliento. Hay momentos en la vida, en que las almas más fuertes necesitan abandonarse enteramente al dolor, cuya corriente las empuja, las mece y las hace descansar; solo hay alivio para ellas en las profundidades de esa melancolía pensativa, donde se estravian á su antojo.

Por su parte, la señora de Thomassin pensaba tambien en el bravo La Gazette, á quien amaba de veras,—nos guardariamos bien de dudarlo;—pero este amor no tenia ni la poesía ni la frescura del sentimiento que hacia latir el corazon de Elena, y la esperanza de volver á hallar al baron no era en ella tan tenaz que muriese de pena si la perdia.

Así, debemos decir que hacia mucho tiempo que la señora de Thomassin alentaba, por simple caridad, las ilusiones de su compañera, respecto al Bailío, que para ella habia muerto, y bien muerto, lo mismo que La Gazette. Si suponia lo contrario, era para sostener el valor desfalleciente de la señorita de Tarare; y David, sin saberlo, tenia en ella un auxiliar poderoso.

Esta confidencia esplicá suficientemente la fuerza de alma que desplegó la señora de Tho-

massin en la circunstancia actual; en la pena que le causaba la precipitada partida de David, no pensaba seguramente en La Gazette; habia leido en la mirada aterradora del Rifodé el anuncio de una próxima catástrofe; este guia, inteligente y bravo, iba tal vez á faltarles; y en tal caso qué seria de ellas, sin recurso alguno, arrojadas á la calle como estaban, y rodeadas de emboscadas y de enemigos? La señora de Thomassin se hallaba, pues, preocupada de pensamientos materiales muy tristes, mientras la señorita de Tarare sufria horribles torturas morales.

—Despues de todo, dijo la señora de Thomassin, nos estamos forjando cosas i posibles...

—¿Qué cosas? interrumpió vivamente Elena creyendo responder á sus propios presentimientos.

—Me ha parecido que David estaba muy triste cuando nos dejó, es cierto; creo que nos dijo que no le esperáramos esta noche, y aunque tal vez no vendria en toda la noche, lo cual es una advertencia estraña, convengo en ello; ¿pero debemos desesperarnos por eso y adelantar desgracias imaginarias?...

—¡Ah! señora, ¡demasiado adivino!...

—Pues yo no adivino nada; David es un

hombre prudente; anda, por el contrario, á la pista de alguna buena noticia que no habrá querido darnos hasta estar cierto de ella, para no tener que quitarnos, si no lo consigue, las ilusiones que nos habria hecho formar.

—¡Pensais eso! murmuró Elena, cuya mirada brilló á pesar de las lágrimas que la velaban... ¡Oh! ¡qué feliz sois! yo he perdido toda esperanza... no le volveremos á ver mas; esa mujer no mentia cuando nos dijo que habia muerto, y si David se aleja de nosotras es porque teme confesárnoslo.

No escribiremos lo que se dijeron Elena y su compañera durante la larga noche consagrada á esperar al Rifodé; la conversacion versó constantemente sobre el mismo asunto, y la señora de Thomassin, obligada como se vió á imaginar los argumentos mas útiles para reanimar el valor de la señorita de Tarare, concluyó por dejarse convencer ella misma de sus razonamientos, y creer, si no en la existencia del baron, al menos en el pronto regreso de David y en algun desenlace favorable.

Cediendo Elena á la benévola insistencia de la señora de Thomassin, consintió por último en descansar un poco; se acostó y fingió dormirse, mientras su compañera echó un

sueño vigoroso que duró hasta las ocho ó las nueve de la mañana.

—Y bien ¿habeis descansado, mi querida señorita? preguntó la señora de Thomassin al despertar: ¿estamos más valiente?

—Estoy mas resignada; pero es tarde .. David debe haber venido.

—Ciertamente; así apresurémonos á vestir nos; no puede tardar en venir á vernos.

Fácilmente se adivina que las damas no tardarian mucho en vestirse.

—Veis cómo brilla ese hermoso sol, dijo la señora de Thomassin; es un feliz presagio.

—¡Ay! todo me entristece, por el contrario... pero, ¿por qué no viene David? haced el favor de bajar para preguntar al posadero...

En este momento oyéronse pasos en el corredor.

—¡Ahí está! esclamó la señora de Thomassin.

—¡No! murmuró Elena, no es él... pero abrid, llamad?... ¡esta incertidumbre es horrible!

La señora de Thomassin abrió la puerta y llamó á una criada que pasaba por el corredor.

—¿No se ha levantado aun el señor Furster? preguntó.

—No le he visto, y aun creo que no ha venido.

—Decid á vuestro amo que venga á hablarme al momento, añadió Elena con voz temblando de emocion.

—El señor Furster ha salido, pero no tardará en volver, y se lo diremos en seguida.

Elena hizo un esfuerzo para contener sus lágrimas cuando la puerta de la habitacion se hubo cerrado; pero no pudo dominar su dolor, y llevando las manos á su frente y cayendo despues de rodillas, se echó á llorar.

La señora de Thomassin, á quien aterraba la desaparicion del Rifodé, no halló una palabra de consuelo para su compañera; arrodilló se á su lado y se puso á llorar tambien amargamente.

El posadero de *La Providencia*, al regresar de casa del señor Olivero, preguntó á su gente para saber si Furster habia vuelto durante su ausencia; le dijeron que no, y le hicieron saber que las damas de la habitacion encarnada querian hablarle.

—¡Diablo! dijo el posadero rascándose la oreja y tentándose la frente, ¿habrá hallado dinero nuestro diplomático? ¿si querrán pagarme? ¿me veré obligado, á pesar mio, á desobedecer al señor Olivero?... ¡bah! es imposible,

no ha venido nadie... si... pero si esas damas conservan algunas alhajas entre sus harapos... quieren hablarme... ¿para qué?... pues no voy.

Luego, al mismo tiempo que se ocupaba de sus hornillos, ocurriósele al posadero una idea luminosa.

—¡Pardiez! dijo entre sí, bien simple soy en preocuparme por tan poco... no tengo mas que acondicionar mi cuenta de modo que no pueda pagármela con un diamante, por grande que sea... gritarán, poco me importa... y si por casualidad me pagan, pues bien yo restituiré á su excelencia los trescientos doblones... á todo evento, solo es por el servicio eminente que hago á España... Veamos... ¡hola! Toinette ó Gaspar que me traiga el tintero.

Lleváronle el tintero, y el posadero se puso á trabajar, imaginando guarismos f ntásticos que hicieron subir la cuenta á la suma redonda de 500 doblones.

Creo, dijo para sí nuestro hombre, que no hay otro medio de llevar las cosas más léjos. Por una semana de alojamiento, por dos docenas de comidas bastante miserables, quinientos doblones... esto me parece muy puesto en razon... acaso esas damas crean que desuello á mis parroquianos; pero en mi aire de

disimulo verán que he olfateado su opulencia y su incógnito... Entonces ¿por qué no he de poner 600 doblon s en lugar de 500?... Puesto que anoto la política en mi cuenta, mi cuenta puede permitirse toda clase de estravagancias. Decididamente añado 100 doblones... ¡Muy bien! Ahora marchemos derecho al enemigo.

El posadero se adornó con su delantal blanco y su gorro correspondiente; despues, llevando en la mano su papelon, subió resueltamente la escalera que conducia á la habitacion encarnada.

Al oir Elena los pasos de un hombre en el corredor, abrió bruscamente su puerta, y aunque se sintió helada de espanto al ver al posadero cuando creia ver á David, hizo señas á aquel para que se acercase.

—¿Dónde está... mi padre... el señor Fuster? preguntó conmovida.

—Señorita, no lo sé, y creí que íbais á darme noticias de él...

—Luego, ¿ha salido muy temprano? añadió la señora de Thomassin haciendo un esfuerzo para disimular su turbacion.

—Se le ha esperado toda la noche, y él ha sido causa de que mi gente haya velado hasta el dia.

—Es preciso absolutamente que le hagais

buscar, repuso Elena; tal vez le ha sucedido alguna desgracia.

—¿Lo creeis asi?... ¡bah! no diré que no... en estos tiempos las calles de Paris no están seguras para los que trasnochan imprudentemente; pero...

—Pero ¿qué? interrumpió la señora de Thomassin.

—Debo advertiros que el encargo que vais á darnos de buscar por la ciudad al señor Forster, nos molestará mucho, visto el gran número de viajeros que tenemos que servir....

—Comprendemos, interrumpió Elena; todo trabajo vale salario, y ese os será pagado... Vamos, por favor, no p rdais un minuto...

—Es que... v lvió á empezar el posadero.

—¿Quereis concluir, señor mio? dijo la señora de Thomassin.

—Es que, señoras, habeis hecho ya en mi casa gastos que me inquietan un poco... y...

—¿Temeis que no se os pague? dijo Elena sonrojándose.

—¡Oh! no digo eso; pero en fin, en esta clase de comercio se necesita tener su dinero al corriente.

—Pues ien, respondió la señora de Thomassin, que creia haber hallado un argumento vencedor, lo siento por vos tanto como por mí;

pero como somos dos mujeres y no manejamos dinero, mi hermano es el único encargado de los fondos; no se os pagará, pues, hasta que no haya vuelto.

—¡Oh, oh! dijo el posadero.

—Así, os encargo que le hagais buscar con cuidado, continuó con aplomo la señora de Thomassin.

Durante este coloquio, Elena habia vuelto á sentarse á un estremo de la habitacion; entregada á su dolor, ya no oia lo que se estaba diciendo á su lado.

—Verdad es, repuso el posadero, que me intereso mucho por el señor Fuster; pero me permitireis que me interese más por mis escudos, que necesito hoy mismo con urgencia. Adivinando, pues, lo que me decís, á saber que el señor Fuster es quien maneja el dinero, y que no podríais pagar en su ausencia, sospechando además que el señor Fuster ha podido muy bien largarse para no saldar su cuenta...

—¡Insolente! murmuró indignada la señora de Thomassin.

—¡Bien! dijo el posadero quitándose el gorro con ironía; no es ménos cierto que adivinando esto y sospechando aquello, me he adelantado á tomar un partido muy cuerdo.

—¿Y cuál es?

—El partido de llevar, salvo vuestro respeto, esta cuentecita á la justicia, la cual, si no me podeis pagar, podrá hacer que os encierren en una prision, señoras...

—¡Una prision! esclamó Elena despertada de su entorpecimiento por esta palabra siniestra; ¡á una prision! ¿y por qué?

—Porque sí, respondió el posadero que juzgaba inútil decir dos veces la misma cosa.

—Escuchadme, señor mio, dijo la señora de Thomassin, con una cólera que se esforzaba en disimular: sois un mal hombre, de lo cual me acordaré... no sabeis á quién hablais, y os aseguro que vuestra grosería será fatal á la nuestra de vuestra posada. Ahora, ¿qué se os debe? yo voy á pagaros.

Esto diciendo la señora de Thomassin, se volvió bruscamente, y corrió á un armario que abrió; despues se puso á registrar entre la ropa, hasta que cogió un paquetito, en el que habia envuelto precisamente la módica suma, fruto de los jornales laboriosos del Rifodé.

El posadero seguia los movimientos de la pobre mujer, y al oir hablar en tono tan resuelto, viéndola obrar con tanta energía, creyó de veras que de ira y de rabia iban á pagarle, sacrificando alguna alhaja preciosa.

—¡Dios mio! dijo, no tomeis á mal, señoras, mi oportunidad, vivo del pan que gano con el sudor d mi frente, y sirvo con celo á mis parroquianos; siempre es un momento penoso para mí el de la liquidacion de mis cuentas.

—¡Dadme vuestra cuenta! dijo la señora de Thomassin con desdeñosa indignacion.

El posadero dió un paso adelante, se quitó el gorro con la mano izquierda, y presentó con la derecha el papelote cuidadosamente doblado.

—Veámosla, continuó la señora de Thomassin en el mismo tono; y despues de haber recorrido con la vista tan hiperbólica cuenta: ¿estais loco, señor mio? dijo riéndose en las barbas del posadero.

—¿Habré cometido un error? preguntó el posadero con voz melosa.

—¡Seiscientos doblones! esclamó la señora de Thomassin.

—He rebajado los picos, respondió el posadero con bondad, he puesto suma redonda...

—Estais seguro de tener vuestro buen juicio.

—Muy seguro.

—¡Entónces sois un bandido! murmuró la honrada mujer, encendida en ira y llena de estupor al mismo tiempo.

¡Ay! señora, sin duda os chanceais al decir eso, y me admiro de que las posadas estén llenas desde que los posaderos pasan por ladrones.

—Concluyamos.... ¿Me reclamais sériamente los quinientos doblones?

—Cuando hago mis cuentas no acostumbro embromar.

—Entonces retiraos; tendré el gusto de presentar vuestra cuenta al señor presbote de justicia.

—Es decir, ¿que no pagais?

—Señor mio, el primer dia de feria sereis ahorcado.

—Tengo, pues, el honor de saludaros, respondió el posadero haciendo mil saludos que no anunciaban nada bueno.

—¿Qué estábais disputando con ese villano? preguntó Elena saliendo del estado de meditacion en que habia vuelto á caer.

—¡Ah! misericordia, señorita, somos decididamente dos criaturas abandonadas del Señor.

—No digais eso, amiga mia... semejantes palabras son una blasfemia... Quiero esperar aun...

—¡Pero Dios mio! no adivinais que hemos

caido en un lazo, el ángel malo nos persigue, estamos perdidas, sin recurso!

—¡Cómo! porque ese hombre quiera robarnos, porque ponga demás en la cuenta...

— ¿Qué entendeis por poner demás?... ¡Justo cielo! ¿Pues no habeis oido?

— He oido vagamente que no estábais de acuerdo, y nada más.

—Nos piden seiscientos doblones, que importan seis mil libras.

—¡Imposible!

—Seria imposible si ese bribon se contentase con tomar algo á cuenta; pero pedir seiscientos doblones de una vez, no es declararnos muy claramente que se trama aquí mismo un complot contra nuestra libertad! La audacia de esa pretension encierra algun gran crímen; estad persuadida de ello, señorita, alguno de vuestros enemigos ó de los mios, nos ha conocido bajo nuestro disfraz, y nos van á llevar á una prision.

—Me haceis estremecer.

—Y si David ha desaparecido, es porque habrá caido en algun lazo. ¡Le habrán aprisionado, muerto tal vez!

—¡Oh, Dios mio! murmuró Elena persignándose con terror, no sereis el apoyo del débil... Pues bien, continuó con una energía

que se reflejaba en su mirada chispeante, si es así, si hemos sido conocidas por nuestros enemigos, si esta emboscada dirigida contra nosotros y contra Dávid es obra de los malos, si debemos atribuir á esa traicion la desaparicion de nuestro guia, bendigo al cielo por ello, con tal que David se haya salvado, porque no veré en la fuga de nuestro protector la muerte del señor de Clermont, esa muerte que me arranca el corazon y...

La señorita de Tarare se vió interrumpida por un ruido que se oyó de pronto en el corredor.

—¡Son ellos! murmuró la señora de Thomassin.

—¿Quién es? preguntó Elena.

—Los carceleros.

—Veamos, respondió la valerosa jóven, y abrió la puerta bruscamente.

Presentóse primero el posadero; tras él iba Rodriguez, el confidente de Olivero, y detrás de Rodriguez marchaba contoneándose el normando La Gazette, vestido de Kalnsouk, como se recordará. Disfrazado así el bravo capitan, no podian en verdad ser conocido por ninguno de sus enemigos; inútil es, pues, afirmar que para la señora de Thomassin La Gazette era un estraño.

—Señora, dijo el posadero, relamiéndose los lábios y dirigiéndose á la señora de Thomassin; tengo el gusto de deciros que he prevenido vuestros deseos; queríais recurrir al presbote de justicia, y aquí le teneis... He ido á buscarle, y creo que en poder suyo tendreis á bien saldar mi cuentecita.

—Caballero, emp zó á decir la señora de Thomassin desdoblando la cuenta del imprudente posadero, dignáos leer esto, y tened la bondad de decir si se debe pagar.

Rodriguez tomó gravemente la nota y pareció leer con cuidado. Entre tanto, La Gazette, que habia permanecido en el corredor, detrás de la puerta obstruida por el posadero y el español, se habia quedado embobado y papando moscas, como se dice vulgarmente, diciendo en sus adentros si no tendrian su término todas aquellas necedades.

—Y bien, señora, dijo en fin Rodriguez, he leido, total, seiscientos doblones. Son, pues, seiscientos doblones los que es preciso pagar á este buen hombre.

—¡Cómo! caballero, ¡por ménos de ocho dias de posada, reclamar seiscientos doblones á dos mujeres!

—¡Diantre! pensó La Gazette; ¡hé ahí dos damas que saben vivir!

—¿Pagais? preguntó Rodriguez.

—¡Eh! ¡podemos acaso, gran Dios!

—Entónces, señoras, solventareis este asunto ante los jueces; mi deber es llevaros á una prision.

La señora de Thomassin, sobrecogida de espanto, se volvió hácia Elena, quien, desde que habia conocido que se atentaba contra ella realmente, y no á su dinero habia permanecido inmóvil, muda, indiferente, por decirlo así, á esta escena brutal. Ante resignacion tan altanera, la señora de Thomassin se armó de cólera, y esclamó:

—No me conducireis á la prision, me llevareis á ella arrastrando.

—¡Qué mujer tan valiente! pensó La Gazette, me gustan los humos de independencia... ¡Pero, que metal de voz tan estraño!...

Por toda respuesta, Rodriguez dió algunos pasos, y luego, volviéndose á La Gazette por medio de una vuelta que dejó la puerta libre, cogió al normando por el brazo, le introdujo en la habitacion, y señalando á la señora de Thomassin, ejecutó una pantomima feroz, tan clara y significativa, que era preciso ser ciego para no obedecer.

Obligado La Gazette á demostrar celo, se lanzó como un perro de presa sobre la señora

de Thomassin, que habia lanzado un grito y ocultado el rostro entre sus manos, al ver á este hombre tan barbudo vestido de tan estraña manera, y capaz de inspirar miedo al mas valiente.

Rodriguez ordenó á La Gazette por medio de una seña que llevase de grado ó por fuerza á la mujer que tenia entre sus manos, hasta la litera que estaba parada en la calle; despues volvióse hácia la señorita de Tarare, y la dijo:

—Mucho me repugnaria usar con vos, de violencia, señorita, no me obligueis á ello; soy un delegado de justicia, y como tal, obligado, cueste lo que cueste, á hacer respetar la ley.

—Marchad, caballero, yo os sigo; respondió Elena; el único favor que os pido es que ni me hableis ni me toqueis.

La Gazette habia cogido á la señora de Thomassin por el talle; y como esta daba gritos que tenia órden de ahogar, separó sus brazos sin muchos cumplidos, y abriendo su ancha mano la puso en la boca de su víctima.

Pero en este brusco movimiento quedó en descubierto el rostro de la señora de Thomassin; el normando se sintió desfallecer de re-

pente, y olvidando su papel de mudo, esclamó con el acento del terror:

—¡Oh!

Ab iéronse los brazos del normando, abandonando su carga que cayó pesadamente en las piedras del corredor.

XV.

Estreno de La Gazette en su papel de tártaro, y del gran celo que puso en él.

Como se habrá adivinado, La Gazette acababa de reconocer á la señora de Thomassin. Aterrado con este encuentro milagroso, el bravo capitan habia exhalado una esclamacion formidable por la circunstancia. «¡Oh!» esclamó.

¡Qué estupor en esta palabra tan corta! Pero tambien ¡qué preñada estaba de catástrofes y tempestades!

¡Cómo! ¡la señora de Thomassin, la casta esposa del republicano Publicola, la señora de Thomassin, gran Dios! ¡y en qué situacion!

En verdad que una cabeza ménos sólida que la del capitan no hubiese sorpotado este choque. Afortunadamente, La Gazette solo esperimentó cierta debilidad en las piernas; su corazon valiente y su cerebro se mostraron dignos del soldado y del normando.

La Gazette acababa de gritar, «¡oh!» á voz en grito, cuando en voz baja dijo «¡ay!» Esta interjeccion prueba que nuestro partidario se acordaba, tal vez un poco tarde, de su papel de kalusouk ó de tártaro.

En ménos de un segundo agitáronse en su mente mil ideas; comprendió que la señora de Thomassin se veia tiranizada por Olivero, que no la llevaba á una prision, sino á algun retiro misterioso: que la cuenta de seiscientos doblones probaba la complicidad del posadero; comprendió todo esto; despues, en el momento en que se preguntaba por qué la señora de Thomassin se llamaba la señora de Furster, y por qué la señora de Furster era perseguida por un gran señor como Olivero, tuvo una feliz inspiracion, volvió vivamente atrás la cabeza, y vió á la señorita de Tarare que marchaba con paso noble y la frente erguida.

La Gazette no habia visto á Elena sino moribunda, y, por decirlo así, desfigurada; sin embargo, obedeciendo á la inspiracion que le

guiaba, creyó reconocerla; entónces, loco de alegría, lleno de gloria y triunfante, se inclinó hácia la señora de Thomassin, la cogió entre sus brazos de atleta, la suspendió en alto como el milano á la paloma, y echando á correr bajó la escalera de dos en dos escalones.

Despues, como la señora de Thomassin hacia esfuerzos para lanzar gritos de angustia, La Gazette le cerró la boca y le dijo al oido estas palabras:

—En nombre del baron de La Gazette, silencio y valor, señora... sobretodo no me pregunteis...

Imposible le fué al normando decir una palabra mas; pasaba con su carga la sala baja de la posada donde se hallaban todos los criados tenia en frente los portadores de la litera, y el villano posadero iba detrás de él.

Además, La Gazette hubiera temido hablar, porque hallándose tan turbada la señora de Thomassin podia no haberle comprendido, preguntarle y descubrirlo todo.

No se necesitaba mas que una palabra imprudente para desenmascarar al tártaro, y revelar al bajo normando, en cuyo caso todo estaba perdido.

La Gazette comprendió esto; así es que colocó á la señora de Thomassin en la litera, cu

ya puerta cerró bruscamente, esperando la llegada de Elena y de Rodriguez.

El capitan no tenia de la inteligencia de la señora de Thomassin la opinion que esta merecia. Dicha inteligencia era muy sútil y penetrante, nada se le escapaba. Así, pues, la exhortacion imprevista de La Gazette produjo todo el efecto que era de desear.

La señora de Thomassin se calló como por encanto, el mágico nombre murmurado á su oido la turbó profundamente; pero hizo brillar á sus ojos un rayo de esperanza.

A su vez, la escelente mujer se preguntó qué queria decir esto, por qué el baron, de preciosa memoria, se hallaba mezclado á esta detestable aventura, y qué interés podia tener en la resignacion que se exigia de ella en su nombre.

La señora de Thomassin quiso examinar las facciones del tártaro, pero el tártaro habia cerrado prudentemente la litera y vuelto la espalda.

Entónces volvió la duda á apoderarse del ánimo de la víctima; la señora de Thomassin dijo para sí que sus raptores habian esplotado hábilmente el recuerdo del baron para calmarla y reducirla, y ya se aprestaba á volver á

gritar, cuando Rodriguez abrió la litera y depositó en ella á Elena.

Despues, una vez sentada la señorita de Tarare al lado de su compañera, que lloraba amargamente, Rodriguez se sentó en frente de la señora de Thomassin, mandando á La Gazette que se sentase á su izquierda.

Los ocho portadores echaron mano á las varas de la litera y echaron á andar con paso enérgico y precipitado.

Elena estaba silenciosa, bella, tranquila, y llevaba erguida su frente de reina; Rodriguez solo se ocupaba de la jóven; es decir, que la vigilaba y tenia en ella fija su mirada.

Cuando la señora de Thomassin hubo enjugado las lágrimas que corrian por sus mejillas, se animó hasta el punto de atreverse á mirar cara á cara á la horrible máscara que tan generosamente le habia hablado.

En cuanto á La Gazette, no tenemos necesidad de jurar para que se nos crea, al decir que se embriagaba de dicha contemplando aquellas facciones queridas, primeras que habian tiranizado su corazon.

Ahora bien, sucedió con esta doble y muda contemplacion, que la señora de Thomassin, reparando en el rostro del capitan una señal particular que ni el disfraz ni el cautive-

rio habian podido hacer desaparecer, lanzó tambien un suspiro seguido de un estremecimiento y de un grito.

—¡Cielos! dijo cogiendo convulsivamente la mano de Elena.

—Haced por dominaros, respondió la jóven, ¿no veis que vuestro dolor regocija á estos señores?

Ciertamente, Elena creia que la señora de Thomassin, medio muerta de miedo, iba á verse atacada de un síncope.

Rodriguez no paró la atencion en este grito, que atribuyó como Elena á la desesperacion.

Solo La Gazette dió su significacion verdadera, adivinando que al fin le habia conocido la mujer de maese Publicola.

Así es, que contestó á la aterrada mirada de la dama con una sonrisa dulce y suplicante de maravillosa elocuencia. Pero la situacion se volvia cada vez más crítica.

La señora de Thomassin, conmovida como estaba, podia, bien con una pregunta, bien con una observacion, bien con un gesto, hacer traicion á su amigo y perderse.

La Gazette habia oido decir mas de una vez, que á las mujeres cuando les pica la curiosidad, les cuesta mucho trabajo enfrenar su

lengua; ¿sería una escepcion la señora de Thomassin? en este caso sentia el capitan que su amor se trocara en admiracion por una criatura tan perfecta. Sin embargo, juzgó prudente dar un aviso, y poniéndose de modo que Rodriguez no le viera, llevó un dedo á sus lábios como para indicar á su bien amada el silencio mas absoluto.

La señora de Thomassin no fué la única que sorprendió esta seña telegráfica; Elena lo advirtió por casualidad, y se estremeció con todo su cuerpo, aunque sin comprender nada de este lenguaje misterioso.

Desde este momento, el viaje se hizo sin incidentes y con un silencio profundo; los cuatro personajes encerrados en la litera se parecian á cuatro estátuas.

Para colmo de prudencia, la señora de Thomassin afectaba no mirar á La Gazette, quien solo la miraba de vez en cuando, y á escondidas, para sonreirle disimuladamente.

El capitan forjaba en su abrasado cerebro los pensamientos más incoherentes y los proyectos más estravagantes.

El pobre hombre se ahogaba de dicha y se sofocaba de ansiedad. ¿Cuáles eran los designios del señor Olivero? ¿á qué venia aquel rapto? ¿á dónde iba aquella litera? ¿no se separa-

ria Rodriguez durante algunos minutos? Tales eran las preguntas que se dirigia el normando, sin que pudiese responder á ellas.

La Gazette recordaba haber tenido fiebre y delirio, haber tenido el pecho pasado de una estocada, haber tenido hambr y sed hasta morir de angustia, haber sido ahorcado; pero no recordaba que hubiese sufrido nunca tanta comenzon de hablar en un momento en que tantas y tan gratas é interesantes cosas tenia que decir.

Verdad es que el bravo capitan se vengaba ámpliamente de su obligado silencio, recitando para sí este discurso:

—Estos bribones son nueve en conjunto, se decia: nuestros ocho portadores y el truhan de Rodriguez que tengo á la mano. ¿Quién me impide cogerle por la garganta ahora mismo y retorcerle el pescuezo aquí en la litera, sin ruido, sin escándalo, sino muy callandito y con mucha cortesía? Despues de lo cual me bajaré y empezaré á estocadas con la canalla de criados que nos lleva?... ocho belitres de esa especie no son de temer... ¡Hum!... este plan me sonrie... Sin embargo, ¿es cuerdo? No hay duda alguna que estrangularé á Rodriguez; pero es posible que al defenderse imprima tal movimiento á la litera, que los portadores se

asomen á ver qué pasa... y luego me ha parecido que esos bribones vienen armados de cuchillos... Vamos, tengamos paciencia, dejemos correr la litera, me enteraré perfectamente del sitio en que se detiene, y puesto que estoy al servicio de Olivero, puesto que el señor Olivero me ha dado un papel en esta aventura, es de creer que sacaré de él todo el provecho que pueda. Nada me será más fácil que advertir al Bailío y al señor de Pa pelonne; nada me será más fácil tampoco, que indicárselo á estas damas, porque creo que no irán á encerrarme con ellas, y aun cuando así fuese...

Aquí La Gazette se estremeció de piés á cabeza; acababa de pensar en la Bastilla.

— ¡Ah! ¡diantre! dijo para sí el normando, con tal que no vaya á confinarnos en esta horrible ciudadela... las pobres mujeres estarian perdidas, y yo tambien!... ¡todos nos perderiamos!

Desde este momento, ó mejor dicho, desde que hizo esta reflexion el pobre La Gazette, no fué ya dueño de sí.

La litera iba cerrada con portezuelas opacas, y no habia medio de saber á donde estaban ni á donde iban.

Solo pudo notar el capitan que los portadores se llevaban andando hacia mucho tiempo

y que como iban de prisa habian debido hacer mucho camino. Además la litera se habia parado una vez, y La Gazette creyó oir que los portadores cambiaban algunas palabras con soldados. Era que probablemente habian pasado una de las barreras de la ciudad y dado el santo y seña al salir. La ansiedad del normando duró aun cerca de una hora; despues oyó que los pasos de los portadores resonaban sobre tabla, de lo que dedujo que la litera pasaba por un puente levadizo; en fin, los portadores se detuvieron, y una mano de afuera abrió la litera.

Entonces La Gazette se halló al pié de una ancha escalera, en un vestíbulo, y vió ante él á un hombre de aspecto ceñudo, vestido de militar, que se apresuró á echar mano á un sombrero de fieltro gris.

Rodriguez salió en seguida de la litera, saludando con deferencia al nuevo personaje; le habló en lengua española con mucha viveza, señalando ora á las dos damas, ora á La Gazette, que más que nunca habia vuelto á su imperturbable seriedad.

La señorita de Tarare así como la señora de Thomassin y La Gazette, no comprendian el español; además, aunque los tres lo hubiesen comprendido, no por esto se habrian ente-

rado de nada, porque Rodriguez y maese Tadeo no era agente que se descuidaba en cometer indiscreciones.

Cuando Rodriguez concluyó de decir lo que le habia confiado el señor Olivero, hizo señas á La Gazette para que saliese de la litera, por medio de muchos gestos espresivos le dió á entender claramente que de allí en adelante debia obedecer á maese Tadeo.

La Gazette cruzó sus manos sobre el pecho, y se inclinó alternativamente ante Tadeo y ante Rodriguez; despues, tocando á su frente, á su corazon y á su espada, esplicó no ménos claramente con esta pantomima, que habia comprendido, y que obedeceria tanto con el corazon como con la cabeza y con el brazo.

Entónces Rodriguez, dirigiéndose á las dos damas con una cortesía que no habia desplegado hasta entónces, les dijo con voz melosa:

—Hemos llegado; esta es vuestra prision, y vuestros carceleros solo son vuestros muy obedientes servidores.

—¿Qué significa esta farsa? preguntó Elena; ¿á dónde nos habeis conducido y qué nos quereis?

A una señal de Rodriguez adelantóse La Gazette, y alargando el brazo á la litera tomó de la mano á la señorita de Tarare que retro-

cedió de espanto; pero el normando estrechó la blanca mano de Elena, con tanto respeto y ternura, que conmovida la jóven, desconcertada y subyugada, se dejó llevar sin resistencia. Entónces La Gazette repitió la misma ceremonia para la señora de Thomassin; pero esta vez su mano se abrió estr meciéndose, y cuando la señora de Thomassin puso en ella la suya, el pobre baron mudó de color, miéntras un sudor frio corria en gruesas gotas por su frente.

—¡Muy bien! dijo Rodriguez, veo que os habeis vuelto razonables, continuad siempre así, para no ser enemigas de vosotras mismas.

Al concluir estas palabras acompañadas de una pérfida sonrisa, montó Rodriguez un caballo que acababan de enviarle, y partió á todo escape.

Los portadores se llevaron la litera, y Tadeo, señalando la escalera á las dos cautivas, les dijo:

—Señoras, dignáos subir á vuestros departamentos.

La Gazette tomó el partido de repetir todos los gestos de Tadeo, y para conducirse así tenia dos partidos poderosos. Primero, porque daba pruebas de gran celo y de laudable subordinacion, lo cual debia agradar infinita-

mente al subalterno de Olivero; segundo, porque de este modo influia en las dos cautivas y las determinaba á resignarse con la gracia particular que desplegaba en todos sus movimientos.

Así, habiendo señalado Tadeo á la escalera, Elena vacilaba en obedecer, cuando La Gazette estendió el brazo con una semi-sonrisa tan persuasiva, que la señorita de Tarare se decidió impulsada como fué por el aire plácido de aquel bárbaro, cuya conducta era para ella un enigma indescifrable.

Tadeo llevó á las dos damas á habitaciones muy ricas, y les dijo:

—Estais aquí en vuestra casa; me he esforzado en reunir en estas dos piezas y en ese salon, todos los objetos que puedan ocupar gratamente vuestros ócios: si mi prevision os ha dejado alguna cosa que desar, no tendreis más que agitar esta campanilla, y vuestro celoso servidor vendrá á tomar vuestras órdenes.

Al decir esto, el español hizo un saludo hasta el suelo y se retiró; pero al pasar el umbral de cada una de las puertas que precedian á las dos piezas y al salon, cerró estas puertas con llaves á las que dió dos vueltas, echó además dos cerrojos esteriores, y volviéndose á La Gazette, quien habia recibido órden de es-

perar en una especie de antecámara, le hizo comprender por medio de muchas señas, que se le daba por consigna la puerta de las habitaciones de las dos cautivas, que nadie debia penetrar en ellas, y que si las damas intentaban salir, debia prohibirles el paso.

La Gazette comprendió además en los gestos espresivos de Tadeo, que debia vigilar dia y noche este puesto, y no dormir sino á medias, en una banqueta que le serviria de cama y de asiento, que no le faltaria nada, que seria recompensado liberalmente de sus fatigas, y por el contrario, rudamente castigado, si el señor Olivero tenia que quejarse de su negligencia.

A todas estas recomendaciones, respondió La Gazette con soberbios saludos y contorsiones, que confirmaron á Tadeo en la opinion, emitida ya por Rodriguez, de que el tártaro era un animal de sobrenatural inteligencia y de fidelidad incomparable. A esto guardó Tadeo las llaves de los departamentos en uno de sus bolsillos y se retiró.

—¡Oh! ¡oh! pensó La Gazette, ¿es un cuento de hadas esta aventura? Vamos á ver, reflexionemos ántes de obrar, porque la menor falta podria costarme cara. Vamos, normando, amigo mio, muéstrate digno de tu pais... se

trata de probar á Pampelonne que en caso de necesidad puede uno pasarse sin él.

Al decir esto el capitan se colocó en la banqueta, hizo cabalgar una sobre otra sus enormes piernas, se palpó los costados, se palpó las sienes, y tomó en fin la clásica postura de un filósofo que procura resolver un problema insoluble.

Dejaremos á La Gazette entregado á sus profundas meditaciones, para volver á nuestras dos prisioneras.

Apenas se vieron solas la señorita de Tarare y la señora de Thomassin, se miraron, no atreviéndose á interrogar con precipitacion, de miedo de que Tadeo se hubiese detenido en alguna pieza inmediata para escucharlas ó para espiarlas tal vez.

Elena se estremecia de inquietud y de terror; aquella prision elegante le hacia pensar en que su honor estaba mas amenazado que su vida; un vago presentimiento le traia á la memoria los nombres de Louchard y de Olivero, sus dos cobardes enemigos.

David habia adquirido la certeza de que Louchard habia muerto, y que Olivero estaba en España; pero la imaginacion espantada de la jóven, estimulada por los estraños acontecimientos de aquel dia fatal, no se atrevia á

fiarse en noticias que la realidad desmentia. Elena, mostraba, pues, á su compañera un rostro muy p lido, y un profundo abatimiento.

—¿Qué podeis pensar de todo esto ,amiga mia? dijo. No preferiais como yo veros encerrada en un sombrio calabozo? allí al menos no tendríamos que temer sino la injusticia de los hombres; aquí tenemos que temerlo todo de su perversidad, de su audaz insolencia, de...

—Venid, respondió en voz baja la señora de Thomassin, y se llevó á Elena en medio del salon. Allí le tomó las manos, se las besó con trasporte, y luego, alzando la cabeza, mostró sus ojos brillantes de lágrimas, al mismo tiempo que vagaba por sus lábios una alegre sonrisa.

—En nombre del cielo, esplicaos, dijo Elena, vuestra sonrisa me hace estremecer... ¡Ah! teneis alguna buena noticia que darme... os adivino... ese hombre os ha hecho señas, le conoceis... él conoce... ha visto...

—¡Oh, callaos, imprudente! esclamó en voz muy baja la señora de Thomassin, callaos, ¡al hablar asi tan alto llamais á la muerte!...

—¿Con qué es cierto? interrumpió Elena con temblorosa voz, he adivinado... ¡Oh, Dios mio! venid en mi ayuda, me siento desfallecer... ¡Hablad, señora, hablad! ¿Esperais á que

yo caiga á vuestros piés inanimada?... ¿por qué todo ese misterio?... ¡tened piedad de mí! Viven, ¿no es cierto?

—No sé, ¡pero confio!... cuando esteis más tranquila hablar mos; vuestra agitacion me asusta.

—¡Confiais, oh! comprendo, murmuró Elena tan bajo, que apénas pudo oirla su compañera... Sí, os comprend ; cuando hay alguna catástrofe que revelar, es preciso preparar á ellas con medias palabras, á la persona á quien interesa; cuando se tiene una gran alegria que anunciar, se procede lo mismo, porque hay alegrías que matan, sí, amiga mia, hay noticias que destrozan el corazon cuando traen precipitadamente una dicha inesperada. Mi madre murió al saber, sin estar preparada á ello, que mi hermano habia muerto en duelo, y yo me he visto morir en un sueño que me devolvia al Bailío de Clermont. Pero aho a no sueño, os escucho, estoy tranquila, ¿no es verdad? ya estoy bien preparada, no teneis nada que temer... no os interrumpiré... ¡Oh! por favor, una palabra, una sola palabra, os lo suplico.

Elena se dejó caer de rodillas y juntó sus manos suplicantes. La señora de Thomassin, vencida por esta turbacion, se inclinó sobre

el pálido rostro de la jóven, y besando su bellísima frente, la dijo levantándola:

—No os engaño, creo que le volvereis á ver; creo que existe, y es una dicha para vos, como para él, que no tenga yo que daros una noticia más positiva, porque si no perdiéseis la vida, perderiais la razon. Esperemos, os digo; Dios es infinitamente justo é infinitamente bueno; su clemencia y su cordura nunca se han revelado mejor á mí que en este dia, en que debemos bendecirle.

—¡Oh, Dios mio! Sed, pues, adorado por vuestra humilde sierva, murmuró Elena con los ojos elevados al cielo; infligidme todas las torturas para espiacion de mis pecados, con tal que vuestra misericordia proteja al ser que quiero.

La señora de Thomassin fué á registrar todas las ventanas del salon para asegurarse de su elevacion y de su aislamiento; despues se puso á escuchar á las puertas, tentó las paredes, dando en ellas golpes con la mano, y volvió al lado de Elena, que la miraba y la seguia con paso tembloroso.

—Creo que en efecto estamos solas, dijo la señora de Thomassin, y que podemos hablar, pero imitadme, hablad muy bajo, os lo suplico; vuestra más cara esperanza desaparece-

ria con las palabras que revelasen nuestro secreto.

—No temais, respondo de mí.

Las dos pobres mujeres se acercaron una á otra, tan estrechamente, que se las hubiese tomado por dos estátuas talladas en el mismo trozo de mármol.

—Ese hombre con la barba tan larga, y vestido con tan estraño traje, ¿no os ha asustado, mi querida señorita? preguntó la señora de Thomassin con voz conmovida, mientras su mirada brillaba, y sus crispadas manos estrechaban con energía las manos de Elena.

—No, respondió la jóven; no puedo deciros por qué he visto á ese hombre sin miedo y aun con indiferencia...

—¡Con indiferencia! ¡justo cielo! interrumpió la señora de Thomassin... ¡cómo!... ¿no recordais?...

—¡Acordarme! no es verdad, esplicaos, en vano busco...

—Verdad es que estábais muy abatida, muy débil... que sufriais mucho y que de esto hace mucho tiempo...

—Esperad, dijo Elena con impetuosidad...

—¡Oh! Señor, Dios mio, ¡será posible! hace cuatro años, en vuestra casa, no es verdad...

—Sí.

—Un hombre alto, fuerte y bravo... un caballero.

—Sí.

—Mi protector, mi salvador.

—Sí.

—¿El buen capitan? ¿el baron La Gazette?

—El mismo.

Elena se echó en brazos de la señora de Thomassin, quien loca de dicha, cubrió de besos su cabeza. Durante algun tiempo, las dos cautivas en vano intentaron hablarse; las palabras espiraban en sus lábios, y no se veian sino á través de esas lágrimas que consuelan la alegría así como la desgracia.

—Ya nada teneis que desear, dijo Elena, que se puso de pronto pensativa.

—No sois otra yo, respondió la escelente mujer, ¿y no debe el baron devolveros al Bailío?... no alimenteis presentimientos enfadosos; creed más bien en lo que voy á confiaros.

Elena volvió á alzar la cabeza con la inquietud y la gracia de la paloma á quien despiertan los pasos del cazador.

—Sí, continuó la señora de Thomassin, debo confesároslo; hasta hoy he creido formalmente en la muerte del capitan y en la del señor de Clermont; se necesitaba nada ménos

que un milagro para arrancarme esa fúnebre certeza; el milagro acaba de realizarse, y puesto que el baron está ahí, cerca de nosotras; puesto que me ha hablado, el Bailío existe; lo juraria, y no tardareis en volver á ver á tan galan caballero...

—Pero amiga mia, ¿estais bien segura de haber conocido al baron?

—¡Le amo! murmuró la señora de Thomassin estremeciéndose.

La mirada de Elena brilló; animáronse sus ojos, y respondió con un movimiento de cabeza:

—Es verdad, os creo, porque yo tambien hubiese conocido al que amo.

—Tenemos muchas cosas que saber, continuó la señora de Thomassin, y no tardaremos en penetrar el misterio que nos rodea. ¿Qué significa ese disfraz del baron?...

—Sin duda nuestros amigos quieren llegar hasta nosotros para librarnos por medio de la estratajema.

—No lo creo; cuando el baron me cogió para llevarme á la litera de nuestro raptor, no se esperaba verme; el grito que dió al conocerme prueba su sorpresa, y cuando me dijo al oido las palabras: *En nombre del baron La Gazette, silencio y valor, señora... no me inter-*

rumpais... Comprendí que la menor señal de inteligencia entre él y yo, podia perdernos á todos.

—¿Pero entónces cómo esplicais la alianza del baron con nuestros enemigos?

—Seria preciso ante todo saber quiénes son esos enemigos... á decir verdad, los adivino.

—Olivero ¿no es cierto?

—¿En el uniforme que lleva aquí nuestro carcelero no habeis reconocido el traje militar español?

—Sin embargo, Olivero no está en Paris.

—¿Qué sabemos?

—¿De qué catástrofe estoy, pues, amenazada, Dios mio?

—El baron vigila, no os inquieteis. Escuchad, señorita, lo importante para nosotras es hablar con el baron, ¿no es cierto?

—Sí en verdad.

—El baron por su parte, se esfuerza probablemente en hallar el medio de vernos y hablarnos; pero si nosotras no le ayudamos, no podrá llegar nunca hasta nosotras.

—¿Qué podemos hacer para ayudarle?

—¡Oh! muchas cosas... se trata de saber entre las dos, si los hombres han ponderado en

todos tiempos la imaginacion de las mujeres por pura galantería.

—¡Ay! mi imaginacion es muy perezosa.

—No lo creo; mirad, voy á probaros...

—¿Qué? preguntó Elena mientras la señorita de Thomassin agitaba violentamente la campanilla de que Tadeo habia hablado.

—Voy á probaros que sois una verdadera hija de Eva, de las mas ingeniosas y de las mas encantadoras, mi bella señorita.

XVI.

Diplomacia femenina.

La campanilla resonó en el vestíbulo donde La Gazette en vano se devanaba los sesos para hallar un espediente que la señora de Thomassin acababa de encontrar sin esfuerzos. El bravo capitan dió un salto sobre sí mismo, como una liebre cogida en la cama.

—¿Qué es eso? dijo, ¿á qué viene ese campanillazo cuando tengo órden de no moverme?

Tadeo entró en el momento en que el normando acababa esta reflexion, y señalando al departamento de las dos damas, preguntó por

medio de muchos gestos si habia novedad por aquel lado.

La Gazette se esplicó como mejor pudo para hacer comprender que si habia alguna novedad era preciso ir á verlo.

El español ordenó al capitan que no se moviese; despues entró discretamente en la habitacion de las prisioneras, teniendo cuidado de anunciarse por medio de dos golpecitos dados con los dedos á cada puerta.

Durante este tiempo, la señora de Thomas sin pudo desarrollar casi del todo su idea.

—Señorita, habia dicho apresuradamente: será preciso que aparentemos un aire menos triste, risueño si podemos decir que la situacion nos agrada, y que nos resignariamos con gusto á sufrir nuestro cautiverio si se nos dejase hacer en nuestra prision lo que quisiéramos. Ahora bien, nuestro capricho, hoy por hoy, será ver á ese solemne truhan... ya sabeis, á ese mudo que nos ha acompañado aquí... Nos gusta con su cara feroz, y quisiéramos divertirnos...

—Sí, os comprendo, interrumpió Elena; es preciso que se le permita que venga á divertirnos... no temais, sabré secundaros.

—Eso es... ahí vienen... A nuestro papel.

Tadeo entró en el salon con mucha corte-

sía, y acercándose á las dos damas, que demostraban ensus rostros más cansancio y fastidio que miedo:

—¿Me habeis llamado? dijo.

—Sí, respondió Elena, tenemos que haceros muchas preguntas.

—Deseo poder satisfacerlas, señora, pero temo verme obligado á callarme acerca de aquellas que os parezcan más sencillas y naturales.

—Ante todo, ¿dónde estamos? preguntó la señora de Thomassin.

—En un castillo muy agradable, donde deseo que no tengais un solo momento de fastidio.

—¿Pero de quién es este castillo?

—De una persona que os honra y os quiere.

—¿Su nombre?

—No puedo responder.

—¿Y cuánto tiempo debemos pasar aquí?

—Lo ignoro... Supongo que vos misma podreis fijar la duracion de vuestra estancia... ¿Tan mal alojadas estais en este gabinete?

—Estamos en él muy bien, este lujo nos agrada, pero preveo que ántes de ocho dias nos moriremos de fastidio.

—Entónces abreviareis el tiempo de este encantador cautiverio.

—Desearíamos, ante todo, distraer las horas de ócio en que nos teneis, señor caballero.

—Teneis escelentes libros en esa biblioteca, novelas de caballería, y libros de oraciones.

—Me fastidia leer, respondió la señora de Thomassin.

—Y yo lo mismo, añadió Elena.

—¡Ah! teneis música, un arpa y dos bandolines.

—La música me entristece, dijo Elena con disgusto.

—Me irrita los nervios, continuó la señora de Thomassin; procurémonos una distraccion ménos melancólica; nos gusta reir, señor caballero, necesitamos divertirnos.

Tadeo se rascó la frente, atusó distraidamente su perilla y miró al techo.

—Señoras, dijo, veo que es difícil daros gusto; sin embargo, lo pensaré.

—Tengo muchas ganas de pasearme, dijo Elena, ¿no teneis un jardin, una esplanada?

—Tenemos un jardin, tenemos una esplanada; pero mi consigna es de que permanezcais encerradas.

—Bien, cumplid con vuestra consigna, pero sabed que voy á morir de despecho y de monotonía... Desde luego podeis dispensaros

de pensar en nuestra comida, no hemos de tomar ninguna especie de alimento...

—Eso es, interrumpió Elena; para no perecer de fastidio, sabremos morir de hambre.

—Señoras, tengo órden de prohibiros esa distraccion.

—A propósito, esclamó la señorita de Tarare, tened la bondad de decirnos, si lo permite vuestra consigna, quién es ese soldadote que nos ha escoltado hasta aquí.

—Es un polaco ó un tártaro; no sé.

—Es muy divertido.

—¿Lo creeis así?

—Mi querida tia Furster, vos, á quien ese diablo hizo reir tanto en un principio, ¿no tendríais gusto en volver á verle?

—¡Bah! á falta de otra cosa, nos divertiremos con el tártaro.

—Vamos, señor caballero, enviadnos á ese hombre tan grotesco, le haremos rabiar; en el fondo parece buen hombre... ¡Dios mio! ¡vais á negarnos esa distraccion! sabed, señor mio, que nos quejaremos á vuestro amo tan pronto como le veamos, porque un dia de estos le veremos, ¿no es cierto?

—Sí, en verdad... ¿Con que quereis ver á mi tártaro?

—Sí.

—¿Para hacerle rabiar?

—Para hacerle hablar en su salvaje idioma, tirarle de sus largos bigotes, y darle papirotes. ¿Se enfadará? ¿Es malo?

—No creo que se atreva á enfadarse; sin embargo, no os fieis de él, porque os prevengo que el bribon no comprende una palabra de francés.

—Le hablaremos en el lenguaje de los monos, enviádnosle.

—Pues bien, señoras, para probaros mi gran deseo de daros gusto, voy á hacer que venga ese hombre... sé que voy más allá de lo que me impone mi deber, y me lo tendreis en cuenta.

Tadeo se retiró y volvió algunos minutos despues llevando á la Gazette por una de sus anchas mangas.

—Divertíos cuanto querais, y hacedle rabiar cuanto os dé gana.

El español fué á sentarse en un taburete en uno de los estremos del salon, para asistir al curioso espectáculo de un oso acosado por dos mujeres á guisa de pasatiempo.

Este testigo contrariaba mucho á las cautivas, pero en seguida tomaron su partido.

—¿Cómo te llamas? preguntó Elena ayudando á la señora de Thomassin, pronta á des-

mayarse, pues tal era la violencia con que latia su corazon.

La Gazette, que nada comprendia de este manejo, dirijió su atónita mirada á las dos damas, y se estremeció al notar una seña imperceptible que le hizo la señora de Thomassin.

—En conciencia, esclamó la señora de Thomassin, que sentia la necesidad de moverse, en conciencia, ese salvaje es demasiado feo.

Y como el capitan hacia una involuntaria reverencia á esta impertinencia inesperada, la ingeniosa mujer le cogió por las barbas con fingida vivacidad; despues pasó sus lábios por las puntas de sus dedos, corrigiendo de este modo con una caricia la crudeza de su esclamacion.

La Gazette sintió correr por sus venas un dulce estremecimiento al contacto de esta mano querida, y halló medio de besarla de paso, sin que Tadeo, que se reia de buena fé, advirtiese esta galante superchería.

—Yo no le encuentro tan feo, añadió la señorita de Tarare, me parece horriblemente bello, y me recuerda los cuentos de hadas que tan bien me referia mi nodriza... ¡Ah! una idea, pero una idea magnífica; mi querida tia,

ya tenemos una distraccion que nos durará mas de ocho dias.

—¿Qué idea es esa?

—Voy á hacer el retrato del tártaro...

—¡Magnífico! ¿qué postura le hacemos tomar?

—No lo sé... ya se nos ocurrirá una buena. Señor caballero, continuó Elena dirigiéndose á Tadeo, tened la bondad de darnos papel, lápiz y todo lo que se necesita para dibujar.

«¡Oh! ¡angelical criatura! pensó La Gazette, ¡qué talento tiene esta jóven!»

—Señora, respondió Tadeo; no entiendo nada de pintura, pero me parece que con los libros y la música han debido poner aquí todo lo necesario para...

—Sí, dijo Elena, viendo algunos cartones encima de la mesa, veo que mis caprichos han sido previstos y prevenidos. A trabajar, pues. Ahora, os lo confieso, mi buena tia, la estancia en este castillo me agrada, ya sabeis lo entusiasta que soy... ¡pues bien! mucho sentiria que nos hiciesen salir de aquí ántes de ocho dias... Ayudad á vuestro polaco á que tome una postura natural... ¡Qué torpe es y qué tieso se pone el pobre ho bre... así... ahora no está mal... poned su mano derecha en su co-

razon... no, dejadla caer sobre la cadera... hacedle señas de que se sonreia... ¡qué lástima que no pueda hacerse comprender!... Señor caballero, cuando concluya el retrato voy á regalároslo.

Mientras, para obedecer á Elena, la señora de Thomassin llevaba de un lado para otro la mano del capitan, el pobre La Gazette, presa de una especie de vértigo y saboreando las delicias de la situacion, no cesaba de decir:

«¡Diantre! ¡qué diablillo! ¡qué talento! ¡qué embriaguez!»

Tadeo pensó que sus prisioneras eran más fáciles de contentar de lo que habia creido en un principio; se felicitó de que se contentasen con ocupacion tan inofensiva, y dijo para sí que puesto que el tártaro habia recibido del señor Olivero la consigna de guardar á las dos damas, responderia de ellas mas seguramente guardándolas á la vista. Al decir esto, imaginó dejar á La Gazette en su postura, cerrar con llave la habitacion, y despachar un correo á D. Jaime para preguntarle si hallaba algo que oponer á esta determinacion.

—¿Vais á dejarnos? preguntó Elena á Tadeo, que parecia fastidiarse mucho en su inmovilidad.

Esta pregunta fué hecha con una calma

tan natural, que el vigilante mas feroz se hubiese dejado engañar.

—Os he dicho, señora, que soy muy ignorante en pintura.

—Entónces comprendo que os canseis; yo tengo por costumbre no hablar nunca cuando dibujo, pero mi tia os hará compañía.

—Con mucho gusto, respondió la señora de Thomassin.

—Tengo que dar algunas órdenes, señoras, continuó Tadeo; os dejo, para volver en seguida.

—Haced lo que gusteis, y cuando volvais pensad en nuestra colacion; con la distraccion me ha vuelto el apetito.

Inclinóse Tadeo, é hizo muchas señas á La Gazette para hacerle comprender que tenia que observar, en el salon de las prisioneras, la misma vigilancia que en su antecámara. Despues, volviendo á saludar, se retiró, y oyóse cerrar la puerta principal del departamento.

Entónces La Gazette hincóse de rodillas y dijo con voz ahogada tanto por la emocion como por la prudencia.

—¡Victoria! ¡son nuestros!

Elena dejó caer su lápiz y cambió de color súbitamente. La lucha que acababa de sostener

esta valerosa jóven, sus violentos esfuerzos para aparecer contenta cuando su corazon se veia desgarrado de ansiedad, le habian quitado sus fuerzas. Su triunfante estratagema la espantaba, ahora que una palabra sola podia arruinar sus esperanzas. Esta palabra ya no se atrevia á provocarla; pero la palidez de su frente revelaba en ella una pregunta terrible.

—¡Bravo capitan! dijo en voz baja la señora de Thomassin; es cierto que os vuelvo á ver ¿y por que volveis solo?... ¿dónde está... el señor Bailío de Clermont?

Elena prestó ávido oido á la respuesta; no pudo hacer otra cosa que dirigir al baron una mirada que parecia velada por la muerte.

—¡Oh! tambien os conozco demasiado, murmuró en voz baja La Gazette; ¿sois la señorita de Tarare, esa pobre jóven á quien alcé del suelo ensangrentada en una noche fatal?... Aun conservais ese rostro melancólico que me causaba tanta piedad y respeto... Vamos, valor, gracias al cielo, el señor de Clermont vive.

Elena exhaló un suspiro profundo, y cayendo de rodillas, alzó sus manos al cielo: despues dirigió al capitan una mirada brillante de amor y de fiebre, casto reflejo de su alma, que

decididamente tomaba el señor bajo su protección.

—¡Vivo! repitió, y una sonrisa angélica coronó sus lábios, al mismo tiempo que sus mejillas se animaban como por encanto... Vivo, pero desgraciado; ¿cautivo tal vez?

—No, no, nada de eso, libre... sin embargo, me engaño cuando digo que es feliz. ¿Puede ser feliz léjos de vos, señorita? añadió el normando, que, como se ve, iba formándose en la galantería; al contrario, es muy desgraciado, puesto que os busca sin esperanza de hallaros; pero yo os he encontrado, volvió á decir el capitan La Gazette con aire de triunfo, yo os he encontrado á las dos... ¡Oh! ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cómo no volverse loco!.... Poco á poco.... reunamos nuestras ideas. ¿Qué es lo que yo os referia?... no lo sé... ni sé lo que me digo... ¡A ! si, ya me acuerdo... el señor Bailío está bueno... vaya si lo está... es siempre el mismo... siempre gran señor, con mucho talento... bravo como su espada, y hábil... tan hábil, que recordareis tal vez cierto bandido que se llamaba el Rifodé, que se llamaba David... cuyo bandido...

— Si, nos acordamos, interrumpió la señora de Thomassin, acabad...

—Pues bien, la noche última, el Bailío le hizo en el pecho un boquete formidable...

—¡Cielos! esclamó Elena; ¿habrá matado á David el señor de Clermont?

—A fé mia, poco ménos; sin embargo, se espera salvarle; y el señor de Clermont y yo teníamos interés en conservar á ese bribon, porque esperábamos que nos haria hallar vuestras huellas. Ahora ya puede irse á confesar con el diablo.

—Señor baron, dijo la señora de Thomassin, David ha sido nuestra providencia y la vuestra, si unas y otros estamos vivos á él se lo debemos.

—¡Oh! ¿pero por qué equivocacion horrible se ha causado esa desgracia? preguntó Elena.

—Os lo referiré todo en tiempo más oportuno; ocupémonos de nuestra evasion de este castillo maldito, porque estamos en un castillo, ¿no es verdad? En cuanto al pobre David, puesto que os interesais por él, trataremos de salvarle; no temais, los Rifodé tienen la vida dura.

—¡Cómo! preguntó la señora de Thomassin, ¿no sabeis dónde estamos?

—No sé si nos hallamos en un castillo, en una quinta, ó en una barraca; sé que deseo

sacaros de aquí á mi vez, y poneros á las dos en parte segura.

—Pero, en fin, dijo Elena, ¿cómo estais aquí con nosotras?

—¡Oh! esa es una larga y curiosa historia que me parece que data del diluvio; el señor Olivero...

—Ya nos lo maliciábamos, interrumpió la señora de Thomassin, mientras Elena, sobrecogida de espanto, temblaba con todo su cuerpo.

—¿Qué os maliciábais? repuso admirado La Gazette, ¿qué quiere decir eso?

—Que se nos dieron falsas noticias anunciándonos la partida de Olivero para España; acaso el mismo Louchard no ha muerto.

—No sé si ha muerto Louchard; pero si D. Jaime Olivero ha ido á España, ha regresado seguramente, porque ayer le hemos arrancado de las garras del Rifodé que iba á hacerle pedazos; porque le he visto esta mañana, y si estoy aquí es para obedecer sus órdenes, es decir, aquí, en casa de ese infame bribon, del que purgaré á la tierra dentro de poco, respondo de ello con mi título de baron.

—¡Para obedecer sus órdenes! dijo la señora de Thomassin herida en su vanidad.

—¿Es suyo este castillo? añadió Elena ocultando su rostro entre sus manos.

—Y sin embargo, yo deberia bendecirle continuó La Gazette con una lánguida candidez de que las dos damas se hubiesen reido en cualquiera otra circunstancia, si, yo debiera bendecirle, porque le debo el haberos vuelto á ver, yo que os buscaba por todo Paris, y que estaba dispuesto á buscaros por el mundo entero.

—¡Oh! pero esplicadnos, pues, esos misterios; hacednos un relato completo de esas aventuras.

—Hay tiempo para todo... Además, seria preciso poseer para ello le elocuencia del ciudadano Publicola... A propósito, ¿qué ha sido del ciudadano Publicola, señora? preguntó La Gazette cambiando de tono y frunciendo las cejas involuntariamente, como si esperase una respuesta desagradable.

—No sé qué es de él, respondió vivamente la señora de Thomassin sonrojándose y bajando los ojos con pudor; pero, continuó no es ocasion ahora de instruirnos: ya os contaremos todo lo concerniente á nosotras cuando hayais satisfecho nuestra curiosidad. Además, no podriamos formar ningun plan de evasion, ningun proyecto sin conocer cada una por la

punta de los dedos nuestra comun historia... Hablad, pues, señor baron, vuestras palabras despertarán en nosotras laudables ideas.

La Gazette se volvió hácia Elena, que fijó en él una mirada suplicante; estaba impaciente por saber todo lo que le habia sucedido al Bailío de Clermont; en su deseo y en su alegría olvidaba su propio cautiverio.

—Obedezco, pues, dijo el capitan, escuchad bien, trataré de ser conciso.

La Gazette hizo la relacion detallada de los acontecimientos que hemos desarrollado; y al hablar de su prision en la Bastilla, no omitió decir que siempre habia sospechado que los sargentos, sus carceleros, se habian tomado por él un vivo interés.

Este interés, añadió, no lo debí en verdad á ninguno de aquellos dos hombres que se sucedieron uno á otro, no sé por qué; yo no los conocia, ellos no me debian nada, y sin embargo, debieron imponerse costosas privaciones para mantenerme, asi como al Bailío de Clermont durante el sitio de Paris.

Hablando francamente, querida señora, he creido, quiero creer y creeré que habeis entrado por mucho en este milagro...

—No, yo no, interrumpió con timidez la señora de Thomassin; el bravo Rifodé os es

plicará ese misterio; os repito que todos le debemos el honor y la vida. Pero continuad, señor, no os detengais en tan buen camino.

La Gazette continuó su relacion, y tuvo bastante sagacidad para pasar por alto los cuidados que la señora de Bussy-Leclerc habia prodigado al Bailio; hasta esplicó estos cuidados afirmando que la gobernadora de la Bastilla se habia enamorado del Bailio, hizo cuanto pudo por seducir al prisionero, sin conseguirlo, y que furiosa por esta derrota, se vengó de él dejando á Clermont en un calabozo cuando ella salió de la Bastilla. Elena respiró al oir estas palabras, porque por instinto habia tomado aversion á la señora de Bussy-Leclerc, y su corazon se sublevaba ante la idea de que esta mujer habia podido ser amada un s lo dia del Bailio.

La Gazette refirió muy chistosamente la estratajema imaginada por Pampelonne, para captarse la voluntad de Olivero, y esta parte de su relato ilustró completamente la situacion general.

—Ahora, dijo Elena, todo me lo esplico; veo al cínico Olivero maquinando, y conozco claramente sus proyectos; pero le aguardo, soy fuerte y valerosa, y cuando menos seré tan diestra como él. . Es verdad que ahora renaz

co, me siento feliz y orgullosa... Sí, señor baron, lo habeis dicho: victoria, ¡tenemos al mónstruo!

—Resumiendo, observó la señora de Thomassin, ¿por qué política estais, mi valiente capitan?

—¡Cómo, señora! ¿no os lo he dicho?

—Perdonad, soy poco hábil para seguir los embrollados hilos de vuestra diplomacia... ¿no estábais por la liga? ¿No érais republicano cuando el señor de Clermont y vos fuisteis á mi casa hace cuatro años?

—¡Republicano el Bailío! ¡yo republicano! ¡qué disparate! Nosotros somos verdaderos hidalgos, señora, y realistas como es razon.

Dios y el rey, tal es nuestra divisa. Si no os revelé este secreto cuando me hicisteis el honor y la gracia de ir á visitarme á mi calabozo algunos dias despues de encarcelado, era porque este secreto pertenecia solo al rey!

—Loado sea el Cielo, yo me habia dejado persuadir de lo contrario; tanto era lo que queria creer en vuestra inocencia cuando os llevaban á la Bastilla. Muy bien, ahora estamos de acuerdo: necesitamos reflexionar profundamente en los medios mas á propósito para escarmentar al traidor Olivero.

—Si se presenta aquí, le mato, dijo La Gazette, porque...

—No, haremos otra cosa mejor, interrumpió Elena; ¡que venga! yo sabré recibirle... Ese hombre se nos ha entregado, tambien nosotras somos realistas fieles, no olvidamos al rey.

—La noble jóven pensaba ya,—tanta abnegacion hay en el amor verdadero,—en hacerse útil á la causa realista, al partido del Bailío de Clermont. Le parecia que podia sacar ventaja de las visitas de Olivero, penetrar sus secretos, ó gobernarle de modo que favoreciese el golpe de mano meditado por Brissac, Pampelonne y el Bailío.

—Razon de más para matarle, replicó La Gazette; Olivero es el águila de la política española.

—Despues haremos de eso, dijo la señora de Thomassin; levantemos la sesion, porque nuestro carcelero va á venir de un momento á otro, y aun no habeis empezado á dibujar, mi querida señorita.

—¡Diantre! dijo La Gazette, es justo: el español es muy desconfiado por naturaleza; veamos... garabateadnos pronto alguna cosa...

Las llaves de Tadeo resonaron en la cerradura al acabar La Gazette estas palabras.

—Ahí está nuestro hombre, dijo el normando, y volvió á tomar su heróica postura con toda la torpeza posible.

—Despachaos, pues, dijo al oido de Elena la señora de Thomassin; haced al ménos la nariz y los bigotes...

—Es que yo no sé dibujar nada absolutamente, mi querida amiga.

La Gazette exhaló un horrible suspiro, y la señora de Thomassin repitió este suspiro, estremeciéndose.

—Verdaderamente, continuó Elena, jamás he sabido manejar un lápiz, con gran desesperacion de mis preceptores.

—Pues entónces, estamos perdidos, no podemos comunicarnos con el baron!

La llegada de Tadeo puso fin á las lamentaciones de la señora de Thomassin. El español llevaba una bandeja llena de confites, de frutas y de dulces; puso la bandeja encima de una mesa, y dijo sonriendo con desenfado:

—Y bien, señora, ¿se ha concluido ese retrato?

—No está ni aun comenzado, respondió Elena con audacia.

—¡Ni aun comenzado!

—¿Creeis que es cosa fácil hacer que ese hombre tan torpe se esté un momento quieto?

No entiende uno sílaba, todo lo hace de mala gana, y me lanza miradas feroces, cuando por todos los gestos imaginables le suplico que me sonria. En fin, con la ayuda de Dios, podré concluirlo, no en ocho dias como pensaba, sino en quince. Por ahora, me siento cansada; así, señor caballero, hacedme el gusto de enviar á acostar á mi mono: su vista me irrita los nervios.

Al decir esto Elena dejó á un lado sus cartones, y se recostó con aire indolente en el espaldar de su sillon. La señora de Thomassin, rejuvenecida con la facundia de su compañera, se dirigió hácia la bandeja, y se puso á comer algunos dulces, mientras La Gazette desempeñaba con estraordinaria habilidad su papel de mudo y de tártaro.

—Así, dijo el sargento Tadeo, no teneis nada que desear por hoy?

—Nada más que una buena cena, respondió la señora de Thomassin.

—Contad con mi celo, señora, dijo Tadeo, quien, empujando por la espalda á La Gazette, le arrastró hácia fuera para que se quedase de centinela en la antesala. Allí encontró nuestro normando una mesa servida con una cena abundante, y cuando Tadeo le hizo señas de que aquellos víveres eran para él, se frotó las

manos, se sentó, y empezando el ataque por un jarro de vino clarete, dijo para sí:

—Decididamente, soy corto de ideas, ¡pero paciencia! El dia ménos pensado me verán hacer una obra maestra.

Y comió como un ogro, y bebió como un templario; tal era la alegría que rebosaba de su corazon.

XVII.

La comedia se vuelve drama.

Don Jaime Olivero habia sabido por Rodriguez el buen éxito del rapto de las dos damas; y habia respondido á Tadeo que no veia inconveniente alguno en que las prisioneras se divirtiesen en hacer el retrato del tártaro, quien de este modo ejercería una vigilancia más activa y más severa.

Además, D. Jaime habia anunciado su visita al castillo de Saint-Maudé para uno de los próximos dias, y prohibido espresamente que le nombrasen en cualquier circunstancia que fuese, á fin de no asustar de ante-

mano á la cándida paloma que se trataba de amansar.

La Gazette pudo, pues, comunicar libremente durante muchos dias seguidos con las dos damas y aprovechar el tiempo para construir proyectos de venganza y de evasion. Pero estos proyectos no llegaban á su término, porque si el normando fingia vigilar á las prisioneras, él se veia vigilado realmente por Tadeo, que no le permitia género alguno de ejercicio fuera de su antesala y del salon donde la señorita de Tarare, por mucho que se aplicaba, no podia conseguir dibujar, no ya un retrato, pero ni una caricatura.

La situacion se volvia cada vez mas crítica; Olivero podia llegar de un momento á otro, y aun ya se estrañaba que fuese tan tímido ó tan discreto, que no se hubiera présentado; y si pedia que le enseñasen el retrato, ¿con qué razones que fuesen válidas se le iba á contestar? Descubriendo D. Jaime que se habia engañado á Tadeo, debia naturalmente sospechar algun lazo, obrar como fino diplomático que era, armar alguna zancadilla á La Gazette, descubrir la intriga del Bailío y de Pampelonne, y vengarse en cada uno de los personajes de la comedia en que él se habria dejado engañar.

La Gazette comprendia todo esto, y su imaginacion, poco hábil para hallar espedientes, se entregaba con rara sagacidad al exámen de las consecuencias amenazadoras de la estratagema inventada por Pampelonne. El bravo capitan habia renunciado á hacer prevenir á sus amigos, de los que no tenia noticia alguna; le era imposible dar un paso, imposible comunicar con un criado, porque estaba concenado rigorosamente á no abrir la boca más que para sus cuatro comidas cuotidianas. Además, en esta estraña casa se hacia el servicio como por encanto; La Gazette solo veia al sargento Tadeo; no habia criados, ó al ménos estaban ocultos.

Ante todos estos obstáculos amontonados, verdad es que La Gazetts no perdia valor, pero perdia la paciencia, y avergonzado de la indigencia de su espíritu, llamaba á Pampelonne con toda su alma, declarando para sí sinceramente que los normandos gozaban de una reputacion colosal, pero usurpada.

Tambien la señorita de Tarare se habia visto obligada á abandonar la idea que le ocurriera de hacerse útil al rey, y no pensaba ya sino en los medios de salir de su prision. En vano conferenciaba dia y noche con su compañera; este medio tan buscado se les escapa-

ba; Tadeo cumplia con sus funciones de carcelero, no como un hombre, sino como un perro inteligente é infatigable.

Tres dias hacia que las cautivas estaban en el castillo de Saint Maudé, cuando una noche fué Tadeo á rogar á la señora de Tomassin que le siguiese, y la llevó á una habitacion donde el capitan La Gazette la esperaba.

—No llevareis á mal, señora, dijo el español, que os ruegue permanezcais aquí durante algunos momentos; no tardaré en volver á buscaros para llevaros al lado de vuestra sobrina.

—¿Por qué nos separais? ¿Qué significa esta nueva tiranía?... preguntó la señora de Thomassin, que preveia con terror que la alejaban de Elena para introducir á Olivero al lado de la jóven.

Tadeo, por toda respuesta, esplicó por medio de gestos á La Gazette que la señora de Thomassin estaba bajo su guarda, y que él respondia de ella: despues se retiró, cerrando la puerta con llaves y cerrojos, segun su prudente costumbre.

En efecto, mientras Tadeo se ocupaba de la señora de Thomassin, D. Jaime Olivero entraba en el salon donde la señorita de Tarare, al ver tan cercano el mayor peligro que tenia,

acababa de armarse de un soberbio valor y de una dignidad de reina.

Antes de escribir lo que pasó en el salon de Elena y en la habitacion donde el enamorado La Gazette obtenia, de la caprichosa casualidad, una entrevista que hubiese comprado al precio de su vida, debemos regresar á Paris para volver á hallar en él y seguir á Pampelonne y á Clermont, asi como á diferentes personajes de esta verídica historia.

Clermont, dócil al consejo de Pampelonne, habia descansado, habíase puesto los ricos vestidos que la elegante hospitalidad de don Jaime Olivero ofreció á su disposicion, y debemos decir que, operada la metamórfosis, el Bailío no se parecia en nada ni al conde Kataklopski, ni al pobre prisionero de la Bastilla, sino al esbelto y apuesto doncel de Enrique III, del que tanto se habian ocupado en la ciudad como en la corte, al brillante capitan de cacerías, del que tan dulce recuerdo habia guardado la señorita de Tarare.

—Estais hecho un buen mozo, amigo mio, dijo Pampelonne; pero ¡pardiez! no tendreis ya la facha de un polaco, y temo que vuestros aires de hidalgo sean causa de que nos conozcan y ahorquen en alguna encrucijada... Ea pues, vámonos de aquí para gestiona

tros asuntos; pero ántes seria de buen gusto que hiciéseis una visita al señor Olivero.

—¡Otra vez! ¿No he visto ya bastante ese rostro que me desagrada?

—Debemos ser corteses, y es preciso que volvais á dar gracias á nuestro hidalgo; vamos, cumplidme pronto esa formalidad; despues, iremos al arsenal.

—¡Al arsenal! ¿Y para qué?

—Iremos á saludar al conde de Brissac antes que en su cualidad de gobernador de Paris se instale en el Louvre.

—Caballero, caballero, ¡vais á meterme en la boca del lobo!...

—Brissac me conoce...

—Pues por eso debeis ir á saludarle... En fin, señor Bailío de Clermont, ¿queréis ó no que Su Magestad Enrique IV, rey de Francia y de Navarra, entre en Paris?

—Ciertamente, lo quiero; pero por lo mismo que desearia asistir á su entrada triunfal, no veo por qué os empeñais en querer que me corten la cabeza antes de esa ceremonia. Ahora bien, temo que á Brissac se le antoje hacernos descuartizar para que formen buena opinion de su falso celo...

—Mi querido amigo, teneis el corazon henchido de amor, y por consiguiente, no en-

tendeis nada de política. Dejadme gobernaros á mi antojo, si es que teneis interés en volver á ver á la señorita de Tarare, y si quereis vestir luto dentro de poco en las exequias de la Santa Liga.

Clermont cedió; fué á casa de Olivero que le acogió admirablemente, alabó su apuesta figura, y le ofreció el mando de un regimiento, honor de que el Bailío se defendió con una modestia que verdaderamente encantó al español.

Al dejar á don Jaime, Clermont se reunió á Pampeloune, quien tambien se habia vestido y tomado el modesto traje de escudero de buena casa. Ambos se dirigieron al arsenal.

Pensando que la señora de Brissac habia abandonado la Bastilla donde ya no tenia nada que hacer, para volver al hogar conyugal donde el nuevo gobernador de Paris tenia gran necesidad de sus consejos, el Bailío quiso ver ante todo á la condesa, é insistió de tal modo, que, sin anunciarse, le introdujeron en el mismo gabinete donde en otro tiempo se habia vengado de los sermones republicanos del general de la Liga.

Maravillóse la condesa al volver á ver á Clermont siempre jóven y galante, siempre bravo y apuesto; le recibió, así como á Pam-

pelonne, con la gracia que le era natural, y les dijo:

—Llegais á punto, señores; voy á enviar á buscar al gobernador de Paris, y vosotres mismos tratareis vuestros asuntos; hidalgos como vosotros no necesitan que les den lecciones. El señor de Brissac, os lo digo en confianza, está mas decidido que nunca á poner una mordaza á la Liga; pero le queda algun pudor, que necesitais respetar. Entrad sagazmente en el terreno de la confianza y haced como que ignorais mis confidencias...

La condesa se vió interrumpida por la llegada del conde que frunció las cejas al ver á nuestros dos caballeros.

—Caballero, dijo la señora de Brissac, ¿creeis en los aparecidos?

—¡Vos aquí, Clermont! esclamó el conde; ¡oh! Pero vuestros amigos han hecho decir infinidad de misas por el descaneo de vuestra alma. ¿De dónde habeis salido?

—Llegamos de Saint-Denis, se apresuró á responder Pampelonne, que desconfiaba de lo que iba á decir el Bailío.

Brissac miró al gascon; pareciale que habia visto en alguna parte aquel rostro, y en efecto, se recordará que Pampelonne fué el encar-

gado de entregar el dia antes al nuevo gobernador de Paris su nombramiento.

—Sí, escelencia, repuso el caballero con admirable aplomo; llegamos del cuartel del rey.

—¿Este caballero es amigo vuestro? preguntó Brissac á Clermont señalando á Pampelonne.

—¿Amigo mio? Sí en verdad, y de los mejores; le conoceis de reputacion, es el caballero de Pampelonne.

Brissac hizo un profundo saludo; luego sonrieudo:

—Vuestra visita, caballero, continuó, me honra en estremo, porque prueba vuestra estimacion al gobernador de Paris. Si mal no recuerdo, no deberíais llegar de Saint Denis, sino de la Bastilla; de donde ayer os evadísteis, no sé por qué medio.

Aquí Clermont se mordió los lábios, como si hubiese querido cojer al vuelo la imprudente palabra que habia soltado; pero con gran admiracion suya vió á Pampelonne saludar y sonreir á su vez.

—Salido ayer de la Bastilla, durante la noche, escelencia, he podido llegar á Saint-Denis, ver al rey, tomar sus instrucciones, regresar á Paris esta mañana, y venir en segui-

da á ofreceros mis respetos; soy prodigiosamente activo, señor conde...

—Y prodigiosamente temerario, añadió Brissac.

—Temerario, ¿en qué, escelencia? continuó Pampelonne, haciendo al mismo tiempo seña á la condesa para que se alejase.

La señora de Brissac lo comprendió; levantóse, hizo un saludo y se retiró.

—En primer lugar, caballero, continuó el conde, mi nuevo destino me impone deberes rigorosos; debo justificar la confianza que hacen de mí el duque de Mayenna y el Consejo de la Liga; debo ser severo en todas ocasiones contra nuestros adversarios políticos, y es abusar de la fortuna venir voluntariamente á entregarse en mis manos cuando os habéis escapado de la Bastilla por un milagro...

—Eso es lo que me decia hace una hora el señor Bailio de Clermont, interrumpió Pampelonne, porque él tambien se ha escapado de la Bastilla, y añado que no querria volver á entrar. Pero dejemos á un lado ese asunto, si lo permitis, escelencia...

—Perdonad, caballero; hablemos por el contrario de él, por desagradable que pueda pareceros... En verdad, solo veo un medio de conciliar el interés que os profeso con mi deber.

—¿Y ese medio?... preguntó Clermont.

—Es que ambos os volvais á constituir prisioneros, señores; yo haré valer ese rasgo de vuestro valor para dulcificar la severidad de vuestros jueces...

—Señor conde, interrumpió Pampelonne, y esta vez en tono serio: no he salido de la Bastilla, no he ido á Saint-Denis, y no he venido al Arsenal para remedar al Régulo antiguo. Tengo como vos, escelencia, pocas simpatías por los grandes republicanos de Roma.

Brissac se mantuvo firme contra el epígrama; en vano se esforzaba hacia más de un año, en hacer olvidar que habia dirigido en Paris la fraccion republicana de la Liga, y vió con placer que uno de los mejores compañeros de Enrique IV ignoraba esta página sensible de su historia. Pampelonne no era hombre que se daba por vencido fácilmente; volvió, pues, á la carga con una tenacidad de que el Bailío de Clermont tomó el partido de alegrarse.

—No es, dijo, que yo deje de admirar á los republicanos de Roma; al contrario, los tengo á todos en conjunto por hábiles gascones, y reconozco y elogio su capacidad. El rey, señor conde, participa de esa opinion, y os confesa-

ré que de todos los ligueros, los republicanos son á los que el rey ve con ojos paternales y clementes.

El gobernador de Paris no pudo ocultar el interés que tomaba en seguir á Pampelonne en el terreno en donde acababa de colocarse; así, prestó el oido sin inquietarse de las licencias algo atrevidas que se permitia el que así estaba discurriendo.

En efecto, continuó el caballero; los republicanos tienen á los ojos del rey el mérito de no haber abdicado su cualidad de franceses; no se les ha visto jamás hacer un tráfico de su país con España ó la casa de Lorena... pero olvido, escelencia, que estoy hablando á un general de la Liga; perdonad mi franqueza.

— Hablad, caballero, gusto mucho de que se me ilustre en todo...

— Ahora bien, señor conde, el rey hace bastante caso del partido republicano, y me atreveré á afirmar que cuando tomemos posesion del Louvre...

—¡Hum!... interrumpió Brissac; la frase me agrada, pero es arriesgada.

—Los republicanos no solo serán amnistiados, continuó Pampelonne, sino bien vistos por S. M.

—Hé ahí una prediccion que voy á hacer

publicar por toda la ciudad á son de tambor y clarin, dijo Brissac.

—El señor Bailío de Clermont, continuó Pampelonne, os dirá, escelencia, que el rey os quedaria muy obligado si hiciéseis séria mente lo que nos habeis dicho en forma de chanza.

—¿Y habeis venido de Saint-Denis, señores, á traerme esa embajada?

—Precisamente, respondió el Bailío con flema: ademas estoy autorizado á haceros una oferta personal.

—Veamos la oferta, señores, no tengais reparo en decirlo.

—Estando el rey en estas benévolas disposiciones para con los republicanos, y contando con su apoyo, ó mejor dicho, con su asistencia, ha sabido con alegría que acabais de ser nombrado gobernador de Paris...

—¡Ah! ¿de veras?

—Sí, continuó Pampelonne, al saber esa noticia dijo: de todas las faltas que Mayenna ha cometido desde que está en frente de mí, esa es la más pesada y la más necia.

—¿Ha dicho eso el escelente príncipe?

—Y, repuso Pampelonne, con estas palabras benévolas queria hacer vuestro elogio; porque sabe, señor general, cuanto deplorais

los funestos impulsos que os han inducido por la parte de la Liga...

—Y cuánto detestais el recuerdo de vuestras opiniones republicanas en tiempos pasados...

—Yo, jamás, he. .

—Convenido, interrumpió Clermont; sé lo que vais á decirme; que jamás os habeis entusiasmado con las teorías de los Gracos. Esas son locuras que no se confiesan en público; pero aquí estamos solos, y podeis abjurar de vuestros errores como yo. Yo he sido republicano, y de los más testarudos, no podeis haberlo olvidado, pero ménos prudente que vos, he sacudido demasiado pronto el polvo de mis opiniones, de suerte que se ha hecho poco caso de mi conviccion. Vos, general, os habeis hecho firme, por lo cual ántes de ocho dias sereis mariscal de Francia.

—¡Eh! dijo Brissac.

—El rey tiene espías en todos los rincones y en todas las casas de Paris, continuó Pampelonne, no os sorprendais, pues, al saber que S. M. conoce vuestras más secretas intenciones, habeis solicitado el gobierno de Paris para abrirnos las puertas de la capital...

—¿De dónde vienen esas calumnias, caballero?

—Vienen de Saint-Denis, y el rey nos ha enviado á vos, señor conde, para deciros que se os conservará vuestro mando, y se os hará mariscal de Francia, si de aquí á ocho dias lo más tarde, se nos abren las puertas. Ahora, nuestra mision está cumplida, pensadlo durante diez minutos, y concluid.

—Vuestro aplomo me desconcierta, y en verdad que hallo admirable me hayais dicho tantas cosas.

—¿Necesitaré ilustraros? le dijo Pampelonne á media voz; nuestros espías han tenido ocasion de introducirse en vuestra casa, y han sorprendido vuestras secretas entrevistas con la señora de Brissac. Al ménos, la noble dama es tan realista como vos.

—Más bajo, esclamó Brissac, más bajo, caballero, porque si el rey tiene espías en mi casa, Mayenna, el español y los Diez y seis los tienen tambien.

—Hace mucho tiempo que Mayenna ha perdido la partida, continuó Clermont; haremos ahorcar á los Diez y seis, y en cuanto al español, somos dueños de él...

—¿Sois dueños de él?

—La prueba es que estamos alojados en la embajada española, en casa de don Jaime Olivero.

—¿Vos?

—Así, señor conde, abordemos la cuestion francamente: entregad á Paris al rey, y el rey os hace mariscal de Francia. Sí, ó no, como querais. Si decís que sí, dadnos la mano, y concertemos este buen negocio; si decís que no, enviadnos á los señores Diez y seis, que nos harán ahorcar, porque hemos respondido de vuestro celo al rey, y hemos respondido con nuestra cabeza.

Brissac, sin responder, alargó sus manos á los dos partidarios; luego, despues de una pausa, les dijo:

—No es Mayenna, no es el ejército, no son los republicanos los que me incomodan, sino el español Olivero sobre todo; esa zorra sigue con ojo avizor y fina nariz todas las pistas.

—¡Bah! dijo Pampelonne, esa zorra tiene tres sabuesos que la siguen y la harán entrar en su madriguera. Dignáos escuchar con atencion lo que voy á deciros.

El caballero refirió á su modo lo que habia pasado por la mañana en la embajada española; Brissac rió á carcajadas al saber la historia del conde Kataklopski, del escudero Ivarof y del tártaro La Gazette.

—En efecto, dijo, creo como vos que el diplomático Olivero nos pertenece, porque tiene

mucho que hacer con tres caballeros de vuestro temple. ¡Pero creo soñar! ¿Es posible que el capitan La Gazette pertenezca aun á este mundo?

—Ya le vereis trabajar, escelencia, repuso Pampelonne; os repito que Olivero no es en este momento más que un moscardon enredado en una tela de araña; el señor de Clermont es ayudante de campo del español; yo soy ayudante de campo del ayudante de campo; detrás viene La Gazette; teneis, pues, en total tres compañeros á vuestras órdenes, prontos á romper la cabeza al primero que se presente: estos tres compañeros seguirán áOlivero como su sombra: sereis instruido de todos sus hechos y gestos; sereis servido por nosotros con celo inteligente, y él á su vez se verá servido por nosotros con celo inteligente, y él á su vez se verá servido por nosotros con más celo aun. Así, señor conde, preparad vuestras baterías, y avisadnos el momento en que sea preciso hacer fuego; vereis cómo tiran nuestros arcabuces.

Se convino entre Brissac, Clermont y Pampelonne, que se instruiria al rey de las buenas disposiciones del gobernador de Paris; que este tomaria sus medidas, y que ántes de ocho dias se intentaria dar el golpe.

—Sabed, dijo Brissac, que no quiero tener otros confidentes que vosotros dos; servios del capitan La Gazette, pero sin confiarle nuestros proyectos; el ejército nos bastará, y los tontos de Paris no se enterarán de la restauracion monárquica hasta el momento en abran la boca para gritar viva el rey. Tengo á los Diez y seis y á los republicanos bajo el tacon de mi bota; si se mueven los aplasto. No vengais á verme sino de noche, no empleeis intermediarios, y fiaos en la lealtad de mi conversion política; estad siempre prontos á obrar y que Olivero se vea, siempre y en todas partes, seguido de uno de vosotros...

Pampelonne y Clermont salieron del arsenal encantados de esta entrevista, cuyo éxito habia ido más allá de sus esperanzas.

—Ahora, mi querido amigo, dijo el caballero, justo es que pensemos en vuestros amores... Vamos á saber del Rifodé David.

—Nuestro enfermo está mucho mejor, dijo á Clermont el ciudadano realista que habia recogido á David; hasta ha murmurado algunas palabras inteligi les á mi oido, y he comprendido que el pobre diablo no deseaba más que veros.

—¡De veras! esclamó el Bailío; entonces, corro...

En efecto, apenas vió á Clermont el Rifodé, manifestó gran alegría, sus ojos brillaron, y su frente se iluminó con un rayo de esperanza. Hizo señas al Bailío de que se acercase, y reuniendo sus fuerzas le dijo con voz desfallecida:

—Posada de *La Providencia*, la señorita de Tarare... Corred... Calle de Guisa...

Agotado por los esfuerzos que acababa de hacer, David cerró los ojos, cubrióse su rostro de lívida palidez y se desmayó.

—Socorredle, dijo Clermont, socorredle.

Y sin decir una palabra más, precipitóse el Bailío fuera de la habitacion seguido de Pampelonne, que en vano le gritaba se detuviese.

—¡Pardiez! ¡Amigo mio¡ dijo el caballero, luego que detuvo al Bailío. ¿A donde vais tan de prisa?

—¡David ha hablado, ella existe, sé en donde está!....

—¿Y en dónde está?

—En una posada cerca de aquí... en esta calle...

—Esperad, desgraciado, interrumpió Pampelonne: apuesto á que esa posada tiene la muestra de la *La Providencia*.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿Cómo lo sabeis?

David ha hablado tan bajo, que yo solo he podido oirle.

—Sí, pero Olivero ha hablado ménos bajo que David al dar sus instrucciones á su criado Rodriguez; le habló en español, y yo cogí al vuelo ciertas frases... ¿Quereis apostar á que el bribon de Olivero ha hecho robar á la señorita de Tarare esta misma mañana?

Clermont miró al caballero con estupor.

—Razon de más para que me apresure, dijo.

—Razon de más para que obremos cuerdamente. Escuchadme: si el señor Olivero es conocido en la posada de *La Providencia*, y vamos á esa posada, nos esponemos á cacástrofes sin fin... perdemos la partida del rey...

—¡Eh! ¿Qué me importa á mí que pérdamos la partida del rey si pierdo la mia...

—¡Chut!... Dejadme hablar... ¡Eh!... Tú, muchacho, gritó Pampelonne á un chico que pasaba por la calle, ven aquí.

El muchacho se acercó.

—¿Quieres ganarte medio doblon? preguntó el caballero.

El chico se echó á reir con malicia.

—Bien, continuó Pampelonne, veo que te gusta el dinero. Pues bien, hijo mio, si desempeñas bien el encargo que voy á darte,

tendrás un doblon entero... Irás aquí cerca, á la posada de *La Providencia*.

—La conozco, interrumpió el chico, como digno abuelo que debia ser del pilluelo de nuestros dias.

—Dirás que vas de parte del señor Olivero... ¿Has oido hablar del señor Olivero?

—El embajador de España; ya sé quién es.

—Bien: dirás al posadero, siempre en nombre del señor Olivero, que te dé cuenta de la mision del caballero Rodriguez y del tártaro.

—¿Del caballero Rodriguez y del tártaro? repitió el chico. ¿Qué significa eso?

—Lo sabrás cuando él te lo diga, y volverás á este mismo sitio, donde te esperamos... Despáchate.

—¡Qué lentitud! murmuró Clermont apénas partió el mensagero.

—No consiste todo en ir de prisa, amigo mio, se necesita llegar. Ya vereis cómo cae en el lazo el posadero.

Pampelonne decia bien; al cabo de media hora volvió el chico, y refirió de cabo á rabo lo que sabemos. No pudiendo pagar el gasto que habian hecho las dos damas, habian sido arrastradas de viva fuerza, colocadas en la litera y conducidas á prision. Rodriguez y el

tártaro habian manejado este asunto con tanto vigor como inteligencia.

—Gracias, dijo Pampelonne pagando al mensagero y despidiéndole, mientras Clermont daba tormento á su perilla con sus crispadas manos.

—Tenemos una dicha insolente, dijo Pampelonne, porque ahora La Gazette nos dirá lo demás.

—¡Las dos damas! murmuró el Bailío; ¿qué dos damas son esas?

—¡Aun cuando haya tres, aunque haya seis! ¿qué nos importa, con tal que entre ellas esté la señorita de Tarare? Volvamos á la embajada para recibir allí á La Gazette, y tomad un aire risueño en vez del tétrico semblante que teneis.

Ya se sabe por qué nuestros partidarios esperaron en vano á La Gazette, y su impaciencia se tornó muy pronto en ansiedad cuando vieron aparecer á Rodrigeez sin el tártaro.

Clermont se entregaba á accesos de rabia, y Pampelonne le calmaba difícilmente.—¡Qué teneis que temer! decia: nuestro normando os reemplaza, y os reemplaza con ventaja, porque vos no podríais ménos de cometer alguna imprudencia. Guardaos bien, sin embargo, de preguntar á Rodriguez...

—¿Y quién os asegura que La Gazette no haya sido alejado, que no le han metido en algun rincon? ¿Quién os asegura que Olivero no ha insultado ya, ó no va á insultar, tan pronto como pueda, á esa noble jóven á quien yo solo puedo protejer y defender?...

—Ta, ta, ta, respondió Pampelonne, ¿tomais á los normandos por estúpidos? yo salgo garante de La Gazette.

Al siguiente dia la misma ansiedad, y para colmo de desgracia, David habia empeorado, no podia hablar. Clermont queria insultar cara á cara á Olivero y preguntarle con espada en mano qué habia hecho de la señorita de Tarare. Pampelonne concluyó al fin por persuadir á su amigo, diciéndole:

—Puesto que sois tan indócil, puesto que por una culpable impaciencia quereis hacer traicion abiertamente á la causa del rey, echando á perder el plan de Brissac y el nuestro, haced lo que gusteis; pero acordáos bien de esto: tan pronto como deis ese escándalo, me levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo, á fé de caballero.

Clermont conocia á su amigo, y sabia que era hombre de palabra; resignóse, pues, y se contentó con enfadarse con Pampelonne, que le agradeció este benévolo rencor.

Al otro dia, habiéndose aliviado el Rifodé pudo dar algunas esplicaciones y dijo á Clermont que la señora de Thomassin acompañaba á Elena. Entónces Pampelonne lanzó una carcajada, esplicándose la ausencia de La Gazette con el hallazgo inesperado que acababa de hacer. Pero el silencio del capitan era inesplicable, á no ser que, como supuso David, La Gazette mismo estaria vigilado. Estas noticias permitieron respirar á Clermont y le hicieron tener paciencia.

Pampelonne se aprovechó de esta mejor disposicion de ánimo de su compañero, para inducir activamente á Brissac en la via política en que se habia lanzado.

En este terreno todo marchaba bien: el rey habia ratificado la palabra de sus dos partidarios, y prometido el baston de mariscal de Francia al gobernador de Paris, quien, por su parte, tomaba las medidas más inteligentes para engañar á la Liga y conducir á Enrique IV á Nuestra Señora, y despues al Louvre.

El dia del golpe de mano no estaba fijado sin embargo; la guarnicion española ocupaba puntos importantes, de los que era preciso desalojarla; y se hubiese dicho que Olivero preveia alguna traicion, segun lo que se mul-

tiplicaba para estender su vigilancia en todos los barrios de la ciudad.

Clermont y Pampelonne temblaron muchas veces al ver que el diplomático tomaba disposiciones que parecian contrarestar los proyectos de Brissac; le seguian por do quiera, y desconfiaba de sus caricias.

Olivero se mostraba mas ocupado, mas trabajador que nunca; habia interrumpido sus placeres ordinarios, no recibia ni hacia ninguna visita; á cada momento espedia correos, y no salia de Paris.

Esto al menos eran lo que creian Pampelonne y Clermont, porque D. Jaime solo habia ido una noche al castillo de Saint-Maudé, sin que ellos lo supieran, y se habia disfrazado para hacer esta rápida escursion, que ignoraban hasta sus mas familiares servidores.

Una noche que el caballero Pampelonne llegaba á casa de Brissac, el gobernador de Paris le dijo:

—Id pronto á ver al señor de Clermont y traédmele... de camino podeis renovar el cebo de vuestras pistolas.

—Pardiez, general. ¿Es, pues, para esta noche? preguntó el gascon.

—Estamos á 21 de marzo, mi querido ca-

ballero, respondió Brissac con voz algo conmovida; conservad bien esta fecha, porque será célebre en los fastos de la monarquía francesa.

Pampelonne echó á correr á la embajada, donde llegó casi sin aliento.

XVIII.

La partida del Rey.

El Bailío de Clermont se hallaba en la alcoba de Olivero, cuando Pampelonne preguntó por él á los criados que D. Jaime habia puesto á su servicio. El caballero esperó, pues, sin dejar entrever la impaciencia que le causaba este contratiempo, y estuvo esperándole más de una hora. Al fin llegó Clermont.

—¡Pardiez! ¡amigo mio! dijo el gascon, he comprometido la salvacion de mi alma desesperando que viniéseis: sois causa de que el diablo, si no es sordo, me haya oido blasfemar y jurar como un pagano.

—Estaba encerrado con Olivero, quien decididamente me abruma de caricias; se le ha puesto en la cabeza hacerme nombrar general por Mayenna...

—Dejemos esas bromas, y os ruego que me sigais.

—¡Ah! ¡Dios mio! interrumpió Clermont, ¡sabeis algo de nuevo!

—¡Oh! ¡sí! sé que hay novedades.

—¿Ha vuelto La Gazette? ¿la señorita de Tarare?...

—La señorita de Tarare, la señora de Thomassin Publicola y La Gazette nos serán devueltos mañana; no me pregunteis más, y para seguirme apretad el paso.

Estimulado el Bailío con esta promesa se puso en marcha, y con paso tan acelerado, que á Pampelonne le costaba mucho trabajo seguirle.

Nuestros caballeros llegaron casi sin aliento al Louvre, y cuando iban á dirigirse al portero que guardaba la entrada del departamento que ocupaba en el palacio el gobernador de Paris, vieron venir hácia ellos á un hombre envuelto en una larga capa. Este hombre pareció pasear allí por gusto, pero no por eso inspiró menos confianza á Pampelonne, y el gascon se fué derecho á él para prevenirle.

—En fin, dijo el hombre de la capa, solo podia haberos esperado diez minutos mas... marchemos y hablemos con prudencia.

—No ha sido nuestra la culpa, señor mariscal, respondió Pampelonne descubriéndose ante Brissac á quien habia conocido; Olivero nos detenia.

—Amigo mio, repuso Brissac sonriendo, vais algo de prisa, aun no estoy revestido con el título que me dais.

—La palabra del rey vale mas que un pergamino, monseñor...

—Bien; pero como es probable que yo pague con mi vida el buen éxito de nuestra empresa...

—No tengais esas ideas, mi querido Brissac, interrumpió Clermont, á quien Pampelonne habia hecho en el camino algunas confidencias; de aquí á mañana no se matarán en Paris másque orugas.

—Lo espero así; pero temo que los Diez y seis hayan descubierto la mina... Desde que os separásteis de mí, Pampelonne, he recibido la visita de tres capitanes españoles, de los que me ha sido muy difícil librarme; esos truhanes, saben algo, les he avisado que iba á salir esta noche de ronda, y han querido acom-

pañarme en tales términos, que no he podido negarme á ello... Van á venir por mí...

—¡Bah! dijo Pampelonne; ¡tres españoles! Es asunto de dos pistoletazos y una estocada en el primer sitio desierto que se encuentre... para eso teneis un tiempo magnífico, y una noche perfectamente oscura.

—¡Hum! repuso Brissac, mis pistoletazos resonarian como cañonazos, seria dar el toque de alarma y perderlo todo; los españoles, estoy seguro de ello, tienen el proyecto de asesinarme, y como no arriesgan nada haciendo ruido...

—Yo os acompañaré, monseñor.

—¿Y yo? añadió el Bailío.

—No, eso seria confirmar las sospechas que los ligueros pueden tener. Yo iré solo, y á la gracia de Dios; además, me agrada jugar esta partida por la gloria del rey y la dicha de la Francia. Vamos, señores, hablemos pronto de nuestros asuntos, porque el tiempo urge... ¿Dónde está Olivero?

—Le he dejado en su gabinete.

—¿En qué disposicion de ánimo se encuentra?

—Muy tranquilo, de muy buen humor.

—Mal presagio: los diplomáticos tienen

siempre la faz al revés de sus pensamientos. ¿Qué iba á hacer?

—Me despidió para acostarse.

—¿De veras?

—Ha dicho que estaba muy cansado de su trabajo del dia, y es cierto que ha trabajado rudamente; estoy seguro y afirmo que esa zorra será cogida en el lazo sin haber sospechado nuestro complot.

—¿De dónde sacais esa seguridad?

—Es imposible que Olivero, en vísperas de la catástrofe que le amenaza, no solo á él, sino al rey su señor, y la España entera, pudiese afectar tanta serenidad.

—Dios os oiga, pero no participo de vuestra opinion. Como quiera que sea, señores, hé aquí lo que va á pasar. El rey me ha hecho saber que habia llegado de Semlis á Saint-Denis hoy por la mañana. Por mi parte he hecho conocer á S. M., que la empresa debia tener lugar esta noche misma, si no queriamos, atrasándonos, esponernos á una derrota. El rey me ha contestado que estaria pronto al amanecer; mañana, pues, mártes 22 de marzo, á eso de las cuatro de la madrugada, será cuando espire la Liga ahogada en nuestros brazos. El rey ha destinado al baron de Vitry para que se presente, con hombres escogidos,

á la Puerta de Saint-Denis. Esta Puerta le será entregada por el regidor Langlois. El baron de Vitry continuará por la calle Saint-Denis, barriendo los españoles á su paso, y se dirigirá al Gran Chatelet, donde hallará las tropas que hayan entrado con el rey por la Puerta Nueva, y las que hayan venido por la Puerta Saint-Honoré, cuya puerta será abierta por los primeros soldados de la vanguardia del rey...

—¡Ah! ¡Cielos! murmuró Pampelonne palpitando de placer. ¡Qué bello será eso, monseñor, y cuánto voy á moverme!

—¿Pero quién abrirá la Puerta Nueva? preguntó Clermont; está barricada con un montecillo...

—Langlois ha sabido persuadir al Consejo de que convenia hacer desaparecer el montecillo y reemplazarle con una pared; el montecillo ha sido, pues, quitado hoy mismo, y la pared no se construirá hasta mañana ó pasado...

—¡Bravo! dijo Pampelonne; yo creia que el regidor Langlois era de nuestros más ardientes enemigos.

—No, respondió Clermont; Langlois era republicano, y...

—No se trata de la república, interrumpió

vivamente Brissac, sino de los regidores Langlois y Noret, así como de Lhuillier, presbote de los mercaderes, que son de los nuestros. Ahora bien, miéntras Langlois abre la Puerta Saint-Denis, yo abriré la Puerta Nueva, y si los españoles me asesinan ahora, Lhuillier hará ese escelente trabajo.

—¿Y yo, monseñor, preguntó Pampelonne, qué haré?

—¿Y yo? dijo Clermont.

—Vosotros tendreis que llenar con el gobernador de Paris, señores, la tarea más peligrosa; escuchad bien: Mis medidas están tomadas de tal modo, que el triunfo es infalible si los embajadores Feria y D. Diego Ibarra se ven detenidos en sus casas, así como D. Jaime Olivero: D. Jaime Olivero sobre todo, porque el bribon es bravo, y tan hábil como listo. Para triunfar en nuestra temeraria empresa, he pensado en desembarazar las calles de Paris de los regimientos que hubiesen podido ofrecer indecision, y de los capitanes ligueros que, con su valor bien conocido, podian ejercer en las tropas una influencia contraria á nuestros proyectos. Uno de esos capitanes, el más temible de todos, Jacobo Ferrarais, está por España, y debia estorbarnos mucho. Le he hecho llamar á la caida de la noche, y le he dicho

que habia aparecido en Palaiseau un considerable convoy de dinero destinado al Bearnés, dirigiéndose por Rueil á Saint-Denis; que era fácil apoderarse de él ántes que hubiese pasado la barca, y que yo le rogaba á Ferrarais que tomase todos los suyos y fuese lo más pronto posible, á fin de no dejar escapar tan copioso botin. Jacobo Ferrarais partió al momento, y á estas horas se halla por esos campos de Dios, donde permanecerá hasta mañana á las doce del dia. Pero si he podido engañar de ese modo á Ferrarais, no puedo engañar del mismo modo á los embajadores españoles y á Olivero. Ahora bien, si D. Jaime Olivero sale de su palacio á la primera señal de alarma, si corre á los cuerpos de guardia españoles, escalonados desde la puerta Saint-Denis hasta la Bastilla, si se mete en la Bastilla, cuya guarnicion le es adicta, corremos gran riesgo de salir derrotados en nuestro plan, porque, no debo ocultároslo, la canalla de los arrabales obedece la voz de Olivero, como los soldados suizos á sus sargentos, y si ese populacho, con el que cuento mucho para dar creces al entusiasmo, nos vuelve la casaca, la causa real se verá medio perdida.

—Yo conozco un medio muy sencillo de obviar ese inconveniente, dijo Pampelonne.

—Os adivino, replicó Brissac, pero no emplearé ese medio hasta el último estremo. El triunfo del rey será mucho más completo, si los embajadores y Olivero son prisioneros nuestros, que si nos deshacemos de ellos á estocadas. Así, pues, señores, yo respondo del éxito, si se me responde de los tres hombres en cuestion, si me respondeis de que, gracias á vuestra vigilancia, Olivero no saldrá de sus departamentos. Bailío de Clermont, ¿conoceis perfectamente, no es cierto, la habitacion donde se acuesta maese Olivero?

—La conozco.

—¿Tiene muchas salidas?

—Dos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues bien, partid, señor, y que cada uno de vosotros se ponga de centinela á la puerta de esas dos salidas. Si van á dar algun aviso al español, impedid el paso; si el español quiere salir, intimidadle; y si quiere obligaros, dejadle tendido á vuestros piés.

—¡Bien! dijo Pampelonne, me gusta esa claridad en las órdenes que recibo.

—¿Y el duque de Feria y D. Diego? preguntó Clermont.

—Aquí es donde el capitan La Gazette me

hubiese prestado un gran servicio, respondió Brissac; con su ausencia pierde una magnífica ocasion, porque, señores, ejecutando bravamente vuestra consigna, habreis hecho más que yo por Su Majestad. No estando aquí el capitan La Gazette, he encargado á dos compañeros que hagan en casa de los embajadores lo que vosotros hareis en casa de Olivero. Adios, camaradas, démonos las manos, porque si corro riesgo de ser asesinado esta noche, vosotros todos, no lo oculto, teneis probabilidades de ser degollados en los puestos que os confio.

—Así sea, dijo riendo Pampelonne; todo será placer.

—Amen, respondió Clermont en el mismo tono.

Brissac dejó á los dos partidarios para regresar al Louvre; Pampelonne y Clermont volvieron á tomar, casi corriendo, el camino de la embajada.

—Esperadme ahí, dijo el Bailío al caballero, luego que hubo entrado en su habitacion, voy á saber noticias de nuestro hidalgo: entre tanto, examinad nuestras pistolas, cargadlas con dos balas, y escoged dos buenos y sólidos cuchillos que ocultaremos debajo del jubon. Quiero que nos degüellen, segun la espresion

pintoresca de Brissac; pero deseo que no lo hagan muy cómodamente.

—Asi lo espero, respondió Pampelonne. Id pronto; cuando volvais, todo estará dispuesto.

Se necesitaba nada ménos que esta peligrosa aventura para que el Bailio pusiese en juego toda su energía. El corazon atrevido de este bravo caballero se complacia tanto en las emociones brillantes, que por un momento el amor cedió su puesto á la gloria.

Clermont no se hacia ilusiones sobre los terribles peligros que iba á correr; debia pensar, y pensaba que Olivero, servido en su palacio por una banda de lacayos fieles, seria inevitablemente advertido al primer rumor que indicase que Brissac hacia traicion á la Liga.

Desde entonces, no era un hombre sorprendido en su sueño á quien se trataba de detener, sino á diez, á veinte, á cincuenta ó cien hombres que acudiria en socorro de su amo; era el palacio entero de la embajada el que se trataba de tener en jaque durante un tiempo casi indeterminado.

Cierto que el plan de Brissac parecia formado á la ligera; pero sin embargo, ¿cómo suponer que un general tan reflexivo y que tan difícil papel desempeñaba en la empresa, ha-

bia de fiarlo todo á la casualidad sin haber calculado ántes sus probabilidades favorables de éxito? Ahora bien, sin querer discutir los proyectos de su general, Clermont solo pensó en ejecutarlos al pié de la letra, y fué á casa de Olivero.

Un silencio profundo reinaba en los departamentos de D. Jaime. Se llegaba á estos departamentos por una puerta grande que daba á una galería circular, y aun esta galería estaba cerrada con dos puertas que daban al jardin; cada una de estas salidas tenia otra salida oculta, que servia al enamorado señor cuando queria escaparse en secreto, ó hacer entrar en su casa furtivamente alguna tímida beldad.

Clermont halló en la puerta principal el centinela que vigilaba noche y dia con la alabarda en la mano, y le preguntó si habia salido D. Jaime.

El centinela que sabia que el conde Kataklopski tenia la entrada franca á cualquier hora respondió que su escelencia no habia salido de sus departamentos, y no se opuso al paso del Bailío.

Clermont sabia que este centinela ignoraba generalmente lo que pasaba en casa de Olivero; no se informó pues de él, y se fué derecho á la última de las puertecillas de que hemos

hablado; despues dió dos golpes desiguales, según la consigna que D. Jaime le habia dado para el caso en que quisiera comunicarle alguna noticia imprevista. Despues de algunos minutos de espera, la puerta se abrió, y apareció el page Tito.

—¿Está tu amo acostado?

—Se acostó luego que os fuisteis.

—¿Duerme?

—Profundamente... ¿le despierto?

—No, el reposo le es necesario, pero tan pronto como despierte le dirás que tengo cosas muy graves que decirle.

—Lo haré así, señor conde.

—Y para que se me avise mas pronto el momento en que pueda presentarme, voy á enviar á mi escudero... á esta galería; paseará por ella sin ruido, y le dirás que vaya á buscarme al momento apenas abra los ojos su escelencia; sé que tu amo duerme poco.

—Tres ó cuatro horas todo lo más.

—Adios.

Clermont volvió en busca de Pampelonne' que le esperaba con los brazos cruzados y acariciando con mirada paternal cuatro pistolas y dos cuchillos de doble filo, simétricamente colocados encima de una mesa.

—Los violines están prontos, dijo el gascon en el tono burlon que ya le conocemos.

—Y los músicos tambien, replicó Clermont. Sí, amigo mio, todo marcha á medida de nuestro deseo; el hidalgo está en su cama, y hé aquí lo que he imaginado. Voy á llevaros á la galería redonda; os paseareis allí tranquilamente, entre las dos puertecitas... ya sabeis...

—Lo sé.

—Si el page Tito abre una de esas puertas para hablaros y deciros que vengais á llamarme, pasareis por la puerta principal, y allí estaré yo de centinela.

—¿De centinela?... ¿Cómo?

—No os cuideis ni del por qué ni del cómo.. Si venis á buscarme de parte de Olivero, os cederé mi puesto, es decir, mi centinela, y yo iré á instalarme al lado de nuestro diplomático, á quien contaré mil patrañas para ganar tiempo.

—¡Partamos... pardiez! Bailío, me parece que me habeis robado.

—¿Eh?...

—Yo creí que tenia solo el monopolio de las estratagemas...

—Verdad es que no soy ni normando ni gascon...

—Pero estais enamorado, que para mí viene á ser lo mismo. Tomad vuestras pís olas; tomad vuestro cuchillo...

—¿Habeis pensado, mi querido caballero, que podriamos tener contra nosotros unos cincuenta bribones? dijo el Bailío abotonándose el jubon, despues de haber guardado sus armas.

—Justamente ese es el número que yo he calculado: veinticinco para vos y veinticinco para mí, respondió Pampelonne. Ahora bién, nuestros cuatro pistoletazos matan cuatro hombres, admitiendo que tirando al grupo no matemos más; despues con la espada en la mano derecha y el cuchillo en la izquierda, destruimos á los demás... No hablo del estrago que podemos hacer con los dientes; vos los teneis buenos y yo los tengo largos... Partamos si gustais.

Clermont apostó á Pampelonne como habia dicho al paje Tito; despues se dirigió al centinela colocado en la puerta principal.

—Dame tu alabarda, dijo, y corre á avisar al oficial, que le espero aquí, que venga á verme al momento.

El soldado obedeció, y volvió en seguida con su oficial, que pareció muy sorprendido

de ver al conde Kataklopski, primer ayudante de campo de Olivero, de centinela como un simple soldado; de centinela ante la puerta de D. Jaime.

—Caballero, dijo Clermont; su escelencia el marqués D. Jaime Olivero de Tortosa está en conferencia muy secreta con personajes importantes que han venido aquí por las puertas secretas; tengo órden de vigilar yo mismo esta entrada, para que la consigna de no dejar penetrar á nadie en la habitacion de su gracia se ejecute con mas inteligencia. He tomado, pues, el puesto de este centinela, y le guardo... ¿Qué hora es?

—Van á dar las dos de la madrugada, señor conde.

—¡Pues bien! Me hareis relevar á las cinco de la mañana, y no antes. Hasta entonces no os ocupeis de mí, y sobre todo encargad á todos los demás centinelas que no dejen llegar á nadie, sea quien sea, y bajo ningun pretesto; lo entendeis, caballero, á los departamentos de monseñor.

—Se hará así, coronel.

—Idos, pues... ¡Ah! se me olvidaba; si por casualidad viniesen de la ciudad algunos mensajeros, hareis que se presente á mí. Tengo instrucciones suficientes para enterarme de sus

mensajes y juzgar de su oportunidad; es inútil, caballero, recomendaros una discrecion severa sobre lo que acabais de oir.

El oficial se retiró sin sospechar un lazo en estas órdenes, tan claras y precisas, dadas en el tono del mando más firme. Corrió á obedecer, y Clermont se apoyó en la puerta diciendo para sí:

—Puedes dormir, mi querido diplomático, porque en tu vida has estado más bien guardado.

—¡Pardiez! pensaba por su parte Pampelonne, paseándose al mismo tiempo por la entapizada galería, con la prudencia de un gato que acecha una ratonera, no seré yo quien te despierte, compadre; pero si despiertas, yo sé quién vuelva á dormirte, ¡y para mucho tiempo, ira de Dios!

XIX.

El 22 de marzo de 1594.

El conde de Brissac no se habia engañado; los muñidores de la Liga habian olfateado su traicion, pero ellos mismos no tenian sino presentimientos, y los embajadores españoles, al mismo tiempo que hacian tomar á sus tropas disposiciones que el gobernador de Paris habia aprobado para adormecer mejor su seguridad, no poseian dato alguno cierto sobre los proyectos del general en jefe, y no pudiendo creer por otra parte que la hora del golpe estuviese tan cercana.

Como Brissac era hechura de Olivero, Oli-

vero le defendia, y para tranquilizar á los embajadores habian aconsejado que vigilase al gobernador tres capitanes españoles, encargados de acompañarle cuando salia por la noche á hacer su ronda militar.

Se ha visto que este consejo se habia puesto en ejecucion; diremos además que los capitanes tenian órden formal de matar á Brissac si oian el menor ruido en las murallas, pensando que los realistas intentarian escalarlas.

Brissac volvió al Louvre despues de haber dejado á Pampelonne y á Clermont, y pasó á un gabinete, donde despachó muchos asuntos con una calma capaz de desorientar á sus secretarios, vendidos todos á España; despues, habiendo llegado los capitanes poco despues de las doce, fué tranquilamente á dar las buenas noches á la condesa, que no estaba instruida de nada, afectó delante de sus compañeros no tomar otra arma que una espada muy ligera, y salió con la sonrisa en los lábios, aunque la muerte marchaba delante de él en la atrevida empresa que iba á llevar á cabo entre tres espadachines armados hasta los dientes.

El gobernador visitó primero el barrio de las Tullerías, despues de la puerta de S int-Honoré, la Puerta Nueva, y en fin, la puerta

Saint-Denis; en vano los capitanes prestaron el oido hácia la parte de afuera; en vano se inclinaron á las tropas para examinar el campo y los arrabales, nada oyeron, nada vieron absolutamente.

El rey, sorprendido ya en numerosas tentativas de escalamiento, habia aprendido á conocer la vigilancia de los parisienses, y habia dado órdenes formales para que ninguno de los suyos se moviese ántes de la hora fijada por Brissac, cuyas medidas debian haber sido tomadas cuerdamente.

Brissac concluyó, pues, su ronda sin accidente alguno, y tuvo ocasion de ver que los amigos de los regidores Langlois y Noret vigilaban en las diferentes puertas de que hemos hablado.

Entónces ofreció á los capitanes españoles, volver á andar todo el camino que habia recorrido con ellos, diciéndoles que un general prudente no se contentaba casi nunca con una sola inspeccion.

A lo cual respondieron los capitanes que el servicio de los guardias estaba muy bien montado, que era bastante trabajo para una noche, y que deseaban irse á acostar.

—Pardiez, compañeros, repuso Brissac, me habeis hecho tan buena escolta, que no puedo

resolverme á abandonaros tan pronto, y si gustais, voy á acompañar á su casa á cada uno de vosotros.

Despues de algunas negativas y cumplidos, los capitanes aceptaron el ofrecimiento, y Brissac, que estaba interesado en separarlos, dejó al primero en su casa, calle del Fourt-Saint-Germain, al segundo en la del Colombier, y volviéndose al tercero:

—¿En dónde vivís, mi bravo?

—En la calle de Saint-Come, al lado de la Puerta Nueva, respondió el español.

En este momento, la campana de los Capuchinos dió las cuatro ménos cuarto, y Brissac se estremeció por dos escelentes razones. En primer lugar, se acercaba el momento en que las tropas del rey iban á presentarse, y la Puerta Nueva estaba muy léjos de la calle del Colombier; en segundo, la calle de Saint-Come estaba ocupada por muchos cuerpos de guardia Walona, á los que el capitan podia acudir fácilmente si en el camino sucedia alguna cosa.

—Vamos, pues, á la calle de Saint-Come, dijo; precisamente he olvidado hacer por esa parte recomendaciones esenciales.

Los dos paseantes se pusieron en marcha,

departiendo alegremente sobre distintos asuntos.

—¡Diablo! esclamó de pronto Brissac; tened cuidado, no me sigais, acabo de meterme en un charco; tomad á la izquierda, y pasad delante.

—Voy á daros la mano...

—Gracias, ya salí de él... pasad, pasad.

El español marchó delante del conde, quien, sacando con mucho tino la espada fuera de la vaina, dió una furiosa estocada á la garganta de su incómodo compañero.

El capitan tenia el cuello atravesado de parte á parte; cayó al suelo profiriendo un juramento que Brissac no oyó, porque echó á correr en seguida y llegó de una sola carrera á un puesto de partidarios suyos.

—¡Hola! dijo casi sin aliento, ¿dónde está maese Thomassin?

—Aquí estoy, respondió un ético personaje que llevaba con las dos manos una larga partesana, cuyo personaje no era otro que maese Thomassin Publicola, el antiguo émulo de los dos Gracos, y ahora sargento de guardia urbana, y exagerado realista.

—¿Qué hay, monseñor? balbuceó el republicano convertido, temblando con todos sus miembros, tal era el miedo que se habia apo

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

derado de su cabeza y de su corazon. ¿Estamos derrotados?

—¿Dónde está el caballo de espera?

—Aquí está, monseñor, ensillado, bridado...

—Que me lo traigan.

Brissac habia ordenado que tuviesen caballos preparados en todos los cuerpos de guardia de su partido; no habia dado esplicacion de esta órden; pero por medio de esta disposicion habia previsto que en un momento dado tendria que espedir correos á todo escape para entenderse con los diferentes barrios de la ciudad, y fué el primero en felicitarse de esta precaucion.

Llevaron el caballo, y el conde montó en él.

—Amigos mios, tirad á cualquier tropa española que se presente, dijo Brissac partiendo á galope, y corrió así hasta la Puerta Nueva, evitando pasar por delante de los puestos de los walones, quienes, por otra parte, habian descuidado su vigilancia luego que los visitó la ronda del gobernador, y cuando al acercarse el dia los llamaba el descanso despues de las fatigas de una noche sin dormir.

Los relojes habian dado las cuatro hacia algun tiempo, cuando Brissac llegó á la Puer

ta Nueva, donde halló al presbote de los mercaderes, Lhilller, al frente de una buena compañía de soldados.

L illier, á quien los centinelas del puesto habian dejado pasar, llegó sin ruido á la Puerta Nueva, con la tropa que mandaba, se apoderó del cuerpo de guardia, aprisionó á los hombres de este cuerpo de los que no estaba del todo seguro, y despues esperó al gobernador.

—Haced jugar la báscula, mandó Brissac; ha pasado la hora; el rey no debe estar léjos.

En efecto, á las cuatro en punto el rey, que se hallaba cerca de las Tullerías, ordenó á Francisco d'O, que iba á pié, al frente de la compañía de los hombres de armas, que marchase sobre la puerta Nueva.

Los hombres de armas, veteranos de las gloriosas campañas del Bearnés, é idolatras de su rey, se lanzaron con rapidez, aunque en buen órden, y se presentaron en la puerta Nueva en el momento en que se alzaba el puente levadizo.

La impaciencia de estas bravas gentes fué tal, que sin esperar á que se abriese la barrera, pasaron unos por encima, otros por debajo, aun á riesgo de hacerse destrozar.

Acto continuo, Brissac se lanzó á la muralla y volvió los cañones, de modo que apuntasen á las calles para saludar á los ciudadanos que intentasen moverse.

Lhuillier guardó la puerta abierta, y Francisco d'O salió á escape para apoderarse de la puerta Saint-Honoré, que se trataba de desocupar.

A todo esto, Brissac oyó algun tumulto por la parte del barrio de Saint-Germain, tumulto seguido de clamores agudos y de una descarga de mosquetería.

—¡Oh, oh! pensó el gobernador; los embajadores están fuera de la jaula; Pampelonne y Clermont han soltado á Olivero.

Este ruido se volvió más peligroso; entónces tomó Brissac consigo unos veinte hombres, é hizo un reconocimiento; apénas habia dado unos cien pasos, cuando se detuvo para volver á escuchar.

Un hombre llegaba corriendo y gritando de tal modo, que podria haber alarmado á los diez y seis barrios de Paris.

—Detenedme á ese truhan, dijo Brissac á su gente... No, no le tireis, las detonaciones se oyen desde muy léjos; detenedle.

Corrió un soldado tras el fugitivo, y al llegar cerca de él le arrojó la pica entre los piés;

el hombre vaciló, y cayó cuan largo era dando gemidos. Lleváronle á Brissac, quien mirándole á la cara, esclamó:

—¿Vos aquí, Thomassin? ¿De dónde venís?

—¡Ah! monseñor, respondió el pobre abogado, cuánto me alegro de veros... todo está perdido... regimientos enteros nos están dando caza... Olivero está á su frente... los embajadores, el Consejo, todo el mundo... Se anuncia la llegada del ejército de Mayenna...

—¿Quereis callaros, charlatan insoportable y cobarde?... ¿Por qué no estais en vuestro puesto? preguntó Brissac inquieto con estas noticias, aunque en parte las creyese exageradas.

—¡Mi puesto! respondió Thomassin. ¡Ah! sí, sí; bonitos soldados mandaba yo allí... Por mucho que les he exhortado, por más que les he recordado los altos y memorables hechos, las clásicas hazañas de Horacio Coclés, de Mucio Scévola, y de los héroes más ilustres...

—¡Abreviad! interrumpió Brissac.

—Me habíais mandado que hiciese fuego á cualquiera tropa española que se presentase: nos hemos hallado acometidos por todo un ejército; hemos hecho fuego, monseñor; despues cada cual ha tirado por su lado; unos hácia Nuestra Señora, aquellos por aquí, estos

por allí, yo... no sé aquellos por dónde... Pero puedo aseguraros que durante la horrible persecucion que me han hecho, he oido gritar por todas partes: «¡España y Olivero!»

Brissac batió retirada para volver á la puerta Nueva, donde llegaba el rey montado en un caballo, con la espada en la vaina, sin casco ni coraza.

El gobernador de Paris puso una rodilla en tierra, y sacando de su seno una bella banda bordada, se la ofreció al rey, mientras el prebote de los mercaderes, arrodillado tambien, tenia en sus manos una bandeja de plata, en la que estaban las llaves de la capital del reino.

—Preciso es dar al César lo que es del César, dijo Brissac saludando al rey con el plano de su espada.

—Sí, murmuró en voz baja un viejo sargento de guardias, conocido nuestro, porque era el sargento Laprairie, sí, preciso es dar á César, pero no venderle.

El rey oyó esta palabra, y al mismo tiempo que sonreia, se inclinó hácia uno de sus estribos, y dijo al gobernador:

—Levantáos y venid á abrazarme, señor mariscal de Brissac; tomad además mi banda blanca en cambio de la vuestra, que llevaré de

aquí á Nuestra Señora, y de Nuestra Señora al Louvre. Señor Lhuillier, añadió el Bearnés volviéndose hácia el prebote, hé aquí unas llaves que para mí cierran vuestro pasado, sed bien venido... ¡Eh! ¿pero qué ruido es ese... ¿Se están batiendo de veras en la ciudad?

Un vivo fuego de fusilería oíase por el ladó de la calle Saint-Denis, y en la misma direccion arrojaban las llamas siniestros resplandores.

— Señor, respondió Brissac, debo confesaros que tengo alguna inquietud; acaban de decirme que los embajadores y D. Jaime Olivero se han puesto al frente de las tropas walonas. Sin duda vamos á reñir un poco.

—¡Ira de Dios! me alegro, si solo el español es el que se echa á la calle; señores, respetad á los franceses, pero no tengais consideracion con los walones y castellanos. Señor d'O, que me traigan mi casco y mi coraza. ¡Oh! ¡Oh! ¡oh! ¿No es el ruido del cañon el que se oye desde aquí?

El cañon de la Bastilla; sí señor, respondió Brissac, montando á caballo y colocándose al lado del rey... El hombre que me ha dado esas noticias no me ha engañado, Olivero está libre... Nos disputará el terreno palmo á palmo.

—¿Dónde está el hombre que os ha traido esas noticias, señor mariscal?

A una órden de Brissac llevaron á Thomassin, y este repitió lo que habia dicho, añadiendo otras muchas cosas inspiradas por el miedo que le hacia estremecerse y tiritar.

—Ese pobre diablo no está en sí, dijo el Bearnés; no sabe lo que dice. ¿No habiais hecho vigilar en su palacio á los embajadores?

—Señor, yo habia puesto á su lado á hombres intrépidos; al Bailío de Clermont, al caballero Pampelonne, y...

—Por San Dionisio, caballero, ahora os respondo de que, ó nuestros españoles están bajo llave, ó Pampelonne y Clermont han muerto, porque...

—¡Eh! no señor, ¡no han muerto! esclamó un caballero que acababa de llegar, sin haber sido visto del grupo que rodeaba al rey.

—¡Pampelonne! dijo Enrique IV alargando una mano al bravo gascon... Entónces, hijo mio, Olivero es quien ha muerto.

—El bribon se nos ha escapado, señor, y en el ruido que oigo por ese lado, en los cañonazos que atruenan la Bastilla, adivino que el rabioso castellano va á impediros el paso; el barrio de la embajada está en conmocion, los

walones me han disparado cincuenta arcabuzazos...

—¿Y Clermont? preguntó Enrique IV, dónde está?

—Clermont no es ya un hombre, es un tigre; corre hácia la puerta Saint-Denis; nos hemos separado para buscaros mejor y no faltaros... Señor, haced entrar á toda vuestra gente, pero permaneced en el arrabal; un rey de Francia y de Navarra no debe esponerse á hacerse coger aquí como un raton en la ratonera...

—Buen consejo, hijo mio, interrumpió el rey sonriendo.

—Señor, si la ciudad puede ser tomada, creo que la podemos tomar sin vos.

—Señor mariscal, mandó el rey con la tranquila autoridad que desplegaba en el peligro, haced guardar esa puerta, y que la defiendan con energía; dejemos que los cañones de la Bastilla gasten su pólvora y vamos á ver lo que pasa en la calle Saint-Denis; Vitry debe estar batiéndose con los walones; ¡nuestra visita los debe regocijar!... Señor d'O, haced que doblen el paso... ¡Adelante, y silencio en las filas!

—¡Pardiez! murmuró Pampelonne; siem-

el mismo; va á hacerse sitiar aquí, como en otro tiempo en Cahors.

Antes de seguir al Bearnés debemos decir lo que habia pasado en el palacio de la embajada española, donde dejamos á Pampelonne y Clermont de centinela, uno en la galería y el otro en la puerta principal de los departamentos de D. Jaime Olivero.

Entre tres y cuatro de la mañana presentóse un hombre en el puesto de la embajada, y pidió ser introducido al momento en el gabinete del señor Olivero. El oficial jefe del puesto preguntó al principio á este hombre, y como sus respuestas anunciaban graves acontecimientos, le hizo conducir, segun la órden recibida, al conde Kataklopski, es decir, al Bailío de Clermont.

—¡Y bien! preguntó el Bailío al mensajero, ¿de qué se trata, de dónde venis?

—Soy enviado por el vizconde de Bourg, señor conde, y vengo de la Bastilla.

—¿Y qué más?

—Debo ver á su Excelencia el Sr. Olivero, y darle inmediatamente noticias alarmantes; dejadme pasar, os lo suplico... todas estas formalidades me hacen perder un tiempo precioso.

—Amigo mio, yo no estoy aquí con la pica al hombro, como un simple soldado, por mi

gusto, ¿no es cierto? Obedezco una consigna severa y sabré ejecutarla. Su escelencia celebra consejo en este momento, y no os recibirá hasta que yo vea si vuestras noticias, convenientemente depuradas por mí, su primer ayudante de campo, merecen distraerle. Hablad, pues, pronto; os escucho.

—Coronel, el vizconde de Bourg hace saber á su escelencia que las guarniciones herejes de Compiegne, de Melum y de Poissy se han puesto en camino esta noche; que todas han tomado la direccion de Saint-Denis, á donde el Bearnés ha llegado esta noche con cinco ó seis mil hombres. Nuestros esploradores acaban de entrar por las poternas esteriores y nos han dicho que el campo estaba lleno de soldados que marchan en pelotones hácia los arrabales como hácia un punto de reunion general. La opinion del gobernador de la Bastilla es que la ciudad va á ser atacada al amanecer; su consejo es que se toque á generala para llamar á las armas á todos nuestros amigos.

—¿Qué más? preguntó Clermont, mientras el mensajero cobraba aliento y se enjugaba la frente.

—Cómo, coronel, ¿creeis que todo eso no es bastante?

—¿Es eso todo?

—Todo.

—Pues bien, amigo mio, volved á la Bastilla, decid al vizconde de Bourg, que hace más de cuatro horas sabemos lo que cree anunciarnos. Es cierto que los realistas se mueven; pero estamos suficientemente prevenidos y esta noche solo tendremos algunas alarmas insignificantes. El enemigo quiere cansarnos para aprovecharse del menor descuido causado por la fatiga; no caigamos en el lazo... Id, mi bravo, id á dormir tranquilo; el señor Olivero celebra consejo en este momento, y os recibiria muy mal por cosa tan corta.

—Sin embargo...

—Nada hay que replicar, caballero, retiraos sin añadir una palabra.

El mensajero obedeció, y volvió la espalda.

—¡Diablo! pensó Clermont, el asunto se complica, el tiempo se pone borrascoso... dentro de poco vamos á oir un cañonazo que será la señal de alarma.

Y el Bailío acariciaba, bajo su jubon, las culatas de sus pistolas.

Dieron las cuatro en el reloj de los Capuchinos; no habian pasado diez minutos, cuando una descarga de mosqueteria hizo retem-

blar todos los cristales del palacio. Clermont se estremeció, arrojó léjos de sí su alabarda demasiado pesada para sus delicadas manos, tomó sus pistolas y las armó. Entónces, la puerta principal, empujada de adentro afuera, se entreabrió, y Pampelonne, asomando la cabeza, dijo en voz baja:

—¡Hum! ¡hum!

—Aquí estoy, respondió Clermont, permaneced en vuestro puesto.

—¡Bien! pero, ¿habeis oido?

—¡Eh! ¡pardiez! ¿Creeis que soy sordo?

—Se me figura que por allá abajo se bate el cobre.

—Paciencia, tambien le batiremos á nuestra vez... ¡Chust!... Viene gente... idos.

Pampelonne cerró tras sí la puerta, y luego instintivamente sacó un poco la hoja de la vaina, á fin de poder desenvainar con más rapidez.

En este momento, Clermont, que habia oido marchar á pasos precipitados, vió venir hácia él al oficial que mandaba el puesto, acompañado de media docena de soldados valones y un par de lacayos con hachas encendidas.

—Señor conde, dijo el oficial, en las calles hay tumulto, se estan batiendo...

—Querellas de borrachos, interrumpió Clermont, poco nos importa.

—No, coronel, no; estais léjos de saber lo que pasa; hay traicion en Paris.

—¡Bah! dijo el Bailío examinando las piedras de sus pistolas: estais soñando, caballero.

—Sueño tan poco, que acaban de traer á nuestro cuerpo de guardia al capitan D. Francisco.

—¿Y bien?

—El capitan tiene el cuello atravesado de una estocada.

—¡Ah! ¡pobre hombre! estaba tan bueno anoche! respondió Clermont con ingenuidad. ¿En dónde la ha recibido?

—Acompañaba al general de Brissac, de quien nuestros señores desconfiaban con razon, porque el traidor Brissac, á quien sin duda estorbaba D. Francisco, le ha herido por detrás.

—¡Oh! ¡oh! ¿es cierto lo que me contais?

—El capitan ha sido hallado en medio de la calle por una de nuestras patrullas. Se muere, pero ha podido denunciar al asesino... preciso es advertir al momento á Su Excelencia...

—A fé mia; pienso como vos: entremos en la habitacion de monseñor.

Clermont abrió la puerta, y el oficial notó,

no sin estrañeza, la presencia de Pampelonne; pero como estaba muy conmovido, turbado, y con tal priesa, no se detuvo en la galeria, y corrió á una de las puertecillas por donde entraba y salia Olivero.

—Ea, amigo mio, dijo Clermont á Pampelonne, tengámonos firme; apuesto ciento contra uno á que Olivero va á querer hacernos arcabucear.

—Yo me encargo de él, respondió el gascon.

El page Tito apareció; habia oido el fuego de fusileria, y venia todo temblando; parecia que tenia miedo; le tenia en efecto, pero solo por su amo, al que se habia consagrado tiernamente.

—Es preciso despertar á monseñor, dijo Clermont.

—No puedo, lo ha prohibido.

—¡Cómo despertarle! observó el oficial; ¿no está en consejo su Excelencia?

Esquivando la respuesta, que era difícil, apartó Clermont al page, entró en la alcoba Pampelonne, el oficial, los soldados y los lacayos, y gritó con voz firme:

—¡Monseñor D. Jaime! ¡monseñor don Jaime!

«Vaya un truhan que sabe dormir, pensó Pampelonne.»

Mientras el caballero hacia esta reflexion, el cañon de la Bastilla se puso á rugir con gran estrépito, y todo el mundo se estremeció. De pronto, Clermont, que habia separado las colgaduras de la cama de Olivero, dió un grito de rabia.

—¡Se ha ido! dijo.

—¡Pardiez! dijo á su vez Pampelonne, ¿qué significa esto?

—¡Se ha ido! repitió el oficial en el colmo de la admiracion, y empezando á comprender que se habian estado burlando de él.

—¿En dónde está tu amo? preguntó Pampelonne sacudiendo con furor al paje, mientras Clermont se golpeaba la frente.

—Señores, respondió el chico con calma, el señor Olivero salió de palacio anoche á las diez, sin decirme adonde iba; pero ordenándome que dejase creer que se habia acostado y dormia.

—¡Ah! traidor, dijo Clermont, ¡te has burlado de nosotros!

—Caballero, dijo el oficial echando mano á la espada y dirigiéndose al Bailío, temo que seais aquí el verdadero traidor; ¿qué significan esos cuentos que me habeis referido?

—¿Con qué derecho me preguntais? repuso Pampelonne con altanería.

—Entonces, caballero, dadme vuestra espada.

—¡Insolente! interrumpió Pampelonne.

—¡Fuego! gritó el oficial volviéndose á sus soldados.

—Pero apénas hubo pronunciado esta palabra, cuando de un pistoletazo Clermont tendió al español á sus piés.

Los soldados tenian ya la culata del arcabuz al hombro; Pampelonne cogió á Clermont por una mano, lo alzó por medio de una vigorosa sacudida, lo empujó á la galería, y cerrando tras sí la puerta, dijo:

—Huyamos, Bailío, huyamos, y escatimemos nuestra pólvora; de este corredor á la calle hay mucho espacio, y la casa está llena de soldados.

Ocho detonaciones se oyeron á un mismo tiempo y en el instante en que el caballero cerraba tras sí la puerta:

—¿Estais herido? Preguntó Pampelonne á tiempo que corria.

—Creo que sí, pero será poca cosa... volvamos, y carguemos contra esos bribones que vienen tras de nosotros.

—No... cerremos la puerta principal... Si

al menos tuviese cerrojos por la parte de afuera...

—Los tiene.

—¡Bueno! Así adelantamos el trabajo... ¡Ah! ¡Diablo! añadió Pampelonne empujando tras él la puerta principal; pero no lo bastante rápido sin embargo para evitar una estocada que le lanzó uno de los soldados que le perseguian... Teneos firme, Bailío... ¿A dónde están los cerrojos?... aquí están... ¡Crac! Tengo el honor de saludaros, señores, divertíos mucho.

El caballero dió la mano á Clermont despues de haber corrido los cerrojos, y echó á andar por el vestíbulo para llegar al patio de honor y la calle; en el camino encontraron á muchos criados y soldados asustados con quienes tropezaban.

—¡A las armas! gritaba Pampelonne; ¡traicion! ,. Gritaba el Bailío, y estos gritos se repetian en medio de un horrible tumulto, y rodeados de tinieblas.

En fin, nuestros partidarios llegaron sin ningun accidente, al patio de honor en el momento en que se abria la verja para dar paso á dos ginetes que iban á salir del palacio.

—Necesitamos esos dos caballos, y pronto, dijo el gascon al oido del Bailío, imitadme.

Despues, encarándose con uno de los ginetes, cogió su caballo de la brida, y le dijo:

—¿Adónde vais?

Clermont hizo al otro ginete la misma pregunta, del mismo modo.

—El duque de Féria me envia al señor Olivero, respondió el correo.

—¿Y dónde está el señor Olivero?

—En la Bastilla, segun se cree.

—Mientes, eres un traidor.

—¡Yo! dijo con estrañeza el ginete.

—Sí, tú.

Y Pampelonne hizo fuego con su segunda pistola: el ginete cayó muerto, Pampelonne montó en la silla, y picó espuelas.

—¡Traidor! esclamaba Clermont por su parte, y derribaba al otro correo para lanzarse en pos de Pampelonne, antes que los criados, que habian abierto la verja, hubiesen tenido tiempo para volver de su sorpresa.

—Ea, ahora, ¿á dónde vamos? preguntó el gascon despues que hubieron corrido á toda brida durante algunos minutos.

—No lo sé... ¡Ay! creo que esos bribones me han inutilizado la mano izquierda; siento que me pesa doscientas libras.

—Y yo, respondió Pampelonne, tengo una estocada en alguna parte... pero no importa...

¡Aprieta! el cañon vuelve á tomar la palabra en la Bastilla...

—Y el fuego de fusilería hace de las suyas por la parte de Saint-Denis. Caballero, separémonos; el rey debe haber entrado por la puerta Nueva ó por la de Saint-Denis; corred á la puerta Nueva, yo voy al otro lado... El primero de nosotros que vea á S. M., le dirá que Olivero está libre. .

—Bien, muy bien, he comprendido.... ¡Adios, buena suerte!

Y el gascon partió á todo escape á mano izquierda, mientras el Bailío tomaba á la derecha, y con la misma velocidad.

No habian andado cincuenta pasos cada uno, cuando los recibió una doble descarga de fusilería.

—¡No me han dado! gritó Clermont con su voz fina y penetrante.

—¡No me han dado! gritó Pampelonne.

Y los dos amigos pudieron convencerse por el galope de sus caballos, resonando en las piedras, que caminaban perfectamente.

XX.

Donde se verá que no por ser ménos raras las ideas del normando La Gazette, dejaban de tener mérito.

¿Qué hacia el señor Olivero durante todo este tumulto? ¿Estaba en la Bastilla, estaba en la puerta de Saint-Denis, ó se habia puesto al frente de la guarnicion española y del partido liguero? Eso es lo que sabremos volviendo al capitan La Gazette, á quien hemos dejado en traje de tártaro, á solas con la señora de Thomassin, su sueño y su esperanza.

Apenas se alejó el sargento Tadeo, La Gazette, que se habia puesto á escuchar junto á la puerta para asegurarse de que nadie le oia ni le espiaba, volvióse vivamente, y cayendo derodillas:

—Señor baron, respondió la señora de Thomassin abandonando su mano en las manos ardientes del capitan; creo, en efecto, que el cielo no nos prohibe amarnos. Sin embargo, cuento con vuestra lealtad para que me concedais tanta estimacion y respeto como ternura.

—¡Dios de mi vida!... Ya lo creo, mi querida señora... ¿Con que es cierto que me amais?... ¿Ha salido al fin esa confesion de vuestro boca adorada?

—Sí, sin duda; no puedo ocultaros mis sentimientos. Yo, al fin, ya os lo he dicho, quien, ayudada del Rifodé David y el sargento Hubner, tuvo la dicha de velar por vuestra existencia durante los primeros tiempos de vuestra detencion en la Bastilla... ¡Ah! señor baron, ¡qué de malos dias y malas noches me habeis hecho pasar durante cuatro años!...

—¡Qué de malas noches decís!... ¡Ay, y yo! ¡oh tierna amiga!... ¿me habeis, pues, amado en vuettros sueños?...

—Hasta en mis sueños os he llorado. Pero, caballero, continuó la señora de Thomassin deteniendo con un movimiento virtuoso al fogoso La Gazette; á estas confesiones que os encantan, debo añadir una declaracion que vuestro honor sabrá apreciar. Yo no me per-

tenezco, y si me ha sido imposible detener los impulsos de mi corazon, me será fácil poner ahí un límite á vuestra conquista y á mi debilidad...

—Os comprendo, esclamó La Gazette desesperado, pero orgulloso de la virtud de su bella; os comprendo, maese Publicola os tiene bajo su poder conyugal... Pero ese hombre es un villano... ¿no me habeis referido que os habia arruinado, y vendido despues, por decirlo así, al ódio del feroz Louchard?

—La perversidad de mi marido me impone deberes más severos... Sí, os amo, mi noble caballero, pero permitireis que ame tambien mi gloria. Así, seamos amigos, y que la castidad de nuestra mútua ternura me haga al ménos hallar gracia ante mi propia conciencia.

—Juro, amiga mia, respondió el capitan en tono caballeresco ligeramente enfático, juro protegeros, no solo contra todos, sino tambien contra mi mismo.

—Gracias, señor baron, sois un verdadero hidalgo.

El normando, entusiasmado con este último cumplido, sintió desde la cabeza á los piés un estremecimiento voluptuoso, y la señora de Thomassin continuó:

—Seriamos egoistas si solo nos ocupáramos de nosotros en este crítico momento. Sospecho que me han separado de la señorita de Tarare para introducir á su lado al infame Olivero...

—¡Cielos! ¡Teneis razon!... interrumpió La Gazette... ¡Y yo, que olvidaba á esa interesante vírgen! ¿Qué hacer, Dios mio, qué hacer? ¡Ah, infames! ¡Cómo han sabido tomar sus precauciones!

—¿Qué precauciones?

—Este cuarto donde estamos es una especie de celda, una verdadera prision, con una ventana sola y aun esa ventana está enrejada sólidament .

—¿Y cómo llegamos á ella?

—Verdad es que está muy alta... ¡Ah San Nicolás! Se me ocurre una idea... Esperad... sí, tengo una idea, esclamó La Gazette entusiasmado... ¡Viva la Normandía!

—Esplicáos, dijo la señora de Thomassin.

—Permitid que desenvuelva, no mi idea, sino las ideas que se me agolpan en conjunto... Ante todo... sí... no, no es eso... Muy bien... vereis, señora, cómo tenemos un éxito fabuloso.

—¡Justo cielo! ¡Vais á volverme loca!

—No hay más que una dificultad, pero una

grande, continuó La Gazette que se paseaba acariciándose la barba con las manos.

—¿Y esa dificultad?

—Querida señora, ¿os repugnaria subir sobre mis hombros para llegar á esa ventana? preguntó La Gazette con virginal timidez.

—No en verdad; ¿es esa la dificultad?

—Sois un ángel... Entónces, amiga mia, tened la bondad de dejaros cojer por el talle.

—Hacedlo, respondió la señora de Thomassin resueltamente.

—¡Bueno! Una, dos... ya está.

Y la señora de Thomassin, aunque pesaba razonablemente, se vió cogida por dos brazos vigorosos que la levantaron, haciendo bailar hasta posarla sobre los cuadrados hombros del capitan.

—Ahora, continuó el normando temblando de emocion, poned alternativamente vuestros lindos piés en mis hombros, y teneos firme, y sobre todo derecha.

La señora de Thomassin obedeció al momento; La Gazette se habia vuelto de frente á la pared, debajo de la ventana, con la cabeza baja.

—¿Qué veis? preguntó el capitan.

—Nada; faltan algunas pulgadas para que yo pueda llegar á la ventana.

—Pues bien, amiga mia, poned un pié en mi cabeza; no temais lastimarme, mi cabeza es dura, respondo de ello.

—Ya estoy.

—¿Y qué veis?

—Oscuro como boca de lobo; pero aguardad, la luna sale de entre las nubes... ¡Ah! ¡ah! La ventana dá á un patio desierto; los muros que la rodean son elevados, y en los que no veo puertas ni ventanas.

—¿De veras?

—¡Oh! Muy de veras.

—Perfectamente... ahora, bajad... declaro ahora más que nunca que mi idea es escelente.

Apenas habia bajado la señora de Thomassin, cuando se oyó ruido de pasos.

—¡Chut! murmuró La Gazette, sentáos en esa silla, y tomad un aire contristado.

El sargento Tadeo entró, y se halló á su tártaro de pié, con los brazos cruzados y fija la mirada; hizo una señal de satisfaccion, y volviéndose hácia la señora de Thomassin.

—La señorita de Furster os espera, dijo; tened la bondad de seguirme.

La señora de Thomassin siguió sin responder, así como La Gazette. Al pasar junto á una ventana que daba al patio grande del cas-

tillo, el capitan oyó el galope de un caballo que pasaba el puente levadizo. La Gazette, ejercitado como lo estaba en toda clase de ruidos de guerra, no tardó en convencerse de que el ginete que huia no iba acompañado.

—¡Bien! pensó el normando, otro descubrimiento que consignar en mi memoria.

Despues, como Tadeo, luego de haber acompañado á la señora de Thomassin á la habitacion de la señorita de Tarare, se habia retirado dejando al capitan en su puesto de costumbre. Entregóse La Gazette á las meditaciones mas profundas, para acordar, hilvanar y coser todas las ideas que se habian amontonado en su cerebro.

La señora de Thomassin halló á la señorita de Tarare muy agitada, encendidas las megillas, y la mirada estraviada.

—¡Dios mio! señorita esclamó la buena mujer. ¿Qué os ha sucedido?

Elena miró durante algun tiempo á su compañera sin responderle; despues, armándose de todo su valor, refirió la escena que acababa de pasar entre ella y Olivero.

—El miserable ha estado aquí, dijo; al fin se ha atrevido á venir y á quitarse la máscara; le he visto, y al fin he podido convencerme de

que los mónstruos de su especie no son imaginarios.

—¡Olivero! interrumpió aterrada la señora de Thomassin. ¡Ya lo presumia yo! Hablad, mi querida señorita, hablad. ¡Estoy temblando!...

—Entró aquí con el rostro risueño, y el miserable me saludó con el mayor desenfado, con aire triunfante, y el insultante desden con que yo le recibí, no pudo turbar por un momento su cínica mirada.—«Veo con viva satisfaccion, señorita de Tarare, me dijo, que estais perfectamente buena; hace unos cuatro años que vuestra imágen se me apareció velada entre las sombras de la muerte, tomé por lo serio la comedia de vuestros funerales, vestí por vos luto, si no en el traje al menos en mi corazon, y en verdad que cuando yo pedia al cielo que me otorgase el favor de volver á veros, esperaba encontraros en un mundo mejor; el cielo ha sido conmigo clemente, puesto que nos ha reunido en la flor de nuestra edad, en esta vida que hago juramento de embellecer satisfaciendo vuestros menores caprichos. Me anunciais con la severa espresion de vuestros encantadores ojos, que en este momento os inspiro mas odio que amor. ¡Ay! ya me esperaba ese infortunio; sabia que en un princi-

pio seriais implacable con este amante, que en un momento de vértigo, é impulsado por su amor, ha cometido con vos un crímen lleno de audacia. En amor, señorita, la audacia no es sino pasion, y todo crímen se perdona cuando el culpable se arrodilla demandando gracia. ¿Es culpa mia si he marchado en pos de vuestra huella, si os he reconocido, si he jurado que ningun poder humano podria ya separarnos? ¡Es culpa mia si os amo con una especie de furor, si vuestra belleza me hace despreciar á todas las mujeres que me agradan antes que vos? Creedme, señorita, no rechaceis mis homenajes... sé de memoria vuestra historia; ya no teneis ni familia ni fortuna, y vuestro gran nombre, si la Providencia no viniese en vuestra ayuda por mi intercesion, terminaria en la oscuridad de la miseria.

Yo soy el heredero de una familia ilustre y opulenta. Mi crédito es poderoso, los servicios que presto á mi rey, me aseguran su favor; desempeñaré los papeles mas importantes en el mundo político. Aceptando unir mi nombre al vuestro, siendo mi bien amada compañera, participareis conmigo de todo, y mi esplendor irradiará en vuestra frente con el brillo de los diamantes de una corona de reina. Responded, señorita; espero.

—Renunciad, caballero, le dije, á la esperanza de obtener de mí ninguna respuesta á vuestras ofertas, que son otros tantos insultos hechos á mi dignidad de mujer, y á la nobleza del nombre que llevo. Ya lo sabeis, de hoy más, no me arrancareis una sola palabra.

Entónces el traidor se descubrió del todo; se espresó con una impertinencia de que no me acuerdo ya; quiso echarla de galante, y solo consiguió ser grosero; quiso echarla de burlon, y solo estuvo insolente; y despues de largos discursos me dijo: «Señorita, hoy es viérnes, recordad bien esta fecha, porque el próximo lúnes, á la misma hora, me volveré á presentar aquí. Teneis, pues, tres dias enteros para tomar una decision que yo mismo vendré á conocer. Os dejo este plazo para que elijais con entera libertad entre estas dos proposiciones; ó me perteneceis por medio de una union legítima, ó me perteneceis por medio de la violencia. Soy hombre de palabra, no lo dudeis, y quiero que el ministro de Felipe II, que gobierna á su antojo diez partidos en la Liga, no sea por más tiempo juguete de una débil mujer.»

—¡Mónstruo! murmuró la señora de Thomassin... ¿Se ha ido ya?

—Ya se fué, saludándome con ironía; pa-

recia un tigre reservando su presa, pero esta presa se le escapará.

—¿Por qué decís eso?

—Porque me mataré.

—¿Y qué se adelanta con eso? ¿Y el señor de Clermont?

Elena suspiró dolorosamente, y llevó el pañuelo á sus ojos para ocultar sus lágrimas.

—A propósito, continuó la señora de Thomassin, ¿os ha hablado del retrato del baron? ¿Os ha pedido que se lo enseñaseis?

—Me ha hablado de él cuando se esforzaba en hacer burla de mi cautiverio; pero no insistió en verle, y hasta me dijo que me inducia á continuar esa obra maestra; y respecto al baron añadió: «He escogido á ese hombre salvaje para que os convenciéseis de que estais en mi poder; si os hubiese dado por guardian un hombre como otro cualquiera, habríais podido enternecerle y ganarle á vuestra causa. Aquí toda tentativa de parte vuestra seria infructuosa: mi tártaro es incorruptible, sordo y feroz; á una señal de mi mano os mataria sin remordimientos...»

—¡Ya vá! dijo la señora de Thomassin; ya veremos de qué sirve esa diplomacia... Y bien, mi querida señorita, tengo que daros un consejo: acostaos sin inquietud alguna, antes

del lúnes nos sacará el baron del mal paso en que estamos...

—¿Os ha confiado alguna buena esperanza?

—Me ha dicho que tenia una idea, y cuando los normandos tienen una idea, ya lo veis, siempre triunfan. Mañana volveremos á decir que nos traigan á nuestro tártaro para continuar su retrato, y estoy segura que nos alegraremos... Vamos, vamos, buenas noches y hasta mañana...

Elena se resignó, siguió el consejo de la señora de Thomassin; rogó á Dios con fervor, cobró aliento, y al otro dia á la hora de costumbre, preguntó por el capitan.

La Gazette se mostró prudente, como siempre; es decir, que antes de abrir la boca escudriñó todos los rincones, miró por debajo de todos los muebles, examinó las ventanas y las cerraduras á fin de convencerse de que no podian verle ni oirle; y despues dirigió en voz muy baja al oido de las dos damas esta pregunta:

—¿Qué hay de nuevo?

La señora de Thomassin refirió someramente la visita de Olivero, y dijo que D. Jaime se habia anunciado para el lúnes siguiente á la misma hora.

—Y qué habeis imaginado? preguntó Elena.

—¡Oh! Muchas cosas.

—Decidnoslas.

—No.

—¿Creeis que vamos á revelarlas? dijo sonriendo la señora de Thomassin.

—Bella señora, hay dos maneras de revelar las cosas: voluntaria é involuntariamente. Un buen normando no se espone ni á una ni á otra de esas revelaciones. Sin embargo, tened la bondad de contestar á mis preguntas; vos, señora, ¿sabeis montar á caballo?

—Como un soldado de caballería; durante mi destierro tuve ocasion más de una vez de montar caballos difíciles, y en mi juventud, mi padre, que era muy rico, no me rehusaba el placer de ese ejercicio que me gustaba apasionadamente.

—Mejor que mejor, dijo La Gazette frotándose las manos y luego la barba... y querida señora, podríais montar el primer caballo que se os proporcionase para...

—Os digo que sí, señor baron.

—¡Bueno!—El que os sirve aquí, señorita, es siempre el mismo hombre, ¿no es cierto? ¿ese español de gesto avinagrado, vuestro carcelero en fin que os trae vuestra comida y responde á nuestros campanillazos?

—Hasta hoy siempre es él el que ha veni

do; él y una mujer fea y vieja, encargada de arreglar nuestras alcobas.

—¡Magnífico! ¡magnífico!... pues bien, señoras, hablemos de otras cosas, si gustais, ó mejor dicho, no hablemos de nada, y será lo más prudente... En cuanto á mí no me sacareis del cuerpo la menor palabra.

La Gazette fué inflexible y testarudo como una mula, aunque Elena hizo todo lo posible porque se esplicase, y la tierna señora de sus pensamientos porque soltase prendas.

El tártaro estuvo mudo hasta el lúnes fatal; solamente aquel dia, al dejar á las prisioneras, les dijo tan bajo que apenas pudieron oirle:

—Cuando el señor Olivero entró aquí el viérnes último, señorita, ¿hacia mucho tiempo que el carcelero habia venido á separaros de la señora de Thomassin?

—No, respondió Elena, apareció casi al mismo tiempo. Aunque el carcelero habia cerrado mi puerta, debe tener otra llave.

—¡Muy bien! atencion, y mucho valor; vos, querida señora, tened preparado un lazo bastante sólido, que desde ahora ocultareis entre vuestros vestidos; vos, señorita Elena, tened pronta tambien una cuerda cualquiera, que ocultareis debajo del tapete de esa mesa; mos-

traos amable para el traidor, y rogad ambas al cielo que venga en ayuda de vuestro servidor humilde...

Inútil es pintar la ansiedad con que acogieron las dos cautivas estas palabras misteriosas; renunciaron á adivinar el enigma, y se exhortaron mútuamente á secundar á su libertador, hiciese lo que hiciese para salvarlas.

El lúnes 22 de marzo fué cuando La Gazette hizo esta última recomendacion á la señorita de Tarare y á la señora de Thomassin. Ahora bien, ya sabemos lo que pasó aquel dia en Paris, pero tenemos que volver al palacio de la embajada de España para reunirnos al señor Olivero, y no dejarle ya.

El lúnes por la noche, D. Jaime Olivero, que no podia creer los rumores esparcidos acerca de Brissac, envió á decir al vizconde de Bourg que á la primera señal de alarma iria él en persona á la Bastilla, bien por la barrera que daba á la ciudad, bien por una de las poternas que daban á la muralla, y de la que él tenia las llaves. «No temais un ataque esta noche, mandó á decir al gobernador de la ciudadela, estoy bien informado, y lo tengo por imposible; tenemos muchos medrosos en la guarnicion, y seria honrarlos demasiado aparentar nosotros miedo. Además, yo vigilo, y pasaré

la noche en blanco, tomando las medidas necesarias en caso de que haya algo.»

Rodriguez fué encargado de llevar este mensage, y encargado ademas de ir hasta Meaux, donde se hallaba un regimiento de walones que D. Jaime queria llevar á Paris para reforzar las tropas españolas que allí habia en número considerable.

Tomadas estas precauciones, Olivero permaneció con Clermont durante algun tiempo, y le despidió bajo pretesto de que estaba muy cansado y necesitaba reposar.

Apenas se fué Clermont, D. Jaime dijo á su paje Tito que le pusiese un buen caballo á la puerta oculta del jardin; despues, saliendo por una de las puertas secretas de sus habitaciones, se aprovechó de la oscuridad de la noche para montar á caballo, y partió para Saint-Maudé, despues de ordenar á su page que ocultase su ausencia, diciendo que dormia á cualquiera que pregontara por él. Sabido es que esta consigna fué obedecida puntualmente por Tito.

Olivero llegó, pues, entre once y doce de la noche al castillo de Saint-Maudé. Segun las órdes que habia recibido, se deshizo Tadeo de algunos servidores que solo hubiesen servido de estorbo á su amo para el logro de sus pro-

yectos. Un hombre solo habia permanecido para guardar el puente levadizo, y cuando don Jaime pasó junto á este hombre, le dijo:

—Ataca con la pica al primero que se presente y quiera entrar; deja el puente bajado, porque es probable que yo tenga que partir, y en ese caso no quiero que nada me detenga.

Tadeo conoció el paso del caballo de su amo, y se apresuró á bajar al patio; pero La Gazette, que estaba con el oido atento hacia mucho tiempo á cualquier ruido esterior, oyó tambien sonar en el pavimento las herraduras del caballo, y se ocupó de poner en práctica su idea.

—Y bien, preguntó Olivero al sargento, ¿está aquí todo tranquilo?

—Nada ha cambiado, monseñor.

—Perfectamente, llévame mi caballo á la cuadra; no, átalo á ese anillo, y ve, como la otra noche, á separar á esas señoras.

Tadeo hizo lo que le mandaban; ató el caballo por su brida á un anillo asegurado en la pared; despues, dirigiéndose á La Gazette, le llevó á la habitacion que ya conocemos. La Gazette se dejó llevar con una sumision perfecta, y esperó el regreso del español, que no tardó en presentarse seguido de la señora de

Thomassin, á la que indicó para sentarse una silla, al mismo tiempo que hizo señas á La Gazette para que vigilase á su prisionera. Entónces, el capitan, pronto como el rayo, empujó la puerta de un puntapié, y agarrando á Tadeo por el pescuezo, le apretó con tanta fuerza la vena yugular, que el desgraciado se puso de color de escarlata, sin poder exhalar ni un suspiro. El español era vigoroso; pero La Gazette combatia á los ojos de su dama, y su energía, ya tan poderosa, se hallaba centuplicada en esta circunstancia. Tadeo rodó por el suelo, anonadado bajo los puños terribles de su adversario.

La señora de Thomassin, comprendiendo la mirada que le dirigia el capitan, sacó de debajo de sus vestidos un cordon largo de seda que habia tomado de las colgaduras del salon de Elena. La Gazette hizo un nudo corredizo, que pasó por el cuello de Tadeo, despues apretó el nudo con tanta fuerza, que al sargento le faltó el aliento y se desmayó. Sin perder un minuto el normando se subió encima de la silla, sujetó uno de los estremos del cordon á las rejas de la ventana, suspendió á Tadeo de modo que no tocase al suelo, y dejándole perfectamente ahorcado, sacó fuera de la habitacion á la señora de Thomassin y dió dos vueltas á la llave.

—¡Oh, Dios mio! murmuró la pobre mujer. ¡Lo que hemos hecho es horrible!

—Mi querida señora, respondió La Gazette, es un español y un bribon... Muchos españoles he matado en mi vida, pero todos valian más que ese. Además solo habia que tomar dos partidos, ó olvideis que esos castellanos son vuestros enemigos, los enemigos del rey los mios... Despues de todo, qué diablo, no soy yo quien les ha declarado la guerra. ¡Pero, silencio! Nuestra obra no ha concluido; bajemos al patio...

—Pero si Olivero...

—¡Desgraciado de él si le veo! Aunque le ahorcado como su criado, no por eso dejaria de matarle. Vamos...

La Gazette y la señora de Thomassin bajaron de puntillas al patio, y vieron el caballo atado al anillo.

—Quedaos ahí, dijo el normando, voy á ver si está guardado el puente levadizo.

El capitan llegó de puntillas hasta la oculta; encontró efectivamente á los guardas al fondo del foso para pasar el tiempo. La Gazette tenia una ventaja en los hombres, y empujando de pronto al mas próximo, le hizo caer de cabeza en el foso.

—Ah, miserable, murmuró el normando, te compadezco; pero al menos tu muer-

te ha sido dulce y pronta. Y ahora, partid, señora, dijo La Gazette á la de Thomassin que había montado en la silla bien ó mal; id al paso por ahora, si así os place, mientras estéis en el castillo; despues á todo escape á París, á casa de un ciudadano que se llama maese Baltasar, y vive calle de Guisa; la calle es ancha, pero corta. Allí encontrareis al señor de Pampelonne, al Bailío de Clermont y á David el Bifodé; direis á mis compañeros que la señorita de Tararé y yo les esperamos.... Partid.

—¿Baltasar, calle de Guisa? repitió la señora de Thomassin.

—Sí; entrad por la puerta Saint-Denis; las mujeres pasan libres por todas partes; además, teneis lengua, servíos de ella.

—¡Oh! sí, le amo, decia entre sí la señora de Thomassin corriendo á todo escape camino de París... ¿No es sin contradiccion el bravo de los bravos?

—¡Adelante! pensaba La Gazette subiendo la escalera que conducia á las habitaciones de Elena; me parece que mi idea empieza á desarrollarse; ¡pero diantre! lo que me queda que hacer no es cómodo que digamos.

Cuando llegó á la puerta de la antesala, el

capitan la halló cerrada; entónces dió dos golpes con mano discreta.

En este momento, Olivero, á quien Elena habia recibido con frialdad, se esforzaba en hacer olvidar la brutalidad que habia desplegado en su primera visita.

Al ruido que hizo La Gazette, Elena se estremeció, y Olivero pareció admirado, y aun turbado.

—¿Es un lazo de otro género, caballero? preguntó Elena de Tarare; ¿no era bastante un hombre contra una mujer, necesitábais refuerzo?

—¡Oh! no lo creais, será mi servidor, que sin duda tiene alguna comunicacion que hacerme; voy á despedirle, desechad todo temor.

Levantóse Olivero, fué á la puerta, la abrió, y se admiró mucho al ver á su tártaro que le hacia gestos, que no comprendia de ningun modo. Al mismo tiempo que La Gazette gesticulaba se iba adelantando, y así llegó hasta el salon.

—¿Te esplicarás al fin? esclamó don Jaime uniendo las señas á la voz con viva impaciencia.

Entónces La Gazette levantó sus grandes brazos como para traducir su pensamiento; despues, reuniendo sus manos abiertas cogió

á Olivero por la garganta, y lo derribó como habia derribado á Tadeo. Elena sacó de debajo de la mesa un cordon igual al de la señora de Thomassin, y se la dió al capitan diciendo:

—Por amor de Dios, no le hagais mal, por muy infame y criminal que sea.

La Gazette ató una á otra las manos de don Jaime, despues de haberle puesto una mordaza hecha con el pañuelo de Elena; despues, obligándole á que él mismo se sentara, sacó su espada, y colocándola encima de sus rodillas, dijo con una malicia propia de un campesino sagaz:

—Señorita de Tarare, tened la bondad de cojer vuestros lápices y hacerme el retrato de este hidalgo; me agrada su cara, aunque está triste...

D. Jaime golpeó el suelo con furor, al oir esta voz que le hacia ver el lazo en que habia caido, y le revelaba toda su vergüenza. Un sordo gemido se escapó de su pecho.

—Paciencia, señor embajador, continuó el capitan triunfante. Si no os mato, es porque sois buena presa, y vuestro rescate será muy bien pagado por S. M. Felipe de España, sin contar lo que me dará S. M. Enrique de Francia... ¡Ah! ¡sois diplomático, y teneis tan poca malicia; pues en Normandía, mi pobre señor,

serian capaces de enseñaros nuestros pastores... ¡Diantre! no os quemeis así la sangre, tranquilizáos, y dormid bien.

Despues se echó á reir el normando.

Entónces fué Elena á tomar la mano á La Gazette, y la besó como se besa la mano de un padre.

—Ya sabia yo, señorita, que concluiria por tener una idea, dijo La Gazette levantándose para ir á cerrar todas las puertas... Decididamente este caballero se fastidia... haced algo por él... haced su retrato.

XXI.

Que fruto dió la idea del capitan La Gazette.

La señora de Thomassin no se habia alabado en valde: montaba á caballo como el más consumado giuete, y aunque el caballo de don Jaime era ardiente, aunque sus arreos no eran muy cómodos para una mujer, nuestra amazona lo guió sagazmente por el camino de Paris. Pero al acercarse á la ciudad la señora de Thomassin, creyó oir rumores de guerra, detuvose para escuchar mejor, y se convenció de que, á favor de las tinieblas, marchaban muchas tropas en la misma direccion que ella. ¿Era gente de la Liga ó gente del rey? La se

ñora de Thomassin juzgó prudente no resolver la cuestion; además, pensó, no sin falta de razon, que estos soldados, cualquiera que fuese su partido, eran para ello un encuentro enfadoso. Su caballo era hermoso, iba equipado ricamente; y los esploradores del rey de Navarra, así como los de Mayenna, gustaban de hacer buena presa; además, la señora de Thomassin era bastante linda, y la gente de guerra, deseosa de galantes aventuras, no habrian podido menos de detenerla, unos para cogerle su cabalgadura, otros para despojarla; que la robasen de un modo ó de otro, siempre esto la haria perder tiempo, y mucho. Lanzóse, pues, hácia el campo para dar un rodeo; despues, como no sabia justamente el sitio de que habia partido, se perdió, anduvo á la aventura largo rato, y no volvió á hallar su camino hasta que se guió por el cañon de la Bastilla. Este cañon la alarmó terriblemente, pero no habia medio de retroceder; hizo con toda devocion la señal de la cruz, y continuó su camino con un valor digno del bravo y tierno La Gazette.

Ahora bien, sucedió que al llegar la señora de Thomassin ante la puerta de Saint-Denis la encontró abierta; empezaba á amanecer, y vio, con una alegría que no podríamos pintar,

una compañía de soldados sobre las armas, en cuyo traje reconoció á los compañeros del rey de Navarra. Como miraba con atencion este grupo, no pudo contener un grito al ver cerca del cuerpo de guardia de la puerta una bandera blanca con tres flores de lis. El cañon continuaba atronando por la parte de la Bastilla, y oíanse frecuentes detonaciones en la ciudad. No habia duda, el Bearnés estaba en Paris; habia entrado allí por fuerza ó por sorpresa, pero allí estaba. Entónces la señora de Thomassin se acercó á algunos soldados que en seguida la rodearon, y les preguntó dónde estaba su jefe. Este se presentó.

—Bella señora que caminais de noche en tan elegante equipo, le dijo, ¿á dónde vais tan de mañana?

—Caballero, traigo un mensaje muy urgente; dignaos ser discreto y no preguntarme, permitiéndome, sin embargo, que os haga algunas preguntas.

—Preguntad cuanto querais, hija mia; todos tenemos aqui demasiado buen humor para no querer satisfaceros.

—¿Qué ha pasado? ¿ha tomado el Bearnés á Paris?

—¡Eh! ¡Sí; pardiez! ¡Lo ha tomado, y no lo entregará!

—¿Así, pues, sois realistas?

—De la cabeza á los piés, si no os enfadais por esto.

—¡De veras! esclamó la señora de Thomassin con una esplosion de alegria.

—Por poco que tengais en ver á Su Magestad, no teneis más que bajar la calle Saint-Denis, y probablemente le encontrareis.

—Os doy gracias: aunque tengo grandes deseos de ver al rey, no es á él á quien busco en este momento. ¿Conoceis por casualidad á un hidalgo llamado el caballero de Pampelonne?

—¡Ira de Dios! ese caballero está delante de vos, señora.

—¿Es posible?

—Mas que posible, eso es.

La señora de Thomassin tomó el brazo del caballero, y le llevó aparte.

—Probadme que sois el caballero de Pampelonne, dijo asegurándose por un esceso de prudencia.

—Pero lo que me pedís es difícil; preguntad á esos valientes.

—Quién es vuestro mejor amigo en el partido del rey?

—El rey.

—¿Y despues del rey?

—El Bailío de Clermont.

—Perfectamente. ¿Está enamorado el Bailío? ¿De quién está enamorado, y dónde se encuentra su dama?

—Está enamorado de la señorita de Tarare, y la busca; y si el capitan La Gazette no le da noticias de ella, nadie se las dará.

—Os engañais, porque yo voy á dárselas... Tened la bondad de conducirme... Es preciso que ahora mismo hable al Bailío...

—¡Bondad del cielo! En dos palabras me habeis dicho muchas cosas. No puedo separarme de este puesto donde me ha colocado el rey para que reciba al señor Olivero si pretende escaparse de la ciudad...

—Trabajo inútil.... Olivero está léjos de aquí.

—¡Ah! ¡pardiez! Me alegro y lo siento. Me alegro, porque la batalla concluirá pronto; lo siento, porque su captura hubiese sido buena presa...

—Venid por él, es mi prisi nero.

—¡Vuestro prisionero! ¡Demonio!

—Es decir, prisionero del baron La Gazette.

—¡Qué me estais diciendo!... ¡La Gazette! Ese truhan de normando nos ha soplado el peon... Pero vos, señora, ¿quién sois?

—La señora de Thomassin...

—En efecto, esclamó Pampelonne mirando más de cerca á la amazona... Recuerdo vuestras facciones... ¡Eh! señor de Salagnac, añadió el caballero dirigiéndose á un oficial, escuchad un momento: os cedo el mando para ir á ver al rey; continuad recibiendo á los nuestros que se presenten de fuera; impedid el paso á los españoles, y teneos firme en caso de ataque... Venid, señora, venid.

Pampelonne montó en seguida su caballo, y partió, encantado al ver el atrevimiento con que la señora de Thomassin manejaba su cabalgadura.

Ya hemos dicho que el rey se habia dirigido desde la Puerta Nueva á la de Saint-Denis, encontrando en esta calle las tropas conducidas por el baron de Vitry. El baron habia sido recibido en la Puerta Saint Denis por los regidores Langlois y Noret, y habia peleado primero con los puestos walones escalonados en la calle principal.

Allí habian cambiado gran número de arcabuzazos, y derrotados en todos los puntos los walones habian visto incendiar su cuerpo de guardia, lo que esplicó al rey, luego que llegó al terreno del combate, las llamas y las luces á que hicimos referencia en el capítulo

anterior. Clermont se habia unido á Vitry, y el bravo caballero, desesperado por la fuga de Olivero, habia hecho recaer todo su mal humor en los soldados de Felipe II.

Conquistada la calle de Saint-Denis, envió el rey á Vitry en direccion al gran Chatelet, punto general de reunion designado á las tropas que habian entrado por los sitios mas opuestos, y ya se dirigia al barrio de Saint-Honoré en medio de una valiente escolta de grandes señores y capitanes, cuando los alcanzaron Pampelonne y la señora de Thomassin.

Pampelonne se habia adelantado; apénas le vió el rey esclamó:

—¿Está preso Olivero, hijo mio?

—Si señor, está preso.

Clermont dió un salto en su silla, y se volvió vivamente hácia el caballero.

—¡Ira de Dios! dijo Enrique IV con alégria; solo tú en Gascuña eras capaz de haber cogido á esa zorra.

—Señor, la zorra no ha sido cogida por un gascon, sino por un normando, respondió Pampelonne algo confuso.

—¿Pues quién ha dado ese magnífico golpe?...

—El capitan La Gazette.

—¡Pardiez! Quiero que él mismo me traiga á su prisionero; vé en busca de los dos.

—Señor, ¿permitís que el Bailío de Clermont me acompañe?

—Sin duda; pero está herido.

—¡Oh! no tengo mas que un arañazo...

—Partid, pues.

—¡Adelante! dijo Pampelonne á Clermont... Venid, y permitidme primero que os presente esta amable y encantadora beldad...

—¡La señora de Thomassin! esclamó el Bailío.

—¡El señor de Clermont! ¡Oh! ¡Dios sea loado! Adelante, señores, no tenemos un minuto que perder.

Los tres caballos, lanzados á todo escape, pasaron la puerta Saint-Denis, y la señora de Thomassin, guiándose por el mismo camino que ya habia seguido, concluyó por llegar al castillo de Saint-Maudé.

—¡Diablo! dijo Pampelonne indicando á Clermont el cadáver del centinela que el capitan habia arrojado al foso, ese La Gazette hace bien las cosas decididamente, y le tendremos baron como tanto deseaba.

Clermont no respondió, estaba sordo y mudo de emocion y de impaciencia.

Cuando La Gazette oyó el galope de los

caballos en el patio, levantóse para mirar por una ventana, y D. Jaime, pensando que iban á socorrerle, no intentó disimular su alegría. Elena temblaba de ansiedad.

La Gazette abrió la ventana y gritó:

—Por aquí, camaradas, hacedme el gusto de subir.

Y le quitó á Olivero su mordaza, fué á abrir las puertas, y volvió al lado de su prisionero en el momento en que las espuelas del Bailío y de Pampelonne resonaban en la antesala.

—Escelencia, dijo, ahí teneis al conde Kataklopski y al escudero Ivarof, que viene á ofreceros sus respetos.

Al decir esto se sentó tranquilamente.

Elena quiso levantarse para recibir á sus libertadores; pero si tuvo este valor le faltaron las fuerzas, porque volvió á caer en su sillon, ante el que Clermont fué á inclinarse plegando una rodilla en tierra, mientras la señora de Thomassin, apoderándose de las manos de su compañera, las besaba con trasporte y ternura.

—Señorita, dijo Clermont con voz conmovida: no envidio la gloria de mi amigo,—y señaló al capitan—porque si no tengo el honor

de haberos libertado, tengo la alegría de veros libre y...

—¡Estais herido, caballero! interrumpió Elena, feliz en poder espresar su propia alegría con una palabra que revelaba noblemente la turbacion de su corazon.

—Bendita sea la sangre que he vertido por vos, señorita; una sola de vuestras miradas ha curado ya mi herida.

Y como Elena, llena de sonrojo, habia tocado con el dedo la ensangrentada mano del Bailío, el Bailío cogió en sus dos manos la de la jóven, y luego contempló su divino rostro con éxtasis y embriaguez.

Pampelonne comprendió la turbacion de estos dos corazones enamorados uno de otro: habia sido confidente de Clermont, sabia que estos dos enamorados no se habian dicho nunca que se amaban; que el amor habia florecido en su alma, como florece el arbusto en el desierto, y comprendia todo lo que tenian de delicado, de tierno y de difícil sus posiciones respectivas. Así, quiso hacer más fácil la embarazosa situacion de ambos con uno de esos accesos de brusca alegría, cuyo secreto poseia él solo.

Señorita, dijo, permitireis que mi incline mi vez ante vos, y os presente al Bailío de

Clermont como el hombre de Francia y de Navarra más digno de ser amado. Hace cuatro años que vive con vuestro recuerdo; si no me engaño, hace cuatro años al menos que participais de sus esperanzas... ¡Bueno! ya estamos de acuerdo todos sobre ese punto, y decidimos,—¿no es cierto?—que para agradar á Dios, que nos ha socorrido en nuestros trabajos, inauguraremos este hermoso dia con un acto de clemencia.

—Sí, con todo mi corazon, respondió Elena con nobleza, mirando con lástima á Olivero; todo enemigo vencido es perdonado, así como olvidado.

Clermont y La Gazette se volvieron hácia el prisionero; Clermont con desden, La Gazette haciendo una mueca.

—Así, pues, continuó Pampelonne, os recomiendo que no hableis con demasiada ternura delante del señor Olivero, porque tiene las pasiones vivas, porque ama como los tigres y los gatos, y debe sufrir horriblemete en vuestra presencia. Apresurémonos, pues, á arreglar las cuentas á su Escelencia, y volvámonos á Paris.

Olivero lanzaba miradas feroces; su frente habia palidecido, sus lábios temblaban de furor.

—Sois traidores y cobardes, dijo con rabia: traidores, porque todos tres me habeis mentido; cobardes, porque sois tres en insultar á un hombre cuyas manos están atadas.

—Desatadle y ponedle en las manos su espada, esclamó Clermont con impetuosidad.

—¡Eso no! respondió Pampelonne; no es este el momento de enseñar á este caballero esa estocada á la ligera, una estocada polaca, de feliz memoria.

La Gazette soltó una carcajada, y Pampelonne continuó:

—Sois prisionero del baron La Gazette, caballero; yo soy el caballero de Pampelonne, y el señor el Bailío de Clermont, tres caballeros que os dejarian memoria si pudiesen disponer de vos. Vamos á conduciros ante S. M. el rey de Francia y de Navarra, que tiene mucho interés en felicitaros por vuestro celo para defender á Paris, celo desgraciado, porque mientras el capitan La Gazette se apoderaba aquí de vos, el señor de Clermont y yo nos apoderábamos de Paris.

Olivero sonrió con ironía. La Gazette creyó que Pampelonne se chanceaba, y halló la chanza de su gusto.

—Sois gascon, caballero, respondió don Jaime; no se os puede negar al oiros.

—Señores, á caballo, repuso Pampelonne. Su escelencia es de la opinion de Santo Tomás... Contentémosle... Señoras, salgamos de este castillo apestado de crímenes, y vamos á oir misa á Nuestra Señora, donde probablemente se estará cantando á la hora esta un *Te-Deum laudamus*.

—Partamos, dijo La Gazette, y ofreció la mano á la señora de Thomassin, que no se hizo de rogar.

—Vamos, Bailío, dad el brazo á esa señorita; entre prometidos debe hacerse así; yo me encargo de escoltar á vuestro prisionero.

La señorita de Tarare se apoyó, radiante de alegría, en el brazo de Clermont; La Gazette hizo una seña para alargar la mano á su bella, y D. Jaime se levantó.

—Señores, dijo, no olvidaré que sois hábiles comediantes; no llevareis á mal que tome esto por una comedia.

—Pardiez, caballero, interrumpió Pampelonne, ¿no habeis oido los cañonazos esta noche pasada?

—¡Con que eran cañonazos! esclamó La Gazette... En efecto, yo oia un ruido sordo... Veamos, caballero, añadió en voz baja, ¿es cierto lo que anunciais?... el rey...

—Ha batido en retirada á la España y á la

Liga, amigo mio; nos ha dicho que os llevemos muerto ó vivo con vuestro prisionero...

—Pero por San Jerónimo... y por San Nicolás... entonces... mi baronía...

—Podreis escogerla en Normandía ó en Gascuña, amigo mio, y el rey os abrazará.

—Caballero, dijo La Gazette estupefacto y dirigiéndose á Olivero, os aconsejo que no os mostreis recalcitrante; deseo saludar á mi rey y gritar viva Enrique IV... No me hagais penar, porque os comeria vivo.

—¿Qué ha sido de mi servidor Tadeo?...

—¿El carcelero? preguntó La Gazette, ha muerto... ¡Ah! ¿No lo creeis?.. Pues bien, venid á verlo.

El capitan llevó á Olivero, Clermont y Pampelonne, á la puerta del cuarto donde habia estrangulado á Tadeo; despues, suplicando á las dos damas que no pasasen adelante, abrió la puerta y enseñó el cadáver del sargento.

D. Jaime murmuró una blasfemia; Pampelonne y Clermont retrocedieron, y La Gazette dijo suspirando:

—Fué preciso... no me obligueis á trataros del mismo modo; seria desagradable para ambos, y más aun para vos que para mí: palabra de honor. Si quereis reñir como prisionero

de guerra, entregad vuestra espada, jurad que nos seguireis, y desataré vuestras manos.

—¡Yo, entregar mi espada! ¡A vos! ¡A un asesino! replicó Olivero fieramente.

—Bien, pero acordaos de esto; cuando hayais pagado vuestro rescate, os mataré en tercera, ó en cuarta, como querais.

Elena se colocó en el caballo de Clermont, la señora de Thomassin en el de Olivero, Clermont en el de Pampelonne, y La Gazette y el caballero se adelantaron á pié, llevando entre ellos dos á D. Jaime Olivero, que devoraba su vergüenza con rabia, al escuchar sus epígramas.

Esta comitiva entró en Paris por la puerta de San Antonio, y La Gazette creyó soñar al oir los gritos de alegría de los parisienses celebrando con vivas y canciones el entierro de la Liga y la restauracion de la monarquía.

Durante el camino Clermont habló largamente con Elena. Ya se supondrá lo que se dijeron los dos enamorados; pero debemos referir un incidente de esta dulce entrevista, que cubrió las sonrosadas mejillas de la señorita de Tarare de una palidez horrible.

Despues de haberse hecho mútuamente las mas tiernas confesiones, despues de haber bendecido al cielo y su clemente proteccion,

Clermont, cuya voz se habia turbado de pronto, dejó escapar estas palabras que por poco dan la muerte á la prometida de su corazon:

—Señorita, la dijo, soy un infame, un miserable á quien vais á echar de vuestra presencia...

—¡Vos! esclamó la jóven desconcertada y temblando á su vez.

—Sí, maldigo mi debilidad, pero triunfaré de ella. No castigueis con demasiada dureza este pobre amor, por casto que os parezca, no me querais mal por estas tiernas palabras murmuradas á vuestro oido, he tenido un momento de estravío; pero ahora recobro mi valor, y conozco que voy á ser digno de lástima.

—¡Cielos! ¡qué vais á decirme! ¡castigaros yo! ¡yo arrojaros de mi lado! ¡esplicaos por piedad!

—Sí, yo seria un cobarde, si abusara por más tiempo de la serenidad de vuestra alma y de su candor... Señorita, una barrera insuperable nos separa...

—¿No veis que me estais torturando?.... ¡hablad!

—Lo veo, os han ocultado ese secreto funesto, vuestro padre, vuestra madre ¿no os han dicho?...

—Nada.

—¿No os habeis, pues, preguntado nunca, cómo era que conociéndoos apenas, no habiéndoos visto más qu dos veces, la primera cuando érais niña, la segunda en casa de la señora de Nemours, he podido amaros con tanta adoracion?

—Siempre he pensado en aquel dia en que me arrancasteis de manos de los gitanos... Yo tenia nueve años; diez años tal vez; ese solo recuerdo podia muy bien haber grabado mi pensamiento en la memoria de vuestro corazon... Nada hay en eso de imposible, puesto que ese dia fué causa de que, desde la infancia os consagrase yo una amistad que vuestro encuentro en casa de la señora de Nemours, y vuestro valor despues cuando me socorristeis contra los bandidos, cambiaron en tierno afecto... nunca he buscado otro orígen á vuestros sentimientos, puesto que los mios no tienen otra causa.

—¡Noble niña! Pues bien, sabed la verdad entera... Ocultárosla por más tiempo seria incurrir en vuestro desprecio... ¡antes morir! Cuando tuve la dicha de hacer huir á los gitanos, vuestros raptores, regresaba yo del bosque de Chatellerault... Señorita, continuó el Bailio de Clermont interrumpiéndose con es-

fuerzo, ¿os acordais de vuestro hermano, el jóven y bello conde de Tarare?

—¡Mi hermano Jorge!... ¡oh, sí!... le amaba tanto... murió en un duelo en la época de que me hablais... no me dijeron el nombre del homicida... entonces era yo demasiado pequeña, y poco despues perdí á mis padres... ¡Pobre hermano, he maldecido, sin conocerla, la mano que le hirió!

—Elena, dijo el Bailio cambiando de color y continuando su frase interrumpida; cuando tuve la dicha de hacer huir á los gitanos, vuestros raptores, regresaba del bosque de Chatellerault, á donde, por una causa fútil, me habia llamado un duelo sangriento; acababa... de matar...

—¡No concluyais, desgraciado! esclamó la jóven transida de dolor.

Y Clermont tuvo que sostenerla para impedir que cayese del caballo.

Hubo un prolongado silencio, despues del cual la señorita de Tarare, armándose de un valor sobrehumano, murmuró:

—Nada me habeis dicho, pero yo he adivinado... Un abismo nos separa... es cierto... pero vos no me habeis dicho nada, ¿no es verdad? ¿nada me habeis confesado?...

Elena tenia la mirada fija, chispeante; sus

manos se estremecian, y faltaba el aliento á sus lábios cubiertos de una blanca palidez.

—¡Oh! ¡Dios mio! murmuró Clermont; ¡yo lo sabia! ¿Pero por qué me preguntais, si yo nada he dicho?

—Porque no pudiendo ser vuestra mujer, porque debiendo huir de vos para siempre, podré aun amaros en la turbacion de mi alma; puedo aun hacerme la ilusion, persuadirme de que la sangre de mi hermano no ha teñido vuestra espada... Puedo dudar... la duda me prohibe volver á veros, pero la duda me permite amaros. . ¡Señor! ¡Señor! ¡vos lo sabeis, vos, mi Criador, bien sabeis que me es imposible no amarle!

Y ocultó su rostro entre sus manos para llorar.

—Pero...

—Callaos, por piedad, callaos ó espiro.

Clermont obedeció, y el viaje concluyó en ese doloroso silencio que observan dos corazones llenos de borrascas, dos bocas mudas de terror.

La señora de Thomassin dijo que no estaba bastante bien adornada para presentarse ante el rey; Elena espresó el deseo de ver ante todo al Rifodé David; entónces nuestros

tres bravos caballeros entraron en la calle de Guisa para dejar á las dos damas en casa de su amigo Baltasar, é ir en seguida á Nuestra Señora.

Elena corrió al lecho del herido, que pareció recobrar sus fuerzas para incorporarse en sus almohadas, y colocar sus dos manos en la cabeza de la señorita de Tarare, arrodillada á su cabecera. Despues, como queria hablar á Clermont, sea que la presencia de Olivero que asistia á esta escena con aire sombrío, le hubiese causado una emocion demasiado viva, sea que estuviese aun demasiado débil para resistir á estas violentas sacudidas, dejó caer su cabeza y se desmayó.

Elena se deshacia en lágrimas, la señora de Thomassin perdia la cabeza de enternecimiento y de dicha, y el amo de la casa y su mujer se apresuraban á socorrer al herido. Todo lo cual viendo Pampelonne, cogió del brazo á La Gazette y le dijo:

—Vamos á Nuestra Señora á buscar vuestra corona de baron.

—Pero ¿y este trage? observó el normando; bueno seria que me lo quitara.

—Guardaos bien de ello, os honra demasiado; ya vereis cómo se ponen de moda las

hopalandas á lo tártaro... Señor Olivero, venid á ver si se canta en español en Nuestra Señora... Vamos, Clermont, ¿os vais á quedar ahí?... qué cara de entierro teneis, ¡pardiez!... El amor no os pone muy alegre, que digamos.

XXII.

El Te-Deum.

Despues de haber recorrido Enrique IV los principales barrios de Paris, y de haberse asegurado por sí mismo de que sus tropas ocupaban los puestos más importantes, despachó á uno de sus gentiles-hombres cerca del cabildo de Nuestra Señora para hacerle saber que deseaba oir misa en seguida, y dar gracias á Dios por tan feliz jornada.

El rey era acogido á su paso por todas partes con alegría, y los ciudadanos se agolpaban en confuso tropel hasta los piés de su caballo, para besarle el estribo, y hacer

estallar en su presencia su entusiasta regocijo.

Una vez reducida la ciudad, se deshizo el rey de su armadura, y reemplazó su casco con un fieltro gris adornado con una pluma blanca. Entonces dividió entre Brissac y Saint-Luc el mando de su ejército, les ordenó que hiciesen publicar, por medio de heraldos y al sonido de clarines, una completa amnistía, anunciar de su parte á los embajadores de España, á los cardenales de Plaisance y de Pellevé, y á la duquesa de Montpensier, que no se les molestaria de modo alguno, con tal que fuesen al Louvre en el momento que él llegase á su regreso de la catedral.

Mientras se ejecutaban sus órdenes, Enrique volvió á subir á caballo, y se encaminó hácia Nuestra Señora, cuyas campanas habian echado todas á vuelo.

Durante todo el camino fué una marcha triunfal. Seiscientos hombres de los guardias á pie, soldados veteranos, de los que la mayor parte habia combatido en Contras, formaban la vanguardia y llevaban arrastrando sus picas en señal de victoria voluntaria; un cuerpo de señores, armados de todas armas, rodeaba al rey, á quien seguian millares de hombres, mujeres y niños, mezclando sus gritos de ale-

gría al sonido de los clarines y trompetas. El rey echó pié á tierra á la puerta de la iglesia, donde fué recibido por el arcediano de Dreux, en ausencia del cardenal de Gondy, que estaba entonces en Tours.

El arcediano se prosternó, y permaneciendo arrodillado, pronunció un discurso de bienvenida, al que contestó su magestad con algunas frases llenas de magnanimidad y energía. Despues, habiendo besado la cruz que el arcediano tenia en la mano, Enrique IV entró en el coro, y se encaminó hasta el altar mayor, donde se arrodilló, se persignó, y se puso á rezar sus oraciones.

Pampelonne, Clermont, La Gazette y Olivero llegaron á Nuestra Señora cuando se estaba cantando el *Te Deum*.

—¿Qué os parece esta música? dijo el caballero al español; ¿creeis que esas voces cantan en falso, y que esos órganos carecen de armonía?

D. Jaime habia oido lo bastante y visto lo suficiente al recorrer la ciudad, para estar ya convencido; así, sin responder, bajó la cabeza para ocultar el fuego que devoraba su rostro.

Clermont no estaba ya en lo que veia, ó por mejor decir, no veia nada, no oia nada, y

se abandonaba á una sombría desesperacion, por más esfuerzos que hacia Pampelonne para sacarle de su melancolía.

En cuanto á La Gazette, lanzaba, uno tras otro, prolongados suspiros de beatitud; gesticulaba, hablaba en voz alta, y empujaba con los hombros y á codazos á los que para examinar de cerca su estraño traje, se echaban encima de él hasta pisarle los piés.

Cuando hubo concluido la misa, la comitiva real se puso en marcha, y tomó la direccion del Louvre; Pampelonne intentó hender la multitud para llegar hasta su valiente amo y señor.

La Gazette hizo con este motivo heróicos esfuerzos; pero como Clermont no les ayudaba, y como tenian además que vigilar á su prisionero, pronto á escaparse á cada instante, les fué imposible realizar sus fines, y se contentaron con seguir con la muchedumbre, y aun para eso iban bastante léjos.

Las casas de las calles por donde pasó la regia comitiva se adornaron como por encanto, sus balcones se llenaron de gente, las mujeres agitaban sus pañuelos, los hombres gritaban y palmoteaban, y Enrique saludaba y sonreia. Así sucedió desde la plaza del Arzobispado hasta el Louvre, donde se habian reu-

nido las damas de la corte para saludar al rey de Francia y de Navarra.

Entre estas damas veíanse, no solamente á las esposas é hijas de los señores del partido realista, sino tambien á la mayor parte de las esposas de los grandes oficiales de la Liga, y á su cabeza á la famosa duquesa de Montpensier, hermana de Mayenna y tia del duque de Guisa.

Todas estas damas, á escepcion de la duquesa que devoraba políticamente su vergüenza y su dolor, se mostraban contentas con esta revolucion; habia concluido el tiempo de las mascaradas fastidiosas de la Liga; en adelante con un rey de galante reputacion, se volveria al placer, al lujo y á los bailes; así es que muchas blancas y delicadas manos saludaron al rey con estrepitosos aplausos.

Enrique IV pasó radiante de alegría ante este elegante grupo, lanzó algunas ojeadas á las más lindas, tomó la mano de la condesa de Brissac, y la besó llamándo'a en voz alta: «Mi buena amiga la mariscala,» y luego, saludando con estremada nobleza á la de Montpensier, le dijo:

—Me habeis hecho la guerra, no solo como mujer hábil, sino como intrépida capitana: así es, señora, que hace mucho tiempo os consi-

dero como un hombre de los mas valientes. Ahora bien, no os trataré como mujer sino para acordarme de que sois princesa de noble sangre, y os trataré como hombre para poner un puente de oro á vuestro desgraciado valor.

Al oir este cumplido mordióse los lábios la duquesa, y como parecia desconcertada para responder, el rey no quiso abusar de su victoria y pasó adelante.

—Ahora, dijo Enrique despues de haber recorrido la doble hilera que formaban las damas, ahora arreglemos los asuntos de mi primo Felipe, rey de las Españas.

Y se fué derecho á los embajadores Feria y D. Diego de Ibarra.

—¡Ira de Dios! Señores, les dijo, estraño que personas de talento como sois vosotros, se hayan dejado coger en el lazo como conejos encamados. ¿A q é milagro debo haber sido servido?

—Preguntádselo al conde de Brissac, respondió el duque de Feria con ironía.

El rey se volvió hácia Brissac:

—Referidnos eso, señor mariscal.

—Señor, yo estaba interesado en no ensangrentar vuestra victoria; yo queria que el rey de Francia entrase en su capital, no como un amo justamente irritado, sino como un pa-

dre que vuelve á su hogar. Los señores embajadores me molestaban mucho, porque sus intenciones eran opuestas á las mias; habian dado órdenes precisas y formales para que yo fuese asesinado á la primera señal de alarma; habian tomado sus medidas para que, á su aparicion, los tres mil hombres que tienen en la ciudad esterminasen á vuestros partidarios; era preciso, puesto que yo no queria la muerte de sus Escelencias, que les pusiese centinelas de vista para impedirles que saliesen á la calle. La cosa era difícil; el señor Olivero solo, me ocupaba mas que sus colegas; así, pues, me vi obligado á privarme de dos bravos compañeros, los señores de Clermont y Pampelonne, para acecharle, y apoderarme de él en caso de necesidad.

En cuanto á los duques de Feria y de Ibarra son gentes de talento, pero con referencia á la guerra yo les temia menos, y me contenté con sobornar á sus criados. Caro me costó; pero, en fin, resultó de mis sacrificios pecuniarios que en el momento en que los señores de Feria y de Ibarra, sorprendidos en su sueño por el tañido de las campanas y el ruido de nuestro fuego de mosquetería, quisieron saltar de la cama y vestirse, sus criados, que se daban mucha priesa en servirlos, no hallaron

ni jubones, ni calzon, ni cosa alguna que darles.

Estos astutos criados no hacian más que dar vueltas por el cuarto de sus amos, fingiendo el estupor, el espanto y la locura, mientras sus escelencias, poco tranquilos por su parte, gritaban y se paseaban por su alcoba en zapatillas y gorro de dormir. Esto duró poco tiempo, aunque el suficiente sin embargo para que hubiéseis tomado la Puerta Nueva, la de Saint-Denis y la de Saint-Honoré, antes que el señor de Ibarra se hubiese podido poner esa peluca rubia, que tan bien le sienta, y que el Sr. Feria se hubiese armado de esa espada, que no le sirve para mucho.

Brissac habia pronunciado este chistoso discurso con una flema soberbia, mientras todos los que le rodeaban reian á mas no poder, y el rey más que ningun otro.

—De suerte, dijo Enrique, que solo Pampelonne y Clermont han engañado á Olivero.

—No, señor, no, esclamó una voz muy conocida del Bearnés.

Ensanchóse el círculo que rodeaba el rey, y Pampelonne se presentó seguido de Clermont y de La Gazette, que llevaba á Olivero del brazo.

Al ver el traje caprichoso del normando

redoblaron las risotadas, porque el rey mismo no se pudo dominar, y dió el ejemplo.

—Señor, dijo el capitan, poniendo una rodilla en tierra, permitid que por feliz advenimiento de vuestro reinado, os hago homenage de mi prisionero, el señor D. Jaime Olivero, marqués de Tor osa, y sobrino del señor Mendez, conde de Cluny; los españoles que practican mucho la hipérbole, dicen que para rescatar á este glorioso diplomático, S. M. C. os lo pagará á peso de oro.

—Pero vos, señor, preguntó el rey que apenas podia hablar, tal era la gana de reir que tenia, ¿quién sois?

—Soy el capitan La Gazette, señor.

—¡Ah! señor baron, esclamó el Bearnés, ¡cuánto me alegro de volver á veros! venid, que os dé un abrazo como bueno y bravo caballero... Si no recuerdo mal sois normando.

—Sí, señor, respondió La Gazette llorando de alegría.

—¡Pues bien! como hoy me habeis hecho dos regalos, á saber, habeis asegurado mi entrada pacífica en mi capital y me entregais un prisionero de distincion, os doy la baronía de Arques con castillo y puente levadizo, el grado de capitan en mis gentes de armas, y una ren-

ta de dos mil escudos de mi bolsillo particular... Esta noche cenareis en el Louvre.

Al oir este discurso por poco cae de espaldas La Gazette; le acometió una especie de vértigo que le dejó á la vez sordo, mudo y ciego. Quiso dar gracias: pero su lengua se negó á obedecer, y solo pudo erguirse para contemplar á los que le rodeaban con la vanidad de un pavo real haciendo la rueda.

—¿Pero qué significa ese trage? preguntó el rey á Pampelonne. ¿No hay en eso, hijo mio, algun rasgo de tu ingenio?

Pampelonne analizó en algunas palabras toda la historia, lo cual dió motivo á grandes carcajadas. Entonces Enrique abrazó á Pampelonne y á Clermont, y despues, volviéndose á Olivero y cambiando de tono, dijo con dignidad:

—Puesto que sois mi prisionero, caballero, os devuelvo vuestra libertad á vos y á los duques de Féria y de Ibarra; pero os van á llevar á la puerta Saint-Denis, donde hallareis formada la antigua guarnicion de Paris: saldreis con ella al momento de mi buena capital, y sereis escoltados por los mios hasta la frontera de los Paises Bajos. Adios, señores, buen viaje; *recomendadme á vuestro amo; pero no volvais mas.*

Pampelonne desató las manos de Olivero; los tres embajadores saludaron al rey, y despues se retiraron acompañados de una escolta de gentes de armas. Toda la corte se asomó á los balcones para verlos pasar por el muelle. Tan pronto como el pueblo, reunido debajo de los balcones de palacio, hubo visto al rey, lanzó esclamaciones y vivas que parecian hacer retemblar las bóvedas del Louvre.

—Y bien, señora duquesa, dijo Pampelonne, dirigiéndose á la duquesa de Montpensier que no podia dominar su mal humor ante el espectáculo de este triunfo; ¿qué pensais del fanatismo de esa buena gente? A mí me parece que por haber gritado tanto viva la Liga, deberian hoy estar roncos... ¿qué os parece?

—Digo, señor, replicó la duquesa con despecho; y bastante alto para que la oyese la condesa de Brissac, digo que el pobre de Brissac es mucho mas feliz que su mujer; en un dia hace cantar cien mil papagayos, cuando ella, en quince años, solo ha sabido hacer cantar á un cucú.

—¡Por San Jacobo Clemente! respondió la condesa, que, roja de cólera, hizo enrojecer á su vez á la duquesa; creo que las mujeres empiezan á tener talento cuando se entierra á la Liga.

El tiro fué certero, porque nadie ignoraba lo que Jacobo Clemente habia ido á hacer al palacio Montpensier en la noche del 13 de julio de 1589, es decir, la víspera del dia en que Enrique III fué asesinado.

—¡Eh! ¡poco á poco! esclamó el Bearnés que habia oido el ataque y la defensa, qué es lo que pasa en ese grupo de paisanos? Vigogne, haced el favor de ir á informaros.

El baron de Vigogne bajó al muelle, se enteró de lo que pasaba, y volvió.

—Señor, dijo, es una desgracia con la que no quiero entristeceros.

—Hablad, os lo mando.

Todos se pusieron á escuchar con interés, y Vigogne continuó:

—Señor, entre las gentes que aclaman á Vuestra Majestad desde esta mañana, un pobre diablo entre todos se ha agitado de tal modo gritando: ¡Viva el rey, el gran rey, el buen rey, que ha caido muerto de un ataque de apoplegía producida por su exaltacion!

—Pobre hombre! ¿Tiene mujer é hijos?

—No se sabe; pero lo que admirará más á Vuestra Magestad es que ese entusiasta era ántes el republicano más ardiente que tenia la Liga, y el abogado más charlatan que defen-

dió el realismo... Se llamaba maese Publicola.

—¿Qué oigo? esclamó La Gazette, y desapareció sin que Pampelonne, que corria tras él, pudiese detenerle ni alcanzarle.

—Vamos, murmuró Clermont al salir de los salones del Louvre: La Gazette y yo nos volveremos hoy locos; él de alegría, yo de rabia!

XXIII.

Donde se verá que todo se esplica en este mundo.

Aturdido La Gazette con la prodigiosa noticia que acababa de oir, bajó al muelle, atropelló la muchedumbre, y vió con sus propios ojos al difunto Thomassin Publicola.

—¡Con que es cierto! murmuraba el normando; ¡con que se ha muerto ese truhan!

—¡Eh! sí, respondió Pampelonne; ha muerto como ha vivido, con la boca abierta par charlar y gritar, y hasta diré que ha muerto como buen republicano...

—¡El republicano! interrumpió uno de los del corro, ¡vaya, vaya! ha entregado su alma gritando viva el rey!

—Compadre, repuso Pampelonne, así es como concluye la mayor parte de esa gente, como concluirá Brissac.

Los concurrentes se echaron á reir, porque Brissac era conocido de todos por antiguo republicano, y su súbita conversacion política habia sido ya objeto de conversaciones populares en todos los barrios de Paris.

—Republicano ó realista, dijo otro, lo cierto es que era un cobarde; porque esta noche mandaba nuestro puesto en la calle de Saint-Honoré, y nos hizo huir á todos con una noticia falsa que solo él habia oido.

—¡Y bien, mi bravo capitan! continuó Pampelonne cogiendo de un brazo á La Gazette; ¡parece que todo os sale á pedir de boca! Baron, rico, jefe de una compañía de gentes de armas, invitado á la mesa del rey, y dueño de la mano de vuestra dama, como érais dueño de su corazon... ¡Diablo! camarada, ¿qué buena yerba habeis pisado?

—¡Ha muerto! respondió La Gazette respirando con todos sus pulmones... Señor caballero, os suplico tengais la bondad de darme algunos golpes, torcerme su brazo... necesito saber si vivo en este mundo... ¡Ha muerto, él, Publicola! ¿Pero entonces sabeis

que voy á casarme con su viuda, lo sabeis, señor caballero?

—Sois muy capaz de ello; pero calmaos, ¡qué diantre! ¿Veamos, qué vais á hacer con esa grave y magnífica noticia?

—No sé... paseémonos... necesito aire y espacio... Corramos á casa de nuestro amigo Baltasar. . No, todavia no, estoy demasiado conmovido, me presentaria mal á la señora de Thomassin... á la señora baronesa... ¡Oh! ¿á fé mia, caballero, permitid que os dé un abrazo, eh!...

—Con mil amores... ¿no os lo ha dado tambien el rey?

—¡Calle! es verdad, ya no me acordaba... Vamos, se me figura que va á estallar mi cerebro, no sé ni lo que hago ni lo que digo. ¿Dónde está el señor de Clermont?

—En el Louvre, donde le hemos dejado... ¿A propósito, sabeis en qué piensa el Bailío?

—No.

—Está triste, sombrío, pensativo, taciturno.

—¡Pobre Bailío! hab á descubierto que la señorita de Tarare no se puede casar con él...

—¿Por qué?

—No lo sé, digo esto como diria otra cosa; pero lo que es yo, me caso; soy baron, soy

rico, y capitan. Vamos, señor de Pampelonne, busquemos la tienda de un ropavejero, deseo vestirme como conviene á un oficial del rey, al baron de Arques... ¡Qué baronía! ¡San Nicolás! ¡Qué nombre! ¡Un nombre de batalla! ¡Pero en verdad que os admiro! Estais ahí tranquilo é impasible, como si vuestros oidos no hubiesen escuchado al rey, como si vuestros ojos no hubiesen visto á maese Thomassin con la faz lívida, fija la mirada, y la boca abiertar ¡Es estraño!

Pampelonne se divirtió mucho con la turbacion y el delirio del baron; le llevó á casa de un ropavejero de bastante fama en aquel tiempo, Jehan Tirechappe, en las columnas de los mercados; y allí dejaremos á nuestros dos caballeros para volver al lado de Elena, del Rifodé, y de la señora de Thomassin.

El desmayo de David fué largo y penoso; y cuando el herido volvió en sí, pareció salir de un sueño benéfico. Su primer mirada fué para Elena, quien, como hemos dicho, se habia arrodillado á su cabecera.

—Mi noble señorita, empezó el Rifodé con voz débil; mi buena ama, tengo, pues, la alegría de volver á veros antes de morir...

—¡Morir! esclamó Elena levantando la cabeza vivamente, ¡oh!... ¡no!...

—¡Cómo! ¡llorais! respondió David, que acababa de ver las mejillas de la jóven surcadas de lágrimas... Llorais... ¿por qué?...

—¡Porque sufrís!... porque estais desanimado...

—Señorita, continuó David incorporándose para ver mejor el rostro de Elena; señorita, os conozco demasiado bien desde hace cuatro años que sigo vuestra sombra para dejarme prender en vuestros ingeniosos fingimientos... Mi sufrimiento, mi resignacion, no mi desaliento, os lastiman sin duda, pero leo en vuestra frente que teneis una pena violenta, otra pena... ¿por qué?... ¿no he visto ahora mismo al señor Bailío de Clermont, aquí, en este cuarto, junto á mi lecho?...

Elena se levantó, y con un gesto benévolo rogó á los testigos que la rodeaban que la dejasen sola con el herido; despues, al verse obedecida, acercóse vivamente á David, cogió su mano calenturienta, y dijo:

—No, amigo mio, no sucumbireis, porque me sois más útil que nunca; me sois indispensable.

—¡Cómo! ¿el señor de Clermont no os ama ya?

—No, ¡oh! no, no es eso; si así fuese no

me quejaría, ¡moriría!... pero cuando me quejo, cuando murmuro...,

—Querida señorita, interrumpió el Rifodé, no es bueno murmurar, porque la murmuracion se subleva contra la voluntad del Señor, y el señor nos castiga. Yo tambien he cometido la impiedad de dudar de la Providencia; yo la he ultrajado en el momento mismo en que volvia en mi ayuda, sin yo saberlo, y aquí me teneis herido con un golpe mortal... Confiad siempre en Dios, que os ama.

—¡Ay! Acabo de agotar el cáliz de mis dolores... mis fuerzas se han agotado... mi estrella es maldita.

—Confiadme, pues, vuestras penas; hablad, señorita, ya os escucho.

—Me ha confesado su amor, y en el momento en que me embriagaba con el perfume de su dulce lenguaje, se ha acusado... ¡Oh! ¡Dios mio! Se ha conducido en eso noblemente. y para colmo de infortunio yo le amo mas, porque ese leal movimiento de su alma es valiente y es grande... Me ha dicho que el dia en que le ví por vez primera... ¿Os acordais de ese dia?...

—Sí, su valor os salvó de los gitanos.

—Pues bien, aquel dia mi hermano Jorge cayó en el bosque de Chatellerault bajo la es-

pada de un caballero... en combate leal... y ese caballero... Pero, David, es imposible que no sepais...

—Continuad, señorita, interrumpió el Rifodé que escuchaba con atencion, y cuyo rostro se habia serenado enteramente.

—Ese hidalgo, continuó Elena con esfuerzo, era el jóven Bailio de Clermont... ¡Oh! ¡Me siento morir!

—Continuad, repitió David.

—¡Ay! ¿No lo sabeis todo?... Ahora, ¿puedo casarme con el Bailío?

—¿Por qué no?

—El asesino de mi hermano... ¡qué horror! Esa union seria maldita, el rayo estallaria sobre nuestras cabezas... Mi padre, mi santa madre saldrian de sus tumbas para renegar de su hija... ¡Nunca!... ¡Nunca!

La pobre niña se ocultó el rostro con sus manos, pero no pudo contener sus sollozos ni sus lágrimas.

El Rifodé dejó escapar el primer movimiento de este dolor; despues tomó una voz cariñosa, y dijo:

—¡Señorita, miradme!.. ¡Os suplico que mireis á vuestro antiguo servidor!

Elena se armó de todo su valor, dejó caer

sus brazos y fijó en David una mirada desconsoladora.

David sonreia á la jóven; su pálido rostro se iluminó de pronto; la alegría más dulce irradiaba en su frente, en sus lábios, y triunfaba, como por milagro, de las pálidas sombras del sufrimiento.

Elena se estremeció; esta sonrisa le hacia daño.

—Os casareis con el señor Bailío de Clermont, querida y buena señorita, dijo en fin el herido, porque el señor de Clermont no mató á vuestro hermano... ¡Vos no tuvísteis nunca hermano, nunca!...

Vaciló Elena, miró al Rifodé con estravío, dudaba de las palabras que acababa de oir. David continuó:

—Vos no sois hija del marqués de Tarare; el conde Jorge de Tarare, muerto en duelo por el Bailío de Clermont, no era hermano vuestro; sois hija del conde de Cadillac, amigo del marqués de Tarare...

Elena exhaló un grito, precipitóse sobre las manos del Rifodé, las cubrió de lágrimas y de besos y cayendo de rodillas con los ojos elevados al cielo.

—Perdonadme, señor, dijo; yo era demasiado débil para sufrir tanto!

Al grito de Elena acudieron la señora de Thomassin, el amo de la casa y su mujer, y tras ellos entró Clermont, siempre triste y desanimado.

Al ver Elena al Bailío levantóse y corrió á él; despues, contenida por un cándido pudor que hizo subir á sus megillas el color de la amapola, le dijo:

—Venid, caballero, y rogad á vuestro amigo (y señaló al Rifodé) que os diga mi nombre verdadero.

Turbado Clermont con estas palabras, y turbado con el tono con que habian sido dichas, se acercó al herido.

Entonces David, tomando la mano del Bailío y haciendo señas á Elena para que le diese la suya, tomó estas dos manos separadas:

—Si yo estuviese lleno de vida, dijo con emocion, me guardaria muy bien de unir vuestros destinos, nobles niños, porque yo seria ese miserable manchado de crímenes á quien tarde ó temprano debia castigar la justicia divina; pero no soy más que un pobre moribundo que alabo á Dios por el favor que me ha concedido, permitiéndome le entregue un alma purificada de sus manchas, tanto por el castigo como por el arrepentimiento y la confesion. He cumplido con todos los deberes del

cristiano que va á espirar, mis crímenes me han sido perdonados en nombre de mi Criador: estoy pues sin mancha alguna á sus ojos, y puedo bendeciros. Señor Bailío de Clermont, os confío á la señorita Elena de Cadillac, hija legítima del vizconde de Cadillac y de la vizcondesa de Cadillac, natural de Fleurence, hija adoptiva del marqués de Tarare.

Y mientras el Rifodé unia en sus manos las manos de los dos jóvenes, Clermont, turbado y temblando, cubria de apasionadas miradas á su bella prometida, sin poder hallar una palabra que decirle; pues tan inundado de dicha y de embriaguez estaba su corazon.

La señora de Thomassin lloraba de alegría en uno de los rincones de la sala; esta escena de ternura agitaba vivamente sus nervios demasiado sensibles, y la escelente mujer decia entre si.

—Puesto que no puedo casarme con el baron, ¡bien necesitaba este consuelo! ¡pobre señorita, qué feliz es!

El suspiro que terminaba esta frase prolongándola, no habia concluido, cuando resonó en el corredor ruido de pasos. La puerta de la sala, abierta violentamente, dió paso á dos caballeros soberbiamente vestidos, es decir, al caballero dePampelonne y al baron La Gazette.

La Gazette habia querido echar la casa por la ventana, como suele decirse vulgarmente, y tanto habia insistido, que Pampelonne se habia vestido de terciopelo, á espensas del rico normando, de la cabeza á los piés. En cuanto al baron, ya puede suponerse que revolveria á mas y mejor la tienda de maese Tirechappe, el ropavejero mas rico de la época; nada era bastante hermoso para el rico y espléndido capitan, que se habia cubierto de encajes y de oropeles de tal suerte, que parecia un rey de teatro, y un monarca de los mas fastuosos en este género.

Al ver esta metamórfosis Clermont volvió á hallar su carácter bromista, y recobró el uso de la palabra.

—¿Qué es eso, señor baron, habeis saqueado el vestuario de los embajadores de España? preguntó.

—No se trata de eso, respondió el normando guiñando un ojo, y asesinando á la señora de Thomassin con una sonrisa sorprendida á Cupido.

—Pues sí señor, que de eso se trata, repuso Pampelonne, retorciéndose su perilla.

—¿Qué es ello? preguntó Elena á su vez.

—¿A que no adivinais cuál es el aconteci-

miento mas estraordinario del dia? dijo La Gazette.

—Supongo que será la ereccion de vuestra baronía de Arques, respondió Clermont.

—No.

—¡La toma de Paris, pardiez! esclamó la señora de Thomassin, que se impacientaba de esta lentitud.

—No, volvió á decir La Gazette.

—Eso es una bagatela, añadió Pampelonne lanzando una carcajada.

—Ya adivino, repuso Clermont. ¿El rey os ha abrazado, y cenareis con el rey?

—No, os digo.

—¿Entónces es que os han hecho capitan?

—Tampoco.

—¡Hablad, qué diablo!

—Me caso...

La señora de Thomassin sintió escalofrios, y sus megillas se encendieron como la grana.

—¿Os casais? preguntó Elena asustada por su compañera; ¿y cuándo?

—Ahora mismo, ¡ira de Dios!

—¿Y con quién?

—Con la señora de Thomassin.

—¡Ah! ¡ya estoy! dijo Clermont al oido de Elena... Habia olvidado la anécdota... ¡Buena es!

—¡Conmigo! tartamudeó la señora de Thomassin...: ¡Qué locura es esa! Yo tengo un marido, caballero...

—Os engañais, señora, porque el acontecimiento mas estraordinario del dia es la muerte repentina de maese Thomassin Publicola....

—¿Qué me estais diciendo? Esclamó la señora de Thomassin, próxima á desmayarse.... Es imposible que mi marido se haya hecho matar, nunca se espone...

—Señora, ha muerto de un acceso violento de realismo; se ha roto el pescuezo gritando ¡viva el rey! En fin, ha muerto; el señor de Pampelonne y yo hemos visto y tocado sus despojos mortales, por cierto que estaba menos feo que cuando vivia.

—¡Pobre hombre! dijo la señora de Thomassin, luego ¡es cierto que era republicano!...

—¡Ay! si señora, añadió La Gazette volviendo á la idea de Pampelonne, el triste fin de ese gran demagogo prueba la sinceridad de sus antiguas opiniones. Con que vamos á ver, señor Bailio, y vos, señorita de Tarare, ¿os vais á casar tambien?

—Aquí no ha habido nunca señorita de Tarare, mi querido baron, respondió Clermont.

—¡Eh!.... Dijo La Gazette que se habia

apoderado amorosamente de la mano de su dama.

—Amigo mio, continuó Clermont dirigiéndose al Rifodé, tened la bondad, si no estais muy cansado, de esplicarnos el misterio, cuya revelacion solo ha bastado para cambiar un dia de luto en un dia de regocijo.

—Escuchad, pues, todos, dijo el herido; pero acercáos á mí, porque conozco que se me van agotando las fuerzas. El año 1572 reinaba el rey Carlos IX aun, y la proscripcion pesaba horriblemente sobre los calvinistas. El vizconde de Cadillac, caballero hugonote muy ilustre en su partido, tenia por amigo de la infancia al jóven marqués de Tarare, celoso realista y católico ardiente; perseguido el vizconde de Cadillac por haber entrado en uña conspiracion, fué condenado á muerte, y confiscados sus bienes por completo. El vizconde escapó de las pesquisas de los sabuesos de la Corona, refugiándose en el castillo de Tarare cubrió el retiro del señor de Cadillac, que pudo ganar el puerto de la Rochela y embarcarse para Inglaterra. Antes de espatriarse, el vizconde confió á su noble, valiente y fiel amigo, el tesoro que le quedaba, su hija de edad de dos años, la gentil Elena. El marqués se encargó del pobre ángel, el vizconde partió, y

perdió la vida en una tempestad que le asaltó en las costas de Inglaterra. La marquesa de Tarare se hallaba entónces en una de sus tierras del Delfinado, desesperada en estremo por haber perdido una niña á quien amaba con idolatría. El marqués la exhortó á que volviese á Tarare, anunciándole que la Providencia habia reemplazado la niña que faltaba en el hogar doméstico. En efecto, la marquesa regresó, supo la valerosa abnegacion de su marido, y halló á la niña Elena tan linda, tan interesante, que la miró como suya, y la educó con cariño en la religion católica. Así es, que la huérfana (la madre de Elena habia muerto al darla á luz) fué educada en el castillo de Tarare, queriendo librarla de las consecuencias del fallo que pesaba sobre su padre, la adoptaron y la hicieron pasar por hija suya. Todos se engañaron en el pais, y los padres adoptivos de la huérfana la llegaron á querer de tal modo, que dividieron imparcialmente su ternura entre su hijo Jorge y Elena. Sin embargo, un acta perfectamente legalizada por el procurador del vizcondado de Codillac, probando el orígen de Elena, fué depositada en manos del marqués, y esta acta no teneis más que pedirla para que os la entreguen.

—¿A quién se la pediré interrumpió Elena.

—Ya os lo diré, mi querida señorita. Hé aquí, pues, bien probado vuestro nacimiento. Como conozco yo ese documento, es lo que queda que confesaros; y para esa confesion necesito tener el valor de humillarme.

David descansó durante algunos minutos, y continuó:

—Mi infancia ha sido honrada, mi juventud laboriosa; he aprovechado, y aprovechado demasiado, ¡ay! ciertas lecciones que me dió un hombre docto y discreto, un notario llamado Ambrosio Bonifacio, que poseia perfectamence el arte de hacer discursos en prosa y verso. Este hombre habia conocido á mi anciano padre, vió que yo tenia inteligencia, talento, segun decia para adularme, y me enseñó una porcion de cosas que se avenían muy mal con mi humilde condicion. Así es que el oficio de soldado, aunque yo servia en los piqueros de caballería del rey Enrique III, me pareció un oficio brutal: tuve la necedad, con todo el talento que me suponian de humillarme de mi pobreza, desdeñé la existencia tal como me habia sido concedida, y me apasioné por las frases vacías de sentido y las ideas huecas que alimentaba mi pedante orgullo. Un dia me sublevé contra el marqués de Tarare, y me reprendió; no hice caso de la reprimenda,

y cometí tantas tonterías, villanías tantas, con tan testaruda insolencia, que el marqués me echó de sus dominios; mi anciano padre tuvo la debilidad de tomar mi defensa, y olvidóse hasta el punto de ultrajar al marqués. Entónces viendo el señor de Tarare que era víctima de dos ingratos, echó á mi padre como me habia echado á mí. Agriado mi padre por su desgracia, tanto como por los remordimientos de su conciencia, murió de un acceso de cólera, y al morir, ¡Dios le perdone! exhaló contra el marqués palabras de odio que recogí con la firme voluntad de vengarme. Ya lo habeis visto, no me estenderé por más tiempor en la narracion de estos tristes recuerdos: no tenia que dar más que un paso para caer en la degradacion más abyecta. Impulsado por mis muchas inclinaciones y mi orgullo, pasé muy pronto el límite del bien y del mal; algunas malas compañías hicieron de mí lo que he sido; primero, un truhan; despues, un rifodé; despues, el rey de los bribones, el rey de los rifodés. Se llama Rifodés á los miserables que son el terror de un pais por medio de los incendios que llevan á cabo. ¡Ah! ese odioso sobrenombre me estaba bien merecido, porque prendí fuego con mis manos al castillo de Tarare, porque arruiné completamente á la fami-

lia cuyo pan cuotidiano había comido desde mi infancia... ¡Horror! ¡soy un miserable! ¡un villano! Juré vengarme del marqués y de la marquesa de Tarare, de la muerte de mi padre; mi venganza no quedó burlada, porque esos bienhechores de mi infancia, abrumados ya de dolor desde la pérdida de su hijo único, murieron de la pena que les causó su miseria y su ruina. Mi ódio no se encerró en su tumba, porque recibí con inmensa alegría del impúdico Louchard y del desalmado Olivero la mision de robar la señorita Elena, que en aquella época estaba confiada á los cuidados de su tutor, el virtuoso presidente Brisson. La señorita Elena era además pariente, aunque lejana, de la duquesa de Nemours, y fué para mí doble fortuna poder hacer daño á la vez al presidente del Parlamento y á una princesa poderosa de la gran casa de Guisa. Mientras ardía el castillo de Tarare, yo me ocupaba en robar los objetos preciosos que había en los departamentos, y entre estos objetos me apoderé de una cajita llena de oro, de plata y de papeles de familia. Ojeando estos papeles fué como descubrí el secreto del nacimiento de Elena, y por un beneficio de la Providencia he conservado esa acta, de la que quería hacer á su debido tiempo un uso detestable: es decir,

revelar ese nacimiento si el partido calvinista era derrotado, siempre que al revelarlo pudiese combatir la prudente prevision del padre adoptivo de mi tierna víctima.

«Ya sabeis todos por qué milagro he vuelto al camino recto. Ya sabeis que ese Dios, que no se cansa nunca de esperar al pecador, me ha favorecido con su gracia, aun en el torrente mismo de mi desordenada vida; el doble encuentro del Bailío de Clermont á quien se me encargó que prendiese, y de la señorita Elena, cuyo rapto me encargaron, ha herido como el rayo mi perversidad. Me ha vuelto de repente hombre honrado y cristiano.

«A datar desde este dia, desde esta hora, desde este minuto, David el Rifodé ha empleado toda su inteligencia en la reparacion de sus crímenes. He roto con mis compañeros de infamia; pero antes de abandonarlos, he impulsado á dos á la nueva via por donde yo queria marchar, he hecho de ellos dos arrepentidos. A uno confié en depósito el acta que os será entregada,—dirigíos al señor Antonio Marcelino, vendedor de lienzos, calle de Saint-Cime, una casa grande que remata en una cruz latina,—tomad nota: entregad á ese hombre el anillo que tengo en mi dedo, y decidle en nombre de David el Rifodé, que os dé una ca-

jita de hierro con clavos dorados, perteneciente á la señorita de Tarare; esa cajita os será devuelta, y en ella hallareis el papel que asegura vuestra dicha. Despues de haber puesto este depósito en sitio seguro, fuí á ver al sargento Hubner, afiliado á mi banda, y le convertí. A ese le dí las señas del Bailío de Clermont y del baron La Gazette, haciéndole que jurase por la salvacion de su alma, que necesitaba mucho ser salvada, que cuidase á esos dos bravos hidalgos...

—¡Ah! ¡Diablo! interrumpió La Gazette... ¡Ah!... ¡Diantre! y se dió en la frente un enérgico puñetazo.

—Parece, continuó David, que el sargento Hubner me ha cumplido su palabra, aun despues de su muerte, porque habiendo muerto durante el sitio de Paris, sin duda habrá pasado su consigna á algun otro camarada...

—¡Ah! ¡Demonio! volvió á decir La Gazette.

—Calláos, baron, esclamó Pampelonne.

—¡Eh! no veis que yo tengo tambien remordimientos... He olvidado socorrer á ese pobre sargento que dejamos encerrado, atado de piés y manos en un calabozo de la Bastil'a.

—¡Pardiez! ¡Es verdad! Murmuró Pampe-

lonne; pero ¿qué hacemos hoy?.... El pobre hombre habrá tenido tiempo para morirse de hambre.

—No se dirá que en este dia, y cuando me llega el maná del cielo, he de pecar de ingratitud... Dispensadme si no escucho el fin de vuestro relato, mi bravo Rifodé...

—¡Eh!... ¿A dónde vais!... Preguntó Pampelonne á La Gazette, que echó á correr.

—A la Bastilla; ¿venís?

—Gracias, están tirando cañonazos; la Bastilla no está tomada, ¡diablo de hombre!

—¡Eh! ¡Qué diantre! La tomaremos, gritó La Gazette partiendo como una saeta.

—¡Noble corazon! ¡Valiente caballero! dijo entre sí la señora de Thomassin, que ya se pavoneaba preventivamente con su título de baronesa.

El Rifodé concluyó su relato volviendo á los acontecimientos que ya conocemos; esplicó sobre todo la sorpresa del posadero de *La Providencia* al ver que estaba al corriente de los rincones de la casa. Yo habia hecho, dijo, muchas espediciones á la posada de ese bribon, y conocia minuciosamente todas sus habitaciones, por haber cometido en distintas ocasiones robos considerables.

Aquí se detuvo David, le acometió una es-

pecie de desmayo, durante el cual todos se apresuraron á cuidarle.

Al cabo de una hora volvió La Gazette casi sin aliento y lleno de gozo.

—Vamos, no sé en verdad lo que he hecho á Dios, dijo, para que así me prodigue sus beneficios. Imaginaos que andando por los alrededores de la Bastilla, ví que venia hácia mí un piquete de soldados de mi futura compañía; estos válientes traian preso á un sargento aleman que queria evadirse de la ciudadela. Ahora bien, adivinad quién era el sargento.

—¿Vuestro carcelero? esclamó Pampelonne.

—Justamente, un tal Mitenhof; en seguida le conocí, y él á mí tambien, y hé aquí lo que me dijo en su gerga tudesca:

—Socorredme, por gratitud á lo que he hecho por vos, si existís, solo á mí me lo debeis, porque el sargento Hubner me recomendó que os cuidase, que no hablase de vos á nadie, y os he cuidado, y me he callado.

—¿Pero, pregunté, por dónde diantre habeis salido de mi calabozo, de mi celda?

—Por casualidad... Todo el mundo ignoraba en la Bastilla vuestro cautiverio; no podian, pues, ir á buscarme á vuestro calabozo; pero todos sabian que el caballero de Pampe-

lonne ocupaba la celda número 4. Ahora bien, al hacer las pesquisas para indagar dónde yo estaba, entraron en la prision del caballero que se habia evadido. Buscando sus huellas, descubrieron que se habia escapado por un agujero practicado en el suelo de su prision; bajaron por este agujero, y entónces cayeron sobre mí; ya adivinareis lo demás.

—Y vosotros adivinareis, añadió La Gazette, que di diez doblones al buen aleman, haciendo que lo soltasen, y diciendo á mi gente que el bribon hallaria otra parte donde hacerse ahorcar... Despues le dije al oido que le tomaria á mi servicio en el castillo de Arques, en calidad de portero, con un vestido colorado, botas de campana y sombrero con plumas. ¡De este modo estará soberbio!

Y todos reian menos La Gazette, que decia mil tonterías con cómica seriedad.

El bravo ciudadano que habia recogido en su casa al Rifedé, hizo observar á su alegre compañía que David necesitaba tranquilidad, y que era preciso que le dejasen dormir para reparar sus fuerzas agotadas.

—Y bien, señora, dijo La Gazette á la viuda de Thomassin, vamos á comprar vuestras galas, para correr desde allí á Nuestra Señora... tendria gran placer en casarme en el mis-

mo sitio donde el rey de Francia y de Navarra dió gracias á Dios hoy por la mañana, por la conquista de su buena capital.

—¿Qué estais diciendo, señor baron, respondió la dama, y mi luto?

—¿Qué luto?

—Mi querida señora, lo poco que he aprendido de las costumbres republicanas, me ha hecho saber que á los republicanos no les gusta y aun querian suprimir todas las ceremonias...

—¡Pero, pardiez! interrumpió Pampelonne, maese Thomassin Publicola no era republicano, ya lo sabeis...

—Es justo... pero... en fin... esperaremos. respondió La Gazette rascándose la oreja.

—Vamos á ver, amigo mio, dijo Pampelonne, aquí no podemos quedarnos todos, y tampoco queremos alejarnos mucho del pobre Rifodé. ¿Dónde nos alojamos?

—Vámonos á la posada de *La Providencia*, esclamó Clermont.

—Sí, respondió La Gazette, vamos á calentar las orejas al bribon del posadero, y tendremos el placer de desquitar su famosa cuenta de los seiscientos doblones.

—Magnífico! añadió Pampelonne.

—¡Qué apuesto caballero! suspiró la señora de Thomassin. ¡Y qué talento tiene!

A los ocho dias de haber entrado Enrique IV en Paris, el Rifodé David murió, pasando á mejor vida; nunca se habia hecho ilusion sobre la gravedad de su herida, y esperaba dulcemente, sin sufrir demasiado, feliz al ver á su antigua víctima, que ya era su protegida.

La señora de Thomassin se vió vencida en sus escrúpulos, por el galante rey á quien se quejó el baron La Gazette; Enrique IV dispensó á la honrada viuda del plazo que exigian el uso y las conveniencias sociales; quiso que las dos bodas de Clermont y del baron se celebrasen á la misma hora en la capilla del Louvre, lo cual se llevó á efecto el 22 del mes de abril, treinta dias despues de la toma de Paris.

A los dos dias de la doble fiesta nupcial, hallándose Pampelonne saltando de alegria al saber por una carta fechada en Tours que su bella y tierna compañera Venecia acababa de darle un heredero, recibió tambien Clermont una carta fechada en Bruselas:

«Caballero, decia esta carta, ¿tendriais dificultad en hallaros el primero del mes próximo en Tours en el *Arbol de Guisa*, frontera de los Estados de Francia, por la parte de acá, para

recibir la estocada que debo al conde Kataklopski? Por poco noble que seais el caballero de Pampelonne, el baron La Gazette y vos, tan bravos como traidores comediantes, haremos esa partida tres contra tres, á caballo, á la pistola y á la tizona. Tengo el placer de ofrecerme á vos.—Firmado.—D. Jaime Olivero, *marqués de Tortosa.*»

El primero de mayo por la mañana se llevó á efecto el combate en una pradera sembrada de amapolas, de margaritas y de azucenas.

Pampelonne, Clermont y La Gazette justificaron del todo el favor de que gozaron durante el reinado de Enrique IV y de Luis XIII. Estos tres valientes vencedores, hicieron todo lo posible por morir, como soldados, en alguna buena batalla; pero la fortuna protejeá la audacia, y todos tres, aunque acribillados de heridas, concluyeron tranquilamente sus dias en sus posesiones y en su lecho, á una edad muy avanzada.

FIN.

4.000

2 Vol. 1 tomo

- AN
- LU1